MI VIDA
EN LA
SOMBRA
Aurora Fuertes

MI VIDA EN LA SOMBRA

AURORA FUERTES

© Todos los derechos reservados

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Título: *Mi vida en la sombra*
© *Aurora Fuertes*

Edición publicada en abril del 2019

Diseño de portada y contraportada: *Alexia Jorques*
Maquetación: *Alexia Jorques*

MI VIDA EN LA SOMBRA

Aurora Fuertes

A Javier.

Prólogo

Las sirenas sonaron en la ciudad de Londres como llevaban haciéndolo todas las noches de aquel verano de 1940. En otras circunstancias podría haber dudado sobre la procedencia de aquel sonido que rasgaba el aire y rompía el silencio: un incendio próximo, un ejercicio práctico de los bomberos, una fábrica tal vez… Pero, por desgracia, no se trataba de nada similar; y ya todos lo sabíamos. Niños, adultos y ancianos corrían a los refugios antiaéreos cuando comenzaba a sonar aquella alarma de inminente bombardeo aéreo que, poco a poco, fue formando parte de nuestras vidas diarias.

Me asomé por la ventana de mi apartamento y contemplé como un tumulto de personas cargadas con fardos y mantas avanzaban con rapidez hacia las bocas de metro más próximas. Yo misma había formado parte de aquel desfile de almas asustadas que solo buscaban sobrevivir un día más. Sin embargo, en aquella ocasión decidí no sumarme a la inquieta muchedumbre.

Sonaron unos golpes apremiantes en la puerta principal. Eché las cortinas y, en penumbra, crucé el salón hasta el pequeño recibidor. Al abrir me encontré con el rostro compungido de mi novio Daniel en el umbral.

—¿Qué haces aún aquí? —me preguntó.

—Estoy harta. Nos tienen todas las noches en vilo y luego nada. Está claro que los alemanes no tienen como objetivo la población civil.

Durante aquel verano, la Luftwaffe se había centrado en debilitar a la RAF, bombardeando principalmente, aeropuertos militares, fábricas de aviones y de municiones; en resumidas cuentas, destruyendo sus puntos estratégicos. Nada hacía presagiar que aquella noche fuera a ser diferente.

Me dirigí al salón seguida por Daniel. Me senté en una silla y con parsimonia me encendí un cigarrillo deleitándome con su aroma, mientras él me observaba con preocupación.

—Ya sé que estás cansada de dormir en el suelo rodeada por una multitud desconocida que ronca, habla, maldice o llora… Yo también lo estoy, pero no es buena idea quedarse aquí.

—Vete entonces —le expeté mostrando una seguridad que estaba lejos de sentir.

—Mi sitio está a tu lado, Helen. Pero quiero que comprendas que esto no ha hecho más que empezar.

Agradecí que decidiera quedarse conmigo pese a la angustia que vislumbré en sus ojos. Una angustia que yo no compartía, pero respetaba y entendía. Aun así, me mostré indiferente, como si sus palabras no fueran más que un eco lejano de mi conciencia. Había examinado mucho la situación y, llegados a ese punto, me parecía absurdo continuar con aquel ritual cada noche. Después de varias semanas ya me había acostumbrado a aquellas sirenas; incluso me había acostumbrado a oir las bombas alemanas, siempre remotas. Ya no me insuflaban el temor de los primeros días y, con la pérdida de la novedad, se esfumó mi prudencia.

Daniel se levantó dando por zanjada una conversación que, estaba segura, retomaría después, a lo largo de aquella noche. Intentaría persuadirme, lo conseguiría sin mucho esfuerzo, y al día siguiente volveriamos de nuevo a los túneles del metro plagados de gente, plagados de miedo e incertidumbre. Tal vez.

Le observé acercarse a la ventana y descorrer las cortinas. Los débiles rayos del sol vespertino iluminaron la estancia. Durante unos minutos se quedó pensativo oteando el horizonte.

—Ven aquí —le apremié—, vayamos a cenar. Hoy preparé tu plato favorito.

Entonces su rostro, hasta ese momento impasible, se transformó. De manera brusca se volvió preocupado, alarmado. Curiosa por saber que ocurría fuera me acerqué y observé el cielo. Tardé unos segundos en comprender lo que estaba ocurriendo.

—Dios mío —murmuré para mí.

Un enjambre de aviones volando en perfecta formación, emergió de entre una multitud de columnas de humo directos hacia la ciudad, recordándome demasiado tarde mi insensatez. Eran bombarderos alemanes. Un sonido agudo precedió a un fuerte estruendo que me instó a taparme los oídos con ambas manos. El ruido fue convirtiéndose en insoportable a medida que iban avanzando hacia donde nos encontrábamos, proyectando láminas de fuego allí donde las bombas hacían blanco derribando edificios. En ese momento vi, al otro extremo de la calle, una familia en busca de un refugio que no les dio tiempo a alcanzar. Horrorizada, vislumbré como la metralla de una bomba los alcanzaba convirtiéndolos en un charco de sangre y miembros desgajados.

Era incapaz de moverme, sentía el cuerpo demasiado pesado. Permanecí allí plantada, hipnotizada por el espectáculo dantesco que acontecía frente a mis ojos, pese al ruido ensordecedor y mortífero de los aviones ya sobrevolándonos. Daniel me empujó hacia dentro del salón. Aturdida y asustada, me refugié bajo una mesa tapándome fuertemente los oídos y cerrando los ojos, como si así, pudiera obviar de alguna manera todo lo que estaba ocurriendo

a mi alrededor. Segundos después una bomba alcanzó nuestro edificio desgarrando la fachada. Todo tembló a mi alrededor como si la tierra se estuviera abriendo bajo mis pies, como si de un momento a otro fuera a arrastrame al mismísimo infierno.

No puedo precisar el tiempo que estuve allí echa un ovillo. Pero cuando por fin se hizo el silencio, cuando por fin me atreví a mirar, comprobé aterrada que me encontraba sola y con gran parte de mi apartamento destruido bajo una nube de polvo, humo y virutas incandescentes flotando en el aire.

—¿Daniel?

Mi voz sonó trémula, casi inaudible. Temía que me contestara la nada, como finalmente ocurrió.

Aun viviendo en la primera planta no me fue fácil salir de allí. La estructura pendía de un hilo y a cada paso que daba, tenía la sensación de que todo iba a acabar viniéndose abajo, engulléndome. Miembros humanos ensangrentados sobresalían de entre los escombros, los vivos gritaban desde algún recóndito lugar, otros simplemente gemían de dolor. Mientras bajaba apoyada en lo que buenamente podía, las lágrimas inundaron mi rostro pensando en Daniel y en su posible paradero. Corroída por los remordimientos de haberle impedido, de alguna manera, acudir a un refugio, conseguí llegar a la calle. Miré a mi alrededor buscándolo sin éxito. En su lugar me encontré con rostros compungidos por el miedo y la incertidumbre deambulando sin rumbo.

1

Un rojo carmesí se había adueñado de la noche londinense aquella madrugada del 23 al 24 de agosto de 1940. Lenguas de fuego salían desde las ventanas de los pocos edificios que aún quedaban en pie en aquel extremo oriental de la capital.

Desorientada y con un continuo zumbido en mis oídos, anduve por las calles rodeada de otras personas que, como yo, no tenían a donde ir, o buscaban a familiares o amigos entre los escombros. Los gritos de desesperación, ante la visión de algún conocido muerto, llegaban hasta mis oídos helándome la sangre y desgarrándome el alma.

—Maldita guerra —dije para mis adentros. Pero como Daniel me había dicho, no había hecho más que comenzar.

Me dirigí, casi vencida por la inercia, hasta el edificio donde vivía mi novio, pensando que, si se encontraba vivo, allí sería al primer lugar donde acudiría. Pero al adentrarme en la calle, situada a dos manzanas de la mía, corroboré con gran consternación que ninguna construcción permanecía en pie. Lo más que quedaban, eran los esqueletos de lo que un día fueron humildes viviendas. Los bombardeos lo habían arrasado todo, llevándose no sólo las viviendas de cientos de personas, sino sus vidas, sus amores, sus ilusiones, su felicidad, sus recuerdos…

Dediqué toda la noche a acercarme a cada uno de los hospitales para preguntar por Daniel, con la esperanza de que alguna de las muchas ambulancias con las que me crucé en el camino lo hubieran recogido de entre los escombros con vida. Pero todos negaron con la cabeza para volver rápidamente a sus quehaceres. No tenían ningún interno que correspondiera al nombre de Daniel Caine.

Abatida y sin saber qué paso dar a continuación, me dejé caer sobre una silla del hospital St. Mary´s. No tardé en entrar en un sopor turbio entre la vigilia y el sueño, justo cuando el alba comenzaba a dejarse entrever en el horizonte.

Una voz femenina que sentí lejana en mi adormecimiento, me despertó devolviéndome a la cruda realidad. Cuando mis ojos consiguieron enfocar a quien apremiaba por despertarme, pude observar a una chica joven, de más o menos mi edad, sonriéndome dulcemente. Vestía un delantal blanco y llevaba sobre la cabeza una cofia del mismo color, por lo que deduje que debía de ser una enfermera.

—No he querido despertarla antes… pero aquí no puede estar

señorita.

—¿Cuánto tiempo llevo aquí?

—Cerca de tres horas.

La joven se sentó a mi lado ofreciéndome un cigarrillo que sin dudar acepté. Ella se encendió otro y se presentó:

—Samantha Lewis.

—Helen Weaver.

Ambas permanecimos unos minutos en silencio, observando el ir y venir de camillas con enfermos de diferente índole, así como al personal compungido y nervioso ante la avalancha de londinenses heridos tras aquel inesperado bombardeo.

—Llevo sin pegar ojo más de treinta horas —dijo como excusándose por el descanso que estaba tomándose en mitad de aquella vorágine.

No le contesté, no me salían las palabras. Me encontraba inmersa en mis propias circunstancias, en mi propio sufrimiento, a pesar de que el simple hecho de tener a alguien cerca me reconfortó mientras duró. Cuando Samantha acabó su cigarro, se puso de pie dispuesta a volver a sus quehaceres. Pero antes, se volvió hacia mí.

—Helen, lo siento, pero aquí no puedes quedarte…

—No tengo a donde ir… —dije casi presa de la desesperación.

Ella me miró durante unos segundos con el rostro pensativo.

—¿Tienes conocimientos de medicina? —me preguntó entonces.

—Sí.

—¿De qué clase?

—Estudio medicina. Si no fuera por esta guerra el mes que viene empezaría cuarto.

Los ojos de Samantha se abrieron como platos, mostrando sorpresa.

—¿En el Royal College of Science?

—Sí.

—Espera un momento.

La vi alejarse hasta el mostrador de recepción que estaba a pocos pasos. Su compañera atendía la larga cola que allí se apostaba esperando su turno, increpando a Samantha con una mirada de reprobación. Esta, ignorándola, cogió papel y lápiz y se dispuso a escribir algo que a continuación me entregó.

—Ve a esta dirección. Están reclutando gente que pueda asistir a los heridos.

—Gracias —le contesté agradecida.

—Buena suerte, Helen.

—Buena suerte, Samantha —le deseé antes de que se alejara rumbo a su puesto.

Agaché la cabeza para leer el papel que tenía entre mis manos,

ajena a que en una de esas camillas que cruzaban ante mí, tan cerca que casi podía rozarla con los dedos, un Daniel inconsciente era trasladado al interior del hospital St. Mary´s.

Un cúmulo de escombros cubrió por completo a Daniel tras salir proyectado contra la ventana del piso de Helen. Cuando horas después lo despertaron unas voces apresuradas, comprobó que se encontraba completamente sepultado y sin posibilidad de movimiento. Intentó pedir ayuda, pero su boca pastosa por el polvo y las cenizas se lo impidieron. No tardó en comprobar que quien fuera que estuviese allí había reparado en su presencia y luchaba por desenterrarlo, alejándolo así, del pánico que le invadía. Una intensa luz lo cegó cuando consiguieron liberar su rostro.

—¿Me oyes? —le preguntó su salvador.

Daniel movió la cabeza con gesto afirmativo. Entonces, insistieron con mayor vehemencia en liberarlo. Pudo contar tres personas lidiando con aquel cúmulo de piedras, casquetes, desechos y esquirlas de cristales, antes de que un intenso dolor en el costado derecho le hiciera perder de nuevo el sentido.

Cuando abrió los ojos, se encontró con una chiquilla mirándolo con preocupación.

—¿Dóndes estoy? —preguntó desconcertado.

—En una ambulancia, camino del hospital St. Mary´s.

—Tengo que encontrar a mi novia —dijo intentando incorporarse.

Un intenso dolor le obligó a permanecer tumbado. Ella ignoró sus palabras.

—¿Cómo te llamas?

—Daniel; Daniel Caine.

—Bien, Daniel. ¿Te acuerdas de lo que ha pasado?

Una sucesión de imágenes le sobrevino a la mente. Entonces, recordó el silbido propio de una bomba rasgando el aire sobre ellos y el empujón que le había propinado a Helen para hacerla caer en el interior de la vivienda. Segundos después, todo se volvió negro a su alrededor.

—Las bombas. Una cayó sobre nosotros. ¿Dónde está ella? Es una chica rubia, de ojos azules, metro setenta…

La joven volvió a ignorarlo, no quería desalentarlo con una negativa sobre el paradero de su novia. Bajo los escombros de aquel edificio no habían encontrado ninguna mujer de aquellas características. Ni viva, ni muerta. Por lo menos que ella tuviera conocimiento.

Tras administrarle un calmante, Daniel quedó sumido en un estado de letargo que, aunque lo mantuvo muy cercano a la

inconsciencia, no le evitó sentir el olor a carne quemada, los gritos y el bamboleo de la camilla mientras le transportaban al interior del hospital St. Mary´s.

2

Arabelle von Stumpfegger tomaba su habitual té vespertino en el salón de su residencia de verano de Wannsee, al suroeste de Berlín. Junto a ella, estaba sentada su amiga, Erika Ludendorff, con quien solía quedar para departir sobre banalidades y grandezas ya fueran propias o familiares. Vivían ajenas a la guerra, a los bombardeos, al sufrimiento que estaba asolando Europa y, por supuesto, al destino que corrían los judíos ricos que un día formaron parte de sus amistades. Ellas se limitaban a disfrutar de su situación privilegiada dentro de aquella Alemania del Tercer Reich y, lo demás, parecía no existir.

Arabelle poseía una magnifica mansión frente al lago que llevaba el mismo nombre de aquel exclusivo barrio berlinés, Wannsee. Todos los grandes ventanales del salón daban a aquella gran balsa de agua cristalina obsequiándolas con unas relajantes vistas desde donde cada tarde, podían contemplar el ocaso en su máximo esplendor.

Una visita inesperada interrumpió su monótona velada de pastas y té. Sebastian von Stumpfegger penetró en la estancia para sorpresa de su madre que no lo esperaba hasta la hora de cenar. El joven se acercó hasta ellas, vestido con su impecable uniforme de las SS y su cabello rubio engominado.

—Mamá, Freiin Erika Ludendorff —dijo con sus respectivas y breves inclinaciones de cabeza a modo de saludo.

—Hola, Sebastian. No te hacía por aquí tan temprano.

—Siento la molestia, madre. Pero ha ocurrido un hecho terrible —ellas lo miraron con una mezcla de desconcierto y expectación—. Anoche, algunos estúpidos de la Luftwaffe bombardearon Londres por error.

La taza de Erika resbaló de sus manos, impactando contra el suelo. Trozos de exquisita porcelana salpicaron sus pies. Pero ella no se percató. Nadie pareció hacerlo.

Sebastian, entonces, comprendió la indiscreción de sus palabras. Su madre se levantó para abrazar a su amiga, muy consternada por la noticia.

—Seguro que Daniel está bien, querida.

—Seguramente Daniel no esté en Londres… seguramente haya sido reclutado… —susurró el joven.

—¡Nunca! —lo interrumpió Erika levantando la mirada hacia él —. Mi hijo nunca lucharía contra Alemania. Esta es su patria. Y

aquí ha de volver.

—Tienes que hacer algo, Sebastian —le apremió Arabelle.

—Estamos en guerra, madre. No será fácil traerlo aquí.

—¡Hazlo! Eres teniente de las SS, algo podrás hacer.

El joven se retiró malhumorado. Daniel siempre le cayó bien, en cierto modo, formaba parte de su niñez, pero la reacción de las mujeres ante la funesta noticia, especialmente la de su madre, le hizo hervir la sangre. ¿Qué importaba la vida de un medio inglés cuando estaba en juego la de millones de alemanes? Al salir del salón se dio de bruces con la sirvienta, a quien increpó con su dureza y prepotencia habituales.

—Mira por donde andas, estúpida.

—Disculpe —se excusó agachando la cabeza con sumisión.

Sebastian pasó de largo sin tan siquiera dignarse a mirarla ni por un instante. Cruzó con paso firme el largo pasillo enmoquetado hasta la última estancia.

Unas tenues agujas de luz se colaban a través de la ventana de su despacho. Cerró la puerta tras de sí y se dirigió al mueble bar donde guardaba una botella de Kirsch, su bebida favorita. Se sirvió el líquido incoloro en un vaso de coñac y le dio un largo trago que le quemó las entrañas y relajó su indómito espíritu.

Mientras bebía en silencio, apostado en un extremo de la estantería, observó a su líder en aquel cuadro que dominaba toda la pared frontal, recordando sus disculpas al primer ministro británico aquella misma mañana.

Sebastian, en contra de lo que se decía en la Cancillería, estaba convencido de que no servirían de nada y de que, Churchill, aprovecharía aquel error de la Luftwaffe para fortalecer su posición con una inesperada ofensiva sobre Berlín.

Cuando su padre llegó ya era de noche. Oyó cómo la puerta principal se cerraba y sus pisadas inconfundibles avanzando por el pasillo.

Karl von Stumpfergger entró en el despacho de su hijo, topándose con una neblina de humo de tabaco bailando su particular danza en la oscuridad. Encendió la luz. Sebastian estaba sentado al otro lado del escritorio fumando un cigarro. Una copa de coñac vacía reposaba sobre la mesa.

—Deja la ventana abierta, aquí no hay quien respire. Y vamos a cenar, ya está la mesa puesta.

Durante los meses de verano que permanecían en Wannsee, solían cenar en el cenador: un pabellón acristalado situado en el centro del jardín. La decoración era rústica y se encontraba rodeado de pequeños abedules que daban al lugar cierta intimidad. En una mesa, iluminada por una lámpara jardinera central, padre e hijo

degustaban un sabroso asado de ganso acompañado de col verde, mientras Arabelle hacía lo propio con un lucio con ensalada. Para ellos no existían las restricciones, por lo menos hasta esa noche.

A pesar de esos privilegios, la relación entre ambos hombres se palpaba tensa desde que Sebastian abandonara la Cancillería sin previo aviso aquella misma tarde. Karl esperaba el momento oportuno para recriminárselo. No quería que fuera allí delante de su mujer y del servicio pues quería hacerlo en privado. Pero su hijo se le adelantó para su propia consternación, no dándole opción.

—¿Soy el único que piensa que los ingleses no se quedarán de brazos cruzados?

—Cállate, necio. No sabes lo que dices.

—Hermann está convencido de que no lograrán llegar a Berlín, pero yo…

—¡Basta! —Le interrumpió su padre rojo de ira—. Nunca en tu vida vuelvas a poner en duda la opinión de un superior, ¿me has entendido?

Sebastian sabía que un simple sí hubiera calmado los ánimos de su padre, si no inmediatamente, sí en pocas horas, pero su orgullo le impidió afirmar algo que no sentía. En vez de eso, se levantó y abandonó el cenador dispuesto a refugiarse de nuevo en su despacho, dando así por concluida aquella disputa que se le estaba comenzando a antojar inútil e insustancial. Ambos tenían un temperamento fuerte y obstinado, no daban su brazo a torcer fácilmente y eso los había llevado a tener más de un enfrentamiento. Por lo que rápidamente decidió que lo mejor era poner tierra de por medio, hasta que el temporal amainara.

Lo mismo hizo aquella tarde, cuando Göring, por quien Sebastian no sentía demasiada simpatía, afirmó que la RAF nunca conseguiría llegar a la capital. El joven era lo suficientemente inteligente para comprender cuando era mejor callar, pero no era un hipócrita, por eso se marchó. No estaba dispuesto a ser partícipe de una idea con la que no comulgaba.

Parecía ser el único que comprendía hasta qué punto el error cometido por la Luftwaffe hacía apenas unas horas, podía llegar a perjudicar a Alemania. Aquel bombardeo no casaba en absoluto con los planes que Hitler había fraguado para hacerse con la isla británica y que tan bien les estaban funcionando hasta entonces. Göring, de quien corrían rumores que era adicto a la morfina, alardeaba de una seguridad casi insultante ante la RAF, por el simple hecho de poseer una inmensa superioridad numérica en aviones. El exceso de confianza o las alteraciones mentales propias de su abusivo consumo de opiáceos le hizo obviar muchos detalles fundamentales para ganar la batalla a los británicos.

Sebastian no tardó en quedarse dormido en su sillón vencido por la somnolencia de alcohol que le provocó un descanso superficial e inconstante durante toda la noche.

No despertó hasta cerca del mediodía del día siguiente, cuando un rico aroma a café recién hecho, le envolvió los sentidos y le abrió el apetito. Alguien había echado las cortinas para impedir el paso de la intensa luz de la mañana y favorecerle el reposo, dejando la estancia en una tenue claridad. Lo primero que sus ojos avistaron fue la figura de su padre recortada a contraluz, sentado frente a él.

—Creo que te debo unas disculpas —le dijo Karl tirándole sobre la mesa un ejemplar del periódico nacionalsocialista, *Völkischer Beobachter*.

Sebastian se hizo con el ejemplar y leyó la portada en silencio mientras tomaba un sorbo de café.

"La RAF bombardea Berlín", rezaba el titular.

Padre e hijo intercambiaron una mirada cargada de significado antes de que el joven prosiguiera con la lectura de la noticia completa en el interior.

—Página 6 —le señaló Karl levantándose para descorrer las cortinas.

El resplandor del sol iluminó el despacho.

"…Esta noche, los Hampdens de la RAF, frente a todo pronóstico, han conseguido abrirse paso y bombardear Berlín. Los daños infligidos son mínimos…algunos bombarderos fueron derribados…"

Sebastian ya había leído suficiente. Cerró el periódico y se encendió un cigarro.

—Nos esperan en la Cancillería; Hitler está furioso.

—Puedo hacerme una idea.

—No, no creo que puedas.

3

Esperé cerca de cuatro horas para que me atendieran en la dirección que Samantha me había facilitado. Decenas de personas esperaban su turno repartidos en dos colas que terminaban en un mostrador donde un par de hombres iban haciendo las preguntas de rigor y rellenando cuartillas a máquina con los datos de cada uno.

—Nombre y apellido.

—Helen Weaver.

—Fecha de nacimiento.

—4 de agosto de 1919.

—¿Estudios?

—Tercero de medicina.

—¿En el Royal College of Science? —me preguntó mirándome por encima de la montura de sus gafas.

—Sí.

—¿Nota media?

—Matrícula de honor.

El hombre interrumpió su actividad y, por primera vez desde que comenzara con su ritual tanda de preguntas, reparó verdaderamente en mí. Me observó con una atención desconcertante, cercana a la descortesía, pero no me sentí en disposición de rebatir su comportamiento, al que terminé por achacar a simple sorpresa. Me pasaba a menudo cuando la gente conocía mi currículum académico.

—Siéntese un momento, por favor —dijo indicándome una hilera de sillas cercanas donde otras dos mujeres esperaban.

Lo observé llamar por teléfono e introducirse en una breve conversación de la que no conseguí captar nada. Intenté leerle los labios, presa de la curiosidad, era algo que se me daba bien, pero el hombre se tapaba la boca a intervalos, cuando no me daba la espalda. La llamada duró apenas un minuto. Una vez hubo colgado, se acercó a mí:

—Tendrá que esperar aquí, mi superior la atenderá en cuanto pueda —dijo sin darme más explicación y volviendo al trabajo.

Las dos horas que estuve allí sentada se me antojaron eternas. A medida que pasaba el tiempo los minutos parecían avanzar cada vez más despacio. La hilera de personas que desfilaban ante mí parecía no tener fin pues, por una que se iba, entraban dos y así sucesivamente. La mayoría eran mujeres de mediana edad, aunque también había jóvenes. Supuse que los hombres que no estaban en

el frente lo harían a no más tardar, por lo que allí, pocos se dejaron caer.

Maté gran parte del tedio gracias al entretenimiento indirecto que me ofrecía la continua conversación mantenida entre mis otras dos compañeras de espera. Mientras hablaban de sus hijos, no pude evitar recordar a mi madre. Desde que decidió irse a casa de su hermana en Manchester, tras la muerte de mi padre, no la había vuelto a ver. De eso hacía ya casi dos años y, aunque hablábamos con regularidad, no podía dejar de recordarla a cada instante. Daniel con quien por entonces ya llevaba saliendo algo más de un año, fue mi bálsamo ante aquel inesperado giro del destino que la apartó de mi lado. ¿Quién iba a decirme que un día me alegraría de no tenerla en Londres? Sonreí para mis adentros al creerla a salvo de las bombas, la muerte y la destrucción.

Otra mujer que esperaba en la cola se acercó a saludarlas interrumpiendo su conversación.

—¿Habéis oído la radio? —les preguntó bajando la voz.

—No. Llevamos aquí cerca de cinco horas —le respondió una.

—O más, ya hemos perdido la cuenta —dijo la otra—. ¿Malas noticias?

—Pues parece ser que el mismísimo Hitler se ha puesto en contacto con Churchill para disculparse por el bombardeo de anoche. Por lo visto fue un error.

—¿Un error? —preguntó atónita alzando la voz la que se encontraba más cercana a mí.

—Sssssch, habla más bajo, Mary —la apremió la recién llegada.

—Un desastre, un auténtico desastre. Eso es lo que es.

—Por favor, guarden su turno en orden y en silencio —comunicó el hombre que me había atendido momentos antes con una seriedad que no daba pie a réplicas.

La mujer regresó a la fila sin dilaciones, zanjando la conversación a tres que mis vecinas de silla prosiguieron en susurros casi imperceptibles.

—No creo que Churchill se haya tragado ese cuento chino.

—¿Y qué va a pasar ahora?

Entre conjeturas sobre que podría ocurrir a partir de ahora estuvieron sumergidas hasta que el hombre que me había atendido tras el mostrador se me acercó de nuevo.

—Acompáñeme por aquí, señorita Weaver.

Lo seguí por un pasillo de paredes desnudas e iluminación tenue hasta la tercera puerta que se abría a mi izquierda. El hombre tocó un par de veces con los nudillos para anunciarse y abrió un pequeño resquicio por donde asomó la cabeza.

—Helen Weaver, señor.

—Que pase que pase —le apremió otro desde el interior.

El hombre se echó a un lado, invitándome a pasar.

Un caballero de mediana estatura, escasez de pelo y traje tweed a rayas, me esperaba de pie tras un escritorio cubierto por columnas de papeles. Me extendió su mano a modo de saludo presentándose como Bill Russell y, tras estrechársela, me invitó a tomar asiento, haciendo él lo propio a continuación.

Echó un vistazo a un documento que tenía entre sus manos antes de comenzar a confirmarme el porqué de mi inmediato requerimiento.

—Me he puesto en contacto con el Royal College of Science para corroborar los datos que le facilitó a mi compañero. Tras comprobar que efectivamente cuenta con un expediente académico brillante, me he decidido a hacerla pasar. Estamos muy necesitados de personal médico, especialmente en el frente.

—Tengo que decirle que no tengo experiencia tratando a pacientes.

—En estos momentos eso es lo de menos. Lo que me preguntaba, es si estaría dispuesta a ir a primera línea de combate.

—Lo que hiciera falta —dije con determinación.

Bill sonrió complacido.

—Bien. Aprenderá todo lo necesario en el Hospital St. Mary´s. Comenzará practicando primeros auxilios: poner inyecciones, enyesar, entablillar…

—Eso no hará falta. Hice un curso por mi cuenta donde practiqué todas esas cosas —le interrumpí.

—Perfecto. Entonces pasará directamente como ayudante del cirujano jefe, Rowling. Será su sombra. Tenga en cuenta que una vez se encuentre ya sea en el frente, o en el hospital de campaña, es posible que tenga que llevar a cabo alguna cirugía menor sin nadie que esté supervisándola.

—Me hago cargo de ello.

Bill me miró pensativo unos instantes, como si estuviera sopesando hasta donde llegaría mi coraje cuando realmente me encontrara en pleno campo de batalla.

—¿No tiene miedo, señorita Weaver?

—¿A ejercer la profesión que amo? Nunca.

—También me han dicho en el Royal College of Science que tiene muy buen nivel de alemán.

—Podría decirse que sí.

—Esto es por curiosidad personal… si no lo desea, no me conteste. ¿Dónde lo aprendió?

—La mujer que me cuidaba cuando era pequeña era alemana —le resumí en pocas palabras.

—Entiendo. ¿Y después?

—Ella regresó a su país y mis padres decidieron apuntarme a clases para que no perdiera lo que había aprendido durante el tiempo que estuve a su cuidado.

—Una última pregunta, ¿tiene carnet de conducir?

—Sí.

Cuando Daniel despertó en una pequeña sala del Hospital St. Mary´s, sus dolores habían desaparecido. Intentó palparse el costado inconscientemente bajo la sábana, pero las vías que le conectaban a dos bombonas colindantes a su cama, se lo impidieron. Cuando sus ojos se acostumbraron a la luz de los potentes focos que iluminaban la estancia, corroboró que se encontraba solo. Pero no fue por mucho tiempo, una enfermera entró poco después portando un carrito con diferentes instrumentos quirúrgicos.

—Vaya, ya despertó.

—¿Estoy grave?

Ella le sonrió con condescendencia.

—Ahora mismo avisaré al médico que lo ha atendido. Él será el que mejor le pueda informar de su estado. Pero no se preocupe, no está en la sección de heridos graves.

Daniel asintió complacido.

—¿Desea alguna otra cosa? Agua, ¿quizás?

—Sí, por favor —le respondió.

Tenía sed, pero hasta beber se le antojaba algo secundario en aquellos momentos. Su único y verdadero deseo era tener a Helen a su lado, pero eso era algo que aquella amable enfermera no podía conseguirle.

Ella salió de allí, dejándole de nuevo con su soledad. La espera se le hizo eterna, pero cuando ya pensaba que aquella joven se había olvidado de él, apareció seguida por un hombre de mediana edad, cubierto por una bata que un día debió de ser blanca.

—Siento no haber podido venir antes, estamos faltos de personal… —le dijo ella excusándose, entregándole un pequeño vaso con agua.

Daniel bebió con avidez, mientras el médico leía en un blog de notas.

—Veamos… ha sufrido una contusión leve que no le ha dañado el hígado como en un primer momento nos temíamos; la radiografía así lo ha verificado. Aun así, le hemos puesto analgésico y antibiótico para que las heridas superficiales que tiene no corran peligro de infección complicándonos las cosas. Ha tenido mucha

suerte. Lo mejor es que procure descansar. Le tendremos en observación unas horas y, si todo va como hasta ahora, mañana le daremos el alta.

—¿Tan rápido?

—Necesitamos camas con urgencia —le contestó ya dirigiéndose hacia la puerta.

—Por casualidad, no habrá ingresado una mujer que se llame Helen Weaver, ¿no? —le preguntó Daniel antes de perderle de vista.

El médico se paró en seco para hacer memoria.

—No me suena ese nombre —le respondió justo antes de abandonar la habitación.

La puerta se quedó entreabierta, permitiéndole observar el corredor. Un constante ir y venir de personal sanitario le mantuvo entretenido durante largos minutos. Sin duda, aquellos inesperados bombardeos habían supuesto para los hospitales una avalancha de pacientes para la que no estaban preparados. Por lo que se hizo a la idea de que a la mayoría no les darían nada para cenar. Pero contra todo pronóstico, a las siete en punto le trajeron una sopa que le sirvió para llenar el vacío que empezaba a sentir en el estómago.

Con ganas de que llegara el día siguiente para poder darse una ducha de agua caliente en su piso y salir en busca de Helen, se preguntó qué hora sería. Se encontraba completamente desubicado en el tiempo, pero a medida que el silencio se fue apoderando del ambiente más allá de su habitación, comprendió que la noche debía estar cerca de su cénit. Imploró a Dios por primera vez en su vida para que detuviera aquella espantosa guerra sin sentido y, entre rezo y rezo quedó sumido en un inevitable sopor.

El chasquido de la puerta al cerrarse le despertó ya de madrugada. Cuando Daniel abrió los ojos su primer impulso fue alarmarse, puesto que se encontró a dos desconocidos frente a él. Ambos iban bien vestidos con trajes perfectamente planchados y que, sin duda, parecían haber sido hechos a medida. Uno, el que decidió tomar asiento en una silla colindante a la cama, rondaría la cuarentena; el otro que se paseaba observando la pequeña habitación, tendría pocos más años que él. Treinta a lo sumo, calculó.

—Buenas noches, Daniel —le saludó el de mayor edad.

—¿Quiénes son ustedes? —preguntó el joven incorporándose.

—Mi nombre es William y el de mi compañero, Robert.

—¿Son ustedes policías?

—Trabajamos para el SIS, o lo que es lo mismo, para el MI6.

4

El ambiente en la Cancillería era tenso aquella mañana del 26 de agosto de 1940. Un Hitler colérico y humillado ante aquel ataque de la RAF sobre Berlín había desatado de tal manera su ira que ni los más próximos a él se atrevían casi a respirar.

Sebastian escuchaba el nuevo plan de ataques masivos sobre Londres y otras ciudades del Reino Unido por la Luftwaffe y no pudo evitar pensar en Daniel. Aún no habían seleccionado la fecha del comienzo, pero sin duda sería cuestión de días. Si quería sacar a su viejo amigo de Gran Bretaña, tenía que hacerlo ya; después sería verdaderamente imposible. Lo malo es que no tenía idea de cómo hacerlo, al menos de momento.

—¡No les daremos tregua ni de noche ni de día! —gritó su Führer.

La venganza de Hitler auguraba ser terrible y estar más próxima de lo que muchos tan siquiera podían sospechar.

Cuando la reunión tocó su fin, todos los presentes salieron de la sala y se dispersaron por la gran galería de mármol que conectaba las diferencias alas. Sebastian fue hacia su despacho, en el ala oriental, donde su secretaria, Marlene, mecanografiaba unos documentos en la antesala.

—Buenos días —le saludó ella.

—Buenos días —dijo él, cerrando la puerta tras de sí.

Marlene llevaba solo un mes trabajando para Sebastian. Muchas habían pasado por aquel puesto y, sin duda, no sería la última. El carácter del teniente no era fácil de soportar ni por las más veteranas del gremio. Su padre siempre le decía que tenía que controlar un poco ese temperamento, pero a él parecía no importarle.

—Después de una, siempre habrá otra —le respondía.

—No te equivoques. Nada sustituye a una secretaria eficaz.

Aquellas palabras parecían sopesar en el joven durante unos días, pero después, volvía a ser el mismo, actuando con ese despotismo que tanto le caracterizaba.

Sebastian, recostado en su sillón de cuero, se encendió un cigarro. Le pegó una larga calada, saboreando su característico sabor y echó el humo despacio mientras calibraba alguna idea plausible para traer a Daniel de vuelta a su verdadera patria. Posiblemente en Londres, si no había sido reclutado por el ejército inglés como su madre Erika aseguraba, su vida pendía de un hilo.

La Luftwaffe no tendría piedad con la población civil.

Se levantó y abrió despacio la puerta de su despacho. Observó a su secretaria de espaldas a él, afanada en sus tareas, en una mesa colindante a un ventanal por donde entraba la claridad necesaria para trabajar la mayor parte del día. Ajena a la mirada de su teniente, escribía a gran velocidad en la máquina de escribir, mostrando un perfecto dominio de la mecanografía. El joven se preguntó si su velocidad mental sería igual que la que ejercía con sus dedos en el aparato.

—Marlene —la interrumpió de pronto.

La mujer se sobresaltó. No le había sentido abrir la puerta de su despacho.

—¿Qué desea? —le preguntó girándose hacia él.

—Pase un momento.

Sebastian dejó la puerta abierta de par y par y se sentó tras su escritorio, apagando el cigarrillo en un cenicero.

La secretaria se acercó con cierto recelo. Era la primera vez que era invitada a pasar a aquella estancia; es más, lo tenía expresamente prohibido. Pensó que le esperaba una dura reprimenda, si no un despido, aunque estaba segura de que no había un auténtico motivo para ninguna de las dos cosas. Pero de todos era sabido el carácter caprichoso del joven von Stumpfegger.

—Cierre la puerta y siéntese. Y relaje esa cara, no me como a la gente.

Ella hizo lo mandado, acomodándose en el asiento. Sebastian le ofreció un cigarro que ella rechazó.

—¿Un vaso de coñac, de Kirsch…?

—No, señor. Gracias.

—Bueno, le he hecho entrar aquí, porque necesito que me ayude con un asunto personal.

A Sebastian no le pasó desapercibido que la secretaria pareció relajarse en aquel instante, por lo que prosiguió.

—Digamos que tengo un conocido que me gustaría sacar de Londres.

Ella lo miró azorada. Nunca hubiera pensado que aquel teniente de las SS quisiera ayudar a un enemigo.

—No se alarme, es tan alemán como nosotros. Pero las circunstancias hacen que se encuentre allí en estos momentos.

—Entiendo.

—Como bien sabe, su traslado a Berlín es casi imposible…

—No, si se hace desde un país neutral —le explicó Marlene.

Sebastian caviló durante unos instantes la afirmación contundente de su secretaria. No había caído en aquella posibilidad, pero se le antojó una idea perfecta. Satisfecho, se encendió un

cigarro cavilando sobre el país más idóneo para llevar a cabo su plan.

—España sería el país perfecto —le dijo ella como si hubiera leído sus pensamientos.

—¿España?

—Por supuesto, señor. España, aunque es neutral en los hechos, no lo es en la práctica. Es por todos conocido que nuestro Führer tiene una, si no estrecha, sí cordial amistad con Franco.

—Sí, desde luego. Pero necesitaría de alguien que pudiera ponerse en contacto con mi conocido desde allí e hiciera de intermediario.

—Revise su agenda. En Madrid hay muchos alemanes, sin duda, encontrará a alguien que le pueda hacer el favor.

—Sí, seguramente —contestó no muy convencido.

Ahora tocaba la parte más difícil, pero tenía que aceptar que Marlene le había servido de gran ayuda. Al final tendría que reconocer a su padre que una buena secretaria es fundamental.

—Tienes la tarde libre —decidió en el momento.

—Teniente…

—Vamos, antes de que me arrepienta.

La mujer se levantó y, cuando ya se disponía a cruzar el umbral de la puerta, Sebastian le mostró su agradecimiento.

—Gracias, Marlene.

Ella le miró unos instantes y le sonrió cohibida ante aquel gesto de cortesía del joven.

—No hay de qué —le contestó antes de cerrar la puerta.

Una vez se hubo quedado solo, se sirvió un vaso de Kirsch. Sebastian creía que le hacía pensar mejor un poco de alcohol corriendo por sus venas.

Tras el primer trago, abrió el primer cajón de su escritorio del que sacó su agenda, donde guardaba todos los teléfonos que le eran de interés o le habían sido de interés en algún momento de su vida. Ojeó por encima varios nombres, hasta dar con uno que, si no hubiera sido por su dudosa ideología, le habría parecido perfecto.

Johann Feuchtwanger era primo de Sebastian. A pesar de pertenecer al partido desde sus comienzos, durante su adolescencia ya fuera por rebeldía, por malas influencias, o simplemente porque era estúpido, se inclinó más de la cuenta hacia la ideología marxista, provocando un gran escándalo en toda la familia. Sin embargo, años después y coincidiendo con la subida de Hitler al poder, esto pareció cambiar radicalmente. De la noche a la mañana Johann se había vuelto el más pasional defensor del nuevo canciller imperial, para alegría de todos y suspicacia de Sebastian que no terminaba de creerse aquel cambio repentino de ideales políticos.

Cuando la guerra civil española acabó con el bando falangista como vencedor, solicitado por él o no, fue trasladado por mandato de sus superiores a la embajada alemana en Madrid; de eso hacía poco más de un año. Desde entonces, no habían vuelto a hablar, aunque tenía noticias suyas esporádicas a través de su madre.

A pesar de haberse criado casi como hermanos, Sebastian no sentía demasiada simpatía por él. De hecho, se lo había demostrado en más de una ocasión. Siempre hubo, si no rivalidad, una tensión sensiblemente patente entre ambos que los hacía chocar cada cierto tiempo. Pero claro, ¿quién no chocaba con Sebastian?

Ahora tendría que dejar de lado sus opiniones personales respecto a él y mostrarle su mejor cara, haciendo uso de ese innato carisma que sacaba cuando la situación lo requería. Su posición en la embajada de Madrid sería clave para sus propósitos y no podía desaprovechar esa oportunidad. Si conseguía traer a Daniel de vuelta, ganaría muchos puntos con su madre y Erika Ludendorff le debería un gran favor para el resto de su vida; y Sebastian, era de los que tarde o temprano se cobraba los favores.

La puerta de su despacho se abrió sin toques de cortesía; su padre siempre entraba así.

—Es pronto para beber, ¿no crees?

Sebastian lo ignoró apurando el último trago de su copa. Su padre meneó la cabeza de un lado a otro con desaprobación, pero ya había aprendido que mientras más le prohibía una cosa, su hijo más la hacía. Así que decidió obviar aquel gesto de rebeldía.

—Me voy a comer, ¿te vienes?

—En un rato iré, tengo un asunto que liquidar.

—Estaremos donde siempre.

—Bien.

—Por cierto, ¿dónde está tu secretaria?

—La di la tarde libre. Llevabas razón, una buena secretaria puede servir de inmensa ayuda en un momento determinado.

—Y en muchos… —le dijo su padre ya saliendo del despacho.

De nuevo solo, observó el teléfono correlativo a Johann Feuchtwanger en su agenda.

Comenzó a marcar el número, suponiendo que se trataba de la línea personal de su primo en la embajada. No tardó en comprobarlo. Al primer tono, un hombre contestó al otro lado de la línea. Era Johann.

5

Las sirenas antiaéreas no sonaron aquella noche. En mis circunstancias, fue un consuelo poder dormir en una cama, aunque fuera desconocida, sin el estrépito de las bombas martilleándome el sueño ni las paredes vibrando con cada detonación. Estaba tan cansada que, a pesar de los sentimientos encontrados por la alegría de poder trabajar como ayudante para el cirujano jefe del hospital St. Mary´s y por la congoja de no tener noticias de Daniel, dormí de tirón, como hacía meses no lo conseguía.

Bill, el hombre que me entrevistó hacía unas horas, me había facilitado la dirección de aquel pequeño apartamento para poder descansar cuando no estuviera trabajando. La decoración era bastante exigua, tan solo tenía lo básico y la limpieza también dejaba mucho que desear, pero tenía una habitación con cama para mí sola, por lo menos, mientras no se avistaran bombardeos y tuviera que salir corriendo al refugio más próximo. No era la única acogida en aquel piso; otras dos chicas que, como yo, habían perdido sus casas y empezaban a trabajar al día siguiente, llevaban allí largo rato cuando llegué. Solo había dos camas y decidimos que lo mejor sería echarlas a suerte, tocándome a mí, finalmente, el premio gordo.

Cuando por fin me deslicé entre aquellas sábanas extrañas no tardé en entregarme al sopor del anhelado descanso tras más de veinticuatro horas sin pegar ojo. Aquella noche y las sucesivas, el rostro de Daniel sería lo último que mi mente vería antes de cerrar los ojos.

A la mañana siguiente desayunábamos una taza de achicoria sin azúcar cuando oímos por la radio que la RAF había conseguido bombardear Berlín, como respuesta a los ataques recibidos.

—Solo unos pocos bombarderos de los ochenta y uno que formaban el comando consiguieron tirar sus bombas en el objetivo previsto —dijo el locutor—, ocasionando daños nimios a la capital alemana.

Aquello prometía ser el comienzo de una apoteósica batalla aérea en la que, los civiles, seríamos las primeras víctimas, pero ninguna dijimos nada. Permanecimos calladas, encerradas en nuestras propias miserias y concentradas en un miedo común. Poco después, salíamos por la puerta cada una a su nuevo destino.

El hospital St. Mary´s se encontraba a poco más de cinco minutos andando de mi nueva residencia. Durante el camino

aproveché para fumarme un cigarrillo que apagué ya cerca de la entrada. Aunque dentro se podía fumar, no me parecía correcto favorecer a que el ambiente, donde se encontraban heridos de diferente índole, se viera contaminado por el dañino humo que el tabaco producía en lugares de escasa ventilación.

Eran las doce del mediodía, cuando crucé la puerta del hospital. Busqué a Samantha tras el mostrador de recepción, pero no estaba. Me hubiera gustado saludarla y que, de paso, me indicara donde podía encontrar al Doctor Rowling, pero a diferencia de ayer, solo había una chica atendiendo la que hoy era una cola de tan solo tres personas. Me acerqué por un lateral, con la vista recriminatoria de los que esperaban su turno clavada en mí y le pregunté por el cirujano jefe.

—Al final del pasillo —me indicó.

Una sucesión de camillas con diferentes pacientes ocupaba gran parte del corredor de manera desordenada, evidenciando el caos en el que se encontraba en aquellos momentos el St. Mary´s. Apostadas de manera socorrida, tuve que sortearlas ante miradas perdidas, de terror o curiosidad de unos heridos que se tornaban más graves a medida que avanzaba por aquel pasillo con olor a muerte.

Llegué hasta una puerta donde un cartel rezaba: “Prohibido pasar”. Dudé unos instantes, pero cuando me disponía a entrar, una mujer vestida de enfermera me lo impidió.

—¿A dónde cree que va? Aquí no se puede pasar.

—Busco al Doctor Rowling, me han dicho que aquí podría encontrarle.

—Mucha gente lo busca… —me contestó secamente—. Es el único cirujano de todo el hospital.

—Soy su nueva ayudante.

La mujer me miró de arriba abajo sin disimulo durante unos instantes.

—Mi nombre es Dorothy, soy la jefa de enfermeras. Acompáñeme, por favor —dijo abriendo la puerta.

Un aroma a desinfectante y sangre me envolvió al cruzar el umbral. Frente a mí se extendía un estrecho pasillo sumido en la penumbra por donde la seguí hasta una sala, donde un hombre llevaba a cabo una cirugía acompañado de una joven que no contaría con más de dieciséis años.

—Doctor, su ayudante —me presentó Dorothy.

—Ya era hora —murmuró él, concentrado en el bisturí.

Una sonrisa ladina se dibujó en el rostro de la jefa de enfermeras, como si hubiera disfrutado con aquella bienvenida, segundos antes de desaparecer envuelta en las sombras del oscuro corredor.

—Lávese las manos y venga aquí. Las presentaciones tendremos que dejarlas para luego.

Cuando al cabo de un minuto me acerqué a la mesa de operaciones pude comprobar que se trataba de un hombre joven, con diferentes heridas sin importancia y el pie derecho necrosado hasta la altura del tobillo debido seguramente a un fuerte traumatismo.

—¿Qué ve? —me preguntó señalando al pie del paciente.

—Gangrena gaseosa —le respondí con seguridad.

—¿Qué haría usted?

—Una amputación de urgencia a la altura del tobillo.

—¿Por qué?

—Su evolución a toxemia y choque séptico serían muy rápidas ocasionándole la muerte en pocos minutos.

El doctor asintió complacido ante mis respuestas.

—¿Sabe cómo se amputa un miembro?

—Lo sé teóricamente, pero nunca tuve oportunidad de llevarlo a la práctica.

—Bien, pues le iré explicando los pasos para realizar esta intervención con éxito. El primero ya lo hice antes de que llegaran ¿qué es?

—Ligar la vena y la arteria que cruzan la zona para evitar una hemorragia.

Asintiendo en silencio, cogió la sierra. En ese momento la otra chica que nos acompañaba salió de allí llevándose la mano a la boca a punto del vómito.

—Esta juventud… —dijo negando con la cabeza—. ¿Usted no será igual de melindrosa?

—La pregunta casi ofende, doctor —dije sonriéndole.

Los dientes de la sierra se hundieron en la piel hasta llegar a los músculos que fueron segados sin dificultad. Después le tocaba el turno al hueso, momento en que corroboré que el joven dormía profundamente gracias a la anestesia y que sus constantes eran estables. Todo marchaba bien, sin las complicaciones que puede conllevar cualquier cirugía. Una vez hubo cortado el hueso, la piel y los trozos de músculos fueron armados sobre la zona del muñón. En algunas ocasiones sabía que se utilizaban elementos para posibilitar la fijación de una prótesis, pero no fue aquel el caso, por lo que me dispuse a ponerle un apósito y a vendarle la herida. La cirugía no llegó a cuarenta minutos.

—Bienvenida a la medicina, señorita Weaver —me dijo con una amplia sonrisa.

Daniel salió del hospital St. Mary´s cuando el reloj marcaba las doce menos cuarto del mediodía. Un coche negro lo esperaba aparcado al otro lado de la calle. Pudo reconocer en su interior a los dos hombres del MI6 que le habían visitado durante la noche. Se encendió un cigarrillo y, una vez hubo cruzado a la otra acera, se introdujo en el asiento trasero del vehículo como le habían indicado horas antes. El coche arrancó y avanzó por Praed Street. Nadie habló durante el trayecto; tampoco Daniel, pues, aunque no le habían dicho a donde lo llevaban, lo intuía. Más aún cuando pusieron rumbo a Buckinghamshire, al noroeste de Londres.

Al cabo de casi una hora de trayecto el coche se situó frente a una bonita mansión victoriana de dos plantas en Milton Keynes.

—Síganos —dijo el de más edad cuando bajó del coche.

Los hombres, seguidos por Daniel, cruzaron la puerta principal donde dos esculturas que, apostadas a cada lado, parecían darles la bienvenida. Cruzaron un pasillo que bien podría haber sido el de una residencia más de aquel exclusivo barrio de las afueras y ascendieron por unas escaleras hasta el piso superior. Todo estaba en silencio, tan solo el martilleo constante de las teclas de una máquina de escribir se podía adivinar tras alguna de las puertas.

Un hombre de pie junto al gran ventanal, con una taza de té en la mano, se giró hacia Daniel al verlo entrar en su despacho. Rondaría la cuarentena, tenía el cabello y los ojos oscuros como el alquitrán y era de mediana estatura. El joven pensó que, si le hubiera visto en cualquier otro lugar, le habría tomado por un profesor de escuela.

—Me alegra que sus heridas solo hayan sido superficiales —le dijo—. Pase y siéntese, Daniel.

El hombre hizo lo propio, dejando la pequeña taza en una esquina de la mesa.

—Mi nombre es Christopher Law —se presentó.

—El mío ya lo sabe —dijo mordaz, Daniel.

El hombre captó la ironía y le sonrió.

—Bien, Daniel Ludendorff… ¿lo he pronunciado bien? —le dijo siguiéndole el tono.

—Perfectamente.

—¿Sabe por qué está aquí?

—Creo imaginarlo.

—¿Y qué cree que es esto? —le preguntó acercándole algo parecido a una máquina de escribir.

Era la primera vez que Daniel veía un artilugio como aquel, pero lo observó con detenimiento durante unos minutos antes de aventurarse a dar la respuesta que ya creía saber. Tenía base rectangular con tapas para permitir su cierre como si se tratara de

una caja de madera cualquiera, una serie de teclas con las veintiséis letras del alfabeto, correlativas, con otras que en su caso tenían bombillas, rotores en la parte superior y enchufes en la inferior.

—Una máquina encriptadora.

—¿Cree que sabría utilizarla sin ninguna explicación?

—Supongo que cuando se pulsa una tecla, pongamos la A, se iluminará otra completamente diferente, por ejemplo, la R. Y esto será posible gracias a los rotores que siguen una secuencia establecida determinada por una clave.

—¿Había visto alguna vez una máquina de estas?

—Nunca, pero se me da bien todo lo que tenga que ver con enchufes, cables y demás.

—Eso no constaba en mi informe —dijo Christopher pensativo.

—Ya ve, no lo sabe todo sobre mí.

—¿Trabajaría para nosotros?

—Con una condición.

—Le escucho.

—Quiero que encuentren a mi novia, Helen Weaver.

6

Sebastian se sentía pletórico aquella noche para desconcierto del servicio y de sus padres. Se mostraba con todos ellos más cortés y abierto de lo que normalmente habituaba, paseándose de aquí para allá mientras tarareaba melodías que tan solo él conocía. Cuando Arabelle lo encontró frente al espejo del vestíbulo abrochándose el cuello de la guerrera, comprobó que había sustituido los pantalones de montar y las botas de su uniforme, por pantalones de vestir y zapatos negros.

La señora von Stumpfegger que no tenía constancia de que su hijo fuera a salir aquella noche, se acercó dispuesta a satisfacer su curiosidad.

—¿Vas a salir? —le preguntó ella entonces.

Él la miró a través del espejo con picardía. Arabelle que conocía bien a Sebastian ya supo la respuesta.

—¿Le vas a decir a tu madre que es lo que te tiene tan contento?

—Es una sorpresa.

—Miedo me das tú y tus sorpresas… Disfruta querido.

—Gracias, madre.

¿Cómo no iba a salir? Aquella noche tenía mucho que celebrar. Johann Feuchtwanger solo había tenido que mover unos pocos hilos para localizar a Daniel Caine. Efectivamente, se encontraba en Londres y mañana se pondría en contacto con él para ofrecerle la posibilidad de abandonar Gran Bretaña. Sebastian estaba seguro de que no diría que no.

Eran cerca de las nueve de la noche cuando el joven von Stumpfegger enfiló rumbo a la exclusiva zona oeste de la ciudad a bordo del Mercedes-Benz 770 K de su padre. Su exacerbado precio lo convertía en el coche más caro de toda Alemania y solo era accesible para los más altos cargos del III Reich.

Cuando paró frente a Horcher en Lutherstraße 21, el restaurante por excelencia de la clase pudiente berlinesa y ahora también habitual de los miembros de las SS, sus dos amigos, Dittmar y Otto ya habían llegado.

Los tres jóvenes entraron y se dirigieron a su mesa de siempre. Varios oficiales de la Luftwaffe se encontraban entre sus comensales aquella noche. Sebastian saludó a Bruno Loerzer, a quien conocía de haber ido a su casa en más de una ocasión. A su padre y a él los unía una fuerte amistad desde que combatieron juntos en la Primera Guerra Mundial como oficiales de la Luftstreitkräfte.

La especialidad de Horcher era los platos de caza, especialmente los *Medaillons Horcher* que fue por lo que Sebastian se decantó. De beber, vino tinto francés, el mejor de la casa.

El restaurante, fundado en el año 1904 por Gustav Horcher, se mantenía funcionando a todo gas a pesar de la guerra. En aquel salón de grandes ventanales y mesas redondas no existía el racionamiento; tampoco el servicio militar para sus empleados, del que estaban exentos gracias a los buenos contactos que tenía el ahora dueño e hijo del fundador, Otto Horcher, tras haberse afiliado al partido. Centro de comidas íntimas y como no, reuniones discretas entre altos cargos del régimen, no tardaría en convertirse en un nido de espías de diferentes bandos deseosos de catar no solo su variedad culinaria.

—¿Por qué ese repentino interés tuyo en sacar de Inglaterra a Daniel Caine?

Sebastian sonrió a su amigo Dittmar.

—Es el único hijo de Freiin Ludendorff… y amigo mío de la infancia.

—No te pega el papel de hermanita de la caridad…

Todos los que trataban asiduamente a Sebastian sabían que el altruismo no se encontraba entre sus cualidades. Si bien era cierto que los deseos de su madre se volvían órdenes bajo el techo de la residencia de los von Stumpfegger, su inusual buen humor lo delataba. Tenía que existir un oscuro propósito detrás de todo aquello y sus más íntimos amigos así lo intuían.

A Sebastian, astuto y sagaz, le gustaba rodearse de personas más o menos influyentes. Era algo que su padre le había inculcado desde siempre al comprobar en sus propias carnes los beneficios que podían traer para con uno en el tiempo.

—La vida da muchas vueltas hijo —le decía a menudo.

Era consciente de que Alemania estaba en guerra y aunque creía firmemente en la victoria del III Reich, su futuro nunca había sido más incierto. Erika Ludendorff tenía muchos contactos interesantes, bien lo sabía por su propia madre, no solo en la cúpula de las SS, sino también en la Gestapo. Con tan solo una llamada iba a hacerle el favor de su vida: salvar a su hijo de una muerte segura.

Al término del postre, embriagados por el alcohol y la satisfacción de creerse invencibles, Sebastian y sus amigos no querían dar por concluida aún la velada. Los habituales clubs de *jazz* que amenizaban las noches berlinesas antes de la guerra, habían sido clausurados por el régimen en su totalidad —aunque alguno continuó su actividad en la clandestinidad— para desgracia de muchos amantes de esta música. Irónicamente, en algunos campos de concentración, fue una cultura tolerada, tal vez como

medio de distracción para los secuaces del régimen nazi. Esto llevó a los jóvenes a buscar otro tipo de diversión y que mejor que en compañía de las profesionales del placer.

Al salir del restaurante pusieron rumbo a Charlottenburg. Allí, en un piso en la tercera planta de la calle Giesebrecht Strasse 11 conocido como Salon Kitty, Katherina Schmidt —la propietaria del establecimiento— les conseguiría una óptima compañía para asegurar su diversión. Las chicas, todas ellas alemanas y previamente seleccionadas por el SD, eran famosas en toda la ciudad por su inigualable belleza. Pero su labor, contrariamente a lo que los clientes creían, no solo consistía en satisfacer sus necesidades sexuales, también en sonsacarles información. La idea original fue de Heydrich, quien comentaba, con su típico humor, que era más fácil interrogar a un hombre en posición horizontal que en vertical. Pero claro, eso era algo que muy pocos sabían y que, confiados en un ambiente de inusual relax, soltaban su lengua más de lo debido.

Sebastian no tenía problemas de esa índole. Él siempre se mostraba frio ante situaciones como aquella, propiciado por el desdén que en su interior profesaba hacia esas damiselas que alquilaban su cuerpo al mejor postor. Si bien en ciertas ocasiones podía mostrarse verdaderamente pasional, no sería con aquellas mujeres a las que solo recurría para descargar su fuego interno en un cuerpo sin nombre.

Una belleza rubia de ojos azules, como a él le gustaban, fue su elegida aquella noche. Si en un primer momento la chica accedió servil, seducida por el atractivo del teniente, no tardó en sumirse en un estado de emociones encontradas al verse a solas ante un hombre soberbio, hostil y que, sin preludios, buscó con ansia penetrarla, si tan siquiera reparar en su bonita lencería, su hermoso rostro o su tersa piel de dieciocho años. No hubo besos ni caricias, tampoco palabras de adulación ni de ninguna otra índole. Así lo pondría aquel cuerpo sin nombre en el informe que cada una de ellas estaba obligada a redactar y entregar una vez finalizado el trabajo.

Cuando Sebastian hubo acabado con aquella mujer a la que nada le unía, salió del piso después de pagarla, sin tan siquiera posar sus ojos en ella un segundo por última vez. Montó en su coche y sin esperar a sus compañeros, regresó a casa.

Las luces amarillentas de las farolas y la soledad de las calles otorgaban a Berlín una atmósfera fantasmagórica. Sería la una de la madrugada, cuando a falta de vehículos en la autopista A115, aceleró hasta 120 km/h haciendo gala de la potencia de los 150 CV de su Mercedes. De alguna manera quería sentir el poder que, en su

fuero interno, sabía inexistente.

La casa se encontraba sumida en un silencio turbador y una oscuridad absoluta se adueñaba del largo corredor de la planta baja. Sebastian permaneció quieto entre las sombras del vestíbulo, a la espera de que sus ojos se acostumbraran a la negrura reinante. No quería tropezar y provocar algún ruido que despertara el liviano sueño de su padre. Lo último que quería era tener que enfrentarse a la mirada recriminatoria de su progenitor ante su inusual descuidado aspecto. Tampoco quería hablar.

Llegó a su despacho con paso titubeante y se sirvió una copa de coñac a la que cargó con hielos. Se sentó en su sillón de cuero y observó la lejanía que se adivinaba tras la ventana. La nostalgia lo invadía, la soledad también. Sebastian era un hombre lo suficiente inteligente para saber que, dentro de aquella burbuja de éxito, lujo y poder, había algo fundamental que le faltaba: amor. Tras su fachada de hombre circunspecto existía un ser roto por la incapacidad de amar a nadie o, tal vez, por esa misma incapacidad se encontraba roto. Eso era algo que aún tendría que descubrir. El caso es que ya fuera por la fuga de alcohol de su mente o por aquel polvo indiferente, tras abandonar el piso de placeres prohibidos se había visto atormentado por esa incapacidad a enamorarse de una mujer, tan extraña en un hombre de veinticinco años y atractivo sin parangón. Aquella noche, contra todo pronóstico, acabó para Sebastian en un anhelo por encontrar a una mujer que le hiciera sentir algo más allá de una pronta excitación que acabara difuminada en el aire. Esa madrugada Sebastian se entregó al sueño sin saber que pronto todo eso cambiaría.

7

Durante los días posteriores no hubo bombardeos en la capital, tan solo llegaban los sonidos de las bombas en la lejanía. Supe más tarde que la Luftwaffe estaba concentrada en destruir fábricas aeronáuticas y aeródromos. Pero aquello lejos de infundirme tranquilidad me creaba un desasosiego continuo que intentaba paliar trabajando sin parar o introduciéndome de lleno en las explicaciones del Doctor Rowling.

El silencio de la Luftwaffe no presagiaba nada bueno y muchos así lo creíamos. La gente rezaba en las esquinas pidiendo por una noche más sin bombas, pero yo sabía que cuando empezaran de nuevo los bombardeos sobre nosotros, lo harían sin piedad.

Entonces, volverían las muertes y las temidas gangrenas con sus respectivas amputaciones que ya comenzaba a odiar y no porque me asustaran aquellas cirugías —ninguna lo hacía— era por el despertar de aquellos hombres, mujeres y niños que de pronto se encontraban con parte de su cuerpo mutilado. Sus caras de horror, sus gritos de pánico y sus lloros desesperados cuando recobraban el sentido tras la anestesia, me helaban la sangre como ninguna otra cosa lo había conseguido hasta ese momento.

—Tienes que pensar que estamos salvándoles la vida —me dijo el cirujano una mañana.

—Uno me dijo que le dejara morir…

—Es normal. Es un *shock* muy grande. Pero terminan acostumbrándose, rehaciendo su vida…

—Qué remedio… —suspiré.

Silencio.

—También una joven te dijo que eras un ángel…

Sonreí recordando aquel momento. Había sucedido hacía tan solo dos horas. Una mujer había entrado de urgencias a media noche después de romper aguas en su trigésimo primera semana de embarazo. Las cosas pintaban mal cuando entró en quirófano. Su estado de malnutrición era tal que el doctor no tuvo dudas de que esa era la causa de su parto prematuro. Temimos por su vida en algún que otro momento durante las quince horas que duró el complejo alumbramiento; y, a pesar de que el bebé se encontraba bien dentro de las circunstancias, la posibilidad de complicaciones una vez naciera eran muy altas para él.

Aun así, nació una pequeñísima niña de tan solo kilo y medio a la que yo misma le coloqué la respiración mecánica que necesitaba

una vez la hube limpiado e instalado en una camilla. Era tan diminuta que parecía mentira que se tratase de un ser humano. La madre, agotada por el cansancio, quedó sumida en un profundo sueño mientras su niña era alimentada por vía intravenosa y velada por mí.

Una hora después, la mujer que rondaría mi edad, despertó buscando a su bebé con desesperación. Yo me levanté y me acerqué a ella.

—Ha tenido una niña preciosa, felicidades.

—¿Se encuentra bien? —me preguntó con ojos llorosos, no sé si por la emoción o por el miedo a conocer una dolorosa noticia.

—Saldrá adelante —le contesté pasándole un trapo húmedo por la frente.

Entonces, ella me agarró mi mano libre y, mirándome a los ojos, me dio las gracias. Una profunda dicha me invadió al escuchar aquel agradecimiento sincero.

—Es usted un ángel —me susurró ya entregándose en brazos de Morfeo.

Ángel o no, solo cumplía con mi deber, pero fue hermoso escuchar aquellas palabras.

El doctor Rowling me había dicho que la medicina tenía esas cosas. Dolor y alegría a partes iguales y, a pesar de llevar únicamente dos días trabajando en el hospital, estaba comprobando que así era.

Logramos hacer un alto para comer, después de que una enfermera pudiera sustituirnos en la sala de operaciones donde madre e hija se encontraban estables. Tampoco nos fuimos muy lejos, pues estábamos en una pequeña habitación colindante; era necesario que nadie les quitara ojo, especialmente en las primeras treinta y seis horas.

—En tiempos de guerra las enfermedades se multiplican por tres y más en el frente —me explicó Rowling—. La gangrena es solo una más de tantas afecciones que uno puede sufrir.

Y era cierto. Las enfermedades infecciosas se transmitían de unos a otros como la espuma y no solo por la falta de higiene.

Teníamos pacientes con disentería cuya procedencia constituía un problema ya que podía ser causada por multitud de factores: por un bacilo, virus, bacteria o, incluso, por un irritante químico, lo que complicaba su tratamiento. El consumo de alimentos en mal estado también suponía la propagación de enfermedades como la tuberculosis bovina y la triquinosis, teniendo a varios ingresados en habitaciones separadas del resto debido a su rápida propagación.

—¿Cuáles son las afecciones más comunes en el frente? —le pregunté.

—Bueno, depende mucho de las condiciones medioambientales… Pero de momento, no te preocupes por ello, ya bastante estás haciendo.

Cuando aquella noche regresé al pequeño apartamento para descansar, sentí que alguien me seguía a no mucha distancia. Pensé en dar un rodeo antes de dirigirme a mi actual domicilio, pero después deseché la idea, sospesando la opción de resguardarme en el piso como la más acertada. Antes de entrar en el portal me giré con disimulo. A unos metros, una figura, al amparo de las sombras, me escrutaba desde la oscuridad.

La tranquilidad que se respiraba en el exterior de la mansión de Bletchley Park, rodeada de sauces, nada tenía que ver con el frenesí del interior. En la planta superior trabajaban decenas de personas de día y de noche, en su mayoría mujeres, separadas en secciones. Entre ellas se encontraba Daniel Caine que ya en su segundo día había conseguido familiarizarse con aquella máquina encriptadora, llamada Enigma y había conocido el que sería su nuevo hogar, una casita en el barrio. Las tecnologías se le daban bien y las disfrutaba, pero no terminaba de sentirse satisfecho con aquel trabajo que lo obligaba a estar durante horas sentado en una silla. Necesitaba más acción. Consideraba que para todas aquellas chicas recién licenciadas y con alto nivel de comprensión e inteligencia, era el trabajo perfecto. Pero no para él. Aun así, sabía qué hacía una labor fundamental para Inglaterra, a la que tanto amor profesaba, y eso fue lo que le hizo tomárselo con mayor predisposición. Lo que Daniel desconocía cuando aquella tarde fue llamado al despacho de su reclutador, Christopher Law, es que sus días en la mansión iban a acabar antes de casi haber comenzado.

—¿Qué tal se encuentra aquí con nosotros?

—Bien, señor.

—¿Bien, o muy bien?

—Bien —se limitó a contestar.

—¿Le gustaría cambiar de trabajo dentro del MI6?

—¿Qué quiere decir?

—Bien, señor Caine… hay un pequeño cambio de planes.

—Lo escucho.

—¿Cree que estaría preparado para trabajar como agente nuestro en territorio enemigo?

—Explíquese.

—Hacía mucho tiempo que nos habíamos fijado en usted para ofrecerle un puesto como agente secreto del MI6, Daniel.

—¿En Berlín?

—Berlín es una ciudad que usted conoce a la perfección, tanto o más que como habla el alemán. ¿Me equivoco?

—No, no se equivoca.

—Pero no sabíamos cómo enviarlo allí sin levantar sospechas.

—¿Ahora sí?

—Un teniente de las SS que supongo conoce, se ha puesto en contacto con uno de nuestros agentes encubiertos en la embajada alemana de Madrid. Por lo visto, su madre lo quiere de vuelta de inmediato después de conocer el bombardeo acontecido en Londres.

—¿Sebastian von Stumpfegger?

—Él mismo. ¿Son, o han sido amigos?

—Sebastian es un cretino. Lo único que nos une es la estrecha amistad que tienen nuestras madres desde siempre.

—Entiendo —dijo asintiendo—. El caso es que esto nos da la cobertura suficiente para enviarlo a Berlín sin levantar ningún tipo de sospecha, si usted así lo desea.

Daniel meditó durante unos instantes.

—No tiene que responder ahora. Piénselo y mañana nos da una respuesta.

—¿Qué tendría que hacer? —preguntó Daniel.

—Convertirse en la sombra de su nuevo mejor amigo, Sebastian von Stumpfegger.

—Sebastian no es ningún imbécil, no será fácil que confíe en mí.

—Lo sabemos. Por eso no queremos que le espíe al uso, tan solo que esté cerca de él y lo que averigüe nos lo haga llegar en mensajes codificados.

—¿Pretende que entre en Alemania con un transceptor a cuestas?

—Claro que no. Allí se le facilitará uno.

—¿Cómo haría para que no me llamaran a filas? Sería lo más lógico en plena guerra.

—Según la información de la que dispongo su familia se dedica a la banca.

—Así es. Mi abuelo materno es el fundador de Große Bank Berlin. Mi madre y mi tío son los principales accionistas.

—Como estudiante de economía no creo que le resulte difícil conseguir un puesto en la dirección. En principio eso tendría que eximirle del ejército.

Daniel sopesó aquella posibilidad. Tenía entendido que se habían visto obligados a despedir a gran parte de su directiva tras hacerse efectivas Las Leyes de Núremberg de Pureza Racial. Sus más sobresalientes directores eran judíos, como en la mayoría de los bancos importantes de Alemania y, desde entonces, habían tenido que recurrir a alemanes puramente arios que no siempre estaban a

la altura del puesto. En otras circunstancias su familia le habría instado a presentarse al ejército, especialmente su tío, general de campo de la Wehrmacht y con una larga e intachable trayectoria de treinta y seis años en las fuerzas armadas alemanas; pero la necesidad de tener al frente del banco a alguien de absoluta confianza le auguraba grandes posibilidades de poder permanecer en Berlín y, a la vez, disponer de amplia cobertura de movimiento.

—Lo tienen todo pensado…

—Es nuestro trabajo.

Daniel sopesó los riesgos durante unos minutos en los que aprovechó para encenderse un cigarro, como si aquel gesto le ayudara a pensar mejor.

—No es muy arriesgado —dijo al fin—. Mi madre está afiliada al partido nazi y siempre se ha movido entre ellos como pez en el agua, mi residencia puede ser un lugar seguro para esconder un transceptor.

—No se equivoque. La Gestapo tiene ojos en todas partes y ningún lugar es lo suficientemente seguro en Alemania. Tiene que ser consciente de que, si lo descubren, cosa que podría llegar a suceder, lo fusilarían sin preguntar. Piense bien si quiere correr ese riesgo a cambio de poder salvar muchas vidas.

—Ya lo he pensado bien.

8

Sebastian y su madre, Arabelle von Stumpfegger, pasaron a recoger a Erika Lundendorff a Hohenzollernstraße 14, su residencia en Wannsee. Un pitido de claxon fue suficiente para que esta, ataviada con sus mejores galas, descendiera por la escalinata de la puerta principal de su mansión y avanzara por el camino empedrado hasta ellos, con esa distinción que solo da la buena cuna. Se introdujo en la parte trasera del Mercedes y Sebastian enfiló rumbo a la casa de un diputado del Parlamento Alemán, donde su mujer daba una fiesta.

La luz proveniente de las ventanas de la casa de los Schiller rompía con la oscuridad monocorde de todo el trayecto. Eran las nueve de la noche y Wannsee parecía estar sumido en el abandono y la soledad. Las mansiones se alzaban a ambos lados de la calle, refugiadas entre las sombras como si estuvieran deshabitadas desde hacia décadas. Pero aquello no era una ilusión, era una realidad. Los judíos que un día habían disfrutado de sus residencias de verano, no volverían a hacerlo. Y no solo porque ya nos les pertenecían, sino porque los que no habían conseguido huir, habían sido deportados a algún lugar a quien a nadie parecía importarle.

El mundo se encontraba sumido en la quimera que el régimen nazi había querido vender. Alemania no era diferente. Mientras en la familia Schiller celebraban aquella fiesta, sus hasta hace poco amigos y vecinos estaban siendo hacinados en guetos como animales.

¿A quién le importaba el destino de aquellos desdichados cuando ellos poseían todo cuanto se podía desear? El ser humano es de naturaleza egoísta y desleal, aunque alguno podría achacarlo a cobardía. Tanto daba, el resultado era el mismo.

Pero en aquella fiesta, bajo todo pronóstico, una oveja descarriada del nazismo fingía sus lealtades a un régimen tan bien, como el resto fingía estar en tiempos de paz.

La baronesa Rollheiser fue la primera en acercarse a saludar a Erika Ludendorff tras verla atravesar la puerta del gran salón donde ya todos disfrutaban de la limonada, el champán y los canapés que el servicio ofrecía en bandejas de plata a los invitados.

—Querida, siempre tan bella —la halagó.

—Oh, Dagna, muchas gracias.

Pero cuando vio que tras ella llegaban Arabelle y Sebastian, su mirada se volvió sombría en los efímeros instantes que tuvo a bien

reaccionar. La familia von Stumpfegger se encontraba ya al completo. Karl había llegado media hora antes para departir con el anfitrión del que no se había separado ni para saludar a su mujer y a su hijo. Dagna optó por agarrarse del brazo de Erika y alejarla de aquella presencia que se le antojaba tan indeseable, pero no le fue posible. Arabelle se acercó a ellas antes de que pudieran dar tan siquiera un paso.

—¿Cómo estás? Hacía tiempo que no te veía.

Dagna captó el tono irónico de la pregunta.

—Una ciática horrible me ha tenido muerta de dolores estas dos últimas semanas —mintió llevándose la mano a los riñones e interpretando cara de dolor.

—Vaya, lo siento.

—Tengo entendido que esos dolores son insoportables —interrumpió Sebastian.

—No lo sabes bien…pero bueno, tú no tienes que preocuparte, eres joven y fuerte.

Dagna era soltera a sus sesenta años. Vivía sola en una gran villa heredada de sus padres como primogénita de las tres hijas del matrimonio, y no era muy amiga de los actos sociales. Pero era necesario dejarse ver y ser partícipe de las viandas y tertulias de los más acérrimos seguidores del régimen, si no quería comenzar a levantar sospechas. Aquella noche se había citado a todas las buenas casas de Wannsee, entre los que se encontraban altos cargos de las SS y algún que otro miembro de la Gestapo. Una ausencia hubiera resultado no solo insultante para la advenediza señora de aquel diputado con aires de grandeza, sino también, un motivo para crear recelos entre aquellos rufianes que parecían encontrar enemigos a la vuelta de cada esquina. Era un gusto que no podía permitirse, la familia judía que guarecía en su desván, la obligaba a contenerse de las insensateces propias de una mujer acostumbrada a decir y hacer lo que deseaba en cada momento.

Odiaba el nazismo y todo lo relacionado con él. Ella que no vivía ciega al mundo como la mayoría de los allí presentes, sabía que aquellas familias que ya no estaban en sus casas como años anteriores, no era porque los hubieran invitado a irse a un paradisiaco balneario en Suiza, sino porque existía un plan maquiavélico para quitarlas de en medio. Una noche, supo que sus vecinos de enfrente no regresarían jamás cuando vio, tras el visillo de la cortina de su habitación, como un grupo de hombres que imaginó de la Gestapo, saqueaban la vivienda. Horrorizada, presenció cómo sacaban cuadros, muebles, ropa… todo ello amparados en la oscuridad de la medianoche.

Esperó dos horas después de que se hubieran marchado para

salir de su casa por la puerta trasera de la zona de servicio. Observó con recelo los alrededores antes de aventurarse al exterior y cubierta con un chal negro que la mimetizaba en la negrura, atravesó el jardín hasta la vivienda de sus amigos Hans e Hertha Hesse. Estuvo un buen rato al abrigo de las sombras que proyectaban las cornisas, llamando con sus nudillos a una de las ventanas de la cocina, pero ahí no la oirían nunca si se encontraban en el piso superior. Dagna, presa de la desesperación pues sabía que no contaría con otra oportunidad, cogió una diminuta piedrecita del suelo y la lanzó a la ventana del dormitorio donde descansaba el matrimonio. Al poco rato, el hombre se asomó y Dagna le indicó que bajara.

Un Hans en pijama y con cara somnolienta abrió la puerta de su cocina al minuto.

—Deprisa, tenéis que abandonar vuestra casa —le apremió.

—¿Qué ocurre, Dagna? —le preguntó él sin comprender.

—No hay tiempo, vendrán a por vosotros.

—¿Quiénes? Nosotros no hemos hecho nada a nadie.

—Unos hombres de la Gestapo han saqueado la casa de los Kretschmann, lo acabo de ver con mis propios ojos. Ellos tampoco habían hecho nada, pero son judíos, Hans, judíos como vosotros.

El hombre pareció dudar, al tiempo que Hertha, abriéndose paso entre las sombras, se le acercaba con rostro alarmado por detrás.

Minutos después que a Dagna se le antojaron largas horas, la familia Hesse atravesaba el jardín de su vecina en fila india, vestidos con pijamas y cubiertos con chales oscuros.

De eso hacía ya un año. Un largo año en que la baronesa a sabiendas de conocer su fatídico final si la descubrían, había salvado la vida de una familia inocente.

A Dagna, Erika le resultaba agradable. Era una mujer de exquisita educación y de una ingenuidad que la había arrastrado a los confines de una lucha que nada tenía que ver con ella. Le profesaba un cariño sincero que alcanzaba a su hijo Daniel, por quien le preguntó preocupada, sabiéndolo en Londres.

—Mi hijo está bien y pronto podrá estar aquí conmigo.

—¡Eso es una fantástica noticia! No sabes cómo me alegro. Espero poder verlo pronto.

—Sí, ya sabes que mi casa es tu casa, querida. Estaría encantada de que un día vinieras a comer o cenar con nosotros. Estoy segura de que a Daniel también le gustaría verte.

—Será un honor.

—Desde que murió mi marido, la casa rezuma soledad.

Muchos habían oído que Freiin Ludendorff mantenía una relación secreta con un alto cargo de la Gestapo, pero lo cierto era

que nadie le ponía nombre; por lo que algunos tampoco desechaban la idea de que se tratase de un bulo expulsado por alguna lengua bífida y aburrida. Dagna no le preguntó, tampoco le importaba. Pero observó un vacío en su mirada que le hizo creer que la casa tan solo había sido una metáfora para explicar de una manera más sutil que la que destilaba soledad no era más que ella misma.

Hacía ya cinco años que su marido, Nick Caine, había fallecido por una fatal neumonía. Dagna nunca conoció una pareja más enamorada y sintió en lo más hondo de su corazón el sufrimiento que Erika profesó los días posteriores al entierro, cuando su hijo hubo de regresar a Londres y ella tuvo que enfrentarse sola a la realidad en su imponente mansión de ensueños. Desde entonces, se había refugiado mucho en la amistad que le proporcionaba la arpía de Arabelle y sus nuevos amigos nazis. Pero no la culpaba por ello, la soledad puede llegar a ser mala compañera cuando no se está preparado para ella.

Fuera o no verdad su nueva relación amorosa, Dagna que la conocía bien, sabía que Erika no estaba enamorada, ni lo estaría nunca más.

Si bien era aún una mujer muy bella y de una distinción que la hacía diferente al resto y, por ende, los pretendientes no le faltaban, solo aceptaría otra alma solitaria como ella para sobrellevar mejor su camino hacia la vejez, pues el amor para ella ya era cosa del pasado.

Sebastian se paseaba de un lado a otro, bajo las arañas de cristal que iluminaban el salón, haciendo uso de ese irresistible encanto que siempre le caracterizaba a primera vista. Karl le presentó a los pocos que aún no lo conocían y Arabelle hizo lo propio con las señoras. Se encontraba embriagado de vanidad y champán, pero no lo suficiente para que, entre conversación y conversación, no se hubiera percatado de la mirada sombría que se había adueñado de Freiin Erika durante unos instantes, atraído por sus ansias de controlar todos cuanto se acontecía a su alrededor.

9

Si Daniel hubiera muerto me lo habrían confirmado de alguna manera ya a esas alturas. O por lo menos eso quería creer cuando, charlando en un descanso con una de las enfermeras, me dijo que un hombre con sus características había sido dado de alta la misma mañana sucesiva a los bombardeos.

—No recuerdo como se llamaba, lo siento. Atendí a tantos aquella noche… pero me acuerdo de él porque era el hombre más guapo que había visto en mucho tiempo.

—¿Qué médico lo atendió?

—Carter, pero ya no está aquí; lo trasladaron al frente.

Si efectivamente era Daniel aquel hombre al que la enfermera se refería, significaba que estaba vivo. Eso me embargó de felicidad, a pesar de la impotencia que sentí al verme incapaz de seguir su rastro. ¿Por dónde comenzar a buscar? Tampoco disponía de tiempo, el hospital me tenía absorbida hasta la extenuación. Cuando en las noches llegaba al piso caía en un profundo sopor vencida por el cansancio, hasta que la luz del alba se colaba en el dormitorio recordándome que tenía que volver al trabajo. Tanto era así que hasta llegué a pensar que aquella sombra que sentí que me perseguía la pasada noche, había sido tan solo una alucinación producto del agotamiento en el que me encontraba sumida tras dieciséis horas seguidas de cirugías y cuidados paliativos que me exigían estar al cien por cien de mis capacidades.

Daniel era un chico que no pasaba desapercibido, desde luego. Era rubio, de profundos ojos azules, alto, de cuerpo atlético y de una elegancia sublime heredada de su madre y, como suele ocurrir en la mayoría de los casos, ese imponente físico fue lo que me atrajo de él la primera vez que le vi.

Ambos nos conocimos en un curso de alemán haría ya dos años y desde entonces, no nos habíamos separado. Congeniamos desde el minuto uno. Teníamos muchas cosas en común y eso hizo que entabláramos una buena amistad que día a día, fue derivando en un profundo sentimiento del que no nos percatamos hasta que nos atrapó por completo. Me enamoré profundamente de Daniel Caine casi sin darme cuenta y no porque tuviera rostro de actor de cine; fue su bondad, su inteligencia, su lealtad y su arrojo para enfrentarse a la vida, lo que me hizo ver que aquel chico de veintidós años compartía los mismos valores que tenía yo ante la vida.

En mi fuero interno sabía que Daniel estaba vivo y se encontraba bien. A pesar de ser un chico mimado por la cuna de la nobleza alemana, su interior era el de un superviviente con el equilibrio justo entre la valentía y la temeridad propias de quien conoce el valor de la vida y de la muerte. Pero lo echaba de menos, no podía evitarlo. Especialmente cuando veía una pareja joven en el hospital o caminando por la calle, cuando me acostaba, cuando me levantaba, o como en aquel momento, hacía un parón para fumarme un cigarrillo cerca de la puerta del hospital. «¿Qué estarás haciendo ahora Daniel?» me pregunté sin tan siquiera poder imaginar la respuesta.

Daniel Caine apuraba las últimas caladas de su cigarro antes de montar en un avión de la compañía British Overseas Airways Corporatíon con destino a Madrid.

Un coche del MI6 lo había dejado en el aeropuerto Croydon, a seis kilómetros al sur del centro de Londres, después de que Chistopher Law le hubiera dado el billete que en esos momentos revisaba una azafata para acompañarlo a su asiento.

En algún lugar de su corazón sentía que abandonaba a Helen al embarcar en aquel avión que podría estar alejándolo de ella para siempre. Pero era algo que su cabeza le exigía a hacer. No podía quedarse de brazos cruzados mientras el nazismo se hacía con el control de toda Europa. Gran Bretaña no debía caer también y si él podía hacer algo para impedirlo tenía que ser desde el mismo corazón de aquella dictadura de los horrores. Debía hacerlo por ella, por él y por la humanidad, a sabiendas de que su vida podría quedarse por el camino si lo descubrían.

Ya no había vuelta atrás. Su mundo se había desmoronado, y con él, sus sueños y sus planes habían tornado en otra dirección. La vida le había cambiado en tan solo un instante, pero así es como todo ocurría, en un instante. Tenía miedo. Sí, miedo. Y mucha zozobra. No podía evitarlo. Porque si alguna vez sospechó que la guerra llegaría a ellos y los arrastraría a su particular averno, nunca imaginó que sería tan pronto, ni de esa manera. Sin embargo, llegó el día, y allí estaba él, vislumbrando Inglaterra cada vez más lejana desde el aire, confiado en que ni la distancia, ni la guerra ahogarían el amor que Helen y él se profesaban; que un día todo eso acabaría y volverían a reunirse para no volver a separarse jamás.

Daniel observó a su alrededor, comprobando para su sorpresa que todos los asientos estaban ocupados. Se preguntó quiénes serían todas aquellas personas, en su mayoría hombres, que se aventuraban a un viaje como aquel en plena guerra. Los imaginó

diplomáticos, militares de alto rango o espías que, como él, viajaban a un país neutral para partir a otro destino desde allí.

Se quedó dormido al poco rato, cuando el avión bordeaba el canal de la mancha donde se encontraba el centro del conflicto. El tiempo era estable y la falta de turbulencias le tuvo sumido en una duermevela durante el resto del trayecto, hasta que la voz del comandante, que resonó en los altavoces, le terminara por despertar hora y media después:

—Señores pasajeros, estamos iniciando la aproximación al aeropuerto Barajas de Madrid, donde aterrizaremos en un tiempo estimado de quince minutos. Ahora mismo el cielo está soleado y la temperatura es de treinta y cinco grados. En mi nombre y en el de toda la tripulación, les doy las gracias por volar con nuestra compañía; les deseamos una feliz estancia y esperamos verlos nuevamente a bordo.

El avión comenzó su descenso mientras Daniel observaba por la ventanilla el aeropuerto de destino. Barajas contaba con una terminal, una pista de terreno natural sin pavimentar y una zona de aterrizaje marcada por un gran círculo blanco en cuyo interior se podía leer: Madrid.

Todos los pasajeros fueron conducidos directamente desde el avión a varios autobuses pertenecientes a la compañía española Iberia que los llevaron hasta el centro de la capital. El fin del trayecto fue en la plaza de Cánovas del Castillo, donde dicha compañía tenía su propia terminal para facilitar el trayecto a los viajeros.

Una bocanada de aire caliente le golpeó el rostro al apearse del vehículo.

Como le habían indicado en Bletchley Park, se subió a un taxi que lo llevó hasta una sala de té llamada Embassy en la Avenida del Generalísimo. Una vez dentro, lo primero que hizo fue acercarse hasta el teléfono y marcar un número que había conseguido memorizar antes de salir de Londres.

Una voz masculina le contestó al otro lado, indicándole la mesa en la que su contacto en Madrid lo esperaba. Desde allí lo buscó por las señas que le había dado. No le fue difícil dar con él; el local se encontraba prácticamente vacío a aquellas horas. Daniel necesitó tan solo un instante para reconocerlo, a pesar de que no lo veía desde hacía cinco años. No podía creer que Johann Feuchtwanger, el primo de Sebastian von Stumpfegger, estuviera metido en el Servicio Secreto de Inteligencia Británico.

Antes de colgar, la voz al otro lado le espetó:

—Su novia se encuentra bien.

—¿La han encontrado? —preguntó Daniel con asombrosa

rapidez.

Pero la línea ya se había cortado, dejándole con una mezcla de sentimientos encontrados que oscilaban entre la incertidumbre de saber su paradero y la tranquilidad de saberla viva.

Johann se levantó cuando lo vio acercarse entre las mesas redondas que formaban el local, después le tendió la mano que Daniel estrechó con una ficticia afectuosidad. En el mismo instante en el que se sentaban en sus respectivas sillas, un camarero se acercó a ellos para tomarles nota de las bebidas que deseaban. Ambos se decantaron por cerveza muy fría.

—Me alegra verle de nuevo Daniel y más en estas circunstancias —un destello fugaz iluminó su penetrante mirada de ojos grises.

—Ha sido muy amable en ayudarme a regresar a mi querida patria.

—Mi queridísimo primo Sebastian me lo pidió tan encarecidamente que no pude decirle que no. Mi trabajo me ha costado, no crea, pero por la familia uno hace cualquier cosa.

La última vez que Daniel vio a Johann fue en el entierro de su padre hacía ya cinco años. Se conservaba bien a pesar de las incipientes arrugas que se le dibujaban en el contorno de los ojos cuando sonreía y de las canas que comenzaban a salpicar su cabello clareándolo. Debía rondar la treintena, pero su mirada, cargada del rencor de los que han sufrido más de la cuenta y viven en una lucha continua por conseguir aquella venganza que creen que les devolverá la paz perdida, le confería más edad.

Envueltos en aquella sátira, que solo ellos conocían, charlaron durante largo rato como si se trataran de dos viejos conocidos sin más. Debían asegurarse de despejar cualquier tipo de sospecha que pudieran despertar en los pocos clientes que asolaban el local. También de los empleados. En tiempos de guerra, el exceso de discreción nunca estaba de más y era algo que ambos sabían muy bien.

Al cabo de media hora, Johann le pasó la cajetilla de tabaco para que cogiera un cigarro. En ella iba un papel minúsculo con el que Daniel se hizo, a la par que deslizaba el pitillo entre sus dedos. Se lo metió en el bolsillo donde guardaba el mechero que sacó.

Johann esperó a que apuraran sus cigarros para dar por concluida la conversación. Ahí acababa su cometido.

—He de irme, me espera trabajo en la embajada.

—¿Te pilla lejos?

—Aquí al lado. Este barrio está plagado de embajadas, de ahí el nombre de esta cafetería, pero sin duda la nuestra es la más imponente. Échale un vistazo antes de irte, comprobarás de lo que hablo.

Después de pagar la cuenta ambos hombres se pusieron en pie. Con un apretón de manos y un breve abrazo que Johann aprovechó para desearle suerte en un susurro casi imperceptible, se despidieron, sin saber si algún día volverían a encontrarse.

Antes de salir del local, Daniel fue al baño. No había nadie y aprovechó para leer la nota. Tan pronto como memorizó la dirección se deshizo de ella en el inodoro. Tiró de la cadena y observó como desaparecía por el desagüe.

Aún le quedaba una hora por delante antes de tener que volver a subir al autobús que lo llevaría de nuevo al aeropuerto. De buena gana se hubiera quedado en la cafetería al amparo de aquel calor asfixiante, pero no quería marcharse sin conocer un poco más de aquel Madrid de la posguerra.

Como Johann le dijo, a pocos metros de Embassy se alzaba la majestuosa embajada alemana, concretamente en el número cuatro. Se trataba de un palacete de estilo neoclásico, presidido por dos grandes águilas. Una bandera con la esvástica nazi ondeaba ligeramente en la azotea, lo que le produjo un repentino sentimiento de desprecio.

En aquel momento, España, más que un país neutral como se le consideraba, era un país no beligerante. Así lo pensó Daniel al comprobar la proliferación de esvásticas y banderas nazis que presidían los edificios más representativos del III Reich, entre los que se encontraban el Cuartel General de la Gestapo y el Consulado alemán. Si no hubiera sido por aquella temperatura, impensable en Alemania, habría creído que ya se encontraba en Berlín.

10

Aún no había anochecido cuando Sebastian salió de su casa de Wannsee hacia el Aeropuerto de Berlín-Schönefeld, al sureste de la capital berlinesa. Le quedaba un largo camino hasta llegar a Schönefeld. Tendría que conducir cerca de una hora por la A115 y la B101 hasta recorrer los cerca de cuarenta y cinco kilómetros que separaban a ambos distritos.

Si no le hubiera gustado conducir tanto aquel coche habría dejado que Daniel viniera en taxi, metro, o en el medio de transporte que se le hubiera terciado, a él tanto le daba.

Hizo el camino en silencio, sumido en los recuerdos que le llevaron a otras épocas en las que compartía juegos y risas con Daniel Caine y le pareció estar rememorando otra vida. Le estimaba a pesar de no ser proclive a los aprecios desinteresados. Pero a Daniel le tenía el respeto de los que sabía, estaban a su altura y eso era suficiente para considerarle digno de formar parte de su íntimo círculo de amistades.

Nunca entendió ese interés de su amigo por estudiar economía en Londres, en vez de decantarse por una carrera militar en Berlín, como era tradición entre los Ludendorff.

—¿Economía? —le espetó, no sin desprecio cuando se lo contó—. ¡Menudo disgusto darás a tu familia!

—El ejército no es para mí. Además, me gustaría ir a la misma universidad donde mi padre se licenció.

—El mundo está aquí, en Alemania, Daniel.

Sebastian llegó a tiempo para ver cómo las luces del avión evidenciaban su descenso en la oscuridad de la noche que ya se cernía sobre Berlín. Bajó del coche para estirar las piernas y se apoyó en la carrocería mirando hacia la puerta de salida de pasajeros, mientras se encendía un cigarro.

No tardó en ver a Daniel salir del aeropuerto, portando una pequeña maleta negra en una mano y una americana marfil en la otra. Mientras se acercaba, comprobó que, aunque sus ropas se encontraban bastante arrugadas, esto no le restaba ni un ápice de su innata elegancia.

Nada más atravesar la puerta de salida lo vio a unos metros apoyado en la brillante carrocería de un Mercedes negro, vestido con el uniforme de las SS y mostrando esa sonrisa que Daniel tan bien conocía. Había llegado la hora de la verdad y aunque tenía unas ganas inmensas de ver a su madre, no olvidaba ni por un

segundo el verdadero motivo de su visita a Berlín.

—Gracias por venir a recogerme.

—No me las des. Es un verdadero placer verte de nuevo en nuestra patria —le dijo metiendo la maleta en el asiento de atrás.

—No podía perderme nuestra próxima victoria.

—¡Por supuesto que no podías! Está más próxima de lo que muchos piensan. Pero no hablemos ahora de la guerra. Cuéntame, ¿cómo estás?

—Bien, muy contento de estar de vuelta; no sé cómo podré agradecértelo.

—Para eso están los amigos —le dijo Sebastian guiñándole un ojo antes de meterse en el coche—. ¿Qué tal en Madrid?

—Me ha sorprendido. Parecía una pequeña ciudad nazi dentro de otra ciudad.

Sebastian analizó sus palabras antes de proseguir. Una sonrisa cínica se dibujó en su rostro.

—La amistad entre nuestro Führer y Franco tan solo es una falacia. Lo único que los une son meros intereses políticos.

Por primera vez, Daniel coincidía en algo con Sebastian, pero decidió guardar silencio. Era demasiado pronto para comenzar a hablar de política y prefería tantear bien el terreno antes de poner sus pies en él.

Tanto Hitler como Franco, buscaban su propio poder absoluto, pero para conseguirlo sabían que el primer paso era derrocar a su enemigo común: el comunismo, como bien firmaron en el Pacto Antikomintern. Pocos sabían que detrás de aquella “amistad” había una sarta de mutuos intereses encubiertos y que España solo era neutral en la teoría. Si un día cercano ganó la Guerra Civil gracias a la ayuda prestada de Alemania, ahora Hitler se estaba cobrando el favor.

El resto del trayecto hablaron de temas superficiales. Daniel le siguió la conversación lo mejor que pudo, cosa que no le resultó difícil pues, como siempre, Sebastian no tardaba en tornarla monólogo a medida que se introducía en un tema que solo le interesaba a él. Hubo momentos en los que desconectó y recordó la voz de aquel hombre al otro lado de la línea.

—Su novia se encuentra bien —le había dicho antes de cortar la comunicación.

Significaba que estaba viva y sonrió para sus adentros, imaginándosela fuerte y vital como era ella. Deseó tenerla al volante de aquel coche, mientras conducía por las calles de su infancia y con vistas a presentarle a su madre. Pero la realidad se apoderó de golpe de él, cuando a pocos kilómetros de llegar al barrio residencial observó los frondosos bosques de Wannsee,

sumidos en la espesura penetrante de la noche. Se preguntó que había sido de todas esas luces que siempre habían brillado como estrellas en las noches de verano.

Desechó la idea de que hubieran huido cuando se adentraron por Hohenzollernstraße. El silencio era absoluto. Tan solo alguna casa aislada parecía habitada tras la tenue luz proveniente de sus porches o ventanas. El resto estaban sumidas en una profunda oscuridad que les confería un halo fantasmagórico a esas horas de la noche.

La mansión de los Ludendorff se alzaba tras los árboles que poblaban el jardín delantero. Un camino empedrado en forma de pasarela condujo a los jóvenes hasta la puerta principal.

—¡Menuda sorpresa vas a dar a tu madre!

—¿No sabe qué llegaba hoy?

—No.

La sonrisa de Sebastian brilló en la oscuridad.

11

Cada mañana iba al hospital ilusionada por ver cómo seguía la pequeña recién nacida. Mientras su madre iba recuperándose poco a poco de su desnutrición gracias a los complementos alimenticios que yo misma la administraba, la pequeña iba ganando peso a gran velocidad. Los días pasaban y fui encariñándome de las dos sin remedio.

Aquel día llegué al alba, antes que de costumbre. Tenía que hacer el inventario del que comencé a encargarme. Lo primero que hice fue ir a verlas. La primeriza madre, que ya estaba despierta, me miró y me apremió para que me acercara.

—Buenos días, Kate. ¿Cómo te encuentras hoy?

—Quería decirte algo… —dijo obviando mi pregunta.

Yo me senté en su cama y ella en apenas un susurro para no despertar a los pacientes que dormían alrededor, me dijo:

—Quiero poner a mi hija tu nombre. Quiero que se llame como el ángel que nos ha salvado, para que siempre lleve algo de ti donde esté.

Entonces Kate me cogió la mano y me la agarró con fuerza. Nos miramos durante unos instantes, en los que percibí como una lágrima resbalaba por su mejilla para terminar cayendo sobre la almohada. Recuerdo que la emoción me invadió el corazón de tal manera que acabé llorando de felicidad con ella. Era lo más hermoso que me habían dicho nunca.

Me acerqué a la pequeña y la observé con una sonrisa en los labios. Su piel había abandonado el color azulino con el que nació y ahora se veía rosácea. Le acaricié con suavidad su cabecita de pelo suave y rubio y ella me miró con sus enormes ojos azules.

—Hola, Helen —le saludé.

Cuando me fui para reanudar la jornada laboral, algo había cambiado dentro de mí, algo que ni la guerra ni las bombas podían destruir: mi fuerza y mis ganas por ejercer esa medicina que salvaba no solo vidas, también corazones. Entre ellos, el mío.

Desde que aquella fatídica noche perdiera el contacto con Daniel, me había visto sumida en una continua tristeza que enmascaraba centrándome en el trabajo. Pero aquella mañana, todo cambió, ya no había nada que ocultar, porque la tristeza huyó de mi alma gracias a aquella madre y a aquella niña desconocidas.

Comprendí que la oscuridad nunca es absoluta y que por muy gris que sea el día, siempre termina saliendo el sol. Comprendí que

la vida es como una noria que a veces te sitúa lejos de la salida y otras te la pone justo enfrente. Comprendí que unas veces se está arriba y otras abajo. Comprendí que el dolor es pasajero. Comprendí que valía la pena luchar por un momento de felicidad como el que experimenté aquella misma mañana.

«Quiero que se llame como el ángel que nos ha salvado, para que siempre lleve algo de ti donde esté», recordé.

Sonreí para mis adentros y me puse con el inventario que me esperaba por delante.

Cuando acabé cuatro horas después le dije a Rowling, que andaba por allí y parecía tenerlo todo controlado, que me iba a dar una vuelta para despejarme un poco.

—Tan sólo serán unos pocos minutos.

Él asintió sin más. Me quité la bata, cogí mi bolso y salí a la calle.

Me encendí un cigarro y miré hacia el cielo. Estaba despejado, sin una sola nube y su azul era intenso. Era la primera vez desde que entré a trabajar en el St. Mary´s que salía a ver la luz del sol. De eso hacía ya cerca de dos semanas. Anduve sin rumbo a lo largo de Praed St observando el ir y venir de sus gentes. Parecía un día cualquiera, un día lejano a la guerra. No habían vuelto a bombardear la ciudad y, por un instante, pensé que no volverían a hacerlo. Ilusa de mí, quedaban horas para conocer los nuevos planes que Hitler tenía preparados para nosotros.

De vuelta al hospital y, cuando apenas unos pocos metros me separaban de la puerta, un coche paró a mi lado con un fuerte frenazo que chirrió en el asfalto. Un hombre se bajó del vehículo y se me acercó.

—¿Helen Weaver?

—Sí, soy yo.

—Acompáñeme, por favor —dijo abriendo la puerta trasera de su coche.

—¿Quién es usted? ¿A dónde? —pregunté sin comprender.

—Será solo un momento. Pero si lo prefiere podemos hablar en el hospital.

Mi mente buscó una explicación plausible a aquel inesperado requerimiento, sin éxito. La idea de hablar con aquel hombre en el hospital la descarté por completo, pues mi habitual discreción siempre me obligó a no mezclar temas profesionales con personales, si podía evitarlo. Al final opté por montar en el coche, invadida por la incertidumbre de que tuvieran que comunicarme una mala noticia sobre Daniel o, incluso, sobre mi madre, aunque no fuera aquel el procedimiento habitual.

El hombre que me había interceptado en mitad de la calle montó

a mi lado en el asiento trasero del vehículo. Otro conducía.

El trayecto fue corto y transcurrió en silencio. Yo me limité a mirar por la ventanilla las diferentes calles por las que íbamos pasando, hasta que paramos en un inmueble en el 62-64 de Baker Street.

—A partir de este momento, todo lo que vea u oiga, será alto secreto de Estado.

Las palabras de aquel desconocido, antes de apearnos del coche, terminaron por descolocarme. Aun así, asentí obediente, sin hacer preguntas.

Accedimos a través de una callejuela perpendicular a la calle principal. Ningún letrero indicaba que fuera un edificio oficial, tan solo una pequeña placa en color negro que rezaba: “Inter Services Reacherch Office”. Crucé el vestíbulo seguida por aquel hombre que no me había ni facilitado su nombre, hasta un ascensor que nos subió a la tercera planta. Una vez allí le seguí expectante por un entramado de infinitos pasillos hasta llegar a una puerta que abrió después de tocar dos veces con los nudillos.

Me adentré en la estancia: un despacho con estanterías repletas de papeles y carpetas, carente de ventanas y ventilación que concedían al lugar un aspecto claustrofóbico. Tras una mesa de madera, un hombre de semblante serio y mirada escrutadora se puso de pie y me extendió la mano a modo de saludo.

—Selwyn Jepson —se presentó mientras me la estrechaba de manera breve pero firme—. Gracias, Robert —dijo dirigiéndose al hombre que me había acompañado—. Puedes dejarnos solos.

Robert, que así era como resultó llamarse, se marchó cerrando la puerta tras de sí, dejándome a solas con aquel desconocido que me invitó a tomar asiento en una silla.

—Le ofrecería un café, pero con el racionamiento ya puede imaginarse que es complicado conseguirlo.

—Sí. No es problema.

—Bien, Helen, supongo que no sabe dónde se encuentra.

—Con sinceridad, no —le dije incómoda.

—¿Está contenta en el St. Mary´s?

—Mucho.

—Supongo que para una estudiante de medicina es todo un privilegio aprender del reputado cirujano Rowling.

—Lo es.

—La felicito, hace una labor encomiable.

—Gracias.

—Pero Inglaterra la necesita para llevar a cabo otro cometido.

—Solo sé de medicina, señor Jepson.

—Estoy seguro de que aprendería cualquier otra cosa que se

propusiera con la rapidez que la caracteriza.

En aquel momento intuí que me encontraba en las oficinas del servicio de inteligencia inglés. El secretismo, el tono de la conversación, la información sobre mí…, estaba casi segura.

La existencia de un servicio secreto era un rumor que corría de boca en boca, pero como ocurre con los rumores, que nadie sabe de donde vienen, quien dijo qué o cómo, poco a poco fue estableciendose en nuestras mentes hasta convertirse, quizás, en una verdad incuestioble de la que nadie hablaba, pero la mayoría conocía.

No me intranquilicé, ni me sorprendí. Simplemente no entendía que hacía hacia en ese lugar, que podía requerir aquel hombre de mí y no pude por más que achacarlo a un error. Aunque tampoco me importaba. Miré el reloj sin disimulo. Hacia rato que debería de haber vuelto al hospital.

—Siento decirle que ha perdido el tiempo investigándome. No tengo ningún interés en cambiar mi ocupación actual —dije poniéndome de pie, dando por concluida la visita—. Así que si me disculpa…

—Inglaterra la necesita.

—Los pacientes también me necesitan —le dije con determinación mientras lo miraba a los ojos.

—Deme cinco minutos.

—No logrará convencerme —dije volviéndome a sentar con desgana.

—Inglaterra está en un momento muy crítico, señorita Weaver. Su país la necesita para ganar esta guerra.

—¿Qué podría hacer yo por Inglaterra? —pregunté escéptica.

—Viajar a Berlín como agente encubierto.

—¿Está loco? ¡Sería viajar a la muerte!

—Créame que no ha sido elegida al azar. Pocas mujeres poseen sus cualidades.

— ¿Para el espionaje?

—¿Lo duda? Es guapa, inteligente, sagaz, decidida, habla el alemán casi a la perfección…

Lo escuché por inercia, o tal vez por educación, pero tenía muy claro que mientras estuviera en mi mano no abandonaría la oportunidad de ejercer la medicina ya fuera en el St. Mary´s, o en el frente.

—Piénselo. Mejor o peor, hay muchas mujeres que pueden ocupar su puesto en el hospital, pero solo una podría proporcionarnos la información que necesitamos desde el mismísimo corazón del nazismo, alguien capaz de interpretar lo que no se dice.

Regresé al hospital una hora después de haberme marchado. Rowling me miró con curiosidad al verme llegar. Sin embargo, no me dijo nada hasta rato después, cuando ambos nos lavábamos las manos para realizar una apendectomía de urgencia a una niña en edad adolescente que debió ingresar en mi ausencia.

—Buena caminata.

—Me encontré con una conocida, lo siento —mentí.

—No pasa nada, pero que no se repita.

Nos situamos frente a la camilla donde reposaba la joven paciente ya anestesiada y Rowling me explicó la situación.

—Hemos llegado a tiempo. El apéndice aún no está perforado, pero se ve a simple vista que está obstruido y hay que extirparlo.

Corroboré que la sonda nasogástrica y la sonda endotraqueal que le había colocado minutos antes estuvieran en perfecto funcionamiento.

—Haremos una apendectomía abierta, es una intervención sencilla.

Limpié la zona del abdomen con una solución antiséptica antes de que Rowling hiciera una incisión de dos pulgadas sobre la piel.

—Tenemos que pasar por los músculos abdominales hasta llegar a la pared abdominal. ¿Qué harías después?

—Separar los músculos abdominales y buscar el apéndice.

Rowling asintió mientras hacía lo que yo acababa de decirle. Una vez lo encontró, grapó el área del apéndice que estaba conectado al intestino grueso.

—¿Por qué crees que hago esto?

—Para evitar el desgarro o la propagación de bacterias mientras se extirpa el apéndice.

—Bien, Helen. Bien.

Cortó y extirpó, para después retirarlo del cuerpo a través de la incisión.

—¿Crees que serás capaz de cerrarlo?

—Sí, creo que sí.

—Adelante, no perderé detalle.

Cerré la pared abdominal y los músculos abdominales con puntos de sutura auto-absorbibles. Después, cerré el corte de la piel con puntos y cubrí la herida con una venda. Me llevó tan solo diez minutos.

—Bien, muy bien. En una hora despertará de la anestesia. Entonces podrás avisar a los padres que están esperando fuera.

Me senté a esperar en un taburete colindante a la mesa de operaciones. Era la primera vez que acababa por mi propia mano una cirugía, de modo que me sentía muy satisfecha con el resultado.

Aquella tarde, después de dejar a la adolescente a solas con sus

padres, fui a echar un vistazo a Kate y a la pequeña Helen. Ambas parecían sumidas en un profundo sueño, pero cuando me disponía a irme, la joven madre me llamó.

—Me gustaría pedirte un favor —me dijo.

—Lo que quieras.

—Si algo me pasara.

—Sssssch —la insté a callar.

—Si algo me pasara, no busques a su padre —la miré interrogante—. No lo encontrarás. Murió hace un mes.

—Lo siento —le dije sintiéndolo de corazón.

—Era piloto de la RAF…, no llegó a conocer a su niña por culpa de esta guerra sin sentido.

—¿Y qué guerra lo tiene?

—Lleva a Helen con sus abuelos. Viven en Tillingham. Allí tenemos una pequeña casita.

—No pienses en eso, no te pasará nada.

—Prométemelo.

—Te lo prometo —terminé por decirle.

En ese momento las sirenas antiaéreas comenzaron a resonar con fuerza en la ciudad. Al principio todo fue desconcierto. Después, vino el caos. Eran cerca de las cuatro y media de la tarde del viernes 6 de septiembre de 1940.

Todos los pacientes que podían moverse por su propio pie fueron conducidos a los sótanos del hospital. El resto, inválidos, recién operados… fueron hacinados en el centro de la planta baja, por ser el lugar más seguro si alguna bomba caía sobre nosotros. Entre ellos Kate que aún se encontraba muy débil y su pequeña.

Durante largos minutos vivimos un momento de absoluto descontrol. Médicos, enfermeras y ayudantes iban y venían en todas direcciones portando camillas, bolsas de plasma, de suero… También los familiares y otras personas que se habían visto sorprendidas por las sirenas en plena calle, buscaban donde poder refugiarse.

Me sumí en mi labor intentado obviar el pánico general que bullía esfervescente a mi alrededor. Rowling me encontró al rato y me instó para que bajara al sótano también.

—Vamos Helen, las puertas serán cerradas de un momento a otro.

—¿Qué será de ellos? —le pregunté señalando a los que no podían bajar con los demás.

—No podemos hacer más. Los que quedan, o bien no pueden andar o necesitan seguir conectados a las máquinas.

Durante siete horas Londres fue bombardeado sin descanso en oleadas continuas de bombas incendiarias, explosivas y de acción

retardada que bombarderos escoltados por cazas soltaban a lo largo de toda la ciudad. El área del extremo este resultó devastada. Casas y fábricas quedaron destruidas por completo mientras brigadas de bomberos batallaban contra el fuego incesante que asolaba todos los barrios de la capital inglesa. Había comenzado el Blitz.

12

Daniel salió de la mansión de los Ludendoff poco después de que el sol comenzara a despuntar por el horizonte. Cogió su antigua bicicleta y recorrió las calles desiertas de Wannsee hasta llegar a la intersección de Königstraße con Friedenstraße. Todo era bosque a su alrededor, pero conocía la zona a la perfección. Aparcó la bicicleta y se acercó al primer árbol a la derecha según se entraba en Friedenstraße. Era el punto donde le indicaron las señas de la nota que Johann le había entregado en Embassy el día anterior. Rebuscó en la maleza y se encontró con un papel oculto entre las hojas:

"Cinco pasos al frente, dos hacia la derecha", rezaba en inglés.

El sonido de la hojarasca bajo sus pies competía con el piar alegre de unos pájaros cercanos. No tardó en ver el maletín. Un transceptor, simulado en una pequeña maleta de viaje, estaba semienterrado entre el barro y la broza, al amparo de las sombras que proyectaban los árboles.

Pedaleó con fuerza, como no lo hacía desde chiquillo, invadido por la ansiedad de poner a buen recaudo el equipo de comunicación. En Königstraße tan solo se cruzó con dos coches que pasaron a gran velocidad por el carril contrario. Después se desvió a mano derecha y cogió Hohenzollernstraße. A medida que se acercaba a la casa sentía que las probabilidades de ser descubierto decrecían y optó por disminuir la marcha. Su sorpresa fue encontrarse con el coche de Sebastian aparcado a la puerta de la mansión. El joven maldijo en silencio la inoportuna visita del teniente de las SS. ¿Qué diablos hacía allí si aún no eran ni las nueve de la mañana?

Su corazón comenzó a golpear su pecho cual caballo desbocado. Observó los alrededores, pero no avistó ni a Sebastian ni a nadie, por lo que, suponiéndole dentro de la casa, avanzó con sigiló hasta el garaje. Una vez dentro, se bajó de la bici y la dejó apoyada contra la pared. Abrazó el maletín y sopesó durante unos instantes qué hacer a continuación, mientras el sudor empapaba su frente.

Abrió la puerta del garaje y agudizó el oído. La inconfundible risa de Sebastian resonó en la lejanía. Daniel calculó que provenía del salón. Tendría que avanzar por el pasillo y llegar hasta las escaleras que ascendían hasta la planta superior donde se encontraba su dormitorio. Y rezar. Rezar por que ni él ni su madre lo oyeran llegar y salieran a su encuentro.

Se quitó las zapatillas para asegurar el sigilo de sus pisadas. A medida que se aproximaba las voces ganaban en intensidad. Sebastian parecía estar eufórico y muy concentrado en la conversación, cosa que Daniel agradeció para sus adentros; la voz de su madre le llegaba en susurros y a intervalos. Avanzó por el pasillo muy atento a los movimientos que se pudieran producir en el interior del salón, hasta que consiguió alcanzar el primer peldaño. Después se aventuró escaleras arriba y, en cuestión de segundos, llegó hasta su dormitorio. Una vez dentro cerró la puerta y escondió, momentáneamente, el transceptor bajo su cama. Solo entonces, recuperó la serenidad.

Ahora tocaba la otra parte, inventar una mentira plausible para ambos. Se decantó por decir que había salido a pasear con la bici, cosa que era en parte cierta y dentro de lo que cabe más que creíble, pues el sudor que le recorría el cuerpo era evidente. Bajó sin cambiarse de ropa y se puso otras zapatillas.

Cuando cruzó la puerta del salón, ambos desayunaban animados con la radio puesta. El sol se colaba por las ventanas, caldeando la estancia y dándole un halo acogedor. Un rico aroma provenía de la mesa y cuando vio los manjares que sobre ella descansaban, le pareció insultante tal prodigalidad en tiempos de guerra.

—¡Buenos días! —Le saludó Sebastian poniéndose en pie—. Has llegado justo a tiempo, Göring está a punto de hablar por la radio.

—¿Dónde has estado, cariño? —le preguntó su madre con su armoniosa y dulce voz.

—Salí con la bici —le contestó Daniel mientras se llevaba una tostada a la boca.

La voz satisfecha de Göring resonó en la radio de todos los hogares alemanes. Con él al frente de la Luftwaffe, el primer ataque asestado a Londres había sido todo un éxito para Alemania. Más de la mitad de Londres se encontraba devastada y pasto de las llamas al amanecer de aquel 7 de septiembre.

Daniel sintió como la ira le carcomía por dentro.

—Y esto solo es el comienzo —dijo Sebastian embriagado por una cruel felicidad—. La Luftwaffe no les dará tregua.

—¿Buscan destruir Londres al completo?

—Buscan destruir Inglaterra entera, amigo mío —le respondió con una amplia sonrisa.

—La Luftwaffe es muy superior a la RAF. No tienen nada que hacer —dijo Daniel apremiándole a continuar hablando.

—Y no solo eso. Los ingleses no solo cuentan con pocos cañones antiaéreos, sino que los que tienen poseen unos reflectores con tan baja potencia que resultan ineficaces para los aviones que vuelan a más de tres mil seiscientos metros de altura. Sólo tienen una

ventaja, pero de nada les servirá.

—¿Cuál?

—Sus aviones pueden aterrizar y despegar en su propio territorio. La Luftwaffe tiene que hacerlo en las bases que tenemos en Francia y Bélgica. Pero como te digo, de poco les servirá.

—Menos mal que tú estás aquí, cariño —le dijo su madre.

—Sí, menos mal —susurró Daniel con el semblante meditabundo.

Sebastian abandonó la residencia de los Ludendorff después de que ambos jóvenes apuraran su primer cigarrillo del día. Daniel le acompañó a la salida. Erika continuó sentada en el salón, mientras Frieda, una de las mujeres del servicio, retiraba los restos del desayuno.

—Y dúchate, parece que se te ha pegado la mugre de los ingleses —le espetó el teniente de las SS con su particular ironía, cuando bajaba ya las escaleras de la entrada principal.

Daniel cerró la puerta y se quedó unos minutos allí plantado, apretando los puños hasta sentir el dolor de sus propias uñas clavándosele en la piel. El odio hacia Sebastian von Stumpfegger no había hecho más que comenzar a florecer en su interior.

El desván era el lugar perfecto para poder utilizar y esconder el transceptor. Hacía años que no entraba allí, pero comprobó que se encontraba igual que lo recordaba. Aún podía sentir el aroma de su padre pulular entre aquellas partículas de polvo que brillaban al contraluz y los recuerdos, sin poder evitarlo, invadieron su mente llenándola de una añoranza que creía ya superada.

Nick Caine poseía una imponente librería de madera repleta de libros, ahora cubiertos por el polvo del abandono. Le gustaba pasar sus tardes libres, cuando no estaba trabajando en el banco, leyendo en aquel recóndito espacio que ocupaba toda la cuarta planta de la casa, recostado en su sillón de cuero marrón ahora en desuso. El desván era el lugar donde se reencontraba consigo mismo, donde disfrutaba de esa soledad que nadie osaba interferir, donde compartía con la nada los secretos que toda alma esconde. Ahora, a pesar del tiempo, aquel lugar seguía perteneciéndole. Los armarios y baúles, antes repletos de papeles, ahora guardaban lo que un día fueron sus trajes, sus zapatos y sus demás enseres. Allí, bajo toda aquella ropa, Daniel escondería el equipo.

—Ayúdame, papá —le susurró a su ausencia—. Ayúdanos a todos.

Bajó las escaleras hasta el piso inferior, después de haber echado las cortinas en cada una de las ventanas. La que era habitación de sus padres se encontraba justo debajo del desván en el tercer piso. También en esa planta se encontraban los dormitorios de su tío,

ahora en el frente y de sus abuelos, residentes en Ginebra desde el comienzo de la contienda.

Su madre se maquillaba en su tocador. La puerta estaba abierta, pero, aun así, Daniel la golpeó con los nudillos. Erika le miró por el reflejo del espejo y le sonrió instándole a entrar.

—Voy a salir a la peluquería. Esta noche tenemos una invitada especial en casa, cariño.

—¿Quién es?

—Dagna Rollheiser.

Daniel se alegró cuando escuchó aquel nombre. Dagna era lo mejor de Wannsee. La consideraba inteligente, gran conversadora y también una de las mejores personas que había conocido. Estaba casi convencido de que, si el nazismo no había podido absorberle el seso a alguien, era sin duda a ella.

—Tengo ganas de verla.

—Ella también tiene ganas de verte a ti.

En ausencia de su madre, Daniel aprovechó para subir el maletín hasta el desván. Lo depositó con cuidado en una mesa, lo abrió y lo observó analíticamente.

En Bletchley Park había visto un par de aparatos como aquel y le habían explicado su funcionamiento; era sencillo. Se trataba de un transceptor de calidad razonable, potencia media, muy bien armado y listo para comenzar a funcionar. Solo había que colocar la antena direccional y ponerse los auriculares para buscar la señal. Le llevó tan sólo tres minutos dar con ella.

El mensaje debía ser lo más escueto posible, debido a que los servicios secretos alemanes utilizaban cientos de unidades móviles y estaciones fijas, equipadas con radiogoniómetros para determinar la ubicación de las emisoras clandestinas.

Todo ok. Stop. Planes de bombardeos masivos a Inglaterra.

Apagó la máquina, plegó la antena y la guardó en un baúl bajo un montón de jerséis y camisas de su padre, perfectamente ordenados.

Daniel se sentó en el sillón de cuero marrón y se encendió un cigarro. Se dijo a sí mismo que haber mandado aquel mensaje había sido una idea estúpida. Le había dominado la impulsividad de querer probar la máquina. Necesitaban fechas, lugares concretos…; que la Luftwaffe planeaba arrasar las islas era algo que, si no sabían ya, sospecharían. Se instó a hacerlo mejor la próxima vez.

Aquella noche se arregló a conciencia, reencontrándose consigo mismo en su reflejo frente al espejo. Después de un largo baño y un afeitado que limpió su rostro de la barba de tres días que portaba,

parecía otro. Se peinó con dedicación, se vistió con ropa limpia y recién planchada, se calzó los carísimos zapatos que su madre le había regalado algunos años atrás y se perfumó. Se dijo que mientras estuviera en Alemania, así lo haría todos los días. En Londres no hacía falta, nadie juzgaba a nadie por la vestimenta; incluso a Helen le gustaba ese aire descuidado que solía lucir. Pero aquella mañana el comentario de Sebastian le recordó donde se encontraba.

Sonó la puerta. Esperó unos segundos en su habitación a que Frieda condujera a Dagna al comedor y bajó las escaleras.

Los ojos de la mujer se iluminaron al encontrarse con él. Lo notó más hombre y más apuesto. La última vez que lo vio, fue en el entierro de su padre. Entonces, Daniel era un joven abatido por la pérdida de su referente, de rostro sombrío y mirada perdida. Se alegró de que el tiempo, por lo menos en apariencia, le hubieran alejado de aquel dolor con el que lo recordaba.

Se abrazaron en silencio, exhalando un cariño sincero que Erika complacida percibió.

—Estás guapísimo, Daniel.

—Gracias, Dagna. Me alegro mucho de verte.

—He sabido de ti todos estos años por tu madre. En Inglaterra te fue bien…

—Hasta que la guerra comenzó.

—Entiendo. Eso es lo que te ha hecho volver, ¿no es así?

—Podría decirse que sí.

La vida de Daniel en Inglaterra fue el principal tema de conversación durante la cena. Si su madre no hubiera estado presente, tal vez hubiera hablado con mayor libertad. Así, tenía que medir las palabras continuamente. No porque Erika fuera de las que sabían leer entre líneas, sino porque ella misma pudiera hablar con otros que sí sabrían hacerlo y muy bien. Le dolía no poder ser sincero con su madre, pero sabía que el nazismo llegaba a absorber tanto el cerebro de las personas que llegaban a anteponerlo incluso a su propia sangre. Erika no era una excepción. La conocía demasiado bien.

El tema de la guerra no apareció hasta los postres. Dagna lo inició y a Daniel, entonces, no le pasó desapercibido que su mirada hacia él se volvía más escrutadora, como si intentara hallar un mensaje subliminal en sus palabras.

—Parece que la Luftwaffe ha conseguido destruir gran parte de Londres.

—Sí, eso han dicho —se limitó a contestar el joven con el semblante frío de emociones.

—¿No te da pena? —le preguntó la invitada.

—¡Qué tontería! —espetó Erika—. ¿Por qué habrían de darle pena esos infelices?

Dagna se sorprendió, pero intentó disimular. No podía entender como aquella mujer que había estado tan enamorada de un británico, pudiera dirigirse a ellos de tal manera. Daniel captó su mirada de asombro ante la irrupción de su madre.

—Para que unos ganen, es necesario que otros pierdan —se limitó a decir él.

Hubo un momento de tenso silencio. Daniel y Dagna se intercambiaron una mirada que el joven quiso interpretar de cierta complicidad. No, a ella no la habían absorbido el coco esa panda de víboras asesinas; podía leerlo en sus ojos. A pesar de eso, sabía que no podía confiar en nadie. Así se lo advirtió su reclutador y así también se lo dictaba su sentido común. En tiempos de guerra, uno nunca llegaba a saber quién era quién.

13

Avancé, llevada por un estado de seminconsciencia, hasta la salida del hospital. El cuerpo me pesaba y todo parecía moverse a mi alrededor a cámara lenta. Las voces me llegaban lejanas, el caos, el dolor… todo lo sentía como si solo formara parte de una pesadilla de la que en cualquier momento fuera a despertarme.

Salí a la calle y observé a mi alrededor. Las calles estaban sembradas de cadáveres, regueros de sangre corrían por las aceras, las personas gritaban de rabia o dolor; otras andaban sin rumbo cargando con sus vidas robadas… Busqué el cielo con la mirada sin saber muy bien porqué, pero las cortinas de humo lo cubrían en su totalidad. El olor, ese olor a azufre y a carne quemada, invadió mis sentidos. Un dantesco paisaje de destrucción y escombros me rodeaba. Más tarde, supe que aquella noche los aviones alemanes se habían cobrado más de cuatrocientas víctimas y habían dejado alrededor de mil quinientos heridos. Aquello era el infierno. Y yo estaba en él.

Una voz femenina me sacó del estado de *shock* en el que me encontraba desde que salí de los sótanos del hospital. En cuestión de segundos, volví a la dantesca realidad, apremiada por la enfermera que tiraba de mi batín con gran desasosiego.

—El Doctor Rowling la llama con urgencia a quirófano, señorita Weaver.

El quirófano estaba atestado de heridos y el hedor a sangre era insoportable.

—¿Dónde te habías metido?

—Yo…eh…

—Esta pierna de aquí es para enyesar, pero antes estos dos hombres necesitan suero —dijo mientras me los señalaba con el dedo índice— y aquella mujer de allí plasma.

Él mientras tanto amputaba una pierna con graves heridas de metralla, ayudado de una enfermera que no disimulaba la aprensión que le provocaba aquella visión.

Había tantos heridos por todas partes que me resultaba difícil concentrarme en alguien en concreto. Mientras atendía a uno, otros pedían una ayuda que yo me veía forzada a ignorar, otros solo morían a pocos metros de mí sin llegar a poder ser atendidos. Era horrible. No había tiempo material, ni manos suficientes para aquella avalancha con las que nos vimos sorprendidos aquella mañana de sábado. Tampoco para sentir impotencia, dolor, o

satisfacción. Nos movíamos de un lado a otro como autómatas desprovistos de emociones.

Todo el día fue así. Nadie paró para comer, ni para salir a fumar, ni para hablar tan solo un segundo, casi ni para ir al baño. Yo misma, ante la necesidad de nicotina, aguantaba un cigarro encendido entre los labios al tiempo que ponía vendas y apósitos, o cortaba hemorragias a fuerza de torniquete.

A media tarde, las sirenas volvieron a sonar con fuerza en la capital y tuvimos que bajar al sótano a los heridos de menor gravedad, pues eran los que más libertad de movimiento nos permitían. El resto que eran muchos, tuvieron que quedarse en la primera planta, al amparo de la suerte.

Una mujer se puso a dar a luz en el mismo sótano del hospital y tuvimos que asistirla entre Rowling, otra enfermera y yo. Pero después de dolorosas contracciones, contemplamos horrorizados como la cantidad de sangre que salía de su interior no era normal. Ella seguía ajena a nuestra desazón, esforzándose en empujar y respirar como le indicábamos, aunque aquello no pintaba bien; estaba teniendo una hemorragia uterina.

—¿Cuál es su nombre? —le preguntó Rowling mientras yo le pasaba trapos húmedos por el rostro y el cuello.

—Margaret, Margaret Stone.

—Bien, Margaret, ¿has sufrido alguna contusión en las últimas veinticuatro horas?

Ella rompió a llorar desconsolada.

—Me caí por las escaleras de bajada al metro —consiguió por fin llegar a pronunciar—. Me empujó la avalancha que buscaba refugiarse… yo estoy tan torpe que no podía andar más rápido yo… Salven a mi bebé, sálvenlo, por favor…

—Sssssch —le susurré intentando calmarla—. Todo saldrá bien, Margaret.

Ella siguió empujando con todas sus fuerzas, entre alaridos de dolor y sollozos de tristeza ante lo que ella misma presagiaba. Justo cuando el niño terminó de salir, la madre perdió el conocimiento. Era mejor así.

—¡Joder, apártense! —gritó Rowling exacerbado ante la multitud que nos rodeaba— ¡Deprisa, líquidos! —apremió a una enfermera que sujetaba entre sus manos una bolsa de suero.

—Está perdiendo mucha sangre —le dije yo, ante la imparable hemorragia—. Necesita una transfusión.

Otra enfermera cortó el hilo umbilical y se hizo cargo del bebé que, a pesar de todo, había nacido en perfectas condiciones para alegría de los que estábamos allí concentrados.

—¿Hay oxitocina? —preguntó Rowling.

—No… —dijo casi temblando la enfermera encargada de bajar las provisiones.

—¿Hay sangre?

—No…

—¡Maldita sea!

—Yo se la donaré —le dije ofreciéndome sin pensarlo. Rowling me miró con perplejidad.

—¿Qué grupo tienes? —preguntó más calmado.

—0. 0 positivo.

El universal.

Me senté en una silla al lado de la camilla donde la joven seguía sin conocimiento y me descubrí el brazo. Tan solo noté un pequeño pinchazo al clavarme la aguja donde un pequeño tubito me conectaba al torrente sanguíneo de Margaret. La sangre comenzó a brotar y a llegarle sin pausa, pero al cabo de un rato, nos dimos cuenta de que aquello no iba a funcionar mientras no consiguiéramos parar la hemorragia.

—En otras circunstancias tendríamos que practicarla una histerectomía —me dijo el cirujano.

—¿En otras circunstancias? No podemos dejarla morir, subámosla.

Él negó con la cabeza, apesadumbrado.

—Peter, por favor…intentémoslo —le pedí llamándole por primera vez con su nombre de pila.

—Retiren las vías —le dijo a una enfermera que observaba la escena.

—¡No! —grité.

La enfermera se detuvo.

—Está a punto de entrar en estado de shock hipovolémico. ¡Mírela, Helen, por dios!

Margaret estaba sumida en un estado de inquietud entre la inconsciencia y el delirio. Su piel estaba pálida y húmeda. Su respiración era agitada. Acerqué mi mano libre y la tomé el pulso. Era rápido, débil y filiforme. Aun así, me negué a ver la realidad y continué tozuda anclada a su torrente sanguíneo.

Quería ser médico para salvar a los moribundos, no para dejarles morir sin agotar todas las posibilidades. Pero aquella vez, cegada por la rabia, no me di cuenta de que estaban más que agotadas. Salir y meternos en una operación del calibre de una extirpación uterina en pleno bombardeo enemigo hubiera sido una temeridad propia de un descerebrado.

Margaret murió a las dos horas. La velocidad a la que había estado entrando mi sangre a su torrente sanguíneo había sido insuficiente y su corazón había terminado por dejar de bombear lo

que ya no tenía.

Yo misma me quité la vía que mantuve hasta el último momento. Me levanté de la silla con brusquedad e invadida por la ira, me dirigí a la primera pared que encontré y comencé a darle fuertes puñetazos, ante la atónita mirada de los que allí estaban al resguardo.

Rowling se acercó por detrás y me cogió los brazos con suavidad. Entonces, me giré, me abrazó con fuerza y refugiada en su pecho, comencé a llorar como no lo había hecho desde que la guerra había comenzado.

El sonido de las explosiones en el exterior continuó hasta la madrugada. Después, un silencio absoluto y aterrador nos envolvió. A pesar de eso, pocos fuimos los que pudimos dormir aquella noche.

14

Agujas de luz iluminaron la habitación de Daniel a primera hora de la mañana, despertándolo. Aún era temprano, pero se sentía descansado. Era la primera noche que conseguía dormir del tirón en mucho tiempo y eso le hizo levantarse de buen humor. Abrió la ventana y una suave brisa le acarició el rostro. El cielo despejado prometía un bonito domingo en Berlín.

Una vez se hubo arreglado, bajó al salón donde su madre ya degustaba el desayuno.

—Voy a acercarme hasta la casa de los von Stumpfegger. Desayunaré allí.

—Me parece muy bien, hijo. Sebastian es un muchacho de grandes valores. Te hará bien su amistad.

«Sí, sobre todo grandes valores», pensó Daniel irónico.

—Lo sé, mamá —dijo dándole un beso en la frente.

—La llave del coche está en la repisa del garaje, donde siempre.

El viejo Rolls Royce de su padre estaba cubierto con una lona desgastada que comenzaba a amarillear. A su lado lucía el nuevo coche de su madre, un Audi 920 del 38, al que Daniel no había tenido oportunidad de observar con atención. Era una verdadera joya; uno de los últimos modelos que la marca había sacado antes de centrarse exclusivamente en la producción de vehículos militares. Descapotable, negro, con una carrocería que brillaba haciéndolo casi ofensivo y con tapicería en cuero blanco. Un despilfarro de dinero.

Fue a por las llaves a la repisa, pero solo encontró las del nuevo coche. Se extrañó de no ver las del viejo Rolls Royce allí, como siempre habían estado. Imaginó con irritación que su madre no había mandado desguazar el coche inglés de puro milagro. Sería algo que no le hubiera perdonado y no precisamente por su valor material.

Condujo a bordo del Audi hasta Am Großen, a orillas del lago Wannsee, donde los von Stumpfergger tenían su residencia.

Aparcó el coche en la entrada y cruzó por el camino empedrado que conducía a la casa hasta la puerta principal. Nada más tocar el timbre, Gerda, la mujer de servicio, le abrió quedándose sorprendida ante la inesperada presencia de Daniel allí, a quien hacía años que no veía.

—Señorito Daniel…

—Buenos días, Gerda. ¿Está Sebastian por ahí?

—Está en su despacho…

—Gracias, no hace falta que me acompañe, me sé el camino —dijo enfilando hacia el pasillo sin darle tiempo a cualquier posible réplica.

La alfombra bajo sus pies amortiguó sus pasos. Cuando llegó a la puerta del despacho, se dio cuenta de que varias voces mantenían una conversación en el interior. Miró hacia atrás y comprobó que la criada lo observaba desde el otro extremo del pasillo, bajo el umbral que lo separaba del vestíbulo. Daniel le sonrió condescendiente y ella se fue de allí cohibida a continuar con sus quehaceres.

—El objetivo de Hitler con los bombardeos a Inglaterra es sembrar el caos, desmoralizar a la población británica y destruir su capacidad militar —oyó que decía una voz al otro lado que no reconocía.

—Hacernos con Inglaterra será relativamente fácil —dijo esta vez Sebastian.

—Sí, Inglaterra no nos preocupa…Está claro que no aguantará mucho… Por eso Hitler ya tiene sus ojos puestos en la Unión Soviética.

Daniel estaba tan concentrado en intentar captar la conversación mantenida al otro lado de la puerta que no advirtió la repentina presencia de Arabelle a tan solo unos metros a su espalda.

—Daniel…

Este se giró disimulando su sobresalto.

—Oh, Arabelle, buenos días —dijo acercándose a ella—. Cada día está más hermosa.

El joven cogió con suavidad su mano y la besó en un gesto de galantería. Ella lo miraba escéptica, ajena a sus palabras halagadoras y a su atractivo porte.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó.

—He venido a ver a Sebastian, pero de pronto cuando iba a llamar a la puerta, me he dado cuenta de que no estaba solo… y me he quedado aquí plantado como un pasmarote, debatiéndome entre si sería buena idea interrumpir o si sería mejor volver en otro momento.

Ella lo miró fijamente durante unos segundos, como si intentara analizar la veracidad de aquel inverosímil relato.

—Los ingleses te han debido ralentizar el cerebro…

—Sí, debe haber sido eso.

—Puedes pasar. Tan solo están mi hijo, mi marido y Alger Koch; no sé si lo conocerás.

—No tengo el gusto —dijo sonriente llamando a la puerta.

—Adelante —invitó la voz de Sebastian.

—Buenos días, siento la interrupción —dijo Daniel al entrar.

Sebastian estaba de pie apoyado en una esquina de la mesa, el desconocido, Alger Koch, sentado frente a ellos y de espaldas a la puerta, Karl sentado tras el escritorio. Todos ellos vestían su correspondiente uniforme de las SS.

—Daniel que bueno verte de nuevo por aquí —dijo el padre de Sebastian bordeando la mesa para hacerle el saludo fascista—. *Heil hitler!*

El joven Ludendorff se cuadró y le devolvió el saludo, apoyando contra su sien los dedos de su mano derecha en posición vertical. Se sintió ridículo. Sebastian debió advertirlo, porque sonrió divertido.

—¿Y este muchacho quién es? —preguntó el desconocido.

Sebastian hizo las presentaciones mientras su padre volvía a sentarse tras el escritorio.

—Daniel Caine, el Mayor General Koch.

—Es el hijo de Freiin Ludendorff —aclaró Karl, por si quedaban dudas sobre la presencia de un hombre inglés allí.

—Sí, la conozco —dijo Koch observándolo detenidamente— ¿Cómo no ha ingresado en las SS?

—Acaba de llegar a Alemania —se adelantó a contestar Sebastian—. Estudia fuera.

—¿Dónde, joven? —le preguntó directo a Daniel.

—En Inglaterra.

El hombre se quedó pensativo durante unos instantes y prosiguió:

—Debo entender que dominas el inglés.

—El inglés, el español, el italiano… —enumeró Sebastian—. Daniel es todo un políglota.

—¿Es cierto eso? —le preguntó.

—Supongo que sí —dijo Daniel, arrepintiéndose de haber entrado en aquel despacho.

—Me hubiera venido estupendo tener un intérprete así. Pero ahora como me mandan al campo…

—¿Al campo? —preguntó Daniel sin comprender.

—El Mayor General ha venido a despedirse. Le han trasladado al campo de concentración de Dachau —explicó Karl.

—No sé cuánto tiempo estaré allí.

—¿Habías oído hablar de ese campo, Daniel? —le preguntó Sebastian.

Este negó con la cabeza.

—Está a pocos kilómetros de Munich. Casi todos los internados son enemigos ideológicos del régimen.

—Entiendo —dijo Daniel.

—Bueno, desde comienzos de este año también comenzamos a

internar a judíos —aclaró el comandante.

—Muy interesante —dijo Daniel apremiándoles a continuar hablando—. No tenía constancia de que existiera algo así.

—Tu madre sin duda debe haber oído hablar de ellos —le dijo el Mayor General.

—No me ha comentado nada.

—Mujer inteligente.

—Sebastian, hijo, vete a desayunar con Daniel —le dijo Karl, induciéndole a dejarle a solas con Korch.

Ambos jóvenes salieron del despacho, dando por concluida la conversación.

—Veo que ya has vuelto a ser el alemán de siempre —le dijo Sebastian, divertido, observando el nuevo aspecto de su amigo, mientras caminaban hasta el salón.

—No hay nada como volver a la patria.

El teniente de las SS sonrió complacido.

Aquella mañana de domingo, aprovechando las agradables temperaturas que les estaban regalando los últimos días del verano y que Sebastian no tenía que ir a la Cancillería, los dos jóvenes decidieron navegar por el lago a bordo del pequeño barco velero que poseían los von Stumpfegger.

El sol brillaba en lo alto y Daniel se quitó la camisa para que los rayos y la brisa le acariciaran la piel.

Las imágenes del bombardeo, vivido en carne propia y el incierto paradero de Helen, le robaron los instantes de paz que atesoró con culpabilidad. ¿Cómo podía estar tan tranquilo mientras aquellos sanguinarios, hijos de puta, destrozaban lo que tanto amaba? ¿Cómo podía haber olvidado tan solo un segundo el horror vivido hasta hacía solo unos días?

Su mente voló al Londres de antes de la guerra y una sucesión de imágenes le invadieron de pronto. Recordó cuando caminaba de la mano de Helen por la avenida principal de Hyde Park y, cuando sobre su césped, saboreó por primera vez sus dulces labios una mañana de primavera. Recordó la primera vez que vio su sensual cuerpo desnudo y la primera vez que le hizo el amor. Entonces, una sonrisa invadió su rostro, a la par que su corazón se aceleraba de excitación por los recuerdos. Quería recordarla siempre así, anhelante de amor y de deseo. Supo entonces que jamás amaría a otra mujer y que donde fuera que estuviese, su corazón le pertenecería para siempre. La buscaría. Al acabar la guerra, la buscaría hasta el último confín del mundo.

—Estás fuerte —le dijo Sebastian sacándole de sus pensamientos —. ¿Sigues jugando al futbol?

—Sí, no tanto, pero sí.

—Seguro que has dejado más de un corazón roto allí.

Una mirada nostálgica le confirmó a Sebastian que existía una mujer en el corazón de su amigo.

—¿Bonita?

—Preciosa. La mujer más bella que haya conocido jamás.

—¿Inglesa?

—Sí.

—Es mejor así, los ingleses no están a nuestra altura —dijo torciendo el gesto y perdiendo interés por la conversación.

Daniel sintió una punzada de dolor y rabia en el corazón ante las palabras de Sebastian. En otras circunstancias, le hubiera tirado al agua de un puñetazo sin vacilar.

—Lo primero es Alemania —dijo, sin embargo y contra sus principios.

—Claro, amigo mío. Nuestra patria está llena de irresistibles mujeres que te harán olvidarla rápido —dijo guiñándole un ojo—. Tengo que organizar una fiesta con unas amigas mías. Te encantarán.

15

Durante los meses siguientes, Londres fue bombardeada día y noche sin descanso, dejando un reguero de muertes y destrucción que aumentaba con cada nuevo amanecer.

El mes de octubre fue muy duro para todos nosotros. En especial, la noche del 14 al 15. Aquellos bombardeos generaron muchísimos daños a la red de ferrocarriles, obligando a la interrupción de sus cinco estaciones principales y el tráfico en las demás por encima de los dos tercios de su capacidad. El servicio de metro también quedó suspendido en cinco puntos. Entre ellos, la estación de Balham que había sufrido el impacto de una bomba de mil cuatrocientos kilos, dejó sesenta y cuatro muertos y más de seiscientas personas sepultadas vivas, —en Bounds Green hubo diecisiete muertos la noche anterior, tras colapsarse el túnel donde algunos ingleses y belgas se refugiaban—. Siete trabajadores de la BBC también resultaron muertos, tras el impacto de una bomba en su casa de transmisiones durante el noticiario local de las nueve de la noche. La arteria principal del suministro de agua de Londres había quedado completamente destruida, mientras que en el atlántico decenas de barcos mercantes británicos fueron hundidos por submarinos alemanes.

Pero el peor ataque de aquel 1940 probablemente estaba por venir. Tuvo lugar la tarde del 29 de noviembre, cuando aviones de la Luftwaffe soltaron su carga de bombas incendiarias en el centro de la capital, provocando una tormenta de fuego que se extendió desde el sur de Islington hasta la Catedral de San Pablo, reduciendo a cenizas importantes y emblemáticos edificios.

Durante aquellos meses, tuve conocimiento de que nosotros no estábamos siendo los únicos bombardeados por los aviones alemanes. Birmingham, Liverpool, Plymouth, Bristol, Glasgow, Southampton, Coventry… también estaban sufriendo ataques en mayor o menor medida, mientras yo, algo egoísta, daba las gracias porque Manchester, donde mi madre se encontraba, no estuviera en aquella larga lista negra de ciudades sepultadas por los escombros.

Contra todo pronóstico, los británicos aguantábamos sin bajar la moral. Habíamos aprendido a convivir con aquellos ataques masivos. La mayoría continuaban con sus trabajos saliendo de sus refugios al alba y volviendo a ellos al atardecer, otros los llevaban a cabo desde los mismísimos túneles del metro donde se implantaron muchas oficinas y talleres que no veían interrumpida su producción

y donde se llegaron a construir hasta aviones militares.

La Navidad se acercaba y yo continuaba sumida en la actividad frenética que asolaba de continuo al hospital. Decenas de heridos y enfermos de toda índole cruzaban la puerta del St. Mary´s cada día, buscando una ayuda que no siempre podíamos darles. Muchos muertos habían dado su último suspiro entre aquellas paredes que parecían estar sobreviviendo de milagro a las bombas, pero también otros muchos habían llegado a la vida, para alegría de todos nosotros. Con el tiempo, fui aprendiendo a sobrellevar mejor mis emociones gracias a la paciencia y al cariño que Rowling depositaba siempre en mí.

—Somos humanos, Helen, no dioses —me decía cuando me veía presenciar como a alguien se le escapaba la vida en nuestras propias manos.

Aquella mañana del 24 de diciembre me observé en el espejo por primera vez desde hacía mucho tiempo y casi no me reconocí. Me encontraba pálida, ojerosa, demacrada y las malas comidas me habían hecho adelgazar hasta siete kilos en aquellos últimos cuatro meses; mi pelo antes lustroso, suave, se había vuelto opaco y triste, al igual que mi mirada.

Me sentía cansada, pero no de trabajar, sino de presenciar impotente toda aquella devastación y sufrimiento que parecían no tener fin. Me encendí un cigarro y recordé por primera vez desde que tuvo lugar, la conversación con aquel hombre de apellido Jepson, en las oficinas del SOE. Me pregunté si de verdad mi incursión como agente salvaría más vidas que estando en aquel hospital. Quizá, sí. Pero rápido deseché la idea. Mi madre no aguantaría otro golpe como el que recibió al morir mi padre; la mataría.

Pasé la Nochebuena en el hospital. La Luftwaffe nos hizo su particular regalo de Navidad, dándonos aquella noche de tregua. Cené en compañía de Rowling, otros médicos y estudiantes de medicina que se habían ido sumando a la plantilla durante los últimos meses. La comida cada vez escaseaba más, pero pudimos cenar anchoas y bonito enlatado que nos supo como si se hubiera tratado del mejor marisco. Hablamos, reímos y cantamos alrededor de una pequeña mesa, amparados en el calor de la compañía humana. Por unas horas olvidamos la guerra, las bombas y el dolor.

Alrededor de la medianoche, cuando ya casi todos dormían en el cuarto que nos servía de comedor, sala de estar y dormitorio, salí a echar un último vistazo a los pacientes. Quería cerciorarme de que todo estaba en orden antes de acostarme, a pesar de la atención constante de dos enfermeras; por lo que ataviada con un echarpe de

lana que me cubría los hombros y, guiada por la tenue claridad proveniente de bombillas aisladas, me aventuré por el corredor que accedía a las habitaciones.

Durante el recorrido que hice por las instalaciones, fui comprobando que la mayoría de los enfermos y heridos dormían envueltos en una relativa paz, mucho más los que se encontraban graves; los que no, jugaban a las cartas con su vecino de cama, mientras que los más jóvenes habían montado algún que otro corrillo aislado en torno a alguna camilla de la que llegaban tenues susurros.

—Si alguien necesita algo, no dudes en despertarme —le dije a la enfermera que en ese momento se encontraba de guardia paseando como alma en pena entre las camillas.

Asintió con un movimiento de cabeza y me encaminé rumbo hacia nuestro cuarto, donde buscaría algún lugar para echar una cabezada. Justo en el momento que cruzaba la puerta del quirófano, atisbé una sombra bajo su umbral que me sobresaltó.

—Nunca descansas…

Era Rowling.

—Me he acostumbrado a dormir poco.

—Ven, pasa —me dijo invitándome a sentarme en una manta que tenía estirada sobre las frías baldosas del suelo.

Me senté sobre ella y él hizo lo mismo a mi lado. Me encendí un cigarro y permanecimos unos segundos en silencio.

—¿Me lo pasas?

—Claro —le dije acercándoselo.

Era la primera vez que lo veía fumar.

—Eres admirable —dijo devolviéndomelo después de darle un par de caladas—. Serás una extraordinaria doctora.

Le miré buscando su rostro en la oscuridad, pero sus facciones quedaban desdibujadas por las sombras.

—Gracias —le susurré con una media sonrisa.

—Por nada, Helen.

Cuando acabamos aquel cigarro que fumamos a medias como si fuéramos un par de colegiales furtivos, recosté mi cabeza sobre su hombro, me arropé con el echarpe como pude y observé la oscuridad que me rodeaba, fingiendo dormir.

No tenía ganas de hablar. Me sentía terriblemente sola a pesar de la compañía. Supuse que a cada uno de mis compañeros les pasaría algo parecido, puesto que estábamos en situaciones muy similares. Todos nos encontrábamos alejados de nuestras familias, de nuestros hogares, de nuestra vida… y la Nochebuena solo hacía que recordarnos, más aún, las dolorosas ausencias que arrastrábamos cada día.

A la falta de Daniel, también se había sumado la de mi madre de la que llevaba meses sin saber. Las comunicaciones telefónicas se habían vuelto difíciles y era casi imposible obtener noticias de los familiares que se encontraban en otras ciudades, sobre todo desde que comenzara el Blitz. Intenté llamar en un par de ocasiones a su casa de Manchester, pero me fue imposible conseguir línea. La incertidumbre era desesperante.

Aquella noche fue la primera en mucho tiempo que conseguí dormir más de cuatro horas seguidas. Soñé con Daniel; la guerra había acabado y comíamos helado de fresa sobre el césped de Hyde Park. Fue hermoso volver a ver aquella sonrisa, aquellos labios, aquellos ojos…pero al despertar todo se evaporó, como quimera etérea, devolviéndome a la cruda realidad.

Imaginé que no serían más de las seis de la mañana, pues cuando abrí los ojos, todo seguía sumido en la oscuridad. Rowling no estaba, pero me había recostado y tapado con una manta. Me levanté, salí del quirófano y me dirigí a la habitación colindante donde los demás descansaban en la medida de lo posible. Rowling tomaba una taza de té aguado. El resto seguía durmiendo.

—Parece que no soy el único que no puede dormir —me dijo al verme.

—Compartimos el sueño ligero.

—Compartimos muchas cosas —me contestó.

—Volvamos al quirófano —le dije bajando la voz—. Les vamos a despertar…

Él asintió, cogiendo otra taza de té que me entregó.

—Toma, no está muy bueno, pero entrarás en calor.

Mientras le daba el primer trago, Rowling me observó divertido poner una mueca de aversión. Estaba repugnante.

—¿Qué demonios es esto?

—Lo único que he podido conseguir.

Aun así, decidí tomarlo para engañar el vacío que sentía en el estómago.

Volvimos a sentarnos sobre la manta del suelo, a falta de sillas.

—Al cabo no le remite la infección —me dijo el médico.

—¿Has ido a verle?

—Sí, en cuanto me he despertado. La fiebre sigue sin cederle.

—Lleva ya dos semanas con antibiótico. ¿Es posible que tenga alguna complicación? —le pregunté.

—Es pronto para saberlo. La fiebre tifoidea no comienza a evolucionar hasta pasado los quince días más o menos. Esperaremos hasta mañana y si continua igual, le haremos más pruebas para determinar el alcance de la enfermedad.

Michael Owen era el único paciente que nos había llegado

directo desde un hospital de campaña. Era un cabo primero de veintíocho años que había contraído fiebre tifoidea en el frente. Debido a su gravedad y a la fácil propagación de la enfermedad, nos lo habían enviado, como ocurría siempre con los pacientes más graves. Hacía ya dos semanas que luchábamos contra aquella infección que lo tenía sumido en un continuo estado de delirio causado por la fiebre y tanto Rowling como yo comenzábamos a estar verdaderamente preocupados. Su nivel de plaquetas estaba bajo mínimos y la comida de la que disponíamos, tampoco ayudaba.

El aire en el quirófano estaba cargado. La falta de ventilación al no contar con ventanas y el continuo abuso de tabaco y desinfectante, provocaban un ambiente irrespirable que me hizo tomar la decisión de salir a la puerta del hospital para fumar un cigarrillo.

Caía una suave llovizna sobre Londres. La luz del alba competía con las nubes por hacerse un hueco en el amanecer de aquel 25 de diciembre de 1940. Me apoyé en la pared, bajo el umbral de la puerta del St. Mary´s y observé aquella ciudad fantasmagórica tras el telón de la lluvia mientras la humedad se metía en mis huesos y me hacía exhalar vapor por la boca. Las calles estaban desiertas y tan solo se oía el relajante sonido de las gotas de agua caer sobre el piso. Cerré los ojos e intenté volar lejos de allí con la imaginación, pero me fue imposible; la realidad estaba fuertemente agarrada a mi alma.

Fue a las doce y media del mediodía, cuando recibí una llamada de teléfono que cambiaría para siempre mi vida.

Me encontraba dando de comer a un enfermo que tenía ambas manos vendadas tras haber sufrido quemaduras de segundo grado en varias partes de su cuerpo, cuando una de las enfermeras, se acercó para decirme que un tal Señor Spencer me esperaba al teléfono. Ella continuó con mi labor y yo me dirigí hasta la sala desde donde había intentado llamar a mi madre sin éxito en varias ocasiones.

Me puse al aparato, sin saber a quién correspondía aquella identificación, pero cuando oí aquella lacónica voz, supe que solo podía ser portadora de malas noticias. No me equivoqué.

—¿Helen Weaver? ¿Hija de Catherine Weaver? —me preguntó.

—Sí, soy yo.

—Lamento comunicarle que su madre… —hizo una breve pausa, como si buscara las palabras más apropiadas y prosiguió—. Su madre ha resultado fatalmente herida durante la noche del 23 de diciembre. Lo lamento.

El mundo se detuvo a mi alrededor. Me quedé paralizada, con el auricular pegado a la oreja, mientras aquel hombre me llamaba

desde al otro lado de la línea. Rowling que pasaba en ese momento por allí, también me llamó, tal vez gritara mi nombre, pero a mi me llegó un susurro lejano, casi irreal. Era incapaz de reaccionar. Una lágrima resbaló por mi mejilla y entonces el médico se hizo con el teléfono. Tras una breve conversación con el Señor Spencer, colgó y me abrazó. Me abrazó fuerte, como solo se abraza a alguien que quieres con el corazón.

La Luftwaffe atacó de forma consecutiva la ciudad de Manchester en las noches del 22 al 23 y del 23 al 24 de diciembre de 1940. Grandes áreas de la ciudad fueron devastadas, dejando cerca de setecientos muertos y más de dos mil heridos. Algunos de sus edificios más representativos sufrieron importantes daños: la iglesia de Santa Ana, el ayuntamiento, el mercado Smithfield, el teatro Gaiety, los edificios Victoria, la oficina de impuestos, la Catedral, el hospital Chetham…

Hitler sabía de la importancia de Manchester para la economía inglesa gracias a su puerto y a su industria. Por eso, tras los ataques a Liverpool y Bikernhead, Manchester se convirtió en el objetivo de las fuerzas aéreas alemanas y para ello utilizaron ciento veinte aviones pertenecientes a la Luftflotte II y ciento cuarenta y nueve aparatos de la Luftflotte III que lanzaron durante aquellas dos noches su indiscriminada carga de bombas incendiarias y explosivos a lo largo y ancho de toda la ciudad, destruyéndolo todo a su paso.

Cuando cobré medianamente conciencia del significado de las palabras de aquel hombre desconocido al otro lado de la línea, le dije a Rowling que iba al baño: el único sitío alejado de la multitud. Me invadía la necesidad de estar unos minutos a solas con mi dolor. La noticia de la muerte de mi madre me había desgarrado por completo el alma y turbado la mente. Me faltaba el aire y el corazón oprimía mi pecho, mientras pensaba y pensaba, sin poder hacerme a la idea de que jamás volvería a verla o escucharla. Tenía tan solo cuarenta y seis años y una larga vida aún por delante. No podía evitar preguntarme por qué, por qué de aquella manera tan cruel y antinatural. Pero estábamos en guerra y muchas eran las familias que se veían rotas de la noche a la mañana. Nunca quise creer que aquello pudiera ocurrir de verdad porque simplemente no quería verlo; me agarraba a la idea de que esas desgracias no nos alcanzarían a nosotras… a mí. Pero lo habían hecho como era probable y sin tan siquiera podernos dar un último adiós.

Me senté sobre la taza del retrete y me encendí un cigarro con manos temblorosas que escondían una ansiedad que me golpeaba el pecho sin cesar, mientras buscaba encontrar erróneamente en la nicotina un sosiego que no me daría. Lloré. Lloré desconsolada y en soledad su pérdida; me castigué a mí misma pensando que si

hubiera sido agente del SOE aquello, tal vez, hubiera podido evitarlo.

Por primera vez en mi vida, odié. Odié a los nazis con la rabia de la venganza y la ira de la pérdida, con una fuerza que nunca sospeché que mis entrañas escondieran.

Y allí, entre aquellas cuatro paredes decidí que mientras aquella guerra durara, dejaría la retaguardia del Hospital St. Mary´s, para viajar al corazón del mismísimo nazismo.

16

Sebastian fue ascendido a SS-Hauptsturmführer el 25 de septiembre de 1940. Con motivo de celebrar su nuevo rango, aquella misma noche, invitó a Daniel a una cena íntima en compañía de dos señoritas, en la mansión de los von Stumpfegger, aprovechando que sus padres estaban fuera, en una fiesta.

Sin embargo, a Daniel aquella invitación se le antojaba un verdadero fastidio. De buena gana le hubiera puesto cualquier excusa para no asistir y más si hubiera sabido que el verdadero motivo de aquella velada no era otro que el de sacarle de la cabeza a Helen, a base de contoneo de cadera y carmín rojo puramente ario. Pero el joven Lundendorff conocía bien, al ya capitán de las SS y sabía que, si algo le soltaba la lengua, no era otra cosa que el alcohol y las mujeres, por ese orden. E intuía que era algo que no faltaría aquella noche.

Sebastian y Daniel, quien había acudido cinco minutos antes de la hora citada, bebían champán en bonitas copas alargadas sentados en un cómodo sofá, cuando el timbre sonó en la puerta principal.

Ambos jóvenes se pusieron de pie cuando vieron a las dos chicas entrar al salón guiadas por Gerda, que abandonó el lugar tras recogerles los abrigos.

Sabine era rubia, de ojos azules, alta, muy delgada y no tendría más de dieciocho años. Su amiga, Claudia, era muy similar, sobre todo porque a Daniel, ambas se le antojaron niñas de colegio, vestidas con ropas de mujer que les estaban ridículamente grandes. Tanto le daba. No tenía interés en ninguna mujer, así se hubiera presentado la más bella de toda Alemania.

Para su tedio, comprobó durante la cena que su anodino físico estaba a la misma altura de su insustancial carácter. Apocadas, sumisas y poco habladoras, dejaron el protagonismo a un Sebastian que parecía estar en su salsa a medida que el alcohol iba haciéndose hueco en su cerebro. Daniel no pudo evitar compararlas con Helen. Eran todo lo contrario a ella, completamente alejadas de su ideal de mujer y lo peor de todo, es que parecía que el verdadero objetivo de esa noche era acabar con ellas en la cama.

—¿Qué te parecen? —le preguntó divertido Sebastian, cuando ambas fueron al cuarto de baño.

Daniel lo miró con cara de pocos amigos. No deseaba otra cosa que regresar a su casa. Solo.

—No me jodas, Daniel. ¿Has visto cómo te mira Claudia?

—No me interesa.

Sebastian se puso serio.

—Que no, ¿qué? ¿No le harás ese feo a un amigo?

Daniel se encontró de pronto entre la espada y la pared. Sabía que el caprichoso nazi no aceptaría un no sin que levantara un muro entre ellos.

—No vas a casarte con ella, es más, no tienes ni porque acabar la noche con ella —le insistió.

Sebastian no contemplaba la idea de decir que no a una noche de diversión en compañía de una mujer, tampoco lo admitía para los que consideraba sus amigos. Para su mentalidad, negarse a ello, solo podía ser propio de un homosexual; a los que tanto detestaba él y su régimen. Era algo que Daniel sabía muy bien.

Aquella, al contrario de lo que pudiera parecer, fue la primera gran prueba a la que Daniel tuvo que enfrentarse por su patria. Profundamente enamorado de una mujer por la que sufría cada día su ausencia, consideraba que acostarse con otra, era un acto de verdadera traición para ella y para sí mismo.

La desnudó con parsimonia en la penumbra de aquella habitación desconocida, intentando excitarse con un cuerpo que no deseaba. La tumbó en la cama y comenzó a besar la piel de su cuello, de sus pequeños pechos… pero su cuerpo no reaccionaba ni a eso, ni a las torpes caricias que ella le prodigaba. Intentando disimular su irritación, la dejó sola y se encerró en el baño de la suite, con una disculpa que ella tomó con sumisión.

Daniel se observó en el espejo, instándose a sí mismo a acabar con aquello cuanto antes. Imaginó que Helen era la que lo esperaba sobre aquella cama, que eran sus labios lo que iba a saborear, el olor de su cabello el que iba a impregnar sus sentidos y que su cuerpo era el que iba a poseer llevándolo a la cumbre del nirvana que tantas veces habían compartido. Con aquel pensamiento, volvió a la habitación, donde la chica lo esperaba con el desconcierto dibujado en su rostro.

Claudia lo miraba desde el asiento del copiloto, con un brillo en los ojos de satisfacción que Daniel prefería ignorar en silencio. Corrió por la autopista con el Audi de su madre, aprovechando la ausencia de coches, para dejar en su domicilio a la joven lo antes posible y reencontrarse con su anhelada soledad. Deseaba en su interior no volverla a ver nunca más y no pudo evitar sentirse como un indeseable. Jamás había tratado a una mujer así. Para él, el sexo no era aquello.

A partir de aquella noche, Sebastian empezó a considerar a Daniel parte de su círculo más íntimo. No tardó en hacerle partícipe de diversos movimientos del régimen y de introducirle en las

residencias de altos cargos nazis, de los que antes ni tan siquiera había oído nombrar.

Así fue como se enteró del Pacto Tripartito que tuvo lugar en Berlín el 27 de septiembre. Firmado entre Alemania, Japón e Italia, constituyó una alianza militar entre ellos, conformándose de forma oficial las fuerzas del Eje, a las que más tarde se unieron otros países. O la entrevista entre Hitler y Mussolini el 4 de octubre en Brennero para tratar temas sobre Francia que, Sebastian, si es que sabía algo más, prefirió no mencionar. O muchas más que ya fuera por casualidad o no, llegaban a sus oídos sin casi quererlo, como su reclutador le había dicho que ocurriría.

Una mañana venían de jugar al tenis, cuando Karl von Stumpfegger llamó a su residencia, preguntando por su hijo a Gerda que cogió el teléfono. Sebastian se puso al aparato e intercambió unas palabras con él. Era 23 de octubre y su padre se encontraba en Hendaya, acompañando a Hitler en su entrevista con Franco.

—Creo que tendremos que aplazar la cena de esta noche en Horcher —me dijo—. Tengo que ir a buscar a mi padre al aeropuerto.

—Bueno, puedes llamarme cuando hayáis llegado a casa y me paso a buscarte, o bien cenamos aquí…

—No, mejor no. Mi padre querrá hablar conmigo y no creo que esté de humor…

—¿Qué ha ocurrido?

—Hoy estuvo reunido Hitler con Franco y parecen que no han llegado a un acuerdo.

—¿Para que España entre en la guerra?

—Algo así.

—¡Pero si está devastada!

Sebastian se encogió de hombros y prosiguió, dando por zanjada la conversación.

—No sé mucho más, por el momento.

Daniel optó por no insistir; aquello era suficiente. Durante aquellos meses, emitió información veraz y crucial a los aliados. Aprovechaba el sueño profundo de su madre, para aventurarse a altas horas de la madrugada a subir hasta el desván y desenterrar el transceptor del fondo del baúl, donde dormían las prendas que fueron un día de su padre.

Sin embargo, aquella información que obtenía no le estaba resultando gratis.

Sebastian tenía la capacidad de ir absorbiendo poco a poco el alma de las personas que lo rodeaban y, aunque Daniel tenía una férrea personalidad, se estaba viendo obligado a actuar en contra de lo que su moral le dictaba, claudicando a sus numerosos caprichos

por seguir obteniendo confidencias que de otra manera le sería imposible. Ese era el precio que tenía que pagar por ayudar a Inglaterra a ganar la guerra. Si con ello lo conseguían, todo lo que estaba haciendo habría valido la pena.

Daniel fue descubriendo a un Sebastian manipulador, subyugador, insensible y carente de escrúpulos, al que despreciaba con sonrisas condescendientes y halagos fingidos, propios del mejor actor. Su vida se había convertido en una continua vil mentira, pues no solo actuaba con él; lo hacía con cada una de las personas con las que trataba, incluso con su madre, haciéndole sentir en numerosas ocasiones, tremendamente despreciable.

Pero aquello no era lo peor de estar sirviendo de espía a los aliados; lo peor era el miedo continuo a ser descubierto. Sabía que cada vez que conectaba aquel transceptor, su vida pendía de un hilo, pues si la Gestapo captaba su señal, todo habría acabado para él. Era fundamental para reducir el riesgo, transmitir los mensajes en días espaciados y lo más escuetos posibles. Para ello, tenía que ir seleccionando antes la información que le llegaba, de manera inteligente y meticulosa.

El 9 de noviembre, Erika Ludendorff celebraba su cincuenta cumpleaños en su residencia. Para ello, había invitado a cenar a varias amigas suyas, entre las que se encontraban Arabelle von Stumpfegger y Dagna Rollheiser. Daniel que no salió aquella noche, bajó del desván, donde se recluía del mundo cuando podía, como tiempo atrás hiciera su padre, para saludar a las invitadas. Dagna como siempre le colmó de besos y halagos sinceros.

—¿Por qué no cenas con nosotras? —le preguntó.

—En otra ocasión. Hoy es cena de mujeres.

—Claro, querida —dijo Arabelle—. ¿No querrás aburrir al muchacho con nuestros temas de conversación?

La madre de Sebastian entró en el comedor del brazo de otra mujer que Daniel solo conocía de vista, dejándole a solas con Dagna en el vestíbulo.

—Pásate por mi casa un día de estos a tomar el té… —lo apremió la mujer sonriente.

—Eres muy amable, pero no quisiera molestarte.

—Sabes de sobra que no eres ni serás nunca una molestia. Mi casa siempre ha tenido las puertas abiertas para ti y tu familia.

—Lo sé, gracias.

—Daniel… hay algo de lo que me gustaría hablarte… —le dijo poniéndose seria.

—¿De qué se trata?

—¿Por qué no te has alistado en el ejército o en las SS en estos tres meses?

—Mientras pueda evitarlo…

—Tu tío se habrá tomado mal esa noticia.

—Mi tío, mi madre, mi abuelo… pero me necesitan en el banco, así que no les ha quedado más remedio que ceder. Llevo un par de semanas estudiando lo necesario para hacerme con el mando de la gerencia mientras dure la guerra.

—Me alegra comprobar que sigues siendo el mismo…

—Siempre, Dagna…

Daniel percibió intranquilidad en la mujer, sus ojos oscilaban de un lugar a otro como si se estuviera debatiendo entre continuar hablando o callar. La conocía muy bien y pudo darse cuenta de que acudía a él de manera desesperada. No sabía de qué tipo, pero Dagna tenía algún tipo de problema que no tenía a quien confiar.

—Mañana por la tarde iré a verte —le dijo él al fin—. ¿A las cinco te va bien?

—Te estaré esperando a esa hora.

Daniel se refugió de nuevo en el desván, preguntándose hasta qué punto podía confiar en Dagna. Con la iluminación tenue de una pequeña lámpara de escritorio, se recostó en el sillón, se encendió un cigarro y rememoró a aquella mujer antes de la guerra.

La conocía desde que tenía uso de razón y siempre mantuvo una estrecha relación con sus padres, mucho más con su padre, quien la tenía en gran estima. Recordó que, en una ocasión, este le dijo:

—Si alguna vez nos ocurriera algo a tu madre o a mí y no supieras a quien acudir, ve a ver a Dagna Rollheiser.

De eso hacía muchos años, pero lo recordaba con una nitidez como si hubiera sido ayer. A todo eso, tenía que sumarle la bondad que emanaba su mirada y el siempre buen trato que le había profesado.

Aun así, decidió mostrarse cauteloso. La dejaría hablar, analizaría sus palabras y actuaría según le dictaminara su acertado instinto.

A la tarde siguiente, puntual como era habitual en él, Daniel se personó en la residencia Rollheiser a las cinco en punto. Dagna salió a recibirlo ataviada con un elegante traje de chaqueta y falda en blanco y negro; el pelo recogido en un riguroso moño le dejaba al descubierto su esbelto cuello del que colgaba un bonito collar de perlas, a juego con los pendientes.

Se saludaron con afectuosidad y ella misma le acompañó al salón que Daniel tan bien conocía, donde le invitó a tomar asiento en un sillón frente a la chimenea candente. Desde que tuvo que despedir a la mujer que siempre había estado a su servicio, por ser judía, no había querido volver contratar a nadie más como interna, por lo que se limitó a una externa que acudía de ocho a doce de la

mañana. El resto del día se obligada a hacer de ama de casa, como cualquier mujer de clase media. Aun así, era algo que no le importaba en absoluto. Tenía tiempo para ello y dinero suficiente para no preocuparse del que dirán, además mientras tuviera a aquellos judíos escondidos en su desván, así tendría que ser.

—¿Quieres té? —le preguntó ella antes de sentarse.

—Sí, por favor. Me servirá para entrar en calor.

—Hoy el día está muy desapacible —le dijo escanciando el líquido humeante en la taza.

—Mucho. Menos mal que no me he aventurado a venir en la bici y he traído el coche.

—Hubieras pillado un buen catarro.

Hubo un tenso silencio, mientras ella tomaba asiento. Realmente, no sabía por dónde comenzar.

—¿Qué es eso de lo que querías hablarme? —preguntó al fin Daniel para romper el hielo.

—Quería preguntarte… bueno… yo…

—Dagna —el joven se inclinó ligeramente hacia ella y la miró directo a los ojos—. Soy yo, Daniel Caine —le dijo, pronunciando su apellido con un ligero énfasis que a la mujer no le pasó desapercibido—. Sabes que puedes confiar en mí.

—Daniel, ¿dónde han llevado a nuestros vecinos judíos? —le preguntó de sopetón.

—¿Por qué iba yo a saberlo? —le preguntó este a su vez sorprendido.

Pero Daniel lo sabía muy bien. Sebastian le había dicho hacía cosa de un mes que muchos de ellos habían sido deportados a Polonia y marcados con una estrella amarilla que debían lucir en un lugar visible de su indumentaria. Pero prefería mantenerse cauto, a la espera del rumbo que fuera cogiendo aquella conversación.

—No sé, pensé que podías saberlo. Como últimamente se te ve tanto con esos nazis...

—Que me vaya con nazis, no significa que yo también lo sea.

—¿No lo eres?

—¿No es obvio? ¿No crees que si lo fuera ya me habría alistado en las SS, como ayer me preguntaste?

—Pero alguien que no comulga con su doctrina, no puede ser amigo de ellos… —en ese momento, mientras pronunciaba aquellas palabras mirando a Daniel a los ojos, tuvo una acorazonada—. Oh, ¿sí?

Él sacó un cigarro de la cajetilla y se lo encendió con parsimonia. Esperaba a que fuera ella misma, la que, atando cabos, terminara llegando a la verdad.

Daniel la miró fijamente a los ojos dando una calada. Ella

presentía que su repentino instinto era acertado.

—Tú tenías amigos judíos —le dijo al fin. Él asintió— ¿Y los consideras inferiores a ti?

—¿Tú?

Parecían estar jugando al gato y al ratón; ambos conocían el peligro de delatarse como enemigos del régimen.

—Yo no —contestó ella.

—Yo los considero tan alemanes como podamos ser cualquiera de nosotros.

—Entonces, ¿qué haces con esos nazis? ¿Eres espía? —le soltó al fin.

—Hay cosas que es mejor no saber nunca.

Ella mostró una sonrisa torcida de astucia; había dado en la diana.

—Acompáñame —le dijo poniéndose en pie.

Daniel la siguió. No tenía idea de donde quería llevarlo o que quería enseñarle. Hubo un momento, mientras subían las escaleras, en el que especuló con la posibilidad de que toda aquella conversación no hubiese sido más que una trampa. Pero rápido desechó esa idea. No podían culparle de nada, no había pruebas, ni ninguna confesión.

Cuando llegaron a la tercera y última planta, Dagna tuvo que parar un momento para recuperar el aliento al pie de la puerta de su desván. Entonces, se giró y le miró en la oscuridad.

—Yo amaba a tu padre.

Daniel se quedó tan anonadado ante aquella repentina confesión que no supo que decir, pero no porque le escandalizaran sus palabras, hubiera ocurrido lo que hubiera ocurrido entre ellos, a él no le concernía, simplemente no era algo que esperara oír en ese momento.

—Sólo deseo que estés a su altura —y giró el pestillo.

Cuando Dagna abrió la puerta, Daniel se encontró frente a él, a la familia Hesse al completo. Allí estaban los cuatro miembros que la formaban: Hans, Hertha, el joven Ritter de ocho años y la pequeña Jenell de cuatro. Amparados en la tenue luminosidad proveniente de una sola vela, pudo observar sus rostros demacrados y temerosos; lo miraron como si fuera un absoluto desconocido.

—Dios mío, ¿cuánto tiempo lleváis aquí? —les preguntó el joven, entrando en el interior del habitáculo abuhardillado.

—Algo más de un año —le contestó Dagna desde el umbral de la puerta.

Hans fue el primero en reconocer a Daniel, segundos después lo haría Hertha, su mujer. Los niños eran demasiado pequeños para percatarse de la situación.

—Daniel… —musitó el hombre con mirada esperanzada.

—¿Por qué lo has traído? —le preguntó, sin embargo, Hertha a Dagna, llena de angustia y recelo—. ¡Nos denunciará!

—Tienes que sacarlos de aquí —le rogó Dagna a Daniel, ignorando las palabras de Hertha.

Daniel no podía dejar de mirarlos como si estuviera ante una aparición fantasmal, preguntándose cómo aquellas personas trabajadoras, buenas y respetadas, se habían visto forzadas a vivir confinadas y escondidas en apenas treinta metros cuadrados, junto a sus hijos pequeños, como si fueran vulgares criminales. La sangre bulló inmisericorde por sus venas, mientras pensaba de qué manera podría ayudarles, sin riesgos innecesarios y en el menor tiempo posible; porque lo cierto era que allí no podían quedarse, tarde o temprano les terminarían descubriendo y, entonces todos, cada uno de ellos, incluida Dagna, serían deportados a cualquier campo de concentración donde, de un modo u otro, se encontrarían de cara con la muerte.

—Dadme una semana —dijo saliendo de allí, mientras su cabeza urdía una solución.

Bajó las escaleras con pasos apresurados y sin volver la vista atrás como si de esa manera pudiera huir de la rabia que le quemaba las entrañas, abandonó la casa de Dagna Rollheiser.

La habitación estaba a oscuras, tan solo los faros de los coches que de vez en cuando pasaban de largo en la calle, proyectaban vestigios de luz intermitentes en las paredes. Daniel, tumbado sobre su cama y con la vista clavada en el techo, planeaba ponerse en contacto con la resistencia alemana al día siguiente a no más tardar, tal y como su reclutador, Christopher Law, le había aconsejado que hiciera en caso de necesidad.

—En Kurfürstendamm con Leibnizstraße hay una pequeña tienda donde venden cuadros, en su mayoría por encargo —le dijo en Londres, dándole las instrucciones precisas—. Entra y al hombre que esté tras el mostrador le dices que querrías un bodegón que contenga manzanas. Si te encuentras en grave peligro, especifica que las manzanas sean rojas, si la ayuda es para otra persona de tu entorno, amarillas y si no es urgente, no menciones color alguno. Te dirán que el cuadro que quieres lo tendrán para uno, dos o tres días. Abandona el local y vuelve a por tu encargo cuando te hayan indicado que pases a recogerlo. Entonces, vuelve, compra el cuadro y te vas. En algún lugar del marco, tendrás un mensaje.

La preocupación constante de Daniel le hizo pasar gran parte de la noche insomne. No fue hasta bien avanzada la madrugada cuando consiguió conciliar el sueño; y es que los pensamientos se le agolpaban sin tregua en la mente enturbiando su descanso.

Se maravilló pensando en la generosidad y valentía que Dagna estaba demostrando, pues arriesgaba su más que cómoda vida de manera tan altruista; mientras que la gran mayoría se había vuelto egoístamente ciega, sorda y muda ante el sufrimiento ajeno. Otros hacían acopio de valor, llevando su particular lucha en la más absoluta clandestinidad. Ahora, tanto la vida de ella, como la de la familia Hesse, estaba en sus manos y no estaba dispuesto a fallarles.

El reloj marcaba las ocho y media de la mañana, cuando la luz del sol invadió la habitación de Daniel de claridad, despertándole.

Después de darse una buena ducha fría para despejarse, bajó al comedor, donde su madre ya estaba desayunando.

—Buenos días, mamá —dijo cuando tomó asiento.

—Buenos días, cariño —le saludó mientras la observó escanciar el café en la taza de porcelana—. Hoy te levantaste más temprano…

—Voy a salir.

—¿Con Sebastian?

—No, está trabajando. Voy a dar una vuelta por el centro, lo echo de menos.

—Te entiendo, cariño. Wannsee puede volverse muy aburrido durante el invierno, pero tengo entendido que aquí estamos más seguros hasta que la guerra acabe. Por eso es importante que te pongas a trabajar cuanto antes; te mantendrá entretenido.

Daniel se levantó de la silla sin hacer comentario alguno. En su opinión, ningún sitío era seguro en guerra, pero no quería contradecir a su madre ni a las opiniones que ciertas amistades le proferían continuamente.

En tiempos de paz, Erika habría dejado la residencia de verano de Wannsee a primeros de septiembre, para alojarse en el piso con el que contaban en Unter den Linden, en el centro de Berlín. Pero ahora parecía haber cambiado por completo su rutina anual, casi tanto como lo habían hecho sus amistades. Incluso a veces, para consternación del joven, la visitaba un *Kriminalkommissar* de la Gestapo, con el que se mostraba muy cariñosa. La presencia de aquel hombre a tan pocos metros de su madre le producía náuseas.

Daniel salió en coche de la residencia Ludendorff directo desde el garaje y puso rumbo a Kurfürstendamm. Tardó pocos minutos en llegar a su intersección con Leibnizstraße, pues ambas eran calles anchas y de tráfico fluido. Una vez allí, encontrar la tienda de cuadros fue relativamente sencillo. Aparcó a unos doscientos metros de la puerta del establecimiento y se acercó andando mientras fumaba un cigarrillo por las inmediaciones. Después de diez minutos, decidió entrar.

Cuando Daniel cruzó el umbral, se encontró ante un local de no más de treinta metros, con dos grandes ventanales a la calle que lo

llenaban de luz natural y que actuaban como escaparate donde se mostraban diferentes cuadros. Un hombre tras el mostrador pintaba trazos sobre un lienzo apostado en un caballete que rápidamente abandonó al verlo entrar.

—Buenos días, caballero —le dijo el hombre con buena disposición, mientras se limpiaba las manos en un mandil que llevaba atado a su cintura.

—Buenos días, siento interrumpirle.

—Oh, no, por favor. No interrumpe. Dígame, ¿qué desea?

—Quería saber si tienen algún bodegón con manzanas amarillas.

El hombre lo miró durante unos instantes con una mezcla de recelo y curiosidad, aparcando la sonrisa con la que lo había recibido. Tendría unos treinta años y lucía un aspecto descuidado, con pelo largo y barba de varios días que le daban un aire bohemio, muy propio de los artistas.

—Podría tenerlo para dentro de cuatro días, si le parece bien.

—Me parece perfecto. Volveré para entonces.

Si Daniel salió en ese momento de vacío, cuatro días después lo haría con un bodegón de manzanas amarillas bajo el brazo.

Con el cuadro en el asiento trasero y con apremio por saber qué mensaje se escondía en él, condujo a gran velocidad por la A115 hasta Wannsee. Cuando llegó a casa, casi media hora después, subió directamente al desván. Analizó durante unos minutos como poder desarmarlo sin dañarlo. Cuando supo cómo hacerlo, salió de la estancia y bajó las cuatro plantas hasta la cocina, donde Frieda y Adalia, las dos sirvientas, preparaban la comida. Daniel cogió una pera del frutero y un cuchillo, sin percatarse de las escépticas miradas de las mujeres que no estaban acostumbradas a verlo por allí.

—Yo se la hubiera subido, señorito Daniel —le dijo una de ellas.

—No es problema.

—¿Quiere que se la prepare?

—No, gracias —le contestó disimulando su consternación ante el exceso de servilismo.

Subió de nuevo y se encerró en el desván. Con ayuda del cuchillo, le fue fácil separar el lienzo de su marco, donde no tardó en encontrar un diminuto papel, escondido en un pliegue interior de la madera. Nadie que no buscara algo concreto, hubiera dado con él por casualidad.

Lo desdobló y leyó con sorpresa, la dirección de la residencia oficial de su familia del centro de Berlín, acompañada por dos números que supuso no podían ser más que el día y la hora. Le habían citado en su propia casa, aquella misma tarde a las ocho. Se encendió un cigarro, se recostó en el sillón y observó con

detenimiento aquel papel, cavilando hasta donde llegaba la colaboración y el intercambio de información entre el Servicio de Inteligencia Inglés y la resistencia alemana.

Un frío helador caía sobre Berlín aquella noche, en la que Daniel volvió al piso donde había vivido la mayor parte de su vida. En el momento en el que metió la llave en la cerradura, comprobó que el cierre no estaba echado; fuera quien fuese quien le esperaba al otro lado ya había llegado. La casa estaba sumida en una oscuridad absoluta ya que las persianas, completamente bajadas en cada una de las dependencias, impedían el paso de claridad de la calle al interior. Se dirigió a la cocina a tientas, situada a la izquierda del vestíbulo, donde estaba el cuadro de luces y activó la general ayudado por la llama que prendió su mechero. La luz del vestíbulo se encendió, dejándole apreciar el estado general de la vivienda. Y tuvo que apartar de su mente los recuerdos que le invadieron de súbito. Era un piso grande, de algo más de doscientos metros cuadrados amueblados con un sinfín de detalles y objetos de valor, ahora cubiertos de polvo. Según sus cálculos, a esas alturas, su madre debía llevar dos años sin poner un pie en esa casa.

El silencio era absoluto. Abrió la puerta del salón-comedor, al lado derecho del recibidor y bajo el umbral, buscó en vano algún movimiento entre las sombras. Sin embargo, sí percibió un ligero olor a tabaco. Se adentró en la estancia, hasta dar con un cigarro consumiéndose en un cenicero que reposaba sobre el mueble bar. Entonces, una voz femenina le sobresaltó a su espalda:

—¿En qué podemos ayudarte?

Se giró buscando a la propietaria de la pregunta, a la dueña de aquella voz delicada, pero firme. Se encontró frente a él a una mujer joven, de poco más de veinte años, morena y con una penetrante mirada oscura que lo observaba con gran interés analítico.

—¿Podríais sacar de Alemania a una familia judía? —la preguntó sin rodeos.

—¿Cuántos son?

—Un matrimonio y sus dos niños pequeños.

—Podrían morir en el intento. ¿Estás seguro de qué están dispuestos a correr ese riesgo junto a sus hijos?

Daniel asintió y guardó silencio esperando una respuesta. Ella lo observó durante unos instantes. Después, se abrochó el abrigo y se enfundó unos guantes de lana de color verde militar, a juego con la boina que cubría sus rizos negros.

—En dos o tres semanas a lo sumo, tendrás noticias nuestras. Mientras tanto, mantente alejado de ellos y de quien les esté cobijando.

Los pasos de la misteriosa chica enfilaron hacia la cocina, desde donde apagó la luz general en el cuadro de luces, dejando a Daniel en la misma completa oscuridad que le había recibido minutos antes. Después, despareció tras la puerta, mimetizada con la negrura, como si su presencia solo hubiese formado parte de un espejismo, como si allí nunca hubiera habido alguien más a parte de él.

17

Un camión de reparto de pescado paró frente a la mansión de Dagna Rollheiser a primera hora de la mañana del 24 de diciembre. La familia Hesse al completo, amparada en la espesa niebla que caía sobre Berlín, atravesó los cincuenta metros que separaban la entrada principal del vehículo. Con ayuda del repartidor que era miembro de la resistencia, subieron con rapidez a la parte trasera, para confinarse en las diferentes cajas donde llevaban la remesa. Se habían vestido con varias capas de abrigo para soportar las bajas temperaturas de aquella cámara frigorífica, pero lo peor sin duda sería padecer el hedor a pescado durante las cuatro horas que tenían previstas por delante hasta llegar a Barhöft.

—Cariño, toma este reloj —le había dicho Hertha a la pequeña de cuatro años el día anterior—. Desde que montemos en el camión, debes esperar para moverte y hablar hasta que hayan pasado cuatro horas. Míralo con atención y oigas lo que oigas, no te muevas hasta que veas que el tiempo se ha cumplido.

—Claro —le dijo a Jenell su hermano mayor—. No querrás que nos eliminen del juego por tu culpa, ¿verdad?

—¡Lo haré bien! —le contestó mostrando seguridad.

Ritter no llegaba a comprender la situación que estaban viviendo, pero a sus ocho años, sabía que aquello no era ningún juego. Aún era pequeño, pero no le pasaba desapercibido el lloro silencioso de su madre y los constantes susurros de su padre alentándola en las noches; ni por qué de pronto se habían visto recluidos en aquel desván, no había vuelto a ver a sus amigos, o sus visitas al parque se habían visto interrumpidas… Sin embargo, no hacía preguntas. Algo le decía que era mejor seguir en su ignorancia infantil y limitarse a cuidar de su hermanita, como sus padres le habían encomendado que hiciera especialmente durante aquel viaje que tan extraño se le antojaba.

Los dos hermanos habían sido metidos en la misma caja.

—Huele mal —dijo en un susurro Jenell mientras les cubrían con kilos y kilos de pescado.

Él la instó a callarse con un gesto que la pequeña acató con celeridad.

Las puertas del camión se cerraron, dejando a la familia envuelta en la oscuridad, el frio y el mal olor. Poco después arrancó, mientras Dagna, desde la ventana de su habitación, los observaba avanzar por la calle hasta desaparecer en la espesa niebla que

cubría Wannsee con su manto enigmático.

Hans y Hertha iban en cajas separadas. No les había sido fácil tomar aquella decisión. Sabían que las probabilidades de que les descubrieran eran muy altas, pero también sabían que en Berlín estaban condenados. Según les contaba a menudo Dagna, Alemania ganaría la guerra pronto y entonces, ¿qué sería de ellos? Tenían que escapar mientras tuvieran oportunidad. Después, si el nazismo triunfaba en aquella Europa convulsa por su propio capricho de magnanimidad, sería completamente imposible. En esos momentos, tenían la libertad y la muerte a la misma distancia.

El vehículo entero destilaba miedo. No solo en la cámara frigorífica, también en los asientos delanteros. El conductor y el repartidor ya habían sacado a una muchacha judía del país de aquella misma manera, pero esta vez, eran cuatro, dos de ellos niños, por lo que la situación era completamente diferente.

Hacía un año que se habían enrolado en la resistencia, por sus convicciones, no solo políticas, sino también, morales. Aprovechaban su trabajo de pescadores y su estratégica residencia en la isla de Hiddensee, al oeste de Rügen, en la costa alemana, para introducir en el país remesas de armas procedentes de Suecia. Algo con lo que se sentían bastante cómodos. Las armas no respiraban, no hablaban, no se movían… y en el caso de ser descubiertos por la Gestapo, solo ellos pagarían las consecuencias de los actos que habían elegido deliberadamente llevar a cabo. Aquellos hombres consideraban que su causa valía más que su vida.

Pero aquellas personas debían vivir; tenían que vivir. ¿Qué mal habían hecho? ¿Ser judíos era realmente un motivo para merecer la muerte? Parece ser que en aquella Alemania del III Reich, sí. Ellos, a pesar de pertenecer a otra religión, no estaban dispuestos a subyugarse a las locuras de aquel dictador con los que consideraban sus semejantes. Por eso, a pesar del riesgo, no dudaron en hacerse con aquel encargo en cuanto les fue propuesto.

Salir de Berlín era lo más arriesgado. Después, cogerían carreteras secundarias que conocían de memoria después de años dedicándose a repartir su pescado por diferentes pueblos y ciudades del noreste del país. El 24 de diciembre era buen día para encontrarse con menos controles. La mayoría de los nazis tendrían su cabeza más ocupada pensando en acabar su turno para reunirse con sus familias por Navidad que en cualquier otra cosa. Era algo con lo que la resistencia contaba. Por eso aquel mismo día, cuando cayera el sol, tenían previsto recoger un cargamento de armas de un barco de pesca, indetectable por los radares alemanes, en la costa del Mar Báltico que a su vez regresaría a Trelleborg, la ciudad más meridional de Suecia, cargado con la familia Hesse. El plan era

perfecto, hasta que llegó el primer control.

Fue a cien kilómetros de la capital. La Gestapo había cortado la carretera, impidiendo el paso justo ochenta metros después de una curva sin visibilidad. Tuvieron que frenar casi de inmediato y esperar a que acabaran la revisión del coche anterior, mientras esperaban en la cola.

—¿Qué hacemos? —le dijo el conductor a su compañero.

—Nada. No podemos hacer nada.

Ya habían pasado por momentos como aquel. Sin embargo, cada nuevo control al que se enfrentaban, lo vivían con la misma tensión que el primero.

Los guardias dejaron pasar al coche anterior después de cinco minutos interminables de espera. Ellos avanzaron unos metros a ralentí, hasta que les dieron el alto.

—Papeles —le pidió un hombre con cara de pocos amigos.

Los dos miembros de la resistencia disimularon como buenamente podían hacer en sus circunstancias, mientras dos hombres de la Gestapo leían con rigurosidad toda la documentación sobre ellos, el vehículo y su actividad. Pero por dentro, sus corazones latían a mil por hora. Cuando uno tiene a la muerte cara a cara, nadie es lo suficientemente valiente para enfrentarla con frialdad.

—Bájense del vehículo.

Ellos hicieron lo propio. Fuera la temperatura era gélida, posiblemente estuvieran a varios grados bajo cero, pero, aun así, sintieron que sudaban copiosamente bajo sus ropas.

Un tercer hombre de la Gestapo que llevaba un perro, se acercó hasta ellos en el momento en el que se dirigían a la parte trasera del vehículo.

—Abran.

Un hedor nauseabundo escupió a los policías de la Alemania Nazi, a la par que la nave frigorífica se llenaba de luz.

Ritter cubrió con su mano la boca de su hermana para asegurar su silencio, mientras él temblaba sin saber si era por el frío, el miedo, o ambas cosas. Hertha lloraba en silencio y Hans se sentía a punto de desfallecer.

El perro subió al camión y olisqueó entre las cajas. Los judíos podían sentirlo a pocos centímetros de ellos.

—¿Qué demonios llevan ahí? —le preguntó el hombre que les había echado el alto, mientras se tapaba la nariz y la boca con un pañuelo.

—Es el pescado que no ha llegado en condiciones óptimas para su consumo y que, por lo tanto, no hemos podido vender. Hacemos muchos kilómetros desde Hiddensee y a veces no aguanta todo.

—¿Es normal que tanto pescado no aguante?

—Depende de lo que llevemos… Esta vez íbamos bien cargados. Estas fechas son de gran demanda.

—Sí, entiendo. Supongo que es cuando más pescado se consume.

—Así es.

—Dile al perro que baje —le ordenó el hombre que les había interrogado, a su compañero—. Pueden irse —les dijo a ellos entregándoseles los papeles.

Mientras se dirigían al coche, pudieron oír la breve conversación que mantenían los dos miembros de la Gestapo a pocos metros.

—Tenías que haber mirado dentro de las cajas.

—Yo ahí no hubiera entrado ni en sueños. ¿Qué quieres? ¿Qué vaya oliendo a pescado podrido el resto del día? Además, el perro no ha detectado nada y todos sus papeles están en regla. ¡Que se larguen con su pescado podrido!

El conductor y el repartidor solo respiraron tranquilos cuando se vieron a varios kilómetros de aquel control. Aunque habían cargado el camión con varios kilos de pescado pasado, para que el olor despistara a los perros, nunca se podía estar completamente seguro de que se fuera a engañar al fino olfato de los canes. Esa vez, les había funcionado. Pero aún quedaban muchos kilómetros por delante.

La familia Hesse, sin embargo, se serenó nada más oír la puerta cerrarse, dejándoles de nuevo al amparo de la oscuridad. Habían sido momentos de tensión extrema, pero el miedo aún no les había abandonado por completo de sus cuerpos maltrechos. Sabían que el peligro no había cesado y que podía sorprenderles de nuevo en cualquier momento.

Después de otra hora a bordo de aquella cámara frigorífica, comenzaron a acostumbrarse al hedor, pero no así a las extremas bajas temperaturas. A pesar de ir cubiertos con varios abrigos, calcetines, guantes y gorros, sentían como el frío se les iba clavando poco a poco en todo el cuerpo como pequeñas agujas. Pero las ganas de vivir les estaba dando una fuerza hasta ahora desconocida por ellos mismos. Tenían la esperanza de poder volver a rehacer sus vidas en otro lugar y, aunque con pesadumbre abandonaban la que consideraron siempre su patria, ese pensamiento era el que les mantenía con el ánimo suficiente para no desfallecer.

Hertha se preguntaba como estarían llevando sus hijos el frío. Se los imaginó abrazados para buscar calor en el cuerpo del otro. Podría haberles preguntado, pues sabía que en aquel momento no había peligro, pero aquello hubiese sido una temeridad; especialmente por la pequeña Jenell, a la que durante días habían estado concienciándola de la importancia de no hablar durante

aquel trayecto pasara lo que pasara. ¿Qué pensaría si de pronto ella hablaba? Dejaría de creer en ese juego ilusorio que toda la familia le había hecho creer. Se contuvo rezando a su Dios en silencio.

Hans, por su parte, se mantuvo concentrando en las oraciones desde que montaron en aquel vehículo. Le ayudaba a no pensar. La mente podía ser su peor enemigo en aquellas circunstancias y él prefería dejar aparcado el miedo, el frío y las ansias de libertad que solo conseguían flagelarle el alma y alargarle el paso de los minutos, entregado a la Shajarit. Solamente, mientras aquel perro estuvo merodeando a su alrededor, le asaltó una descarga de pánico súbito, abrupto; no por él, sino por su esposa y sus hijos. Una vez cerraron las puertas, de nuevo en la familiar oscuridad, fue recuperando la calma, acompasando su respiración.

La niebla les impedía ver a más de dos metros de distancia, pero el conductor se sabía el camino de memoria y eso le permitió llevar su velocidad habitual sin aminorar la marcha. Las carreteras secundarias estaban bastante tranquilas, no solo de controles, también de tráfico. La mayoría de las personas estaban refugiadas ya en la calidez de sus hogares. Un hogar en el que esperaban poder disfrutar de aquella Nochebuena en pocas horas y junto a los suyos.

Después de casi cuatro horas desde que abandonaron Berlín, se volvieron a encontrar con otro control a las puertas de Barhöft, a pocos kilómetros de su destino por tierra. Era algo con lo que contaban. Lo habían atravesado infinidad de veces y ya conocían a los guardias que estaban hastiados de ver pasar por su puesto a los mismos cuatro camiones de reparto de siempre que traían sus remesas de pescado de las islas Bock y Hiddensee.

Pararon. Y el conductor, al bajar la ventanilla, le regaló una sonrisa condescendiente acompañada de un saludo militar.

—¿Aún por aquí? ¡Pero si es Navidad! —le espetó con alegría al jovencísimo miembro de la Gestapo.

—Hola, Adler. Ya ves, aquí controlando a vuestros peces. Abre atrás.

El conductor se bajó sin titubeos. Sabía que aparentar seguridad alejaba los recelos de los agentes.

—Entre ayer y hoy, no hemos podido colocar gran parte del pescado.

—Ya os dije que ibais demasiado cargados.

—Llevabas razón —dijo abriendo la puerta.

—¡Oh, Dios! —dijo el guardia retirándose hacia atrás al respirar el hedor nauseabundo que destilaba la cámara frigorífica—. ¡Ni que llevarais varios muertos!

—Bueno, llevamos muchos —le dijo el conductor subiendo a la trasera, mostrándole en alto uno de los peces que cubrían a Hans.

—Baja de ahí y cierra —dijo con gesto de repulsión.

Él obedeció mostrando una falsa sumisión.

—¿Quieres ver los papeles?

—Me conozco tus papeles de memoria. Idos con vuestros peces a otra parte.

Montó en el vehículo y arrancó con una sonrisa triunfal en el rostro, al ver por el retrovisor, como aquel chiquillo se olvidaba de ellos y volvía a la divertida conversación que parecía estar teniendo con su compañero.

Pocos minutos después, llegaron al muelle donde tenían aparcada la pequeña barca que utilizaban para faenar.

—Parece que no hay hielo en el agua —observó el repartidor, cuando se bajó del camión.

—Si no hay hielo, como parece, subiremos hasta Kloster bordeando la costa. Es mucho más seguro que ir por tierra.

El repartidor abrió la puerta trasera, mientras el conductor preparaba la barca.

—Podéis salir de las cajas —apremió a los judíos lanzándoles unas mantas a medida que iban emergiendo de entre los pescados.

—¿Hemos ganado, mamá? —le preguntó la pequeña Jenell a Hertha nada más verla.

Esta se agachó y la abrazó con la fuerza que sus entumecidos brazos le permitieron.

—Hemos quitado la refrigeración —le dijo el hombre mirando directamente a Hans—. Pero deben continuar aquí dentro, hasta que comience a oscurecer.

—¿Qué hora es?

—Apenas la una del mediodía. ¿Tienen hambre?

—Yo, sí—dijo risueña e inocentemente Jenell.

Los demás negaron en silencio.

El repartidor le sonrió con una mezcla de ternura y melancolía. No pudo evitar acordarse de su hija; tendría la misma edad que aquella pequeña. En ese instante, supo que todo el riesgo que estaban corriendo por salvar a aquella familia, merecía la pena. Una ola de satisfacción inundó su alma.

Regresó de la parte delantera con un par de chocolatinas que entregó a los dos niños.

La pequeña la comió con avidez, mientras su madre se esforzaba por tenerla bien arropada con la manta. El niño lo miraba con unos ojos que destilaban madurez a pesar de su corta edad. Hans parecía absorto en sus pensamientos.

Les quedaban tres horas para emprender el viaje por mar. Con suerte, unos llegarían antes de la cena a sus casas y los otros partirían rumbo a su libertad.

Acudir a la peluquería, la mañana del 24 de diciembre, era una cita obligatoria para toda mujer de la alta sociedad berlinesa. Dagna Rollheiser bien lo sabía y, aunque no tenía especial interés en lucir un peinado perfecto para aquella noche, acudió con la mejor de sus sonrisas, fingiendo una tranquilidad como solo ella sabía hacer.

El local estaba abarrotado y el sonido de los secadores obligaba a hablar más alto de la cuenta. Aun así, charló con unas y con otras, mientras su peluquera de siempre se esmeraba en pulir su melena rubia con ondas al agua, tan de moda en aquellos años.

—¡Qué haría sin ti! —le espetó Dagna, después de ver el maravilloso resultado.

Ella le respondió con una sonrisa condescendiente, mientras Dagna se ponía de pie y la obsequiaba con su generosa propina habitual.

Se despidieron y se desearon feliz noche con la complicidad que da conocerse desde hacía años, una vez se hubo ataviado con su exclusivo abrigo de piel para protegerse del frio.

Dagna caminaba hacia la puerta, deseosa de salir de allí para reencontrarse con sus pensamientos en la soledad de su mansión, cuando una chica se chocó deliberadamente con ella al punto de alcanzar la calle.

—Disculpe —le dijo.

—Oh, no, discúlpeme a mí, señora. Lo lamento mucho.

En ese momento, ya sabía que aquella desconocida le había introducido con gran maestría algo en el bolsillo de su abrigo.

Disimuló, pero durante un breve instante, Dagna la miró analizando con rapidez la curiosa situación, analizándola a ella, memorizando su rostro, sus facciones. Se trataba de una joven morena, de penetrantes ojos oscuros que la observaban ensombrecidos por un gorro verde militar a juego con un abrigo de paño algo desgastado. Comprendió que aquella muchacha no pertenecía a la clientela habitual de aquel salón de belleza que tan bien conocía. Aquella muchacha había ido hasta allí para entregarle un mensaje.

En cuanto llegó a casa, sacó la carta del bolso, angustiada por la probabilidad de que se trataran de malas noticias sobre la familia Hesse. Apenas hacía un par de horas que los había visto partir en el camión de reparto. ¿Podía ser posible que ya les hubieran interceptado en algún control? No, no quería creer en aquella posibilidad.

Para su alivio, la nota no contenía nada sobre sus vecinos. Sí, en cambio, una pregunta en perfecta caligrafía, acompañada por una dirección en su dorso:

¿Hasta dónde estás dispuesta a llegar?

18

El 25 de diciembre de 1940, fui reclutada por el SOE para comenzar mi adiestramiento como agente secreto. Esa misma tarde, tras firmar el Official Secret Act, fui enviada a Beaulieu, en New Forest, al sur de Inglaterra.

Recuerdo que, durante las casi tres horas que duró mi viaje en aquel coche desconocido, en el que atravesamos un país arrasado por una desolación que yo no alcanzaba a ver con claridad tras los cristales empañados, la lluvia no cesó ni un instante. El cielo lloraba como lo hacía mi alma, debido a que dejaba toda mi vida atrás, sin tan siquiera una despedida.

Embriagada de melancolía, observaba las gotas de agua resbalar por mi ventanilla, mientras me preguntaba si algún día regresaría a Londres, llevaría flores a la tumba de mi madre, volvería a encontrarme con Daniel, o Rowling perdonaría mi repentina partida sin tan siquiera un adiós.

Sin embargo, no sentía miedo. La guerra me había arrebatado todo cuanto amaba, todo en cuanto creía, todo cuanto yo era. El miedo carecía ya de significado para mí, porque no tenía nada que perder, pero si mucho por lo que luchar.

La noche caía sobre Beaulieu cuando llegué a The Finishing School, la escuela donde se instruía a todos los espías del Gobierno británico y donde pasaría un mes de mi vida. Bajo la dirección del coronel Frank Spooner, estaba fuertemente custodiada y sometida al más absoluto secreto.

A la mañana siguiente de mi llegada, fui presentada ante mi futuro tutor, quien me explicó que el entrenamiento sería individual.

Durante las cuatro semanas que viví allí, tiempo que duró mi curso, adquirí conocimientos sobre cómo encontrar un refugio, organizar enlaces y despistar a un perseguidor. Tuve que aprender a diferenciar las diferentes clases de armas y cartillas de racionamiento, a reconocer los uniformes del enemigo, a manejar explosivos, a conocer la codificación y descodificación de mensajes en clave, a leer mapas, a disfrazarme, a saltar en paracaídas… Aprendí también sueco, lo suficiente para poder manejarme y mejoré, más aún, mi casi perfecto alemán. En todas aquellas materias brillé, como mi perfeccionista personalidad me impulsaba a hacerlo con cada nuevo reto que se me presentaba en la vida.

Pero todo aquello no era suficiente para convertirme en la espía

perfecta que ambicionaba ser. También tenía que saber seducir, ser irresistible hasta para el hombre más frío y, aunque mi físico me ayudaba, eso no bastaba. La elegancia y la sensualidad debían ir a la par y eso no era fácil de conseguir. Los modales, el buen gusto y la falsa sumisión eran cualidades que bien tuve que trabajar día tras día hasta conseguir que parecieran innatas en mí, como si me hubiesen venido dadas de cuna.

Pero lo peor, sin duda, fueron las clases de comportamiento ante los interrogatorios. Estos se hacían con un realismo total, en los que incluían diferentes métodos de tortura llevados a cabo por policías ingleses vestidos con uniformes nazis.

Durante aquel mes, mi físico mejoró notablemente gracias a la buena alimentación, al ejercicio físico y a los continuos cuidados que me procuraban. Mi pelo volvió a lucir espléndido, mis ojos recuperaron la luz perdida, mi piel se volvió suave como el terciopelo y mis uñas dejaron de parecer las de una mujer vulgar.

Conocí a agentes que ya habían servido en misiones y acudían allí para reciclarse, lo cual me permitió adquirir conocimientos extras desde la experiencia que ellos podían aportar.

Como, por ejemplo, Elisabeth Collins, con quien compartí una clase de formación de combate sobre el terreno que se hacía sobre todo por la noche, haciendo ejercicios de orientación, estudio exhaustivo de técnicas de emboscada, aproximación e infiltración en un dispositivo enemigo. Recuerdo que, durante un descanso, me contó que había pasado cerca de cuatro meses en Holanda, colaborando con la resistencia en sabotajes a líneas de ferrocarriles. Tiempo en el cual, tuvo que huir a la desesperada con la Gestapo pisándole los talones.

—Es curioso que te hayan mandado directamente aquí —me explicó—. Tienen que tener muy claro de antemano para que actividad eres idónea. Lo lógico es pasar, primero, varios días en Preliminary Schools.

Yo la miré extrañada. No había oído la existencia de tal escuela; no, hasta ese momento.

—Te dan un cursillo que tiene como finalidad analizar el carácter, la capacidad física y las aptitudes de los candidatos para según que actividad. Allí es donde, normalmente, se decide si un candidato es válido o no. Tienes que tener un expediente brillante para que hayan decidido excluir ese paso contigo.

—Bueno, en mi caso no me presenté como voluntaria. Fueron ellos los que contactaron conmigo…

—Eso explica muchas cosas.

También entablé relación con algunas chicas que, como yo, iban a ser enviadas a países ocupados: Francia, Holanda, Dinamarca,

Polonia… ninguna de ella lo haría a Alemania, pues de todas ellas yo era la única que hablaba bien el alemán. Cada una de nosotras tenía un perfil diferente, lo que me llevó a deducir que habíamos sido elegidas de forma escrupulosa para cometidos específicos, de acuerdo a nuestros puntos fuertes.

Una vez hube finalizado mi curso en The Finishing School, me llevaron, para mi sorpresa, de vuelta a Londres, donde al día siguiente una mujer llamada Miss Vivien Thomas me invitó a tomar el té en una residencia en el 57 de Wimpole Street. Por supuesto, aquel nombre era falso. No tardé en comprobar que todo era una tapadera.

—Buenos días, Helen —me saludó la desconocida, ofreciéndome un cigarro que yo acepté—. Lo primero de todo quería felicitarla por los extraordinarios informes que sus profesores han ido pasándome cada día de los que lleva aquí con nosotros.

—Gracias.

—A partir de ahora su nombre es Veronika Rollheiser —me dijo entregándome mi nuevo pasaporte.

—Veronika Rollheiser… —susurré para mí observándolo.

La mujer, durante aproximadamente una hora, me informó sobre mi nueva identidad y sobre la misión para la que había sido encomendada. Mientras yo la escuchaba atentamente, haciendo acopio de memoria y sin perder ni un ápice de todo cuanto me decía, a pesar de la entrega respectiva de informes detallados.

—No se preocupe, tendrá un par de días para poder memorizarlo todo.

Fue al final de la charla cuando me entregó una última hoja que levantó mi curiosidad y no porque fuera de lo único que me invitó a conocer por mí misma, sino porque se trataba de un minucioso y detallado informe, con fotos incluidas, sobre todo lo concerniente al hombre que tenía como objetivo seducir.

—Su nombre es Sebastian von Stumpfegger —me dijo poniéndose en pie para dar por terminada la charla—. Buena suerte.

Vino a recogerme un coche que me llevó hasta Farewell House, en los alrededores de Tempesford. Era el final del camino. Desde allí despegaría el avión que me llevaría a Suecia.

Los dos días que estuve allí, los dediqué a examinar toda la información que me había sido entregada. No necesité muchas horas de estudio ya que había conseguido memorizar casi todo cuanto aquella mujer me había explicado en Londres. Sin embargo, sí me recreé con el informe de aquel joven nazi, del que, hasta entonces, lo desconocía todo.

Me pregunté, asombrada, cómo podían conocer todos aquellos detalles tan íntimos de una persona, entre los que se encontraban su

prototipo de mujer, su currículum amoroso (más bien, sexual) o su bebida favorita. Cuando acabé de leer todo aquel cúmulo de información sobre su persona, entendí porque yo había sido la elegida para enamorar a aquel joven déspota y de corazón, supuestamente, de acero. Me recosté en la cama de mi habitación y, a la luz de una pequeña lámpara, analicé sus fotos con detenimiento.

—Hasta el hombre más duro, tiene su punto débil, Sebastian von Stumpfegger. Y yo descubriré el tuyo.

El momento más difícil de mi paso por la academia de adiestramiento fue, sin duda, el instante previo a montar en aquel avión que me transportaría a Suecia; y no precisamente por miedo a que nos hicieran pedazos en el aire o me capturaran al tocar tierra, hechos muy probables, sino porque sentía que dejaba allí toda mi vida, mi identidad, mi amor, mi alma. Vestida con un mono de color verde militar y con un gorro que me cubría por completo el cabello bajo un casco, subí a bordo, sin más equipaje que mi nuevo documento de identidad alemán y una cajetilla de tabaco de la marca alemana Sorte. ¡Hasta mi ropa interior era alemana! No llevaba nada que pudiera relacionarme con mi patria, ni conmigo misma; ni una foto, ni un recuerdo… todo había quedado sepultado bajo las cenizas de una Inglaterra en llamas, a la que no sabía si volvería algún día.

Sobrevolaba Europa en un bombardero Armstrong Whitley, a una altura regular en torno a los diez mil pies. Era noche cerrada y hacía tanto frío que los dientes me castañeaban y mi cuerpo rilaba. De vez en cuando, los intervalos de nubes me permitían observar bajo nosotros puntos de luces aislados, pero la mayoría del tiempo tan solo divisaba la densa oscuridad en la que estaba sumido el Mar del Norte.

No sabía en qué punto de Suecia aterrizaría, ni quien se haría cargo de mí, si conseguía tocar suelo firme con éxito. Aquella información era secreta.

El reflejo del cristal de la ventanilla me devolvió la imagen de un rostro que ya no me pertenecía que ya no era el de Helen Weaver. Entonces, evoqué con el pensamiento a mi nuevo yo, a mi nueva personalidad y destino:

Me llamo Veronika Rollheiser, nací en Berlín hace 21 años, pero he vivido toda mi vida en Sidney, hasta hace un año que me mudé a Gotemburgo por un amor que hoy ya no existe. Regreso a Berlín, ya nada me ata a Suecia, a casa de mi tía, la Baronesa Dagna Rollheiser, con el corazón roto y en busca de trabajo como secretaria de Sebastian Von Stumpfegger, recién nombrado capitán de las SS e hijo de Karl Stumpfegger, teniente general de las SS…

19

El primer sábado de 1941, Dagna Rollheiser dio una fiesta en su residencia por todo lo alto. El motivo oficial era celebrar el año en el que Alemania ganaría la guerra, algo que todos creían más que probable, aunque cualquier otro también hubiera valido para atraer a las siempre frívolas y ávidas de diversión de sus vecinas. Pero no era eso lo que buscaba, quería atraer también a sus respectivos maridos e hijos, especialmente a uno en concreto y aquello resultó la excusa perfecta.

No faltó nadie. Dagna como anfitriona era la mejor y todos lo sabían. ¿Dónde podrían degustar mejor vino que el que la aristócrata guardaba en su bodega?

Aquella fiesta no era más que una tapadera diseñada por la resistencia alemana en colaboración con el Servicio Secreto de Operaciones Especiales Inglés, con quienes mantenían esporádicas comunicaciones. El objetivo: Sebastian von Stumpfegger.

Dagna dijo que sí en cuanto le propusieron aquel trabajo, puesto que desde que el SOE la investigara a conciencia, a raíz de conocer su implicación para salvar a una familia judía, supieron que era la mujer idónea para llevar a cabo su coartada en Berlín. Solo quedaba que aceptara y lo hizo sin dudar. El resto fue fácil.

A finales de ese mes, acogería en su casa como sobrina a una espía británica, Veronika Rollheiser. La joven tenía que entrar a trabajar como secretaria de Sebastian y, aunque como le habían dicho era de una extraordinaria belleza e inteligencia, a la que el joven nazi no diría que no, Dagna tenía que ir allanándole el camino hasta su llegada.

Le vio entrar acompañado por sus padres, Karl y Arabelle. Se saludaron como si fueran los mejores amigos y, después de unos artificiosos elogios, se dispersaron entre el gentío que ya disfrutaba de la conversación, la bebida y los canapés. Dagna no los soportaba y el sentimiento era recíproco. No obstante, si no hubiera sido por aquella fiesta, le hubiera sido imposible entablar la conversación que mantuvo poco después con Sebastian.

—Echábamos de menos tus fiestas. Deberías hacerlas más a menudo, Dagna. Un día tendrás que contarme como consigues este vino… ¿es francés? —le espetó el joven, después de degustar la bebida.

—Alabo tu exquisito paladar…

—Eso no contesta a mi pregunta… —le dijo sonriente, cómplice

de su secretismo.

—Sí, querido. Es francés.

—Sería muy interesante visitar tu bodega.

—No sabía que te interesara el vino —le dijo sincera, Dagna.

—Todo lo bueno me interesa.

—¿Todo?

—Todo. Sobre todo, lo mejor.

—Entonces tal vez pueda interesarte… No, da igual, era una tontería —dijo ella interrumpiéndose a sí misma.

—Te escucho.

—No tiene relación con los vinos…

—¿Pero…?

—Pero sí con lo mejor.

—En ese caso, quizás me interese.

—A finales de este mes, viene mi sobrina de Gotemburgo, donde lleva el último año viviendo. Me gustaría saber si podrías contratarla como secretaria.

Sebastian dio un trago a su copa, mientras la miraba fijamente.

—Es la mejor —recalcó la mujer, forzando la situación.

—Ya tengo secretaria —le respondió cortante.

En ese momento, Daniel se acercó a ellos. Dagna y él no habían vuelto a hablar desde la tarde en la que el joven la hiciera partícipe del plan para sacar a la familia Hesse de Berlín. Sin embargo, ambos habían sido informados respectivamente sobre el éxito de aquella operación. Irónicamente, comprendieron que, en tiempos de guerra, también podía haber momentos de inusitada felicidad.

—¿De qué habláis?

—Dagna quiere que le dé trabajo a su sobrina de secretaria.

—¿Tú sobrina la que vive en Sidney? —le preguntó Daniel, ajeno del todo a la nueva actividad de su amiga.

—Bueno, se mudó hace un año a Gotemburgo, pero sí, esa. Es la única que tengo. Regresa a finales de mes a Berlín. De pronto, se me ocurrió la idea de que pudiera trabajar para Sebastian, pero… nada, ha sido una tontería por mi parte meterte en este compromiso —le dijo al nazi, al tiempo que observaba su reacción.

—Aún queda, pueden pasar muchas cosas en tres semanas. Quizás entonces, sí me interese. Cuando llegue que concierte una cita diciendo quién es y yo mismo la atenderé con gusto.

—Eres muy amable.

—No. Solo lo hago porque cuento con conocer tu bodega pronto —le dijo guiñándole un ojo y alejándose de allí.

Daniel y ella se quedaron a solas durante unos minutos, hasta que Erika se lo llevara para presentarle a una joven de su edad, hija de unos fervientes seguidores del régimen. Dagna observó, desde la

lejanía, la rigidez en los movimientos y la sonrisa forzada del joven ante aquella muchacha. No era la primera vez que lo veía actuar así y no pudo por más que preguntarse a qué podía deberse aquella actitud. Conociendo sus valores y su recta personalidad, no le fue difícil dar con la respuesta. Otra ocupaba su corazón.

El resultado de aquella velada resultó bastante satisfactorio para la baronesa Rollheiser. Sebastian tenía un carácter difícil y, ante cualquier tipo de presión, un no rotundo por su parte hubiera sido más que probable. Odiaba que intentaran coaccionarlo, pero aquella vez, quizá por el interés que el vino había suscitado en él, parecía haber dejado una puerta abierta a su petición.

Los días pasaron lentos para todos durante aquel mes de enero. La nieve cubrió Berlín, el cielo parecía haberse quedado para siempre en aquel sombrío gris metálico y el frío era tan intenso que apenas la gente salía de sus casas.

Todos echaban de menos la capital, salvo Dagna.

Ella tachaba los días del calendario, como si realmente estuviera esperando a su verdadera sobrina, o incluso, a la hija que nunca llegó a tener. No pensaba en los riesgos que vendrían acompañando a la joven inglesa y si lo hacía, su felicidad, los eclipsaba por completo.

Dagna Rollheiser, amparada en su buena posición económica, había dedicado su juventud a conocer mundo y a disfrutar de la vida sin preocupaciones. Ajena a convencionalismos sociales, siempre había antepuesto sus deseos de libertad, a formar una familia, donde un marido y unos hijos, la hubieran coartado su indómito espíritu. Sin embargo, de un tiempo a esta parte, cuando veía que su belleza, sus fuerzas y su vitalidad iban decreciendo, recordándola que los años pasan para todos, añoraba la compañía de alguien a quien querer y con quien sentirse querida.

Presentía que la llegada de Veronika, no solo le iba a traer novedad a sus tediosos días, sino que iba a llenar ese vacío que día a día la hacía anhelar todo lo que ya no podría tener, ni el dinero la iba a permitir comprar: el cariño de una hija. Sabía que sería efímero, pero ¿qué no lo es? Todo tenía su principio y su fin y, en tiempos de guerra, solo el presente existía, solo él ahora tenía valor.

Con verdadera dedicación, como se mima ya a los hijos antes de que nazcan, le preparó la que pronto sería su habitación y su baño con todo lujo de detalles. Le compró cremas, maquillajes… con la generosidad que caracterizaba a Dagna.

20

Llegué a Berlín el 24 de enero de 1941 a las siete de la tarde. Un abrigo de paño beige con cuello y puños en piel cubría mi elegante y exclusivo traje de color marrón oscuro que acompañaba con salones de tacón medio, a juego. Mi cabello dorado quedaba ligeramente cubierto por un sombrero ladeado, estratégicamente colocado como dictaba la moda berlinesa. Toda la indumentaria me la había favorecido la resistencia cuando pisé suelo sueco.

Caminé por el aeropuerto hasta el lavabo de señoras, donde me esperaba mi equipaje definitivo. Al instante de abrir la puerta, una mujer de mediana edad, con abrigo en color café anudado a la cintura, se maquillaba los labios con carmín rojo frente al espejo. Una maleta negra, igual a la que yo portaba, reposaba en el suelo, justo a su lado. Advertí de un vistazo que estábamos solas y deposité la mía a pocos centímetros mientras comprobaba con agrado mi nueva imagen en un espejo colindante, mostrando despreocupación. Parecía recién salida de una revista de moda o, como era el caso que me concernía, la sobrina de una baronesa.

No hubo palabras, ni miradas, ni gestos. La desconocida salió al cabo de un minuto tras mi llegada, llevándose consigo mi maleta y dejándome la suya allí, a mi lado, como si siempre me hubiera pertenecido, como si con ella hubiera pasado todos los controles hasta llegar a Berlín.

Cogí un taxi y le di la dirección de Wannsee, donde Dagna Rollheiser residía en aquellos momentos. Según me habían informado antes de salir de Inglaterra, la baronesa también poseía en propiedad un inmueble en Unter den Linden, una importante calle del centro de la capital alemana, donde pasaba todos sus inviernos sin excepción, salvo aquel de 1940. Muchos eran los miembros de la alta sociedad berlinesa que, como ella, habían decidido cambiar en los primeros años de guerra sus habituales puntos de residencia ya fuera en el extranjero o en la periferia, con el fin de alejarse de los lugares más factibles a sufrir posibles ataques de los aliados llegado el caso.

Tenía conocimiento de que no estaba bien visto por aquella Alemania nazi que las mujeres fumaran, pero no pude evitarlo. Me encendí un cigarro, atenta a la expresión del conductor a través del espejo retrovisor, pero su rostro solo mostró fastidio cuando bajé la ventanilla y el aire helado se coló en el interior. Helen Weaver la hubiera subido rápidamente azorada, ofreciendo al taxista sus

reiteradas disculpas; Veronika Rollheiser la subió minutos después, cuando hubo acabado con su cigarrillo, envuelta en serenidad.

Las calles de Berlín desfilaban ante mis ojos a gran velocidad, amparadas en la oscuridad de la noche y la densa bruma. No sentía miedo, pues parte de mi alma había quedado enterrada bajo mi nueva identidad; pero no podía dejar de preguntarme, embriagada de curiosidad, que era lo que aquella ciudad me tenía reservado.

Wannsee albergaba, tras su frondosa vegetación, decenas de villas y mansiones que en su mayoría parecían deshabitadas. La niebla daba a sus calles un aire de melancólica soledad, envuelta en insultante opulencia. Jamás había estado en un lugar como aquel y no pude por más que imaginar cómo serían las familias que ocupaban aquellas suntuosas residencias que, tras los árboles, reservaban con celo gran parte de su intimidad.

El taxi me dejó al final de Philipp-Franck-Weg, una pequeña calle que acababa con una mansión de ladrillo visto que se alzaba a ras del lago. Pagué la carrera dejándole una considerable propina y, una vez hube bajado del vehículo, me encaminé hasta la escalinata que ascendía hacia la puerta principal de la residencia de Freifrau Rollheiser.

Respiré hondo, incitándome a mantener la calma y toqué el timbre. No tardé en oír un repiqueteo de tacones acercarse al otro lado a la par que dejaba la pesada maleta en el suelo. Pocos segundos después, una distinguida señora de sonrisa amable y mirada audaz abría la puerta.

Nos observamos en silencio, recobrando la calma perdida por los momentos previos al encuentro. Era la primera que nos veíamos, pero sentí como si la conociera de otra vida. La conexión fue instantánea.

—Veronika… —susurró entonces ella.

Sonó extraño escuchar aquel nombre refiriéndose a mi persona, pero sabía que no tardaría en acostumbrarme. Nadie debía conocer mi verdadera identidad en territorio alemán, ni siquiera ella. Si éramos descubiertas por cualquier razón y la Gestapo la capturaba y sometía a tortura, terminaría dándoles mi verdadero nombre poniendo en peligro la operación.

Un amplio vestíbulo con una mesa central, sobre la que reposaba un centro de cristal con hermosas flores azules de forma estrellada, me dieron la bienvenida a mi nuevo hogar.

—Son acianos —me quiso explicar Dagna cuando me vio observarlas con interés.

—Hermosos.

—Ven, acompáñame —dijo subiendo una escalita de mármol hasta la planta superior—. Te enseñaré tu habitación, ahí podrás

dejar la maleta.

—Genial, Dagna, muchas gracias.

Avanzamos hasta el final del pasillo y abrió la última puerta. Cuando encendió la luz, proveniente de una lámpara de araña, no pude evitar que la emoción me embargara al contemplar el interior. Por un momento, sentí que los ojos se me humedecían. Era una habitación de cuento de hadas, amplia, en colores pastel, con un enorme ventanal, una cama en el centro y un tocador en el lateral; sin duda, había sido decorada a conciencia, con todo lujo de detalles y buen gusto.

Deposité allí mi maleta y abandonamos el cuarto para regresar escaleras abajo hasta el comedor, donde me invitó a tomar asiento en una mesa perfectamente ornamentada con su mantel, sus copas y cubiertos, dispuesta según dictaba el protocolo.

—Tengo la cena preparada, espero que te guste.

—Seguro que me encantará —le dije cuando ya salía por la puerta.

No podía evitar sentirme cohibida ante aquella insólita situación; la enorme mansión, el exquisito trato, la elegancia de los modales de aquella mujer que no dejaba de ser una absoluta extraña. Dagna me trataba con una naturalidad que me dejaba azorada. Después de todo lo vivido en los últimos meses, no era capaz de encajar aquel giro inesperado del destino. Cuando regresó con los platos cargados de comida, no pude evitar echarme a llorar. Hacía muchos meses que no veía tal cantidad y variedad de alimentos.

Ella, mostrando su fuerte empatía, me levantó de la silla agarrándome de las manos con suavidad y me abrazó con una ternura que terminó por desarmarme. Lloré durante largo rato, expulsando toda la tensión que había traído de Inglaterra conmigo y había querido obviar.

Dagna me observaba en silencio comer con avidez. Hacía más de veinticuatro horas que no probaba bocado y, aunque mi estómago se había terminado acostumbrando a comer poco y mal, todos aquellos manjares frente a mí, me hicieron perder parte del decoro que había aprendido a mantener en The Finishing School.

—¿Cómo está Inglaterra? —me preguntó de repente, mientras bebíamos un rico té.

—Devastada, de principio a fin —dije con un deje de dolor en el momento en el que recordé lo que había dejado atrás.

—Tienes que haber sufrido mucho…

—Eso ya no importa.

—¿Resistirá?

—¿Inglaterra? Lo hará —dije completamente convencida de la

victoria de mi patria.

—Estuve muchos años enamorada de un inglés. Era el hombre más maravilloso del mundo —me confesó.

Le sonreí, rememorando mis propios sentimientos hacia el que yo creía el hombre más maravilloso del mundo; sin saber que aquella mujer que tenía frente a mí, estaba refiriéndose al padre de aquel muchacho que creí haber dejado en Londres; sin saber que el caprichoso destino nos tenía en aquellos momentos, como en tantos otros, más cerca de lo que ninguno de los dos podíamos tan siquiera sospechar; sin saber que pronto, nos reencontraríamos en aquella ciudad secuestrada por el mal.

En la soledad de mi nuevo cuarto, comprobé que en la maleta no faltaba nada: emisor de radio con sus respetivos auriculares, pilas, adaptador de corriente, hilo de antena, daga, lápices encendedores, estilográfica lanzadora de gas, encendedor de descomprensión, linterna de bolsillo, tubo para detonadores, una cámara fotográfica y una pistola. Se trataba de una “Welrod”, un tipo de arma silenciada, con la que había practicado tiro en la academia. La acaricié observándola, haciéndome a su tacto, aunque ya lo conociera bien. No tenía ningún tipo de marca que indicara su país de procedencia ni su fábrica, pero era nuestra, fabricada en Inglaterra. Tenía un calibre de 9mm y un cargador con capacidad para sesenta y cinco cartuchos que comprobé, se encontraba lleno. La "Welrod" disponía de miras tintadas con pintura fluorescente para poder ser usada en condiciones mínimas de luz. Pero en aquel momento, solo esperaba que la guerra acabase antes de tener que utilizarla. Aun así, la coloqué bajo mi almohada, una vez hube verificado el estado del seguro.

Dejé mi ropa perfectamente doblada sobre un escabel y después de ponerme un elegante pijama de seda que Dagna había comprado específicamente para mí, me acosté. Pero a pesar de estar sumamente agotada y de la calidez que me aportaban aquellas mantas, la tensión de las últimas horas me impidió conciliar el sueño durante un buen rato.

El sol despuntaba en el horizonte, cuando salté en paracaídas en territorio sueco. Mientras descendía los seiscientos pies que me separaban de tierra, experimenté desazón, ansiedad, más por la cercanía del mar que por el hecho de que pudieran capturarme, pero terminé tocando suelo firme en el radio donde había sido previsto mi aterrizaje gracias a las condiciones meteorológicas: el viento era inexistente, como bien habían pronosticado. Aterricé con las piernas flexionadas y juntas y rodé unos metros sobre el pecho para disminuir el impacto. Apresurados, dos muchachos de más o menos mi edad vinieron a recogerme, desarmando y recogiendo

respectivamente el paracaídas con gran habilidad. En el asiento trasero del coche, mientras conducían por unas arboledas de camino de tierra, me cambié el mono con el que había saltado y me puse el elegante atuendo que ahora descansaba sobre el escabel de aquella acogedora habitación. Mientras llegaba la hora de subir a aquel avión que me llevaría a Berlín, nos guarecimos en una cabaña abandonada cerca de un acantilado al que tuvimos que acceder a pie y desde donde se podían escuchar las olas romper contra las rocas. Aquellos chicos eran hermanos y naturales de un pueblo cercano a Gotemburgo. Ninguno de los dos hablaba inglés ni alemán, por lo que, haciendo gala de mis recién adquiridos conocimientos de sueco, averigüé que formaban parte del partido comunista y de algún tipo de resistencia local.

—Es muy difícil que podamos mantenernos ajenos al conflicto —dijo el más mayor de los dos, refiriéndose a su país—. Los ingleses nos comunicaron hace unos meses que, si no dejábamos de suministrar minerales a esos hijos de puta nazis, los aliados tomarían medidas.

—¿Por eso Alemania no os ataca? —le pregunté yo.

—Por eso y por muchas otras razones. Dependen de nuestros minerales, sobre todo del hierro que le proporcionamos. Entrar en guerra con nosotros les supondría irremediablemente destruir gran parte de nuestras minas. Además, hoy en día utilizan nuestras carreteras y redes de ferrocarriles para mandar hombres y armamento a Finlandia y Noruega.

—Por no hablar de que nuestro gobierno es anticomunista —añadió el más joven.

Entonces, comprendí por qué aquel país en el que me encontraba en esos momentos tan solo era neutral en apariencia.

Suecia y Alemania mantuvieron su actitud cooperativa a lo largo de toda la Segunda Guerra Mundial. Si bien era cierto que los germanos les presionaron para que aumentaran sus exportaciones de hierro, sin éxito, esto no mermó sus, hasta entonces, relaciones ni sus exportaciones habituales, entre las que también se encontraban los cojinetes de bolas de acero provenientes de la empresa sueca SFK. A eso, también había que unir el libre acceso a su sistema ferroviario que Alemania utilizó para mandar soldados al frente de Narvik, al norte de Noruega, con el pretexto de que se trataba de personal de la Cruz Roja y que iría aumentando progresivamente según fuera avanzando la guerra.

Después de cerca de cinco horas allí, compartiendo la información bélica que en aquellos momentos conocíamos y con el oído en permanente estado de alerta, volvimos al coche que habíamos dejado a unos doscientos metros, apostado entre unos

matorrales. La noche caía sobre el país cuando en una carretera secundaria, cambié de automóvil y me despedí de aquellos jóvenes a los que no volvería a ver nunca más. Fredrika que así fue como me dijo la conductora que se llamaba, me entregó una maleta negra cargada con ropa y enseres de mujer y me llevó hasta el aeropuerto de Gotemburgo, donde pasamos el primer y único control sin contratiempos.

Supuse que un país ocupado, especialmente, Francia y Holanda, donde muchos de mis colegas eran lanzados desde aviones Lysander, las cosas no hubieran sido tan sencillas como a mí me resultaron en Suecia.

Pero ahora me encontraba en Berlín, en el corazón del nazismo y con todo lo que eso acarreaba para una espía inglesa con una misión que cumplir. A pesar de entregarme a brazos de Morfeo en aquella cama de cuento de hadas, sabía que la paz que experimentaba en esos momentos tenía los días contados.

21

Daniel despertó la mañana del 25 de enero con un fuerte dolor de cabeza que le tuvo apostado en la cama durante el resto del día.

—Bebes demasiado cuando sales, hijo —le dijo Erika mientras le llevaba un zumo de naranja.

El joven no contestó. Sabía que anoche había bebido más de lo que acostumbraba, con el único objetivo de olvidar y hacerse olvidar. No podía dejar de pensar en Helen ni tan solo un segundo y para colmo, cada vez que salía con Sebastian, Sabine y Claudia se adosaban a ellos como un par de sanguijuelas ávidas de sangre. El joven nazi comenzaba a estar verdaderamente cansado de ellas, pero era incapaz de decir que no a una noche de sexo fácil y barato, como él mismo se refería a sus encuentros con la alemana, pero para Daniel, aquella chica se estaba convirtiendo en una auténtica tortura. Claudia carecía de dignidad, algo que él detestaba. Tanto la daban sus caras de fastidio ante una caricia, las excusas ante una próxima cita o la indiferencia que mostraba cuando intentaba hacer acopio de una seducción que a Daniel se le antojaba absurda e improcedente, pues ella seguía con su sonrisa, ajena a la realidad y dispuesta a aguantar cualquier cosa cual muñeca de trapo, por estar a su lado; ¿o era por cazar su fortuna?

El teléfono sonó, e imploró para sus adentros que no fuera ella. Minutos después, unos nudillos tocaron la puerta de su cuarto.

—Adelante.

Frieda asomó la cabeza por el resquicio de la puerta y le comunicó que el señorito Sebastian le esperaba al teléfono.

Daniel se levantó y arrastró sus pies hasta el pasillo donde había uno de los teléfonos. Cuando se hizo con el auricular, sintió un dolor lacerante golpearle las sienes.

Había olvidado por completo que aquella noche habían quedado con otros dos miembros de las SS para cenar en Horcher.

—No cuentes conmigo, estoy hecho polvo.

—Eso te pasa por no saber beber… Bueno, no importa, iré yo solo. Te los presentaré en otra ocasión.

Daniel se maldijo por desaprovechar aquella oportunidad. Llevaba días sin pasar información a los ingleses y vislumbró que, en esa noche, habría tenido la oportunidad perfecta. Pero se encontraba realmente mal, no solo sentía su cabeza a punto de explotar, también tenía unas incontrolables ganas de vomitar.

El lago Wannsee se extendía ante mí, cubierto por un manto de bruma que daba al paisaje un aspecto profundamente melancólico. Bajo el cielo plomizo, los pequeños barcos de recreo que permanecían amarrados al muelle, se mecían al son de la suave brisa de la mañana.

Los recuerdos me envenenaban el alma, mientras contemplaba las vistas con las que me gratificaba mi nueva habitación. Me encendí un cigarro y las imágenes de destrucción, sangre y muerte, se agolparon en mi mente una tras otra, recordándome quien era y que hacía allí.

Llevaba tan solo unas horas en esa casa y ya conocía las pisadas que se acercaban a mí por la espalda. Dagna tenía una manera de andar especial, silenciosa y grácil, como la de una bailarina de ballet. Posó su mano sobre mi hombro, pero yo seguí concentrada mirando el horizonte.

—¿Por qué tú? —le pregunté entonces, sin comprender por qué una mujer que lo tenía aparentemente todo, arriesgaba de aquella manera su vida.

—Imagino que te habrás dado cuenta de que la mayor parte de casas de Wannsee están abandonadas… —me dijo al cabo de unos instantes. Yo asentí—. Todas ellas pertenecían a judíos. Judíos alemanes y amigos míos. Buenas personas. Judíos que les han expulsado de sus casas, que les han requisado los bienes que adquirieron con su incesante trabajo…

Entonces, me giré y la miré asombrada a los ojos. No tenía idea de lo que me estaba hablando, pero su mirada y su voz escupían odio y rencor. El mismo que albergaba mi alma.

—¿Y dónde los llevan?

—Les arrestan y golpean para confinarlos en guetos como si fuera ratas. ¿Qué harán con todas esas personas si el nazismo gana esta guerra? —No le contesté. No podía. No alcanzaba a imaginarlo —. Yo no seré cómplice de ninguna masacre hacia mis propios hermanos.

Bajamos a desayunar al comedor. La mesa estaba puesta y Dagna me explicó que tenía una mujer de servicio que iba durante el día y que regresaba a su casa al atardecer.

—Veo que aquí no hay racionamiento… —dije a modo de observación.

—Algo hay, pero de momento no lo hemos notado.

Nos sentamos a la mesa y comenzamos a degustar los alimentos que a mí se me antojaron manjares de una vida muy lejana.

—En Inglaterra queríamos creer que Hitler no comenzaría una guerra… —le comenté al cabo de unos minutos.

—Yo ya sabía que la violencia y el terror iban a ser los pilares de

su sistema; lo sabía desde sus comienzos. Nunca disimuló su delirante xenofobia, su fanatismo, sus ansias de extender el nazismo hacia Europa… —dijo bajando la voz—. Pero es mejor que no hablemos de estas cosas... —dijo señalando con la cabeza hacia la puerta. Entendí aquel gesto que se repetiría en más ocasiones como advertencia silenciosa. Dagna extremaba las precauciones, hablaba en voz baja, incluso evitaba hacerlo sobre cualquier tema que no fuera extrictamente banal. No importaba que estuviera en la casa la mujer del servicio como estaba en aquel momento; aunque estuviéramos solas continuaba alerta, nunca bajaba la guardia. No confiaba en nadie, excepto, ahora, en mí.

Un poco más tarde, al punto de acabar el café, sacó una tarjeta de su bolsillo y, en silencio, la deslizó por encima del mantel hacia mí.

Horcher. 20.30.

Ambas sabíamos que significaba aquel mensaje. Sebastian von Stumpfegger, mi objetivo, acudiría a Horcher esa misma noche.

—Son esas flores de allí —me dijo señalando a un jarrón cargado de rosas rojas—. Las trajo un mensajero muy amable antes de que despertaras —explicó con complicidad. Era su manera de decirme como le habían entregado aquel mensaje, justo cuando se deshacía de él en el fuego de la chimenea.

Una vez acabamos de desayunar y arreglarnos, Dagna me llevó a su peluquería, donde presumió orgullosa de sobrina. Allí me peinaron y me hicieron una manicura en rojo que resaltaba en mi nívea piel. Después nos fuimos de compras al centro, con la idea de conseguir el atuendo apropiado para la ocasión. Tengo que reconocer que nos costó, pero al final dimos con él.

—Creo tener en casa los complementos perfectos para ese vestido —me comentó Dagna antes de salir del establecimiento.

La vida en la capital transcurría con normalidad. Los tranvías funcionaban sin tregua y todo tipo de comercios lo hacían a pleno rendimiento, mientras mujeres bien vestidas, ataviadas con sombreros, guantes y gruesos abrigos que las protegían del frio invernal, caminaban de aquí para allá, alegres y despreocupadas, como si la guerra fuera algo sino inexistente, sí muy lejano. También observé algunos hombres: pocos civiles, los menos; en su mayoría iban uniformados bajo abrigos largos de cuero negro. Sus gorras los delataban como miembros de las SS o de la Wehrmacht. Solo hubo un hecho que rompió la imagen casi flemática que aquella ciudad parecía mostrar: varias enfermeras en la puerta de un hospital hacían ejercicios de simulacro cubriéndose el rostro con

máscaras antigás. Dagna y yo pasamos de largo sin mencionar el suceso, pero no me pasó desapercibido que, aunque todas ellas parecían muy jóvenes, se tomaban de manera muy disciplinada el ejercicio.

Esa tarde, mientras Dagna me maquillaba, le pregunté por Sebastian. A pesar del informe que había leído sobre él, sentía curiosidad por conocer su opinión.

—Es un hombre muy guapo y seductor, de elegantes modales y fuerte carisma, pero su interior es perverso y cruel. Nunca lo olvides.

—¿Lo conoces desde hace mucho?

—De toda la vida.

—Veo que no le tienes especial simpatía…

—¿Y quién medianamente inteligente se la puede tener?

A medida que iba conociendo más sobre la personalidad de Sebastian, más curiosidad suscitaba en mí. Se me antojaba todo un reto y aquello me incentivaba más aún para esmerarme en conseguir mi objetivo.

Una vez estuve lista, me miré en el espejo para comprobar el resultado.

—Estás impresionante —opinó Dagna.

Realmente lo estaba. Veronika Rollheiser me sonreía al otro lado, envuelta en un halo magnético de seducción y sofisticación del todo desconocido hasta entonces por Helen Weaver.

—Eres una auténtica berlinesa de la alta sociedad.

Yo la sonreí. Sabía que era cierto. Esa imagen proyectaba.

Mi cabello lucía brillante como el sol y mis labios, maquillados en carmín rojo, destacaban el blanco perlado de mi perfecta dentadura. Llevaba un vestido negro de manga larga y cuello alto que me llegaba justo por debajo de la rodilla; en la cintura, un estrecho cinturón realzaba mis curvas. Como joyas, Dagna eligió para mí, de entre todas sus numerosas reliquias, un juego de brazalete y pendientes en oro y rubíes. La nota de color la puso una estola de piel en blanco que lucí sobre un hombro.

Cuando entramos en Horcher, todos giraron sus rostros hacia mí. El restaurante estaba lleno. La mayoría eran hombres, pero había alguna mujer. Lejos de sentirme cohibida, me gustó aquella sensación de sentirme admirada y porque no, deseada al mismo tiempo. Nunca había experimentado algo así. Al término de la calurosa bienvenida por parte del dueño del local, fuimos acompañadas a una mesa. Mientras caminaba, las conversaciones de los comensales cesaron para tornarse en ligeros murmullos. A la par, podía intuir sus miradas seguirme a cada paso. Nadie parecía querer perderse el delicado contoneo de aquella desconocida que

acompañaba a Freifrau Rollheiser.

No tardé en dar con el rostro de Sebastian entre los asistentes. Nuestras miradas se encontraron a pocos metros, pero yo la aparté simulando una perfecta timidez. Aun así, noté que sus ojos continuaban clavados en mí.

—¡Sebastian, querido! —exclamó Dagna aparentando sorpresa por encontrarle allí.

Él se levantó presto a saludarla.

—Me alegra verla por aquí, baronesa… —le dijo besándole su mano enguantada.

—Ella es mi sobrina Veronika.

Entonces, con lentitud, como si deseara saborear el momento, cogió mi mano y posó sus labios en el dorso, sin apartar ni un segundo la mirada de mi rostro.

—Encantado.

Sebastian von Stumpfegger, era un hombre mucho más apuesto de lo que tan siquiera podía haber imaginado. Su porte era aristocrático tras aquel uniforme de las SS. Era alto, rubio, de espaldas anchas, rostro varonil y su mirada irradiaba un fuego que no casaba con la fría personalidad que me habían asegurado tenía. Definitivamente, las fotografías que habían llegado hasta mí no le hacían ninguna justicia.

—Por favor, compartan la velada con nosotros —dijo invitándonos a tomar asiento a su mesa.

—Oh, no. No podríamos interrumpir; ustedes tendrán cosas de las que hablar…

—Por favor, insisto —interrumpió a Dagna.

Sebastian hizo un gesto al camarero indicándole que trajera dos sillas y dos servicios más, mientras me presentaba a sus compañeros de mesa y de partido que respondían a los nombres de Otto y Dittmar. Dagna parecía ya conocerlos.

Yo, por supuesto, me senté a su lado. Emanaba un agradable olor a perfume.

—Y bueno, Dagna, ¿cómo aún no me habías avisado de la llegada de tu sobrina?

—Apenas llegó anoche y hoy es domingo… —se justificó observando que, por primera vez desde que lo conocía, había optado por tutearla.

—Eso no importa; la hubiera atendido con muchísimo gusto —Dagna y yo compartimos una mirada de complicidad—. ¿Conoces la Cancillería? —me preguntó entonces.

—La verdad es que no.

—Bueno, no es problema. Pronto la conocerás mejor que muchos de los que están aquí esta noche.

—¿Eso significa que la contratarás? —le preguntó mi supuesta tía.

—Por favor… ¿cómo negarle tal favor a mi gran amiga, Dagna Rollheiser?

Aquello me sonó verdaderamente cínico. Entonces, comprendí que la antipatía que se profesaban era más que recíproca.

«Malditas apariencias», pensé.

Puedo decir que aquella noche fui la protagonista de la velada. Como Dagna me advirtió, Sebastian se mostró galante y seductor durante toda la cena. Yo también hice mi papel, dejándome falsamente seducir. Él sería un encantador de serpientes, pero yo conocía prácticamente todo sobre él y él nunca llegaría a saber nada de mí. ¿O sí? El caso fue, que en aquellos momentos yo era la que jugaba con ventaja. O eso creía.

A la mañana siguiente, la primera llamada que Sebastian realizó fue a la mansión de los Ludendorff. Daniel que se encontraba vistiéndose para acudir a una reunión de la directiva del banco, descolgó el teléfono al primer toque.

—¿Sí?

—Daniel, anoche conocí a la mujer de mi vida.

22

La fachada de la Cancillería, inspirada en el Neoclasicismo *art déco* que tanto caracterizó a la arquitectura nazi, era de estuco amarillo y ventanas cuadradas. La puerta central, a la que se accedía por unas escaleras flanqueadas por dos grandes plataformas custodiadas por dos hombres de la guardia del Führer, albergaba el emblema nacional y se encontraba en un nicho sustentado por cuatro pilares de granito. Sin entrar ya imponía.

Llegué a las nueve en punto. Sebastian ya me esperaba en el vestíbulo, una sala de planta rectangular con suelos y paredes revestidas en mármol rojo y grandes ventanales que dejaban pasar la luz exterior.

Su sonrisa cuando me vio pareció sincera.

—¿Me dejarás invitarte a desayunar, antes de pasar a los temas laborables que nos conciernen?

—Sí, claro.

Mientras caminábamos por una gran galería en dirección al comedor de la Cancillería, Sebastian comenzó a explicarme los cambios que había sufrido el edificio desde la llegada de Hitler al poder.

Fue en el año 1934, cuando Adolf Hitler decidió reformarla, tras considerar la antigua Cancillería como un lugar anticuado que no representaba la grandiosidad del nuevo Imperio que esperaba crear. Para ello, contrató al arquitecto, Paul Ludwig Troost. Un año después, en el 35, otro arquitecto, Speer, añadiría un balcón a la fachada principal del edificio anexo, desde donde el Führer comenzaría a presidir todos los desfiles de las organizaciones del Partido y paradas militares.

A pesar de aquellos cambios, el conjunto seguía pareciéndole pequeño para sus necesidades de ostentosa representación. Leonard Gall sería el elegido esta vez para hacerse cargo de un nuevo proyecto que incluía la construcción de un refugio antiaéreo subterráneo y un anexo a la fachada norte para albergar las estancias privadas del dictador.

Poco tiempo después, Hitler seguía sin estar satisfecho con el estado general de la Cancillería, por lo que volvió a requerir los servicios de Speer, a quien le dijo que pronto tendría que celebrar reuniones importantísimas y que, por lo tanto, necesitaría de grandes salones y vestíbulos que impresionaran a todos. Para ello, puso la Voss Strasse a su disposición. La obra se llevó a cabo en el

tiempo récord de nueve meses; pero lo cierto es que ya desde el año 1935 el equipo de Speer estaba fraguando aquel proyecto para el que poco a poco se fueron adquiriendo la totalidad de los inmuebles de Voss Strasse. Fueron derribados edificios emblemáticos entre los que se encontraban la Embajada de Baviera, de Sajonia, el Ministerio de Justicia… todo lo que hiciera falta para que la nueva Cancillería satisficiera los deseos de grandeza del nuevo Führer.

El complejo resultante que yo conocí a principios del 41, albergaba las instalaciones de la Vieja Cancillería, un gran edificio dividido en tres cuerpos: el ala occidental, el cuerpo central y el ala oriental, más otro cuerpo administrativo, otro representativo y la anexión del Palacio Borsig.

—Esto es Alemania: el futuro, el poder, la grandiosidad —se ufanaba Sebastian.

Yo lo escuchaba atentamente. Si bien era cierto que mi odio hacia todo lo que representaba el III Reich seguía intacto, no se podía negar que aquel lugar era realmente imponente.

—Nuestro Führer tiene grandes proyectos para Berlín.

Su despacho estaba a la altura del resto de la construcción: amplio, de grandes ventanales, soberbia decoración y precedido por una antesala donde yo trabajaría.

Me quité el abrigo y lo colgué en un ropero cercano. Una vez sentada en la silla, frente a mi escritorio, Sebastian me facilitó la documentación en la que tenía que ponerme a trabajar de inmediato.

Aquellas primeras semanas en Berlín no fueron fáciles para mí; me sentía sola, extraña y desubicada entre todas aquellas personas que comenzaron a formar parte de mi día a día y cuyas creencias distaban tanto de las mías. Después de lo que había vivido en Londres, pensé que podría con cualquier cosa, pero nunca imaginé que me encontraría ante un régimen como aquel.

Alemania, sumida en la hipocresía del nazismo, era una ciudad de dos caras al más puro estilo Jekyll y Hyde. Los mismos ciudadanos que se mostraban honrados, civilizados y acogedores, no solo estaban consistiendo las atrocidades que se estaban llevando a cabo, sino que no mostraban ningún tipo de desaprobación o pesar.

Durante varios días, examiné la propaganda y prensa nacionalsocialista que fue cayendo en mis manos y observé con curiosa meticulosidad la reacción de los que compartían mi misma lectura. Todos sabían que aquellas imágenes y mensajes ocultaban una realidad, pero nadie parecía reparar en que todas aquellas publicaciones no tenían como objetivo convencer, sino impresionar; algo que conseguían. Me bastó poco tiempo para comprender que el

nazismo no amaba a su propia patria, sino que estaba obsesionado con ella.

Sebastian no tardó en invitarme al cine, al teatro y a la ópera y, aunque las oportunidades de ocio eran bastante limitadas —algo normal en tiempos de guerra—, las que había, también giraban en torno al régimen. Esto solo podía significar una cosa y era que todo el desarrollo de arte del país estaba comprado por el Estado. Más tarde, como entonces sospeché, supe que habían recibido grandes subsidios de sus arcas.

Aparentando entusiasmo, fuimos a ver películas como *El joven hitlerista Quex*, protagonizada por Leni Riefenstahl y en la que se loaba al partido nazi, o *Yo acuso*, en la que se intentaba conseguir una aceptación natural al Programa de Eutanasia, aún en la sombra, o *El judío errante* con claras manifestaciones antisemitas.

En el teatro se organizaban obras clásicas de Johann Wolfgang von Goethe, pero como ocurriera en el cine, la mayoría eran de la ideología del régimen.

Y en música, uno de los pasatiempos predilectos de Sebastian, se ensalzaba a Bach, Beethoven y Wagner, este último muy admirado por Hitler, mientras que se prohibieron obras clásicas de Stravinsky, Mahler y Mendelssohn, por considerarlos autores no arios.

—El *jazz* me gustaba en otros tiempos… Estaba en todas partes; puedo decir que crecí escuchando esa música —llegó a confesarme una noche Sebastian.

—¿Y ahora? —le pregunté entonces.

—¿Ahora qué?

—¿Ya no te gusta?

—Es degradante y carente de todo valor estético —me cortó—. ¿No crees?

—Siempre lo pensé —dije guiñándole un ojo con falsa complicidad.

No solo el *jazz* fue prohibido, aunque más tarde supe de lugares en los que se tocaba clandestinamente, también lo fue el *Swing*. Su origen negro y la simpatía que desde el inicio había despertado entre los judíos, lo convirtieron en un blanco fácil. Sus salones, o fueron clausurados, o experimentaron a la fuerza el cambio de su habitual música por otra propia del folclore alemán.

Así pues, en poco más de dos meses en Berlín, comprobé que el nazismo era un movimiento que se caracterizaba por un veloz proceso de supresión que imponía su ideología a la masa infundiendo terror.

Controlaban absolutamente todo y no solo los movimientos artísticos y musicales, sino cualquier manera de expresión, como también lo era la prensa, la literatura, la radio y la televisión. Y lo

peor de todo, es que todos aquellos miles de ciudadanos parecían aceptarlo como si fuera algo normal.

Conquistar a Sebastian fue relativamente fácil. Ganarme su confianza era cuestión de tiempo y paciencia. Cada vez que salía del despacho, aunque fuera para ir al baño, lo cerraba con llave; las conversaciones ya fueran presenciales o telefónicas, eran a puerta cerrada; y hablar temas sobre el transcurso de la guerra en mi presencia, algo completamente inverosímil. Aun así, sabía que, más temprano que tarde, conseguiría ganarme su confianza, como fui conquistando su corazón.

Nuestras citas comenzaron siendo de lo más inocente. No había besos, ni caricias… tan solo risas e interminables charlas hasta altas horas de la madrugada. Tengo que reconocer que su compañía ya fuera por las circunstancias, no me desagradaba. Sebastian era un hombre que, aparte de guapo, era inteligente, divertido y, como Dagna me había dicho, muy buen conversador. Sin darme cuenta, fui sintiéndome atraída por él, a pesar de que Daniel no salía de mi cabeza ni tan solo un segundo.

—Sebastian se está enamorando… —me dijo una noche Dagna, mientras cenábamos y le contaba los pormenores del día.

Yo sabía que así era.

—El problema es si tú también lo estás haciendo…

—Mi corazón le pertenece a otro.

—Eso no es garantía.

—Si te dijera que no me siento atraída por él, te mentiría. Pero de ahí a llegar a amarle, hay una línea infranqueable que ni él ni ningún otro podrán nunca cruzar.

Llevaba seis semanas en Berlín, cuando una mañana, me encontré sobre mi mesa de trabajo un paquete envuelto en papel de regalo. Me acerqué y lo tomé intentando adivinar su contenido. Todo eran conjeturas y no tardé en abrirlo embriagada de curiosidad. Tengo que reconocer que mientras lo desenvolvía, la emoción me abrumaba. Un estuche negro de terciopelo guardaba en su interior un hermoso collar de perlas de cuatro vueltas. Sebastian von Stumpfegger, sin saberlo, me había regalado la primera joya de mi vida.

Llamé a la puerta de su despacho; entré con el collar puesto y el cabello retirado hacia atrás para que pudiera admirarlo bien. Sebastian alzó la cabeza, hasta ese momento sumida en los papeles que reposaban sobre su mesa y su mirada se iluminó cuando me vio frente a él con su regalo recién estrenado.

Se acercó a mí rodeando el escritorio para verlo de cerca.

—¡Qué bien te queda! —exclamó entusiasmado.

—Es maravilloso. Gracias.

—Tú lo haces maravilloso.

No supe qué decirle. Me sentí despreciable, tanto o más de lo que pudiera ser él. Me estaba convirtiendo en una mujer carente de escrúpulos y no pude más que preguntarme si Sebastian, como yo, se había convertido en un ser vil por las consecuencias de la guerra, por defender a su patria, o si es que realmente siempre había sido así, como los informes decían.

En ese momento, se acercó a mí y me besó por primera vez. Lo deseábamos, llevábamos días recreándonos en aquel juego de conquista que ambos dominábamos con maestría, reprimiendo nuestros más que obvios sentimientos. Fue un beso apasionado, anhelante, que me hizo estremecer de deseo y olvidar durante unos instantes las razones que me habían llevado a estar allí. Sentí cómo sus manos rodeaban mi cintura y me atraían hacia él. Mi deseo aumentó al sentirle tan cerca. Apartó los papeles de su escritorio y, sin separar sus labios de los míos, me aupó y me sentó sobre aquella mesa de madera, para continuar besándome el cuello. Entonces, lo vi; estaba escrito en letras grandes y rodeadas por un círculo: "Operación Barbarroja". Él estaba concentrado en mi piel; yo, en cómo poder llegar a esa información.

Algo que averigüé con el tiempo, en concreto con aquella aventura, es que los hombres se centran por completo en el objeto deseado, llegándoles a nublar por completo la visión; mientras que nosotras, las mujeres, podíamos dominar la pasión con una habilidad asombrosa para conseguir nuestros fines, siempre y cuando no estuviéramos enamoradas. Eso me hizo jugar con ventaja. Mientras él bajaba la guardia yo siempre me mantenía alerta.

Pocos días después, Sebastian abandonó su despacho olvidando cerrar la puerta. Había dejado su abrigo colgado en el perchero, por lo que imaginé que no tardaría demasiado en regresar. Aun así, no lo dudé, era la primera oportunidad que se me presentaba para acceder a él desde mi llegada y no podía desaprovecharla. Pararme a pensar en las probabilidades que existían de que me pillara allí dentro, me hubieran impedido levantarme de aquella silla, así que, cogí la cámara de fotos que siempre llevaba en el bolso y me aventuré en su interior cerrando previamente la puerta.

La mesa estaba llena de papeles. Tardé un par de minutos en dar con los documentos que trataban sobre la Operación Barbarroja; pero cuando los encontré, cometí el error de pararme a leer, atónita por la importancia del descubrimiento, en vez de fotografiarlos sin más e irme de allí. No habían pasado ni cinco minutos desde que Sebastian abandonara su despacho, cuando oí sus pisadas acercarse con rapidez. El corazón comenzó a latirme con fuerza, mientras

cavilaba entre esconderme o inventar una excusa plausible que explicara mi presencia allí. Venía con alguien. Los oía hablar cada vez más cerca. No tenía tiempo. Imposible salir de allí sin ser vista, me metí bajo la mesa, presa de la angustia.

—¿Dónde está tu secretaria?

—Ni idea, hace unos minutos estaba ahí…

—Es verdaderamente hermosa.

—Y mía, Heinrich. Mía.

Cerré los ojos e intenté acompasar mi agitada respiración, imaginando sus dedos acariciando la madera del escritorio en busca de algo. Fueron tan solo unos segundos de murmullo de papeles, pero a mí se me antojaron infinitas horas.

—Aquí está —dijo previamente a abandonar el despacho.

El silencio se volvió a adueñar de la estancia. Una vez pasada la tensión, sentí deseos de llorar. No quería pensar en qué hubiese pasado si me hubiera descubierto.

Salí de mi escondite y, con rapidez, fotografié todos los documentos y mapas con éxito. Pero el riesgo no había cesado. Hasta la noche, no podría deshacerme de la cámara en la que llevaba toda aquella comprometedora y decisiva información.

Durante el resto del día, estuve dándole vueltas a lo que había alcanzado a leer en aquellos documentos. Los germanos iban a romper el pacto Ribbentrop-Mólotov de no agresión a la URSS. La Operación Barbarroja era un plan de invasión a la Unión Soviética, previsto para mayo de aquel mismo año. Me pregunté si Stalin estaría ya enterado de la traición que se fraguaba contra él. Alemania aún no había vencido militarmente a Inglaterra y si pensaban centrarse en el Frente Oriental, solo podía significar que posponían su conquista a las islas, tras el fracaso absoluto de la Luftwaffe. Sonreí para mis adentros, Inglaterra, a pesar de todo, resistía.

Llegué a casa a las cinco de la tarde. Fue sencillo que Sebastian creyera que me encontraba indispuesta, pues me había mostrado muy extraña durante toda la jornada.

Dagna leía en el salón. Le dediqué una amplia sonrisa que supo interpretar rauda y yo corrí a sentarme a su lado para hacerla partícipe de lo que había conseguido averiguar.

—¿Crees que la URSS tiene posibilidades? —le pregunté.

Dagna se quedó pensativa, antes de responder.

—Creo imaginar que lo que Alemania pretende es hacerse con la Unión Soviética durante los meses de verano… —razonó—. Si el invierno alcanza a nuestras tropas en el frente oriental, las posibilidades de que lo consigan son bastante remotas y ellos lo saben. Sin duda, este año será clave para el futuro de toda Europa.

Zum Heckeshorn era una calle compuesta principalmente por bosque a ambos lados, aunque se encontraba en pleno de centro de Wannsee. Había dejado el coche de Dagna aparcado a doscientos metros de la casa donde me dirigía y caminaba a paso tranquilo por la acera, bajo la tenue luz de las farolas. Tan solo se oía el rumor de las hojas movidas por el viento y mis pisadas en el eco de la noche. Acaricié la pistola que escondía bajo el abrigo para infundirme tranquilidad.

Llegué a la dirección y seguí los pasos previamente memorizados, para hacer entrega de información urgente.

La casa estaba abandonada y mostraba claro signos de haber sido desmantelada. La maleza se había adueñado del jardín delantero y, tras los altos robles que la custodiaban, observé que la puerta principal estaba ligeramente entornada, además de algunos de los cristales de las ventanas rotos. Miré de nuevo el número. Después de comprobar que estaba en el sitío correcto, abrí la verja y me encaminé hacia el interior.

Esperé tras la puerta del recibidor observando los alrededores desde una pequeña ventana. Estaba segura de que nadie me había seguido, pero tenía que seguir con el protocolo estipulado. Me encendí un cigarrillo y, tras el ligero velo de luz que emanó el encendedor, me di cuenta de que sobre el polvo que cubría el parqué, había múltiples pisadas en varias direcciones. Agudicé el oído. Todo era silencio. Metí la mano en el bolsillo del abrigo y, tras dejar que transcurrieran cinco minutos, salí e introduje la cámara fotográfica en el buzón. De nuevo en la calle, tiré un pañuelo blanco por la abertura de una alcantarilla que había frente la mansión. La resistencia alemana se movía a menudo por la red de alcantarillado y aquello les alertaría de información urgente.

Sin mirar atrás regresé al coche, a paso ligero, con un sentimiento de satisfacción recorriéndome las entrañas.

23

La Batalla de Inglaterra no fue más que un despropósito desde su comienzo. Los alemanes pensaron erróneamente que, infundiendo terror aéreo sobre los civiles británicos, conseguirían sacar al país de la guerra como bien habían hecho con Francia. El tiempo confirmó lo equivocados que estuvieron y el enorme error que habían cometido en estrategia.

La Luftwaffe era muy superior en número de aviones y experimentados pilotos, pero pasaron por alto, no solo la falta de autonomía de sus bombarderos, sino las dos grandes ventajas con las que los ingleses contaban: el radar, desarrollado unos años antes por el físico británico Robert Watson-Watty y los veloces cazas Spitfire que se vieron fabricados a escala masiva durante el comienzo de aquel Blitz.

Los bombarderos alemanes Heinkel He 111 y Junkers Ju 88, ambos capaces de arrasar ciudades enteras en pocos minutos, encontraron cada vez más resistencia británica ya que no podían contar con la protección de los cazas Messerschmitt Bf 109 que tenían baja autonomía de vuelo para lograr cumplir sus misiones desde los aeródromos alemanes en Francia. Y aunque las bajas de la RAF eran bastante superiores a las que la Luftwaffe estaba experimentando, la moral de los ingleses no se desquebrajó ni tan solo un segundo.

Una fuerza expedicionaria de aviones italianos, mandados por Mussolini, acudieron en septiembre para apoyar a la Luftwaffe. Sin embargo, sufrieron importantes pérdidas, sin cosechar ningún éxito.

A finales de 1940, Hitler, hastiado ante la resistencia de Inglaterra y sabiendo que no se rendirían, comenzó a cambiar de objetivo: la URSS, creando así la Operación Barbarroja. En cualquier caso, los ataques contra Inglaterra continuaron hasta mayo de 1941, momento en que los alemanes centraron toda su potencia militar en el frente oriental. Como ocurrió en la Gran Guerra, Alemania de nuevo se vería envuelta en dos frentes.

Daniel ya había oído hablar, a comienzos de 1941, de las nuevas intenciones de Hitler. Pero la aparición de aquella misteriosa chica en la vida de Sebastian, le había desbaratado todos los planes de continuar consiguiendo información a través del joven nazi. Sus encuentros habían ido decreciendo hasta volverse inexistentes en apenas un par de meses. Daniel sentía curiosidad por saber quién

era aquella mujer que había conseguido llegar al duro corazón de su amigo de la infancia, hasta el punto de retirarle por completo de su, hasta entonces, intensa vida social. Supuso que tendría que ser alguien muy especial, pero lo que no podía sospechar, ni en la peor de sus pesadillas, es que Sebastian y él hubieran acabado enamorados de la misma persona.

Como operador de radio, pasó parte de sus noches intentando buscar señales de alguna emisora de radio inglesa, convencido de que la situación de Gran Bretaña era mucho más favorable de lo que Alemania quería hacerles ver a sus ciudadanos.

Daniel sabía que era arriesgado, pero se conectaba en intervalos espaciados de menos de un minuto a diferentes horas del día y de la noche, dificultando al enemigo la recepción de sus ondas. Con paciencia, consiguió dar con la BBC y averiguar así, para su inmensa satisfacción que Alemania, a pesar de los enormes daños que habían infringido al Reino Unido, había fracasado en su objetivo de invadir el país. Inglaterra había supuesto la primera piedra en el camino a las ansias de conquista de Adolf Hitler.

Estuvo días sin volver a intentar coger emisiones británicas. Aun así, ante su madre mostraba un aparente interés en la prensa alemana que entraba cada mañana a su casa. Sabía que la mayoría de sus publicaciones solo trataban de levantar la moral de los alemanes a base de falacias, pero un auténtico nazi atesoraba esas divulgaciones como si fueran su nueva Biblia.

Uno de los periódicos habituales era el *Das Reich*, un semanario fundado por Jossep Goebbels en mayo de 1940 y muy alejado del tono característico del resto de publicaciones nazis. En él, era normal encontrar incendiarias soflamas antisemitas —muy comunes en el *Der Stürmer*—, críticas a los Estados Unidos o argumentaciones vanagloriándose de las conquistas del Führer. Pero sin duda, el *Völkischer Beobachter* era el periódico oficial del Partido Nazi y el que no faltaba sobre la mesa a la hora del desayuno. En 1921, Adolf Hitler adquirió todas las acciones de la compañía y se convirtió en propietario único del diario. Con la prohibición del NSDAP, tras el fallido golpe de Estado del 9 de noviembre de 1923, el periódico se vio forzado a detener su publicación. Pero después de la refundación del Partido Nazi, el 26 de febrero de 1925, el periódico volvió con fuerza a las calles de Alemania, convirtiéndose así, en uno de los principales órganos divulgativos del Gobierno nazi.

Los días pasaban monótonos para Daniel que buscaba refugiarse en su nuevo trabajo de la soledad en la que le tenía sumido la ausencia de Helen y la incertidumbre de su posible paradero. Todos sus conocidos, o bien estaban en el frente, o habían desaparecido por uno u otra razón, obligándole a relacionarse exclusivamente con

su madre, su circunspecto “amigo” de la Gestapo, Claudia, quien continuaba hostigándolo empeñada en sus fantasías de hacerle su marido o los trabajadores del banco, con los que solo hablaba de temas estrictamente profesionales. Se acercó un par de veces a casa de Dagna, pero la mujer del servicio, una alemana a la que no conocía, le había dicho que la señora no se encontraba en aquellos momentos; por lo que desistió, tras imaginarla ocupada con la reciente llegada de su sobrina Veronika, la misma que extrañamente, teniendo en cuenta la antipatía profesada entre ambas familias, había conquistado al joven von Stumpfegger. Daniel nunca entendería la falsedad que se movía entre los círculos de la clase alta berlinesa.

Una tarde de mediados de marzo, Sebastian lo llamó para cenar, tras varias semanas sin saber de él.

Quedaron a las ocho en Borchardt, un restaurante en el centro de Berlín de ambiente selecto, pero no elitista como pudiera ser Horcher. Ambos llegaron puntuales y pasaron al comedor, donde Sebastian ya se había encargado de hacer reserva para dos. Pidieron vino y carne, como acostumbraban.

—Mi padre se va al frente oriental —le confesó el nazi, después de un par de copas.

Daniel se hizo el sorprendido.

—¿Al frente oriental?

—Sí. Le han asignado una división de infantería con dos regimientos y claro, está feliz.

—¿Será pronto?

—En un par de meses, tres a lo sumo.

—¿Y Gran Bretaña?

—Esos malditos cabrones pueden esperar —bebió un trago de vino—. Pero no hablemos más de la guerra… Supongo que te habrá extrañado mi invitación.

—La verdad es que sí.

—He pensado hacer una fiesta para presentaros a Veronika. Me gustaría hacer oficial mi relación con ella. Vendrás, ¿no?

—Por supuesto, eso no me lo perdería por nada del mundo —ambos rieron.

—Me vuelve absolutamente loco; su cuerpo, su mirada, sus labios, esa manera de caminar… No creo que haya un solo hombre en toda la Cancillería que no la desee.

Daniel pensó entonces en Helen. Esa misma sensación tuvo él al conocerla.

24

Sebastian pasó a recogernos a Dagna y a mí a las seis de la tarde de aquel primer sábado de abril de 1941.

Tras un par de meses conociéndonos, había decidido que ya era el momento de que sus padres, amigos y conocidos me reconocieran como su novia oficial. Para la ocasión había elegido un vestido negro, con una estola de piel del mismo color y me había recogido el cabello en un bonito moño que dejaba bien a la vista el precioso collar de perlas que Sebastian me había regalado unos días antes.

—Estás increíblemente hermosa —me dijo al verme.

«Hermosa como una rosa con espinas», pensé entonces yo.

Por primera vez en aquellas semanas, vislumbré a un Sebastian nervioso. Yo, sin embargo, contrariamente a lo que debería ser, me sentía tranquila. Sabía que aquella noche sería la protagonista; pero, al fin y al cabo, no era más que la actriz principal de mi propio teatro. Las luces se apagarían al final de la función y regresaría junto a Dagna a la mansión Rollheiser, como si todo lo vivido no hubiera sido más que un sueño.

Jamás pensé que la guerra me transformaría en aquel ser despreciable, capaz de engañar y mentir, en el que me había convertido. Observaba a Sebastian, mientras conducía hacia su casa y tan solo veía a un joven normal y enamorado. Era un sentimiento que había compartido en alguna ocasión con Dagna, cuando la culpabilidad me asaltaba tras una cita con él.

—No te dejes engañar por las apariencias; es un vil gusano capaz de lo peor, Veronika —me había dicho ella entonces.

Quería creerla, de hecho, lo hacía. Pero Sebastian era tan galante, atento y considerado conmigo que no podía evitar sentir una amargura carcomiéndome el alma.

Era la primera vez que visitaba la mansión de los von Stumpfegger. Las luces provenientes de las ventanas resplandecían en la oscuridad del exterior. Después de que cruzara la verja, la música y las risas llegaron hasta mis oídos. Me giré en busca de la mirada cómplice de Dagna que venía tras nosotros y ella me sonrió con su habitual dulzura.

Crucé el umbral del enorme salón del brazo de Sebastian. Había tantas personas allí congregadas que no sabía a donde dirigir mi mirada. Sin embargo, todos nos observaban a nosotros. Me sentí intimidada ante el extraordinario interés que había suscitado mi llegada.

Arabelle von Stumpfegger fue, como era normal, la primera en acercarse.

—Me alegro mucho de conocerte, querida. Sebastian nos ha hablado mucho de ti —me dijo analizándome sin recato.

—A mi padre ya lo conoces —me dijo, cuando vio acercarse a Karl hacia nosotros.

—Buenas noches, Veronika. Es un placer tenerte entre nosotros. Bienvenida a la residencia von Stumpfegger.

Entonces, saqué un cigarro de la pitillera y me lo encendí, antes colocado en una elegante boquilla que Dagna me había regalado.

—No está bien visto que fumes en público —me susurró esta al oído, entregándome una copa de champán.

Le agradecí que me lo recordara. Era cierto. El régimen nazi había promovido una campaña antitabaco, motivada por la aversión personal de Adolf Hitler hacia el tabaco y las nuevas políticas reproductivas, en las que se buscaba la mayor fertilidad posible para los miembros de raza aria. Esto hizo que, en especial, las mujeres fumadoras fueran vistas como inadecuadas para ser esposas y madres en una familia alemana, después de que el médico Martin Staemmler opinara que las embarazadas que fumaban tenía una mayor tasa de abortos espontáneos y más posibilidades de dar a luz niños muertos que las no fumadoras. El resultado fue la prohibición de fumar en tranvías, autobuses y trenes urbanos, además de restricciones en espacios públicos, como cafeterías y restaurantes, así como en la publicidad.

—Veronika, hay alguien que quiero que conozcas —me dijo Sebastian a mi espalda.

Cuando me giré y vi quien lo acompañaba, la copa de champán resbaló de mis manos haciéndose añicos en el suelo. La música y las voces amortiguaron el estruendo. Todo se detuvo a mi alrededor. Tan solo existía su mirada celeste. Él. Daniel.

Sebastian entrecerró los ojos y nos miró de hito en hito.

—¿Os conocéis? —preguntó perspicaz.

Ambos negamos al unísono. Pero cualquiera se hubiera dado cuenta de que mentíamos. Aun así, una vez recuperada del *shock* inicial, intenté disimular como buenamente me permitió la situación.

—Este es mi amigo Daniel Caine. Veronika Rollheiser.

Daniel cogió mi mano mientras me miraba interrogante. Tragué saliva y, al sentir sus labios en contacto con mi piel, una descarga de electricidad recorrió todo mi cuerpo.

—Encantado, Veronika Rollheiser —me dijo sin poder simular del todo la perplejidaz que le había provocado verme.

Entonces, me di cuenta de que una joven lo acompañaba. La

chica se aferró a su brazo contemplándome con una mezcla de desafío y desdén. Los celos se clavaron en mi alma como puñales y unas ganas incontrolables de lanzarme a su cuello me invadieron. Pero no podía moverme; tampoco hablar. Las preguntas se agolpaban en mi cabeza impidiéndome reaccionar. Necesitaba escapar de allí y le pregunté a Sebastian donde estaba el baño, siempre tan socorrido. Dagna vino tras de mí.

Me senté en la taza del retrete y rompí a llorar, como meses atrás lo hiciera al conocer la muerte de mi madre. Dagna me miraba angustiada.

—Lo conoces, ¿verdad?

No le contesté. No hacía falta. Ella sola dedujo la razón de mi repentino comportamiento.

—Conoces a Daniel, ¿verdad? —insistió.

—Déjame sola, por favor.

—Veronika, hija… ¿Qué es lo que ocurre? Tienes que disimular, si Sebastian sospechara…

—Sal y dile que su amigo me ha recordado a alguien que murió hace años… —la interrumpí.

Ella abandonó en silencio el cuarto de baño y me dejó sumida en mis pensamientos. ¿Qué diablos hacía Daniel en Berlín? ¿Me había abandonado en pleno bombardeo para refugiarse en los brazos de otra mujer? ¿Era nazi? ¿Me delataría? Eran demasiadas preguntas sin respuesta. Me impulsé a mí misma a tranquilizarme y a recomponerme. La misión estaba en juego y mi vida también.

Me daba los últimos retoques en el maquillaje, cuando Sebastian tocó la puerta.

—¿Estás bien?

—Sí, cariño ya salgo —le dije abandonando el aseo.

Me agarró de la cintura y me atrajo hacia él. Su mirada denotaba preocupación. El amor, ciega a las personas y les impide ver lo evidente; incluso a las más desconfiadas. Tal era el caso de Sebastian, tan enamorado ya de mí que se entregó a mis mentiras, como si alguna vez la ingenuidad hubiera formado parte de su personalidad.

Me besó en la frente y yo lo abracé. En ese momento me percaté de que Daniel nos observaba a unos metros, bajo el umbral de la puerta del salón. Nuestras miradas se encontraron. Un brillo de celos refulgió en sus ojos.

Después de unas cuantas copas, Sebastian olvidó lo sucedido y volvió a mostrarse alegre; todos le decían que no recordaban haberlo visto así nunca o, al menos, desde hacía mucho tiempo. Había muchas personas allí congregadas. Todas querían conocerme y con todas ellas hablé haciendo gala de una exquisita educación y

saber estar que más de uno alabó para regocijo de un orgulloso Sebastian. También mi elegancia y mi belleza fueron muy comentadas, en su mayoría por las mujeres, quienes prodigaban constantes halagos a mi manera de vestir. Me movía como pez en el agua en aquel ambiente, como si siempre hubiera formado parte de él, como si realmente fuera una de ellos.

Sebastian y Dagna estuvieron en todo momento pendientes de mí, a pesar de que en ocasiones andaban dispersados por la sala con diferentes invitados. No fueron los únicos. Daniel me perseguía con la mirada a cada instante, en la lejanía, igual que yo a él, después de que su acompañante hubiera desaparecido.

No fue hasta varias horas después, al momento que la comida y la bebida empezó a escasear y los invitados a abandonar la residencia de los von Stumpfegger, cuando Daniel aprovechó la ausencia de Sebastian para acercarse a mí.

—¿Qué haces aquí? —me preguntó en un susurro.

—¿Y tú me lo preguntas? —le espeté con el orgullo herido.

—Aquí corres peligro.

—¿Peligro? ¡Qué sabrás tú de eso! Peligro es el que corrí durante meses en Londres, mientras tú estabas aquí divirtiéndote con tus amiguitas.

—Sebastian te matará si descubre que le estás traicionando.

—¿Y quién dice que le estoy traicionando?

Sus mandíbulas se tensaron y sus puños se cerraron con fuerza. Lo conocía lo suficiente para saber que mis palabras le habían dolido en lo más profundo de su alma y habían despertado unos incontrolables celos en él. Pero así es como me sentía yo, dolida y celosa. No había otra cosa en aquel momento que deseara más que infringirle el mismo sufrimiento que él me había causado a mí momentos antes. Sin embargo, tan pronto como las pronuncié, me arrepentí.

No dijo nada más. Salió del salón y le perdí de vista. Miré a mí alrededor unos instantes y, al ver que nadie parecía estar reparando en mí, salí tras él. Había cometido un enorme error llevada por la rabia y necesitaba enmendarlo.

Me aventuré por el largo pasillo en penumbras, sin saber a dónde me dirigía ni dónde podía estar, cuando una mano me agarró fuertemente y tiró de mí hacia el interior de una habitación.

—Te reclutó el SOE porque hablas alemán, ¿verdad?

Yo agaché la cabeza, llena de dudas; aún no sabía si podía confiar en él.

—Y seducir a Sebastian es parte de tu misión, ¿no es así?

Yo seguía callada. Deseaba decirle la verdad, pero no sabía a qué bando podría pertenecer después de todo. Miedo. Tenía miedo.

Aunque no sabía exactamente a qué.

—Mírame, soy yo, Daniel. Te busqué, te busqué por todas partes hasta que el SIS me reclutó, Helen. Por eso estoy aquí.

Me zarandeó con rabia, fuera de sí, como si así pudiera hacerme comprender mejor sus palabras, aturulladas en mi mente. Levanté mi rostro y observé en él una expresión distinta a la del chico pacífico y tranquilo que tanto creía conocer. Sus ojos destilaban impaciencia, desasosiego, la urgencia por traer de vuelta a Helen, a su amor, y alejar de mí a aquella desconocida que había comenzando a ser. Era él, sí. Le reconocí tras aquella máscara de desesperación. Y no necesité más explicaciones. Supe que estaba diciéndome la verdad. O eso quise creer. Entonces me derrumbé.

—Oh, Daniel… si supieras todo lo que he pasado hasta llegar aquí… Perdóname, perdóname, no sé cómo he podido dudar de ti; los celos por verte con aquella chica me cegaron, yo…

—¿Y cómo crees que yo me siento? ¿Cómo crees que me siento después de saber que Sebastian…?

Unos pasos acercándose me impulsaron a taparle la boca para hacerle callar.

—¿Veronika? —preguntó Sebastian, próximo a donde nos encontrábamos ocultos Daniel y yo.

Nos quedamos petrificados al escuchar su voz, como si no hubiéramos recaído en la posibilidad de que él, u otra persona pudiera sorprendernos en cualquier momento. Tal era nuestra ansia por hablar a solas que nos hizo olvidar donde nos encontrábamos. Allí no podía quedarme, nos terminaría descubriendo.

Salí de la habitación, con una sonrisa inocente en los labios.

—¿Qué hacías ahí?

—Te estaba buscando. No sabía dónde estabas.

Sebastian continuó avanzando hacia la puerta de la que me había visto salir, ignorando mis palabras. Entonces, supe que solo había una posibilidad de distraer su atención.

Yo misma le introduje en la habitación tirando de su guerrera con mirada seductora. Daniel, escondido tras la puerta y camuflado entre sus sombras, captó mis intenciones. Lo atraje hasta el centro de la estancia, me desabroché el vestido que resbaló hasta el suelo y me quedé frente a él, tan solo con el collar y un bonito conjunto de ropa interior negra. Entonces, me solté el cabello que cayó en cascada por mi espalda. Sebastian no podía mirar otra cosa que no fuera mi cuerpo a contraluz. Se acercó a mí, despacio, deleitándose con aquella imagen con la que tantas veces había fantaseado. Mientras, Daniel abandonaba la habitación apenas a un par de metros a su espalda.

Habíamos sorteado a la muerte por muy poco. Y ahora tenía que

acabar lo que había empezado.

Aquella noche me entregué a Sebastian envuelta en una pasión, hasta ese momento, desconocida para mí. Sus besos, sus caricias… todo él era puro fuego. Daniel tan dulce y cariñoso; él tan ardiente. Cualquier sentimiento de zozobra y culpabilidad fueron arrasados por aquel frenesí delirante. Entre sus brazos me olvidé del mundo a intervalos en los que la imagen de Daniel se interponía a la de Sebastian, para finalmente abandonarme al placer experto que me proporcionaban aquellas caricias y aquel deseo del que era imposible escapar.

Desnudos, fumábamos un cigarro en aquella cama que supuse, era de un cuarto de invitados.

—Quédate —me susurró al oído—. Mañana es domingo.

Yo asentí.

Cuando salimos al pasillo, cargando con nuestras ropas, todo era oscuridad y silencio; tan solo se apreciaba el sutil *tictac* de un reloj en la lejanía. Ascendimos por las escaleras a tientas. Sebastian me guio agarrado a mi mano hasta su habitación, un espacio plagado de símbolos nazis.

Tumbados bajo la manta de su cama, me acarició el rostro con suavidad, contemplándome en la penumbra.

—¿Estás bien? —me preguntó de pronto.

—Sí. ¿Tú?

—Nunca había estado mejor en toda mi vida —yo le sonreí—. Te quiero, Veronika. Te quiero desde el primer momento en que te vi.

—Sebastian, yo…

—No digas nada que no sientas…

Me abrazó con fuerza, como si así pudiera retenerme para siempre a su lado. Su piel ardía, sus labios también; con ellos recorrió mi cuerpo mientras una lágrima resbalaba por mi mejilla, consciente de que aquel fuego que Sebastian emanaba, podría acabar quemándome. Me entregué a él por segunda vez aquella noche.

Y tras el éxtasis, llegó el dolor. Silencioso y amargo.

25

Daniel no pudo dormir ni un instante atacado por los celos y la incertidumbre. Imaginarla en brazos de Sebastian le atormentaba. Pero lo que más le torturaba, era la idea de que su amigo pudiera acabar conquistando el corazón de la mujer que tanto amaba. No le cabía la menor duda de que podía llegar a conseguirlo, a pesar de la férrea personalidad de Helen y su aversión hacia el nazismo. Sebastian podía llegar a ser irresistible para cualquier mujer y él lo sabía. Lo odiaba. Lo odiaba desde lo más profundo de su ser y lo hubiera estrangulado con sus propias manos, si con ello no hubiera puesto en peligro la vida de Helen.

Intentó tranquilizarse pensando en que después de todo estaba viva, la había encontrado y se encontraba a pocos kilómetros de él. Pero en aquellos momentos la sentía más lejos que nunca y esos pensamientos no le sirvieron de consuelo.

Bajó a la bodega en mitad de la noche. Buscó una de esas botellas de whisky que su padre solía guardar a sus amistades. Se sirvió un vaso cargado de hielos. Luego otro, mientras maldecía la guerra y los cigarros iban desapareciendo de su pitillera.

Tan pronto como el sol salió por el horizonte, cogió el coche y condujo hasta casa de Dagna Rollheiser. Fue una decisión precipitada, impulsiva, temeraria; nada propia de él. Pero el alcohol dominaba sus actos.

Eran las siete de la mañana, cuando tocó el timbre de su puerta. Dagna se asomó por la ventana y al ver a Daniel allí plantado, se despertó de golpe, como si le hubieran echado un jarrón de agua fría. Su presencia allí les ponía en peligro. Cubierta con un batín de seda, bajó las escaleras a toda prisa y le abrió la puerta instándole a entrar.

—¿Qué haces aquí?

—¿Dónde está? —dijo adentrándose en el vestíbulo.

—No ha regresado.

Daniel dio un puñetazo a la pared y se derrumbó tras horas de desconsuelo a solas. Las lágrimas brotaron de sus ojos, mientras caminaba de un lado a otro del recibidor. Dagna que suponía lo que estaba pasando, lo miraba con una mezcla de tristeza y admiración. En sus sesenta años jamás había visto llorar así a un hombre y, mucho menos, por una mujer.

—¿Por qué Sebastian?, ¿por qué? ¿No había otro? —gritó desesperado.

—Necesitas descansar…

—¿Crees que puedo? —la interrumpió—. Llevo meses atormentado por no tenerla cerca, pensando en ella a cada momento… Ohh Dagna… —se sentó en el primer peldaño de las escaleras y se llevó las manos a la cabeza. No dejaba de llorar—. Jamás imaginé que nuestro reencuentro sería de esta manera…

—Ella te ama. Lo he visto en sus ojos esta noche.

—¿Hasta cuándo?

—Ella está aquí con una misión que cumplir, Daniel. Igual que tú. Si vuestro amor es tan fuerte como presiento que es, todo saldrá bien. Solo tienes que dejar que el río siga su curso.

—¿Mientras se está acostando con él?

—¿Y tú? ¿No te has acostado con ninguna otra en todo este tiempo?

—No es lo mismo… —dijo calmándose.

—Claro que lo es. ¿Acaso crees que para ella ha sido fácil verte con esa tipa agarrada a ti como una sanguijuela?

Daniel no contestó. Las pocas palabras de Dagna fueron suficientes para aplacar su llantera y serenarle.

—Anda, vamos a la cocina y te preparo un vaso de leche caliente.

Daniel se dejó guiar por Dagna a través del pasillo, intentando reflexionar sobre la situación en la que Helen y él se encontraban.

Todos aquellos meses había estado tan concentrado en todo lo concerniente a su misión que no se había planteado la posibilidad de que Helen pudiera haber sido reclutada por el SOE como agente. Ahora que esa posibilidad se había tornado real, no le quedaba más remedio que afrontarla con todas sus consecuencias; y la peor de ellas era, sin duda, que descubrieran su verdadera identidad. Tras el impacto inicial de verla junto a Sebastian, había llegado a la conclusión de que aquello era lo único que debería importarle.

Se encontraban en plena guerra mundial. Ambos habían elegido libremente servir a su país como agentes secretos en pleno corazón del nazismo, con todo lo que aquello acarreaba. Conocedores de los riesgos, habían viajado a Berlín con una misión por cumplir; todo valía para llevarla a cabo, todo valía para continuar viviendo un día más.

Daniel entendía que los altos conocimientos de Helen en alemán la hacían idónea para el país; su belleza e inteligencia, perfecta. Pero… ¿por qué Berlín?, ¿por qué Sebastian? No creía que hubiera sido una simple casualidad. Presentía que existía alguna misteriosa razón para que ambos se hubieran encontrado en tales circunstancias.

Dagna se sentó a su lado. Le observaba en silencio mientras

Daniel daba pequeños sorbos a la humeante leche. No quería interrumpir sus pensamientos, confiando en que el buen juicio del joven estuviera volviendo en sí, como bien parecía.

—Lo siento mucho, Dagna. Me he comportado como un auténtico estúpido. No debería haber venido —dijo poniéndose en pie.

—Necesitabas desahogarte…

—Pero os he puesto en peligro. Ha sido una verdadera insensatez por mi parte.

Dagna la acompañó hasta la puerta. Se despidieron con un fraternal abrazo cargado de sentimiento.

—Gracias —le susurró el joven antes de abandonar la casa.

Ella le respondió con una cálida sonrisa.

Daniel apenas había dormido cinco horas cuando el hambre le despertó a eso de la una del mediodía. Le dolía la cabeza; pero, impulsado por el vacío de su estómago y la sequedad de su boca, decidió bajar al comedor, donde supuso a su madre ya almorzando.

No tuvo más que descender un par de peldaños, para percatarse de que no se encontraba sola. La voz de su "amigo" de la Gestapo, Helmuth Geier, se escuchaba desde la distancia. Daniel maldijo para sus adentros; en días como aquel, en que la resaca le recordaba maliciosamente sus excesos, la presencia de aquel tipo se le antojaba más desagradable aún que de costumbre.

Algo le hizo detenerse justo antes de cruzar el umbral del comedor. La conversación de la pareja se había tornado, de pronto, casi inaudible. Agudizó el oído, obviando su malestar y esperó tras la puerta, mientras se preguntaba qué podía ser aquello que les había hecho bajar tanto la voz.

—Hemos descubierto que hay conversaciones radiofónicas entre Alemania y la Unión Soviética.

Daniel sintió que su corazón se encogía.

—¿De importancia?

—Estamos sobre la pista. Aún no las hemos conseguido descifrar, pero sabemos que la estación receptora está muy próxima a Moscú.

—Tenéis que dar con esos traidores.

—No descansamos ni un segundo, cariño. No obstante, vamos a necesitar varios meses para saber con toda seguridad los lugares exactos desde donde se hacen las transmisiones.

—¿Tanto? ¿Eso es normal?

—Nuestros instrumentos de localización han sido saboteados.

—¿Por la resistencia?

—Está claro que la Orquesta Roja está detrás de todo esto.

Daniel ya había oído suficiente. Decidió que lo mejor sería no

interrumpirles, por lo que optó por acercarse a la cocina, donde comían Frieda y Adalia, las dos mujeres del servicio. Estas, cuando lo vieron, se pusieron de pie, un poco contrariadas por la inusual presencia del joven allí.

—Seguid comiendo, por favor —dijo dirigiéndose a la jarra de zumo de naranja.

Se sirvió un vaso y meditó sobre lo que acababa de oír. No le habían descubierto, pero andaban tras sus pasos y los de tantos otros que desconocía. ¿La Orquesta Roja había saboteado las conexiones? Nunca había oído aquel nombre, pero supuso que debía de tratarse de algún grupo de resistencia alemana. Se instó a averiguar hasta donde llegaba la información con la que contaba la Gestapo y, para ello, ideó un plan.

El viernes siguiente, 12 de abril, el *Kriminalkommissar* Geier llegó puntual a su cita con Erika Ludendorff. Eran las siete y media de la tarde cuando Daniel oyó el timbre. Dejó pasar unos minutos antes de bajar a despedirse de su madre, a quien ya le había dicho esa mañana que iba a salir.

Tenía varias horas por delante, si es que Geier no decidía quedarse a pasar la noche, lo que supondría absoluta carta blanca para sus propósitos. Pero eso no le preocupaba; había calculado que, con un par de horas, tres a lo sumo, tendría más que suficiente.

Tenía todo bien ideado. Tras despedirse de su madre y de Helmuth, salió de la residencia Ludendorff en coche.

Diluviaba. El sonido monótono del parabrisas competía con las gotas de agua que caían violentas contra la carrocería y las luces que iluminaban las calles, le llegaban desdibujadas tras el cristal.

Había hecho ese mismo trayecto hasta cuatro veces aquella semana. Quería asegurarse de la rutina del *Kriminalkommissar*, antes de poner un pie en su domicilio, como había planeado. Comprobó que, tal como su madre le había dicho, vivía solo, sus horarios eran meticulosos y no contaba con ningún tipo de protección, más allá de la pistola que siempre llevaba. Su residencia actual se encontraba a pocos metros del Cuartel General de la Gestapo, donde muchos como él se habían mudado tras sacar a los auténticos propietarios de aquellas viviendas, después de atribuirles cualquier delito a modo de pretexto.

Mientras conducía, se preguntó que había visto su madre en aquel tipo; era tan diferente a su padre… Erika era una mujer de clase alta, hermosa, elegante y, hasta la muerte de su único marido, no se había interesado en temas políticos, ¿qué la unía entonces a ese matón de Geier? Daniel ni siquiera le encontraba atractivo. Pero lo cierto era que a veces le costaba reconocer a su madre en la actual Erika Ludendorff.

Aparcó a pocos metros del edificio. Tras observar durante unos segundos los alrededores, se caló un sombrero negro, se cambió la elegante gabardina beige con la que había salido, por un abrigo de paño negro común y salió del vehículo.

Caminó por Albrecht-Straße a paso ligero. Las calles se encontraban desiertas, a pesar de que la lluvia había amainado. Se adentró en el portal sin titubeos, como si lo hiciera todos los días y subió por las escaleras hasta el segundo piso. Una vez en el rellano, manipuló la cerradura con una ganzúa y una llave de tensión, hasta que escuchó caer los pistones. Después, insertó la ganzúa por encima de la llave de tensión, para empujar cada pistón contra la cerradura. Le llevó un par de minutos abrir la puerta e introducirse en el piso.

La mayoría de las persianas se encontraban subidas, lo que le permitió guiarse a través del halo de luz que emitían las farolas desde el exterior. Abrió varias estancias hasta dar con lo que parecía ser un despacho. El escritorio estaba ordenado, como el resto de la casa y tenía dos cajones que necesitó forzar, tras comprobar que estaban cerrados con llave.

Jamás imaginó encontrarse con aquello. Fue hasta allí con la intención de averiguar hasta donde alcanzaba la información con la que contaba la Gestapo sobre las conversaciones radiofónicas a países extranjeros y, sin embargo, se encontró con cientos de expedientes colocados de forma meticulosa en carpetas fechadas desde 1939. Encendió la luz de la lámpara que descansaba sobre la mesa y los estudió con atención.

Cada uno de los informes contenía información detallada sobre cada detenido: nombre, fecha y lugar de nacimiento, profesión, ideología política, motivo de la detención, origen del caso y sentencia o en su defecto, fecha de la muerte. Entre los motivos figuraban diferentes acusaciones: acciones contra organizaciones prohibidas, comportamientos inconformistas, distribución de material impreso ilegal, escuchar emisoras de radio extranjeras, comportamiento criminal, pasividad política… La mayoría de los casos en su origen eran producto de denuncias de otros ciudadanos, aunque había muchos en los que esa casilla estaba en blanco. La acusación de un vecino parecía bastar para ir a parar a prisión. Todo se basaba en conspiraciones. Todos actuaban como jueces y verdugos al mismo tiempo.

Pero lo que le heló la sangre a Daniel, fue comprobar que, en la mayoría de los casos, las fechas de las muertes de los detenidos transcurrían pocos días después de su llegada a la Oficina Central de Seguridad del Reich (RSHA). El resto figuraban como deportados a campos de concentración, entre los que destacaban

Sachsenhausen o Dachau. Buscó con desesperación alguien que hubiera sido liberado, pero fue en vano. Judíos, extranjeros, gitanos, homosexuales, comunistas, marginados sociales y cristianos activistas figuraban en aquellas listas negras, junto a escritores, filósofos, fotógrafos y sacerdotes. ¿Qué estaba pasando? ¿Qué ocurría en aquellos sótanos de Prinz-Albrecht-Straße 8?

Daniel se debatía entre aquellas cuestíones, cuando oyó un ruido dentro del piso. Raudo, apagó la luz y sacó la navaja que llevaba en el bolsillo interior del abrigo. No era posible que Geier hubiera regresado, ¿o sí? Con nervios de acero se situó tras la puerta del despacho, ligeramente entornada. Todos los informes habían quedado esparcidos por la mesa, pero aquello no importaba. La cuestión era salir con vida de allí y estaba dispuesto a todo para que así fuera. Agudizó el oído. Alguien se acercaba a paso cauteloso.

Cuando el desconocido traspasó el umbral de la puerta, Daniel se abalanzó sobre él por la espalda, sujetándole con fuerza. No opuso resistencia, pero, aun así, le clavó la punta del acero en la garganta dispuesto a rebanarle el cuello.

—No deberías estar aquí, Caine —le dijo el extraño.

—¿Quién eres?

—Digamos que soy alguien que está de tu parte.

—Concreta.

—Resistencia.

Daniel lo soltó. Era un hombre de constitución delgada y unos centímetros más bajo que él. Cuando se dio la vuelta, pudo observar a contraluz un rostro surcado de arrugas que le conferían más años de los que sin duda aparentaba.

—Deberías andarte con más cuidado —le advirtió el hombre—. Si hubiera sido Geier, no estarías ahora vivo.

—¿Cómo sabes quién soy?

El hombre no respondió. En su lugar, se dirigió al escritorio y comenzó a ordenar los papeles que Daniel había estado leyendo segundos antes.

—¿Eres de la Orquesta Roja?

—Mientras menos sepas, mejor para todos.

—La Gestapo anda detrás de las emisiones radiofónicas a Moscú.

—La Gestapo anda detrás de todo. Pero mientras unos arriesgan su vida en el frente por su patria, nosotros lo hacemos desde aquí por nuestros ideales —dijo con total serenidad.

—¿Comunista?

—¿Tu qué crees, camarada? —le preguntó guiñándole un ojo cómplice.

Daniel no era comunista, ni siquiera sentía simpatía hacia ellos. Sus creencias eran contrarias a cualquier tipo de doctrina

totalitaria. Él siempre abogó por un Estado democrático en el que la titularidad del poder estuviera en manos de la ciudadanía. Sin embargo, ahora eso no importaba. Comunistas y socialdemócratas luchaban en el mismo bando para derrocar a aquel régimen del terror que llevaba asolando Alemania desde que Hitler llegara al poder en el año 33 y que estaba adueñándose también de todo el continente.

Daniel le sonrió, también cómplice. Salvando las distancias, podía decirse que, en aquellos momentos, sí eran camaradas.

Aquel mes de abril de 1941, Alemania continuaría invadiendo países mientras ultimaba los detalles de la Operación Barbarroja, cada vez más próxima.

Yugoslavia fue la primera en caer, a pesar de haberse unido al Pacto Tripartito días antes, convirtiéndose así en aliada de Alemania. Tras sufrir un golpe de Estado el 27 de marzo, Hitler decidió llevar a cabo su invasión tras sospechar infundadamente que el nuevo Gobierno era partidario de los aliados. No hubo declaración de guerra, por lo que pilló a los yugoslavos desprevenidos.

Durante once días, los ataques aéreos de la Luftflotte de la fuerza aérea del III Reich, comandada por el general Alexander Löhr, destruyeron la mayor parte de las infraestructuras de Belgrado y causaron miles de muertos entre la población civil. Tras haber eliminado las principales defensas de la ciudad, las fuerzas alemanas iniciaron su ocupación por tierra. En los días siguientes, Bulgaria, Hungría e Italia sumaron sus fuerzas a la Alemania nazi para desmembrar el Reino de Yugoslavia que capituló el 17 de abril de 1941.

Una semana después, caería Grecia. Hitler acababa aquel mes de abril con los Balcanes y gran parte de Europa Continental bajo su dominio.

Las cosas no pintaban nada bien para los aliados.

26

Finalmente, y después de algunos aplazamientos, el 22 de junio de 1941, las Fuerzas Armadas Alemanas comenzaron su ataque contra la Unión Soviética, rompiendo así el pacto de no agresión germano-soviético firmado entre ambas potencias en agosto del 39.

Aquella “alianza” había supuesto una serie de intercambios en los que ambos se veían beneficiados. Los soviéticos proporcionaban a la economía de guerra alemana: cereales, hierro, cromo y manganeso; también les suministraban materias primas como el caucho que, a causa del bloqueo, no podían recibir en sus puertos. Mientras que los alemanes eran abastecidos, a su vez, de armas y pertrechos. Pero nada de todo aquello pudo frenar a Hitler y sus enfermizas ambiciones de expansión.

La mayor operación militar de la historia había comenzado: la Operación Barbarroja.

Hitler dio la noticia a los berlineses a través de la radio y de los micrófonos colocados en lo alto de las principales calles de la capital. Recuerdo que en aquel momento me encontraba con Dagna en el centro; habíamos ido a comprar comida y la voz del Führer nos sobresaltó en plena calle. Todos los viandantes nos quedamos quietos, expectantes ante lo que diría a continuación y, no solo por inercia, el régimen nos obligaba a ello.

Pese a la inexistente declaración de guerra, Stalin no era ajeno a los planes del Führer. De hecho, no había gran potencia que no estuviera al tanto de los preparativos de Alemania. Los soviéticos contaban con una extensa red de espionaje que les informaba continuamente, pero en esta ocasión, también americanos e ingleses les hicieron llegar a sus delegaciones las alarmantes noticias que sus servicios de información habían ido reuniendo. Aun así, el obcecado líder ruso negó las evidencias del inminente ataque y no preparó a su ejército para la invasión hasta que gran parte del territorio soviético fronterizo se encontró incomunicado y presa del caos más absoluto.

En las primeras cuarenta y ocho horas, más de dos mil quinientos aviones de combate rusos fueron destruidos o inutilizados en sus bases y los prisioneros ya se contaban en millares. Las divisiones Panzer avanzaban veloces sembrando el desconcierto en las débiles defensas soviéticas.

Sebastian estaba eufórico, pese a sus reticencias de días anteriores a la invasión de aquel gigante que, como algunos otros,

consideraba impenetrable.

Un día antes de que Karl, su padre, viajara al frente, fuimos invitados a comer a la residencia familiar de los von Stumpfegger. Aquella contienda, por supuesto, fue el tema principal del que se habló para regocijo de mis oídos que no perdían detalle de lo que se hablaba en aquella mesa, a pesar de que mostré un perfecto desinterés.

—Los inviernos serán muy duros en el frente —observó Sebastian.

—No pensamos llegar al invierno, hijo. Hitler está convencido de que derrotaremos al Ejército Rojo este mismo verano. Y yo así lo creo también. ¿Por qué crees que nuestro Führer ha elegido el 22 de junio? No es una fecha elegida al azar.

—Entiendo.

—La Wehrmacht va a movilizar a algo más de tres millones de soldados hacia la frontera soviética, junto a otro millón provenientes de países aliados y satélites. Todos estamos preparados para iniciar una ofensiva general desde el mar Báltico hasta los Cárpatos…

Arabelle no disimulaba su tedio y encauzó por su cuenta una conversación paralela conmigo sobre ropa y cosméticos que no me quedó más remedio que seguir.

En aquellos momentos, entendí y agradecí las clases sobre moda que nos dieron en la academia para formarnos como espías. Si no hubiera sido por eso y por Dagna que compartía conmigo sus conocimientos sobre el tema, no sé cómo me las habría visto para afrontar aquella charla.

A pesar de que siempre me gustó tener buen aspecto, la moda en sí nunca había suscitado en mí el mayor interés. Prefería cuidar mi alimentación y hacer ejercicio a conocer qué diseñador estaba en boga y cuál no, o qué color venía para esta temporada o aquella. Aun así, comprendía el atractivo que podía suscitar en todas aquellas mujeres de clase alta, sin ninguna otra pretensión que pensar cada día en qué gastar sus cuantíosas fortunas. Su prestigio social estaba en juego y para ellas, eso lo era todo, o casi todo.

No era algo que criticase, ni que tan siquiera me molestara o llegara a juzgar si hubiéramos estado en tiempos de paz. Pero estábamos en guerra, con miles de personas muriendo por las bombas, el hambre, o la enfermedad, ¿cómo podían ignorar todo aquello como si no estuviera pasando? ¡Qué diferentes éramos Arabelle y yo! ¡Qué diferentes eran nuestras circunstancias!

Sin embargo, por ironías del destino, ahora me encontraba en aquel circo de banalidades y lujos, en el que tenía que comportarme como una más. Siempre fingiendo, siempre alerta; era realmente

agotador. Pese a ello, sabía que todo estaba mereciendo la pena.

En noches como aquella, me conectaba a la radio y emitía, en código morse, valiosa información a los aliados sobre los planes de Hitler o la posición de las tropas en el frente soviético. Entonces, una oleada de satisfacción me invadía. Después, bajaba a cenar con Dagna y, por unas pocas horas, volvía a ser yo, Helen Weaver. Hablábamos acerca del fin de la guerra y el fin del nazismo. Ambas soñábamos con llegar a ver el día en que todo aquel horror formara parte de una pesadilla ya guardada en nuestros recuerdos, pero aquello solo eran dulces quimeras a las que nos agarrábamos para poder seguir luchando. Ambas éramos conscientes de que cada nuevo día podía ser el último.

Llevaba tres meses sin saber de Daniel. De hecho, no había vuelto a verlo desde aquella noche en casa de los von Stumpfegger. Prefería eso, a pesar de necesitarle con locura a mi lado. Ansiaba besarlo, tocarlo, contarle lo que Londres había sufrido, lo que yo había sufrido… Pero tenerlo cerca y no poder hacer todas aquellas cosas, hubiera supuesto para mí la peor de las torturas. Había noches en las que fantaseaba con la idea de ir hasta su casa y colarme por la ventana de su cuarto, pero rápido desechaba aquella insensata idea de mi mente. Aun así, recibí con alegría la noticia con la que Sebastian me sorprendió una mañana en la Cancillería.

—Mañana iremos a navegar.

—Me encanta la idea —le contesté.

—Supongo que no te importará que venga Daniel con Claudia… —me dijo entonces observándome con atención.

—Como tú quieras…

Esa tarde, cuando llegué a casa, le comenté a Dagna los planes que Sebastian había elegido para pasar aquel domingo de julio.

—Me miró de una manera extraña, cuando mencionó a Daniel… —le confesé, mientras elegíamos un atuendo adecuado.

—Está claro que notó algo extraño en vosotros la noche en la que os presentó. Tendrás que tener cuidado.

—Sí, lo sé. Aunque me imagino que serán celos…

—Es lo más seguro. ¿Cómo lo ves contigo?

A esas alturas, Sebastian confiaba en mí. Ya no solo no cerraba la puerta de su despacho cuando lo abandonaba por diferentes motivos, sino que la mantenía abierta la mayor parte del día. Daba igual que hablara por teléfono o que mantuviera reuniones, siempre la dejaba lo bastante entornada para poder tenerme a la vista.

—Me excita verte… —me manifestó en una ocasión.

Aquello fue mi cara y mi cruz. Por una parte, no necesitaba colocar micrófonos en su despacho con todo el riesgo que conllevaba; pero por otro, me veía forzada a satisfacer su continua

voracidad sexual. Daba igual que nos encontráramos en su casa, en el coche o en la Cancillería, cualquier lugar era bueno para él.

El domingo 13 de julio de 1941 amaneció radiante en Berlín; las aguas del lago Wannsee resplandecían bajo aquel sol de verano y las temperaturas suaves invitaban a disfrutar al aire libre de aquella mañana.

Sebastian me explicaba los pasos que iba siguiendo mientras preparaba el barco para la navegación.

—Es muy importante comprobar la estanqueidad antes de salir. Siempre verifico que las escotillas cierran de manera correcta.

Yo lo escuchaba con atención al borde del muelle, siempre ávida por saber lo que desconocía.

—En este caso, el peligro es casi inexistente ya que vamos a navegar por un lago… Pero es bueno llevar siempre la misma rutina. Mira, estos son los candeleros —me dijo señalando a unos soportes móviles—. En muchas ocasiones, son puntos por donde se cuela el agua al interior. Al sufrir la tensión de los guardamancebos y ser las primeras piezas en recibir los impactos, pueden tener su unión con el casco debilitada.

En ese momento, la voz de Daniel me sobresaltó a mi espalda. El ruido de los barcos cercanos había amortiguado sus pasos a través del muelle pillándome desprevenida.

—Vaya, vaya… Sebastian von Stumpfegger compartiendo sus conocimientos de ingeniería naval con una señorita… ¡No dejas de sorprenderme, amigo! —exclamó irónico.

—¡Daniel Caine, mordaz! Eso sí que es sorprendente —le respondió en el mismo tono.

Para sorpresa de Sebastian y mía, Daniel llegó solo.

—¿Y Claudia? —le preguntó el nazi.

—No ha podido venir —mintió—. Pero si molesto, me voy.

—No digas tonterías y sube. ¿Por qué ibas a molestar?

Entonces, se dirigió a mí por primera vez haciendo una leve inclinación cortés de cabeza a modo de saludo.

—Buenos días, señorita Rollheiser.

—Veronika, por favor.

—Veronika, por favor, permíteme —dijo extendiendo su mano para ayudarme a subir a bordo del velero.

Acepté su ayuda con una sonrisa dócil y le entregué mi mano. Daniel la apretó fuerte, mirándome fijamente a los ojos. Entre tanto, Sebastian encendía el motor. Un escalofrío recorrió mi cuerpo a su contacto. Monté en la embarcación con paso titubeante y me senté presurosa temiendo perder el equilibrio. Daniel se dio cuenta de mi desazón y sonrió divertido ante mi poca pericia. ¡Cuánto tiempo llevaba sin ver aquella sonrisa!

—No hay apenas viento, empuja con fuerza el casco y monta —le pidió Sebastian.

La suave brisa marina me acarició el rostro mientras disfrutaba del hermoso paisaje que me rodeaba. Me dejé llevar sin pensar en el mañana y disfruté de aquellos momentos de paz a bordo del pequeño barco de recreo, como tantos otros habían decidido hacer esa mañana.

Sebastian y Daniel hicieron lo propio y se tumbaron al sol con los pantalones remangados, mientras bromeaban, reían, bebían y fumaban, ajenos a mis pensamientos. Parecían dos chiquillos.

¡Qué felices y amigos parecían! ¡Y qué despreocupación aparentaban! Sin embargo, yo sabía que todo aquello no era más que una triste hipocresía.

Por unos instantes, mientras los observaba, sentí pena. Pena por ellos. Por mí. Por aquella guerra que nos había convertido en una funesta caricatura de nosotros mismos. Ilusa de mí, llegué a creer que Sebastian podría ser víctima de aquel juego, al igual que lo éramos Daniel y yo. Tardé en comprender su verdadera naturaleza y la de hombres que, como él, utilizaron el nazismo como pretexto para mostrar al mundo lo cruel y mezquino que puede llegar a ser el ser humano.

Sebastian se acercó a mí y me besó. Daniel apartó la mirada y pegó un trago a su cerveza.

—Estás muy callada…

—Estoy bien.

—Igual no debería haber venido —apuntilló Daniel.

—Para nada —respondí yo—. Es un placer saber que Sebastian cuenta con un amigo como tú.

—Sí… es como el hermano que nunca he tenido. Debería estar en las SS conmigo...

—Ya hemos hablado de eso.

—Lo sé, lo sé. Tu familia te requiere en el banco…

En ese momento, observé que una lancha avanzaba temeraria hacia nosotros. Sebastian, al ver mi rostro atónito, miró en mi misma dirección y se levantó de golpe instándoles a virar a gritos. Pero los jóvenes que estaban en cubierta, ajenos al mundo, se dedicaban a otros menesteres y no escuchaban los gritos del nazi.

—¡Maldita sea! —gritó.

La colisión parecía inevitable. Sin embargo, Daniel se encontraba impasible. Se encendió un cigarro y observé cómo sus ojos me miraban tras el telón de humo que había expulsado con su primera calada.

—Agárrate y acércate a estribor —le oí susurrar, mientras me especificaba con la cabeza que estribor era el costado derecho de la

embarcación.

Yo no terminaba de entender que estaba pasando, pero hice lo que me dijo. La joven pareja, entonces, alertada por los incansables gritos de Sebastian, se levantó asustada y el muchacho se hizo con el timón de inmediato.

Todo ocurrió muy rápido. Su barco y el nuestro se dieron un leve toque por el lado de estribor, donde yo me encontraba, que no impidió que se moviera toda la estructura y se rasguñara una pequeña parte del casco. Ambas cubiertas habían quedado en paralelo y separadas tan solo por medio metro.

—Lo siento, lo siento —decía el chico consternado.

—¿Eres imbécil o qué te pasa? —le espetó Sebastian de malos modos.

—Ya te he dicho que lo siento…

Ambos se enzarzaron en una estúpida discusión, teniendo en cuenta que tan solo nos habían provocado unos rasguños sin mayor importancia. Pero todo había sido una trampa. Lo supe al ver a Daniel desvinculado de todo cuanto estaba sucedicendo a nuestro alrededor, tranquilo como él era, con una inapreciable sonrisa que solo yo era capaz de distinguir, diciéndome sin palabras que todo estaba en orden, mientras aquellas voces repicaban en mis oidos; también cuando la chica saltó a nuestra cubierta con la excusa de saber si me encontraba bien, él se mantuvo impertérrito.

—¡Eh, tú, idiota! —le gritó un colérico Sebastian—. ¿Se puede saber qué haces? ¡Sal de mi barco!

—Tu uniforme no te da derecho a insultar a mi novia —le dijo el desconocido saltando también a nuestra cubierta.

—¿Estás bien? —me preguntó ella, posando su mano en mi cadera, tras ignorar los gritos del nazi.

Asentí mientras notaba cómo introducía algo en el bolsillo de mi pantalón con perfecta maestría.

Sebastian y el desconocido, mientras tanto, se habían sumido en una pelea de insultos y empujones.

—Maldito malnacido —le espetó Sebastian justo antes de darle un potente puñetazo.

El fuerte impacto hizo trastabillar al chico, haciéndole caer al agua. Mi primer impulso fue ir en su ayuda, pero Sebastian me lo impidió agarrándome del brazo. Entonces, la chica que me acababa de entregar la nota se lanzó a por él.

Volvimos al puerto en silencio. Sebastian y Daniel bebían y fumaban, pero ya no había risas ni bromas.

Yo solo deseaba que aquel joven se encontrara bien.

—Podías haberme ayudado —soltó Sebastian al rato.

—¿Y perderme el espectáculo? —le dijo Daniel con cierta ironía

—. Le diste un buen puñetazo, amigo.

—Aún los sé dar mejor.

—No me cabe la menor duda.

Cuando Dagna me vio llegar, supo que algo había ocurrido. Mi rostro compungido me delató.

—Preferiría estar sola. No me encuentro bien… —dije subiendo las escaleras.

—¿Qué ha pasado? —me preguntó siguiendo mis pasos.

—Sebastian no es más que un estúpido…

—Por fin…

—Tenías razón sobre él… todos teníais razón…

Me metí en la habitación y me tumbé en la cama, rememorando la pelea. Sebastian se había comportado como un auténtico cretino tratando así a la pareja. Su reacción había sido del todo desproporcionada y fuera de lugar. Sin embargo, aquello había servido para que me diera cuenta de su auténtica naturaleza; esa que escondía tras su arrolladora sonrisa y encanto natural. En el fondo, no era más que otro nazi; con su tiranía y su odio. ¿Qué hubiera pasado, entonces, si hubiera descubierto la verdadera naturaleza del choque? No me cabía la menor duda de que los hubiera matado. Sin preguntas. Pum. Pum.

Saqué la nota que aquella chica había guardado en mi bolsillo del pantalón. Deseaba que fuera importante, al menos lo suficiente para haber echado a perder un día que había comenzado prometiendo tanto.

Estaba en blanco. Imaginé que llevaría un mensaje escrito con tinta invisible y la puse a contraluz.

En pocos segundos, comprobé que así era y pude leer su contenido. Estaba en clave.

27

A esas alturas, Sebastian estaba enamorado de Veronika Rollheiser. Desde el primer instante en que la vio desfilar ante sus ojos en Horcher supo que aquella mujer tenía que ser para él.

Su belleza, su elegancia y su sensualidad la hacían diferente a todas las mujeres que había conocido hasta entonces, pero lo que lo enamoró por completo de ella fue aquella personalidad que, poco a poco, fue descubriendo.

Veronika era inteligente, sagaz, cariñosa, apasionada y lo suficiente sumisa como para no aburrirse a su lado. Lo escuchaba con atención, interesada en sus inquietudes y mostraba su opinión siempre sincera, acertada y oportuna, sin imposiciones ni exageradas alabanzas. En el trabajo era eficaz, disciplinada y tenaz, como la que más. Además, verla cada día y saber que era suya, solo suya, le provocaba una inmensa dicha.

Jamás creyó que habría una mujer que lo enloqueciera más allá de un efímero deseo carnal. Su fama de mujeriego precedía a sus innumerables conquistas. Porque para Sebastian, hasta entonces, las mujeres no eran más que trofeos que utilizaba para alimentar su desmedida vanidad masculina y apaciguar su desmesurado deseo por el sexo. Le divertía seducirlas y conquistarlas, pero cuando las conseguía, su interés por ellas caía en picado hasta desaparecer por completo.

Hasta ese momento, el amor había sido para él una quimera; una de esas pocas cosas que sabía que no podía conseguir ni con dinero, ni con carisma, ni con un apellido, ni con una sonrisa cautivadora. Eso le había provocado una continua insatisfacción que le hacía odiar la felicidad ajena, interponiéndose a ella a base de humillaciones, desprecios y petulancias.

Sin embargo, ahora, toda esa actitud parecía haber cambiado. Sus más íntimos fueron testigos de una transformación relevante en su carácter desde que la joven Rollheiser apareciera en su vida. Se mostraba más amable y paciente, cosa que agradecían, sobre todo, las hasta entonces principales víctimas de su tiranía, las atormentadas señoras del servicio de la Residencia von Stumpfegger y cualquiera que él considerara tener a su merced.

Le gustaba lucir a Veronika por lugares donde lo conocían y eso hacía pensar, equivocadamente que no era para él más que otra víctima con pronta caducidad en su vida. ¡Qué lejos de la realidad! Vanidoso y egocéntrico, se vanagloriaba de ver como su

acompañante era deseada por cada hombre y envidiada o admirada por cada mujer que se cruzaban a su paso. Porque la presencia de Veronika no era indiferente para nadie. No tardó en comprender que aquello, para un hombre enamorado, podía llegar a ser un arma de doble filo.

Por primera vez en su vida, deseó hacer oficial ante sus conocidos y amigos su noviazgo con una mujer. Quería que todos supieran quien ocupaba su corazón y su pensamiento y presumir de ser correspondido por aquella belleza que todos anhelaban poseer, incluido su padre.

Pero toda aquella seguridad y jactancia que lo invadía, se desplomó cómo un castillo de naipes cuando presenció el instante en que Veronika y Daniel se vieron por primera vez. A nadie que los hubiera observado con atención, se le habría escapado la química que ambos irradiaban. Era algo que casi podía palparse en el aire. Sus miradas y su lenguaje corporal les delataban.

Los celos y la inseguridad invadieron a Sebastian entonces, a pesar de que supo disimularlo muy bien. Cegado por el miedo a perderla, fue incapaz de achacar aquella reacción de ambos a otra cosa que no fuera una poderosa atracción. Pocos hombres había como Daniel Caine. Sebastian que siempre lo admiró y envidió a partes iguales, sabía en su fuero interno que si alguien existía con quien no podría competir, era, sin duda, con él.

A partir de aquella noche, pondría a un hombre vigilando la puerta principal de la mansión Rollheiser día y noche e intentaría mantener a Veronika lo más alejada posible de Daniel. Temía una infidelidad… quizás porque él las había cometido antes.

Tuvieron que pasar tres meses para que ambos amigos volvieran a verse. Una mañana temprano de julio, Daniel le llamó a su casa. Sebastian no pudo evitar alegrarse al oírlo. Echaba de menos los momentos de camaradería con él.

—Había pensado en pasar el domingo navegando… Podrían acompañarnos las chicas —le sugirió Daniel.

Sebastian, cuyos celos habían ido despareciendo tras comprobar a través de sus hombres que ni Daniel ni ningún otro habían visitado la mansión Rollheiser en todo ese tiempo, aceptó la invitación, sin imaginar que la misma, no era más que una coartada de la resistencia para hacerle llegar a Helen un importante mensaje.

La tarde anterior a aquella llamada, la luz anaranjada del ocaso iluminaba el desván de la mansión de los Ludendorff, donde Daniel pasaba la mayor parte de su tiempo. Se encontraba inmerso en la lectura de un libro, cuando unos destellos intermitentes en la pared le hicieron levantar la cabeza.

Se levantó y observó el exterior; un resplandor procedente de una ventana de la planta superior de la casa de enfrente, lo cegó obligándole a apartar la vista. Cuando volvió a mirar, pudo advertir una figura tras las cortinas. Alguien estaba intentando ponerse en contacto con él. Supuso que fuera quien fuese había utilizado un espejo u otro objeto similar que pudiese reflejar el sol para guiar sus centelleos en dirección a su desván.

Se quedó allí expectante durante unos minutos, semioculto tras la jamba de su ventana, a la espera de algún otro movimiento. En escasos minutos, una pareja salió de la casa entre besos y arrumacos. Eran un hombre y una mujer de mediana edad, vestidos con ropas que en otro tiempo podrían haber sido caras, si no hubiera sido porque ya estaban pasadas de moda. En cualquier lugar habría sido un detalle que hubiera pasado desapercibido, sobre todo en aquellos tiempos de austeridad bélica, pero no allí, en Wannsee.

Los observó con atención cruzar el jardín delantero hasta la verja. Una vez en la calle, algo pareció caerse del bolsillo del hombre, quien prosiguió caminando sin más. Desde aquella distancia parecía un punto grisáceo en el asfalto. Esperó a que se alejaran unos cuantos metros para bajar y recogerlo con cautela.

De vuelta al desván, se encendió un cigarro y desplegó el diminuto papel. Era una nota escrita en un inglés macarrónico, pero entendible.

> *Lago W. Domingo 13 j. 13.00h. Entrega mensaje a W. Lancha. Vigilada.*

Iban a entregarle a W., cuyo significado Daniel dedujo que era Helen Weaver, un mensaje en el Lago Wannsee el domingo 13 de julio. Imaginó que se acercarían a ellos en lancha. Se lo habían comunicado a él porque ella estaba siendo vigilada. ¿Helen lo sabría? Se dijo que lo más probable fuera que no. Pero quienes se habían puesto en contacto con él para que les sirviera de cómplice intermediario, desde luego estaban al corriente de aquel importante detalle.

Solo existía una manera de llevarla hasta allí. Y era con Sebastian; en su barco.

Una enorme ilusión por volver a ver a Helen batallaba en su mente con la preocupación de saberla vigilada. ¿Por qué? ¿Sospechaban de ella, o era un simple control rutinario? Imaginó que la resistencia tenía que estar al tanto de los motivos y tan pronto como tuvieran ocasión se lo harían saber. Era importante que ella lo supiera y cuanto antes mejor.

Aquella noche apenas pudo dormir embargado por la incertidumbre de saber si su plan funcionaría. Pero a la mañana siguiente, cuando llamó a Sebastian y este aceptó su propuesta de pasar el domingo a bordo de su barco, sintió alivio. Su parte estaba hecha, ahora les tocaba a ellos el resto.

¡Qué difícil se le antojaba tener a Helen a pocos metros y no poder tocarla! Estaba hermosa con aquel sombrero que le protegía el rostro de los rayos del sol y que ensombrecía sus cristalinos ojos azules.

A pesar de aparentar un perfecto desinterés hacia ella, su corazón palpitaba con fuerza cada vez que compartían una mirada cómplice cargada de un amor que solo ellos podían sentir.

Habían conseguido entregarle el mensaje a Helen, escenificando un perfecto teatro que Sebastian se tragó por completo. Pero tras la trifulca, provocada para distraer su atención, el joven nazi decidió volver a puerto dando por finiquitada, así, la travesía.

Daniel, que hubiera parado las agujas del reloj aquella mañana, se dio por satisfecho con el resultado. Todo había salido bien, eso era lo más importante.

28

Quedaban diez minutos para la medianoche cuando me deslicé por la ventana de mi habitación hasta aterrizar en el jardín trasero de la casa. La distancia desde el primer piso no superaba, según calculé, los tres metros. No me resultó difícil, dado que había practicado saltos iguales a ese en la escuela de adiestramiento las veces necesarias como para aprender a caer debidamente.

Caminé agazapada, camuflada en la oscuridad de la noche y la frondosidad de los árboles, hasta el embarcadero que había tras la mansión Rollheiser. Allí, como me decía el mensaje, me esperaba una pequeña barca de remo. Deshice el nudo que la mantenía amarrada al muelle y monté en ella con todos los sentidos alerta.

Tenía muy presente que las posibilidades de que me descubrieran eran remotas, pero no inexistentes. Aun así, supe mantenerme serena y esquivar la turbación que me producía poder perder a Daniel si me capturaban, ahora que lo había recuperado.

Siguiendo las indicaciones de la brújula, remé cuatrocientos metros al oeste bordeando la orilla, hasta llegar a una imponente mansión. Me aproximé al embarcadero privado de la residencia y permanecí recostada en la barca, esperando el aviso que me indicaría la posición donde me esperaban.

La oscuridad de aquella noche sin luna era casi absoluta. El silencio incómodo. La barca se mecía suavemente cuando vislumbré desde una de las ventanas, dos destellos cortos con la luz de una linterna de poca potencia.

Entonces, salí de la barca y, una vez la tuve amarrada, me encaminé hasta la puerta trasera de la desconocida mansión, atravesando un jardín que en otros tiempos habría sido frondoso y colorido.

Una vez dentro de lo que imaginé que era la cocina, esperé unos segundos a que mis ojos se acostumbraran a aquella oscuridad para poder continuar. No podía guiarme con ninguna luz artificial, ya que el uso de una linterna hubiera podido delatar mi presencia desde el exterior. Cuando los contornos fueron cobrando forma a mi alrededor, salí hacia el pasillo y me encaminé a la escalera para ascender hasta la planta superior.

Solo se oía el leve crujido de la vieja madera bajo mis pies. Me intranquilizaba que mis pasos fueran tan evidentes, pero era algo inevitable; todos los suelos de ese material terminan crujiendo con el paso de los años y los cambios higrométricos.

Una nube de humo salía de una de las habitaciones hasta evaporarse en el corredor de la primera planta. Saqué mi pistola y empuñándola, me acerqué hasta allí sigilosamente. No sabía si en caso de necesidad sería capaz de usarla contra alguien, pero portarla me daba la seguridad que en aquellos momentos necesitaba.

Al llegar al umbral de aquella puerta, percibí la silueta de alguien que fumaba un cigarrillo recostado en un sillón desbaratado.

—Puede bajar el arma —me dijo con tranquilidad aquella voz masculina.

Me guardé de nuevo la pistola en el bolsillo interior de la chaqueta, esperando a que aquel hombre me dijera qué requería de mí.

—Deberá andarse con mucha cautela de ahora en adelante. Sebastian ha mandado a varios miembros de la Gestapo vigilar la entrada delantera de su casa, pero no creemos que sea porque sospeche de usted.

—¿Entonces? —le pregunté sin comprender.

—Es controlador y celoso por naturaleza. Puede estar segura de que lo único que le interesa es comprobar si se ve con algún otro hombre a sus espaldas o si, por el contrario, le es fiel. Era algo que debíamos advertirla, aunque no sea lo que nos ha traído hasta aquí.

—Adelante.

—Necesitamos su ayuda para conseguir unos documentos. Es la única que puede acceder a ellos.

—¿Qué clase de documentos?

—Sabemos que el SS, Gruppenführer von Stumpfegger, guarda en su despacho importante documentación sobre todo lo concerniente a la invasión de la Unión Soviética: despliegue de los ejércitos, número de divisiones, de hombres, de armamento… Es de vital importancia conocer en qué situación se encuentra la Wehrmacht en el frente oriental.

—¿Y en qué situación se encuentra el ejército rojo en estos momentos?

—Tocado y casi hundido.

—¿Cómo y cuándo? —le pregunté decidida.

El desconocido se acercó a mí unos pasos y me observó con atención.

—Caine es un hombre afortunado… como bien me habían informado no solo es hermosa, también es decidida.

—¿Cómo y cuándo? —le repetí, ignorando sus palabras.

—El sábado que viene habrá una cena de gala en la Cancillería. Será el momento idóneo, la mayoría de los SS estarán congregados

en el comedor. En caso de que se viera sorprendida, es la única persona que tenemos que cuenta con coartada.

—Aun así, es arriesgado —observé.

—Lo es.

—Pero lo haré. ¿Cómo os entregaré la cámara fotográfica?

—Alguien te estará esperando en el baño de señoras de la primera planta. Llevará un pañuelo rojo anudado al cuello.

Me quedé unos segundos pensando en todos los detalles. No quería arriesgarme a que me asaltaran preguntas una vez estuviera de vuelta en casa. El desconocido me ofreció un cigarro que acepté.

—¿Y la llave? —le pregunté.

—Sebastian cuenta con una copia en su despacho, ¿me equivoco?

—Me sorprende hasta que punto están informados…

—No se imagina cuánto.

—Quiero pedirle algo a cambio.

—Diga.

—Envíele un mensaje a Daniel que lo inste a estar aquí la medianoche del 3 al 4 de agosto.

Una sonrisa pícara se dibujó en su rostro.

—Lo haré.

La situación durante aquellas primeras semanas de duros enfrentamientos en el frente oriental, no pintaba favorable para los soviéticos. Aunque parecían haberse recuperado del *shock* inicial, las tropas nazis avanzaban hacia el interior del territorio soviético rápidamente, tomando a su paso ciudades y miles de prisioneros, incluidos generales, sin encontrar apenas resistencia.

A medida que el ejército alemán se adentraba más en territorio enemigo, unidades de las SS y la policía seguían a las tropas. Las primeras en llegar fueron los Einsatzgruppen de la Policía de Seguridad y la SD, a quienes la RSHA había encargado el reconocimiento y la eliminación de aquellas personas que pudieran instaurar y realizar la resistencia a las divisiones de ocupación alemanas, identificar y concentrar a los grupos de personas que eran “hostiles” al régimen alemán en el este, establecer redes de inteligencia y conseguir documentación e instalaciones clave.

Conocidos también como “equipos móviles de matanza”, los Einsatzgruppen comenzaron sus operaciones de asesinatos en masa, principalmente de hombres judíos, funcionarios del partido comunista, del Estado y romaníes soviéticos. También, con la ayuda del personal del ejército alemán, establecieron guetos y otras instalaciones de contención para agruparles en grandes cantidades.

Esto sería el preludio de “La Solución Final”, la aniquilación

física de los judíos europeos que Hitler comenzaría a planear pocos meses más tarde.

29

La Cancillería se había vestido de fiesta aquella noche de sábado como si el III Reich estuviera celebrando ya su inminente victoria.

Habían sido congregados todos los altos mandos de las SS que en su mayoría habían acudido con sus esposas o novias. Incluso Hitler, a quien nunca había visto en persona, se paseó entre mesa y mesa agasajando a sus más destacados oficiales.

Al contrario de cómo lo había imaginado, no era alto; calculé que rondaría el metro setenta y cinco; tampoco era rubio. Pero sí tenía unos intensos ojos azul oscuro que me recordaron al mar picado cuando se dispone a arrasar con todo sin la más mínima piedad. Su voz era sombría y su acento no me sonaba al propio de un alemán del norte. Según a mi entender, carecía por completo de carisma y atractivo, incluso me atrevería a decir, de virilidad en toda la amplitud de la palabra.

Todos lo miraban como si tuvieran ante sí a un dios, incluido Sebastian; un ser todopoderoso e indestructible que conseguiría muy pronto adueñarse del mundo entero. Pero yo no veía nada más allá de un mero representante del infierno en la Tierra, con un fulminante final.

Estuvo poco tiempo en el salón. Sebastian me dijo que no era amigo de las fiestas, ni del alcohol, ni del tabaco. «Claro, solo es amigo de la barbarie», pensé entonces. Yo agradecí que se fuera, la sola idea de tenerle a tan pocos metros de mí me producía náuseas y me desconcentraba de mi verdadero objetivo aquella noche.

Las risas resonaban en el ambiente, donde el tabaco y el alcohol fueron cobrando protagonismo tras la marcha del Führer. Sebastian, quien estaba muy guapo con su impoluto uniforme blanco de gala, se encontraba entregado por completo y ajeno a mis verdaderas intenciones.

Sin embargo, yo permanecía sobria, regalando sonrisas inocentes y cautivadoras al mundo, mientras aguardaba la ocasión idónea para desaparecer de aquel comedor y perderme entre los corredores de una Cancillería que ya casi conocía a la perfección.

El momento propicio llegó a eso de las nueve y media de la noche, cuando ya la cena había acabado hacía rato y las copas comenzaban a hacer mella entre los asistentes.

Le di a Sebastian un beso largo, de esos que sabía que tanto lo enloquecían y le dije que iba al baño, contando con la existente posibilidad de que no volviera a verlo nunca más.

Me encaminé por los silenciosos y desiertos corredores, embargada por una ansiedad muy alejada del miedo. No pensaba en que pudieran descubrirme, a pesar de que comprobé de camino al despacho del padre de Sebastian que efectivamente, llevaba encima la píldora letal, sino en el duro golpe que podría significar para la Wehrmacht, si los soviéticos conseguían hacerse con toda aquella información.

Cuando llegué a la puerta del despacho de Karl von Stumpfegger, miré a un lado y a otro para corroborar que no había nadie en las inmediaciones. Entonces, introduje la llave en la cerradura, abrí y me colé en el interior. Crucé la salita sumida en la penumbra y, tras abrir la siguiente puerta, me acerqué hasta el escritorio para encender la luz de la lámpara de mesa.

Comprobé que al igual que Sebastian, su padre era ordenado y meticuloso con sus documentos, por lo que no me costó trabajo encontrarlos y esparcirlos sobre la mesa. No tenía tiempo para pararme a leerlos, pero pude constatar que había información muy detallada sobre el grupo de ejércitos de centro, dirigidos por el comandante von Bock, cuya misión consistía en rodear y destruir las fuerzas soviéticas en Bielorrusia y abrir el camino a Moscú, por lo que me imaginé que Karl estaría al mando de una de esas divisiones.

Llevaba cerca de tres minutos fotografiando aquellos papeles cuando oí unas risas lejanas en el corredor. Apagué la luz y crucé con cautela la salita, preguntándome quién podría haber subido a aquellas horas hasta allí. Me asomé un poco por el resquicio de la puerta y observé a un hombre, capitán por las insignias de su uniforme y a una mujer en los preludios de sus particulares artes amatorias, entrar en un despacho situado a unos cuarenta metros de donde yo me encontraba.

Maldije para mis adentros. Aquello no me gustaba. Ahora que había un nazi a tan pocos pasos de mí, era muy arriesgado volver al trabajo y que la luz pudiera delatarme desde el exterior, si por lo que fuera salían antes de tiempo.

Me insté a tranquilizarme, pues ya había conseguido información más que suficiente y volví al escritorio para guardar los documentos en sus respectivos cajones tal como me los había encontrado.

Cogí la cámara y corroboré que todo estaba en silencio en el corredor antes de abandonar el despacho. Si algo bueno tenían los nazis, era el inconfundible sonido que provocaban sus pesadas botas en el piso a cada paso.

Cerré la puerta con llave y me dirigí con rapidez hacia la escalera sin mirar atrás. Una vez en la primera planta, me forcé a

caminar con normalidad. Allí me crucé con algunos oficiales beodos que me miraron obscenos de arriba abajo, casi seguro, alentados por el alcohol.

El baño se me antojó lejano, pero llegué sin contratiempos. Solo había una mujer retocándose el maquillaje frente al espejo, con un pañuelo rojo al cuello.

Me pregunté si sería *ella*. Era bonita, a pesar de su indumentaria anodina y sin gusto; deduje por sus rasgos que era alemana. Me situé frente al espejo colindante al suyo esperando a que me diera algún tipo de señal. Sin embargo, me habló directamente.

—¿Lo tienes? —profirió en un susurro casi ininteligible.

Yo asentí y, tan pronto le hice entrega de la cámara, salí del cuarto de baño, sintiendo que me había quitado un importante lastre de encima.

Cuando llegué a casa todas las luces estaban apagadas. Eran cerca de las once de la noche, así que supuse que Dagna estaría acostada.

En aquellos meses, Dagna se había convertido en la madre que aquella guerra me había robado. Cómplice y leal, dispuesta a formar parte de aquel peligroso camino que ambas habíamos elegido seguir, se convirtió en el bálsamo para la inmensa soledad que a menudo me embargaba.

Su inteligencia le hacía decirme siempre las palabras acertadas, su empatía comprender mis silencios e inquietudes y su valentía instarme para continuar hasta el final sin desfallecer.

Me acerqué hasta su cama y la observé en silencio en la penumbra. No tardó en abrir los ojos.

—Pensé que estarías dormida.

—¿Sin saber cómo te había ido? Ni hablar —me respondió con su característica dulce sonrisa.

Se incorporó ligeramente y yo me senté a su lado.

—Parece que las cosas no han bien del todo… —observó tras mi largo silencio.

Me encendí un cigarro y aspiré una larga calada.

—No he conseguido fotografiar toda la documentación que me hubiera gustado.

—Estoy segura de que te has hecho con lo fundamental.

—Sí, creo que sí.

—Eres demasiado perfeccionista.

—Lo sé. No puedo evitarlo.

Aquella noche, como tantas otras, me costó conciliar el sueño. Había dejado atrás los bombardeos, el hambre y la desgracia, pero aquello no suponía un sosiego para mi atormentada alma. Era

consciente de la barbarie que asolaba al mundo, aunque en aquellos momentos no llegaba a conocer su verdadero alcance.

Me preguntaba cómo y cuándo acabaría aquella guerra y si Dagna, Daniel y yo sobreviviríamos a ella.

Rememoraba el pasado y soñaba con el futuro. Entre pensamiento y pensamiento, me preguntaba si mi madre, allá donde estuviera, se sentiría orgullosa de mi presente.

Una lágrima precedió a un inquieto sueño.

Los días pasaban y yo fingía con Sebastian un amor que era incapaz de sentir, mientras esperaba anhelante mi próximo encuentro con Daniel.

Había elegido el cuatro de agosto, porque era el día de mi auténtico cumpleaños y no el 13 de ese mismo mes, como marcaba mi identificación alemana.

—¿Y si no puede acudir? —le pregunté a Dagna mientras me arreglaba aquella noche.

—Lo hará.

Durante los últimos meses, había vivido tal vorágine de sobresaltos que ya nada podía sorprenderme. Cabía la posibilidad de que la resistencia no le hubiera dado mi mensaje, o que no pudiera acudir porque Sebastian se hubiera presentado de imprevisto en su casa, o porque tuviera que mandar un mensaje con urgencia a Inglaterra.

En tiempos de guerra, el futuro era del todo incierto. No podíamos predecir que ocurriría al día siguiente y hacer planes se convertía en una fantasía que nos alentaba a vivir. Más aún a nosotros que, como espías de los aliados, sabíamos que cualquier paso en falso podía significar el último de nuestras existencias.

Aun así, algo me decía que Daniel acudiría a nuestra cita clandestina. Estaba convencida de que sus ganas por verme a solas le habrían hecho, no solo esperar a aquella noche con ansia, sino también planificarla con detalle dentro de sus posibilidades. Esperaba no equivocarme y que, a pesar de los giros del destino, su amor hacia mí siguiera tan inquebrantable como lo era el mío.

Como una adolescente que se escapa de casa para encontrarse con su primer amor a espaldas de sus padres, me deslicé por la ventana de mi habitación, embargada de una euforia contenida, dispuesta a llegar a aquella abandonada mansión a golpe de remo.

En esta ocasión, llegué sin ayuda de la brújula. Me bastó hacer el camino de ida y vuelta una vez para saber orientarme en la oscuridad. No era difícil; la casa estaba a pocas manzanas de distancia.

La luna, a diferencia de la otra noche, brillaba en lo alto del

cielo dibujando estelas de luz a lo largo de los corredores de la vieja mansión. Eché un vistazo por la planta baja antes de encaminarme al piso superior.

Parecía estar adentrándome en un barco naufragado en mitad del mar. Cada habitación había sido, sin duda, desvalijada. Los pocos muebles que quedaban se encontraban dispersos o tirados y las paredes y suelos aún tenían la huella de los cuadros y alfombras que habían formado parte de aquellas estancias de las que ya no quedaba más que el polvo de la nostalgia.

Me encaminé escaleras arribas, observando las pisadas del suelo. Había muchas; unas más recientes que otras; también se me antojaron de diferentes pies. Me pregunté si alguna de ellas sería de Daniel.

Una vez arriba, agudicé el oído. Un solo paso en aquella tarima evidenciaría de cualquier presencia. Sin embargo, no escuchaba nada más allá de mi propia respiración.

Caminé apenas unos pasos, cuando oí pronunciar mi nombre desde el interior de alguna habitación que no pude precisar. Mi corazón comenzó a latir cual caballo desbocado, preso de la emoción.

—¿Dónde estás? —pregunté.

Entonces lo vi. Su silueta se dibujó en la penumbra, bajo el marco de una de las puertas que formaban parte de aquel corredor. Tan pronto como nos reconocimos, corrimos el uno hacia al otro hasta fundirnos en un anhelante abrazo cargado de amor reprimido.

Sentí su aroma impregnar mis sentidos. Era inconfundible.

—Te amo, te amo, te amo, te amo… —me dijo, agarrándome el rostro con ambas manos y mirándome a los ojos.

—Y yo a ti, mi amor.

—Cada día más, Helen.

—Oh, Daniel… Llevo noches sin dormir pensando en este momento.

—Yo igual.

Cuando besé sus labios, una descarga de electricidad recorrió mi cuerpo, recordándome lo que se sentía ante el verdadero amor.

El mundo que nos rodeaba pareció desaparecer de pronto. Ya no existía el miedo, el riesgo, la muerte, ni por supuesto la guerra; solo éramos él y yo, juntos de nuevo. Sin pasado y sin futuro. Solo el ahora.

Me dejé llevar por aquella pasión que nos envolvía y que convertió el suelo donde nos tumbamos en el más confortable de los lechos. Estábamos en una habitación sucia y destartalada, en la que no había más que el esqueleto de lo que un día fue una cama, pero Daniel hacía que todo aquello no importara.

Como si fuera la primera vez, le entregué mi alma y mi cuerpo, envueltos en un silencio que osamos romper entre gemidos y respiraciones agitadas, propios de aquel frenesí que nos mantuvo absortos durante dos largas horas.

30

A medida que aquel verano avanzaba, Alemania se iba alejando de sus planes de invasión relámpago. Habían subestimado a su enemigo y se encontraron con una resistencia que nadie esperaba. Eso supuso el primer problema para la Wehrmacht que solo había previsto suministros de combustible, neumáticos, recambios… para dos meses, tiempo que calcularon suficiente para hacerse “con el gigante de los pies de barro”, como el mismísimo Hitler definió pocos meses antes a la URSS.

Karl von Stumpfegger, con quien Sebastian mantenía conversaciones telefónicas desde su despacho de la Cancillería, compartía con él su preocupación desde el frente, donde ya veía bastante improbable que se ganara la guerra aquel año.

Los planes de invasión fueron modificados tan pronto como Hitler abandonó su confianza en una rápida y fácil victoria, centrando el nuevo y principal objetivo en capturar los campos petrolíferos del Cáucaso.

Pero en septiembre, el optimismo volvió de nuevo a instalarse entre los nazis. Supe por Sebastian que Kiev había caído junto a más de seiscientos mil prisioneros y que el ejército avanzaba sin pausa hacia Moscú.

El 3 de octubre asistí a un discurso público en el Sportpalast de Berlín, donde Hitler, haciendo acopio de su habitual seguridad oratoria, aseguró a los cientos de congregados que la guerra en el frente oriental estaba cerca de llegar a su fin.

Yo me sentía consternada. Si conseguían tal victoria, la Alemania nazi contaría con suficiente petróleo y recursos como para convertirse en una potencia mundial poco menos que invulnerable; por ende, Gran Bretaña no tendría más remedio que capitular tarde o temprano, incluso si EE. UU. decidía apoyarle.

Sin embargo, Dagna no creía ni una sola palabra de todo aquello. Estaba convencida de que los nazis nos decían únicamente lo que deseábamos escuchar.

—Nos mienten —me dijo un día, intentando aplacar mi desazón ante el rumbo que estaba tomando la guerra.

—¿Y si no es así? ¿Y si de pronto están tan cerca de la victoria?

—El invierno hará que dejen de estarlo —me dijo con absoluta seguridad.

Como si se tratara de un augurio, sus palabras se hicieron realidad poco tiempo después.

El invierno que llegó a tierras soviéticas más pronto y acusado de lo habitual, cayó sobre las tropas alemanas como una pesada losa.

Hitler, convencido de la pronta victoria, no tomó las precauciones necesarias para que su ejército superara aquella gran prueba: el “General Invierno Ruso”.

El Führer no había escuchado las advertencias de sus generales antes de comenzar aquella campaña; oficiales que habían vivido aquella misma situación durante la Primera Guerra Mundial y que conocían bien el medio en esas latitudes sub-árticas: el frio extremo, la espesa nieve, viento, días muy cortos, densos bosques de coníferas, malos caminos y amplias zonas despobladas que imposibiltaban encontrar refugio. Todos esos factores influían en las operaciones militares y se tuvieron en cuenta demasiado tarde.

Las fuertes lluvias de octubre convirtieron las carreteras sin pavimentar en barrizales casi inescrutables, donde las orugas de los Panzer encallaban constantemente, el fango se tragaba la artillería pesada que no podía continuar su camino y la infantería, caballos y blindados ligeros quedaban atascados en el lodo viscoso. Después, llegó noviembre con caídas bruscas de temperaturas, como hacía años no se experimentaban, pillando a los soldados alemanes desprovistos de ropa de invierno y desencadenando numerosas bajas que alcanzaron cerca de la cuarta parte de sus hombres. La ofensiva alemana quedó parada, la gasolina y los aceites de los motores de camiones, tanques y aviones helados e inutilizables. Era necesario preparar hogueras para fundir el hielo aferrado a los motores. En contrapartida, los soviéticos contaban el magnífico T-34 ruso, con sus anchas orugas y dotado de aceite especial anticongelante que se deslizaba sobre la nieve sin el más mínimo problema. Los soviéticos, mejor aclimatados y equipados para el intenso frio, tuvieron entonces su oportunidad de contraatacar.

Empezaba una batalla de desgaste que nada interesaba a los designios de Hitler.

La desmoralizadora técnica rusa de ataque nocturno y guerra psicológica, empezó hacer mella en la moral alemana que no hizo más que aumentar la tasa de suicidio entre las tropas del eje.

Diciembre llegó con treinta grados bajo cero en el frente. Aunque los alemanes consiguieron llegar a los suburbios de Moscú, tuvieron que retroceder apresurados al ser repelidos por tanques y batallones de obreros moscovitas recién movilizados. Una fuerte contraofensiva hizo recular, a su vez, a las fuerzas del Mayor General von Kluge que se encontraban ya en el límite de sus energías, salvando, así, a Moscú de ser invadida.

Mientras tanto en la Cancillería, a diferencia de los meses

anteriores, se notaba cierto aire de consternación. En especial, cuando llegó la noticia de que los Estados Unidos de América habían declarado la guerra a Japón, miembro del eje, tras los bombardeos sufridos en Pearl Harbor el día anterior, con un resultado de dos mil cuatro cientras personas muertas y grandes destrozos a la flota del Pacífico allí basada. Todos conocían el fuerte y organizado ejército, además de la enorme capacidad militar de los estadounidenses.

Yo iba enterándome de la situación en el frente a través de conversaciones que llegaban a mis oídos que corroboraba luego por comentarios que Sebastian no podía evitar expresar en nuestros momentos de intimidad.

Entretanto, iba pasando toda aquella información gradualmente a los aliados que les hacía llegar mediante radio, siempre a la misma hora, o a través de la resistencia.

Aquellos meses, gané en aplomo y sosiego; no solo por el rumbo que parecía estar tomando la guerra, sino por mis encuentros furtivos con Daniel.

Para mediados de diciembre nos habíamos visto cinco veces en aquella casa abandonada junto al lago que se había convertido en nuestro pequeño nido de amor secreto. Ambos éramos conscientes del riesgo que aquello conllevaba, pero nuestra necesidad de vernos, irrefrenable y delirante, parecía aumentar cada día. Aun así, no ampliamos nuestros encuentros, manteniéndolos en una vez al mes.

—Si alguna vez estás en peligro inminente avísame por radio —me dijo Daniel una noche, mientras fumábamos un cigarrillo después de hacer el amor—. Yo haré lo mismo.

No era una idea que me gustase demasiado. Si tuviera conocimiento de mi inmediata detención, avisarlo solo significaría arrastrarlo a mi mismo destino y eso era algo que, mientras estuviera en mi mano, no permitiría jamás. Aun así, preferí no rebatirle; ya vería como actuaría si se diera el caso, pero en ese momento no quería que pudiéramos llegar a discutir e irnos enfadados. Cabía la posibilidad de que fueran los últimos momentos juntos de nuestras vidas.

—Captaré tu señal —le dije al fin.

31

La Navidad se acercaba a Berlín y las casas comenzaron a decorarse para el momento.

Dagna y yo disfrutamos como niñas comprando y colocando los adornos navideños por toda la mansión. Pusimos un enorme abeto con luces, velas, bolas de cristal, oropel y ángeles en el salón; y adornamos el exterior de cada una de las ventanas con lucecitas que iluminaban la noche. En cada una de nuestras habitaciones pusimos su respectiva corona de Adviento, al igual que sobre la mesa del comedor, con cuatro velas, tres moradas y una rosácea.

—Son cuatro porque cada una representa un domingo de Adviento —me explicó Dagna.

—¿Y los colores?

—El color morado representa el tiempo de penitencia y el rosa dicha por el nacimiento de Jesús.

Me sentía feliz a su lado. Dagna me contagiaba su positivismo y su alegría y hacía que los recuerdos de mis últimas fiestas navideñas en el St. Mary´s se disiparan de mi mente como si nunca hubieran existido.

Contrariamente a como era típico en Alemania, decidimos celebrar la Nochebuena en casa de los von Stumpfegger. Llevábamos meses sin fiestas ni reuniones sociales por la guerra y Sebastian pensó que sería un buen momento para reunir a las familias en aquella noche tan especial. A mí me encantó la idea, en particular, porque Daniel estaba invitado también, al igual que su madre, Erika Ludendorff.

El 23 de diciembre, Sebastian me dio el día libre y lo aproveché para acercarme con Dagna al centro de Berlín a comprar los regalos; algo que no nos resultó tan sencillo como pude pensar en primera instancia.

La gente guardaba largas colas para hacerse con comida, dulces o cualquier producto de primera necesidad. A pesar de que el racionamiento nada tenía que ver con el que sufrí en Londres, en Berlín poco a poco fue haciéndose presente. No solo respecto a la comida, también en lo referente a productos textiles. Ya no se fabricaba ropa ni zapatos, debido a la escasez de materiales —estaban siendo destinados a la industria bélica—. No obstante, seguían existiendo costureras famosas que se vieron favorecidas con sus diseños a medida dentro de la clase alta berlinesa.

Esto hizo que se recurriera a regalar estúpidos libros

nacionalsocialistas para los hombres, a la vista de las restricciones llevadas en el ámbito de la literatura, y perfumes para las mujeres. Sin duda, Daniel se carcajearía por dentro cuando comprobase lo que escondía mi regalo.

Yendo de un lado a otro se nos echó la noche encima. Las mujeres caminaban resguardadas del frio con ropa de abrigo y miradas de despreocupación que contrastaban con los semblantes alicaídos de los soldados de permiso que regresaban a casa por Navidad. Me pregunté si Karl estaría presente mañana en la cena; sería interesante tener noticias del frente de viva voz. Sin embargo, lo creía poco probable. De haber sido así, Sebastian me lo hubiera comentado en algún momento.

—Aquí en Alemania lo común es intercambiar los regalos después de la cena de Nochebuena. En Inglaterra tengo entendido que no es así… —me explicó Dagna de vuelta a Wannsee.

—En Inglaterra los dejamos bajo el árbol y los abrimos a la mañana siguiente —le conté yo.

Para la alemana, que había pasado lo que llevábamos de invierno sin apenas pisar la calle y sin hablar con nadie más que conmigo, aquellas fiestas navideñas significaban una ruptura en su monótona rutina.

Todo hubiera sido diferente si los propietarios de aquellas casas que nos rodeaban hubieran seguido en ellas. Dagna hubiera tenido con quien conversar a menudo. Sin embargo, habían desaparecido sin dejar rastro, como si nunca hubieran existido.

Con el tiempo comprendí que no solo ella me hacía bien a mí, también yo se lo hacía a ella. Por ironías del destino que nos unió en el momento oportuno, ambas suplimos en la otra la soledad que arrastrábamos y el vacío que compartíamos. Yo encontré en ella a esa madre que ya no volvería a tener y ella encontró en mí a la hija que nunca tuvo ni nunca tendría.

Por la noche cuando me acosté, unas lágrimas resbalaron por mis mejillas llevándose consigo todo el júbilo que había experimentado durante gran parte de la jornada. No había recordado hasta entonces que un día como aquel, hacía ya un año, mi madre moría junto a mi tía en algún lugar de Manchester, despedazada por alguna bomba nazi caída del cielo. Me sentí culpable por haberlo olvidado tan solo un segundo.

Envuelta en el resplandor que emanaban las velas en una esquina de la habitación, me quedé dormida con la sensación de que ella estaba allí conmigo, acariciándome el cabello como cuando era niña y velando mis sueños desde algún lugar no muy lejano.

El 24 de diciembre amaneció nublado y con el lago cubierto por una fina capa de hielo. El aire soplaba con fuerza agitando las

ramas de los árboles y aumentando la sensación de frio.

Dagna y yo desayunamos en el comedor, caldeado por las brasas de la chimenea.

Cenar con los von Stumpfegger no le terminaba de resultar agradable, pero lo suplía sabiendo que estaría acompañada de Daniel, a quien hacía meses que no veía, y de mí. Hubo un tiempo en que estimó a Erika Ludendorff, así me lo confesó, pero eso era cosa del pasado. No solo se había afiliado al partido nazi al comienzo de la guerra, sino que había reemplazado sus verdaderas amistades de toda la vida, por jerarcas del régimen y sus esposas; algo que a Dagna le producía muchas reticencias.

Aquella noche, poco antes de salir hacia el coche con destino a la residencia von Stumpfegger, me miré en el espejo para comprobar el resultado final de horas de arreglo; y al ver mi reflejo en él, me emocioné.

Jamás me había visto tan hermosa. Con el pelo recogido en un elaborado moño, lucía un espectacular vestido largo de raso en color *champange* que, anudado al cuello, dejaba al descubierto gran parte de mi espalda. Como complementos, Dagna me dejó un conjunto de pendientes y pulsera de amatistas, para combinarlas con el borgoña del carmín y las uñas que resaltaban en mi blanca piel.

En ese momento, Dagna ya ataviada con un favorecedor vestido de flecos en verde oscuro, entró por la puerta de mi habitación.

Ante su cara de admiración, no pude evitar sonrojarme.

—Con cada nueva aparición te superas…

—Tú también estás muy guapa —le dije sinceramente.

—Celebro que nadie tenga que competir en belleza contigo esta noche. No tendrías rival.

—No me digas esas cosas…

—Lo sabes de sobra. Anda, ponte el abrigo que llegamos tarde.

Cuando llegamos a la mansión de nuestros anfitriones ya estaban Arabelle, Sebastian, Erika y Daniel charlando en el salón. Todos se quedaron impresionados al verme. Sus rostros reflejaron la fascinación que solía causar a mi paso, multiplicada por dos. Incluso Sebastian, que bebía en ese momento, tuvo que toser un par de veces para reconducir la bebida que parecía habérsele atragantado.

Daniel acarició suavemente mi cuerpo con su mirada; Sebastian, sin embargo, se lo comía con los ojos. Erika no pudo disimular la rivalidad que mi presencia le provocaba. Supuse que, hasta entonces, siempre había sido ella la que había destacado por su elegancia en cada acto social al que había asistido y ahora se sentía relevada a un segundo plano. Al contrario, Arabelle me estudió analíticamente con el semblante flemático. Siempre era difícil

percibir sus verdaderos pensamientos.

Raudos, todos se pusieron de pie, dispuestos a saludarnos con amabilidad e invitarnos a dejar los regalos que habíamos traído bajo el árbol de navidad, mientras una de las mujeres del servicio esperaba algo apartadas a que les pidiéramos la bebida.

No habían pasado ni cinco minutos de nuestra llegada, cuando oímos sonar el timbre de la puerta principal.

Todos nos miramos interrogantes. Nadie parecía esperar a nadie más.

—¿Esperas a alguien? —le preguntó Sebastian a su madre.

Esta negó encogiéndose de hombros.

Entonces, apareció un Karl von Stumpfegger casi irreconocible.

—¡Feliz Navidad! —exclamó con una alegría que su mirada no reflejaba, aproximándose hacia nosotros.

Seguido de él, entró otro hombre que me resultó desconocido, pero que sin duda no venía del frente. Su buen aspecto lo delataba.

—Para los que no lo conozcáis, él es Alger Koch, Mayor General. Nos hemos encontrado en la estación y puesto que está solo en Berlín, le he invitado a pasar la Nochebuena con nosotros. ¡Lo que no me imaginaba era que íbamos a ser tantos! ¡Mucho mejor!

Todos lo saludaron como si lo conocieran de toda la vida. Daniel también parecía haberle tratado en alguna ocasión. La única para la que era un completo desconocido era para mí. Dagna me explicó que hacía tiempo, habían coincidido en alguna que otra fiesta.

—Es la novia de mi hijo —me presentó Karl.

—¿Su nombre es…? —me preguntó el Alger cogiendo mi mano para besarla con galantería.

—Veronika. Veronika Rollheiser.

—Veronika Rollheiser —repitió en alto para sí—. Jamás olvidaré ese nombre.

Yo le sonreí seductora. Era un hombre que, aunque rondaría los cincuenta años, seguía conservando un intenso atractivo. Era alto y, a diferencia de todos los que estábamos allí, su pelo era negro azabache y sus ojos de un verde esmeralda magnético.

Cuando nos sentamos a la mesa, el Mayor General eligió tomar asiento a mi lado para consternación de Sebastian que, a mi otro lado, se puso rojo de ira reprimida. Mientras, Daniel disfrutaba en silencio de la divertida escena que sucedía frente a él.

Estaba segura de que para Sebastian tenía que ser muy difícil aguantarse las ganas de levantar al invitado de su padre y sentarle en el lado opuesto de la mesa. Pero aquella vez, no le quedó más remedio que claudicar ante los deseos de su superior.

—¿Cómo no nos has avisado, querido? —le preguntó Arabelle a su marido.

—No estaba seguro de que pudiera llegar para la cena.

—¿Cuándo regresas al frente, papá?

—Mañana.

—¿Mañana?

—Estamos en plena batalla, hijo. No hay tregua por Navidad.

—¿Están tan mal las cosas como se comenta en la Cancillería?

La mirada de Karl se ensombreció y un rictus de preocupación se dibujó en su rostro. Hacía pocos meses que se había ido y, sin embargo, parecían haber pasado años por él. Con barba de varios días y bastantes kilos menos, tenía un aspecto demacrado que rayaba lo enfermizo.

—¿Tan mal? —ironizó Karl—. Mucho peor. Pierdo decenas de hombres cada día a causa del frio. Mis soldados no cuentan con ropa de invierno y, a pesar de que se las ingenian para intentar mitigar de alguna manera las bajas temperaturas, todo resulta inútil. He visto con mis propios ojos cómo se meten papel o paja entre sus botas, o cómo se cubren con la ropa de nuestros propios caídos. Pero no solo mueren de congelamiento, también de neumonía o gripe. Y lo peor es que, a diferencia de los soviéticos, no podemos conseguir reemplazos ni para la mitad de los muertos que vamos dejando por el camino.

—¿No tenéis médicos? —pregunté.

—No dan abasto amputando pies, manos, orejas, narices…

—¿Seguís sin ropa de invierno a estas alturas? —le preguntó Daniel.

—Hace apenas quince días nos llegó la primera remesa…

—¡Dios mío! ¿Cómo Hitler no previó algo así? —esta vez fue Erika la que preguntó.

—Estaba convencido de que la Unión Soviética habría caído para el otoño.

—Todos lo estábamos —recalcó Sebastian.

Hubo unos segundos de tenso silencio, en el que cada uno de los presentes calibramos el alcance de la situación que Karl nos había relatado.

Yo, evidentemente, quería que los aliados ganaran la guerra a cualquier precio, pero la desesperación en las palabras del SS-Gruppenführer, lejos de provocarme satisfacción, me sobrecogieron llenándome de sentimientos encontrados. ¿Cuántas muertes se sucederían antes de que aquella guerra acabase? ¿Cuántas muertes serían necesarias para acabar con la enfermiza ambición de un solo hombre?

—Dejemos de hablar de la guerra —dijo Dagna rompiendo el silencio que se había adueñado del ambiente.

—Sí, por favor —dijo Karl agradeciendo la intervención de

Dagna.

Poco a poco, cada uno fue introduciéndose en conversaciones cruzadas con quien tenía más afinidad o más cerca en la mesa. Así pues, Arabelle hablaba con Erika, Dagna con Karl y mientras yo lo hacía con el Mayor General Koch, Daniel distraía a Sebastian como buenamente podía.

—¿Qué es lo que hace actualmente? ¿No está en el frente? —le pregunté.

—En estos momentos estoy al mando de un campo de concentración, señorita Rollheiser. Supongo que habrá oído hablar de ellos…

—Muy poco, la verdad.

—Son centros de confinamiento donde encerramos a los enemigos del régimen.

—¿Qué clase de enemigos? ¿Comunistas, prisioneros de guerra…?

—Entre otros.

—¿Está contento allí? Supongo que es mejor que estar en el frente.

—No es algo que me haya planteado.

A medida que fui hablando con aquel cortés nazi, fui intuyendo que no conseguiría sonsacarle ningún tipo de información relevante, por lo que decidí cambiar de tema. Demostraba con sus escuetas respuestas ser un hombre celoso de sus actividades, algo bastante común dentro de los altos mandos de las SS. Sus contestaciones eran cuidadosas y estudiadas y, aunque me hubiera gustado saber algo más sobre los campos de concentración, seguir preguntándole sobre el tema solo podría haberme llevado a levantar sospechas.

A lo largo de la cena intenté prestar interés también a Sebastian que parecía bastante enfadado, pero Alger Koch me lo ponía difícil; intentaba acaparar constantemente mi atención.

Supe por sus propias palabras que estaba casado con una mujer que socorría a los heridos en el frente.

—¿Enfermera?

—Auxiliar voluntaria —me especificó—. En primera línea.

—Debe de ser muy valiente.

—Lo es. Sin duda, es una de las cualidades que más admiro en una mujer.

—¡No hay nada como regresar a casa y que te reciban con esta estupenda comida! —exclamó Karl en ese momento.

La cena fue abundante y exquisita. Para beber tuvimos *glühwein* —un vino caliente con especias— y ponche. Como platos principales hubo dos a elegir: carpa y *confit* de pato. Yo me decanté por lo primero, al igual que el resto de las mujeres. De postre,

Arabelle trajo una bandeja con galletas en forma de estrellas y lunas que recibían el nombre de *plätzchen* y que dijo haber hecho ella misma.

—Arabelle, no te hacía tan buena cocinera. Están exquisitas —aprobó Dagna.

—Celebro que te gusten, querida.

—Mi tía siente especial predilección por los dulces —dije yo con una sonrisa, al verla devorar aquellas galletas con tanta felicidad.

No parecía en absoluto que estuviéramos en guerra. Comimos y bebimos en abundancia, reímos, cantamos villancicos y después abrimos los regalos; momento que Karl aprovechó para ausentarse.

Por supuesto, el primero que abrí fue el de Sebastian. Después de haberle tenido parte de la cena olvidado, hacerle otro feo, hubiera supuesto acabar la noche en discusión.

Al desenvolver el papel de regalo me encontré con un estuche de terciopelo negro que escondía un anillo de brillantes.

—Cariño, es precioso —le dije dándole un casto beso en los labios.

—Ven que te lo pongo. Espero haber acertado con la medida.

Me lo introdujo en el dedo anular y todos los presentes corroboramos que parecía haber sido hecho especialmente para mí. Me quedaba perfecto.

—Una gran elección, sin duda —lo elogió Alger Koch a Sebastian.

A las mujeres les encantó. Erika y Arabelle alabaron el buen gusto de Sebastian. Dagna aplaudió falseando emoción mientras daba un disimulado codazo a Daniel que suavizó al instante su expresión de fastidio.

Era la segunda joya que Sebastian me regalaba. Sin embargo, aquel anillo encerraba un significado más íntimo y personal. Me sentí culpable. Cada día me era más difícil fingir un amor que no sentía. El deseo que un inicio me invadía al verlo, había comenzado a decrecer, complicándome aquella farsa.

Daniel me regaló un pequeño bolso de mano, coqueto y estiloso que había elegido junto a su madre y Arabelle me obsequió un perfume exquisito.

Mientras todos abrían los regalos, aprovechando la distracción generalizada, pude intercambiar algunas palabras con Daniel.

—¿De qué conoces a ese hombre? —le pregunté curiosa, refiriéndome al Mayor General.

—Lo vi una vez aquí, hace tiempo. ¿Qué te ronda por la cabeza?

—¿Hay muchos campos de concentración?

—Ni idea. Solo sé que él está en Dachau, o por lo menos, allí iba destinado entonces.

—¿Y si de pronto también confinaran a judíos en ellos?

—¿A judíos? ¿Para qué? A ellos ya les tienen confinados en guetos.

—No sé… Cuando le he preguntado que clase de enemigos encerraban en su campo, se ha puesto algo nervioso, como si ocultara algo… luego esa respuesta… tan ambigua… ¿No crees que, si solo encarcelaran a comunistas, espías y prisioneros de guerra, no me lo habría dicho directamente?

Vimos a Sebastian que se acercaba a nosotros, algo apartados del resto, y Daniel cambió rápido de tema.

—La carpa tenía una pinta estupenda, pero soy más de carne.

—¿Qué tal estáis? —nos preguntó—. ¿Todo bien?

—Perfecto, cariño —le contesté.

—Por supuesto, amigo. La cena estupenda, la compañía… no se puede pedir más.

Observé la estampa que me rodeaba, desconectando de la conversación en la que Daniel y Sebastian se sumergieron.

Las mujeres, de pie, hablaban animadas junto al árbol. Dagna parecía integrada y Arabelle la correspondía amable, como si nunca hubiera existido entre ellas la más mínima diferencia; Erika, más discreta, parecía encontrarse en un segundo plano. Karl que ya había regresado hacía unos minutos a la estancia, había tomado asiento junto a Alger en un par de butacas frente al calor de la chimenea. Se habían desabrochado las guerreras y degustaban sus copas de ponche, a las que acompañaron con sus respectivos puros. Dialogaban. La cercanía de sus rostros delataba el secretismo de su incesante charla.

Karl lideraba la conversación. Gesticulaba con manos y brazos efusivamente y su semblante destilaba preocupación. Alger le escuchaba con atención, pero parecía algo contrariado, como si no terminara de creer lo que su amigo le relataba. Sin embargo, intentaba simularlo con una mirada condescendiente que acompañaba con espaciados y leves asentamientos.

Segura de que Karl le relataba la situación que estaba sucediendo en el frente oriental, me pregunté si aquello podría significar el principio del fin para el III Reich. Era pronto aún para saberlo, pero Churchill ya en aquel mes de diciembre de 1941, afirmó: "La suerte de Hitler está sellada. Y los japoneses serán reducidos a polvo". No fue el único en opinar algo similar; sin embargo, los peores años de aquella guerra estaban aún por llegar.

32

La Alemania nazi tenía bajo su yugo a casi la totalidad de Europa. Por eso yo, como muchos otros, miraba con ansiedad hacia la URSS. En sus manos estaba el fin del nazismo y, por tanto, el futuro del mundo.

En enero de 1942, llegó el primer fracaso para la Wehrmacht tras su fallido intento de conquistar Moscú. El Ejército Rojo les había hecho retroceder cerca de doscientos cincuenta kilómetros de su capital, causando graves pérdidas a sus treinta y ocho divisiones.

Como resultado de la avanzada general, las tropas soviéticas penetraron en las defensas alemanas y, aunque no significó la victoria total, si les supuso logros considerables.

Los alemanes fueron replegándose poco a poco, liberando regiones de Moscú y Tula; también gran parte de las regiones de Kalinin y Smolensk.

Pero lo más importante, sin duda, fue que el mito sobre la imbatibilidad del ejército alemán resultó desvanecido, infundiendo un cambio psicológico entre los soviéticos.

Mientras tanto, la vida en Berlín transcurría con la misma normalidad de meses atrás. Los periódicos y la prensa lanzaban mensajes tranquilizadores a la población, el racionamiento era casi inexistente para las familias acomodadas y el variado ocio convertían a la guerra en una utopía a ojos de los berlineses.

Sin embargo, aquel mes de enero de 1942, se sucedería un hecho que marcaría para siempre la historia de la humanidad y del que la inmensa mayoría no tendría conocimiento hasta varios años después.

El día 20 de aquel frío mes, en la villa de Am Gross Wannsee, un palacete requisado a una familia judía, fueron invitados por Reinhard Heydrich, jefe de la Sicherheitspolizei y del SD, altos cargos del gobierno, de las SS y de la Gestapo para llevar a cabo la coordinación de lo que llamaron: la Solución Final, nombre en código que utilizaron para referirse a la aniquilación física, premeditada y sistemática de los judíos europeos.

Para dictaminar quien era judío, utilizarían como base las antisemitas Leyes de Núremberg, adoptadas por unanimidad el 15 de septiembre de 1935 durante el séptimo congreso anual del NSDAP, celebrado en la ciudad de Núremberg.

Ninguno de los presentes se opuso a la política anunciada por Heydrich. Sabían que la decisión ya estaba tomada de antemano y

sus opiniones no habían sido invitadas a ser oídas.

Ni Sebastian ni yo, en consecuencia, tuvimos conocimiento entonces, del contenido de aquella reunión. Era más que evidente que algo turbio se tramaba entre las más altas esferas del régimen, pero jamás pude imaginar hasta donde serían capaces de llegar en su odio y desprecio hacia el pueblo judío.

La Conferencia de Wannsee supuso el preludio para lo que más tarde la historia conocería por Holocausto nazi.

—¿Por qué los consideran seres inferiores? —le pregunté una noche a Dagna mientras veíamos un programa de televisión de clara tendencia antisemita—. ¿Crees que puedan ser simples cabezas de turco?

—No lo sé. Pero en mi opinión, no creo que Hitler los considere inferiores, más bien, todo lo contrario. Quiere quitárselos de en medio porque los considera una gran competencia para su ideal de alemán ario.

Para los ciudadanos, el año que comenzó con una inusitada tranquilidad, fue cambiando progresivamente con el paso de los meses.

El recuerdo del sonido de las sirenas volvió a hacerse presente en mi vida. Aunque a diferencia de lo vivido en Londres, la mayoría de las veces no eran más que falsas alarmas. Sin embargo, aquella llamada que apremiaba a buscar refugio ante un inminente bombardeo enemigo, comenzó a mermar los ánimos de los ciudadanos que, a pesar de los continuos mensajes tranquilizadores, no tardaron en caer en un estado de amargura y pesimismo.

A partir de marzo, el racionamiento se volvió más acusado y, aunque seguía siendo impropio para una economía de guerra, no hizo más que disminuir aún más la moral de una población que ya empezaba a temer la victoria de los aliados y sus consecuencias.

Cegados por las mentiras que el gobierno nos hacía llegar y los innumerables rumores que no nos atrevíamos a difundir por su escasa fiabilidad, Daniel y yo buscábamos con desesperación informaciones veraces sobre el avance de aquella guerra en emisoras extranjeras, donde pudimos enteramos de que ciudades alemanas como Rostock y Lubëck habían sido bombardeadas por la RAF.

Conocíamos el riesgo de sintonizar aquellos canales, pero nos amparábamos en la seguridad de saber que la resistencia había saboteado los instrumentos de localización alemanes.

Sin embargo, desconocíamos que, a diferencia de años anteriores, aquel año de 1942 la organización de contraespionaje alemán estaba en plena cúspide de su rendimiento militar, sobre todo en lo que concernía a contraespionaje III y servicio de

radioescucha y, por ende, tenía sus localizadores funcionando a pleno rendimiento.

Una mañana soleada, aunque fría de abril, Dagna y yo acudimos a una tienda de alta costura en el centro de Berlín. El establecimiento estaba vacío a nuestra llegada, pero a los pocos minutos entró una mujer, en la que en un principio no reparé demasiado.

La única dependienta que se encontraba en esos momentos tomaba medidas a Dagna. Mientras, yo echaba un vistazo a los modelos de entretiempo que lucían en diferentes percheros perfectamente colocados, a varios metros de ellas. Recuerdo que descolgué un vestido azul celeste. Me gustaba, pero como no tenía pensado comprar nada aquella mañana, lo devolví a su lugar.

—Debería probárselo —me dijo una voz femenina a mi lado.

Al girarme hacia ella, un poco sobresaltada, me di cuenta de que se trataba de la mujer que había entrado en la tienda momentos antes. La observé con curiosidad. Aunque iba bien vestida, su aspecto anodino la hacía idónea para pasar desapercibida. Entonces, descolgó de nuevo el vestido y me lo tendió. Sus ojos casi negros me miraban fijamente. Aquello no era una simple invitación.

Tomé el vestido y me acerqué a Dagna con él en la mano.

—¿Qué te parece? —le dije mostrándoselo.

—Hermoso, cariño. El color hace juego con tus ojos.

—Voy a probármelo.

La dependienta me señaló hacia una esquina de la estancia, donde había un par de biombos que hacían de probadores.

Me encaminé hasta allí y, tras uno de ellos, comencé a desvestirme, escuachando a Dagna ultimar los detalles del traje de chaqueta que había previsto encargar.

La mujer que me había apremiado a probarme aquel vestido se introdujo en el biombo colindante al mío. No tardé en corroborar que mis sospechas eran acertadas y que aquella desconocida tenía un mensaje para mí.

Con la puntera de su zapato, deslizó un pequeño papel blanco que yo me apresuré a recoger, comprobando por el resquicio del improvisado probador que la dependienta continuaba dándonos la espalda, absorta en los requerimientos de Dagna.

La nota rezaba un mensaje escrito en alemán:

> *No utilice la radio salvo extrema necesidad. Aumento vigilancia.*
> *Contacto: Zapatería Schneider. Contraseña: Necesito mis zapatos arreglados para mañana a esta hora. Procedimiento habitual.*

En caso de urgencia, coloque dos macetas juntas en cualquiera de las ventanas de la fachada principal de su actual residencia y deje abierta la puerta trasera de la cocina.

Al levantar la vista del papel, la mujer ya no estaba en el probador. La vi avanzando con paso decidido hacia la salida. Una vez hubo alcanzado la calle, se perdió entre los viandantes y desapareció.

Así fue como me enteré del peligroso estado al que nos exponíamos todos aquellos que decidiéramos enviar información a los aliados a través de cualquier equipo de telecomunicación.

Por supuesto a partir de entonces, decidí seguir aquella advertencia rigurosamente, pero me intranquilizaba la idea de que Daniel desconociera aquel aviso. Apenas quedaban ocho días para vernos, podría esperar a contárselo, ¿o sería demasiado tarde?

Decidí esperar. Daniel era casi experto en telecomunicaciones. Se le daban bien y las disfrutaba. Podía imaginármelo en el sótano de la residencia Ludendorff perfeccionando durante horas el transceptor y la radio que el mismo había creado. Me dije que ocho días, frente al más de año y medio que llevaba como operador de radio en Berlín, pasarían en un suspiro.

Me equivoqué. Los días parecían avanzar más lentos que de costumbre. Llevada por la ansiedad estuve a punto de acercarme a su casa o contactarle por radio, pero terminaba por no hacerlo. Hubiera sido una temeridad. Lo primero se me antojaba casi imposible con aquel coche de la Gestapo estacionado siempre frente a la puerta principal de la mansión y lo segundo, era un riesgo que no solo me involucraba a mí, también a él y a Dagna.

Sin embargo, ojalá lo hubiera hecho.

Quedaban dos días para encontrarnos en la casa abandonada frente al lago, cuando una llamada de socorro me despertó cerca de la medianoche. Salté de la cama con el corazón en un puño y comprobé horrorizada que Daniel estaba intentando ponerse en contacto conmigo mediante el canal de emergencia. Me puse lo más rápido que pude los auriculares e intenté capturar correctamente su emisora, pero las interferencias eran continuas.

—¡Mierda! —exclamé en inglés al borde de la desesperación.

Desde que tuviera conciencia del riesgo al que Daniel se enfrentaba sin posiblemente saberlo, dormía cada noche con el transmisor pegado a mi cama. Sin eludir que la Gestapo pudiera descubrirlo de un momento a otro, repasaba con la mente, antes de dormir, los pasos que tantas veces Daniel me había instado a seguir si lo capturaban. Pero la teoría, nada tenía que ver con la realidad.

Recibí su mensaje pocos segundos después.

> *Tres hombres Gestapo casa. Stop. Un coche entrada delantera. Stop. Hazlo. Stop. Te amo. Stop.*

33

Salí por la puerta de atrás portando la bicicleta que montaría tan pronto como pudiera salir a la calle principal sin ser vista por los hombres que vigilaban la puerta de la mansión Rollheiser. Para ello, crucé a paso rápido varias manzanas a través de jardines particulares que, como el nuestro, colindaban con el lago.

Había tardado cinco minutos en ponerme un mono negro, colocarme una peluca oscura, calarme una gorra y colgarme una mochila a los hombros.

El exterior se me antojó una ciudad fantasma. Todas las ventanas permanecían en la más impenetrable oscuridad y el silencio solo era roto por el rumor del agua.

Me insté a tranquilizarme. Necesitaba tener la mente concentrada para pensar con claridad. Era imprescindible que intentara sacar los equipos de radio que Daniel guardaba en el sótano antes que la Gestapo diera con ellos. Solo así, tendría alguna posibilidad de ser liberado. Su vida, estaba completamente en mis manos y un paso en falso significaría la muerte para ambos.

Empapada en sudor por el incesante pedaleo y con la esperanza de que Daniel hubiera podido distraer a los hombres de la Gestapo el tiempo suficiente hasta mi llegada, aparqué la bici entre unos matorrales, a unos cien metros de la mansión Ludendorff. A partir de ahí, como hiciera para salir de casa de Dagna, caminé con cautela a través de los jardines traseros, amparada entre los diferentes arbustos y árboles.

No tardé en vislumbrar un resplandor en mitad de la noche. Según iba acercándome, pude comprobar que todas las estancias de la casa de Daniel tenían las luces encendidas. Sería difícil pasar desapercibida una vez hubiera abandonado la oscuridad que en esos momentos me amparaba.

Tras un árbol del jardín colindante observé el estado general de la mansión Ludendorff. Una de las ventanas del sótano estaba un poco abierta como Daniel me dijo que dejaría, para facilitarme la entrada e indicarme donde estarían las radios esperándome. Me encontraba a menos de cincuenta metros. Tenía que hacerlo cuanto antes. El reloj corría en nuestra contra.

Un sonido sordo me hizo levantar la mirada hasta la buhardilla. No llegaba a ver lo que sucedía en el interior, pero deduje por los golpes que estaban poniéndola patas arriba. Allí estarían dos agentes con Daniel. Me faltaba uno, ya que el cuarto esperaba en el

coche.

Lo encontré en la primera planta discutiendo con Erika. Ella accionaba desmesuradamente con las manos y se la veía muy nerviosa. Él parecía mantenerse firme en su propósito.

El corazón me latía deprisa. Era ahora o nunca. Crucé el jardín agazapada y veloz hasta la pared de la fachada. Podía oir los gritos que se sucedían en el interior mientras caminaba pegada al muro. Temí que fuera demasiado tarde, pero al entornar la ventana del sótano, identifiqué entre las sombras una radio de aspecto casero y un transceptor hp. Allí estaban, sobre una mesa pegada a la ventana.

Me descolgué la mochila e introduje medio cuerpo en el interior de la vivienda para poder alcanzarlos. Tenía que llevarlos lejos de allí, lo suficiente para que no le pudieran relacionar con ellos y pensaran que no había sido más que un error de las frecuencias. Contábamos con que Erika removiera cielo y tierra y así se lo hiciese entender a su amante.

Una vez me eché la mochila a la espalda con los dos aparatos dentro, sentí perder el equilibrio por unos instantes. Echar a correr con aquella carga se me hizo difícil, pero tenía que hacerlo. Respiré hondo dispuesta a llegar hasta el lago para hacerlos desaparecer bajo sus aguas. No quedaba otra alternativa.

Tenía el jardín de los Ludendorff y cien metros de arboleda por delante. Pero salir de las extensiones de la mansión sería lo más arriesgado con tanta claridad. Cerré los ojos, pensando en la noche que a Daniel le esperaba en los calabozos del Cuartel General de la Gestapo y, de pronto, escapar de allí con éxito se me antojó lo más sencillo del mundo.

No había recorrido ni tres metros de vacilante carrera, cuando oí detonar dos disparos. No podía girarme, solo continuar hacia adelante; pero deduje que provenían de alguna de las ventanas de la mansión. Otro disparo. El terror que experimenté en aquellos momentos me hizo olvidar el peso que portaba, llevándome a avanzar con mayor rapidez y determinación. Tenía que llegar a la arboleda; hasta entonces, era un blanco relativamente fácil en aquel claro, a pesar de encontrarme en movimiento.

El cuarto disparo me derribó contra el pulido césped al que caí de bruces. Intenté incorporarme, pero fue inútil, un dolor intenso me atravesó la piel como si me hubieran sajado con un cuchillo candente. Instintivamente, me llevé la mano a la parte interior del muslo y observé impotente que la tenía llena de sangre. Maldije para mis adentros. Me habían dado.

Oí unas voces a mi espalda.

—¡Qué no escape esa hija de puta! —bramó uno de los agentes

desde una de las ventanas.

Apreté los dientes, intentando paliar sin éxito el penetrante dolor que me supuso ponerme en pie y eché a andar tan rápido como pude, incapaz de correr.

Otro disparo alcanzó el tronco de un árbol a centímetros de mí, justo en el momento en que penetraba en la arboleda. Me giré un breve instante y verifiqué que dos hombres de la Gestapo salían en ese momento de la mansión.

Presa del pánico, eché a correr olvidando el dolor por unos instantes. Solo veía el lago que cada vez más cerca, parecía ser el límite entre morir o vivir. Dudaba que aquellos hombres continuaran su persecución a nado y en la oscuridad, teniendo ya su cabeza de turco aquella noche.

Sin embargo, para mi desconcierto no hubo más detonaciones. No sé si por la frondosa vegetación y la absoluta oscuridad me habían perdido el rastro o si sabían que herida no llegaría muy lejos y habían decidido tomárselo con calma. El caso es que, al llegar al borde del lago, lancé la mochila con todas las fuerzas de las que disponía y, a continuación, me tiré tras ella.

El peso la arrastró hacia las profundidades en cuestión de segundos y, tan pronto como desapareció de la superficie, comencé a bracear con vehemencia.

Nadé y nadé alejándome lo más posible de la orilla, pero siguiendo su trayectoria. Intentaba utilizar sobre todo los brazos ya que la pierna me dolía con cada movimiento. El agua estaba fría y aquello detendría momentáneamente la hemorragia, pero me preocupaba la salida. Tendría que hacerme un torniquete, pero ¿con qué?

Los cien metros que nadé se me antojaron largos kilómetros; me sentía agotada. Pero no podía pararme. No ahora. Tenía que coger la bicicleta y regresar a casa.

Salí del agua y atravesé cojeando un jardín atestado de maleza que me indicó que la propiedad llevaba meses presa del abandono. Crucé su puerta trasera y tras ella me dejé caer al amparo de aquellos muros que me resguardaban. Agudicé el oído unos instantes y, al verificar que todo estaba en silencio, me quité torpemente el mono y con el sujetador me hice un torniquete en el muslo.

La bala había cercenado parte de la carne despegando los planos subcutáneos y perforado algunos vasos sanguíneos; supuse por la fuerte hemorragia que había alcanzado a la vena safena menor, pero para mi alivio, no había llegado a incrustarse dentro. Era fácil saberlo a pesar de no ver con claridad. Un disparo a tanta distancia hubiera dejado un orificio de entrada bastante bien definido y

posiblemente hubiera alcanzado la arteria femoral, lo que hubiese sido fatal. Aun así, si continuaba perdiendo tanta sangre, no tardaría en entrar en *shock*. Esperaba que aquel improvisado torniquete me permitiera llegar hasta casa.

Me puse en pie ayudándome con la pared y salí al exterior. Durante unos instantes, me costó orientarme. Tuve que repasar mentalmente donde me encontraba para poder continuar.

Sin dejar de cojear, llegué hasta el arbusto en el que me esperaba la bicicleta tal cual la había dejado minutos antes. Pero la idea de ir por la vía principal al amparo de la tenue iluminación que proyectaban las farolas, se me antojó una temeridad, por lo que decidí avanzar a través de los jardines.

Caminaba con dificultad. La sangre parecía haber menguado, pero el dolor cada vez se volvía más lacerante. En cualquier caso, no me detuve salvo para agacharme cuando oí el ruido de un motor circular a poca velocidad por la calzada.

Me pregunté si me estarían buscando. Era probable. Si conseguía llegar a casa lo habría conseguido. Jamás me reconocerían. Con la peluca morena y la gorra, parecía otra mujer. Además, el mono me quedaba algo holgado para aparentar mayor corpulencia.

Cuando llegué a la puerta trasera de la mansión Rollheiser me apoyé en el marco para recuperar el aliento. No sirvió de mucho. Avancé en la penumbra sintiéndome desfallecer. Al borde de mis fuerzas y, a punto del llanto por las emociones contenidas, me derrumbé al alcanzar el pie de las escaleras que ascendían a la planta superior.

Llamé a Dagna, esperando que aquella noche tuviera el sueño tan ligero como acostumbraba y, mientras esperaba, me quité la gorra y la peluca que ya comenzaba a picarme.

A mi segunda voz encendió la luz de su habitación.

—Gracias a Dios… —exclamé al verla ataviada con su bata de franela.

—¡Veronika! —exclamó bajando las escaleras—. ¿Qué ha ocurrido? ¿Dónde has estado?

—No hay tiempo que perder. Escúchame con atención. Pon en la ventana de tu habitación dos macetas.

—¿Ahora? Esos tipos que están ahí fuera sospecharan. Son cerca de la una de la madrugada.

—Ahora. Lo más probable es que esos pobres infelices estén echándose una cabezadita. Date prisa.

—Pero… necesitas un médico… —dijo angustiada cuando vio el rastro de sangre que había dejado en el piso.

—Solo necesito que coloques esas macetas y me traigas cuanto antes suero fisiológico, antisépticos y vendas.

Mientras esperaba el regreso de Dagna, observé la herida con atención. Sin duda, necesitaría puntos para cerrarla; parecía bastante profunda.

—No tengo suero, ni antisépticos —dijo la mujer bastante nerviosa a su vuelta.

—Ve a la cocina, corta un limón por la mitad y me lo traes sin exprimir con un vaso de agua.

Esta vez regresó con todo lo que le había pedido.

—Espero que sepas lo que haces.

—Sé lo que hago —le dije con determinación.

Cogí una de las mitades del limón y me dispuse a exprimirla sobre la herida. Cerré los ojos y sentí tal dolor que pensé que me marearía de un momento a otro, sin embargo, aguanté. Pero aún quedaba lo peor.

Exprimí la otra mitad en el vaso de agua para terminar por limpiarla con aquella solución casera de emergencia y le pedí a Dagna que me trajera aguja e hilo. Me miró petrificada.

—¿No pensarás hacer lo que me temo que vas a hacer?

Sin contestarle, intenté incorporarme, pero sin ayuda me resultó imposible. Un chorro de sangre brotó de la lesión. Dagna me sirvió de apoyo y así pude avanzar hasta la cocina, donde me senté en una de las sillas. Necesitaba buena iluminación y no quería llamar la atención de los informadores de Sebastian. Era preciso que continuaran viendo la casa en su habitual oscuridad nocturna.

Dagna corrió las cortinas y encendió la luz. Después de dejarme un paño, con el que me presioné ligeramente la herida, desapareció tras la puerta de la alacena.

—¿Ahí guardas los utensilios de costura? —le pregunté.

—Aquí las únicas que alguna vez cosen algo son las empleadas —me explicó.

Una vez tuve el hilo enhebrado en la aguja, alineé con cuidado ambos lados del corte y le pedí a Dagna que me metiera el trapo entre los dientes.

—Si eres aprensiva es mejor que no mires…

—No sé si esto es buena idea, Veronika —me dijo con un halo de preocupación.

Coser una herida era algo sencillo, sin embargo, era muy normal sentirse alarmado ante aquella visión si no estabas acostumbrado. Por eso invité a Dagna a que me preparara un zumo. La mantendría entretenida durante un rato y me ayudaría a recuperar líquido.

Recordé las veces que había hecho aquello mismo a tantos pacientes en el St. Mary´s. Lo más importante para coser bien una herida era no dejar ninguna sección entre nudos abierta y que ambas caras del corte quedaran bien cerradas. Hubo muchos que,

como yo en ese momento, tuvieron que sufrir aquel mismo dolor porque no disponíamos de suficiente anestesia, reservada para las operaciones quirúrgicas. Pero a mí, aquel dolor me hacía feliz. Significaba que estaba con vida, después de todo.

34

Una hora antes…

Aquella noche de finales de abril del año 1942, Daniel se vio en la urgencia de transmitir información a Londres.

Los alemanes, tras la pasada derrota a las puertas de Moscú, habían cambiado de planes.

La batalla en el frente oriental prometía ser dura y sangrienta, más aún por la nueva incorporación de Estados Unidos en el bando aliado. Hitler había comprendido que su ejército no conseguiría vencer a la URSS en una ofensiva relámpago, como tanto les urgía, debido a sus limitadas reservas. Tenían pues, que prepararse para una larga guerra y, para ello, necesitaban materias primas con las que resistir a la enorme potencia industrial norteamericana.

Las nuevas miras de Hitler apuntaban a las enormes reservas de petróleo del Cáucaso.

Una vez la mansión Luderndorff quedó sumida en la oscuridad y el silencio, Daniel bajó al sótano. Se encendió un cigarrillo. Como siempre que conectaba el transceptor, todos sus sentidos se pusieron en alerta y su corazón se aceleró.

Consciente del peligro, situó el aparato frente a una de las ventanas que, a ras del suelo de la fachada, le permitían ver la entrada principal sin ser visto y se colocó los auriculares.

Las pantallas de los instrumentos de localización alemanes permanecían día y noche vigilados por operadores. Sus monitores reflejaban las emisiones de radio con rayas verticales, cuya posición indicaba la frecuencia y la intensidad de la señal. Solo tenían que descolgar el teléfono de su escritorio y comunicar a las estaciones de rastreo la frecuencia de la emisión pirata. Ellos podían averiguar en cuestión de segundos el punto exacto de la emisión, gracias a la precisión de los aparatos utilizados para medir ángulos: los goniómetros. Después, transmitían la información a la sede central de radioescucha de Berlín, donde apuntaban el punto exacto para retransmitírselo al destacamento de la Gestapo más cercano al lugar en cuestión, quienes contaban con varios coches siempre listos para llevar a cabo la detención.

Lejos de sentir pánico al ver aquel coche negro aparcar frente a la entrada principal de la casa, Daniel mantuvo la sangre fría. Había conseguido mandar el mensaje completo a Inglaterra, pero aún no se había quitado los auriculares ni desconectado el transceptor, por lo que buscó la frecuencia de emergencia de Helen para hacerle

llegar el aviso como habían acordado llegado el caso.

Tres hombres de la Gestapo se apearon del vehículo. Un cuarto permaneció dentro en el asiento del conductor. Así se lo transmitió a Helen, mientras los veía avanzar a través del camino empedrado de la casa. Con rapidez, desconectó el aparato de la corriente y, cargado con él, cruzó hasta el extremo opuesto del sótano. Con el transceptor y la radio junto a la ventana abierta que daba al jardín trasero, abandonó el sótano al momento de oír el primer timbrazo de la puerta principal.

Subió de dos en dos los escalones hasta la primera planta y se metió en su dormitorio. La Gestapo llamó sin parar, una y otra vez, hasta que la mujer del servicio les abrió.

Daniel, tumbado en la cama intentando recuperar el aliento tras la frenética carrera, oyó a su madre bajar las escaleras hasta la planta baja. Tan pronto como Erika vio a aquellos desconocidos repartidos por el salón poniéndolo patas arriba, se puso a gritar presa de la histeria.

—¡Paren! ¡Paren, he dicho!

Ellos continuaron en su faena ignorándola.

—¡Freiin Erika Ludendorff les ordena que paren! —gritó Erika haciendo uso de su importante y conocido nombre.

Uno de los hombres se acercó a ella inquisitivo y la agarró con fuerza de la muñeca.

—No se le ocurra ponerme las manos encima o lo pagará muy caro, se lo aseguro —le espetó ella desafiante.

—Su apellido podrá salvarla esta vez, pero a los demás miembros de esta casa no los podrá salvar nada —Frieda y Adalia, las dos mujeres del servicio que permanecían en una esquina de la estancia, se abrazaron asustadas—. ¿Dónde está su hijo?

—Estoy aquí —dijo Daniel que entraba en ese momento en el salón.

—Queda detenido.

—¿Se puede saber qué clase de estúpida broma es esta? —volvió a decir Erika cada vez más irritada—. Van a pagar caro su incompetencia. En cuanto sus jefes se enteren de este ultraje, serán enviados al frente ruso sin dilación.

El hombre sonrió con desfachatez, mientras se acercaba a Daniel sacando las esposas. Los demás seguían moviendo sofás y sillones.

—¿Se puede saber de qué se me acusa?

—No estamos autorizados a revelarle tal información.

—Tranquilo, hijo. Llamaré a Helmuth y todo esto quedará aclarado.

—Después llama a Sebastian.

—Por supuesto.

—¿Puedo ponerme al menos unos pantalones y una camisa? —le preguntó Daniel al hombre que se disponía a esposarlo.

Este pareció dudar.

—Ritter, acompañe al caballero a cambiarse de ropa —dijo dirigiéndose a unos de sus hombres que en ese momento intentaba mover una pesada librería—. Respecto a usted —esta vez habló a Daniel—, no haga ninguna tontería.

—Nunca me he caracterizado por hacer tal cosa, señor…

Daniel esperó que aquel hombre le dijera su nombre, sin embargo, lo ignoró.

—Andando —le espetó el tal Ritter dándole un pequeño empujón.

Era necesario tenerlos distraídos del sótano para dar tiempo a que Helen se deshiciera del transceptor y la radio. Solo así, tendría oportunidad de salir con vida del Cuartel General de la Gestapo. Lo habían planeado de forma meticulosa una de las noches en las que se habían reunido en la casa abandonada junto al lago. Ambos eran conscientes de que la suerte no estaría siempre de su lado y, aunque no lo decían con franqueza, sabían que era cuestión de tiempo que descubrieran a uno de los dos. Daniel se alegró de haber sido él. Si Helen no lo conseguía, solo él sufriría las consecuencias de sus actos. Lo único que le intranquilizaba era que pudieran descubrirla yendo en su ayuda. Eso los condenaría a ambos y, entonces, nada ni nadie podría salvarlos.

Después de cambiarse de ropa mientras aquel energúmeno revolvía toda su habitación, bajaron a la planta baja, lo esposaron y le ordenaron sentarse junto a las dos empleadas que llorando esperaban a que terminara el registro y llegara otro coche para poder llevarlas al Cuartel General. Daniel sintió pena por ellas durante un instante. Quería creer que las soltarían pronto, pero no estaba seguro de que hasta que ese momento llegara, no tuvieran que aguantar algún tipo de tortura creyéndolas cómplices.

Erika seguía discutiendo con aquel cínico agente de la Gestapo, en tanto sus compañeros registraban el desván. Los golpes se oían tres plantas más abajo. El siguiente lugar a donde irían sería el sótano.

—¿Quién va a pagarme todos estos desperfectos? ¿Usted?

—Estoy seguro de que sus importantes amistades del régimen sabrán indicarla cómo proceder.

Habían pasado cerca de quince minutos. Daniel imaginaba a Helen en las inmediaciones, cuando oyó un disparo que sobresaltó a todos los presentes.

—¡Ya lo que faltaba! ¡Disparos! —exclamó Erika irritada.

El hombre que hablaba con Erika se asomó en ese momento por

una de las ventanas, pero al no ver nada, farfulló alguna maldición y subió hacia el desván.

Más disparos.

Daniel sintió miedo. A pesar de su impertérrito rostro, el repetitivo e incesante moviento de una de sus piernas le delataba. Erika, aprovechando la ausencia de los hombres, se acercó a su hijo para infundirle palabras de aliento.

—He hablado con Geier. Viene hacia aquí.

—Bien —le contestó más preocupado por Helen que por su propia suerte.

Los dos hombres que habían estado registrando el desván bajaron las escaleras a toda velocidad y corrieron hacia la cocina. Tras ellos, el que parecía el jefe, fue interceptado por Erika.

—¿Se puede saber qué están haciendo?

—Nuestro trabajo, señora Ludendorff.

—¡Son unos bárbaros descerebrados!

Este, ante el insulto, levantó la mano dispuesto a golpear a Erika en el rostro, pero Daniel se interpuso entre ambos. Su mirada estaba cargada de ira, sin embargo, se detuvo. En su lugar, le bramó una amenaza.

—Voy a convertir a su hermoso hijo en tal amasijo de sangre con piel que no será capaz ni de reconocerlo en la morgue.

Dio media vuelta y se dirigió con paso decidido hacia la cocina, desde donde se le oyó gritar a sus hombres:

—¡Dejarla! ¡Nos llevamos al detenido ya!

Daniel no pudo evitar sonreír para sus adentros. Helen había llegado hasta allí y conseguido escapar de las garras de la Gestapo. A pesar de las escalofriantes palabras que aquel energúmeno había espetado momentos antes y del destino inminente que le esperaba, saber que Helen estaba a salvo, le provocaba una dicha inevitable. La amaba. La amaba como solo se puede amar una vez en la vida.

Cuando el vehículo en el que Daniel iba detenido en el asiento trasero tomó Prinz-Albrecht-Straße, el joven no pudo evitar recordar los informes de hombres y mujeres arrestados por la Gestapo que meses antes había leído en el despacho de Helmuth Geier. Un escalofrío recorrió su cuerpo. Pocos eran los que salían del Cuartel General con vida, muy pocos. Se preguntó si su madre conseguiría lo que muchos habían intentado en vano: mover los hilos precisos para sacarle de allí. Vivo.

Fue conducido a los sótanos del temido edificio hasta una habitación que parecía una sala de interrogatorios cualquiera. Sin ventanas y de decoración austera, solo poseía una mesa en el centro sobre la que descansaba un cenicero lleno de colillas y un par de sillas a cada lado de esta. Le hicieron sentarse en una de ellas y,

durante interminables minutos, esperó a que alguien apareciera.

Con sangre fría, intentó dejar la mente en blanco y enterrar en los más profundo de su psique todo tipo de emociones. Respiró con calma y relajó su cuerpo, renegando de su memoria. Dejó de ser Daniel Caine para dejar paso a un inocente cualquiera, a una sombra de su verdadero ser. Abandonó su identidad, como hacía Helen cada vez que se convertía en Veronika. Daniel sabía que en la mente estaba la resistencia de todo ser humano y luchó por dominarla. Hasta la hora de la verdad, no sabría si lo conseguiría.

Un hombre con uniforme de mayor cruzó la puerta dirigiéndose a la mesa de interrogatorios donde tomó asiento frente a Daniel. Rondaría los cuarenta y cinco años, tenía el pelo cano y su aspecto era cansado. Al joven le pareció más un funcionario de correos que un policía.

El desconocido, que se presentó como mayor Zweig, lo analizó con el rostro impertérrito. Se encendió un cigarrillo y le ofreció uno a Daniel, acercándole la cajetilla. Ambos dieron las primeras caladas en silencio.

—Te pareces a tu padre —le dijo de pronto.

Daniel se sorprendió. No esperaba oír aquello.

—Eso dicen —le contestó, sin embargo.

—Sabes porque estás aquí, ¿verdad?

—No.

—Ambos sabemos que mientes.

Daniel no afirmó ni negó. Se limitó a mantenerle la mirada, mientras daba una larga calada al cigarrillo.

—Por el aprecio que un día tuve a tu padre, te voy a poner las cosas fáciles. Respóndeme a un par de preguntas y yo mismo me encargaré de que llegues a un campo de trabajo sin que ninguno de estos carniceros te haya puesto un solo dedo encima.

—¡Qué consuelo! —ironizó Daniel.

El mayor se acercó a él, claramente turbado.

—Escúchame bien, Daniel Caine. Una vez estés dentro de la sala de torturas ya no podré hacer nada por ti. Terminarás hablando, como todos. Pero pagarás un precio muy alto por no haber zanjado el asunto aquí y ahora conmigo.

Daniel siguió mirándolo en silencio.

—Dime para quién trabajas y los nombres de tus colaboradores en Berlín. Y te ahorraré el peor final que un ser humano pueda conocer.

—No diré nada ahora ni después porque soy inocente.

—¡Maldita sea, Daniel! —gritó el hombre dando un puñetazo sobre la mesa—. ¿De verdad vas entregar tu vida por Inglaterra de esta manera?

—Yo no entrego mi vida por nada ni por nadie. Sois vosotros los que me la pretendéis quitar.

—Te lo repetiré por última vez. Dime para quién trabajas y el nombre de tus colaboradores aquí en Berlín.

Daniel aplastó con parsimonia el cigarro en el cenicero. El mayor esperó unos minutos e hizo lo propio dando por concluida la charla, seguro de que por esos medios no le haría hablar jamás. Parecía abatido de verdad. No obstante, Daniel no estaba dispuesto a traicionar a su patria, ni por supuesto a Helen. Era algo que tuvo claro desde el primer instante en que aceptó aquel trabajo para el MI6.

En la sala de torturas lo desnudaron y le ataron las manos a dos ligaduras que caían del techo y los pies a otras dos paralelas situadas en el suelo, dejando así su cuerpo en forma de cruz. No opuso resistencia. Sabía que de nada serviría.

Cuando Daniel vio entrar en el cuarto al hombre que estuvo a punto de golpear a su madre, tras los insultos que esta les espetó, deseó que un mal golpe acabara con él cuanto antes.

Sin embargo, los hombres que llevaban a cabo las torturas sabían cómo infligir el mayor daño posible manteniendo al prisionero con vida. Los habían entrenado para ello, aunque algunas veces, se les iba la mano, enloquecidos por la violencia extrema que salía de sus entrañas.

El hombre de la Gestapo cerró la puerta y cogió una barra de hierro ante la divertida mirada de su compañero que parecía estar disfrutando con la situación.

Daniel recibió el primer golpe que aquel sádico le proyectó en el estómago, con un alarido de dolor.

—Parece que esta noche vamos a divertirnos… —dijo el que en aquellos momentos se limitaba a mirar, sentado cómodamente en una banqueta.

Helmuth Geier llegó a la residencia de los Ludendorff casi media hora después de que el coche de la Gestapo se hubiera llevado a Daniel detenido. Después de cruzar el umbral de la puerta de la entrada principal, se encontró a una Erika abatida, sentada en el suelo del vestíbulo. Ni siquiera levantó la vista al verlo llegar.

—Mi niño… mi niño… —decía entre sollozos.

Helmuth se sentó a su lado e intentó abrazarla, pero ella lo rechazó apartándose bruscamente.

—Tráeme a mi hijo vivo, Helmuth. Por lo que más quieras…

—He hablado con el Cuartel General. Por lo visto recibieron una señal de emisión clandestina…

—¡Eso es una absoluta infamia! —le interrumpió Erika colérica

—. Mira como han puesto toda la casa, no les ha quedado ni un rincón sin registrar… ¡y no han encontrado nada! ¡Nada! Tú sabes que mi hijo es inocente.

—Erika, yo…

—Tú, ¿qué? —le espetó cargada de ira.

Él la miró consternado. Le dolía verla sufrir. Pero conseguir que liberaran a Daniel con los cargos que le imputaban iba a resultarle muy difícil, si es que lo conseguía.

—Voy a hacer todo lo posible, pero no puedo prometerte nada.

Erika pasó la noche en vela, viendo pasar las agujas del reloj con exacerbada lentitud, mientras esperaba junto al teléfono esa llamada que no terminaba de llegar.

Angustiada y sola, bebiendo una taza de café tras otra, observó con desinterés cómo las luces del amanecer invadían el salón de destellos anaranjados, anunciando un nuevo día.

El timbre de la puerta despertó a Erika del estado catatónico en el que se había sumido tras la marcha de Helmuth.

35

Eran las seis de la mañana cuando Sebastian llegó a la residencia de los Ludendorff, vestido con su uniforme de las SS.

La llamada de Erika a aquellas horas le había alarmado; más aún cuando escuchó su consternada voz al otro lado de la línea.

—Ha ocurrido algo horrible. Por favor, ven a casa —le había dicho.

No había querido darle más explicaciones por teléfono, pero Sebastian intuyó rápido que debía de haber ocurrido algo muy grave.

—Dame diez minutos —le dijo antes de colgar.

Erika le abrió la puerta elegantemente vestida y bien peinada, pero aquello no era más que el intento desesperado de una mujer por aparentar una dignidad que parecía haberse esfumado por completo del altivo porte que siempre la había caracterizado.

Su rostro enrojecido delataba un dolor que no había encontrado consuelo en las lágrimas y sus marcadas ojeras evidenciaban una noche entera sin dormir.

—¿Qué ha ocurrido?

—La Gestapo ha detenido a Daniel…

Erika extenuada y al límite de su resistencia mental, se desmayó, cayendo sobre la exquisita alfombra de su vestíbulo. Sebastian la tomó en brazos y la llevó hasta el salón, donde la recostó en uno de los sofás.

Miró a su alrededor descolocado, haciéndose mil preguntas ante el desorden que lo rodeaba. No podía creer que los estúpidos de la Gestapo hubieran cometido tremenda afrenta a una familia tan distinguida y apegada al régimen. ¿O Daniel era un impostor?

Sebastian recorrió la casa sumida en un desorden generalizado. No entendía que podían haber estado buscando con tanto fervor. Decidido a aclarar el asunto, bajó de nuevo al salón para llamar al Cuartel General de la Gestapo dispuesto a exigir explicaciones y la inmediata liberación de su amigo.

Erika estaba volviendo en sí.

—Un vaso de agua, por favor —le pidió al verlo.

—¿Cómo te encuentras?

—Mareada.

Sebastian volvía de la cocina con el vaso de agua, cuando el teléfono comenzó a sonar. Erika hizo amago de levantarse, pero el joven se lo impidió instándola a permanecer tumbada.

—Yo me encargaré de esto—le dijo instantes antes de descolgar el aparato—. Diga.

—¿Con quién hablo? —le preguntó un hombre al otro lado.

—Con el capitán von Stumpfegger de las Schutzstaffel. ¿Quién es usted?

—Helmuth Geier, *Kriminalkommissar* de la Gestapo.

—Bien, señor Geier, por su bien y el de los hombres responsables de esta tropelía, espero que esta llamada sea para comunicar la inmediata liberación de Daniel Caine.

—¿Está Freiin Ludendorff con usted?

—Sí.

Hubo un momento de tenso silencio, como si Helmuth estuviera buscando las palabras más adecuadas para proseguir la conversación.

—He conseguido la liberación para Daniel… —se limitó a decir sin más rodeos.

—Me alegra oír eso, *kriminalkommissar*.

—Tendrá que venir a por él, capitán… —su voz se quebró al otro lado de la línea.

Sebastian sospechó que aquel hombre le ocultaba algo. Aquello no pintaba bien.

—¿Acaso él no puede venir por su propio pie? —silencio—. ¿Quiere decirme de una vez cual es el problema?

—Daniel está muriéndose.

Sebastian condujo a gran velocidad hasta el Cuartel General de la Gestapo. Era pronto y el tráfico era fluido aún, lo que le permitió pisar a fondo el acelerador de su Mercedes durante parte del trayecto. Había evitado decirle a Erika la verdadera situación en la que se encontraba su hijo, temiendo que la noticia pudiera desencadenarle una terrible crisis nerviosa. Sin embargo, tendría que enterarse. No podía ocultarle la verdad.

Daniel estaba tirado en el suelo del vestíbulo del Cuartel General como si fuera un fardo inservible. Inerte y pálido, parecía muerto. Los hombres que había por allí lo ignoraban igual que si no existiera. Sebastian se acercó a él y se estremeció al ver su rostro desfigurado por los golpes. Le buscó el pulso. Era rápido. Maldijo para sus adentros mientras la ira crecía en su interior. En ese momento, toda política dejó de existir. Espía o no, era Daniel; su amigo, su confidente, su hermano.

Se incorporó y llevado por la cólera, se aproximó hasta el mostrador de recepción, donde un hombre con gafas escribía a máquina.

—¡Exijo saber el nombre del responsable de esto! —le bramó señalando al cuerpo inerte que yacía sobre el piso a pocos pasos.

Todos los presentes dejaron sus quehaceres para mirar al autor de los gritos. Se hizo el silencio en el vestíbulo.

—No estoy autorizado para dar tal información, capitán…

Sebastian dio un puñetazo en el mostrador, irritado más aún por la serenidad con la que aquel hombre le hablaba.

—Rudolf Deschner —le contestó, sin embargo, alguien a su espalda.

Sebastian se giró, encontrándose con un hombre de facciones duras, mediana estatura, vestido de negro y con las manos y el rostro aún cubiertos por salpicaduras de sangre. Su boca simulaba una sonrisa torcida. Sus ojos lo retaban. Supo entonces que aquel tipo era a quien buscaba.

Memorizó aquel nombre. Retuvo en su mente aquel rostro. En otras circunstancias, su orgullo le hubiera impedido dejar las cosas así, pero el tiempo corría en contra de Daniel y no podía permitirse el lujo de entrar en baldías discusiones con aquel mequetrefe, mientras la vida de su amigo se extinguía por momentos. No le dejaría morir allí.

«Ya habrá tiempo para la venganza, Rudolf Deschner», pensó Sebastian dando media vuelta y echando a andar hacia Daniel.

Tomó el maltrecho cuerpo en brazos y salió por la puerta del Cuartel General de la Gestapo, sintiendo todas las miradas clavadas en su espalda.

Le recostó en el asiento trasero del coche. Daniel emitió un leve gemido. Tosió sangre. Sus ojos permanecían cerrados. Sebastian le limpió con un pañuelo la sangre que rodeaba su boca y resbalaba por su barbilla, cavilando qué hacer a continuación.

Puso rumbo a Wannsee, tras desechar la idea de llevarlo a un hospital. Estaba seguro de que la Gestapo ya les habría dado las pertinentes órdenes de no atenderlo. Tendría que buscar un médico… Pero, ¿dónde? ¿Quién? Los únicos médicos que conocía eran judíos y jamás acudiría a ellos. Tampoco sabría dónde encontrarlos. Los imaginaba lejos, en algún gueto de Polonia o en algún campo de concentración.

Preocupado por la reacción de Erika al encontrase con su hijo en tales condiciones, aparcó frente a la gran mansión Ludendorff. Sacó a Daniel del interior del vehículo intentando evitarle movimientos bruscos y, con él a cuestas, cruzó el camino empedrado hasta la puerta principal.

—¡Erika! —gritó, intentando pulsar el timbre con el codo—. ¡Erika, abre!

La mujer emitió un alarido de horror al abrir la puerta y encontrarse a Sebastian cargando con el cuerpo inerte de su hijo.

—Está vivo, pero le urge un médico —dijo encaminándose a las

escaleras.

—¿Qué le han hecho a mi niño?

—Un médico, Erika, un médico —la apremió.

—¿Por qué no lo has llevado a un hospital?

Sebastian no contestó. Ascendía las escaleras con dificultad. Daniel rondaría los setenta y cinco kilos, pero en aquel momento era un peso muerto sobre sus brazos. Erika, a punto del llanto, desapareció tras la puerta del salón.

Agotado por el esfuerzo que achacó a su excesivo consumo de tabaco, llegó hasta aquella habitación que tan buenos recuerdos le traía y depositó a Daniel sobre la cama.

Al cabo de quince minutos, el único médico que Erika había conseguido localizar auscultaba al herido. Era un hombre jubilado, de pelo cano cuya amable sonrisa desapareció tan pronto vio el estado en el que se encontraba el joven. Su semblante se tornó sombrío al punto de hacer su dictamen.

—No puedo hacer nada por él aquí, Freiin Ludendorff. Lo siento.

—No le aceptarán en ningún hospital, lo sabe tan bien como yo —le dijo Sebastian.

El médico sacudió la cabeza, apesadumbrado.

—Lo siento, capitán —dijo saliendo de la habitación.

Cuchillas de luz iluminaban la cama donde Daniel parecía dormitar. Sebastian, sin saber cómo proceder, lo observó en silencio mientras Erika regresaba de acompañar al doctor a la salida.

No quedaba nada de aquel bello rostro de facciones perfectas que tantas veces había envidiado. Su cabello rubio y brillante, se había tornado grisáceo y apelmazado por el sudor y los pegotes de sangre reseca que poblaban gran parte de sus mechones; sus ojos, expresivos y de un azul casi cristalino, ahora permanecían ocultos tras unos párpados amoratados y abultados; su piel tenía un ligero tono azulino y su boca escupía sangre con cada tosido.

—Todos los médicos están en el frente o en hospitales que no están dispuestos a abandonar… —dijo Erika entrando de nuevo en la habitación.

La mujer se dejó caer en el sillón colindante a la cama y se inclinó para acariciar la mejilla de su hijo.

—¿Me oyes, cariño?

Nada.

Erika le agarró la mano y volvió a repetirle la misma pregunta, esperanzada de recibir alguna señal de conciencia en su hijo. Esta vez, notó un ligero movimiento en los dedos de Daniel.

Sebastian salió de la habitación y bajó hasta el salón para llamar a Veronika. A esas horas la imaginaba en la Cancillería. Sin

embargo, allí nadie contestó a su llamada. Miró el reloj, eran ya cerca de las nueve de la mañana. Se preguntó dónde estaría y marcó el número de la mansión Rollheiser. Dagna contestó al segundo tono.

—¿Sí?

—Hola, Dagna. ¿Está por ahí Veronika?

—Buenos días, Sebastian. Un momento, en seguida se pone.

—Hola, amor —le dijo Veronika al otro lado, aparentando normalidad.

Escuchar aquella voz, le serenó al instante.

—Pensé que estarías en la Cancillería. ¿Estás bien?

—Hoy no pasé muy buena noche, no iré a trabajar…

—Yo tampoco iré hoy… si pudieras acercarte a la casa de los Ludendorff…

—¿Qué ha pasado?

—Daniel se está muriendo.

36

Aquella noche me fue imposible pegar ojo. Tampoco se me pasó por la cabeza intentar descansar. La herida de la pierna, recién cosida, requería reposo, sin embargo, era incapaz de permanecer quieta por más de un minuto seguido.

Intranquila, caminaba de un lado a otro de la cocina, a pesar del fuerte dolor que me invadía a cada paso. Dagna me miraba con preocupación. La había instado varias veces a volver a la cama, pero compartía mi desasosiego después de relatarle lo que había ocurrido. Todo Berlín conocía los procedimientos que la Gestapo llevaba a cabo con sus detenidos, aunque miraran para otro lado.

La aurora asomaba en el horizonte, cuando sentimos unos golpes en la puerta trasera. En primera instancia, nos pusimos alerta. El cúmulo de emociones nos hizo olvidar que esperábamos noticias de la resistencia, tras colocar las dos macetas en el poyete de la ventana de la habitación de Dagna.

Abrí la puerta. El cielo comenzaba a clarear imponiéndose a la oscuridad de la noche. Un chaval imberbe, de no más de quince años, moreno y menudo, se coló en la cocina con celeridad. Miró turbado el vendaje que cubría mi lesión ya empapada en sangre. Yo tan solo vestía un blusón que me tapaba lo justo.

—Usted dirá —me dijo el joven.

—Necesito: vendas; antisépticos, sulfonamidas en polvo valdrá; analgésicos; y suero fisiológico. Lo tengo aquí apuntado —le dije entregándole un papel, donde unas horas antes había escrito lo que necesitaba para curarme la herida en los días sucesivos.

El chico me miró interrogante y le señalé el apósito que cubría mi herida a modo de explicación.

—¿Necesita un médico?

—No.

—Intentaremos hacérselo llegar lo antes posible —dijo aproximándose hacia la puerta—. Recuerden quitar las macetas.

Solas de nuevo, me encendí un cigarro y me senté frente a Dagna, elevando mi pierna sobre otra de las sillas. La mujer me miraba fijamente. Intuí que algo le rondaba por la cabeza.

—Hay muchas cosas que no sé de ti —dijo al fin.

—Es mejor así.

—¿Eres enfermera?

Sonreí para mis adentros. La pregunta había tardado en llegar más de lo que había esperado. Dagna era prudente. Había evitado

hacerme preguntas sobre mi verdadera identidad todo este tiempo. Incluso desconocía mi nombre real. Pero después de verme coser aquella herida con tanta destreza, supe que había despertado su natural curiosidad humana.

—Soy estudiante de medicina —terminé confesándole.

Dagna asintió meditabunda.

—Entiendo.

No quiso saber más. O por lo menos, no volvió a preguntarme entonces.

Ambas nos sumimos en un silencio monótono, solo roto por el segundero del reloj de pared que nos recordaba a cada instante lo lento que pasa el tiempo para los que esperan.

Las siete. Las ocho. Un cigarro. Otro. Café. El sol de la mañana iluminando la cocina. Mi pierna buena atacada por un tic constante, nervioso. Y el teléfono enmudecido.

La ansiada llamada llegó cerca de las nueve de la mañana. Dagna saltó hacia el teléfono. Yo me levanté tras ella, despacio, esperando con el corazón en vilo a que, al otro lado de la línea, estuviera Sebastian con noticias de Daniel.

Así era. La mirada de Dagna me lo corroboró.

—Buenos días, Sebastian. Un momento, en seguida se pone.

Un intenso pinchazo me atravesó la pierna herida cuando cogí el aparato. Tuve que reponerme unos segundos antes de contestar.

—Hola, amor.

—Pensé que estarías en la Cancillería. ¿Estás bien?

—Hoy no pasé muy buena noche. No iré a trabajar…

—Yo tampoco iré hoy… si pudieras acercarte a la casa de los Ludendorff…

—¿Qué ha pasado?

—Daniel se está muriendo.

Opresión en el pecho. Sensación de ahogo. Todo mi cuerpo pareció bloquearse de pronto, impidiéndome cualquier movimiento, paralizándome.

Sabía que la muerte estaba ahí, cercana, latente. Los dos nos sabíamos colindantes a ella en aquella ciudad enemiga. Pero nunca llegas a valorar esa posibilidad realmente. Había visto a muchos seres humanos exhalar sus últimos momentos de vida. Pero son vidas desconocidas, al fin y al cabo. Mi padre y mi madre aparecieron en mi mente… solo viven en ella, se habían marchado para siempre demasiado pronto. Esta última sin tan siquiera un adiós. Dolor. Dolor lacerante en un alma que se rompía en mil pedazos dejando vacíos imposibles de llenar.

Deseché aquellos pensamientos de mi mente. Daniel no estaba muerto. Entre estar muriéndose y estar ya muerto, puede haber un

abismo más lejano que entre encontrarse vivo y dejar de estarlo. Bien lo había aprendido.

La voz de Sebastian me devolvió a la realidad.

—¿Estás ahí?

—Sí… Salgo para allá.

Colgué sin preguntarle cómo era posible que Daniel se encontrara en tal situación. Hubiera sido lo normal, pero en ese momento, fui incapaz de pensar con claridad, de actuar como se esperaba de Veronika. Sebastian era un astuto zorro al que no se le pasaba por alto el detalle más nimio. Pero no me importaba lo que pudiera pensar.

—¿Qué te ha dicho Sebastian? —me preguntó Dagna angustiada.

—Tengo que irme —dije saliendo de la cocina cojeando.

—¿A dónde? ¿Qué ha pasado?

—A casa de los Ludendorff. Daniel está mal…

Dagna profirió un grito ahogado.

—Voy contigo.

—No —dije girándome hacia ella que venía tras de mí—. Escúchame. Te necesito aquí. En cuanto examine a Daniel, te llamaré y te indicaré cómo proceder.

—Sálvalo, Veronika. Sálvalo.

Me hubiera gustado decirle que lo salvaría. Habérselo prometido. Habérmelo prometido también a mí misma. Pero no sabía con qué iba a encontrarme. Sabíamos que la Gestapo torturaba a sus prisioneros, pero no alcanzábamos a conocer los procedimientos que utilizaban ni el alcance de los mismos.

El tiempo apremiaba.

—Ayúdame a subir las escaleras —le dije apoyándome en ella.

El miedo a perder a Daniel me hizo olvidar todo el dolor que me atenazaba con dureza la pierna mientras conducía por las desiertas calles de Wannsee. No sabía cómo explicaría a Sebastian mi cojera, tampoco me paré a pensarlo. Tendría que disimularla como buenamente pudiera.

El Mercedes negro de Sebastian se encontraba estacionado en la puerta de la mansión Ludendorff. Aparqué tras él y me apeé del coche.

Avancé por el camino empedrado de la impotente casa. Un sudor frío me recorría la espalda; no supe si era por la tortura que me imponía la herida a cada paso, la incesante preocupación por Daniel o ambas cosas.

Con dificultad, subí los cinco peldaños que ascendían hasta la puerta principal; maldije no tener ningún tipo de analgésico a mano. Fue un breve instante, porque según me abrió Sebastian, el

dolor que me atenazaba pasó a un plano muy lejano de mi conciencia.

—Gracias por venir… me hacías mucha falta —dijo abrazándome.

—¿Cómo sigue? —le pregunté intentando no evidenciar mi desesperación.

—Mal…

—Llévame hasta él.

Sebastian me miró confundido. Había supuesto que había acudido hasta allí para estar a su lado. ¡Qué lejos de la realidad! Sin embargo, no dijo nada. Se limitó a conducirme escaleras arriba hasta la planta superior.

—¿Qué te pasa en la pierna? —me preguntó ya en el rellano de la primera planta.

Me había sido imposible subir los escalones con mi habitual agilidad.

—Me duele un poco… Debe de haberme dado un tirón mientras dormía… —dije intentando quitarle importancia.

—¿Por eso me dijiste que habías pasado mala noche?

—Sí… pero ahora parece que se me ha ido pasando… —mentí.

Pareció darse por satisfecho con aquella lacónica explicación porque no insistió.

En la habitación, la persiana, bajada hacia la mitad de la ventana, impedía el paso directo de los rayos del sol al interior. Entreabierta, la cortina ondeaba al son del viento. Erika se encontraba sentada junto a la cama, en una butaca tapizada en tejido de Damasco. Parecía desolada. Aun así, se levantó para besarme en la mejilla. Su rostro cansado evidenciaba una larga noche de vigilia y congoja.

La visión de Daniel sobre aquella cama cayó sobre mí como una pesada losa. Su rostro era irreconocible, tras una máscara sanguinolenta; su piel pálida y algo azulada, evidenciaba la falta de oxígeno en sangre; y sus ropas estaban sucias y arrugadas. Le habían propinado una colosal paliza, más propia de unas bestias que de seres humanos.

Era urgente administrarle oxígeno.

«Oh, mi amor, aguanta», pensé consternada.

—Sebastian, ayúdame a quitarle la ropa —le dije mientras le desabrochaba los botones de la camisa.

Me urgía ver el estado general de su cuerpo. Sus pulmones era lo que más me preocupaba.

Erika, que había vuelto a sentarse en la butaca, me observó con curiosidad. Sebastian dudó unos instantes mirándome de hito en hito.

Comprendí que no tardaría en delatarme. Estaba en la cueva del lobo y, sin embargo, no tenía opción. Tenía que correr con el riesgo. No podía quedarme de brazos cruzados viendo como a Daniel se le escapaba la vida delante de mí.

Intenté alejar todos aquellos pensamientos de mi mente. No me dejaban pensar con claridad y me insté a concentrarme.

—¿Le ha visto algún médico?

—Uno —contestó Sebastian.

—Pero no quiso hacerse cargo de él aquí… —apuntó Erika.

Palpé su torso amoratado buscando fracturas en sus costillas. Comprobé aliviada que no había rotura al nivel de la nona; eso descartaba al bazo y al hígado como órganos pinchados. Tampoco había distorsión de los cartílagos costales. Sin embargo, el trauma le había provocado, lo que sospechaba, fractura de dos costillas a nivel pulmonar. Su pulmón izquierdo, sin duda, estaba perforado, lo que había desembocado en una acumulación de aire entre el tejido del pulmón y el espacio pleural; de ahí su dificultad para respirar. Pese a todo, me era imposible precisar el tamaño de la lesión sin una radiografía; aunque supuse que no sería muy profunda, pues en ese caso, Daniel hubiera entrado en estado de hipotermia y, en aquellos momentos, su temperatura estaba dentro de los parámetros normales.

Descarté la cirugía y me decanté por un catéter de aspiración. Era necesario eliminar la acumulación de aire en el espacio entre el pulmón y la cavidad torácica. Era urgente administrarle oxígeno.

Observé el estado general de su cuerpo antes de concluir la exploración. También tenía la clavícula fracturada, pero aquello no me preocupó tanto.

Una vez hube terminado, insté a Erika a subir hielos envueltos en una toalla para colocarlos sobre las costillas fracturadas de Daniel.

—Lo ayudarán a calmar el dolor y bajará la inflamación del pecho.

Esta miró a Sebastian contrariada, luego me miró a mí y asintió con la cabeza antes de abandonar la habitación.

Yo me dispuse a seguirla para que me facilitara un teléfono con el que poder ponerme en contacto con Dagna, pero Sebastian me agarró con fuerza de la muñeca impidiéndomelo. Según me giré hacia él, me propinó una bofetada que me derribó al suelo.

Su rostro ya no mostraba preocupación o desconsuelo, solo ira y rabia.

—¿Quién eres, maldita zorra? —me preguntó.

Daniel se revolvió en la cama y emitió un leve quejido.

Me levanté y me puse frente a Sebastian, ahí plantado con un

uniforme que había dejado de intimidarme hacía ya tiempo. Lo miré desafiante. Sin miedo. Estaba harta. Cansada de ese régimen al que cada vez odiaba más. Encolerizada por lo que habían hecho con Daniel, exacerbada por la incapacidad de tantos alemanes de ver la realidad y consternada por el rumbo de aquella maldita guerra sin fin.

Le hubiera gritado con gusto tantas cosas… le hubiera golpeado también. Lo deseaba, aun sabiendo que no le provocaría el más mínimo daño. Solo me contuvo, saber que, sin mi ayuda, Daniel moriría en pocas horas.

—Denúnciame —le dije retándole.

Sebastian me contempló confuso. Atisbé en su mirada un brillo de admiración, pero también de odio. Supe que su corazón y su cabeza estaban debatiéndose; que su deber y sus sentimientos batallaban una encrucijada en su interior.

—Vamos, denúnciame. Haz que esos malditos de la Gestapo me maten.

Hubo unos instantes de tenso silencio, en el que nuestras miradas se reprocharon tanto y nada… que llegué a creer que no saldría de aquella casa más que para ser conducida a la muerte.

—Sálvalo —me dijo al fin.

Su semblante serio e impertérrito no me permitió vislumbrar sus verdaderas emociones. Tal vez, aquel era mi final, aún no lo sabía; pero si conseguía salvar a Daniel, habría valido la pena.

—Un teléfono.

—En esta misma planta, al otro lado de la escalera. Te acompañaré, voy a fumar un cigarro. No creo que a Daniel le haga ningún bien…

Sebastian bajó a la planta baja mientras marcaba el número de la mansión Rollheiser en un teléfono de pared. Dagna contestó al primer tono.

Decidí no contarle nada de lo sucedido con Sebastian y pasé a enumerarle lo que necesitaba: vendas, morfina, oxígeno, una aguja de calibre pequeño y una jeringuilla.

—Lo más importante es el oxígeno, Dagna. Recuérdalo.

—Lo haré.

—En cuanto lo tengas, marca a la casa Ludendorff, deja sonar un tono y cuelga.

—¿Cómo se encuentra Daniel?

Pensé durante unos instantes la respuesta.

—Ahora sí que puedo prometerte que lo salvaré.

37

Sebastian se encendió un cigarrillo en el jardín de la casa. El viento era fresco, pero el sol que brillaba en lo alto, hacía que la temperatura fuera suave y agradable ya a esas horas tempranas de la mañana.

Meditabundo, andaba de un lado para otro, impregnándose del aroma de las flores en su esplendor mientras saboreaba el tabaco en su paladar con cada nueva calada.

Había dejado sola a Veronika frente al teléfono. No quería ser cómplice de su llamada. Sin embargo, a partir de ese momento, lo estaba siendo de ella. Pero ¿cómo denunciarla? Espía extranjera, o miembro de la resistencia, la amaba. Ahora más que nunca. Pese a que en primera instancia se había sentido muy dolido por su traición, no podía evitar admirarla por su arrojo y valentía. Nunca había conocido una mujer igual. Emanaba dignidad e inteligencia. Se excitó recordando su mirada desafiante. Ninguna otra alemana se habría atrevido a algo así… tal vez, porque Veronika no lo era. Pero ¿qué era? ¿quién era?

Sin pensarlo, alzó su mirada hacia una de las ventanas del piso superior. Solo alcanzó a ver un ligero movimiento de cortinas. Lo había estado observando. Lo había sentido.

Maldijo aquel amor que le quemaba las entrañas preguntándose hasta qué punto merecía la pena sacrificarlo por su patria. Por su vida. Encubrirla le convertiría en un traidor; denunciarla, en un asesino. La imaginó en manos de la Gestapo y no pudo soportar la visión de aquel esbelto cuerpo y bello rostro que tantas veces había recorrido con sus labios, destrozado; que tantas veces había poseído, mancillado; que tan vivo le había hecho sentir, muerto.

Se encontraba debatiendo consigo mismo esas cuestíones cuando Erika cruzó el umbral del porche, dirigiéndose hacia él.

—¿Quién es esa mujer, Sebastian?

El joven nazi se mantuvo callado. No sabía qué contestar.

—En cuanto estabilice a Daniel, la denunciaré a la Gestapo —afirmó ella con rotundidad.

—No. Yo me encargaré.

—¿No pretenderás protegerla? ¡Es una espía! ¡Una traidora!

—Que va a salvarle la vida a tu hijo.

Erika calló de pronto. Aquellas palabras parecieron hacerla reflexionar; apocar su repentino arrebato. Sebastian aprovechó su vacilación para terminar por convencerla de que lo mejor era

guardar silencio por el momento y dejarle proceder a él.

—Me lo debes. Es la segunda vez que te traigo a Daniel a casa.

Convencida o no, volvió al interior de la vivienda sin pronunciarse. Sebastian sonrió para sus adentros, sabía que Daniel era su talón de Aquiles y su simple mención la coartaría en su intención de delatar a Veronika. Estaba seguro de haberlo conseguido.

Quería investigarla él mismo. Tenía curiosidad personal por conocer su verdadera identidad. Tal vez, incluso sin quererlo, le conduciría hasta el corazón de la resistencia. Tal vez. Fuera como fuese, decidió no entregarla a los ineptos de la Gestapo por el momento. Estaba convencido, conociendo como conocía a Veronika, de que terminarían matándola antes de que ella les proporcionase cualquier mínima información.

Entró en la casa y desde el salón marcó el teléfono de La Oficina Central de Seguridad del Reich, más conocida como RSHA.

—Capitán von Stumpfegger, con Dieter Zimmemann, por favor.

Dieter y Sebastian eran viejos amigos. Se habían conocido en la universidad y, durante aquellos años, fueron inseparables. Después, al acabar la carrera tomaron caminos diferentes y eso los separó relativamente, pues, aunque apenas de veían, sí mantenían contacto telefónico frecuente.

Dieter, quien como él había pertenecido a las juventudes hitlerianas durante sus años de carrera, se enroló en las unidades militares de las SS. Poco después, tras un recio y arduo entrenamiento, fue enviado al frente, donde cayó herido, por lo que fue traído de vuelta a Berlín después de diagnosticarle una cojera permanente. Desde entonces, trabajaba en la oficina de administración y registro de la RSHA.

—¡Sebastian, qué sorpresa! —exclamó el excombatiente.

—¿Cómo va todo, Dieter?

—Bien, todo bien. Un poco aburrido… pero no puedo quejarme. ¿Y a ti cómo te va?

—Ahí vamos. Tengo que pedirte un favor.

—Si está en mi mano…

—Necesito información sobre dos personas. ¿Crees qué podrías ayudarme?

—De manera extraoficial, imagino…

—Imaginas bien.

—¿Alemanes?

—Uno seguro.

—Dime sus nombres.

—Rudolf Deschner…

—¿De la Gestapo?

—¿Lo conoces?

—Solo de oídas. Pero prefiero no guiarme por rumores y darte información veraz. ¿El otro nombre?

—Veronika Rollheiser.

Veronika, sentada en la cama, limpiaba con un paño húmedo la sangre reseca del rostro de Daniel. Parecía hacerlo con auténtica devoción. Sebastian que, apoyado en el resquicio de la puerta de la habitación, observaba la escena, se preguntó cómo era posible que una enemiga del régimen, una espía, mostrara tanto interés en salvar la vida a uno de los suyos, de un nazi.

—¿Eres enfermera? —quiso saber.

Silencio.

—¿Médico?

—¿Vas a denunciarme?

Sebastian se acercó a ella y trayéndola para sí con rabia, la besó con pasión. Ella pareció descolocada.

—Este amor me arrastrará al infierno… pero hasta que ese día llegue, no pienso renunciar a ti.

38

El teléfono de la mansión Ludendorff sonó tan solo media hora después. Un solo toque. Era el aviso de Dagna. Esperé un par de minutos y salí hacia el coche.

—No tardaré en volver —le había dicho a Sebastian.

Mientras conducía, aún con el sabor de Sebastian en mis labios, fui incapaz de pensar en otra cosa que no fuera Daniel. Lo recordé feliz y despreocupado en Londres; retozando en la hierba de algún parque mientras nos contábamos cómo habían ido nuestros exámenes o nuestro día; con esa sonrisa de dientes blancos y ese cabello dorado brillando bajo el sol o mojado bajo la lluvia. Recordé las veces que me habló de su madre, de su padre, de su tío, de su hogar… ¡Qué ironía! ¿Cómo imaginar entonces lo que sucedería poco después? ¿Cómo sospechar qué conocería su mundo de aquella manera tan cruel? Tan solo habían pasado tres, cuatro años a lo sumo y, sin embargo, se me antojaban siglos. Tantos planes, tantos sueños e ilusiones… rotos por una guerra a la que no sabíamos si conseguiríamos sobrevivir. Una lágrima resbaló por mi mejilla. Por unos instantes, todo se volvió velado a mi alrededor.

Sobre la mesa del vestíbulo había un elegante maletín de piel abierto con todo lo requerido, salvo morfina. En su lugar, una botella de Jägermeister. Dagna lo había ordenado mientras esperaba mi llegada. Me explicó que lo habían traído camuflado entre un pedido de pescado y que ella lo había ido colocando en aquel maletín que había encontrado en el desván hacía unos días. ¡Qué mujer tan increíble! Estaba en todo.

Respecto a la falta de morfina, les había resultado imposible conseguirla en tan poco tiempo.

—Por lo visto, cada vez escasea más o la esconden mejor en los hospitales…

Cogí una aspirina, la tragué sin agua y cerré el maletín. Antes de salir, le di un beso en la mejilla y la invité a descansar.

Por segunda vez aquella mañana me encontraba de camino a la mansión Ludendorff. Esta vez, con una preocupación añadida, en la que no había reparado hasta entonces, por el cúmulo de emociones de las últimas doce horas. Erika. ¿Me habría denunciado? Por el momento, Sebastian no lo haría, aunque estaba segura de que de alguna manera se cobraría mi traición; pero ¿y ella? Confiaba en que prevaleciera más la vida de su hijo; no obstante, la conocía lo suficiente como para saber que el nazismo tenía envenenada su

mente, al igual que la de tantos otros alemanes, por lo que no podía estar segura de su silencio.

Temí estar acercándome a una trampa. Temí encontrarme con agentes de la Gestapo guarecidos entre los setos esperando apresarme cual depredadores a su presa. Sin embargo, no tardé en comprobar que todo seguía tal cual lo había dejado veinte minutos atrás. Respiré aliviada.

Crucé el vestíbulo. El silencio reinaba en la casa. Sin embargo, al llegar a la primera planta, percibí un sollozo lejano que iba volviéndose más audible a medida que me acercaba a la habitación de Daniel. Con ansiedad, apuré el paso.

Erika me miró con ojos enrojecidos por el llanto desde la butaca contigua al cabecero de la cama. Agarraba la mano inerte de Daniel. Sebastian se encontraba abstraído mirando el horizonte por la ventana. No se movió al sentirme entrar en el cuarto. No pude saber si también lloraba o no.

Asustada, me acerqué hasta la cama. El corazón me galopaba con fuerza mientras le buscaba un pulso que no terminaba de encontrar. Tardé unos segundos en darme cuenta de que no lo encontraría. Daniel había entrado en parada cardio-respiratoria.

—Maldita sea, ¿cuánto tiempo lleva así? —les pregunté.

—Dos o tres minutos… —me contestó Sebastian.

Tenía que hacerle una reanimación cardiopulmonar. Era nuestra última opción.

«Mi amor, aguanta, por favor», le supliqué con el pensamiento.

Tomé a Daniel con una mano en la frente y otra en el mentón, para luego moverle la cabeza por completo hacia atrás, quedando la barbilla mirando hacia el techo y, por tanto, su garganta despejada. Era imprescindible hacer este paso correctamente para poder asegurar la entrada y salida de aire en los pulmones, ya que lo normal era que una persona en parada tuviera la tráquea bloqueada con la lengua.

En el centro de su tórax coloqué mis manos abiertas, una encima de la otra con los dedos entrelazados, y comencé con las comprensiones torácicas. Conté hasta treinta y, tras hacer una inspiración normal, acerqué mis labios a los suyos. Sabían a sangre. Expulsé el aire con su boca sellada del todo, observando cómo se elevaba su pecho.

Otra ventilación artificial. No reaccionaba. Continué con las comprensiones. No estaba dispuesta a rendirme tan pronto. Sentía que le perdía, pero a la vez estaba esperanzada por recuperarle, aunque sabía que las probabilidades de que sufriera daño cerebral aumentaban con cada minuto sin oxígeno.

«Oh, muerte, no te lo lleves ahora», imploré en silencio.

Me vinieron a la mente otras ocasiones en las que tuve que recurrir a aquella maniobra de reanimación en el St. Mary´s. Unas veces con éxito, otras no. Pero ninguna de ellas la había vivido con tanta tensión.

El sudor resbalaba por mi frente cayendo en forma de gotas sobre el pecho desnudo de Daniel, cuando oí un sutil sonido salir de su garganta. Acerqué mi mejilla a su boca y corroboré que respiraba. Le había recuperado.

«Dios, gracias».

Erika y Sebastian se abrazaron aliviados. Yo continué mi labor sin manifestar sentimientos; controlándolos como buenamente podía.

Le coloqué en posición de recuperación y corrí hacia el maletín para coger la pequeña botella de oxígeno. Tras colocársela y comprobar de nuevo su respiración, salí de la estancia, obviando a Erika y Sebastian y me encerré en una habitación colindante.

Exhausta, pero aliviada, me desplomé sobre una cama desconocida de mullidos cojines y dosel, donde expulsé en forma de lágrimas ahogadas, toda la tensión acumulada de aquella mañana. También lloraba de felicidad.

Alguien tocó la puerta. Erika, al otro lado, me preguntó si podía entrar.

Quería estar sola. Lo necesitaba. Pero no podía decirle que no; menos en su propia casa. Me sequé las lágrimas con las mangas de mi blusa y la invité a entrar.

Su semblante era serio y férreo. Aun así, avanzó hacia mí y se sentó a mi lado. Yo la miré. Sin sumisión ni petulancia; sin pena ni alegría. Esperé a que fuera ella quien iniciara la conversación.

—Gracias —me dijo finalmente—. No sé por qué te has involucrado tanto en salvar a mi hijo… pero, gracias.

—Salvo vidas. O por lo menos eso intento.

—¿Eres médico?

—Podría decirse que sí —le confesé.

Ella asintió y se puso de pie.

—Aun así, te agradecería que desaparecieras de nuestra vida tan pronto como Daniel se recupere. Lo comprendes, ¿verdad?

Aquellas palabras me hirieron, pero eso no supuso que no las entendiera.

—Así lo haré.

39

Aquel día fue largo. Frieda y Adalia, las dos mujeres del servicio, fueron liberadas sin haber sufrido daño alguno. Por lo menos, físico. El psíquico se quedaría con ellas; no parecían dispuestas a hacer mención alguna sobre lo vivido. Supuse que habrían sido coartadas de alguna manera.

Tan solo cinco minutos después de su llegada ya estaban sumidas en la limpieza, organización y acomodo de la casa. Era una ardua tarea a la que me sumí por iniciativa propia. Por un lado, me ayudaba a tener la mente ocupada; por otro, lo sentí como un acto solidario para con esas mujeres. Erika, entretanto, estuvo acompañando a Daniel. Sebastian bebía cerveza en el jardín. No le gustaba la idea de que limpiara, pero me dejó hacerlo durante unas horas.

Después de comer me acompañó a casa de Dagna. Fuimos en su coche. Quería que hiciera una pequeña maleta con cosas básicas para poder pasar la noche en la residencia Ludendorff. El trayecto lo hicimos en silencio, pero antes de apearnos del coche, me dio un sensual beso en el cuello que yo recibí con frialdad.

Cruzamos el vestíbulo y pasamos al salón, donde Dagna dormitaba en un sillón junto al teléfono. Según nos acercamos, abrió los ojos y simuló como bien pudo la sorpresa que le produjo verme allí con Sebastian.

—¡Como me alegro de verla, baronesa! —exclamó él con tono cínico.

—Siento recibirle así, no esperaba su visita —dijo tocando la campanilla que daba aviso al servicio—. Si me permite, iré a cambiarme.

Dagna aún llevaba la ropa de dormir.

—No, por favor. Por mí no se preocupe, estaremos solo un momento.

—Pasaré la noche en casa de los Ludendorff —le expliqué yo—. He venido solo a recoger algunas cosas.

Entró con celeridad Ula, la mujer del servicio, cargada con una bandeja. En ella, como era típico a esas horas, una tetera y tres tazas. Sebastian miró a la bandeja confundido, casi ofendido. Estaba acostumbrado a que todo el mundo conociera su aversión por el té y daba por supuesto que allí no tendría por qué ser diferente.

—Tres copas de vino, por favor —le indicó Dagna al ver la expresión del joven.

Sebastian sonrió complacido. Yo abandoné la estancia dejándolos solos.

Una vez hube preparado la pequeña maleta con lo que consideré necesario, me desnudé, dejé mi ropa cuidadosamente doblada sobre la cama y entré en el baño dispuesta a darme una ducha.

El agua caliente relajó mis músculos y mi mente. Dejé que corriera durante unos minutos por mi cabello, por mi rostro y mi cuerpo y me enjaboné con brío, impregnándome del agradable aroma a lavanda que cubría mi piel. Estaba tan absorta disfrutando de aquel momento de soledad y paz en la que ya consideraba mi casa, que tardé en percatarme de que no me encontraba sola. Sebastian me observaba apoyado en el marco de la puerta fumando un cigarrillo. ¿Cuánto tiempo llevaría ahí? Supuse que el sonido del agua había amortiguado sus pasos.

No me pilló de sorpresa. Estaba acostumbrada. Sabía que le gustaba mirarme, contemplarme, sobre todo si estaba desnuda. Pero aquella vez, su mirada me incomodó. Era diferente. De deseo, sí. Pero había algo más que no podía precisar. Algo turbio.

Cerré el grifo en el mismo instante en que él aplastaba con su bota el cigarrillo contra el piso. Salí de la bañera y, cohibida por su extraña actitud, me apresuré a coger la toalla para cubrirme. Pero no me dio tiempo a alcanzarla. Sebastian me agarró fuertemente del cabello, arrastrándome de él hasta la habitación. Con violencia me tiró sobre la cama. Intenté incorporarme, escapar de allí, pero me resultaba imposible; me lo impedía. Forcejeamos. Desesperada, le propiné patadas y puñetazos que parecían no hacerle ningún daño. Agotada por el esfuerzo, terminé derrumbándome sobre el lecho. Él se dejó caer sobre mí inmovilizándome con todo su peso mientras se desabrochaba el pantalón. Su mirada ardía de lujuria. También de ira.

Emití un grito ahogado al sentirle introducirse en mí con violencia. Cerré los ojos. No estaba dispuesta a que viera en ellos el sufrimiento que me estaba infringiendo. Solo deseaba que aquello pasara cuanto antes.

—¡Mírame! —me gritó, entonces.

Yo lo ignoré. Permanecí con los ojos bien cerrados y aquello pareció violentarle aún más. Sus embestidas se tornaron más salvajes.

—¡Mírame! —volvió a gritarme. Esta vez agarrándome del mentón.

Abrí los ojos intentando que reflejaran una dignidad que sentía perdía por momentos. Pero tras observarlos unos instantes con minuciosa atención, Sebastian sonrió. Fue una sonrisa sádica, de satisfacción. Había encontrado en ellos lo que buscaba: mi dolor.

—A partir de ahora voy a tratarte como lo que eres. Una maldita zorra.

Le escupí en el rostro. Aquel gesto pareció divertirle.

Cuando acabó, se incorporó abrochándose los pantalones del uniforme. Abandonó la habitación en silencio, lanzándome una mirada de desprecio. Sola, ultrajada y cubierta por su sudor, me eché a llorar abatida y desgraciada.

Esa noche, tras la cena en el elegante comedor de los Ludendorff, Erika se retiró a su habitación, dejándonos solos a Sebastian y a mí mientras Frieda y Adalia recogían la mesa. Hubo unos minutos de tenso silencio entre los dos que decidí zanjar saliendo al jardín.

Me encendí un cigarrillo y caminé por el cuidado césped, dejándome envolver por la oscuridad y el cantar de algunos grillos lejanos. Hacía algo de fresco, pero no me importaba. ¿Y qué me importaba? Por primera vez desde mi llegada pensé en regresar a Londres y dar por zanjada la misión. Quería volver a ser Helen Weaver; no esa impostora llamada Veronika que vivía de mentir y engañar.

Sebastian se acercó, me puso un chal sobre los hombros y se retiró respetando mi momento de soledad. Le observé alejarse, tan regio. No pude evitar sentir que merecía el castigo que me había infringido aquella tarde.

Pocos minutos después, me desvestía para meterme en la cama. Sebastian parecía dormido, pero estaba casi segura de que no era así. Me deslicé entre las sábanas y sentí el contacto de su piel, caliente, suave. No pude odiarle. En aquel momento no pude. Rendida por el cansancio, me sumí en un sueño profundo.

No desperté hasta bien entrada la noche. Como inducida por un presentimiento, me levanté con cuidado de no despertar a Sebastian y, guiándome en la oscuridad, me acerqué hasta la habitación colindante donde Daniel dormitaba.

Lo observé en silencio, aliviada de comprobar que la piel de su rostro había recuperado su auténtico color. Ya no tenía ese tono azulino de horas antes y su respiración era estable gracias al oxígeno. De pronto abrió los ojos y me miró fijamente. Le quité la mascarilla que le cubría la mitad de la cara y le agarré la mano con fuerza. Mis ojos se humedecieron de felicidad. Él sonrió. Entonces, supe que todo había merecido la pena.

—Helen… —susurró.

—¡Oh, mi amor! ¡Has despertado!

—¿Voy a morir?

—No —le dije negando con la cabeza—. Estás estable. ¿Tú cómo te encuentras?

—Mareado, aturdido… pero feliz de verte.

—¡Qué miedo he pasado! Pensé que te perdía…

—Me fui, Helen… me fui… lo sentí… pero oí tu voz, lejana…

—Entraste en parada cardio-respiratoria, pero ya estás fuera de peligro.

—Gracias a ti…

Bajé la mirada. Fue un instante. No era el mejor momento para relatarle los sucesos que habían acontecido en la casa mientras estaba inconsciente; explicarle ahora en que situación me encontraba tras haberle salvado la vida, solo le intranquilizaría y era algo que no le venía nada bien, sobre todo durante las siguientes cuarenta y ocho horas, en las que el funcionamiento de sus pulmones se iría normalizando. Sin embargo, tenía que saberlo; era necesario que fuera cuanto antes y desconocía cuando volvería a tener la oportunidad de estar a solas con él.

—Daniel…

—Algo te preocupa.

—Tu madre y Sebastian me han descubierto —le dije sin más dilaciones.

—¿Cómo? No entiendo —me dijo contrariado—. ¿No vino ningún médico? —. Yo negué consternada. Me dolía tener que apabullarle con tanta información en su estado.

—Tuve que salvarte.

—Tienes que regresar a Londres —afirmó con rotundidad.

—Ni hablar. Ya he sopesado esa posibilidad y he decidido quedarme con todas sus consecuencias.

—Te denunciarán. Tal vez no ahora, pero terminarán haciéndolo.

—No voy a rendirme, no estoy dispuesta.

—No es cuestión de rendirse, Helen. Es cuestión de salvar tu vida ahora que estás a tiempo.

Daniel intentó convencerme, sin éxito, de que abandonara el país. En mi fuero interno sabía que tenía razón. Poca información o ninguna conseguiría sacar ahora de Sebastian que, unido a las altas probabilidades de acabar denunciada a la Gestapo por el nazi o Erika, tornaban mi situación en Berlín muy complicada, casi insostenible. No sé si fue por temeridad, valentía u orgullo, o si fue un poco de las tres, pero el caso es que regresar se me antojó una rendición, como si con ello admitiera que me habían vencido. Y no estaba dispuesta, no casaba con mi manera de ser, siempre férrea y obstinada, luchadora hasta el final.

Encendí la luz de la lámpara de noche. No quería que pudieran sorprendernos a oscuras. Sebastian podía percatarse de nuestros susurros y aparecer en cualquier momento.

—¿Qué es lo que saben? —me preguntó Daniel al fin.

Parecía haberse dado por vencido, pero de sobra sabíamos que la cosa no quedaría ahí. Volvería a intentar hacerme cambiar de idea en cualquier otra ocasión que se terciara, cuando se encontrara con más fuerzas.

—Solo que no soy quien digo ser.

—Solo… ¡Qué consuelo! Sebastian te mandará investigar por alguien de su confianza, si es que no lo ha hecho ya.

—¿Tú crees?

—Estoy seguro.

Daniel puso un gesto de dolor.

—¿Te duele?

—No te preocupes, puedo soportarlo…

Me levanté y le serví un vaso de Jägermeister que descansaba en la mesilla.

—No tenemos morfina… pero esto te aliviará —le dije ayudándole a incorporarse.

—¿Qué es?

—Un licor de hierbas. Tengo entendido que en el ejército lo utilizan como analgésico y, en algunos casos, también como desinfectante. No creo que sea muy bueno para el hígado, pero es lo único que pude conseguir.

Sentada sobre la cama, le daba de beber con cuidado, cuando Sebastian cruzó el umbral de la habitación.

—¡Vaya, bella durmiente! —exclamó el capitán, contento de ver a su amigo despierto—. ¿Cómo te encuentras? No te podrás quejar de enfermera….

—Desde luego que no. Veronika es formidable.

La sonrisa de Sebastian se desvaneció.

—Sí… lo es —dijo mirándome con frialdad.

40

—Veronika Rollheiser nunca ha abandonado Australia desde que llegara en el 26. Sin duda, su identidad está siendo suplantada aquí en Berlín.

—¿Conclusión?

—La mujer de la que me hablas es un agente secreto infiltrado —sentenció Zimmemann.

Sebastian y su amigo Dieter Zimmemann, de la oficina del RSHA, desayunaban en una cafetería cercana al Cuartel General de la Gestapo. Habían pasado tan solo tres días desde que Sebastian le llamara requiriendo información sobre Veronika y Deschner. Su amigo no había tardado en ponerse a ello. Esa misma mañana, temprano, se habían citado en aquel pequeño y concurrido establecimiento, donde su habitual clientela nacionalsocialista, les hacía pasar desapercibidos. Aun así, el delicado tema que les concernía les obligaba a bajar la voz y permanecer en estado de alerta.

—Perdona que me meta… pero, ¿de verdad merece la pena arriesgar tu carrera, tu vida, por una mujer? ¿Por una espía extranjera?

—La amo, Dieter, la amo hasta la locura.

—¿Eres consciente de que ese amor puede llevarte a la muerte?

—¿Y qué puedo hacer? ¿Entregarla a la Gestapo?

Dieter lo miró abatido. Apreciaba a Sebastian y lo conocía lo suficiente como para intuir el sufrimiento que le estaba suponiendo aquella relación a la que no estaba dispuesto a renunciar a pesar de todo. Le hubiera gustado ayudarlo de algún modo, pero le era completamente imposible. No solo porque el único camino ineludible era entregar a esa chica, sino porque todos los que fueran sus cómplices se verían arrastrados a su mismo triste final, viniendo el caso; algo por donde no estaba dispuesto a pasar, ni por Sebastian, ni por nadie; tenía una familia que cuidar y mantener.

Recordó sus años junto a él. Recordó su pasión desmedida por Alemania, por el nazismo y por su Führer, seguro de que esa lealtad no había decrecido ni un ápice. Pero nada de todo aquello lo salvaría si le descubrían encubriendo a una espía. Desde luego tenía que ser una mujer muy especial para haber hecho mella de aquella manera en el duro corazón de su amigo.

Tras beberse el café, Dieter abandonó el establecimiento con el presentimiento de que no volverían a verse jamás.

Veronika tecleaba con celeridad las teclas de la máquina de escribir, cuando Sebastian cruzó la antesala de su despacho. Ambos aparentaron ignorarse. Desde aquella tarde en la que la había forzado con violencia, un muro invisible se había levantado entre ellos.

Sebastian se sirvió un vaso de Kirsch cargado con hielo. Había vuelto a beber con la asiduidad de tiempos pasados en un vano intento por aplacar a aquel monstruo que siempre lo había acompañado. Si bien huyó de su interior con la irrupción de Veronika en su vida, ahora, con su traición, había regresado más cruel y fuerte que nunca. Con copa en mano, se paseaba de arriba abajo de su despacho intentando buscar la manera de acabar con esa obsesión que le quemaba por dentro.

Por lo pronto decidió que, tras la semana de margen que Erika le había dado para que Veronika abandonara su casa, la instaría a mudarse con él, aunque aquello significara involucrar a su familia. Denunciarla no entraba en sus planes por el momento, pero no permitiría que continuara con su actividad criminal y la única manera de evitarlo era quitándole toda libertad de movimiento; tenerla vigilada las veinticuatro horas y quién mejor que él para hacerlo.

Se sentó, e, intentando llevar sus pensamientos hacia otra dirección, observó el informe que Dieter le había entregado sobre Rudolf Deschner. En él, venía información detallada sobre su pasado y su presente.

«Maldito bastardo», pensó Sebastian recordándolo.

En realidad, poco le importaba ya la paliza que le hubiera podido propinar a Daniel. Bien podía haberlo olvidado si aquel mequetrefe no se hubiera atrevido a desafiarlo y humillarlo; más aún en presencia de otros. Aquello no lo pasaría por alto. Esperaría paciente. No tenía prisa. Guardó el informe en un cajón que cerró bajo llave, con la seguridad de que, llegado el momento oportuno, lo retomaría para llevar a cabo su particular *vendetta*.

Daniel se recuperaba con rapidez. Hastiado de estar tumbado en la cama durante todo el día como Helen le había aconsejado, contaba las horas para que llegara la noche y volver a verla, aunque estuviera en continua compañía de Sebastian, quien parecía haberse convertido en su sombra.

Por otro lado, sabía que su madre la había dado de plazo una semana para abandonar la casa, de la cual ya solo quedaban cuatro días. De hecho, había amenazado con decírselo a Helmuth si volvía a verla en los alrededores tras ese plazo. Se preguntó qué pasaría después, temiendo que cuando no les fuera necesaria, la

denunciaran a la Gestapo. En el mejor de los casos, Sebastian la recluiría impidiéndole cualquier movimiento. ¿Por qué entonces se empeñaba en permanecer en Berlín? Sabía que debía de haber ideado algún tipo de plan, pero temía que su obstinación, ahora más fuerte que nunca, la llevara a un callejón sin salida.

Aquella noche, Daniel se unió a ellos durante la cena que se celebró en el cenador del jardín. La temperatura era agradable, algo extraño a finales del mes de abril. Desde que estuviera convaleciente, era la primera vez que se aventuraba a salir de su habitación y, aunque Sebastian le había ayudado a bajar las escaleras, tuvo que parar en varias ocasiones a recuperar el aliento.

—Es normal —le explicó Helen, cuando estaban ya sentados—. Deberás comenzar andando poco a poco. Luego ya te mandaré algunos ejercicios para que vayas practicando a medida que te vayas sintiendo mejor.

—Gracias, Veronika. Te estás portando como una auténtica amiga.

Sebastian y Erika compartieron una mirada cómplice que a la pareja británica no le pasó desapercibida.

—Sí, demasiado auténtica… —murmuró un irónico Sebastian para sí.

Durante toda la cena se respiró un ambiente de incómoda tensión, especialmente entre Veronika y Sebastian. Ninguno de los presentes se esforzó en aplacarlo.

Daniel, a quien este hecho no le pasó desapercibido, no pudo evitar preguntarse si entre ellos había ocurrido algo que él no supiera. Encontraba a Helen demasiado a la defensiva con el nazi para las circunstancias en las que se encontraba.

Tras el segundo plato, Daniel le pidió a Veronika que lo acompañara de nuevo a la habitación antes de verse tentado a fumar un cigarrillo. Ella observó a Sebastian buscando su aprobación y, tras darle el visto bueno con un movimiento de mano, se levantó y ayudó a Daniel a incorporarse. Una vez estuvieron en el interior de la vivienda, el joven quiso saber si sus sospechas eran ciertas.

—Hay algo que no me has contado —le dijo Daniel una vez hubieron llegado a la primera planta.

—¿Sobre qué? No sé a qué te refieres.

—Lo sabes muy bien.

—Daniel, por favor, no me pongas las cosas más difíciles…

—Si por lo que sea, termino enterándome de que Sebastian te ha hecho algo malo, ten por seguro que lo mataré.

—Eso es lo que quiero evitar.

—¿Lo proteges?

Helen se paró en seco y lo miró con severidad.

—Te estoy protegiendo a ti.

En el cenador, Erika degustaba su postre y Sebastian, recostado en la silla, se encendía un cigarrillo cuando vieron a Frieda atravesar el jardín hacia ellos.

—La señora aún no ha terminado —dijo el capitán sin tan siquiera mirarla.

—Señora, no he querido interrumpirla antes, pero mientras cenaban ha recibido una llamada del frente —le comunicó a Erika, ignorando a Sebastian.

—¿De mi hermano?

—El general Ludendorff ha resultado herido en combate. Su llegada está prevista para comienzos de mayo.

—¿Por qué no me has pasado la llamada?

—Parecía que tenían algún tipo de problema en la línea… Se cortaba continuamente. Me han comunicado que le transmitiera el mensaje.

—Gracias, Frieda. Puedes retirarte.

Sebastian dio una larga calada a su cigarro observando con ojos entrecerrados a Erika. Sentía curiosiosidad por conocer su reacción ante la noticia del regreso del general de la Wehrmacht, a quien Sebastian conocía bien.

—Oskar va a ser repatriado… —observó ella meditabunda—. Me preocupa el estado en el que pueda encontrarse… Él jamás abandonaría a su ejército.

—Regresa vivo, Erika. No todos correrán esa suerte.

—Eso no es ningún consuelo. A veces es mejor la muerte…

41

Tras finalizar el tiempo estipulado por Freiin Ludendorff de cohabitar en su residencia en calidad de enfermera, abandoné la casa sin saber cuándo volvería a poder reencontrarme con Daniel. No pude evitar sentirme humillada, sobre todo porque Erika no tuvo ni la consideración de salir a despedirme. Me entristeció más aún, saber que aquella actitud provenía de la madre del hombre que tanto amaba. Supuse que en otros tiempos nuestra relación habría sido muy diferente, quizás buena; pero aquella guerra nos convirtió en víctimas de nuestras circunstancias respectivas de odio y supervivencia. Lo único que me reconfortó fue pensar que dejaba a Daniel cada vez más recuperado y fuerte. Aquello fue a lo que me agarré para no decaer; más, cuando Sebastian me prohibió regresar con Dagna. Se había propuesto incapacitarme como espía ya que no podía, o no quería, eliminarme como persona; al menos, por el momento.

No imaginé que, tras salir de la casa de Daniel, tuviera que acatar los deseos de Sebastian de instalarme en la residencia von Stumpfegger como si fuera un bulto a colocar aquí o allá según las necesidades de los demás. No me permitió tan siquiera ir a recoger mis cosas, teniéndome que arreglar con la pequeña maleta con la que había contado durante aquella semana. ¿Pero cómo revelarme? Por un lado, lo más prudente era mostrarme sumisa; por otro, mantenerle lo más alejado posible de Dagna. Comprendí que era cuestión de tiempo que el capitán de las SS reparara en ella como mi cómplice y encubridora. Tenía que idear la manera de prevenirla. Con ella no tendría piedad.

Arabelle me saludó condescendiente a mi llegada. Estaba claro que ella no estaba al tanto del doble juego que me había llevado a Berlín; lo cual agradecí, pues, aunque la calidez y amabilidad no entraban dentro de sus virtudes, haberla sumado a mis enemigos y posibles detractores, hubiera transformado mi situación de difícil a insostenible en esa Alemania convulsa por un régimen de tiranos y asesinos.

Pasaron los días sabiendo que estaba vigilada por Sebastian a cada instante mientras cavilaba la manera de hacer llegar a Londres noticias sobre mi actual situación. Temía que pudieran obligarme a concluir mi misión en Berlín y regresar a Inglaterra. Viniendo el caso, tendría que acatar las órdenes; aunque aquello significara volver a separarme de Daniel. Pero era necesario que supieran las

razones por las que mi transceptor había enmudecido de pronto.

A la semana había conseguido idear un plan.

Una mañana antes de salir hacia la Cancillería, mientras Sebastian se duchaba y Arabelle se encontraba ausente, subí hasta el desván con uno de los zapatos de tacón que más usaba. Cerré la puerta y, con ayuda de un cuchillo, le quité la tapa. Eso me daría la excusa perfecta para llevarlo a arreglar a la zapatería Schneider, donde la resistencia tenía uno de sus focos de intercambio de información. Cogí mi mensaje para Dagna y lo coloqué entre la plantilla y la suela. Fue fácil. Aquellos zapatos me fueron entregados específicamente para llevar a cabo ese cometido.

Apresurada, bajé hasta nuestra habitación al tiempo que Sebastian cerraba el grifo de la bañera. Cuando regresó secándose con la toalla yo me encontraba desnuda eligiendo atuendo entre los tres modelos con los que contaba. El corazón me latía con fuerza; más por la carrera que había dado escaleras abajo que por la ansiedad que me producía el riesgo continuo al que me veía sometida. Sabía que la visión de mi cuerpo le turbaba los sentidos hasta límites insospechados, pero era necesario distraer cualquier tipo de sospecha que hubiera podido crecer en su suspicaz carácter durante los minutos en los que me había perdido de vista.

Como esperaba que hiciera, se acercó a mí por detrás y retirándome el pelo, comenzó a besarme el cuello con delicadeza y verdadera devoción mientras sentía el contacto de su piel contra la mía. Desde aquella vez que me forzara en casa de Dagna, hacía ya dos semanas, había estado agasajándome con mil y una atenciones mientras hacíamos el amor; cosa que fuera de la cama, sin embargo, había dejado de hacer. Lo achaqué a un sentimiento de culpa, aunque en el fondo, no creyera que tuviera el más mínimo remordimiento por aquel ultraje al que me sometió.

—Llegaremos tarde… —le dije.

—Veronika… no me prives de tu belleza…

—Pero tenemos trabajo, amor. Además, tengo que pasarme por alguna zapatería antes de entrar a la Cancillería.

Sebastian detuvo sus besos y me miró circunspecto. Su rictus se tensó.

—¿Para qué?

—¿Para qué va a ser? He perdido la tapa de uno de mis zapatos —le respondí con naturalidad.

Guardó silencio durante unos segundos y, tras corroborar en su reloj de pulsera que andábamos justos de tiempo, dio por zanjados sus preliminares amatorios.

—Vístete —me ordenó mientras él comenzaba a hacer lo propio.

Diluviaba. Era un día gris, sombrío; de esos en lo que salir de

casa se convertía en un verdadero fastidio. El parabrisas del coche no daba abasto y los cristales comenzaban a empañarse. A duras penas se veía la carretera y Sebastian tuvo que aminorar la velocidad. Aquel mes de mayo había comenzado con temperaturas suaves, pero con intensos aguaceros.

Sebastian me esperó con el coche en doble fila, en vez de continuar hasta el trabajo, a apenas cinco minutos caminando. Me hubiera empapado. Aunque tampoco me hubiera importado con tal de perderle un rato de vista.

El establecimiento era muy pequeño y no contaba con ventanas a la calle. Olía a grasa y a betún; parecía tratarse de un taller solo para arreglar calzados. Una mujer hablaba con el zapatero que atendía tras un mostrador, mientras otro chico muy joven hacía nuevos orificios a un cinturón. No tuve que esperar más de cinco minutos para que me atendieran.

—Buenos días —me dijo amable el zapatero.

—Necesito mis zapatos arreglados para mañana a esta hora —le dije recordando la contraseña que hacía unas semanas una chica me había entregado en el probador de una tienda no muy lejana de allí.

El hombre me miró por encima de las gafas. El chico del cinturón paró sus quehaceres durante un instante para observarme también.

—Sus zapatos estarán listos para mañana a esta hora —dijo al fin el zapatero.

—Perfecto —le dije.

Abandoné la zapatería.

Aquella noche Sebastian y yo hicimos el amor con el sonido de la lluvia de fondo. Cada uno de sus besos, cada una de sus caricias… las sentí fogosas, ardientes, anhelantes... pero a su vez, cargadas de nostalgia y melancolía. Sebastian se abandonó al placer entregándose a mí sin máscaras ni engaños.

Desde la cama observé su cuerpo en la penumbra mientras fumaba un cigarrillo en la ventana. Tenía la mirada perdida en el horizonte.

—Si nos hubiéramos conocido en otras circunstancias… ¿podrías haber llegado a amarme? —me preguntó sin apartar la vista del exterior.

Pensé durante unos segundos la respuesta.

—Posiblemente, sí —le contesté sincera.

Asintió sin más y, cuando acabamos nuestros respectivos cigarros, se metió en la cama.

Lo observé durante largo rato. Parecía dormir. Aquel hombre que tenía frente a mí tan solo era un hombre normal. Arrogante, presuntuoso, egoísta y caprichoso, sí; pero un hombre normal, al fin

y al cabo. Desprovisto de su uniforme y sus ideales, se me antojó un niño necesitado de constante reconocimiento y cariño. Me dije a mí misma que sí, que quizá sí, que quizá hubiera podido llegar a amarlo… Pero ambos vivíamos a la sombra de nuestras circunstancias y eso nos separaría para siempre.

Al cabo de unos minutos abrió los ojos y nuestras miradas se encontraron en la penumbra.

—¿No duermes? —me preguntó.

—No.

—Me pregunto a menudo quién es la mujer que tengo a mi lado…

Silencio.

—Estoy arriesgándolo todo por ti y, sin embargo… no sé ni tu verdadero nombre.

—¿Qué quieres saber?

—¿Por qué nos odias?

—¿A quién?

—A nosotros, a los alemanes.

—No odio a los alemanes. Odio el nazismo y en lo que os ha convertido.

—¿En qué nos ha convertido?

—En títeres de un sádico asesino.

—Hitler hace cosas buenas por Alemania —dijo con una tranquilidad que me asombró.

—¿A costa de qué, Sebastian? ¿De hacinar en guetos a un amplio sector de ciudadanos alemanes como si fueran animales? ¿De imponer a sus prisioneros muertes agónicas a base de torturas y vejaciones? ¿De generar una guerra que solo está creando muertes, destrucción y sufrimiento?

Sebastian guardó silencio durante unos instantes, luego prosiguió:

—Tú no puedes entenderlo.

—¿Qué hay que entender?

Intentó buscar un argumento con el que rebatir mis palabras. Sin embargo, no debió de encontrarlo, pues se limitó a decirme:

—Me debo a Alemania y a mi Führer.

—Esa es tu desgracia…

Más adelante Sebastian recordaría aquella conversación. Entonces ya sería demasiado tarde.

42

El General de la Wehrmacht, Oskar Ludendorff, llegó a Berlín una mañana de cielo plomizo. Después de un largo y pesado viaje desde el frente oriental, se reencontró con sus amplias avenidas, calles y gentes pasando a gran velocidad ante él desde el asiento trasero del coche oficial que le llevaba de regreso a su hogar. Todo se le antojó igual a como lo había dejado tres años atrás, aunque tuvo la sensación de que habían pasado siglos. El general que regresaba, nada tenía que ver con el que había partido; una vida entera se interponía entre el antes y el ahora convirtiendo el tiempo en una utopía que para él tenía otra dimensión. Demasiada sangre, demasiado dolor… habían transformado su mente y su corazón, destrozándolos como aquella mina había hecho con su pierna derecha.

Él, veterano de guerra, perteneciente al viejo ejército prusiano y experimentado en el frente oriental donde ya había luchado en la Gran Guerra, regresaba a su patria lisiado y con miles de fantasmas siguiéndole los pasos de cerca en forma de pesadillas constantes. Jamás en sus años como combatiente presenció horror igual al experimentado en el último año al frente de los ejércitos del norte. Hitler ya lo advirtió en una reunión que recordaba como si hubiera acontecido ayer.

El Führer reunió a sus generales el 31 de marzo de 1941. Ya entonces, se les comunicó que aquella guerra contra la Unión Soviética tendría “un carácter especial”. La Operación Barbarroja era una “guerra de ideologías”, diferente a todas, en la cual los adversarios no podían ser considerados como "camaradas en armas". Pero si, entonces, acató las órdenes con la celeridad y profesionalidad que toda su carrera militar le había caracterizado, ahora tendría que pagar el alto precio que aquello había supuesto.

La frondosidad de los bosques y árboles de Wannsee le dieron la bienvenida. Pero él, en su locura, solo veía partisanos soviéticos ejecutados, pueblos enteros exterminados y arrasados bajo los gritos de socorro de mujeres y niños inocentes que enmudecían tras las ráfagas de sus ametralladoras.

El coche paró frente a la mansión Ludendorff, una de las más imponentes de todo el distrito, perteneciente a una generación entera de aristócratas y banqueros. Oskar bajó con ayuda del conductor. Aún no se había acostumbrado a las muletas. Tampoco se había hecho a la idea de que le acompañarían toda la vida.

Vestido con su uniforme de general de la Wehrmacht, cruzó el camino empedrado hasta la puerta principal. Se dispuso a subir las escaleras, pero al primer peldaño resbaló y cayó al suelo. Maldijo para sus adentros. La rabia y la impotencia lo invadieron. Se giró en busca de ayuda, pero el coche que le había traído hasta allí ya había desaparecido.

Empapado de sudor y cansado por el esfuerzo, llegó a la puerta y tocó el timbre. Agradeció que sus padres estuvieran en Suiza y no tener que enfrentarse en esos momentos a sus miradas de lástima. Frieda, la más antigua de las empleadas, le abrió al minuto.

—General… —le dijo sin poder ocultar su aprensión al ver su estado.

—¡No te quedes ahí plantada mirándome como si fuera un aparecido! —bramó Oskar—. ¿Dónde está mi hermana?

—La señora está en el salón.

—¿Está sola?

—Daniel la acompaña.

—¿Daniel? ¿Mi sobrino Daniel?

—El mismo, señor.

—Aparta —la instó dándole con la muleta—, no me dejas pasar.

Oskar avanzaba despacio, pero sin pausa. Cuando llegó al salón y vio a su sobrino sentado en el sofá leyendo un libro, la ira lo invadió.

—Siempre supe que habías heredado la desidia y cobardía de los ingleses. ¡Pero encontrarte cual señorita haragana es el colmo de las calamidades! —gritó.

—Déjale, Oskar. Está convaleciente.

—¿No me digas? —ironizó—. ¿Y qué le ha pasado? ¿Le ha mordido un perro?

—Oskar, cálmate. Daniel, ve a ayudar a tu tío.

—¡No necesito que nadie me ayude!

Daniel se mantuvo en silencio. Prudente. Observando.

—Podrías haberte quedado en el frente —le dijo su hermana—. Menuda manera de llegar a casa.

—¿A ver si te crees que he venido por gusto?

Erika le observó preocupada avanzar hasta su sillón predilecto. La pernera derecha de su pantalón estaba arrebujada hasta la rodilla, donde parecía haber sufrido la amputación. Pero su reacción no le había pillado de sorpresa. Es más, se la esperaba.

Recordó las palabras de Sebastian aludiendo la llegada de Oskar: *al menos llega vivo.* Ella le contestó entonces que en muchas ocasiones era mejor morir. Ahora corroboraba su propio vaticinio. Conocía a su hermano lo suficiente, como para saber que aquella mutilación y su consecuente repatriación, significaban el peor de los

infiernos para él. Hubiera preferido morir. Ella también hubiera preferido que estuviera muerto.

Dagna esperó con impaciencia el día en que Veronika, a través de aquella nota de caligrafía apresurada, la instaba a mover ficha. Sebastian la tenía atrapada y sin escapatoria; pero la espía, tan escurridiza y capaz, no parecía dispuesta a rendirse. Estaba decidida a continuar su lucha contra el nazismo pese a los contratiempos. A Dagna le preocupaba que la obstinación de la joven por conseguir sus fines, la estuviera llevando a cavar su propia tumba. Sin embargo, lo único que podía hacer era apoyarla y ayudarla dentro de sus posibilidades.

Había repetido los pasos a seguir una y otra vez hasta memorizarlos. Eran fáciles, pero su memoria ya no era la de antaño. Una vez lo hubo conseguido, se deshizo del papel tirándolo a la chimenea. Sentada en una butaca, tomándose con tranquilidad su té vespertino, lo vio convertirse en cenizas.

Echaba de menos la convivencia con Veronika, sobre todo en las noches, durante la cena. Era el momento en que compartían confidencias y departían sobre temas diversos, especialmente lo referente al trascurso de la guerra. Sus opiniones similares las hicieron congeniar desde el principio y entablar una verdadera amistad en poco tiempo. Ahora, la casa volvía a parecerle vacía de vida; demasiado grande para ella sola.

Se preguntaba cómo le estaría yendo en casa de los von Stumpfegger; si la estarían tratando bien… No había vuelto a verla desde aquella tarde en la que se presentó con Sebastian para recoger su ropa. Ya solo quedaban dos días para volver a verla.

Aquel 15 de mayo Berlín amaneció luminoso, después de días sin salir el sol. Dagna se vistió y cogió su coche para dirigirse a la Cancillería, repasando mentalmente los pasos a seguir. Odiaba conducir. No lo hacía a menudo. Mientras Veronika estuvo viviendo allí, siempre conducía ella, cosa que agradecía. La opción de coger el tranvía no entraba dentro de la mentalidad de las mujeres de la alta clase berlinesa.

Consiguió aparcar cerca del emblemático edificio del III Reich. En su reloj quedaban tres minutos para las once. En esos momentos, Veronika tendría que estar en los lavabos de la tercera planta del ala oriental colocando dos notas entre el respaldo del segundo retrete y la pared. A las once en un punto, ella tendría que recogerlas.

Subió las escaleras hasta el vestíbulo, sintiendo las miradas de los dos guardias que custodiaban la puerta principal clavadas en

ella. Al entrar en la sala, de paredes y suelos revestidos de mármol rojo, miró sin querer hacia las puertas sur, aquellas que conducían a la parte administrativa del ala oriental. Un hombre con uniforme de las SS salió a su encuentro.

—Soy la baronesa Dagna Rollheiser —se presentó—. Vengo a ver al Capitán Sebastian von Stumpfegger.

—Un momento, lo avisaré.

—No hace falta, ya he estado en su despacho en otras ocasiones y conozco el camino.

—Ya. Pero este no es lugar de visitas personales. Debería saberlo, baronesa —le soltó cortante.

—Discúlpeme, usted… —Dagna no contaba con que le pusieran ningún tipo de traba. Estaba acostumbrada a que solo la mención de su título disuadiera de posibles vetos. Se olvidaba de que, en aquella nueva Alemania, solo tenía valor el cargo que ostentaras dentro del partido; el resto no eran más que volutas que se desvanecían en el aire—. Pero soy casi como de la familia… su prometida Veronika, a quien imagino conoce usted, es mi sobrina.

—Veronika… sí, Veronika Rollheiser, cierto. También trabaja aquí. Por favor, permita que mi compañera la cachee. Es un procedimiento obligatorio. Luego ya podrá pasar.

Dagna simuló su alivio. Después de todo, no había sido tan difícil.

Repiqueteando con sus tacones, atravesó el amplio corredor de la tercera planta, donde se encontraba el despacho del capitán de las SS. Tan solo se cruzó con un par de hombres que, sumergidos en su conversación, pasaron de largo sin tan siquiera percatarse de su presencia. Cuando llegó a la puerta del aseo, entró. No se preocupó de corroborar que nadie la había visto. Quería parecer lo más natural posible.

En el interior, dos chicas hablaban frente a uno de los espejos. Todas las puertas de los urinarios estaban abiertas y Dagna entró en el segundo de la hilera de los cinco que había. Las chicas salieron en ese momento, por lo que todo quedó sumido en el silencio.

Observó el hueco entre el respaldo del retrete y la pared. No mediría más de dos centímetros; lo suficiente para introducir su mano.

Sus dedos alcanzaron a tocar lo que parecía un papel. Con el tacto percibió que estaba pegado con cinta adhesiva —o algo similar— a la pared. Una vez lo tuvo bien alcanzado, tiró. Al despegarlo, emitió un ligero crujido. Suerte que no había nadie. Las mujeres no abundaban en la Cancillería.

Metió las dos cartas en su ropa interior. Podía haberlas guardado en el bolso, pues solo registraban a la entrada, pero prefirió pecar

de precavida dadas las circunstancias. Ahora quedaba la otra parte; ir a ver a Sebastian. Era necesario para su coartada. La espía británica había ideado la excusa perfecta.

Veronika trabajaba en su mesa mostrando total tranquilidad. Al ver a Dagna cruzar la puerta, le guiñó un ojo cómplice y se levantó aparentando sorpresa por la inesperada visita de la baronesa. Sebastian que tenía la puerta de su despacho abierta, salió a recibirla desconcertado.

—Vaya… la baronesa Rollheiser… ¿A qué se debe tal honor?

—Vengo a pedirte explicaciones.

—¿A mí? ¿Sobre qué?

—¿Con qué derecho te crees para separarme así de Veronika?

Sebastian puso cara de fastidio y la invitó a entrar en su despacho, cerrando la puerta tras él.

—Siento haberte hablado así, Sebastian —le dijo ella tomando asiento. Se mostró sumisa. No entraban en sus planes enfurecerle—. Comprende que no entiendo nada.

—¿Seguro que no entiendes nada? —le preguntó él inquisitivo.

—Yo no soy quien para interponerme en tus decisiones... Yo acato lo que decidas. Simplemente, me hubiera gustado una explicación. Compréndeme —dijo ella eludiendo a su pregunta.

Sebastian enarcó las cejas. No terminaba de creer el tono dócil y afligido que Dagna había adoptado. Tal vez lo único que buscaba era ver de vez en cuando a Veronika. No. Desechó esa idea de su mente tan pronto como la sopesó.

Dagna sabía que ya tenía su coartada, por lo que fue zanjando con suavidad la conversación hasta finiquitarla sin más circunloquios innecesarios. Lo único que la había llevado hasta allí era recoger aquellas dos cartas que tenía ya en su poder. Pero requerir a Sebastian con alguna escusa plausible, había sido necesario para corroborar su entrada en el recinto.

Una vez en la antesala, se acercó a Veronika y la besó en la mejilla como despedida. Le hubiera gustado abrazarla, hablar con ella… pero tuvo que conformarse con aquel beso. Mientras más inadvertida resultara su visita, tanto mejor.

Se deslizó cual fantasma por los desiertos corredores, con el único pensamiento de llegar a la calle cuanto antes. Aquel lugar le incomodaba demasiado. Aquellos uniformes le helaban la sangre.

No sacó los dos papeles de su ropa interior hasta llegar a casa. Los observó con atención y se puso con el que iba destinado al Ejecutivo de Operaciones Especiales Británico. El más urgente. El otro, para la resistencia, tenía que entregarlo en siete días en la zapatería Schneider. Veronika se había encargado de redactar una anodina y breve carta dirigida en teoría a una amiga en París. En

ella le contaba lo justo y necesario para pasar la censura, es decir, nada que no fuera una apología absoluta a Alemania. Dagna, que ahora contaba con todo el equipo que Veronika había dejado en su casa, tendría que reescribirla en un papel adecuado, con letra pulcra y, entre líneas, plasmar el mensaje con tinta invisible:

> *Agente H.20 descubierto por objetivo. Ok por el momento. Limitados movimientos.*

Se encerró en el desván y se puso manos a la obra en un viejo escritorio que había pertenecido a su abuela. Tras terminar de redactarla, la metió en un sobre sin remitente. Después, escribió aquella dirección que Veronika le había anotado en un margen de su mensaje. Dagna ya conocía aquel procedimiento, aunque no los detalles.

—En guerra, las comunicaciones de cualquier tipo a países enemigos son censuradas. Por eso recurrimos a países ocupados o neutrales —le explicó una noche, después de cenar.

No quiso preguntarle más. Había cosas que prefería desconocer. Pero lo cierto era que, durante aquella guerra, una perfecta red de espionaje en colaboración con grupos de resistencia locales, se extendía a través de toda Europa en su lucha particular contra el nazismo.

43

—Mañana por la noche voy a cenar a la residencia de los Ludendorff —le dijo Arabelle a su hijo, aprovechando que Veronika tomaba el sol en el jardín—. Me gustaría que vinieras…

Sebastian, al oír a su madre mencionar a los Ludendorff, recordó la repatriación del General. Sin duda, ese debía de ser el motivo de la invitación. Pero por desgracia, no podría acudir. No estaba dispuesto a dejar sola a Veronika ni un instante.

—¡Lo había olvidado por completo! ¿Cómo está Oskar?

—Ha perdido media pierna.

—Vaya… —dijo Sebastian consternado de verdad. Era un hombre al que siempre había admirado—. Me gustaría verlo, charlar con él…

—Está en la Cancillería. Hoy tenía una reunión, según me comentó Erika.

—Pues entonces voy para allá. Espero poder llegar a tiempo para invitarle a un trago. ¿Vas a quedarte aquí? No me gustaría dejar sola a Veronika…

—Tranquilo, estaré aquí. Ve. Luego me cuentas.

Era uno de los pocos sábados que a Sebastian no le había tocado trabajar. Sin embargo, no le importaba ir a la Cancillería en una de sus mañanas libres. Menos aún, si era para reencontrarse con Oskar Ludendorff, a quien hacía algo más de tres años que no veía. Era lo más parecido a un padre para él. Aunque el suyo, Karl, era insustituible en su alma, el general siempre había sido un gran apoyo. Se entendían bien, se admiraban el uno al otro. Era una pena que hubiera tenido que regresar de aquella manera; aun así, se alegró de saberle vivo.

A una calle de su destino, le tocó en rojo uno de esos semáforos que parecen durar una eternidad. Bajó la ventanilla y se encendió un cigarrillo. Le daba la segunda calada, cuando le pareció reconocer a Dagna saliendo de la zapatería Schneider. A los pocos segundos, cruzó el paso de cebra donde él esperaba a que el semáforo se pusiera verde para proseguir la marcha. Comprobó que era ella, sin lugar a duda. La había podido ver a tan solo un par de metros. ¿Cómo era posible que, de entre todos los cientos de zapaterías de Berlín, Dagna acudiera a la misma que Veronika con tan solo ocho días de diferencia? Aquello no podía ser casualidad.

Se increpó a sí mismo su estupidez. Había estado tan cegado con Veronika y todo lo concerniente a ella y su relación que no había

reparado en el papel de Dagna en toda aquella historia. Pegó un puñetazo al volante cargado de ira. Que una extranjera arriesgara la vida por su país, al fin y al cabo, podía llegar a ser hasta loable… Pero ¿Dagna? ¿Una alemana ayudando al enemigo a vencer a los suyos? ¿A traicionarle a él que lo conocía de siempre?

—Maldita bastarda —escupió a la nada, tras comprender que ella había sido la principal cómplice de aquella argucia contra él y su patria.

Desde Wilhelmplatz entró en el patío de honor, donde aparcó su auto como cada día. A continuación, accedió al vestíbulo y, tras hacerle el saludo nazi a un cabo que se encontraba en ese momento atendiendo a los visitantes, le preguntó por el general Ludendorff.

—El general se encuentra reunido, capitán.

—Dígale en cuanto acabe que se pase por el despacho del capitán von Stumpfegger.

—Descuide, capitán. Así haré.

Sebastian subió hasta su despacho. Una vez en él, cerró la puerta y se sirvió un vaso de Kirsch con mucho hielo tal como habituaba. Se paseó de un lado a otro envenenándose la mente con diferentes pensamientos.

Recordó la vez en que Dagna le había pedido trabajo para su sobrina. Veronika aún no había llegado a Berlín, pero ella ya estaba acondicionando el camino, siguiendo, seguro, instrucciones enemigas. Él había sido el objetivo desde el comienzo y Veronika, el cebo perfecto. ¿Cómo podía haberle hecho algo así?

Lo cierto era que Dagna nunca le había caído bien. A su madre tampoco. Su padre, simplemente, se abstuvo siempre de opinar. Sin embargo, habían mantenido durante toda la vida una relación más o menos cordial por la cercanía de sus viviendas y las amistades en común, entre las que se encontraba Erika, quien, a su vez, parecía haberse distanciado de ella en los últimos tiempos. ¿Sospecharía algo? Ella tampoco parecía haber reparado en el papel de su querida amiga en toda esta historia; en caso contrario, algo le habría comentado, o incluso ella misma la hubiera denunciado a la Gestapo. Tanto Erika como toda su familia habían demostrado ser alemanes ejemplares, tal como el Führer esperaba de todos ellos. Bien le había costado convencerla de no entregar a Veronika. Con Dagna no tendría piedad. Los años de amistad, cariño y confidencias no la frenarían a la hora de acatar las directrices impuestas por su régimen.

En esas cuestíones andaba cavilando, cuando alguien llamó a su puerta. Sebastian que no se había sentado durante la hora de espera en el despacho, se acercó hasta la puerta y él mismo la abrió.

—¡Sebastian! —exclamó Oskar al otro lado.

—Oskar, ¡qué alegría verte! Pasa, pasa, toma asiento. ¿Quieres algo de beber?

—Oh, sí, por favor. Lo que tu estés tomando estará bien.

Sebastian escanció el líquido en el vaso mientras el general se sentaba en una de las butacas frente al escritorio.

—Te encuentro estupendo a pesar de la pierna… —lo aduló Sebastian.

—Apariencias, apariencias… Pero, cuéntame, ¿cómo estás tú?

—Bien, bien. Deseando la pronta victoria de Alemania.

—Ay… hijo… habrá que esperar aún para eso... —dio un trago a su bebida y prosiguió—. Creo que estamos en un punto de inflexión, o muy cerca de él —le confesó.

El general comenzó a relatarle, sin detenerse en detalles, el estado en el que Alemania se encontraba en esos momentos.

Aquel 1942 comenzó con la situación controlada por los países del eje. Pese a la entrada de Estados Unidos en la guerra, las derrotas aliadas fueron yendo en aumento durante los primeros meses de aquel año.

En Filipinas, los norteamericanos fueron derrotados mientras Singapur, Sumatra y Malasia eran atacadas sin piedad por las fuerzas japonesas que ganaban terreno con rapidez. En el norte de África, Rommel consiguió dejar a los alemanes a las puertas de Egipto. En el frente oriental, Alemania tenía bajo su dominio varias ciudades rusas como Smolensk y Sebastopol, controlaban Minsk y Kiev, ciudades de gran importancia industrial, habían conseguido sitiar Leningrado, se encontraban a las puertas de Moscú y amenazaban con atacar el Cáucaso, la zona petrolífera del país. Sin embargo, para el experimentado general, ganar la guerra no iba a ser tan fácil. Los aliados mostraban gran resistencia y no terminaba de estar claro a que lado se vencía la balanza.

A Oskar Ludenforff, cual viejo zorro, no le pasó desapercibida la inquietud que Sebastian intentaba ocultar bajo un rostro impertérrito. Su mirada críptica lo delataba. Parecía ausente. A él que lo conocía desde niño, no podía engañarlo. Estaba seguro de que su preocupación nada tenía que ver con la guerra.

—Algo te preocupa… —terminó diciendo mientras observaba con detenimiento su reacción. Sebastian siempre había sido muy expresivo.

—No, bueno… Te estaba escuchando…

—Sabes que pueden confiar en mí, ¿verdad?

—Lo sé, Oskar, lo sé. Gracias.

—Seguro que tiene que ver con alguna mujer…

Sebastian rio durante un instante. Había dado en el clavo. Después, la sonrisa se evaporó de su rostro transformándose en una

mueca de tristeza. Oskar percibió que la cosa era seria.

—¿No será judía?

—No, judía no. Pero para los efectos es parecido. No comulga con nuestro régimen.

—Una traidora.

—Una traidora —repitió Sebastian, corroborando las palabras del general.

—No puedo creerlo. En ti, no. En el estúpido de mi sobrino, no me sorprendería, pero en ti… Deshazte de ella, ¿me has oído? ¡Demuestra que eres un auténtico alemán, digno del uniforme que llevas!

44

No supe con quien se vio Sebastian aquella mañana de sábado hasta mucho tiempo después. Arabelle me dijo que se había acercado a la Cancillería, hecho que pude corroborar aquel mismo lunes, por el cenicero de su despacho. Tras haberlo vaciado el viernes a última hora, volví a encontrármelo, pasado el fin de semana, repleto de colillas. Tampoco quise indagar más en el asunto. Pero lo cierto era que, desde aquella mañana, Sebastian no había vuelto a ser el mismo. Algo había cambiado en él más allá de la desconfianza normal de los días anteriores. El frívolo, activo y siempre atento hombre que yo había conocido, ahora se mostraba circunspecto, apático y ausente, como si su alma y su conciencia estuvieran debatiéndose en un perpetuo duelo a muerte.

Durante la última quincena de aquel mes de mayo hubo varios acontecimientos que, ajenos a nosotros y a nuestra relación, no hicieron más que acrecentarle esta nueva personalidad que parecía haber adoptado repentinamente. En particular, cuando la mañana del 27 de mayo, un teniente de las SS le comunicó el atentado que el Obergruppenführer, Reinhard Heydrich, había sufrido minutos antes en Praga a manos de varios miembros de la resistencia checa.

Esa noche cenábamos en el cenador del jardín los dos solos, cuando le pregunté por el estado de Heydrich. No sé si lo hice por verdadero regocijo, interés médico o simple curiosidad humana, pero el caso fue que tan pronto como realicé la pregunta, me arrepentí. Los ojos de Sebastian me miraron con una mezcla de odio y rabia. Parecía afectado de verdad por el suceso. No tardé en comprobar que, en cierta manera, me responsabilizaba de lo ocurrido al poderoso jerarca nazi.

—Estarás contenta, ¿no? Menudo golpe habéis dado.

—¿Habéis?

—Sí, habéis.

—No me metas en algo así, yo no comulgo con ese tipo de cosas. Aunque he de decirte que sí, estoy contenta.

Sebastian me propinó una bofetada que me derribó al suelo. Me levanté con toda la dignidad que fui capaz. Lo miré desafiante.

—Eres un bastardo. Igual que todos los que te rodean —le escupí antes de salir del cenador.

—¡Veronika! —lo oí llamarme.

Pero no me giré. No quería discutir. No merecía la pena. O eso creí.

Reinhard Heydrich, jefe de la RSHA, protector de Bohemia y Moravia y uno de los artífices de la Solución Final, moría el 4 de junio de 1942 después de varios días en coma, tras haber sufrido una septicemia generalizada.

Las consecuencias fueron desmesuradas. Durante los días posteriores al atentado, tropas de las SS llevaron a cabo oleadas de ejecuciones a lo largo y ancho de todo Praga. Karel Čurda, uno de los implicados, consternado por las represalias, decidió entregarse y delatar a sus compañeros, pensando que de esa manera pararían aquella carnicería hacia tantos inocentes. Pero se equivocó. Continuaron. Las SS ejecutaron a trescientos cuarenta habitantes del pueblo de Lídice, al igual que hicieron dos semanas después en Ležáky. En total murieron unos cuatro mil seiscientos checos como represalia por el asesinato de Reinhard Heydrich. Niños, mujeres y hombres sin distinción fueron víctimas de los deseos de venganza del Führer.

Más tarde, supe que los principales artífices del atentado habían sido agentes checos reclutados, al igual que yo, por el SOE. Me sentí afligida por su final; feliz porque habían conseguido su objetivo. Heydrich pasaría a la historia por ser el más despiadado y temido esbirro de Adolf Hitler.

Me recluí en la habitación que compartía con Sebastian, sin saber que yo también sufriría mis propias represalias por aquel acto de insolencia. Si bien pude imaginarlo, siempre pensé que sería yo su víctima. Pero, estaba desencaminada. A veces era difícil saber que pasaba por su cabeza.

Me puse el camisón y me metí en la cama intentando conciliar el sueño en vano. Al poco rato sentí a Sebastian entrar en la habitación. Me hice la dormida y volvió a salir. Oí sus pisadas alejarse hasta desaparecer. Me pregunté a dónde iría. Era tarde.

Me deslicé con sigilo hasta el pasillo. Toda la planta estaba sumida en la oscuridad y el silencio. Arabelle había ido a cenar con Erika y no había regresado. Un haz de luz llegaba desde la planta baja. Según fui bajando los peldaños corroboré que venía del salón. Agudicé el oído y al llegar al pie de la escalera, oí la voz de Sebastian. La puerta estaba entreabierta. Me acerqué preguntándome si su madre había regresado. Pero no. Hablaba por teléfono.

—En cuanto pueda, la denunciaré. Lo tengo decidido.

El corazón comenzó a latirme con fuerza al oír aquellas palabras. Por un momento creí que había escuchado mal.

—Llevo dándole vueltas días y días. Pero lo de Heydrich… no sé, me ha hecho reflexionar —silencio—. Sí, sí, lo sé… —silencio—. A mí también me echaba para atrás entregar a una mujer como

Dagna…

Emití un grito ahogado de asombro. ¡Denunciar a Dagna, no! ¡No podía ser! Oí el portazo de la puerta de un coche en el exterior y salí corriendo escaleras arriba. Debía de tratarse de Arabelle que ya llegaba.

Me metí en la cama consternada. Todo me daba vueltas. La ansiedad crecía dentro de mí por momentos. Me provocó un intenso dolor imaginar a Dagna tan cerca de las garras de la Gestapo; más que si hubiera escuchado mi nombre en los labios de Sebastian. Me pregunté con quién habría estado hablando. ¿Erika, tal vez? ¿Cómo podían ser capaces de entregar a la muerte a una mujer con la que habían vivido tantos momentos de sus vidas? Yo, al fin y al cabo, era una extraña, pero ¿ella? Dagna era una de ellos. Antinazi, sí; pero una alemana orgullosa de serlo. Amante de su país y de su bandera.

Recordé su dulce sonrisa, su inteligencia y su cercanía; y comencé a pensar en cómo podría llegar a advertirla. No iba a resultarme fácil. La angustia me invadió al comprobar las ínfimas posibilidades que tenía de llegar hasta ella, de hacerla llegar cualquier mensaje. Pero urgía que saliera del país cuanto antes.

Sebastian entró en ese momento en la habitación y yo silencié mi sollozo. Le sentí desvestirse y meterse desnudo entre las sábanas. Mi respiración entrecortada delató mi lamento.

—¿Lloras? —me preguntó Sebastian.

No le contesté. No podía hablar sin hipar. Tampoco quería mostrarme vulnerable ante él.

—Siento la bofetada —dijo incorporándose para coger un cigarrillo de la mesita de noche. Cogió dos. Me ofreció uno—. Fuma. Sé que lo necesitas tanto como yo.

Lo acepté. Ambos estuvimos unos minutos sentados en la cama, envueltos en una penumbra solo rota por el resplandor de las brasas incandescentes de nuestros cigarrillos. Poco a poco, fui recuperando la serenidad.

—¿Mejor? —me preguntó, entonces.

—Sí —silencio—. Las bombas alemanas mataron a mi madre —le confesé.

—Lo siento.

—No puedes imaginar lo que se siente cuando te arrebatan de esa manera lo que más quieres en este mundo…

Sebastian giró su rostro hacia mí.

—¿Sabes por qué no te he entregado?

—¿Por qué?

—Desde que te conocí supe que eras diferente. Era algo que no podías esconder… No pude evitar admirarte, quererte… Aún ahora,

no puedo.

—Sebastian, yo…

—Supongo que te eligieron a conciencia… —me interrupió.

—Yo también lo siento…

—Como ves, no eres la única que sufre.

—Lo sé.

—Cuando acabe la guerra, regresarás a tu patria, supongo.

—Aún queda para eso, Sebastian. Durmamos…

«¿Quién sabía que podría ocurrir mañana?», pensé.

El reloj marcaba las tres de la mañana cuando me aventuré al exterior. Sebastian dormía. A mí me resultaba imposible. Solo podía pensar en Dagna y en su situación. Tenía que huir. A ser posible, esa misma mañana al amanecer. Y, tras mucho cavilar, constaté que solo tenía una opción de llegar hasta ella.

Con una chaqueta de punto sobre el camisón, crucé a tientas la casa hasta el garaje. Cogí la bici y, con decisión, pedaleé hasta la mansión Ludendorff, a tan solo cinco minutos de allí. Sebastian podía despertarse en cualquier momento, pero era de sueño profundo. Después de todo, no pensaba tardar más de quince minutos; lo justo para intentar hablar con Daniel. Él tenía más libertad de movimiento y sabría encontrar la manera de acercarse hasta la mansión Rollheiser.

Por el camino, fui recogiendo pequeñas piedrecitas que se me antojaron idóneas para lanzarlas contra la ventana de la habitación de Daniel.

Todo parecía tranquilo. Demasiado para estar en guerra. Después de que la RAF bombardeara durante aquel mes de mayo varias ciudades alemanas, los imaginé fraguando su próximo ataque. ¿Cuál sería la ciudad elegida? Quizá ni ellos mismos lo supieran hasta el último momento. La nubosidad jugaba un papel fundamental. El caso es que no me preocupaba lo más absoluto que Berlín fuera su próximo objetivo. Tanto me daba mientras Daniel y Dagna pudieran ponerse a salvo.

Dos toques en el cristal fueron suficientes para que Daniel se asomara. Su pelo rubio estaba revuelto y su rostro se dibujó inquieto al verme allí plantada en camisón, instándole a bajar a la puerta trasera. Erika no me preocupaba. Desde que Daniel fuera detenido por la Gestapo, recurría a pastillas para dormir.

Daniel y yo nos fundimos en un abrazo. Podría haberme quedado así durante horas, sin embargo, tenía que ser breve y volver cuanto antes a la mansión von Stumpfegger.

—Sebastian va a denunciar a Dagna.

—¿Cuándo?

—Aún no lo sé. Pero tienes que avisarla. Debe de huir lo antes

posible. En su casa tengo todo mi equipo…

—Tranquila. Me encargaré.

De pronto, tuve una idea. Las incontrolables ganas de poder estar a solas con Daniel me hicieron elucubrar un plan para poder vernos a solas.

—Daniel, ¿puedes darme tres pastillas de las que tu madre toma?

—¿Ahora?

—Sí. ¿Crees que podrás hacerlo sin que se dé cuenta?

—Espera aquí. Pégate a la pared.

Al cabo de un minuto, regresó con las tres pastillas.

—Intentaré venir el próximo día cuatro.

Elegí el mismo día que habíamos fijado para nuestras citas en la casa abandonada junto al lago. Así, ninguno de los dos olvidaría la fecha.

—¿Piensas dormir a Sebastian?

—Por supuesto —dije guiñándole un ojo.

45

Daniel miró la hora en el reloj de pared de su despacho. Su incesante tic tac le recordaba que el tiempo era lo único que no se detenía. Marcaba las cuatro menos veinte de la mañana.

Una vez comprobó en la documentación del banco, —bien ordenada por orden alfabético en su despacho—, los depósitos en joyas y dinero que Dagna poseía en la oficina central, Daniel salió hacia allí.

Abandonó la mansión Ludendorff con el motor del coche a ralentí, para provocar el menor ruido posible. Sabía del sueño ligero de su tío, pero por suerte, su habitación daba a la parte trasera de la casa. Si todo salía como pensaba, estaría de vuelta en menos de una hora. Justo el tiempo que disponía antes de que amaneciera.

Aún no se imaginaba de qué manera la resistencia podría ayudar a Dagna a salir del país. Menos aún, sabiendo que la Gestapo iba tras ella. Cabía la posibilidad de que la ocultarán en algún lugar de Berlín. Fuera como fuese, necesitaría dinero. No sabía con cuánto contaba Dagna en aquellos momentos en casa, pero no podía esperar a averiguarlo. Después podría ser demasiado tarde.

El edificio estaba levantado en Kurfürstendamm, una de las principales calles de la ciudad. Cual sereno, entre un manojo de llaves, localizó la que pertenecía a la puerta principal y, tras abrir, se deslizó en el interior. Conocía aquellas oficinas a la perfección. Su padre había trabajado allí gran parte de su vida. Recorriendo aquellos pasillos, bajando aquellas escaleras, ya en el sótano… recordó las veces que había jugado de pequeño a esconderse entre aquel entramado laberíntico de corredores y salas. Aún parecía estar oyendo a su madre llamarlo enfadada mientras su padre la instaba a mantener la calma. Sonrió para sí. Habían sido tiempos muy felices para toda la familia. Pero todo tiene su fin. Deseó para sus adentros que a aquella guerra le llegara pronto.

No le costó más de cinco minutos dar con la caja fuerte que Dagna tenía alquilada desde hacía más de una década. Como decía el informe, encontró dentro un juego de collar y brazalete de diamantes, un reloj de oro, un millón de marcos alemanes y doscientos mil francos suizos; ya que Dagna solía pasar temporadas en la estación de Gstaad, considerada por muchos la más exclusiva del país helvético.

Sopesó durante unos minutos qué llevarse y qué dejar. Por un lado, era demasiado dinero para andar con él por ahí; por otro, si

Alemania perdía la guerra, los vencedores arrasarían con todo. Finalmente decidió coger doscientos mil marcos y dos mil francos suizos. Nadie los echaría en falta y, en caso de pintar las cosas feas para Alemania, siempre podría regresar antes de que los aliados los invadieran. Aún parecía quedar mucho tiempo para eso.

Aparcó el coche en la puerta de la mansión Rollheiser, cuando el sol comenzaba a despuntar por el horizonte. Se sentía cansado. Demasiado ajetreo después de casi un mes convaleciente. Apretó el timbre una sola vez y esperó. Dagna lo abrió a los pocos minutos.

—Daniel… —le dijo ella sorprendida de verlo allí.

—Hola, Dagna —lo saludó él. Después, le dio un beso en la mejilla ya dentro de la casa.

—No tenemos tiempo. ¿Cómo te pones en contacto con la resistencia?

—Bueno, tengo varios medios…

—El más urgente —la interrumpió.

—Daniel, me estás asustando, ¿qué ocurre?

—Tienes que huir. Sebastian piensa denunciarte. No sé con cuánto dinero cuentas en casa, pero te he traído doscientos mil marcos alemanes y dos mil francos suizos de tu caja fuerte del banco.

—Tengo que poner dos macetas en la cornisa de la ventana —se apresuró ella a responderle.

—Bien, hazlo. ¿Dónde tiene Veronika su equipo?

—En la tercera habitación de la planta de arriba; debajo de la cama.

—¿Hay algún sitío que pueda quedar fuera del alcance de la Gestapo si revisan la casa? —le preguntó mientras enfilaban escaleras arriba.

Dagna sopesó la respuesta unos segundos antes de responder.

—Abajo, en la bodega. Hay un falso suelo bajo una de las alfombras.

—¿Habrá espacio suficiente?

—Espacio, sí. Pero la humedad y el frío podrían averiar los equipos en pocos días.

—Será solo una solución momentánea. El sol está a punto de salir y tengo que regresar a casa antes de que alguien se percate de mi ausencia. No tengo ninguna coartada.

—Espera un momento.

Dagna colocó las dos macetas en la ventana de su habitación y, a continuación, apremió a Daniel a seguirla escaleras abajo.

—Yo me encargaré de bajar los equipos. Pero antes de que te vayas te diré dónde estarán. La bodega es muy grande y apenas cuenta con un par de bombillas para iluminar la estancia.

Casi todo el vino que Dagna guardaba era blanco o rosado; el más sensible a la luz. Dagna, como buena amante de esa bebida, se había asegurado de aclimatar su bodega y la oscuridad era primordial para que se conservaran de manera óptima.

—¿Podrás tu sola?

—No te preocupes, lo haré yo. Me mantendrá la cabeza ocupada mientras espero alguna señal de la resistencia —dijo con serenidad.

Tras haberle revelado el escondite, subieron al vestíbulo. Fue un momento difícil para ambos. Sabía a despedida.

Uno frente al otro se agarraron las manos con cariño y se miraron en silencio. Sus ojos lo decían todo. Ambos sabían que aquello era un adiós, quizás un hasta nunca, pero haberlo dicho con palabras solo les hubiera causado más dolor.

Daniel salió de la mansión Rollheiser con un sabor de boca agridulce.

46

Con los pies sumergidos en las inhóspitas aguas de las cloacas de Berlín, Dagna avanzaba tras un hombre que se había presentado como Kaspar, un berlinés comunista que rondaría la treintena.

Del lujo de los veleros, de las mansiones y la ropa de alta costura, a la inmundicia de las alcantarillas donde las ratas tenían su guarida y el hedor era el perfume protagonista. Ese era el precio que muchos tuvieron que pagar por no claudicar ante un régimen asesino y mutilador de libertades. El precio por intentar sobrevivir a las represalias de los esbirros del nazismo, por ser o pensar de manera diferente. Las cloacas formaban parte de un perfecto entramado donde una parte de la población alemana se movía, vivía y escapaba de las garras de la muerte, mientras sobre sus cabezas, en el exterior, todo parecía continuar tranquilo y ajeno al sufrimiento que latía desde el subsuelo.

El techo vibraba de tanto en tanto. Era el metro cuando pasaba por encima de ellos. La claustrofobia acompañó a Dagna, sobre todo durante los tramos más estrechos. Aun así, continuó hacia adelante. Sin parar la marcha. Sin quejarse ni una sola vez. Durante una parte del trayecto, una hélice les impidió el paso. Subieron las escalerillas hasta la calle. Salieron a una callejuela desierta. Dagna estaba desorientada. No tenía idea de dónde se encontraba. Cubos de basura a rebosar. Un gato escuálido merodeando a su alrededor en busca de comida. Dedujo que debían de ser los restos de algún mercado o restaurante cercano. En la siguiente boca de alcantarillado, volvieron a introducirse bajo tierra. Dagna agradeció estar en su peso. Unos kilos más no solo la habrían restado agilidad, quizá la habrían impedido meterse en determinados espacios.

—¿Dónde vamos? —le preguntó al cabo de media hora.

El hombre no le contestó. Ella no insistió. Con Veronika había aprendido a comprender y acatar los silencios. Pero lo cierto era que comenzaba a sentirse cansada. Ya no era tan joven.

Pocos minutos después, la alcantarilla se bifurcó en dos pasadizos. El hombre aprovechó para girarse y preguntarle qué tal se encontraba.

—Algo cansada, pero bien.

—¿Continuamos? No queda mucho.

—Continuamos —le dijo ella decidida.

Dagna se dijo a sí misma que si hubiera sido más joven, sin duda se hubiera unido a la resistencia. No porque no tuviera apego a la

vida o miedo a la muerte. Simplemente, su naturaleza le impedía quedarse de brazos cruzados frente a tantas injusticias en aquel país al que tanto amaba.

Después de cinco minutos, Kaspar se detuvo y miró su reloj.

—Esperaremos aquí media hora al cambio de guardia. Tenemos un minuto para cruzar la plaza que está sobre nosotros —se sacó un papel arrugado de la guerrera y, tras extenderlo, se lo mostró a Dagna. Era un mapa—. Nosotros estamos aquí y debemos llegar allí —dijo señalando a su vez los distintos puntos que aparecían dibujados en el papel.

Dagna no tardó en comprender que se encontraban bajo la plaza Gendarmenmarkt, pero no dijo nada. Solo le ayudó saberlo para situarse mentalmente y comprender que pensaban esconderla, por el momento, en la Deutscher Dom.

Cruzaron la plaza agarrados cual pareja de enamorados. Era la hora de la comida y las pocas personas que andaban por allí desfilaban de un lado a otro embelesados en sus asuntos, sin percatarse de su presencia. Sin duda, tenían que mostrar una imagen grotesca. No solo por la diferencia de edad, sino también por el abrigo de piel que Dagna llevaba puesto, a pesar de los casi venite grados de temperatura que en aquellos momentos asolaban Berlín. Así le habían apremiado a hacer. Imaginó que, por el momento, pensaban esconderla en algún sótano donde las temperaturas fueran bajas. No se equivocó.

Cualquiera que fuera un poco observador, se habría percatado de la extraña y sospechosa pareja que cruzaba en esos momentos hacia la iglesia alemana. Sin embargo, si alguien lo hizo, supo disimularlo bien. Tanto Kaspar como Dagna, observaban cada una de las reacciones de los viandantes con los que se iban cruzando en su marcha.

Diez segundos quedaban para que los hombres de la Gestapo tomaran sus posiciones cuando llegaron a la puerta trasera de la iglesia. Kaspar dio dos golpes apresurados.

—¿Quién va? —se oyó al otro lado.

Cinco segundos. Dagna comenzó a mirar en todas direcciones agitada.

—Ave María purísima, padre.

La puerta se abrió y entraron en el mismo instante en que dos agentes de la Policía Secreta del Estado comenzaban su ronda en el otro extremo de la plaza Gendarmenmarkt.

La catedral estaba cerrada al público en esos momentos. Nadie rezaba en sus bancos. Tan solo se oía el eco de sus pisadas a cada paso. El olor a incienso los envolvió. Un cura entrado en años con pelo blanco y mirada de un azul cristalino los acompañó a lo largo

de la nave lateral hasta uno de los claustros, donde una pequeña puerta los condujo a un corredor que atravesaron en silencio. Finalizaron el recorrido en una pequeña capilla para uso personal del sacerdocio. Allí, en el presbiterio, una alfombra cubría una pequeña trampilla que el cura se apresuró a abrir.

Un olor a humedad y a rancio los escupió en la cara tan pronto como pusieron el pie en el primer escalón de un tramo de angostas escaleras que descendían hasta las catacumbas de la catedral. El cura les entregó un quinqué y cerró la portezuela sobre sus cabezas dejándoles sumidos en una oscuridad solo rota por el resplandor de aquella llama que dibujaba tenebrosas figuras en las paredes de piedra. Allí abajo, el frio era notable.

A Dagna aquellos pasadizos se le antojaron un laberinto. Al cabo de cinco minutos recorriéndolos, no habría sabido encontrar el camino de vuelta. Kaspar, sin embargo, que los conocía bien, la condujo hasta una habitación donde un hombre y una mujer tomaban una sopa aguada sentados en el suelo. Tras ellos, tres catres destartalados.

—Bienvenida —la saludó la mujer que la escudriñó con atención.

Dagna se preguntó si pensaban tenerla ahí recluida mucho tiempo. Aquello parecía una prisión. No había ventanas ni ventilación. Solo humedad y frío. También soledad y silencio; solo se oía el eco lejano de una gotera constante.

Kaspar, sin despedirse siquiera, desapareció tras el halo de luz que portaba, dejándola con aquellos desconocidos que la observaban sin recato; sin saber siquiera cuando regresaría para sacarla de allí.

Dagna se sentó en una esquina. Cansada, se apoyó contra un muro de piedra a pocos pasos de ellos.

—Usted es la baronesa Rollheiser —le dijo al cabo de un rato la mujer.

Dagna asintió, intentando reconocer a la extraña sin éxito. ¿De qué la conocía entonces? Jamás la había visto. Ella pareció leerle el pensamiento.

—He visto sus fotografías en varias revistas de sociedad… Hace ya tiempo —le aclaró—. Mi nombre es Anna. Él es Thomas.

—¿Judíos? —quiso saber Dagna.

—No. Pero mi marido, sí. Una noche se lo llevaron y yo decidí huir al día siguiente. No he vuelto a saber de él.

—¿Creíste que volverían a por ti?

—Estaba segura. Así que busqué refugio en casa de Thomas, un amigo. Sabía de sus ideales. Más tarde, me enteré de que era miembro de la resistencia.

—La Gestapo me busca por escribir y repartir panfletos detractores —explicó, entonces, él.

Dagna los escuchó atentamente relatar sus experiencias como prófugos del régimen nazi. Anna llevaba cerca de un año ocultándose entre unos lugares y otros; Thomas, siete meses, en los que había estado a punto de ser capturado en tres ocasiones; y no porque descubrieran sus escondites, sino porque aún en búsqueda y captura, continuaba manteniendo una diligente actividad en la resistencia.

Anna estaba ávida por poder hablar con alguien. La baronesa no la interrumpía y la dejaba explicarse con libertad. Demasiado tiempo sin ver una cara nueva, le hizo explayarse más de la cuenta, relatándole detalles minuciosos de un pasado que ya no volvería jamás. La joven no podía disimular la exaltación que le producía aquella novedad en su tediosa vida, forzada a las sombras.

Dagna pensó que, en otras circunstancias, jamás habría tenido la oportunidad de departir con dos personas tan diferentes a ella: una ama de casa con estudios básicos, esposa de un comerciante judío y un escritor venido a menos, comunista. La situación podría haber sido cómica, si no hubieran estado jugándose la vida. Sin embargo, ahora, un mismo punto en común les unía en la clandestinidad como compañeros de infortunio. Ironías de la vida. Uno nunca sabe lo que el destino le tiene reservado. Menos aún en guerra.

47

Supe que la Gestapo había estado buscando a Dagna sin éxito, cuando una mañana Sebastian me preguntó por su paradero, seguro de que si alguien sabía dónde se escondía, era yo.

—Pierdes el tiempo. No lo sé, pero, aunque lo supiera, sabes de sobra que no te lo diría —le dije retándolo con la mirada.

Con rabia me agarró del brazo. Nuestros ojos se miraron desafiándose, pero yo no estaba dispuesta a doblegarme ante él. Dagna había conseguido por el momento escapar y eso me llenaba de fuerza y esperanza.

—No me mires así.

—¿Por qué? —le pregunté, sabiendo a que se refería.

Sebastian cerró la puerta de la antesala de su despacho de un portazo y, acercándose de nuevo, me aupó. En volandas me trasportó hasta el sofá de cuero. Recostada, se tumbó sobre mi.

—Sabes muy bien por qué —me contestó, entonces.

Claro que lo sabía. Pero quería oírselo decir.

—Dímelo —nuestros rostros estaban a pocos centímetros. Podía sentir su deseo, olerlo, palparlo.

Era consciente de que una sola mirada mía le podía hacer perder por completo la razón. Había momentos en los que me excitaba ejercer ese control sobre él. Me hacía sentir poderosa. También era cierto que Sebastian me producía un vaivén constante de emociones encontradas. Algo que estaba segura, también experimentaba él hacia mí.

Continuas discusiones, odio lacerante, tensos silencios, enfrentados por un régimen que nos separaba, pero unidos por una pasión contra la que no podíamos luchar, aunque a veces nos volviéramos fríos y distantes. Así éramos. Fuego y hielo. Como Sebastian me dijo una vez, me habían elegido a conciencia.

Sin embargo, Daniel, era la bondad, la madurez, la calma, como un mar sosegado que apaciguaba mi ímpetu y me llenaba de una paz que sin él era incapaz de encontrar. El amor verdadero, el que dura con el tiempo, el que da la felicidad.

¿Pero qué clase de mujer no podía rendirse ante Sebastian? Estaba segura de que, si Daniel no hubiera existido, me habría enamorado hasta la locura de él. Después de todo, cualquiera no lo hubiera arriesgado todo por una mujer que, bien sabía, no lo amaba.

Con el paso de los meses, conseguí que Sebastian relajara su

actitud conmigo. La convivencia entre ambos, que pasábamos las veinticuatro horas juntos, volvía a ser llevadera, sobre todo para mí. Sabía que su confianza no la recuperaría nunca, no era ningún estúpido. Sin embargo, comenzó a hablarme sobre el transcurso de la guerra.

Como le dije a Daniel, la noche del 3 al 4 de julio acudí a su casa, tras haber vaciado en una de las copas de Sebastian los tres somníferos. No tardó en entrar en un sopor que lo mantuvo sumido en un profundo sueño hasta bien entrada la madrugada, a pesar de que estuve de vuelta tan solo hora y media después de haberme marchado.

Jamás me sentí tan mal conmigo mismo en toda mi vida. Nunca imaginé que pudiera llegar a actuar de una manera tan vil y rastrera. Aquello no era lo que mis padres me habían inculcado con tanto ahínco. Pensé con dolor que, si desde algún sitío estaban viéndome, se sentirían muy decepcionados. Yo también lo estaba conmigo misma, aunque intentaba justificarme pensando que no era Helen, sino Veronika la que procedía así; una sombra de mí misma. Aquella noche compartí con Daniel aquellos pensamientos. Necesitaba sincerarme, desahogar mi conciencia. Al menos, en una parte.

—Debería volver a Londres y dar por finiquitada esta misión.

—¿Y qué harás entonces? ¿Quedarte de brazos cruzados sin hacer nada? ¿Arriesgar tu vida cada noche transportando armas a la Francia ocupada? ¿Sabotear trenes alemanes? Piénsalo bien, Helen. Tengo tu equipo de radio en mi piso del centro. Con él puedo transmitir a Inglaterra todo lo que puedas ir sonsacando a Sebastian. Controlas el terreno que pisas. Imagina empezar ahora de cero… —sopesé durante unos segundos sus palabras, mientras Daniel me miraba con atención—. Estamos en guerra, Helen. En guerra. Son ellos o nosotros.

—Sebastian no tiene la culpa…

—¿Qué no tiene la culpa? —me interrumpió exacerbado—. Pero ¿qué estás diciendo?

—Te ha salvado la vida, Daniel. No entiendo cómo puedes ser tan duro con él.

Me sorprendía su actitud. Me pregunté cuándo había dejado de ser el ángel que un día conocí.

—¿Duro? No solo es un puto nazi de mierda que lame el culo a todos esos que se creen algo, cuando no son más que sicarios de un tarado drogadicto, sino que, ¡se acuesta con mi novia! ¿Duro? Tendría que haberle pegado un tiro hace tiempo.

—¡Daniel! ¿Ves cómo te duele a ti también lo que hago? Por eso quiero zanjar este asunto. Nos está consumiendo a ambos.

—Helen, escúchame bien. Te prefiero su amante y viva, que muerta en Francia, Holanda, o Dios sabe dónde… ¿Te has preguntado cuántos agentes del SOE sobreviven en esa clase de misiones?

—Pocos… muy pocos… —le reconocí.

—Esta guerra acabará tarde o temprano y, si conseguimos sobrevivir, comenzaremos de cero, dejaremos todo esto atrás. Juntos, Helen.

Me refugié en su pecho y me rodeó con sus brazos. Me hacía sentir segura, como si con él nada malo pudiera ocurrirme. Me dio un beso en la frente y jugueteó con mi cabello entre sus dedos, mientras el tiempo parecía correr a toda velocidad.

—Te amo —le dije.

—Y yo. Por siempre.

Cierto fue que, aunque Alemania había sufrido diversos bombardeos durante los meses anteriores, no sería hasta mediados de 1942, cuando comenzaría a conocer las verdaderas represalias de la guerra que ellos mismos habían originado. Aquel año marcaría un antes y un después para una población que hasta entonces, había vivido alejada de la cruenta contienda mientras Europa se deshacía en pedazos.

Mönchengladbach, Mannhein, Augsburgo y, en particular, Lübeck fueron las primeras víctimas de la nueva estrategia de bombardeos masivos que comenzaron los aliados. Esta última ciudad resultó casi destruida por completo.

A finales de mayo, la RAF utilizaría casi la totalidad de sus fuerzas disponibles para llevar a cabo el mayor bombardeo emprendido hasta la fecha a una ciudad alemana. Una operación de mucho riesgo en la que intervendrían más de mil aviones, entre los que se encontrarían incluso aviadores aún en periodo de formación. La noche del 29 al 30, más de treinta y cuatro mil toneladas de bombas cayeron del cielo en una lluvia infernal que convirtió Colonia en una hoguera incandescente que arrasó con el patrimonio histórico de la ciudad más antigua del país. Tan solo su catedral se mantuvo en pie a pesar de los impactos recibidos; sin duda, gracias a la construcción metálica del entramado del tejado y a los voluntarios que se apostaron sobre y bajo el techo para sofocar las llamas.

De nuevo en mi vida, las sirenas antiaéreas noche tras noche. Otra vez, el miedo, la incertidumbre y las noches sin dormir con el estruendo de bombas haciendo temblar las paredes.

Búnkeres de bajo presupuesto y construidos a toda prisa, después de que Hitler asegurara que la Luftwaffe no dejaría que

ningún otro país bombardeara las ciudades alemanas, sirvieron de refugio a unos pocos berlineses privilegiados, entre los que se encontraban la élite del gobierno y, por supuesto, las SS. El resto, tuvieron que conformarse con tratar de proteger su vida en los diferentes sótanos de edificios residenciales y viviendas que, más tarde, a la hora de la verdad, mostrarían su ineficacia ante los bombardeos aliados.

Nosotros: Arabelle, Sebastian y yo, hubiéramos podido optar a uno de estos búnkeres. Sin embargo, tanto madre como hijo consideraban que el sótano de la mansión von Stumpfegger era lo bastante seguro. Yo acaté su decisión sin más, pero bien sabía que, si una bomba alcanzaba de lleno la casa, jamás sobreviviríamos. Así, muchos londinenses quedaron sepultados vivos durante el *Blitz*. Pero por lo visto, según me contó Daniel una de las noches de tregua de bombardeos que pude acercarme a verlo, su madre y su tío compartían esa misma opinión.

—Insensatos…

—¿Sabes lo que creo? —le dije a Daniel, entonces.

—¿Qué?

—Creen que los aliados jamás bombardearán Berlín.

Y así era. Hacían como si nada estuviera pasando a su alrededor. Como si todo continuara igual. Como si las bombas que sonaban en la lejanía jamás pudieran llegar hasta ellos. ¿Miedo a perder la guerra? No creo que por aquel entonces tan siquiera se plantearan tal posibilidad. Pero lo cierto era que la balanza parecía estar inclinándose a favor de los aliados.

Durante el verano de aquel año, la flota japonesa experimentó una decisiva derrota a manos estadounidenses. Perdieron por completo su capacidad ofensiva y, a partir de entonces, ya solo pudieron limitarse a defender. Fue cuestión de tiempo que comenzaran a retroceder, hostigados por el incesante ataque norteamericano.

En África, la situación de la guerra también sufrió un giro decisivo. Los alemanes del Afrikakorps se quedaron estancados a pocos kilómetros de Alejandría; ya no avanzarían más. Los ingleses, por primera vez durante aquella contienda, les hicieron replegarse. Por otro lado, los alemanes en Libia tuvieron que buscar refugio en Túnez. Algo inútil. No tardarían en rendirse. Americanos e ingleses los tenían asediados por completo.

Sin embargo, donde la guerra dio un giro de ciento ochenta grados fue en el frente oriental. Mucho más porque las conquistas alemanas, hasta aquel mes de noviembre de 1942, no dejaron de ir en aumento. Pero este hecho cambiaría radicalmente. En el Cáucaso, la extensión del avance del eje con sus flancos

descubiertos les obligaría a retroceder tras el ataque de las fuerzas soviéticas. En Stalingrado quedaron atrapados trescientos mil soldados del Führer al ser rodeados en una operación soviética a la que denominaron Operación Urano.

Una carta de Karl von Stumpfegger, fechada el 28 de noviembre, llegó la víspera de Nochebuena. Pocas líneas en las que comunicaba a su familia su ausencia para las próximas Navidades. Ninguna explicación. Ningún dato sobre su posición en el frente. Caligrafía apresurada y posición descendente. Aquello terminó por corroborarme que como se comentaba, los vientos habían dejado de ser favorables para el III Reich.

48

Aquellas Navidades que estaban a punto de comenzar prometían ser tristemente diferentes. Lo que no podía llegar a imaginar es hasta qué punto. Al margen de la situación bélica, eran fechas en las que la melancolía me embargaba sin remedio: el recuerdo de mis padres, la nostalgia por mi patria… y ahora también la ausencia de Dagna. ¿Dónde estaría? No tenía noticias de ella; pero confiaba en que estuviera bien, deseaba que lo estuviera. ¡Qué fácil fue la vida a su lado!

Hacía una semana supe por Sebastian que el Gobierno había requisado su casa para entregársela a un alto oficial de la Luftwaffe y a su familia. Ardí en rabia.

—¿Con qué derecho?

—Con todos, Veronika, con todos —me contestó el capitán nazi hastiado, sin levantar la cabeza de sus papeles.

Me senté en el sillón de su despacho. Su indiferencia me encolerizó aún más. Aun así, no entré en baldías discusiones. Sabía que era inútil, una pérdida de tiempo.

—Sírvete una copa, querida. Te hará bien.

—¿Una copa? ¡No quiero una maldita copa!

—Yo sí.

—Haber comenzado por ahí… —le dije levantándome para preparársela.

En ese momento, alguien abrió la puerta sin tan siquiera llamar. Sebastian no toleraba tales intrusiones. Me pregunté quién sería el osado.

Un hombre alto, de porte regio y altivo entró en el despacho. Lucía gorra y uniforme de general de la Wehrmacht. Bajo su visera, una mirada glacial de intensos ojos azules me produjo un escalofrío.

—¡General! —exclamó Sebastian poniéndose en pie y saludándolo al modo militar.

—Capitán, ¿quién es esta señorita? —quiso saber.

—Veronika Rollheiser.

—Encantado. Oskar Ludendorff —se presentó él con semblante serio.

«El tío de Daniel», pensé. Era él, sin duda.

—Sírvele una copa al general, por favor —me dijo Sebastian mientras ambos hombres tomaban asiento.

No me pasó desapercibida la cojera del militar. Tampoco creo que hiciera por disimularla. Debía sentirse orgulloso de haber

perdido parte de su pierna por su patria.

—Por fin tengo el honor de conocer a la joven señorita Rollheiser —su tono no era amable. Más bien, me pareció cortante —. Mi sobrino me comentó que usted le salvó la vida…

—Sí, supongo…

—Sin embargo, no es médico.

—Estudiante.

—¿En qué universidad?

Me temblaron las piernas. No conocía ninguna universidad de Alemania, tampoco de Suecia ni de Australia, donde se suponía que había estado residiendo antes de llegar a Berlín. Tampoco sabía lo que Daniel y Erika le habían comentado sobre mí. Era la primera vez que me encontraba de verdad presa de mis mentiras. Mis ojos, implorantes de ayuda, se posaron sobre los de Sebastian que intervino diligente.

—Como imagino sabrás, Veronika ha vivido casi toda su vida en Australia. Ahora que piensa quedarse en Berlín, hemos estado mirando algunas universidades… Tan pronto como acabe la guerra reanudará sus estudios en la Charité – Universitätsmedizin.

El general me miró escéptico. No parecía creer del todo la explicación de Sebastian, a pesar de la seguridad y contundencia que había mostrado en cada una de sus palabras. Oskar Ludendorff era un viejo zorro. Tan pronto les serví las copas, me apresuré a salir del despacho. Había algo en aquel hombre que me incomodaba. Fui incapaz de precisar el qué.

El 24 de diciembre por la tarde, Arabelle taconeaba de un lado a otro del pasillo de la primera planta, dejando un reguero de perfume a su paso que no tardó en extenderse por toda la casa. Había quedado para cenar en la residencia de una tal Ursula Fischer, la mujer de un coronel que se encontraba en el frente. Erika también estaba invitada y, como ellas, un par de mujeres de militares de alto rango que no se encontraban en la ciudad.

Sebastian, frente al espejo de nuestra habitación, se abrochaba la guerrera. Yo lo observaba desde la cama. Aquella noche, una cena de gala en la Cancillería, de asistencia obligatoria para los oficiales, le obligaba a dejarme sola por unas horas.

—Volveré en cuanto pueda.

—No te preocupes por mí.

Sabía que así lo haría. Regresaría en cuanto pudiera. Y no solo porque no confiara en mí.

—Es Nochebuena —me dijo.

Pero yo tenía mis propios planes. Aprovecharía su ausencia para reunirme con Daniel.

El viento gélido me golpeaba en la cara. Pedaleaba con cuidado; había hielo en algunas partes de la calzada. Wannsee estaba de fiesta. A diferencia de otras noches, ni la oscuridad, ni el silencio era absoluto: mansiones decoradas con luces navideñas, abetos iluminados con bombillitas de colores que parpadeaban en las entradas principales, música procedente de algún lugar… Había gente feliz, a pesar de todo. A pesar de la guerra y sus miserias; de la barbarie y sus muertes injustificadas.

Daniel me esperaba tras la puerta de la cocina. Nos fundimos en un abrazo.

—Feliz Navidad.

—Feliz Navidad —le respondí con una sonrisa.

Yo también me sentía feliz, al menos, en aquel momento.

Subimos a su habitación envueltos en la penumbra. No parecía haber nadie en la casa. Imaginé a su tío en la Cancillería, a Erika saboreando canapés variados y a las mujeres del servicio junto a sus familias, lejos. Aun así, hablábamos en susurros y caminábamos de puntillas; lo achaqué a la costumbre. Estar en continuo estado de alerta ya formaba parte de nuestras vidas diarias.

La habitación estaba decorada con velas. Sobre la cama, pétalos de rosa esparcidos. Daniel y yo no nos acostábamos desde antes de su convalecencia. De eso hacía ya cerca de ochos meses. No quería que hiciera esfuerzos que pudieran hacerle dar un paso atrás en su recuperación. Tenía que limitarse a la tabla de ejercicios que fui intensificándole mes a mes. Pero llegados a la fecha ya estaba casi recuperado. Ambos habíamos anhelado ese momento con ansiedad y forzosa paciencia. Teníamos muchas cosas que decirnos después de varias semanas sin vernos, pero todo pareció evaporarse. Solo existíamos él, yo y nuestro amor.

Dulce, suave, despacio… Recreándose en cada rincón de mi cuerpo, disfrutando de cada instante, de cada caricia, de cada beso… Nuestras miradas se encontraban de cuando en cuando prometiéndose amor eterno, nuestros dedos enlazados rehuían separarse por miedo a no volver a encontrarse en aquel frenesí que de pronto comenzó a envolvernos. Lágrimas de felicidad brotaron de mis ojos mientras hacíamos el amor. Sus labios las encontraron en aquella penumbra solo rota por el candor luminoso que emanaba de las pequeñas velas. Daniel me subió al cielo para no dejarme caer hasta casi una hora después, cuando extenuados y sin aliento, caímos rendidos sobre aquella cama de sábanas revueltas.

—¿Eres feliz? —me preguntó, entonces.

—Mucho. ¿Y tú?

—Tanto como para desear que este instante no acabara nunca.

Nuestros cuerpos desnudos se enlazaron en un abrazo y, durante unos minutos, disfrutamos del silencio piel con piel, ajenos al mundo que nos rodeaba. Ajenos a que, tras la puerta, por un pequeño resquicio, unos ojos acusadores nos observaban encendidos en llamas.

49

La baronesa Dagna Rollheiser llevaba largos meses viviendo bajo tierra, presa de su infortunio. Tan solo una vez a la semana se duchaba en las dependencias del cura, momento que aprovechaba para salir al atrio, un patío rodeado por columnatas y con un pozo en el centro, desde donde disfrutaba de la ansiada libertad que le había sido confiscada, al igual que lo fueron sus residencias.

De rica a pobre en un suspiro. Había gastado casi todo el dinero que Daniel le había proporcionado de su caja fuerte en abastecerse de buenos alimentos, algo a lo que no pensaba renunciar mientras pudiera, además de sufragar los gastos del viaje a Suiza que la resistencia había preparado para sacarla de Alemania, tal como era su deseo. Dagna no quería pasar toda su vida huyendo de la Gestapo y su fuerza mental comenzaba a zozobrar en aquellas frías catacumbas. Zurich, donde conocía a algunos amigos influyentes, significaba su libertad, su salvación.

Era un trayecto muy arriesgado. Demasiado para sacar a una sola persona del país. En un principio, ningún miembro de la resistencia quiso colaborar con lo que consideraban un suicidio. Llegar a Zurich no solo conllevaba atravesar toda Alemania bajo bombardeo enemigo, también cruzar la frontera y nada menos que a un país neutral. Pero Dagna era obstinada, demasiado; estaba acostumbrada a hacer su voluntad y bien sabía que el dinero podía, si no comprarlo todo, sí casi todo.

Medio millón de marcos alemanes les ofreció por idear un plan y llevarlo a cabo; una fortuna para muchos de ellos. Como imaginó, nadie quiso o pudo rechazarlos. Cuatro meses tardaron en tener todo dispuesto. La fecha elegida para emprender el viaje: veinticinco de diciembre. Navidad.

El reloj marcaba las cuatro de la mañana. Era Nochebuena y los que aún no dormían, continuaban la fiesta sumergidos en la ilusoria euforia del alcohol. Las calles de Berlín estaban desiertas. Comenzaba a nevar. Dagna compartía la parte trasera de una furgoneta de reparto de pan con un hombre de mediana edad y su hija de diez años. La Gestapo lo buscaba desde hacía un par de meses. Había participado en el sabotaje a una central telefónica junto a su mujer y otros cuatro miembros de la resistencia. Él era el único que había conseguido escapar.

Kaspar, quien se encargaba de los traslados, los condujo hasta un garaje. Aparcó en paralelo a un coche fúnebre. En él, viajaría

Dagna hasta Suiza. Con ella, iría la niña. No tenía más familia que a su padre prófugo y a su madre, sino muerta, en algún campo de concentración. Había aceptado incluirla en el plan. Es más, tan pronto como le contaron el caso, se ofreció a cuidarla hasta que la guerra acabara. Después, Dios diría… La alemana siempre se mostraba empática con los desfavorecidos, mucho más con los niños.

Todos sabían las consecuencias si los descubrían, pero ya solo les quedaba confiar o, en su defecto, intentarlo. Había sido preparado a conciencia y un miembro de la Gestapo, del último control antes de llegar a la frontera, se había dejado sobornar. Doscientos mil marcos le harían mirar para otro lado. O eso creían.

Tanto Dagna como la niña pasarían por muertas de tifus. Una enfermedad muy contagiosa que retraería a los agentes si decidían ver el interior de los ataúdes. Para ello, las maquillaron minuciosamente. Tenían que dar la sensación de que, realmente, habían padecido la erupción característica de la infección. Tras comprobar el magnífico resultado en un espejo, se permitieron hacer ciertas bromas sobre su nuevo aspecto. Parecían auténticos fantasmas de película de terror. La niña pareció relajarse. Orinaron en un pequeño baño, pues el conductor no pararía hasta una aldea cerca de la frontera, Unterglottertal, a unos catorce kilómetros de Friburgo y a más de ocho horas por carretera desde Berlín. Se tumbaron respectivamente en los féretros de diferentes tamaños. Las cubrieron con un sudario en el que introdujeron un ratón en avanzado estado de descomposición. Dagna sintió náuseas.

—Es necesario, baronesa. Es muy probable que le hagan abrir el ataúd —dijo una de las mujeres que la había maquillado señalando al que sería el conductor.

Entonces se acercó a ella el hombre que parecía dirigir la operación. Traía consigo una Mauser C-96.

—¿Ha disparado alguna vez?

—No —respondió Dagna frunciendo el ceño.

—Bueno, es sencillo. Solo tiene que apuntar y disparar. En distancias cortas no debería tener ningún problema —dijo entregándosela.

—No entiendo. ¿A quién tendría que disparar?

—Si los descubren, no dude un segundo en utilizar su arma.

Dagna se guardó la pistola bajo el sudario mientras cerraban la tapa sobre ella. Una oscuridad absoluta se hizo en el interior del ataúd. La sensación de claustrofobia la abandonó a los pocos minutos. Cerró los ojos e intentó dejar su mente en blanco.

Berlín estaba cubierto por una densa niebla. Nevaba en abundancia y la temperatura rondaría los ocho grados bajo cero.

Fremont conducía despacio por las aún desiertas calles de una ciudad que se le antojó fantasmal a aquellas tempranas horas de la mañana. En otras circunstancias, se imaginó en la cama resguardado del frío con una manta o desayunando un té bien caliente junto a la chimenea de su hogar. Maldijo para sus adentros encontrarse en una situación de dinero tan crítica. De otra forma, no hubiera accedido a aquel trabajo para la resistencia, con la que había colaborado en alguna otra ocasión y a la que pertenecía su hermana.

Paró en un semáforo en rojo; momento que aprovechó para encenderse un cigarrillo. Bajó la ventanilla y, por un momento, al exhalar el aliento, dudó si lo que salía de su boca era humo o simple vaho.

Miró hacia el asiento del copiloto. Sobre él, toda la documentación falsa en relación con el vehículo, la identidad de los fallecidos, la causa de la muerte y la repatriación de los cuerpos a su país de origen. Debajo de él, un subfusil Sten, oculto y armado. Fremont ya había utilizado esa clase de arma en otras ocasiones, pero no le gustaba demasiado. Su alza y su punto de mira eran bastante básicos, por lo que la probabilidad de errar a media o larga distancia era alta. También conocía casos en los que el cargador se había bloqueado, como le ocurrió a uno de los partisanos que llevaron a cabo el atentando a Reinhard Heydrich. Sin embargo, su gran ventaja era la alta disponibilidad. Los ingleses tiraban desde sus aviones grandes remesas de esos subfusiles para grupos de resistencia, de apoyo y partisanos a lo largo de toda la Europa ocupada.

Se acercaba al primer control. Estaba justo antes de Postdam ya habiendo salido de Berlín. Fremont no tenía miedo. Había cruzado ese mismo control al comienzo de la guerra para sacar de la ciudad a un par de amigos suyos homosexuales y pareja.

La niebla le impidió ver cuántos hombres formaban aquel puesto de vigilancia, hasta que los tuvo casi encima. Solo eran dos. En un día cualquiera hubiera habido mínimo cuatro. No tardó en corroborar que no estaban de muy buen humor.

—Documentación —le espetó uno de ellos mientras el otro ojeaba el interior del vehículo por las ventanillas.

—Aquí tiene —le dijo extendiéndole los papeles.

—Un día curioso para trasladar dos muertos…

—¿Y a mí qué me cuenta? Dígaselo a mis jefes —contestó Fremont fingiendo irritación.

El hombre lo miró fijamente durante unos segundos. Luego volvió la vista a los documentos, donde comenzaban a posarse algunos copos de nieve. Agitó los papeles para que cayeran y se los

entregó sin apenas haberlos leído.

—No se queje. Nosotros llevamos aquí toda la noche y aún nos quedan dos horas más. Abra las cajas.

—¿Las cajas? Pero ¿qué se cree que hay dentro? —dijo saliendo del coche.

—Cierre el pico y ábralas.

—No les recomiendo acercarse mucho. Son muertos de tifus —dijo abriendo la puerta trasera del coche fúnebre—. Según los documentos, es una enfermedad muy contagiosa, aun en cuerpos fallecidos.

—Sé lo que es el tifus. Pero cumplo órdenes.

—Con que abra el ataúd más grande será suficiente —apuntó el agente que había estado fisgoneando el vehículo.

El otro asintió sin objetar nada.

El interior de la caja despidió un fuerte hedor a putrefacción, haciendo retroceder a los agentes. Fremont se preguntó cómo aquella mujer podía soportarlo sin vomitar.

Dagna se mantuvo completamente inmóvil. Parecía estar muerta de verdad. Los hombres la observaron con desagrado durante unos segundos, sin mostrar intención de aproximarse.

—Cierre eso y prosiga —le dijo uno de ellos, al fin.

Fremont observó aliviado como los dos agentes andaban prestos hacia la garita. Él, tan pronto como cerró la puerta trasera, se introdujo en el coche. Frotó sus manos una contra la otra para intentar calentarlas y, según vio que levantaban la barrera, arrancó. El control desapareció de los espejos retrovisores a los pocos metros.

La niebla comenzó a disiparse a medida que fue avanzando la mañana. También paró de nevar. Avanzaba sin contratiempos por carreteras secundarias, en las que tan solo se había cruzado con alguna bicicleta que imaginó que se dirigía al pueblo vecino. Fremont se mantenía alerta, aunque a veces el sonido monótono del motor le adormecía. Entonces, se encendía un cigarro o ponía la radio que no alcanzaba a entonar correctamente ninguna emisora durante varios minutos.

Le gustaba observar los paisajes cubiertos de nieve. Mirando aquellos bosques y laderas, sentía que aún quedaba una pequeña porción de libertad dentro de aquella Alemania del III Reich. Un sentimiento de nostalgia lo invadió al recordar su vida antes de aquella guerra. No pudo evitar preguntarse si algún día todo volvería a ser como él lo conoció y si sobreviviría para verlo.

¿Era posible que una mujer como Dagna Rollheiser también hubiera visto recortada su libertad? En un principio, cuando le hablaron del deseo de aquella señora por huir a Suiza, la imaginó

como una rica pedante, caprichosa y egoísta que no significaría para ellos más que un lastre. La resistencia tenía sus propios escondites dentro de Alemania; seguros y variados según las necesidades.

—¿Por qué Suiza? Pero ¿esa mujer qué se ha creído? —le preguntó a Herman, uno de los nuevos jefes de la Orquesta Roja, tras haber resultado capturados a principios de año los principales dirigentes de aquel grupo de resistencia.

—Esa mujer no solo posee una de las fortunas más grandes de Alemania, también es activa colaboradora del servicio secreto británico.

Fremont lo miró incrédulo. ¿Qué pintaba una baronesa berlinesa colaborando con los ingleses? Sin embargo, no hizo más preguntas. Solo dijo que él no estaba dispuesto a arriesgar su vida por una de esas ricachonas que tanta antipatía le producían. Medio millón de marcos le hicieron cambiar de opinión. Era mucho dinero. Demasiado. Por poco que le tocase recibir directamente a él, seguiría siendo una buena cantidad. Pensó en su madre enferma y no lo dudó. Sin embargo, nada de aquello le hizo simpatizar con aquella mujer.

Conoció en persona a Dagna Rollheiser aquella misma mañana, en el garaje. La observó manteniendo las distancias y comprobó, para su sorpresa, que se trataba de una mujer amable, sencilla y valiente que en todo momento se mostró solícita con ellos. Se reprendió a sí mismo por haberla juzgado antes de tiempo. No había sido algo inteligente por su parte.

Durante algún punto del trayecto, pensó en parar y darles un poco de beber. También quería comprobar que se encontraban bien. Pero las órdenes habían sido tajantes, por lo que desechó la idea.

Llevaba tres horas de camino, cuando comenzó a llover con intensidad. Aminoró la velocidad. Los limpiaparabrisas no daban abasto. Las lunas comenzaron a empañarse.

Llegó al siguiente control. Dos chicos jóvenes estaban resguardados de la lluvia en una garita. No se molestaron en salir de su refugio y se limitaron a levantar la barrera sin más. Fremont bendijo su buena suerte. Aunque por el retrovisor percibió que apuntaban la matrícula y, quizás, el modelo del vehículo.

Después de seis horas conduciendo, comenzó a sentir unas irrefrenables ganas de orinar. Imaginó que ellas estarían en una situación similar a la suya, por lo que volvió a sopesar la idea de hacer una parada. Pronto anochecería, pero no aguantaría hasta entonces sin mearse en los pantalones. Así, se desvió de su trayecto metiéndose por un camino de tierra que se adentraba en un frondoso bosque. El coche comenzó a bambolearse de un lado a otro

por el mal estado del pavimento y decidió no proseguir por miedo a quedarse encallado en algún barrizal. Alrededor solo había árboles; no se observaba ninguna casa ni rastro de vida humana en varios kilómetros a la redonda. Se bajó del coche y vació su vejiga contra el tronco de un árbol. ¡Qué sensación de alivio lo invadió!

Abrió la puerta trasera del coche y dio un par de golpes a las cajas.

—¿Necesitáis algo? ¿Estáis bien?

—Abre —le dijo Dagna.

—Me hago pis —dijo a la vez la niña.

—¿Dónde estamos? ¿Ya hemos llegado a Unterglottertal? —le preguntó Dagna tan pronto como el chico abrió la tapa de su ataúd.

—No, he parado por si necesitabais algo.

—Es una imprudencia.

—Pis —insistió de nuevo la niña con cara compungida.

—No puede salir —dijo Dagna.

—Tampoco mearse dentro.

—¿Cuánto queda a Unterglottertal?

—Tres horas.

Reanudaron el viaje tan pronto como la niña orinó.

El sol rojizo del ocaso comenzaba a ocultarse por el horizonte, cuando Fremont se adentró en la Selva Negra. El paisaje era bucólico, casi mágico; posiblemente la región más bonita de Alemania. Bajó la ventanilla y respiró el aire limpio y húmedo que ofrecía aquel macizo rocoso repleto de densos bosques de abetos, helechos y dedaleras que impedían el paso del sol; de ahí su nombre. Aminoró la marcha. Fremont conocía bien aquellas tierras, su mujer era de allí y sabía que jabalíes y otras especies de animales se cruzaban a menudo por aquellas carreteras.

Cinco kilómetros antes de llegar a Unterglottertal, la pequeña aldea donde vivían sus suegros, les esperaba el siguiente control. Según la información con la que contaba, habría dos hombres. Uno de ellos, sobornado para hacer la vista gorda, Blatz, un vecino cuyos ideales, fervientes a la subida de Hitler al poder, habían ido decreciendo con el paso de los años.

Aún no eran las seis de la tarde, pero ya era noche cerrada. Respiró despacio infundiéndose serenidad. Desde lejos, observó la barrera, pero no alcanzó a ver ningún agente hasta que estuvo casi encima, cuando uno de ellos le apuntó con una linterna, instándole a parar con el brazo.

—Buenas noches —le saludaron ambos hombres, casi al unísono.

Fremont se preguntó quién de los dos sería su cómplice.

—Permítame la documentación.

Fremont se la entregó y observó en silencio sus reacciones.

Mientras uno leía, el otro se paseaba alrededor del coche fúnebre, iluminando el interior con una linterna. Ambos eran muy jóvenes. Rondarían los veinte años.

—¿Viaja desde Berlín?

—Sí —le respondió.

Continuó leyendo. Al cabo de unos minutos, volvió a hablar.

—No sabía que el tifus pudiera transmitirlo un muerto.

—Pues ya ve —dijo Fremont.

—Oh ya lo creo —apuntó el otro agente—, ellos estarán muertos, pero sus heridas siguen infectadas.

—Bueno, es igual —le dijo a su compañero zanjando el asunto —. Abra los ataúdes —le ordenó, devolviéndole los papeles.

Fremont se bajó del coche y abrió las puertas de atrás. Sacó un poco los ataúdes y destapó ambas cajas. El agente que le había pedido la documentación apuntó a ambos cuerpos con la linterna. Primero a uno y luego a otro, cubriéndose la nariz con la mano. Frunció el ceño y se acercó a ellas un poco más.

Dagna, inmóvil, acarició el gatillo de su Mauser bajo el sudario. Aquella potente luz iluminándola, la puso alerta. Estaba dispuesta a disparar, si aquel hombre descubría la farsa. La niña, por su parte, estaba aterrorizada. Hubiera salido de allí corriendo, pero el miedo la paralizaba por completo.

El agente se descolgó el fusil, dispuesto a tocar los cuerpos con la punta del cañón. Fremont tragó saliva.

—No creo que sea buena idea —se apresuró a decir el agente que actuaba como cómplice. El otro, de pronto, dudó—. Están fiambres.

Pareció ser suficiente argumento para frenar las intenciones de su compañero que volvió a echarse el fusil a la espalda. Sin embargo, no apartaba la vista de los cuerpos. ¿Simple curiosidad, morbo o sospecha? Fueron momentos de extrema tensión hasta que, al fin, dijo:

—Puede irse.

Tres minutos después, un cartel rezaba: “Unterglottertal. 200 metros”. Fremont cogió el camino que tantas veces había hecho años atrás con su mujer y enfiló rumbo a casa de sus suegros. Aquel paisaje le trajo recuerdos agradables. Era una pena no poder verlo a plena luz del día.

La aldea se encontraba en un valle delimitado, en su mayoría, por el macizo del Kandel. A pesar de estar nevado, la temperatura no era tan fría como en Berlín. Fremont calculó que estarían a unos dos grados sobre cero.

Aparcó el coche fúnebre frente a la puerta trasera de la casa y saludó con la mano a sus suegros, adivinándolos tras las cortinas de

la ventana de la cocina. Sabían de su llegada; un partisano de la zona que viajaba asiduamente a Berlín por trabajo, los había puesto al corriente días atrás.

—Bienvenidas a Unterglottertal —le dijo a Dagna y a la niña al abrir las cajas.

—No estoy de humor, me duele todo el cuerpo —le dijo Dagna llevándose la mano a los riñones.

—A mí también —dijo la niña.

Dagna la observó saltar de la caja con gran habilidad. Ella necesitó la ayuda Fremont y, aun así, le costó.

«Divina juventud», pensó.

—Rápido, seguidme.

Un matrimonio que rondaría la edad de Dagna, les apremió a entrar en la casa desde la puerta de la cocina. Su sorpresa al ver los disfraces de las acompañantes de su yerno fue notable. Si bien sabían que escapaban de la Gestapo, nunca podrían haber imaginado tal artimaña para conseguir cruzar los controles con éxito.

Un agradable aroma a comida recién hecha invadió a los recién llegados nada más entrar en el interior.

—¡Qué rico huele! —exclamó la niña con espontaneidad.

Fremont acompañó a Dagna al baño, dejando a la pequeña con Adolfina.

—¿Y tú como te llamas, cariño?

—Hilda.

—¡Qué nombre más bonito! ¿Tienes hambre? —ella afirmó con la cabeza.

La mujer le sonrió afable. Le resultaba curioso aquel disfraz que le habían preparado para hacerla pasar por muerta. El maquillaje le pareció una obra de arte. En verdad, parecía un pequeño fantasmita.

Una vez Dagna y Fremont regresaron a la cocina, se sentaron en la mesa junto a la pequeña. Para sorpresa de Fremont, la baronesa se disculpó ante su suegra por los posibles inconvenientes que les hubiera podido causar su intrusión.

—Por favor, no tiene por qué disculparse.

Adolfina les sirvió beicon y tres coles rellenas de carne picada, una para cada uno. Los tres estaban hambrientos, después de más de veinticuatro horas sin ingerir ninguna clase de alimento. El matrimonio se mantuvo en silencio, esperando a que acabaran de comer para recriminar a su yerno la imprudencia de haberse presentado allí. De vez en cuando, el hombre que respondía al nombre de Ernest, miraba intranquilo por las ventanas.

—¿Creéis que podremos quedarnos un par horas a descansar? —

preguntó Fremont.

—No creo que sea buena idea… —respondió la mujer mirando con preocupación a su marido.

—¿Ocurre algo?

—La Gestapo ha venido preguntando por ti —se apresuró a contestar Ernest.

—Tenía que habérmelo imaginado. ¿Cuándo fue?

—Hará cerca de un mes.

—No debería haber venido, ha sido una imprudencia por mi parte —les dijo apesadumbrado.

—Vámonos ya. Les estamos poniendo en peligro —apuntó esta vez Dagna.

—Pero ¿qué podría pasar por un par de horas? —le preguntó Adolfina a su marido.

Este negó con la cabeza.

—La Gestapo estuvo interrogando a los vecinos sobre Fremont, saben que lo están buscando. ¿Cuánto tiempo crees que tardaran en dar la voz de alarma? Ese coche mortuorio llama demasiado la atención.

—Una hora, Ernest. Mira a la niña… necesita descansar…

El marido de Adolfina se quedó pensativo unos instantes.

—Una hora —dispuso al fin.

Dagna y la pequeña Hilda dormían recostadas en un sofá del salón de la casa mientras Fremont les relataba a sus suegros los pormenores del viaje, tomando pequeños sorbos de café solo. Él no podía dormir. Su nivel de alerta se lo impedía, a pesar de encontrarse cansado.

La casa se le antojó como la recordaba, después de más de cinco años sin visitarla. El mismo aroma, los mismos muebles… solo faltaba ella, su mujer. Si bien la tenía presente en todo momento y le agradaba la compañía de sus siempre solícitos suegros, estar allí sin ella, le hacía echarla doblemente de menos. Si hubiera sido por él, habría partido nada más cenar, en un intento vano por huir de los recuerdos, por huir del sufrimiento que le producía la incertidumbre de no saber si aún vivía o yacía muerta en alguna fosa común. Algo en lo que no quería pensar y de lo que prefería no hablar. Pero tanto la niña como la mujer necesitaban descansar, aunque fuera durante una escasa hora.

Fremont las observó unos instantes, maravillándose por su fortaleza y por sus ganas de vivir. No pudo evitar sonreír ante aquella imagen. Parecían dos ángeles.

—Si consigues llegar a Suiza, no regreses hasta que la guerra acabe —le decía en tanto Adolfina.

—No sé… —dudó él.

—Ssssch alguien se acerca —dijo Ernest corriendo las cortinas de la ventana, de la que no se había separado en ningún momento —. Apaga la luz, Adolfina.

—¿Quién es?

Dos golpes en la puerta principal los hizo alarmarse.

—¡Adolfina, soy yo, Roderika! ¿Estás ahí?

—¿Quién es Roderika? —preguntó Fremont sobresaltado.

—La vecina de la casa de enfrente —contestó Adolfina.

—Una cotilla —apuntó Ernest.

Fremont despertó a Dagna tocándole en el antebrazo.

—Rápido, subid arriba —les instó Adolfina yendo hacia la puerta para abrir.

Los tres, Dagna y Fremont con Hilda en brazos, subieron hasta el piso superior, guiados por Ernest. La barandilla de la escalera estaba decorada con una hilera de pequeñas luces parpadeantes que iluminaban los peldaños en la oscuridad. Era uno de los pocos adornos navideños que tenía la casa. Aquel matrimonio tenía poco o nada que celebrar.

Expectantes y en silencio, escuchaban la conversación de Adolfina y Roderika ya en el salón.

—He visto desde mi ventana pasar un coche fúnebre y me he asustado, pero si dices que estáis todos bien…

—Sí, perfectamente…

—Entonces, ¿qué hace ese coche ahí aparcado?

—Pues es de mi sobrino Adolph, ya sabes, el que vive en Friburgo —explicó Adolfina intentando aparentar naturalidad.

—¿El de tu hermana Eduviges? ¿El cojo?

—Bueno, cojo, cojo no es… pero sí, ese. Ahora trabaja en una funeraria…

—Ah… Bueno, ¿y dónde está? Así lo saludo.

—Está descansando. Viene de Essen…

—Bueno, otra vez será. No quería molestar, pero me extrañó ver un coche funerario por estos lares…

—Tampoco es tan extraño y menos en estos momentos…

Los tres prófugos se sintieron aliviados al comprobar que la mujer se marchaba tan pronto tuvo satisfecha su curiosidad. Aun así, no podían estar seguros de sus intenciones ni de la veracidad que le pudiera dar a la historia que Adolfina le había contado. Era apremiante reanudar su viaje en aquel mismo instante. Allí corrían peligro.

De nuevo, Fremont, al volante de aquel coche fúnebre, atravesaba el frondoso bosque de la Selva Negra alemana por una estrecha y poco concurrida carretera comarcal. Todo era oscuridad a su alrededor. Solo los faros del vehículo iluminaban el camino que

según los cálculos debería continuar sin contratiempos hasta el rio Rin que marcaba la frontera entre Alemania y Suiza. De esa forma, llegarían en menos de dos horas manteniendo esa misma velocidad.

Cruzar los controles fronterizos que la Policía Alemana tenía apostados en todas las carreteras que comunicaban con el país helvético, era imposible en sus circunstancias, por lo que habían ideado un plan alternativo. Después de estudiar de forma minuciosa el terreno, decidieron que la única opción plausible era cruzar la frontera a pie, desde Hohentengen a Hochrhein. Al otro lado, un coche los esperaría para llevarlos a Zurich.

Estaban tan cerca y a la vez tan lejos de la libertad…

50

La familia Ludendorff regresaba a Wannsee, tras un consejo de administración en las oficinas centrales del Großbank Berlin. Daniel conducía, a su lado iba Oskar y, en el asiento trasero, Erika. Ninguno hablaba. Solo se oía el incesante sonido de la lluvia golpear los cristales del vehículo. Se respiraba un ambiente tenso, a pesar de la satisfactoria reunión. Un muro invisible, pero infranqueable, se levantaba entre ambos varones desde hacía tres días. Era cierto que nunca hicieron apología de sus buenas relaciones porque eran inexistentes, pero desde el día de Navidad se habían vuelto especialmente tirantes. Daniel se preguntaba por qué.

Tan pronto les dejó en casa, volvió a coger la A115 en dirección al centro. Poco más de veintisiete kilómetros, de nuevo, por delante; menos mal que le gustaba conducir. Le relajaba y le hacía olvidar. Eran las once y cuarto de la mañana. Las horas de emisión de Helen, siempre fijas, eran a las doce del mediodía y a medianoche, indistintamente. Ahora él que utilizaba su equipo, mantenía en la medida de lo posible sus horarios. Con un poco de suerte, podría emitir a la hora justa. Y lo más importante, recibir nuevas instrucciones. Esperaba con ansiedad saber qué habían decidido en Inglaterra respecto a Helen.

Aparcó el coche en una calle perpendicular a Unter den Linden, menos transitada que la importante avenida. Resguardado con con las solapas subidas del cuello de su gabardina y un sombrero, entró en el inmueble y subió al piso, donde no estuvo más de cinco minutos; lo suficiente para hacerse con la radioemisora y salir con ella camuflada en un maletín de piel oscura. Cada vez que se conectaba con ella, lo hacía desde un punto diferente de la ciudad. Esta vez, eligió un callejón sin salida de un complejo de almacenes abandonados a su suerte, en el distrito de Kreuzberg y junto al río Spree.

Los mensajes cifrados comprendían un indicativo de seguridad, completado por una pregunta-respuesta sin sentido. Daniel conocía el procedimiento que Helen utilizaba y lo siguió según sus indicaciones. No tardó medio minuto en recibir un mensaje de su FANY.

> *H.21 debe regresar. Stop. Día 30 de diciembre. 24:00 h. Stop. Isla Usedom. Stop. Confirmación.*

Daniel regresaba a Wannsee ideando la manera de ponerse en contacto con Helen. Como había imaginado, dada la situación tan delicada en la que se encontraba, la instaban a regresar de inmediato en un intento por protegerla. Pero de sobra sabía que no sería fácil convencerla. Parecía muy dispuesta a continuar con aquella misión hasta el final, aunque a veces vacilara. Él mismo también la quería allí, en Berlín. No quería volver a pasar por la incertidumbre, la soledad, el desamparo… Verla, aunque solo fuera durante una escasa hora, lo llenaba de vida, de fuerza, de ilusión, de esperanza. Helen era su motor. Cuando la miraba, el mundo se detenía; cuando la besaba, la magia lo envolvía; cuando hacían el amor, creía volar hasta un paraíso muy alejado de aquella realidad. Sin embargo, su prudencia y madurez lo impulsaban a acatar aquellas órdenes. Desconfiaba de su madre, pero más aún de Sebastian, quien tenía la llave para hacerla desaparecer.

El teléfono sonó en la mansión von Stumppfegger aquella noche del 25 de diciembre. Sebastian, que estaba en su despacho, lo cogió al primer tono, preguntándose que sería tan urgente como para importunarlo el mismo día de Navidad.

La voz de Oskar Ludendorff lo saludó desde el otro lado de la línea. Serio, cortante, casi descortés; más de lo que era habitual en él. Sebastian se revolvió en la silla y se encendió un cigarrillo.

—Eres un maldito traidor, Sebastian von Stumpfegger —el joven tragó saliva—. Sino fuera por el aprecio que te tengo, me encargaría yo mismo de que te fusilaran por alta traición antes de finalizar el año.

—No sé de qué me hablas, Oskar… —mintió nervioso.

—¡Lo sabes muy bien! —le gritó el general encolerizado—. Cuando me hablaste de una mujer que no era afín a nuestro régimen, pensé en una socialista, comunista incluso… ¡Pero alemana! ¡No una sucia inglesa! ¡Una espía!

—¿Inglesa? —preguntó atónito Sebastian. Ya sabía más que él.

—Eres una vergüenza para el partido. No mereces tu graduación, ni siquiera pertenecer a las SS.

Sebastian sintió crecer la ira en su interior. Aquellas palabras envenenadas se le clavaron en el alma como puñales, manipulando sus verdaderos sentimientos. Amaba el nazismo, su patria, pero también a Veronika. Amor o deber. Deber o amor. Coaccionado por aquel viejo zorro, se encontró sin escapatoria, sin elección.

—Tengo dos días muy complicados de trabajo —prosiguió Oskar—. Erika y yo estamos preparando el próximo consejo de administración del día 28. Después de esa reunión, pienso denunciarla a la Gestapo. Y la entregarás. Tú la entregarás. Espera a

mi próxima llamada.

Colgó.

Sebastian dio un largo trago a su copa, antes de lanzarla con todas sus fuerzas contra la pared, haciéndose añicos. Poseído por una ira incontrolable, produciendo un alarido casi animal, derribó todo cuanto había sobre su escritorio. Después ya de pie, volcó la mesa. Un fuerte estruendo al caer al piso resonó en toda la mansión.

Veronika llegó al despacho alertada por los ruidos. Tan pronto como abrió la puerta, se encontró con el rostro desencajado de Sebastian, cargado de una cólera que jamás había visto antes en ningún ser humano.

—¡Vete! ¡Vete, maldita sea! ¡Vete! —le gritó.

El joven nazi cogió con ambas manos el sillón y lo lanzó contra la puerta tan pronto como esta se cerraba, haciendo de escudo entre el mueble y la mujer.

Pero después de unos minutos de locura transitoria, llegó el verdadero dolor: lacerante, opresor, inmisericorde. Las lágrimas brotaron de sus enrojecidos ojos, mientras se derrumbaba en aquel caos que el mismo había creado a su alrededor. También en su vida.

Helen, al otro lado de la puerta, lo escuchaba sollozar. Podía sentir su sufrimiento, pero no quiso interrumpirlo. Intuía que necesitaba estar solo, así como que aquella llamada había sido la causante de su desconsuelo. Se preguntó quién y qué le habrían provocado tal estado, sin encontrar respuestas. Se dejó caer y sentada en el suelo, se reclinó sobre la pared. Al otro lado Sebastian iba tranquilizándose poco a poco. Ella esperó con paciencia.

Cuando el joven salió de su despacho, después de una hora allí atrincherado y se encontró a Veronika sentada junto a la puerta, no pudo evitar sentir una inmensa lástima hacia ella y hacia sí mismo. Pese a todo, estaba convencido de que entregarla a la justicia alemana era su deber y, por tanto, lo correcto. No se planteó que aquella sociedad en la que tanto creía y defendía fuera la causante de su mal.

Sus ojos se encontraron en la oscuridad. El capitán se preguntó cómo Oskar se había hecho con tal información.

—Estaba preocupada por ti —le dijo ella.

Sebastian, sin decir nada, la ayudó a incorporarse agarrándola de las manos.

—Es tarde. Vayamos a la cama.

Ya en la habitación, Veronika se acercó a él para besarle en el rostro. Por primera vez desde que lo conocía, le apartó la cara. Había dejado de ser la mujer que amaba, para convertirse en la promotora de su consecuente traición. Aquella noche, a diferencia

de otras muchas, no buscaron sus cuerpos para entrar en calor bajo las mantas.

51

No le di demasiada importancia a aquel cambio de actitud que Sebastian experimentó tras aquella llamada. Él era así: cambiante, intenso, temperamental; en resumidas cuentas, nada nuevo. Por supuesto, no quiso compartir conmigo su preocupación y yo tampoco le insistí más allá de un par de veces, por lo que decidí no mencionar más el tema y esperar a que soplaran tiempos mejores.

Sin embargo, me resultó extraño que la mañana del 28 de diciembre, decidiera pasarla en casa y no ir a la Cancillería. Hasta entonces, su trabajo siempre había sido lo primero, dedicándole incluso más horas de lo estrictamente estipulado. Pero no fui la única a la que aquel detalle le llamó la atención. Arabelle, que por esas fiestas paraba poco en casa, se sorprendió al ver el coche de su hijo en el garaje ya cerca del mediodía. Iba a coger el suyo para ir a la peluquería, pero decidió dar media vuelta y enfilar sus pasos hacia el despacho.

Sebastian trabajaba sobre su escritorio y yo ordenaba unos papeles de forma cronológica en el sofá colindante a la ventana, cuando Arabelle entró en la estancia.

—¿Estás bien, hijo?

—Sí ¿por qué?

—No sé, es curioso verte a estas horas por aquí. Digo voy a preguntarle, igual se dio un golpe en la cabeza.

Sebastian recibió su ironía con una sonrisa sarcástica.

—Puedes irte tranquila, madre.

Al cabo de veinte minutos de haberse marchado Arabelle, sonó el teléfono.

—Déjame un segundo solo, por favor.

Yo salí del despacho y, tras cerrar la puerta, pegué a ella la oreja intentando captar algo de la conversación. Me fue imposible adivinar en el interior ningún tipo de voz, como si Sebastian solo estuviera escuchando lo que sucedía al otro lado de la línea. Pensé en levantar algún otro teléfono de la misma planta, pero me hubiera delatado, sin duda. Se percibía un ligero chasquido al descolgarlo que a Sebastian no le hubiera pasado desapercibido.

No sospeché nada extraño en aquella actitud. Desde que supiera que yo no era quien decía ser, me mantenía bastante alejada de sus conversaciones, como era lógico.

Volví a entrar al despacho para continuar con mi trabajo de clasificación al tiempo que él se servía una copa de Kirsch. Dio un

trago a su bebida, observándome con gran atención. Yo hacía como si no me diera cuenta, enfrascada en los papeles.

—Voy a acercarte un momento a la antigua mansión Rollheiser. El día uno se incorporan los nuevos propietarios y he pensado que te gustaría recoger tus cosas.

Me dolió que se refiriera a la casa de Dagna como antigua mansión Rollheiser. Aun así, le agradecí el gesto de permitirme recoger la ropa con la que Dagna me había obsequiado durante el tiempo que conviví con ella. Pero lejos del valor económico, volver allí significaba mi oportunidad de poder despedirme de aquel lugar que tanto bueno me había dado cuando más lo necesité.

Daniel había conseguido recoger algunas joyas de importante valor y meterlas en la caja fuerte del banco. También fotografías que, sin duda, guardarían para la baronesa un importante valor sentimental. Quizás, algún día, pudiera recuperarlas. Solo quizás. Fuera como fuese, Sebastian demostró tener cierta empatía después de todo. Ilusa de mí que un día creí que por encima del nazi había un hombre normal. Ahora pienso que ninguno de ellos lo fue de verdad.

El día era frío y haría una hora que había dejado de llover. Mientras él conducía, observé el cielo encapotado de color gris blanquecino, las ramas de los árboles desnudas ondeando al son del viento, algunas hojas revoloteando en las aceras y al fondo, muy al fondo, la mansión Rollheiser, esplendida y poderosa, testigo de una dinastía de la que ya no quedaba nada.

Paró el coche frente a la puerta principal, pero justo cuando me disponía a salir, me retuvo aferrándose a mi mano con delicadeza.

—Dame un beso —me pidió.

Yo se lo di. Fue un beso delicado, dulce, anhelante… Nada me hizo presagiar que sería el último entre los dos, que aquello no era más que una despedida, un triste adiós; el preludio de una traición.

Ajena a sus verdaderos planes, entré en la casa. Aún conservaba el olor de Dagna, como si continuara viviendo allí. Parecía que de un momento a otro fuera a salir a recibirme con esa sonrisa tan suya, dulce y bondadosa. Pero no. Nunca volvería a hacerlo. Ya no quedaba nada más allí de ella, salvo su aroma y el silencio.

Recorrí las diferentes estancias de la planta baja, pulcramente ordenadas y sumidas en la penumbra de aquel día gris, como si estuvieran esperando a que su verdadera dueña regresara en cualquier momento. Por desgracia, otros habitarían pronto aquella mansión de ensueño en un nombre que no les pertenecía. Una familia que, aunque no conocía, para mí no eran más que burdos usurpadores.

Me disponía a subir a la planta de arriba, cuando oí un coche

acercarse y parar frente a la puerta. Era extraño. Dagna rara vez recibía visitas. Me pregunté quién sería dirigiéndome a una de las ventanas, cuando tres hombres irrumpieron en la casa y se abalanzaron sobre mí. Todo sucedió en cuestión de segundos, pero rápido comprendí que aquello no había sido más que una trampa. Sebastian me había entregado a la Gestapo. Maldito traidor.

Con diversos insultos y empujones, me sacaron de la casa esposada. Bajé las escaleras con la cabeza alta, sin mostrar miedo, aunque por dentro sabía que la muerte me llamaba a su fila de condenados. Mientras, Sebastian me observaba desde el interior de su coche, aparcado a pocos pasos. Mi mirada le escupió todo el odio que fue capaz, recriminándole su cobardía. Él no pudo sostenerla. Miró hacia otro lado.

52

Un hombre de pelo rubio cortado a cepillo, mirada glacial, alto y de complexión fuerte, me arrastró por el suelo de baldosín hacia una pila de agua con hielo como si fuera una muñeca de trapo. Otro, moreno, más delgado, me interrogaba y daba a su compañero las órdenes pertinentes, tras obtener como respuestas a sus insistentes preguntas, largos silencios y miradas de desdén. No quería pensar en que aquellos golpes pudieran cesar si le daba la información que buscaba. No quería creer que traicionando a mi patria conseguiría salir con vida de allí.

—Maldita zorra —me espetó el interrogador—. Sabes que terminarás vendiendo a tu padre y a tu madre, ¿verdad?

Le escupí en sus lustrosas botas a modo de respuesta. Que aquel bastardo malnacido mencionara a mis padres, me llenó de un odio que no hizo más que aumentar mi fortaleza. También mi rabia.

Sonriendo ladinamente, le hizo un gesto a su compinche con la mano y este me sumergió la cabeza en el agua. Sentí como si de pronto, mil puñales me estuvieran atravesando la mente. La necesidad de aire se volvió acuciante. El intenso frio me impedía controlar la respiración, también el pensamiento. A los pocos segundos, me sacó tirándome del cabello.

—¿Para quién trabajas? —volvió a preguntarme el hombre moreno mientras yo recuperaba el aliento.

De nuevo, solo obtuvo silencio por mi parte.

El rubio volvió a introducirme en el agua. Esta vez, más tiempo. Un ligero mareo me sobrevino, seguramente por la falta de oxígeno.

—Tu nombre —me exigió.

Era consciente de que hablara o no, me matarían, por lo que darles lo que querían no entraba en mis planes. Creer lo contrario, era una fantasía desesperada en la que muchos caían o se refugiaban. Yo, sin embargo, me concentraba en intentar controlar el dolor con la mente. Era difícil, pero posible.

—Vete al infierno —le espeté tan pronto como recuperé el aliento.

El hombre rubio me golpeó el rostro con todas sus fuerzas. Una vez. Dos. La sangre comenzó a brotar de mis fosas nasales a la par que resbalaba por mi garganta. Tosí. Y escupí saliva ensagrentada.

—Basta —le dijo el otro.

Este me miró con cierta incredulidad, también curiosidad. Después, emitió una sonora carcajada.

—Vaya, vaya… Leal a su patria y con agallas… Tal vez podríamos llegar a un acuerdo, señorita como se llame.

Sabía a lo que se refería. En la escuela donde me formaron como espía, nos hablaron del contraespionaje. Algo en lo que muchos caían para salvar su vida: traicionar a su propio país proporcionándoles desinformación. En resumidas cuentas, servir al enemigo. Un arma de doble filo que pocas veces salía bien para quien optaba por esa opción desesperada. Yo no estaba dispuesta a ser uno más de sus conejillos de indias. Prefería la muerte que trabajar para aquellos esbirros inmundos a los que tanto despreciaba.

—Sumérgela.

Creí que iba a desvanecerme de un momento a otro, cuando casi por instinto de supervivencia, buscando el aire que comenzaba a faltarme, abrí la boca bajo el agua. En el momento en el que el gigante rubio liberó mi cabeza, me sobrevino un fuerte ataque de tos. Extenuada por completo, me derrumbé sobre el baldosín del suelo.

Arrastraron mi cuerpo, me sentaron y ataron a una silla. El hombre moreno que rondaría los treinta años, se sentó frente a mí, observándome con detenimiento. Sus ojos oscilaban de mi cuerpo a mi rostro, donde se detenían, antes de volver a descender despacio hasta mis pies.

—Apostaría a que eres inglesa —dijo al cabo de un rato—. Solo una maldita inglesa puede oponer tanta resistencia manteniendo intacta su dignidad.

Trampa o no, caí. No pude evitar que mi rostro reflejara el orgullo con el que aquel alemán había reconocido a mi patria.

—Vaya, vaya… Con que inglesa… —dijo poniéndose de pie y recordándome mi desliz—. Londinense, ¿quizás? —silencio—. Probable —se autocontestó.

Sus ojos me miraron con sádica lujuria. Entonces, deslizó sus dedos por mi blusa y, como si quisiera recrearse con aquel momento, fue desabrochándome los botones con gran parsimonia.

—Una pena destrozar este hermoso cuerpo… Si te dignaras a cooperar… —silencio—. Prepara los electrodos —le ordenó a su cómplice arrancándome el sujetador con ambas manos.

El gigante rubio me colocó los electrodos en los pezones. Su estúpida sonrisa delataba un morbo siniestro en aquella acción que parecía estar excitándole. Cuando activó la corriente, grité. Grité hasta quedarme sin aliento. Jamás pude imaginar un dolor tan intenso. Deseé la muerte.

—Co-bar-des —conseguí pronunciar, tras varios minutos al borde de la inconsciencia.

Volvieron a conectar los electrodos. La mente se me fue nublando cada vez más. Cerré los ojos. En pocos segundos, perdí el conocimiento. Cuando lo recobré, estaba tumbada sobre una mesa metálica que bien podría haber sido de quirófano, desnuda y atada con correas de pies y manos. Una intensa luz me cegaba. Tenía la boca pastosa y me dolía todo el cuerpo. Era probable que llevara varias horas inconsciente, aunque me era imposible precisarlo. No había rastro del hombre rubio en la habitación. El moreno permanecía a mi lado sentado en una silla. Fumaba un cigarrillo.

—Espero que la siesta te haya hecho reflexionar —me dijo irónico.

De nuevo, solo consiguió de mí un largo silencio. Me encontraba mareada, aturdida, con ganas de acabar con aquel sufrimiento que intuía no había hecho más que comenzar. Pero estaba bien concienciada. No hablaría. Daniel no lo hizo. Si él aguantó yo también sería capaz de hacerlo.

—Cuando estés moribunda, tiraré tu cuerpo a los perros para que te descuarticen. Ni tu madre te reconocerá en el otro mundo.

Me revolví en la camilla, presa de la ira. Sin embargo, no le contesté. Me era imposible articular palabra alguna y quería ahorrarme un esfuerzo inútil. Respiré hondo e intenté alejar mi mente de allí, de aquel lugar. No fui capaz. Sus preguntas retumbaban en mi cabeza. Una y otra vez sin descanso.

Agarró los electrodos y los introdujo en mi vagina. Sentí miedo. Mucho; por primera vez desde que había entrado en aquella habitación con olor a muerte. Los conectó y un dolor lacerante me quemó las entrañas haciéndome gritar como si me estuvieran desollando la piel a tiras. Sentí náuseas. Lo paró. No quería matarme aún. Sin embargo, a esas alturas, él sabía que el dolor físico no me haría hablar. Parecía desesperado. Supuse que sus superiores lo presionaban para conseguir una confesión que no llegaba. Me golpeó el rostro. Llegados a ese punto yo ya era incapaz de hablar.

Se marchó de la habitación y cerró la puerta tras de sí, dejándome sola en el habitáculo. No sabía si soportaría otra sesión de electrodos en mi vagina, ahora que la sentía en carne viva. Entonces, me derrumbé. Las lágrimas brotaron de mis ojos sin poder detenerlas; más por la sensación de humillación que por el mero dolor físico en sí.

No sabía cuánto tiempo llevaba allí tendida sobre mi orín. Tal vez, tres horas, cuatro, una. No podía precisarlo. Parecía estar flotando en una pesadilla. La incertidumbre de no conocer cuál sería la próxima tortura que me esperaba, era agónica.

La puerta se abrió y entró el gigante rubio de mirada glacial. Me

cubrió la cabeza con una especie de bolsa oscura. Todo se volvió negro a mi alrededor.

Tenía hambre, pero sobre todo sed. Oí unos pasos acercarse y no pude evitar pedir un vaso de agua a quien fuera que anduviera por ahí. Mi voz sonó por primera vez temblorosa, insegura. Las pisadas se detuvieron cerca de donde me encontraba. Sin embargo, nadie contestó.

Seguía con la cabeza tapada, sentada y atada a una silla en otra sala donde me habían llevado a empujones. Me había costado llegar. Me caí en varias ocasiones en las que me increparon con patadas e insultos.

Ahora, después de varias horas allí abandonada como un trasto viejo, privada del sentido de la vista, la sensación era demasiado angustiosa. Más aún, lo era saberme observada. Podía percibir una respiración a pocos pasos.

—Agua… Por favor… —casi supliqué.

Aquello era peor que cualquier dolor.

—Esto no es un bar —respondió un hombre, cuya voz no me era familiar.

—Por favor…

Un largo silencio.

—¿Qué me darías a cambio? —preguntó.

No contesté. Me insté a mí misma a aguantar. Después de todo lo que me habían hecho pasar, no podía claudicar ahora. Tampoco podía hacerles ver que lo que no habían conseguido torturándome físicamente, podían conseguirlo con la tortura psicológica.

El hombre se fue. Oí sus pisadas alejándose hasta desaparecer en la lejanía. Me pregunté dónde me encontraría. Después, sed. Solo sed. Comencé a fantasear con agua en todas sus versiones: en lluvia, en ríos, en mar, en lago, saliendo de un grifo… Intenté pensar en otra cosa, pero a los pocos minutos, volvía a imaginar aquel líquido transparente inundando mi boca y bajando por mi garganta.

Después de varias horas, cuando ya pensé que me dejarían morir de sed allí mismo, alguien me puso un vaso en los labios. Bebí con avidez, por miedo a que me lo retirasen antes de tiempo. No sucedió así. Me dejaron saciar mi sed.

De nuevo, sola. Más relajada. Todo en silencio a mi alrededor. También absoluta oscuridad por la bolsa que continuaba cubriéndome parte del rostro. Poco a poco, fui quedándome dormida, vencida por el cansancio y por la extenuación. No conseguí dormir como tanto necesitaba. Tan pronto como cerré los ojos, me lanzaron un caldero de agua helada que me sobresaltó encogiéndome el corazón y despejándome de golpe. Supuse que habían estado esperando aquel momento; que habían estado

observándome con precisión, aguardando el momento en que mi respiración se acompasara y mis músculos se relajaran entregándose al descanso. Me descubrieron la cabeza, pues el plástico, empapado, se pegó a mi rostro impidiéndome respirar. Mis ojos, tras acostumbrarse a la intensa luz de la sala, vislumbraron al hombre moreno de los interrogatorios.

No sé los días que estuve sin dormir. Tres, cuatro tal vez… Podía intuirlo por los síntomas que iba experimentando. Después de veinticuatro horas sin pegar ojo, uno siente una ilusoria energía, pues el sistema mesolímbico se estimula y la dopamina fluye. A partir de ahí, todo cambia. Tiempo de reacción más lento, empeoramiento de las funciones de perfección, el cuerpo deja de metabolizar la glucosa de forma adecuada y el sistema inmune comienza a fallar. Cada vez que cerraba los ojos, el guardián que estuviera en esos momentos custodiándome me tiraba un cubo de agua helada. Era desesperante. Pero ya no tenía fuerzas para maldecir ni lanzar miradas de odio.

Dejé de pensar con claridad tan pronto como fui perdiendo contacto con la realidad. Las alucinaciones no tardaron en llegar. Después, supuse, sucumbí a un estado de delirio. Voces que salían de mi subconsciente en mi lengua materna, voces que les rebelaron mi nombre completo. Nada más. Lo supe cuando, después de permitirme por fin dormir, me trajeron un documento para que firmara cuyo título rezaba: *Schutzhaftbefehl*. Un documento donde Helen Weaver declaraba su deseo de ser encarcelada. Supe entonces que me enviarían a un campo de concentración.

53

Daniel aparcó su coche frente a la mansión von Stumpfegger un escaso minuto después de que Sebastian y Helen salieran hacia casa de Dagna. El joven Ludendorff llevaba una pequeña nota preparada para instarla a visitarlo aquella misma noche. Era preciso que hablaran cuanto antes sobre su inminente regreso a Londres y, tras no contactar en la Cancillería ni con ella ni con su amigo, los imaginó en la residencia, donde acudió a toda prisa con el pretexto de las próximas fiestas de fin de año.

Llegó demasiado tarde. Gerda, la mujer del servicio, le dijo que habían salido en aquel mismo instante. Imaginó que no se los había cruzado en la carretera porque iban en direcciones opuestas.

—Lo siento, señorito Daniel, no puedo ayudarle. Desconozco a dónde fueron y cuándo regresarán.

—No te preocupes, Gerda.

—¿Quiere que le dé algún mensaje a Sebastian de su parte?

—No… Bueno, solo dígale que vine a verlo.

Daniel bajó con parsimonia las escaleras de la entrada principal, preguntándose dónde habrían ido. No le gustaba aquello. Sebastian solía ser muy previsible. Como buen alemán, era meticuloso en sus rutinas. Se apoyó en la carrocería del coche y se encendió un cigarrillo. Hacía frío, pero él no lo sentía. Su mente elucubraba.

Comenzó a llover. Se montó en el vehículo y regresó a casa. Un relámpago se dibujó en el horizonte rasgando el cielo. Sintió un estremecimiento sin motivo aparente. Helen le sobrevino a la mente. Se preguntó si aquello era un mal presagio. Se juró a sí mismo que, si algo le pasaba, no tendría piedad.

Salió de la carretera y enfiló rumbo al garaje de la mansión Ludendorff, atravesando el imponente porche delantero. La silueta de su tío en una de las ventanas de la primera planta se adivinaba borrosa, tras el parabrisas salpicado de gotas de lluvia.

El general de la Wehrmacht era otro hombre diferente al que Daniel había conocido, al que recordaba antes de aquella guerra. Su adicción al Pervitin, un tipo de metanfetamina, cuyo uso se magnificó entre las tropas alemanas durante aquellos años con el fin de mejorar su rendimiento, era el gran responsable de su irritabilidad y agresividad continua, pero no justificaba el cambio tan grande que habían experimentado sus ideales.

Cuando Hitler llegó al poder, Daniel solo era un niño, pero recordaba la reticencia de su tío, así como la de otros muchos

militares profesionales, del excesivo peso del Partido Nazi en el ejército. Después de años pidiendo la disolución de las unidades de las SS, al fin en octubre de 1939, Hitler adoptó la Solución Salomónica, en la que autorizó la formación de divisiones solo de miembros de las SS con sus propios mandos, pero bajo las directrices generales del Estado Mayor del ejército. Esto calmó las reservas que muchos militares de alto rango se guardaban respecto a los nazis. Pero solo en apariencia. Sus ideales distaban de parecerse, a pesar de que se debían a Alemania y, por tanto, a su Führer.

Oskar Ludendorff ahora era un nazi más. Ferviente seguidor de unos ideales con los que antes de aquella guerra nunca comulgó, aunque tampoco retractó de ellos de manera clara y concisa. A Daniel le preocupaba. Se sentía observado continuamente. Analizado, como si hubiera una trama en torno a él. No estaba muy equivocado. Pero aún tardaría en descubrirlo.

Sebastian irrumpió en la residencia Ludendorff tan solo media hora después de que Daniel se hubiera personado en su casa. Sin embargo, el capitán de las SS desconocía por completo este hecho.

—No he pasado por casa…

—Vaya… —le respondió Daniel pensativo—. ¿Y Veronika? Me dijo Gerda que habías salido con ella.

—¿Veronika? La he dejado en la puerta de la peluquería.

Daniel lo observó. Su respuesta era plausible. Sin embargo, su amigo parecía nervioso.

—¡Capitán! —exclamó Oskar desde la escalera haciendo el saludo nazi—. ¡*Heil Hitler*!

—¡General! ¡*Heil Hitler*! —exclamó Sebastian devolviéndole el saludo.

—Te estaba esperando. Acompáñame.

—Disculpa, Daniel. En esta ocasión vine a ver a tu tío.

El joven Ludendorff lo observó enfilar escaleras arriba, donde Oskar lo esperaba. Perplejo, se preguntó que se traían ambos entre manos. Era la primera vez, al menos que él tuviera conocimiento, que se reunían en el despacho del general. Aquello no le gustaba, menos después de presenciar como su tío sustituía su habitual saludo militar por el saludo nazi.

Era su oportunidad de poder llegar hasta Helen sin la continua sombra de Sebastian rondándola. No lo dudó. Sin sospechar que su amigo le había mentido, montó en su coche y condujo hasta el salón de belleza donde acudían todas las mujeres de Wannsee.

Una de las peluqueras salió a atenderle tan pronto como lo vio cruzar el umbral de la puerta del establecimiento.

—Buscaba a Veronika Rollheiser, me dijeron que podía

encontrarla aquí.

—¿Veronika? —la empleada frunció el ceño—. No, la señortia Rollheiser no vino hoy.

—¿Está segura?

—Sí, estoy segura, caballero. De hecho —dijo revisando el cuaderno de citas—, no la esperamos hasta la mañana del día treinta y uno.

—Gracias.

Si Helen no estaba allí, ¿dónde estaba? Aquella mentira de su amigo comenzó a intranquilizarlo.

Sebastian había acudido a la mansión Ludendorff, como Oskar le instó a hacer tras la detención de Veronika. El general quería saber todos los detalles de primera mano. Sin embargo, el joven nazi no se encontraba con su verborrea habitual. Lacónico, decaído, casi derrumbado… buscó en una copa de Kirsch la fuerza que lo había abandonado, que se había esfumado… con ella.

—Al fin y al cabo, un error puede cometerlo cualquiera —le decía Oskar—, pero tú lo has enmendado como buen alemán que eres. Tienes que estar muy orgulloso de ti mismo; has cumplido con tu deber.

—Sí…

—Ahora la justicia es quien debe juzgarla.

—Sí…

—Recuerda la versión que tienes que mantener ante todos nuestros conocidos.

Después de un par de copas, Oskar dio por finiquitada la conversación para alivio de Sebastian que quería alejarse de aquella casa cuanto antes. La compañía del general, de pronto, le hastiaba, y mirar a Daniel a la cara y no recriminarle su aventura con Veronika, le era muy difícil. Pero ¿de qué hubiera servido ya? ¿acaso él mismo no hubiera hecho lo mismo en su lugar? Ya todo carecía de sentido. Ella nunca volvería. Por suerte, salió de la casa sin encontrarse con nadie.

Sebastian se convirtió en un ser apagado, gris… trabajaba como un autómata y eludía cualquier acto social. Pasaba noches enteras encerrado en su despacho, bebiendo una copa tras otra para preocupación de su madre, a quien dijo, al igual que al resto, que Veronika lo había abandonado. Tanto a ella, como a las dos mujeres de servicio, les prohibió pasarle cualquier tipo de llamada personal; lo mismo les exigió con las visitas. Daniel se personó en la casa, después de haberlo llamado sin éxito en tres ocasiones. Arabelle le atendió personalmente. Sebastian se sentía sin fuerzas ni coraje para mentirle a la cara.

—Estoy muy preocupada. Nunca lo había visto así.

Daniel corroboró en Arabelle la versión de su tío. Veronika había desaparecido sin dejar rastro. La escuchó por educación, pero el joven sabía que aquello no era posible. En primer lugar, ella no hubiera dado un paso sin hacérselo saber, de la manera que fuera; en segundo, había algo que no le terminaba de cuadrar en toda aquella historia, a pesar del sincero sufrimiento que parecía estar sintiendo su amigo. Según ambas versiones, la última vez que Sebastian había visto a Veronika fue cuando la dejó en la puerta de su salón de belleza habitual, en el cual, según comprobó aquel mismo día, no tenía cita. ¿Había desaparecido o la habían hecho desaparecer? Daniel que conocía su manera de proceder, se inclinaba por la segunda opción. Fuera como fuese, estaba convencido de que Sebastian tenía algo que ver en el asunto. Sin embargo, no tenía pruebas para acusarlo.

Se despidió de Arabelle y, sin poder simular su angustia, abandonó la mansión von Stumpfegger. Al montar en el coche, volteó la cabeza hacia la ventana del despacho de Sebastian, llevado por un instinto. Las cortinas se agitaron. El capitán de las SS había estado observándolo.

Condujo hasta el centro de Berlín, dispuesto a remover cielo y tierra para averiguar el paradero de Helen. Primero comunicaría a Londres la nueva situación de su agente; después, se pondría en contacto con la resistencia. Ellos eran los únicos que podían ayudarlo. Tenía esperanzas de encontrarla sana y salva, pero si no ocurría, los responsables podían darse por muertos.

Aquella mañana en el piso de sus padres, donde escondía el equipo de Helen, observó la pistola que el SOE la había proporcionado como arma. Una Welrod silenciada. La acarició con los dedos. Al final, se la metió en el bolsillo interior de su abrigo y salió al exterior, calándose el sombrero.

54

Fremont rompió con la culata de su pistola la fina capa de hielo que cubría aquel pequeño riachuelo. Se encontraban en pleno pulmón de Alemania, la Selva Negra, a un par de kilómetros del río Rin y, por consiguiente, de la frontera.

Dagna y la pequeña Hilda se quitaron el maquillaje a golpe de agua helada, se secaron con los sudarios que abandonaron semi enterrándolos en la maleza y continuaron el camino a pie amparados en la profunda oscuridad de aquella noche sin luna. Los aviones aliados los sobrevolaban y en ocasiones aisladas les llegaban ecos lejanos de explosiones mientras atravesaban el frondoso bosque guiados por una brújula.

Fremont lideraba la marcha. Él era el único que conocía el plan. De tanto en tanto, cuando los aviones desaparecían del cielo y el silencio se adueñaba de la húmeda atmósfera, se veían sobresaltados con cualquier ruido, muchas veces causados por sus propias pisadas en la hojarasca. No eran más que malas jugadas del subconsciente, propias de quien está asustado y excesivamente alerta.

—No queda mucho —les susurró.

—¿Vamos a cruzar por el río? —preguntó Dagna.

—Sí. Todos los puentes están demasiado vigilados.

—¿A nado? —preguntó Dagna asustada, puesto que desconocía por completo el plan.

Fremont se giró un instante y la miró divertido sin aminorar la marcha.

—¿Le asusta, baronesa?

—¿Me toma el pelo?

El joven se giró, de nuevo, mostrándole una amplia sonrisa.

—¡No estoy para sustos, Fremont! —exclamó Dagna ofuscada.

—Disculpe…

—Y ahora si hace el favor, explíqueme como piensa cruzar al otro lado.

—Un compañero nos pasará en un bote.

—¡Oh, Dios mío! Me acaba de tranquilizar por completo —ironizó Dagna.

—Nadie dijo que llegar hasta Suiza fuera a resultar sencillo. Somos prófugos de la justicia alemana, no se olvide.

—Lo siento. Estoy asustada.

—No se disculpe… Todos lo estamos.

Durante los meses previos al estallido de la Segunda Guerra Mundial, muchos, en su mayoría judíos, consiguieron huir a países neutrales. Sin embargo, una vez comenzó la contienda, los pasos fronterizos se volvieron casi inexpugnables, mucho más a partir de finales de 1941, obligándolos a buscar caminos alternativos. Muchos refugiados judíos fueron admitidos en Suiza, pero también muchos otros fueron rechazados, al igual que ocurrió en Francia, España... Dagna contaba con tres grandes ventajas para poder residir dentro de sus fronteras sin impedimentos de las autoridades suizas: no era judía, pertenecía a la aristocracia alemana y era buena amiga de familias muy influyentes del país. Sin embargo, mientras estuviera en territorio alemán, no era más que una ordinaria fugitiva más.

A orillas del río Rin, amparados tras un arbusto, Fremont corroboró que se encontraban en el punto exacto. Justo al otro lado, los esperaba un miembro de la resistencia que vivía en la zona. Fremont tomó la linterna y le hizo la señal estipulada: tres destellos cortos. Él otro debería contestar con dos cortos y uno largo. De otra manera, podría tratarse de una emboscada y tendrían que huir.

Tanto Dagna como Fremont estaban atentos a cualquier movimiento en los alrededores. Eran conscientes de que, si los sorprendían ahora, a punto de tocar la libertad con las manos, los fusilarían, casi seguro, a no muchos pasos de allí. ¿Qué suerte correría aquella inocente niña, entonces? No querían ni imaginarlo.

El joven acariciaba su Sten, cuando observó desde el otro lado de la orilla dos ráfagas de luz cortas y una larga. En la oscuridad era una señal fácil de reconocer si estabas atento. Pero, aunque esa noche había una ligera bruma, Fremont no tuvo duda.

—¿Es él? —preguntó Dagna en un susurro, como si alguien más pudiera oírla.

—Sí. Ahora cruzará hasta aquí en el bote.

La baronesa levantó la cabeza por encima del arbusto y observó el río mordiéndose el labio inferior. No había mucha distancia entre las orillas. Según le había contado Fremont momentos antes, se encontraban a pocos pasos de Büsingen am Hochrhein, quizá uno de los pueblos alemanes más cercanos al país helvético. Volvió a guarecerse tras la maleza y comenzó a rezar mientras abrazaba a la niña, bastante más tranquila que ellos.

—¿Lo ves?

—Aún no. Hay niebla…

—Sí, ya me di cuenta. Nos ayudará a pasar inadvertidos.

—Sí.

Al cabo de unos minutos, Fremont observó un bote avanzando despacio hacia ellos.

—Está cerca, ¿estáis listas?

Las dos afirmaron a la par. El joven les sonrió complacido y agradecido por su determinación y arrojo.

Abandonaron la seguridad que les proporcionaba la densa vegetación y los altos árboles del bosque y descendieron por una pequeña ladera, ya a campo abierto, hasta orillas del río. Temerosos, miraban hacia un lado y hacia otro, mientras el bote llegaba a tierra. Todo estaba tranquilo. Ni un sonido; solo el agua mecerse al son de los remos. Ni un alma. Era medianoche y tan solo se atisbaba alguna luz en el pueblo.

—¡Rápido! —los apremió el chico del bote.

Dagna observó al desconocido unos instantes mientras Fremont montaba a la niña en la barca. Tenía el pelo rojizo y el rostro salpicado por pequeñas pecas que le conferían un aire aniñado; aun así, intuyó que rondaría los dieciocho años. Le llamó la atención su temple. Parecía sereno en una situación en la que cualquiera tendría los nervios a flor de piel. Tal vez, por su temprana edad; cuando uno es joven mide el peligro con otra vara. O tal vez, porque conocía la seguridad de aquel trayecto. No supo por qué inclinarse. Aunque realmente ningún lugar era seguro ya en Alemania.

—No tema —le dijo el chico a Dagna tendiéndole la mano para ayudarla a subir a bordo—, vivo en el pueblo y conozco los itinerarios de los gendarmes.

—Gracias.

—De todas formas, mientras antes lo crucemos mejor. Con los nazis nunca se sabe.

Los dos jóvenes, uno a cada extremo del bote, remaban con fuerza, ansiosos por separarse de la orilla alemana. Ellas iban entre ambos. Dagna, llevada por instinto o mera precaución, se volteó para observar lo que poco a poco iban dejando atrás e iba desapareciendo tras la bruma. Le pareció atisbar un haz de luz entre los árboles, lo más seguro de una linterna. Sin embargo, después de fijar su atención en la arboleda, corroboró que todo continuaba sumido en la negrura, achacándolo a una mala pasada de su mente, agotada después de horas sin pegar ojo o de la aprensión de saberse en tierra de nadie, o quizás, tierra de todos. Por primera vez desde que abandonaron el coche para atravesar el bosque a pie, la mujer sintió frío. No sabía si era por el miedo o por la humedad, pero a medida que iba viendo Suiza más cerca, aquella sensación se fue disipando.

Cuando alcanzaron la otra orilla, ninguno de ellos podía creerlo. Lo habían conseguido. Habían dejado Alemania atrás. Los tres se abrazaron con fuerza, tras apearse de la barca. Una inmensa dicha los invadió. Dagna, con el corazón desbocado, lloró de alegría.

—Fremont, ayúdame con el bote. No puedo dejarlo aquí —le pidió el chico pelirrojo.

—Os ayudaré —les dijo Dagna solícita.

—Ni hablar —le espetó Fremont—. Seguid hacia delante, a doscientos metros está el coche en el que iremos a Zurich. En seguida iremos nosotros.

—Dame la mano, cariño —le dijo a la niña.

Hilda se la tendió. La niña le sonreía. Dagna se agachó para darle un beso en la mejilla, antes de poner rumbo hacia el bosque.

—Las llaves están sobre la carrocería.

—¡Bien! —le gritó Dagna alejándose.

—¡No puedo creer que lo hayas cerrado! ¿Quién pensab….?

Fremont no pudo acabar la frase. Una bala le reventó el cráneo y cayó al suelo inerte. De pronto, una ráfaga de disparos resonó en el silencio. Dagna, aterrorizada, echó a correr soltando la mano a la niña e impulsándola para que corriera más rápido.

—¡Corre! ¡No mires atrás! —le gritaba, cubriéndola con su cuerpo.

Hilda, obediente, corría rauda y veloz mientras los disparos resonaban a sus espaldas. Dagna desconocía de dónde venían, pero, sin duda, dedujo que les disparaban desde el otro lado del río. La niña alcanzó la arboleda y se guareció tras un árbol observando con angustia a Dagna correr hacia ella. Tan pronto la baronesa alcanzó el bosque, las detonaciones cesaron. Guarecida entre los abetos, Dagna se permitió dirigir una última mirada atrás mientras recuperaba el aliento. Los dos hombres yacían en el suelo junto al río. Muertos. Al otro lado, niebla.

Dagna tiraba de la niña a través de la arboleda sin poder consolar su llanto aterrorizado. Ella misma estaba conmocionada, pero intentaba mostrarse fuerte. No paraba de recordar que, si como quiso, les hubiera ayudado con el bote manteniéndose en la orilla, ahora ella también estaría muerta.

Encontró el coche aparcado en un pequeño camino de tierra. Un Volkswagen KdF-Wagen en color rojo y matriculado en Suiza. Como el chico pelirrojo le había dicho, las llaves estaban sobre el techo.

Se disponía a abrir la puerta del conductor, cuando la niña echó a correr hacia el interior del bosque sin rumbo. Dagna fue tras ella, pero rápido le perdió el rastro.

—¡Hilda, por favor! ¡Tenemos que irnos!

Silencio.

Anduvo entre los árboles, buscándola sin éxito. Al final, extenuada física y psicológicamente, se dejó caer sobre la hojarasca que cubría el suelo y rompió a llorar. La fuerza que siempre la había caracterizado, la abandonó por completo. Se había sentido al

filo del abismo y, ahora, soltaba toda esa tensión que llevaba tantas horas, días y meses acumulando dentro de sí.

La niña no tardó en aparecer. Al escuchar el sollozo de Dagna desde su recién elegido escondite, salió sintiéndose culpable. No quería que aquella mujer buena llorara por su culpa. Tan solo tenía diez años, pero comprendía que ahora ella era su única familia. Así se lo había dicho su papá antes de partir.

—Sé buena con esta señora y haz caso a todo lo que te diga. Hasta que volvamos a vernos, no confíes en nadie más que en ella.

No escapó para llamar su atención. En verdad, no sabía por qué lo había hecho. Se sentía confundida, asustada y echaba de menos a sus papás, su casa, su colegio, su vida antes de la guerra. Sabía que huían, pero había creído que al cruzar el río todo lo malo había pasado. Sin embargo, no fue así. Lo peor ocurrió cuando ya se creían libres. No podía apartar de su mente la imagen de aquellos hombres tendidos en la orilla.

—¿Lloras por mi culpa?

—No… cariño… Pero no vuelvas a hacer algo así.

—Lo siento, no lo volveré a hacer —le dijo sentándose a su lado.

—Sé que esto es duro para ti, pero lo estás haciendo muy bien. Tú papá estaría muy orgulloso de ti.

—Mi mamá también. ¡Ya verás cuando se lo cuente!

Dagna le sonrió con tristeza. Era muy probable que aquella niña nunca volviera a reencontrarse con su madre.

Las dos montaron en el coche. Un mapa con el trayecto hasta Zurich, señalado con todo detalle, descansaba sobre el salpicadero.

—Mira a ver si hay alguna linterna ahí —le dijo a la niña señalando la guantera del vehículo.

—Sí —afirmó Hilda al cabo de un instante—. ¡También hay chocolate!

—¡Qué bien!

—¿Puedo comérmelo?

—Supongo que ahora es todo tuyo.

Dagna iluminaba el mapa con la linterna sin llegar a situarse. Los pueblos que había marcados en el itinerario le sonaban, algunos los conocía de visita. Sin embargo, ahora, rodeada de bosque y oscuridad era incapaz de orientarse. Tenía que decidir si continuar hacia la izquierda o hacia la derecha. Si se equivocaba, entonces, los más seguro es que acabaran perdiéndose en aquel entramado de vegetación.

La curiosidad innata de la niña le hizo acercarse también a observar el mapa. Pareció comprenderlo en poco tiempo, pues en menos de un minuto, supo deducir la dirección correcta a tomar.

—El río está aquí, ¿lo ves? —le decía la pequeña señalando los

trazos del papel.

—Sí.

—Pues es fácil. Nosotras estamos aquí, pues tenemos que ir por aquí.

Dagna corroboró que la niña estaba en lo cierto. Gracias a su ayuda, sus dudas se disiparon y tomó el camino de la derecha.

Después de varios kilómetros atravesando bosques y llanuras cubiertas de nieve, llegaron a un pequeño pueblo llamado Weiach. Desde ahí quedaban unos treinta y dos kilómetros a su destino. Miró al indicador de gasolina que marcaba una cantidad suficiente de combustible para llegar.

—¿En Zurich también se habla alemán? —le preguntó la niña con la boca llena de chocolate.

—Sí. Pero no hables con la boca llena, no es bonito en una señorita.

Hilda agachó la cabeza un poco avergonzada.

Los faros del coche iluminaban la carretera desierta. Alejadas del corazón del bosque, fueron cruzando diferentes pueblos sumidos en la oscuridad de la noche y paisajes de belleza natural.

Dagna apenas podía creer que estuviera tan cerca de Zurich; de hecho, no había tenido tiempo ni de pensarlo. Tampoco quiso hacerlo entonces, solo quería llegar a casa de su amiga Bianca Piaget y descansar; cerrar los ojos para olvidarse del mundo por unas horas.

Bianca era nieta de aristócratas italianos por parte materna, pero se sentía suiza como lo era su padre, Walter Piaget, un importante empresario de la industria farmacéutica. Dagna y ella eran amigas desde siempre. Sus familias pasaban gran parte de los inviernos esquiando en St. Moritz, en la región de la Alta Engadina, donde se habían conocido de niñas y entablado una amistad que perduraba en el tiempo. Sin embargo, ir a la montaña fue una costumbre que ambas fueron perdiendo con el paso de los años. A Bianca le gustaba la capital, en la que vivía casi todo el año. Los meses de verano huía a su villa de Zollikon, a tan solo seis kilómetros del centro, frente al lago de Zurich, con piscina y embarcadero propio. Un lugar que a Dagna le recordaba a Wannsee y donde su amiga se refugiaba del bullicio del centro.

—Echo de menos a mis padres… —susurró Hilda de pronto.

—Es normal, cariño.

—¿Dónde están los tuyos?

—¿Los míos? En el cielo.

—¿Se murieron?

—Sí.

—¿Y los echas de menos?

—Cada día…

Hilda comenzó a cabecear hasta quedarse dormida. Dagna no quiso interrumpirla, a pesar de quedar menos de diez minutos para llegar a Zurich. Ya podía atisbar algunas luces dispersas en la lejanía. Entonces, su corazón comenzó a latir apresurado, presa de la emoción. No pisaba aquella ciudad desde antes de la guerra. Demasiados recuerdos se le agolparon en la mente.

La decoración navideña de las calles devolvió a Dagna a la realidad. Los últimos meses bajo tierra y aquel peligroso viaje que había terminado costando la vida a dos miembros de la resistencia, la habían desubicado en el tiempo. Quedaban cinco días para Nochevieja.

Bajó un poco la ventanilla dejando entrar el aire. Olía a canela y a garrapiñada. La ciudad se le antojó más hermosa de lo que la recordaba: llena de abetos, adornos y luces multicolores. Pensó en despertar a Hilda para que presenciara tanta belleza, pero al final, optó por no hacerlo. Ya tendrían oportunidad.

El piso de su amiga Bianca estaba en la céntrica calle Bahnhofstrasse, junto a la plaza de Paradeplatz. Un ático desde el que se podían apreciar los Alpes en cualquiera de sus grandes ventanales. Aparcó el coche en una calle perpendicular, a pocos metros y se miró en el espejo buscando un reflejo que no encontró: el suyo. Avergonzada, observó las raíces blancas de su cabello, propias de meses sin teñirse; su cara demacrada surcada de nuevas arrugas, sus labios cortados… Se preguntó si Bianca la reconocería, si no la confundiría con una mendiga, o peor aún, con una ladrona. Se estremeció con esos pensamientos y terminó desechándolos de su mente. De nada servía elucubrar.

El reloj marcaba las tres de la mañana. Aún quedaban varias horas para el amanecer. Esperarían en el coche a que el portero de la finca comenzara su jornada rutinaria para poder entrar en el edificio. Dagna deseó que las horas pasaran pronto. Hacía frío, tenía el cuerpo molido y quedarse dormida en aquel incómodo asiento no haría más que aumentar su malestar. Sin embargo, en pocos minutos, el sueño le sobrevino sin remedio.

Unos golpes en la ventanilla despertaron a Dagna horas después, cuando la aurora comenzaba a clarear el cielo anunciando un nuevo día. Sobresaltada por la repentina irrupción de aquellos policías instándola con gestos a bajar el cristal y sin saber muy bien donde se encontraba, rompió a llorar tras creer que había caído en manos de la Gestapo. Tardó unos segundos en darse cuenta de que ya no estaba en Alemania.

—Tranquilícese, señora —le dijo uno de los agentes—. ¿Es alemana?

Dagna afirmó con la cabeza entregándoles su documentación.

—¿Viene desde Berlín? —le preguntó atónito comprobando sus papeles.

—Sí.

Ella les explicó de forma breve cómo había conseguido llegar al país, incluyendo la muerte de los dos hombres de la resistencia que habían hecho posible que ella y la niña estuvieran ahora allí.

—Sin embargo, no es judía. ¿Por qué ha querido salir de Alemania?

—Cooperé con el servicio de inteligencia inglés.

—¿Y la niña? ¿Es su nieta?

—No. Su madre… —iba a decir que quizá estuviera muerta, pero se contuvo a tiempo. La niña observaba la escena con ojos muy abiertos—. Su padre me encomendó su cuidado hasta que la guerra acabase.

—Tampoco es judía.

—Tampoco lo es.

Como Estado neutral colindante a Alemania, Suiza fue un destino muy socorrido para los que huían del nazismo. Sin embargo, a medida que la guerra fue avanzando, las leyes con respecto a los judíos se volvieron muy estrictas, decidiendo solo dar asilo a los refugiados que estuvieran bajo amenaza personal por sus actividades políticas y excluyendo, por tanto, a los perseguidos por su raza o religión.

—¿Tiene a alguien que las pueda acoger aquí en Zurich?

—Sí. Bianca Piaget es amiga mía. Estaba esperando a que amaneciera…

—Bien —dijo el agente comprobando la hora—, el portero ya habrá abierto la puerta del inmueble… Las acompañaremos hasta el domicilio de la señora Piaget, baronesa.

Dagna, con la niña agarrada de su mano y seguida por los dos policías, entró en la elegante finca atravesando el portal que tan bien conocía, hasta el ascensor. La portera, que limpiaba con un plumero unos bonitos jarrones de porcelana, salió a su encuentro.

—¿A qué piso van?

—Al ático —respondió Dagna—. No sé si me reconocerá, ha pasado mucho tiempo… Soy la amiga alemana de la señora Piaget, Dagna Rollheiser.

La portera entrecerró los ojos observándola con atención. Se concentró en su rostro buscando rasgos conocidos. Al final, cuando por fin confirmó que se trataba de la mujer que Dagna había dicho ser, se apresuró a abrirle la puerta del ascensor con una ligera reverencia.

—Discúlpeme, baronesa Rollheiser… Siento no haberla

reconocido…

—No tiene por qué disculparse. Estoy irreconocible.

—Doña Bianca estará encantada de verla de nuevo.

Los cuatro subieron en el ascensor hasta la última planta. Dagna imaginó que los policías querían asegurarse de que de verdad tuvieran donde quedarse. En caso contrario, tendrían que buscarles algún lugar, como imaginó que harían con muchos desesperados que llegaban hasta allí mendigando sobrevivir a la guerra.

La mujer del servicio, perfectamente uniformada, abrió la puerta. Un aroma a flores, procedente del interior de la vivienda, inundó el descansillo. Dagna que no la conocía, se presentó como amiga de Bianca y esta les invitó a pasar al salón para esperar allí mientras avisaba a la señora. Una chimenea caldeaba el ambiente.

—¡Dagna! —exclamó Bianca tapándose la boca con la palma de su mano.

—¿Conoce a esta señora? —le preguntó uno de los policías.

—Pero ¿qué te ha ocurrido, amiga? —preguntó a Dagna ignorando al agente.

—La guerra, Bianca. La guerra…

55

Estábamos hacinados en un vagón de ganado, donde la posibilidad de sentarse o tumbarse solo era privilegio de los muertos. Olía a suciedad, enfermedad y muerte; también a desesperación y desconsuelo. Todos sabíamos que nos llevaban a uno de esos campos de los que habíamos oído hablar, pero que ninguno conocíamos. Muchos tampoco llegarían a hacerlo.

Hombres, mujeres y niños intentábamos respirar el aire puro que entraba por las pequeñas rendijas de las paredes de aquella caja de madera, en un vano intento desesperado por huir del hedor de nuestros propios excrementos. El hambre nos acuciaba, pero sobre todo la sed. Lo sabía por la desazón de los pequeños pidiendo agua a unos impotentes padres incapaces de poder darles de beber, o por mi propia boca pastosa, después de largas horas sin mojar siquiera mis labios.

Nadie hablaba. No había fuerzas ni ganas. Tan solo competía con el monótono sonido de la locomotora, algún que otro sollozo procedente de alguna parte. El tren avanzaba despacio. De vez en cuando paraba durante unos minutos, otras veces, horas. Solo entonces, algunos se atrevían a profetizar cuál era el destino elegido para nosotros. Oí decir que nos dirigíamos al sur, que no habíamos abandonado Alemania. Era la ventaja de los que podían ver el exterior a través de la única ventana que nos regalaba el poco aire que iba permitiendo sobrevivir a los pocos “afortunados” que estábamos escapando a la enfermedad por el momento.

Yo estaba cerca de aquel agujero colindante al techo. El aire helado me alcanzaba el rostro de tanto en tanto recordándome que aún estaba en el mundo de los vivos, que aún quedaba una parte de mí que podía sentir… y, por lo tanto, sufrir. Podría haber visto el exterior con tan solo ponerme de puntillas, sin embargo, ¿qué me importaba a mí un campo que otro? ¿una ciudad que otra? Aun así, afirmar que en aquel momento ya nada me importaba, que ya todo me daba igual, no hubiera sido justo ni cierto.

Daniel aparecía en mi mente a intervalos, recordándome que había vida más allá de aquel infierno. Me pregunté si sabría de mi detención, aunque estaba segura de que, si así era, Sebastian se habría encargado de disipar cualquier duda que recayera sobre él como artífice de mi detención. Maldito cobarde. Al fin de cuentas, era igual a todos los nazis. Amor. Odio. Dos emociones que me mantenían al filo del abismo sin dejarme caer.

El tren paró sus máquinas por primera vez desde que salimos de Berlín. Las puertas de los vagones comenzaron a abrirse una tras otra, hasta entonces cerradas con pestillos exteriores, mientras las voces de algunos miembros de la Lager-SS, unidades de élite encargadas de los campos de concentración, ordenaban con malos modos bajar a los condenados. Habíamos llegado a nuestro destino.

Los rostros de miedo se tornaron aterrorizados, cuando los soldados empezaron a disparar indiscriminadamente contra aquellos que no habían podido descender de los vagones por su propio pie. Miré hacia otro lado huyendo de aquella imagen dantesca. Sin embargo, no podía escapar de los gritos desesperados y suplicantes, de los lloros y las posteriores detonaciones acallándolos.

De pronto, se hizo el silencio. Los supervivientes nos miramos confusos, impotentes, asustados, hasta escuchar aquella voz que nos ordenó avanzar en fila. Entonces, comenzamos a arrastrar nuestros pies doblegados por la inercia.

La entrada al recinto, formado por una puerta de hierro, nos dio la bienvenida con una inscripción que rezaba: “El trabajo os hará libres”. Aquel mensaje se me antojó cínico dadas las circunstancias, pero eficaz para lograr atormentar a los reclusos desde su llegada. Tal vez, ese era su objetivo.

Entramos en el pabellón de ingreso, donde esperamos nuestro turno para dar nuestros datos. En una ventanilla, un hombre me preguntó mi nombre. A partir de ese momento, de nuevo dejé de llamarme Helen Weaver y pasé a ser un número que me asignaron. Pero perder mi identidad no fue traumático. Ya me había acostumbrado a ser otra, a vivir a la sombra de mi verdadero yo. Sin duda, lo peor vino después, en la sala de desinfección. Me obligaron a quitarme toda la ropa y rociaron mi cuerpo desnudo con agua helada a presión. Comencé a tiritar sin remedio. Tenía el frio adherido a los huesos. Después me raparon la cabeza. Fue horrible observar mi larga y frondosa cabellera rubia cayendo al suelo en grandes mechones. Aquello si hizo verdadero daño a mi autoestima. Pero ¿qué hacer? Ni siquiera tenía fuerzas para llorar.

En una sala aparte, me entregaron una especie de pijama de algodón a rayas a modo de uniforme. A simple vista, se veía que estaba desgastado, tenía sangre reseca y algunos agujeros. No tardé en deducir que su anterior propietario había sido asesinado. Sobre el pecho, en la parte superior izquierda, tenía cosido mi número, mi nuevo nombre y un triángulo invertido de color rojo. Una identificación que me marcaba como prisionera política, según pude enterarme minutos después; ya que cada uno de los internos teníamos nuestro propio triángulo. Los judíos lo llevaban amarillo;

los criminales comunes, verde; los homosexuales, rosa; los asociales, negro… Marcas de colores que nos clasificaba en una categoría u otra dentro de un campo que tenía su propia jerarquía; también sus propios barracones. No tardé en darme cuenta de que los prisioneros políticos éramos bastante respetados, sobre todo entre los reclusos.

Era noche cerrada y el campo estaba sumido en el silencio mientras éramos conducidos a golpes de culata hasta nuestras barracas correspondientes. De vez en cuando, nos llegaba algún insulto de los guardias, como si pudieran así mermar aún más una moral, en muchos casos, ya inexistente. Yo hacía oídos sordos intentando mantener una fuerza que se tambaleó de forma peligrosa al llegar a mi barracón.

Decenas de rostros fantasmagóricos me observaron entre las sombras. Miradas sin expresión, vacías… esqueletos cubiertos por piel seca, costras y llagas hacinados en largos tablones de madera que formaban tres plantas de lechos. Olor a enfermedad y a muerte. También a suciedad. Algunos murmullos, toses… Poco a poco, aquellos seres fueron volviendo a su "descanso", ignorándome. Anduve a lo largo del pasillo buscando algún hueco donde poder recostarme. Después de unos minutos, alguien me llamó desde una cama casi pegada al techo.

—¡Eh, tú! Aquí hay sitío —susurró una chica.

Sin pensarlo, subí hasta su cama como buenamente pude, comprobando para mi alivio que de verdad había espacio suficiente para las dos. Me recosté y le di las gracias.

Mi nueva compañera era muy joven, quince años, dieciséis a lo sumo. Su aspecto aún no estaba tan deteriorado como el de la mayoría de las reclusas, por lo que deduje que no debía llevar mucho tiempo allí. Sobre su pecho, tenía cosidos dos triángulos superpuestos en direcciones opuestas: uno amarillo y uno rojo. Los observé con curiosidad. Por entonces no sabía qué significaban, pero la desconocida pareció leer la incertidumbre en mi mirada y sin preguntarle, me explicó que el amarillo era por su condición de judía y el rojo por pertenecer a la resistencia.

—Me llamo Hertha —se presentó.

—Helen.

—¿Inglesa?

—Sí.

Me observó con curiosidad durante unos segundos. Después se tumbó y, mirando al techo, me dijo:

—Bienvenida a Dachau, Helen.

Nos despertaron a gritos y sonidos de silbato antes del

amanecer, cuando yo recién acababa de quedarme, al fin, dormida. Me sentía muy cansada y hambrienta. Hertha me dijo que íbamos al comedor; aquello me animó un poco. ¡Qué gran desilusión cuando vi que nuestro desayuno no era más que un mendrugo de pan duro y un par de gachas! Aquello no servía ni para engañar al estómago. Después, nos reunieron en el patío central o plaza de formaciones, como los SS lo llamaban. Hacía frío y caía una fina llovizna que, poco a poco, fue calándonos hasta los huesos, mientras duró aquel largo recuento de más de tres horas.

Varias mujeres cayeron al suelo exánimes y fueron reprendidas a patadas e insultos por varias guardianas. Las que no consiguieron ponerse en pie pasados un minuto, fueron fusiladas allí mismo con un tiro en la nuca. Entonces, pensé que nunca saldría viva de aquel infierno.

Me asignaron la lavandería, por lo visto una de las labores más deseadas por los internos, pues estábamos siempre a resguardo de las inclemencias del tiempo y contábamos con uno de los bienes más preciados en el mercado negro del campo: pastillas de jabón. Sin embargo, pese a que comencé mi tarea con buena predisposición, no tardé en desalentarme. Ya después de una semana, tras lavar a mano montañas y montañas de ropa de los SS, mis manos empezaron a agrietarse y, por consiguiente, a arder; una quemazón que no me abandonaba ni de noche ni de día. Después de un mes, estaban desolladas y el dolor era insoportable. Mis dos compañeras de labor, ante mis quejas, me recomendaron intercambiar algún trozo pequeño de jabón por algún alimento que me hiciera de película protectora y, a la vez, hidratara mi piel.

—Puedes probar con aceite, yogur, miel o plátanos; mientras más maduros mejor —me explicó una de ellas.

Por supuesto así lo hice. En poco tiempo, pude afirmar que aquel trueque salvó mis manos.

Según fuera el delito por el que habíamos sido encarcelados, así variaba el trabajo encomendado; aunque bien era cierto que muchos prisioneros ni siquiera sabían porque estaban allí. En Dachau había pocos judíos, pero, sin duda, ellos eran los encargados de llevar a cabo los trabajos más duros, entre los que se encontraban cavar zanjas o trasportar a los fallecidos, como era el caso de mi nueva amiga Hertha; otros, salían cada mañana a subcampos cercanos al nuestro para trabajar en armamento. También a la hora de la comida había diferencias, pero donde se palpaban más acusadas, era en el trato recibido por los guardias y también por otros reclusos. En este caso, los peores parados eran los judíos y los homosexuales.

Los *kapos*, en su mayoría presos comunes, tenían ciertos

privilegios dentro del campo. Ellos mismos se presentaban como voluntarios para eludir trabajos forzados y recibir mayores cantidades de comida, sin embargo, pagaban un alto precio por las concesiones otorgadas. Eran los jefes de los barracones y su cometido principal era vigilar y hostigar a sus compañeros. Pero los SS los azuzaban, a su vez, para que ejercieran su mando con violencia, si no querían pagar ellos mismos las consecuencias de su falta de autoridad. No siempre resultaba fácil maltratar a un compañero, no obstante, no tenían opción. Si no lo hacían con la suficiente crueldad, eran expulsados de su puesto y enviados de nuevo con los presos comunes, los mismos que habían humillado, insultado o incluso pegado. Nadie podía librarles de las represalias que según me contaron, casi siempre acababan de forma trágica.

Dachau estaba dividido en dos extensas áreas: el campo y el crematorio. Todo rodeado por una valla electrificada de alambre de púas, una zanja y un muro con siete torres de vigilancia. El campo contaba con treinta y dos barracones. Entre ellos, había uno destinado al clero encarcelado por su oposición al régimen, que contaba con una capilla cuya entrada estaba restringida; otro llamado el barracón "de honor", en el bloque 31, situado tras las cocinas y que, si tiempo atrás había conformado el burdel del campo, ahora, por la falta de espacio, albergaba a gente importante o famosa, entre los que se encontraban algunos miembros de la nobleza, un obispo, un famoso pastor protestante, un alcalde… y, con el trascurso de la guerra, también terminarían dando con sus huesos allí altos oficiales del ejército; otro estaba destinado a experimentos médicos; y como era lógico, estaban los barracones que albergaban la cocina, la lavandería, las duchas, los talleres y un búnker que hacía de prisión especial. La parte administrativa estaba en la casa de la guardia junto a la entrada principal. El crematorio estaba pegado al campo y, según me contó Hertha aquella primera noche, había dos: el antiguo y otro nuevo recién construido hacía unos meses.

—Hay rumores de que también incluye una cámara de gas.

—¿Una cámara de gas? —le pregunté sin comprender a qué se refería. Nunca había oído aquel término.

—Sí. En algunos campos las utilizan para asesinar en masa. Te dicen que vas a las duchas… y una vez cierran las puertas…

—Dios mío...

Me quedé horrorizada. Jamás imaginé que el sadismo de los nazis pudiera llegar hasta tales extremos. ¡Y pensar que yo había convivido con ellos! Me pregunté si Sebastian sabría de la existencia de aquellos lugares de aniquilación humana.

—Pero tú no tienes por qué preocuparte, Helen. Según cuentan

solo llevan allí a los judíos.

—¡Quieren exterminaros! —exclamé tan pronto comprendí los verdaderos propósitos que encerraba aquella brutalidad.

—Sí.

—Exterminar una raza… —dije sin terminar de creer lo que estaba escuchando—. ¡Esto tiene que saberse!

—Se sabe.

—No digo aquí dentro. Me refiero al mundo. El mundo tiene que saber lo que está pasando. No son campos de trabajo como hacen creer, ¡son campos de exterminio!

—Algún día se sabrá…

—Cuando sea demasiado tarde.

Vencidas por el cansancio del día, nos quedamos dormidas tan pronto como apagaron las luces.

Poco a poco, tras la conmoción inicial, fui haciéndome al campo y conociendo a mis compañeras de barracón en los escasos momentos que teníamos permiso para descansar. Las largas jornadas de trabajo eran de doce horas, incluidos sábados y domingos. Tampoco teníamos permitido mezclarnos con otros grupos diferentes al que teníamos asignado. Si alguien osaba romper aquella norma, era duramente golpeado por los guardias que nos custodiaban en todo momento. Comprendí que, si acatabas las reglas y no llevabas una estrella amarilla, negra o rosa que representaban a los prisioneros pertenecientes a las categorías más inferiores y, por consiguiente, los grandes despreciados, tenías posibilidad de sobrevivir un día más en aquel infierno.

En Dachau estaban representadas casi todas las nacionalidades europeas. Había españoles, franceses, ingleses, italianos, húngaros, rusos… pero, sobre todo, polacos y alemanes. También esto influía para que te trataran de una manera u otra. Si bien al principio, los polacos fueron los grandes maltratados por los SS, esto variaría con los años y los acontecimientos bélicos, en los que Alemania iría sumando enemigos y relegando a otros a segundo plano.

El mayor peligro al que me enfrentaba era a la enfermedad. El tifus, la disentería, la tuberculosis, la sarna… se propagaban a gran velocidad haciendo estragos entre los internos. Las horribles condiciones higiénicas y sanitarias, unidas a la desnutrición crónica, hacían que la mortalidad en el campo fuera alarmante. La enfermería solo era una ironía más con las que jugaban los guardias a torturarnos. No existía tal. No había medicinas ni médicos con la intención de curar o paliar el dolor. Cuando alguien ingresaba con una enfermedad irreversible o en estado muy grave, te aplicaban directamente la eutanasia.

Pero si las enfermedades hacían estragos, la adicción al tabaco

no resultaba menos peligrosa. Los fumadores eran capaces de matar, traicionar o venderse por un cigarrillo, lo que siempre terminaba con nefastas consecuencias, de las que el abstemio estaba exento. Según pude comprobar, no mucho tiempo después de mi llegada, existía un variado mercado negro, cuyo cuartel general se encontraba en las duchas y cuyo protagonista no era otro que el tabaco.

En mi tercera noche en Dachau, conocí a una mujer mayor, natural de Colonia, llamada Dietlinde.

—Una vecina me denunció a la Gestapo —me explicó sin expresión en su rostro.

Ambas estábamos sentadas en su cama. Había acudido a verla, tras enterarme por Hertha que sufría fuertes dolores que pronto la matarían sin remedio.

—No es contagiosa —me dijo la niña.

A pesar de que sabía que no contaba con nada que pudiera paliar su sufrimiento, me acerqué hasta aquella desconocida. Creo que lo hice llevada por esa innata necesidad de ayudar al enfermo… Pero al verla de cerca, comprobé con dolor en el alma que nada podía hacer por ella. Nada. Tenía un tumor abierto en la cabeza en estado avanzado. Y la insté a acudir a la enfermería.

—No —me dijo aterrorizada.

—¿Por qué? Allí podrán darte morfina… Algo, cualquier cosa para paliar el dolor…

—¿Eso crees? —me preguntó con ironía.

—¿No?

—No. Me pegarán, me insultarán… en el mejor de los casos me matarán con una de esas inyecciones… Sé lo que digo. Llevo aquí un año y no pienso darles el gusto a esos asesinos.

Dormí con ella las noches sucesivas agarrada a su mano. De vez en cuando, me despertaban sus espasmos de dolor.

—Vete a tu cama… —me decía, entonces, tal vez avergonzada por no dejarme descansar.

Estaba dispuesta a estar a su lado hasta el final, aunque solo fuera para paliar aquel sentimiento de soledad y desamparo que nos embargaba a todas allí dentro.

Era la cuarta noche a su lado. Dietlinde ya no tenía fuerzas para hablar. Sin embargo, justo antes de que las luces se apagaran, me miró y sonrió. Sus ojos, hasta ahora apagados y tristes, brillaron felices. Yo le acaricié con dulzura la mejilla y, con gran esfuerzo y voz entrecortada, me dijo:

—Gracias.

Dos horas después, murió. Me levanté y con rabia, golpeé la pared con los puños maldiciendo, llorando. Varias reclusas, entre

ellas Hertha, me agarraron y me instaron a tranquilizarme. Ya no podía hacer nada, Dietlinde había dejado de sufrir, pero la impotencia seguía ahí, clavada en mi interior. Durante noches, dormí recordando su mirada de felicidad.

En Dachau todo se me antojaba en blanco y negro. Allí los colores no existían salvo en los triángulos que nuestras ropas portaban. El olor, siempre continuo, era a piel quemada. Las jornadas se sucedían monótonas. Los reclusos andaban de aquí para allá como "zombies", como cuerpos vivos sin alma, como seres que habían renunciado a la vida antes de tiempo; mientras los guardias hacían lo propio, arrogantes, ufanos, con sus uniformes bien planchados y sus zapatos impecables. Yo me mantenía al margen de todo. Me esmeraba en mi trabajo, intentaba comer todo cuanto caía en mis manos e ignoraba las fortuitas provocaciones de los *kapos* y los SS. Luchaba día a día por mantenerme fría y serena. No me era fácil, pero lo conseguía trasladando mi mente lejos de allí. Recordaba a Daniel, a Dagna, a mi madre, a mi padre… Ellos vivían siempre dentro de mí, dentro de mi cabeza, dándome la fuerza que en ocasiones me abandonaba sin remedio.

¡Cuánta maldad escondía el ser humano! Pero también, cuanta bondad. En aquel campo, salía lo peor y lo mejor de cada uno. En una ocasión, hablando con un cura que había sido encarcelado por enfrentarse a un teniente de las SS, me dijo:

—Aquí, o te haces delincuente o santo.

Entonces, no comprendí sus palabras. Pero ¡cuánta razón escondían!

Llevaba dos semanas en Dachau, cuando una mañana, saliendo de mi barracón, observé cómo tres guardias alemanes hostigaban a una joven a no muchos pasos de mí. Le habían bajado los pantalones y se burlaban de ella. La chica que rondaría la edad de Hertha, lloraba desconsolada, intentando taparse presa de la vergüenza. Yo no quería problemas, pero tampoco podía mirar hacia otro lado. Dudé durante unos segundos. Algo dentro de mí me impulsaba a continuar mi camino. Sin embargo, cuando paré y observé aquella escena, los ojos implorantes de la joven me suplicaron una ayuda que no le pude denegar. No pude.

—¿No preferís una mujer de verdad para divertiros? —les pregunté.

Mostré seguridad, o eso creía, pero por dentro temblaba como una hoja. Los tres se giraron y me observaron con incredulidad. Después, compartieron miradas cómplices y rompieron a reír. Entonces, uno se me acercó, me tiró al suelo de un empujón y me apuntó con su pistola. Sus ojos destilaban odio. No tenía salida. Sabía que no dudaría en apretar el gatillo.

—Vamos a divertirnos, sí… ¡Pero con tu cadáver, puta!

—¡Baja el arma, Giesler! —gritó un hombre a mi espalda.

Aquella voz… ¿Dónde había oído antes aquella voz? ¿O era una mala jugada de mi aterrado subconsciente?

Los tres guardias se pararon en posición de firmes, cambiando por completo su actitud.

—¡Se acabó la fiesta! ¡Para todos! ¡A trabajar!

Definitivamente, supe que conocía aquella voz. Sin embargo, era incapaz de ponerle rostro.

Los tres SS se marcharon de allí a paso ligero mientras la joven se subía los pantalones y yo me incorporaba. Cuando corroboré quien era el hombre que me había salvado la vida, no pude creerlo. Lo había olvidado por completo. Los ojos verdes de Alger Koch, comandante del campo de Dachau, se clavaron en los míos. Su expresión era impasible. Me pregunté si me habría reconocido.

56

1943 supuso para Alemania el principio de su fin.

La situación para el ejército alemán en el frente soviético era cada vez más extrema. Los soldados comenzaron a fallecer por inanición, como consecuencia de la escasez de alimentos. En teoría, la ración diaria de comida había descendido a cincuenta gramos de pan. Pero la realidad era que pasaban días sin llevarse nada a la boca, puesto que los aviones alemanes comenzaron a fallar en el lanzamiento de los suministros, sobre todo por la mala visibilidad y la interrupción de las comunicaciones con los sitiados. Esto, junto al frío intenso del invierno ruso, la falta de combustible y la mala gestión militar, terminó desencadenando la capitulación del sexto ejército alemán, encargado de la invasión de Stalingrado, a finales del mes de enero.

Mas de setecientos mil hombres murieron en el campo de batalla y alrededor de cien mil cayeron prisioneros. La contraofensiva del ejército rojo comenzó con la expulsión masiva de los alemanes de sus territorios que, a partir de ese momento, no harían más que retroceder y retroceder.

Berlín comenzó a sufrir bombardeos diurnos, así como también otras ciudades alemanas. Las restricciones alimenticias se volvieron más acusadas y las actividades de ocio se restringieron por primera vez desde el comienzo de la guerra. Mientras tanto, Hitler y sus más cercanos colaboradores continuaban con sus estudiados discursos y sus promesas de triunfo. Solo un pequeño sector de la población comenzó a recelar de sus innumerables argucias y manipulaciones. El resto, la gran mayoría, seguían creyendo que su Führer y el nazismo gobernarían pronto el mundo. Unos desconocían la verdad, otros solo se negaban a verla.

—Aun así, ganaremos la guerra, no te quepa la menor duda —le dijo Karl a su hijo con total seguridad.

Aquella mañana de principios de febrero, Karl von Stumpfegger, teniente general de las SS, tras meses sin posibilidad de comunicación telefónica con Berlín, pudo explicarle a su hijo de viva voz los últimos acontecimientos vividos en el frente.

—El ambiente en la Cancillería es… —Sebastian buscó la palabra para describir, a su entender, la situación en el Reichskanzler— serio.

—¿Serio?

—Sí… preocupados. Nadie esperaba la derrota en Stanlingrado.

—Entiendo —dijo Karl meditabundo—. Es duro para todos, pero resistiremos y ganaremos.

—El día 18 Joseph dará un discurso en el Palacio de los Deportes.

—No faltes. Es imprescindible, ahora más que nunca que todos estemos unidos.

—Lo sé, papá. No faltaré.

—He de dejarte. Dale un beso a tu madre de mi parte y dile que todo está bien. No entres en detalles con ella.

—Cuídate, papá —le dijo a modo de despedida. Pero Karl no llegó a escucharlo. La línea ya había enmudecido.

Sebastian observó con melancolía a su nueva secretaria. De espaldas a él y ajena a sus pensamientos, escribía con celeridad en la máquina de escribir que Veronika tantas veces había tecleado. Aquella joven no tenía aquel cabello dorado, ni aquellas piernas, ni aquel porte que tenía grabado a fuego en su mente. Tampoco su educación, elegancia y belleza; tampoco su dulzura ni su inteligencia. Los recuerdos lo atormentaban; en todos ellos, Veronika aparecía siempre como protagonista.

Hacía tres días que, con el alma rota por el pesar y la mala conciencia, acudió al Cuartel General de la Gestapo preguntando por ella. Según le dijeron, había sobrevivido a las torturas impasible, sin soltar información alguna. Sebastian se sintió embriagado de dicha y no solo por saberla viva, también por corroborar su fortaleza y su lealtad en situaciones extremas; las dos cualidades que más admiraba en cualquier ser humano. Tal vez, porque él mismo se sabía carente de ellas.

Sobrevivir a un campo de concentración iba a ser más complicado. Aunque no le habían podido informar sobre el campo en cuestión al que había sido enviada, conocía la alta mortalidad que se daba en ellos. No podía soportar imaginarla sufriendo a pesar de todo. Menos aún que le creyera culpable de su infortunio. Pero ¿acaso no lo era? Los remordimientos lo perseguían cada minuto. Solo el alcohol los encubría de tanto en tanto.

A Sebastian también le preocupaba la situación de la guerra, aunque a menudo pasara a segundo plano en su mente. Una victoria absoluta de Alemania era lo único que podría devolverle la ilusión por la vida; lo único que podría paliar el dolor por la ausencia de Veronika. Sin embargo, tras hablar con su padre, la posibilidad de derrota se hizo patente. Sospechaba que algunos comenzaban a tener sus reticencias, pero nadie osaba decirlas en alto. Karl, como muchos otros, deberían intuir ya entonces, el punto de inflexión en el que se encontraba el país a comienzos de aquel año de 1943. No obstante, ninguno de ellos estaba exento de ser acusado de

derrotismo ya que el tribunal podría llegar a castigarlo con la pena de muerte.

Se preguntó si sería esa la razón por la que su padre parecía convencido de la victoria. Pero lo cierto era que cualquier alto mando del ejército que hubiera visto tambaleada su fidelidad hacia el Führer, sin fanatismos que enturbiaran cualquier pensamiento objetivo, era consciente de que Alemania no escaparía de la derrota.

Con todo, cualquier reserva que pudiera existir entre los ciudadanos alemanes quedó disipada por completo tras el brillante discurso de Joseph Goebbels aquel 18 de febrero en el Palacio de Deportes de Berlín. Un discurso que quedaría en la memoria como el más largo y famoso de la historia del nacionalsocialismo.

La enorme capacidad de manipulación y convencimiento de Goebbels logró el efecto psicológico buscado, para que la población olvidara el reciente fracaso en Stalingrado, la desesperada situación en África y, por consiguiente, levantar el ánimo por la guerra.

El ministro de propaganda nazi hablaba con el fervor de los que sienten con verdadera pasión cada una de sus palabras. Sus argumentos, abordados con absoluta vehemencia, motivaban y exacerbaban el ánimo de un auditorio entregado al máximo que, sin saberlo, se estaba convirtiendo en cómplice de la barbarie de sus gobernantes.

—¿Quieren ustedes la guerra total? —bramaba.

—¡Sí! ¡Sí! ¡Sí! —clamaba la confluencia.

—Los ingleses afirman que el pueblo alemán ha perdido la fe en el Führer.

—¡Guerra, guerra, guerra! —gritaba, entonces, la muchedumbre levantándose de sus asientos.

El entusiasmo de los presentes era absoluto. Todos ondeaban las banderas nazis en lo alto, al grito de: *Sieg Heil*! Honraban a su Führer.

Preguntas retóricas y nacionalismo extremo. Tono alentador y motivador; también, amenazante. Las palabras finales del ministro se perdieron en un estruendo de aplausos y clamores interminables. Goebbels había conseguido su objetivo. A partir de ese momento, Hitler le otorgaría su poder ansiado: controlar la economía de guerra.

Los rayos del sol atravesaban los ventanales del desván de los Ludendorff, iluminando y caldeando la estancia. Daniel estaba enfrascado en el trabajo. Sobre el escritorio, descansaba una pila de papeles y un cigarrillo encendido en su cenicero.

Alguien llamó a la puerta. Era Frieda.

—Tiene una llamada.

—¿Quién es?

—Una mujer. No dijo su nombre —le dijo al punto de retirarse.

Daniel descolgó el aparato con parsimonia y se colocó el auricular al oído. Después de más de un mes sin noticias de Helen, había perdido toda esperanza de volver a saber de ella.

—¿Sí?

—No pronuncies mi nombre.

Dagna guardó silencio esperando que Daniel reconociera su voz. El joven se llevó el cigarrillo a los labios y le dio una profunda calada. Comprendió que la baronesa temía que el teléfono pudiera estar interceptado. A él no le constaba, pero era prudente actuar con precaución.

—Me alegra escucharte —le dijo él sin mostrar efusividad.

—Necesito que me envíes dinero.

—¿Dónde estás?

—En Suiza.

—¿Cuánto?

—Lo que puedas...

—Bien, apunto. Dime a dónde.

Dagna le dictó el número de cuenta de un banco suizo, a pesar de que Bianca se había ofrecido a sufragar cuantos gastos generaran ella y la niña. Sin embargo, desechó por completo la propuesta de su amiga. Siempre había sido autosuficiente en lo que a economía se refería y sentirse que alguien la estaba manteniendo de alguna manera, no haría más que menguar una autoestima ya muy dañada en los últimos meses.

—¿Cómo está *ella*? —le preguntó la mujer.

—No está.

—¿Qué quieres decir?

—Desapareció sin más. Hace algo más de un mes.

—¡Dios mío!

—Estoy desesperado, abatido. Nadie sabe ni ha oído nada.

—¿Y Sebastian?

—Sebastian dice no saber nada.

—Ambos sabemos que miente.

—Averiguaré la verdad, te lo juro.

—Hazlo. Te llamaré.

Tras colgar, Daniel se derrumbó en el sillón. El SIS le había presionado para regresar a Londres. Sopesó aquella posibilidad durante unos días, pero la desechó por completo. Ya abandonó a Helen una vez. Jamás volvería a hacerlo. Se prometió a sí mismo que no se marcharía del país mientras existiera una sola posibilidad de encontrarla con vida.

Su tío Oskar abrió la puerta del desván sin previo aviso, tal

como hacía siempre. Daniel estaba hastiado de increparlo por ese comportamiento, pero de nada servía. El general creía estar por encima de convencionalismos y cortesías y le gustaba demostrarlo cada vez que tenía ocasión, más con los que consideraba que estaban por debajo de él.

—¿Quién ha llamado? —le preguntó acercándose al escritorio.

—Una amiga.

—¿Qué amiga?

—Olvídalo, no tengo porque darte explicaciones.

—Desde luego que tienes que dármelas —le dijo tomando asiento frente a él.

Oskar se encendió un cigarrillo y lo observó con desdén. Entre tanto, Daniel revisaba documentos, ignorándolo. No quería caer en su provocación.

—Si no fueras hijo de mi hermana, ten por seguro que habrías acabado como tu querida inglesita.

Daniel, al escuchar aquellas palabras, levantó la cabeza y lo miró fijamente. El corazón comenzó a latirle a toda velocidad, la mente a darle vueltas. ¿Qué sabía su tío sobre Helen? ¿Acaso sabía su paradero? El odio comenzó a carcomerle las entrañas tan pronto como sopesó la posibilidad de que Oskar tuviera algún tipo de relación con su desaparición.

—¿Qué sabes tú de ella?

El general soltó una risotada.

—¿No creerás que eres el único que puede tener secretos?

—¡Maldita sea! —dijo poniéndose en pie—. ¡No juegues conmigo!

—Vaya… ¡Pero si hay sangre en esas venas! —exclamó irónico.

—¿¡Dónde está!? —le preguntó Daniel agarrándole con violencia de la pechera.

—Suéltame, maldito estúpido —le espetó Oskar con el semblante serio.

Daniel lo soltó y el general se levantó poniéndose a su altura. Ambos se retaron unos instantes con la mirada.

—Olvídala. Nunca volverás a verla. No con vida.

Aquellas palabras desquebrajaron el alma del joven, como si le hubieran sajado el corazón en dos. Sus ojos comenzaron a humedecerse, pero aguantó las ganas de romper a llorar. Se dijo a sí mismo que aquello no podía ser cierto, que lo único que buscaba su tío era atormentarlo…

Incapaz de pronunciar palabra alguna sin que le temblara la voz, observó a Oskar caminar a la puerta con paso tranquilo. Una vez alcanzado el umbral se giró hacia él. Quería comprobar que había conseguido darle donde más le dolía. Satisfecha su curiosidad,

abandonó la estancia.

Una inmensa soledad embargó a Daniel. También, unos irrefrenables deseos de venganza.

57

Realmente creí que Alger Koch no me había reconocido. De hecho, hubiera sido lo más normal. Nada tenía que ver con la mujer que un día conoció, o por lo menos eso pensé.

Recibí con sorpresa a los dos guardias que vinieron a buscarme a la lavandería, varias horas después de que el comandante me hubiera salvado de las garras de una muerte segura. No me dijeron a dónde me llevaban, pero me tranquilicé al comprobar que íbamos en dirección a la casa de los oficiales. Aun así, me sentía algo desazonada. No podía adivinar el pensamiento de aquel hombre. Atravesé el campo escoltada por aquellos soldados, uno rubio y otro pelirrojo, a los que ya había visto en alguna ocasión, ante la mirada curiosa de algunos prisioneros con los que nos íbamos cruzando por el camino.

—¿Qué miras, basura? —le espetó el rubio a un joven judío.

El prisionero bajó la cabeza con sumisión, continuando con su trabajo. Contestar a un vigilante, aunque fuera con la mirada, podía resultar muy caro. Sobre todo, si pertenecías al escalafón de los despreciados.

Era la primera vez que entraba en aquel edificio. Caminamos por un largo pasillo de paredes desnudas que contaba con varias puertas cerradas a ambos lados. Todo estaba sumido en un silencio tan solo roto por el murmullo lejano del teclado de alguna máquina de escribir. Subimos por unas escaleras hasta el piso superior. Allí había un pequeño vestíbulo con dos puertas, una de ellas un poco entreabierta. El soldado pelirrojo asomó la cabeza por el resquicio, llamando previamente con los nudillos.

—Comandante, la prisionera que mandó llamar.

—Qué pase —le oí decir.

Cuando lo vi de nuevo, allí plantado de pie tras su escritorio, me sentí algo cohibida. No era propio en mí aquel sentimiento, pero fue inevitable. Él, poderoso, impecable, altivo, casi atrayente…Yo, a su merced, sucia, cansada, casi abatida…

Sus ojos verdes se clavaron en los míos y los recuerdos bulleron en mi mente en una sucesión de imágenes concatenadas que me recordaron la mujer hermosa y refinada que una noche jugó a seducirlo.

Alger Koch, tras encenderse un cigarrillo, me tiró la cajetilla de tabaco sobre la mesa, muy cerca de donde me encontraba, en un gesto de invitación a fumar con él. No lo pensé demasiado. Me hice

con uno y me lo llevé a los labios. Sin embargo, no tenía con que encenderlo. Lo miré interrogante y él se acercó a mí bordeando la mesa. Se arrimó tanto que pude llegar a oler su perfume.

Le di una larga calada mientras Alger volvía tras su escritorio. Esta vez se sentó. Yo permanecía de pie y callada, pero no con la mirada baja como nos obligaban. Me observaba. Yo también a él.

—Veronika Rollheiser… Helen Weaver… Tengo que reconocer que me tragué por completo tu teatro.

—No era nada personal.

—Lo sé, pero eso no cambia las cosas —me increpó.

La dureza de su voz me impidió sostenerle la mirada. Él era un vil asesino, responsable de decenas de muertes de inocentes, quizás cientos y, sin embargo, en aquel momento me hizo sentir como si fuera la peor de las mujeres.

—Te preguntarás cómo te he reconocido… —dijo poniéndose en pie y acercándose a la ventana.

—Dímelo.

—Bien… —dirigió un breve vistazo al exterior y prosiguió—, de vez en cuando me gusta observar el campo desde aquí. No solo a los prisioneros, también a mis soldados… a los guardias... Los prismáticos me ayudan a controlar lo que ocurre sin mi amenazadora presencia cerca. El caso es que esta mañana fui testigo de una escena que me llamó poderosamente la atención. Dos de mis hombres burlándose de una de esas asquerosas judías, algo normal… Cuando de pronto, una prisionera los increpa. ¡Una prisionera! Mis ojos no podían creer lo que estaban viendo. ¡Tenía que saber quién era la osada, la suicida o la estúpida capaz de algo así! No necesité más que unos segundos para reconocerte.

—Nada queda de la mujer que conociste en Wannsee.

—Te equivocas. Emanas una dignidad y una fortaleza que nada ni nadie podrá arrebatarte nunca. Es innato en ti.

Sus palabras se me antojaron lejanas. Incapaz de verme reflejada en ellas, sentí como si no fueran dirigidas a mi persona. Alger parecía ver en mí el recuerdo de la mujer que un día admiró y, quizás, también deseó, sin percatarse de que todo aquello ya no era más que una quimera.

—Déjame ayudarte —terminó diciéndome al fin.

Lo miré con curiosidad intentando averiguar qué se escondía tras aquella incongruente oferta. No confiaba en él. Tenía claro que, en aquella guerra por sobrevivir, él era mi enemigo, pero también el único que podía facilitarme la vida en aquel campo o hacérmela tan imposible como para desear la muerte. Estaba a su merced y ambos los sabíamos.

—¿Por qué querrías ayudarme?

Alger aplastó su cigarro en el cenicero y se acercó a mí. Me observó fijamente, casi con deseo, mientras deslizaba con delicadeza las yemas de sus dedos por mi cara, por mis labios… Parecía absorto en mi rostro. Pero se detuvo y regresó junto a la ventana mostrando un completo y repentino desinterés . Durante unos segundos, permaneció dándome la espalda, observando el horizonte en silencio.

—Vente a vivir aquí —me dijo sin volverse.

—¿En calidad de qué? ¿De amante?

—Sabes tan bien como yo que no sobrevivirás mucho tiempo allí fuera.

—Prefiero la muerte a tener que fornicar con un maldito cerdo nazi como tú —le espeté cargada de odio al comprender sus intenciones.

Alger se giró y con largas zancadas se plantó frente a mí. Su rostro ahora denotaba la cólera propia de los que nunca se han visto insultados en su propia casa. Entonces, me agarró fuertemente del cuello.

—¡Podría hacer lo que quisiera contigo ahora mismo! Lo sabes, ¿verdad?

Sus dedos aprisionaron mi garganta impidiéndome hablar. Ni siquiera intenté liberarme, no tenía fuerzas suficientes. El miedo me invadió cuando sentí que el aire comenzó a faltarme; el pánico, cuando creí que me mataría allí mismo.

—¿Acaso Sebastian von Stumpfegger no era igual de nazi que yo? Entonces no te importaba fornicar con él, ¿verdad? ¿Verdad? —me gritó.

Alger me soltó y caí de rodillas al suelo tosiendo, exhausta. Nada más recuperar el aliento, rompí a llorar, pero no de dolor, tristeza o buscando compasión. Lloraba de rabia e impotencia. Levanté la mirada hacia él, que me observaba sin atisbo de piedad, y mirándole con ojos acuosos, me incorporé.

—Entonces no sabía lo que erais capaces de hacer con vuestros propios semejantes.

Alger comenzó a reír irónico.

—¿Nuestros propios semejantes? ¿Acaso nos comparas con esa inmundicia judía?

—¡Son seres humanos, somos seres humanos!

—¡Son basura, Helen! ¡Basura!

—¿Cómo crees que puedo aceptar dormir en tu misma cama después de todo lo que he pasado hasta llegar aquí?

—Tú lo buscaste —me soltó con desprecio.

—Lo perdí todo… Vuestras bombas me arrebataron mi casa, mi carrera, mi vida… Mataron a mi madre… ¿Cómo podéis juzgarme

de esta manera por ayudar a mi país? ¿Acaso puedes imaginarte cuántos de los míos han muerto en mis brazos o a pocos pasos de mí, sin tan siquiera poder llegar a prestarles la mínima ayuda? ¿Sabes lo que eso significó para una joven de veinte años que soñó durante toda su vida con llegar a convertirse en un buen médico? ¡Claro que no! ¡No puedes saberlo! Vosotros solo sabéis asesinar y torturar.

Tan pronto como pronuncié aquellas palabras, me arrepentí. Durante todo ese tiempo en Alemania, había conseguido salvaguardar muy bien mis verdaderas emociones. Sin embargo, exploté, perdí el control. Estaba hastiada de aquel régimen de endemoniados, de aquel país de esbirros… Cansada de mentir, de engañar… Cansada de sentirme sola e incomprendida… Cansada de que todos me juzgaran como si ellos mismos estuvieran libres de pecado.

Alger se encendió un cigarrillo y me lo tendió. Lo acepté, pues tenía unas ganas incontrolables de fumar. Él a continuación se encendió otro. Le dio una larga calada y expulsó el humo blanco que se volatilizó por la habitación.

—No soy ningún monstruo —me dijo, después de algunos minutos en silencio.

Yo me quedé callada. Me avergonzaba haber perdido los papeles de aquella manera ante un casi desconocido. Solo quería acabarme aquel cigarrillo y salir de allí.

—¿Eres estudiante de medicina?

—Sí… Bueno, era.

—¿Curso?

—Acabé tercero.

—A partir de mañana trabajarás en el hospital del campo como ayudante del médico jefe. Bienvenida a Dachau, Helen Weaver.

58

En pleno casco antiguo de Zurich, Dagna y Bianca Piaget degustaban una taza de chocolate caliente en el mítico Café Odeon. La alemana observaba meditabunda el exterior, a través de los grandes ventanales salpicados de gotas de lluvia. Los viandantes, sorprendidos por el repentino aguacero, corrían de un lado para otro buscando refugio en portales, comercios o cafés. De pronto, la barra se atestó de gente y el leve murmullo del local pasó a convertirse en algarabía, sacando a Dagna de su ensimismamiento.

—Le diré a Max que nos lleve a casa —dijo Bianca, llamando al camarero con la mano.

—Aún no hemos acabado nuestros chocolates…

—Pensé que te molestaba el ruido. Te quedaste tan callada…

—No, no es por el ruido. Solo recordaba.

Bianca la miró con tristeza. No reconocía a su amiga en aquella mujer que había conseguido escapar de las fauces de la guerra. Habían pasado ya dos meses desde su llegada y parecía incluso más infeliz que los primeros días, a pesar de sus esfuerzos por intentar ayudarla a olvidar.

—No me has contado aún qué es lo que tanto te perturba…

—No quiero preocuparte, Bianca. Pero, gracias.

Los meses pasaban en Zurich entre reuniones sociales, fiestas y tertulias interminables que a Dagna no hacían más que incrementarle el pesar que atormentaba su alma día y noche. Había conseguido huir de la guerra, pero no del nazismo ya que muchos de sus fieles osaban defender su doctrina desde la comodidad de aquel país neutral. Dagna intentaba evitarlos, pero no siempre podía. Bianca contaba con amistades muy variadas y, de tanto en tanto, veía desfilar por su piso altos cargos de las SS o simples afiliados al régimen que no hacían más que exhibirse junto a sus mujeres y jactarse de una riqueza que ni tan siquiera les pertenecía. Dagna sentía náuseas, pero se obligaba a disimular por su amiga, a la que tanto sentía que debía y también por ella misma y la niña.

Bianca era muy amable con todo el mundo, una perfecta anfitriona acostumbrada al trato con gente muy variopinta, entre quienes se encontraban verdaderos amigos y otros que no lo eran tanto. Siempre le explicaba a Dagna antes de cualquier visita quién era quién, a pesar de conocer la discreción de su amiga.

—Es tu casa. No tienes porque darme explicaciones, querida —le decía, entonces, la alemana con amabilidad.

—Quiero que sepas de antemano en quién debes desconfiar y en quién no tienes porque hacerlo.

Dagna agradecía su gesto. Era halagador que Bianca la tomara tan en cuenta. También que se preocupara por su bienestar, en momentos como aquellos en los que no sabía muy bien en quién podía confiar. De hecho, para algunos de sus invitados, era mejor que la alemana fuera, simplemente, invisible. Ninguna de las dos conocía el alcance de la Gestapo o su posible influencia en el país helvético.

Pero ninguna de esas fiestas y reuniones la satisfacía ni de lejos. Tampoco los salones de belleza ni las tiendas que antaño ambas tanto habían disfrutado en compañía… Ahora, lo único que le hacía sonreír de verdad era Hilda, a quien había matriculado en un prestigioso colegio después de terminar las Navidades. Solo ella, con su mirada inocente y limpia y su despreocupación infantil, la evadía de la pena que le había supuesto enterarse de la desaparición de Veronika.

Oskar Ludendorff estaba reunido en su despacho con un miembro de la Wehrmacht, general como él, que había acudido a Berlín tras un permiso de dos días. Daniel, tras la puerta, intentaba captar algo de la conversación que ambos militares mantenían en el interior, aprovechando la ausencia de su madre. Si hubiera estado Erika en la casa no se hubiera arriesgado a poder ser descubierto. Menos ahora, cuando las relaciones con su tío estaban más tensas que nunca.

—Hitler y Mussolini se reunieron ayer en el Palacio de Kishi —le oyó decir al desconocido, de apellido von Treschkow.

—Algo he oído… ¿Has podido averiguar sobre qué han hablado?

—Mussolini ha insistido en firmar la paz con los soviéticos.

—Entiendo… —dijo Oskar meditabundo.

—El Führer se ha negado, por supuesto.

Oskar se levantó de la silla y paseó de un lado a otro de la habitación analizando la situación.

—La guerra está más que perdida. Lo sabes tan bien como yo —se atrevió a afirmar von Treschkow—. Lo más inteligente sería pactar la paz con los aliados.

—Hitler jamás se rendirá.

—Contamos con ello —dijo con total seguridad.

Oskar se paró en seco e impertérrito, observó a von Treschkow tan pronto como creyó intuir lo que escondían las palabras de su amigo.

—Os fusilarán —le dijo entonces.

—Alemania merece el riesgo.

Los tacones de Erika en el piso de abajo sobresaltaron a Daniel que, absorto en la conversación, no se había percatado de la llegada de su madre. No importaba. Había oído suficiente.

Sin perder tiempo, bajó hasta la planta baja. No había rastro de Erika, la imaginó en la cocina. Tanto mejor, así no tendría que inventarse una nueva mentira. Se dirigió al garaje y montó en el coche. Miró la hora en su reloj de pulsera y comprobó que aún quedaba una hora para comer. Le daría tiempo a mandar aquella información a Londres sin levantar sospechas en casa.

Tenía que andarse con excesivo cuidado, el SIS que le había instado a abandonar toda actividad después de la desaparición de Helen ya no le cubría las espaldas. Ahora estaba solo. Pero aquella información era muy valiosa. Demasiado.

Mientras tanto, varios altos cargos de la Wehrmacht fraguaban los últimos detalles de su próximo atentado a Adolf Hitler.

59

Sigmund Rascher, médico de la Fuerza Aérea Alemana desde 1939 y miembro de las SS, llegó a Dachau en calidad de médico jefe en febrero de 1942. Al servicio de la Luftwaffe y, con el beneplácito del mismísimo Heinrich Himmler, fue el encargado de llevar a cabo una serie de experimentos para determinar la altitud máxima desde la cual la tripulación de un avión dañado podría lanzarse en paracaídas con seguridad. Para ello sometió, durante meses, a diferentes prisioneros con similares condiciones físicas a los pilotos alemanes, a cambios de presión, con el objetivo de estudiar el comportamiento humano en altitudes extremas. Un año más tarde, en el 43 ya asociado con Josef Mengele, estudiaría los efectos de la hipotermia en agua usando algunos prisioneros de Auschwitz.

Pero no fue el único. Hubo otros, como el Doctor Schilling, especialista en medicina tropical que allí, en Dachau, llevaría su particular experimento con malaria.

Las primeras semanas bajo el mando de Rascher, mis funciones se limitaban a llevar el control de los diferentes medicamentos y a esterilizar el instrumental. Los nazis llevaban en riguroso secreto todo cuanto sucedía tras aquellos muros. Tenía prohibición expresa de abandonar mi puesto, así como de contar cuanto viera u oyera durante mi jornada de trabajo, bajo pena de muerte. Entonces, no imaginaba lo que ocurría en el interior de aquel barracón. Si bien era cierto que presencié cómo varios prisioneros entraban y salían, jamás se me pasó por la cabeza el horror que estaba ocurriendo a pocos pasos de mí.

Prefería no pensar en ello. Pasaba muchas horas del día intentando fraguar la manera de sacar analgésicos, vitaminas y sulfanilamida de la enfermería para los prisioneros más necesitados. Muchos eran los que venían a mí desesperados buscando algún remedio para paliar el dolor o eludir una muerte que comenzaba a rondar a algún familiar o amigo. Sin embargo, no me era fácil. Los alemanes eran demasiado meticulosos con todo. Yo me encargaba de los pedidos que llegaban, de ordenarlos, colocarlos, contabilizarlos y, por supuesto, desechar los caducados. Pero siempre había alguien conmigo supervisando mi trabajo. Aun así, no estaba dispuesta a darme por vencida. Tenía que dar con la manera de sacar medicamentos sin levantar sospechas.

Mientras tanto, no desaprovechaba los privilegios que mi nueva situación me otorgaba. Ahora que tenía doble ración de comida,

escondía siempre un par de mendrugos de pan —uno en la comida y uno en la cena—, que repartía entre los prisioneros aprovechando que mi nuevo puesto me permitía moverme por todo el campo. También hacía lo propio con los restos de alguna pastilla de jabón que caía en mis manos. Un bien muy preciado y escaso en aquel pozo de suciedad y miseria que provocaba la rápida propagación de infecciones y enfermedades.

Respecto a Alger, no había vuelto a verlo desde aquella vez que nos reencontramos, haría ya dos meses. Tampoco me había mandado llamar. Sin embargo, cada día tenía noticias suyas. Siempre a la misma hora, tras regresar del pequeño descanso con el que contábamos durante la jornada para comer, una nota escrita de su puño y letra me esperaba sobre la mesa. En cada una de ellas me invitaba a cenar con él.

Durante varias semanas las rompí en pedacitos diminutos invadida por la rabia. Sus invitaciones se me antojaban despreciables e insultantes. Más aún, cuando me llegaron rumores de que, durante aquellos años como comandante de campo, había mantenido relaciones con diferentes prisioneras que habían acabado fusiladas tras quedarse embarazadas. Veronika Rollheiser, la seductora Veronika, había muerto. Había sido un personaje creado solo para un fin que ya no existía. Helen, la auténtica Helen, lo despreciaba con todas sus fuerzas. Sin embargo, después de muchas semanas recibiendo aquellas notas, dejé de romperlas enardecida de odio y comencé a tirarlas en la papelera con total indiferencia.

Una noche lluviosa de aquel invierno, me encontraba abstraída colocando en las diferentes vitrinas la última remesa de medicamentos, cuando una presencia a mi espalda me sobresaltó. Alger, calado de pies a cabeza y con el rostro sombrío, me observaba fumando un cigarrillo bajo el umbral de la puerta del barracón. Parecía abatido y, aunque se esforzaba por ocultarlo, su cuerpo rilaba efervescente.

—Vete —le dijo al soldado que me custodiaba a pocos pasos.

Yo permanecí quieta y algo cabizbaja mientras este abandonaba la estancia. Una vez solos, le miré. Su aspecto era enfermizo, su rostro cadavérico.

—¡Dios mío, Alger! —exclamé, entonces, acercándome a él—. ¿Qué te ha ocurrido?

Por instinto le toqué la frente y comprobé que ardía, al igual que todo su rostro.

—Entra, vamos —lo apremié cerrando la puerta para que no se escapara el calor—. Hay que bajarte esa fiebre.

—¿Está Rascher? —me preguntó refiriéndose al médico jefe.

—No, salió hace unos minutos. ¿Quieres que vaya a llamarlo?

—No —respondió tajante.

Lo observé unos segundos dudando cómo proceder. Era necesario que entrara en calor, pero para ello urgía que se pusiera ropa seca. Me mordí el labio inferior, inquieta. Me resultaba violento pedirle que se desnudara. Sin embargo, no tenía otra opción.

—Tienes que quitarte el uniforme. Está empapado —le dije despojándome de la bata de ayudante médico y dejándosela junto a la camilla—. Te servirá para taparte.

Alger me miró vacilante antes de comenzar a desvestirse. Yo simulé que lo ignoraba ordenando los frascos de las vitrinas. Sin embargo, una curiosidad malsana, me hizo no querer perder detalle de cada uno de sus movimientos.

Solo el sonido de la lluvia caer en el exterior rompía el silencio que nos envolvía. Alger dejó su pistola sobre una mesa colindante a la camilla. Era la misma que portaba Sebastian, una Luger de 9mm. Con parsimonia, como si le pesara todo el cuerpo toneladas, se quitó la guerrera que dejó extendida sobre el respaldo de una silla que había cerca de la estufa. A continuación, hizo lo propio con la camisa. Con intermitentes miradas de reojo pude observar su espalda: ancha, corpulenta y con una cicatriz bastante profunda en su omóplato derecho. Supuse que sería una vieja herida de guerra.

A medida que fue deshaciéndose del resto de la ropa, su desnudez me hizo sentir un deseo que creí dormido en mí desde hacía tiempo. Azorada, aparté la vista de su musculoso cuerpo. No podía entender porque mis sentimientos me traicionaban de aquella manera. Me pregunté si sería la soledad, o la falta de calor humano lo que me hacían de pronto desear a aquel hombre al que creía despreciar, o si era otra clase de sentimiento promovido por la situación en la que nos encontrábamos. Deseché aquellos pensamientos para centrarme en mi labor profesional. Así coloqué en una bandejita todo lo que iba a necesitar para tratarle.

—Todo suyo, doctora Weaver.

Con bata a estrenar y guantes quirúrgicos, me acerqué hasta la camilla donde Alger ya estaba tumbado boca arriba con el pecho desnudo y tapado de cintura para abajo. Sin preámbulos, comencé auscultándole la cavidad torácica y abdominal.

—¿Qué sientes? —le pregunté al comprobar que tenía una ligera erupción rosada sobre el abdomen.

—Debilidad, dolor de cabeza, escalofríos…

—¿Diarrea?

—No.

—¿Cuánto tiempo llevas así?

—Empecé anteayer... Pero pensé que se me pasaría pronto y no

le di importancia.

Una vez acabé con la auscultación, le coloqué el termómetro bajo la axila para comprobar con exactitud su temperatura. Sabía que era alta, resultaba obvio. Así que fui preparando una inyección de sulfanilamida para que remitiera la infección, mientras esperaba a que el mercurio terminara de subir.

—Podrías matarme si quisieras —me dijo entonces.

—Lo sé.

—¿Por qué no lo haces?

Dejé la jeringuilla ya preparada aparcada en la mesilla y lo miré fijamente.

—Si hubieras venido quince minutos antes, te hubiera atendido Rascher o cualquiera de los enfermeros alemanes que suelen andan por aquí… Sin embargo, esperaste a que estuviera sola. ¿Por qué?

Alger apartó la mirada y se quedó pensativo unos instantes.

—No lo sé —me contestó con la vista clavada en el techo.

Le quité el termómetro y comprobé que su temperatura ascendía a cuarenta grados centígrados. Como imaginé, urgía bajarle la fiebre; era demasiado alta.

—Fiebre tifoidea —dictaminé con seguridad, después de haber visto los mismos síntomas en varias mujeres de mi barracón.

—No puede ser. Estoy vacunado; todos nosotros lo estamos.

—Las vacunas ayudan solo a prevenir el contagio, no eximen de contraer la enfermedad —le expliqué mientras le inyectaba el antibiótico.

Cansado, o tal vez convencido por mis palabras, cerró los ojos sin pronunciar palabra. Mojé un paño bajo el grifo. Alger se me antojó en aquellos momentos vulnerable, débil, dependiente… creando en mí un sentimiento de compasión que floreció de mi innata empatía hacia el desfavorecido. Por unas horas olvidé quien era aquel hombre para centrarme en cuidarlo y mimarlo como si fuera un paciente más; uno de tantos enfermos merecedores de mi atención y cura.

Me acerqué a él con sigilo. Parecía dormido y no quería despertarlo. Pero, tan pronto puse el paño húmedo sobre su frente, abrió los ojos. Su mirada verde esmeralda se fijó en la mía. Yo intentaba controlar la turbación que me provocaba su cercanía, concentrándome en humedecer su rostro con el único fin de aliviarle. Hice lo propio en su cuello, en su torso… deslizando el paño con delicadeza.

—¿Qué se siente al cuidar a alguien a quien odias? —me preguntó.

—En estos momentos para mí solo eres un paciente —le contesté aparentando una indiferencia que no sentía.

Alger pareció decepcionado por mi respuesta. Tal vez, esperaba que le dijera que no lo odiaba o algo similar. En verdad ya no lo hacía o, por lo menos, no con la intensidad de días atrás… Pero no estaba dispuesta a darle el placer de reconocérselo. No por el momento.

60

Adolf Hitler había sufrido varios atentados fallidos desde su llegada al poder; no solo por parte de los aliados, también por algunos hombres de su círculo más cercano. Muchos eran los que soñaban con derrocarlo de una manera u otra, ya fuera deteniéndolo, secuestrándolo o asesinándolo; pero eran muy pocos los que podían llegar a él con facilidad para llevar a cabo aquellos propósitos.

Obsesionado con la seguridad, estaba siempre custodiado por miembros de las SS. También variaba sin previo aviso su agenda ya fuera cambiando de ruta, sus actividades programadas o su tiempo de permanencia en los lugares que visitaba. Esto hacía que fuera muy difícil planificar y llevar a cabo cualquier acción con posibilidades reales de éxito.

La derrota sufrida por la Luftwaffe durante la batalla de Inglaterra, el fracaso en las tomas de Moscú y Stalingrado y la incierta situación en África hicieron que la situación en Europa se tornara desesperante para el ejército alemán. Muchos altos cargos de la Wehrmacht comenzaron a prever la derrota y a comprender que la rendición era la única salida para acabar con su propia agonía y la de su patria.

El general Henning von Treschkow y el capitán Fabian von Schlabrendorff, entre otros, eran partidarios de la negociación con los aliados. Sin embargo, estaban convencidos de que jamás aceptarían una negociación, si Hilter continuaba, no solo en el poder, también con vida.

Muchos meses fueron los que estuvieron sopesando maneras plausibles de acabar con la vida del Führer, sin encontrar ninguna que les asegurara, ni remotamente, el éxito. No solo tenían que asesinar al hombre más importante de Alemania, también resultar invisibles para la Gestapo. A punto de desistir, se les ocurrió la idea de colocar un explosivo en el avión del dictador nazi, el cual, debería detonar una vez estuvieran en el aire. Desde luego, el método ofrecía la coartada perfecta, pues podrían acusar como culpables a los cazas soviéticos o incluso a problemas técnicos del aparato.

El trece de marzo de 1943, día elegido para llevar a cabo el atentado, el Focke-Wulf “Cóndor” de Hitler, aterrizó cerca de Smolensk alrededor de las ocho de la mañana. Henning von Tresckow, general de la Wehrmacht que en aquellos momentos se

encontraba allí realizando servicios, era el encargado de camuflar los explosivos en dos botellas de coñac que irían en un paquete a bordo del avión.

Tras una breve visita del Führer para dar moral a las tropas y obtener sus propias impresiones del frente, regresó al avión que despegaría a las tres y veinte de la tarde.

Von Tresckow, seguro de que el plan había sido un éxito, no tardó en notificar la noticia a sus cómplices de Berlín, mediante conversaciones rutinarias. Todos se vieron invadidos por un fuerte sentimiento de victoria, creyendo que habían conseguido su objetivo y, por tanto, todo había acabado. Sin embargo, las horas pasaban y la noticia de la muerte de Hitler no llegaba. Von Tresckow, desesperado, comenzó a repasar mentalmente todos los pasos que había seguido, incapaz de precisar donde podía haber fallado.

Horas después, sus sospechas fueron confirmadas; el fatídico informe revelaba que Hitler había llegado a Rastenburg sin ningún incidente.

No tenían tiempo que perder. Era urgente hacerse con la bomba antes de que explosionara y su plan quedara al descubierto. Saben el destino que les esperaría si eso llegara a ocurrir.

Von Tresckow llegó a Rastenburg a la mañana siguiente. Estaba nervioso, pero, haciendo acopio de sangre fría, recogió el paquete y, con él en su poder, se dirigió a la estación ferroviaria dispuesto a coger el primer tren para regresar a Berlín. En el baño del convoy comprobó que, en efecto, la bomba no había detonado. Desconocía el porqué.

Días después, volvieron a intentarlo. Esta vez, en el tren personal de Hitler. Pero fallarían de nuevo. Este hecho, lejos de desanimarles, los llevaría a idear un nuevo intento de atentado al que denominarían: Operación Valkiria.

La noche caía sobre Berlín. Daniel, recluido en el desván con las cortinas corridas y la única iluminación de una vela, fumaba un cigarrillo, recostado en el sillón de cuero que años atrás había pertenecido a su querido padre.

Las sirenas antiaéreas habían rugido hacía apenas una hora. Toda Alemanía corrió a buscar cobijo en los sótanos de sus casas y refugios públicos. Daniel no se encontraba entre ellos, aunque sí Erika y Oskar Ludendorff que, junto con las mujeres del servicio, se encerraron en la bodega. Él, sin embargo, se mantuvo impasible. Ni las alarmas de bombardeo inminente ni las bombas lo asustaban lo más mínimo. Tampoco lo hicieron en Londres, aunque entonces, las cosas eran muy diferentes. Helen estaba con él y debía protegerla.

Daniel se levantó y apagó el cigarrillo en el cenicero, apostado sobre el escritorio. A su lado, el periódico del día. No era bebedor habitual, pero en esa ocasión se sirvió un vaso de coñac. Le dio un trago y observó como la llama de la vela, de pronto, oscilaba titubeante tras el estruendo de una bomba en la lejanía.

La Luftwaffe se había concentrado en utilizar cada vez más unidades de cazas para la defensa del país, sobre todo, de su capital. La RAF, por ende, no llegaba a ser una verdadera amenaza para la población berlinesa y Daniel lo sabía. El joven se mantenía al tanto de todo cuanto oía y veía con respecto al transcurso de la guerra y, según las noticias que le llegaban, la falta de cazas de escolta de largo alcance entre las fuerzas aliadas eran la causa del éxito de la aviación alemana hasta el momento.

Daniel recordó las palabras de aquel general con el que su tío se había reunido en casa días atrás. Si de verdad la guerra estaba perdida, como algunos comenzaban a creer, capitular era la opción más inteligente. También la más honesta. No solo se ahorraría mucho capital económico, también se evitarían muchas muertes, millones tal vez. Sin embargo, el Führer seguía asegurando la victoria. ¿Por qué? ¿De verdad era un demente? ¿Todos los que lo rodeaban también lo eran?

Daniel se maravilló con la valentía de aquel militar. Según dejó entrever, parecía existir un grupo formado por varios miembros de la Wehrmacht dispuestos a arriesgar su propia vida para ahorrar a Alemania una derrota total. Se preguntó si él mismo sería capaz de algo así y sonrió irónico, negando con el pensamiento. Una cosa era escuchar emisoras clandestinas y mantener conversaciones por radio con el enemigo y otra muy diferente era introducirse en la cúpula del nazismo para atentar contra su líder. Él, con su sangre fría y su valentía, no tenía alma de héroe, a pesar de todo. Pero era reconfortante pensar que al contrario de lo que creyó allá en 1940 cuando llegó a Berlín, no todos los alemanes eran nazis.

A la mañana siguiente, Erika sorprendió a Daniel dormitando en el sillón con la ropa puesta y arrugada. No pensaba despertarlo, aunque ya era hora de bajar a desayunar. No obstante, el ambiente cargado que se respiraba en el desván, la impulsó a descorrer todas las cortinas y a abrir las ventanas para ventilar la estancia.

El viento gélido de aquella mañana de primavera golpeó al joven en el rostro espabilándolo. Erika lo observaba con desaprobación.

—¿Qué ocurre? —preguntó a su madre, aún adormecido.

—¿Qué que ocurre? —le preguntó esta, señalando a su vez, al escritorio donde descansaba la botella de coñac medio vacía, el cenicero repleto de colillas y varios papeles esparcidos—. Arregla este desastre, dúchate, cámbiate de ropa y baja a desayunar —le

ordenó saliendo del desván.

Daniel no era demasiado ordenado, pero tampoco caótico. Por lo menos, así pensaba él sobre sí mismo. Sin embargo, su madre y su tío, tan metódicos siempre, le hacían sentir como si fuera el hombre más anárquico de la tierra.

A pesar de su cómoda vida en Berlín, echaba de menos la libertad que le ofrecía Londres. Allí podía vestir, comer, salir… sin tener que dar explicaciones, ni sentirse juzgado siempre. Después de más de cinco años viviendo solo, con Helen como compañera de piso eventual, no le resultaba fácil tener que satisfacer los requerimientos de su madre y menos aún, los de su tío, acostumbrado a una disciplina militar que parecía querer imponerle en cada momento.

Ya duchado y arreglado, bajó al comedor, donde Oskar leía el periódico degustando unas tostadas. Su madre hablaba por teléfono con coquetería. El joven supuso, por el tono de la conversación, que lo hacía con ese Geiger de la Gestapo.

El desayuno no era tan copioso ni variado como hacía unos meses, aunque seguían contando con autentico café.

—Buenos días —saludó Daniel.

—Buenos días —le contestó su tío sin levantar la vista del papel —. ¿Qué tal en el desván? —le preguntó haciendo alusión a aquella noche de alarma por posible bombardeo.

—Bien, tranquila.

—Supongo que eres consciente del peligro que corres quedándote allá arriba —le dijo mostrando inferencia.

—Díselo a alguien que no haya vivido un auténtico bombardeo.

—Debes de sentirte muy valiente… —le espetó con ironía.

Daniel no quería entrar en baldías discusiones y mucho menos a aquellas tempranas horas de la mañana. Su tío no perdía oportunidad de increparlo con cualquier pretexto. Por lo que, tan pronto bebió su taza de café con leche, se guardó una manzana en el bolsillo del pantalón y, despidiéndose sin mucho énfasis, salió del comedor.

Montó en el coche y condujo hasta las oficinas del Großbank en el centro de Berlín, mordisqueando aquella manzana que le duró un suspiro. Pero al llegar, comprobó para su consternación, que no había aparcamiento libre en las inmediaciones como solía ser normal. Dio varias vueltas sin éxito, así que tuvo que estacionar varias calles más arriba. Se cubrió la boca con la bufanda y, abrochándose al abrigo, salió del vehículo.

La calle estaba desierta, tan solo una persona iba pocos metros tras él. Podía sentir sus pisadas cercanas. Sin embargo, no terminaba de adelantarlo. Se preguntó si lo estarían siguiendo.

Aminoró y apretó la marcha comprobando que quien fuese, le seguía al paso. Era evidente que lo seguían. Pero ¿quién?

Temía que fuera de la Gestapo, aunque bien sabía que no era su manera de proceder. Estuvo tentado de girarse en alguna ocasión, sin embargo, el banco estaba cada vez más cerca y veía en él su pronto refugio. Se encontraba a menos de cincuenta metros de la entrada principal, cuando de pronto, una chica salió de una bocacalle dándose de bruces contra él.

—¡Oh, lo siento! Lo siento —se disculpó la desconocida.

—No pasa nada…

Aprovechando su desconcierto, alguien lo agarró por detrás. Daniel sintió el cañón de una pistola clavado en su espalda.

—¿Caine? —le susurró en el oído.

Daniel asintió constatando que había caído en una encerrona. La chica solo había sido un cebo para distraerlo y evitar que pudiera reaccionar ante cualquier acercamiento extraño de su perseguidor.

Con el cañón aún pegado a la espalda, aquel hombre, varios centímetros más alto y corpulento que él, le hizo meterse en un portal cercano y subir las escaleras hasta el primer piso. La chica los adelantó y se apresuró a abrir la única puerta del rellano de la segunda planta. Daniel se contuvo unos segundos, pero sabía que no tenía opción.

—Entra.

Cuando la puerta se cerró tras ellos, el desconocido bajó el arma.

—¿Qué queréis? —les preguntó Daniel más contrariado que preocupado.

—Hablar contigo —le dijo la chica.

—¿Sobre qué?

La pareja compartió una mirada de complicidad.

—¿Hasta dónde estarías dispuesto a llegar por salvar al mundo del nazismo, Daniel Caine? —le preguntó, esta vez, el hombre.

61

En el campo de concentración de Dachau, las mañanas comenzaban casi monótonas. La incertidumbre de cada uno de los prisioneros se podía palpar en aquel silencio aterrador, rasgado de tanto en tanto por algún disparo que nos recordaba en cada recuento matinal lo vulnerables que eran nuestras circunstancias y nuestras vidas.

Todas las mañanas eran iguales porque hacíamos exactamente lo mismo: despertarnos antes del amanecer y formar durante horas haciendo frente al frío, a la lluvia, a la nieve… excepto por una salvedad, nunca sabíamos quién sería el *afortunado* que abandonaría aquel infierno, para desesperación del familiar o amigo en cuestión que se quedaba sin él, un poco más abandonado y solo.

Sin embargo, el recuento de aquella mañana fue diferente. Una novedad pareció despertarnos de nuestro perpetuo estado catatónico; muertos vivientes que, con nuestros uniformes a rayas, deambulábamos de un lado a otro del campo sin atisbo alguno de emoción. La música de Wagner se oía en todo el campo, como una sádica banda sonora de nuestro infortunio, arrastrando consigo el terrible silencio que a diario nos envolvía .

No tardé en percatarme de que aquella melodía procedía de casa de Alger Koch, donde cada mañana, desde que contrajera fiebre tifoidea, acudía para afeitarle y ponerle su inyección matinal.

Por primera vez desde hacía tres semanas, Alger me recibió de pie, aseado y vestido con su uniforme limpio y planchado. No pude evitar sonreír al verlo, después de tanto tiempo atendiendo sus delirios y espasmos febriles, siempre encamado, sucio y de mal humor. Ahora ya recuperado, me imaginé redimida de aquellas obligaciones.

La música sonaba en el salón. Sin decirme nada, me llevó hasta allí de la mano y me incitó a bailar con él. Vacilé unos instantes. Luego me dejé llevar por la dulce melodía de aquel famoso compositor alemán, olvidándome en sus brazos de mi triste realidad. ¡Hacía tanto que no bailaba; lo echaba tanto de menos! Hubiera bailado con el mismísimo Hitler, sabiendo que quizás, aquella sería mi última oportunidad en la vida de hacerlo.

—Tristán e Isolda —le dije reconociendo la canción que sonaba.

—La vida pareció confabularse con estos dos amantes…

—Imposible amor. Imposible historia —le dije mirándole a los ojos, dándole a entender que no solo me estaba refiriendo a la

leyenda, sino también a nosotros mismos.

—Y trágico final —me dijo él.

Durante su convalecencia, Alger se negó a ser tratado por el médico del campo e incluso se deshizo de malos modos, en su locura febril, de su hasta entonces cocinera y limpiadora. Su enfermedad resultó perfecta para atraerme hasta allí, como él tanto deseaba; pero su enfermedad, también lo convertía en un ser demasiado vulnerable como para no poder someterlo a mi voluntad. Irónicamente, estábamos juntos y solos, pero más alejados de lo que cualquiera hubiera podido llegar a imaginar jamás.

Esa primera semana, residí en aquella casa día y noche. Lo hice en calidad de enfermera, durmiendo en una habitación colindante a la suya que, sin reparo alguno, cerraba con llave al acabar la jornada aun sabiendo que Alger no podía dar dos pasos por su propio pie.

Le cuidé con esmero, tal como hubiera hecho con cualquier otro ser humano sin distinción, cocinándole y obligándolo a comer cuando su inexistente apetito le hacía aborrecer todo alimento, reconfortándole con paños húmedos cuando su piel ardía de calentura, administrándole los medicamentos de forma puntual y, por supuesto, aguantándole los dardos envenenados que de tanto en tanto, le gustaba lanzarme.

—Da igual lo que hagas… Nunca saldrás con vida de aquí —me dijo una noche cuando disponía a acostarme.

Me invadió un profundo e incontrolable abatimiento. Sus palabras se clavaron en mi alma como puñales. Era consciente de la fragilidad de mi existencia, bien sabía que cualquier día podría ser el último. Sin embargo, albergaba ese frágil halo de esperanza que me impulsaba a luchar, a mirar hacia adelante y a no decaer.

Dejé de pensar en mi pasado y, por supuesto, en las personas que había dejado en él. Allí dentro, uno debía evitar los recuerdos, sino quería acabar enloqueciendo. Mi vida era ese campo, sin más y me dejaba llevar por la inercia que parecía haberse adueñado de las almas de los allí condenados, exceptuando a los pocos que parecían subsistir enjaulados en su propia irrealidad. Era mi manera de mantenerme al filo, sin sucumbir a ese abismo que tanto tiempo llevaba llamándome a su, a veces, irresistible oscuridad.

La música se detuvo y mi mente volvió a Dachau. Alger tenía una llamada urgente que contestar. Me encendí un cigarrillo y, descorriendo las cortinas, observé el campo a través de uno de los ventanales. Comenzaba a llover.

A lo lejos, cuatro guardias llevaban a un hombre y a dos niños a la zona de ejecución encañonados con sus fusiles. El vello de mi cuerpo se erizó de puro escalofrío. Me hice con los prismáticos del

comandante y observé la escena. Los SS reían, gesticulaban y les hablaban. Por supuesto, no sabía que les decían, pero podía imaginarlo. Los niños miraban asustados a su padre, volviendo su rostro hacía él de tanto en tanto, acaso, con la esperanza de que en última instancia el bueno venciera a los malos como siempre ocurría en las películas. El padre se mantuvo sereno hasta llegar al paredón, donde creí que los fusilarían a los tres. Sin embargo, tenían un plan aún más macabro para aquella pobre familia de judíos.

Uno de los soldados obligó a los niños a acercarse a la pared. Los pequeños, incapaces de reaccionar por el miedo, fueron increpados a golpes por aquel mismo soldado que terminó colocándolos a su propio gusto para diversión de sus compañeros y congoja de un padre a punto del llanto. Otro alemán, le dijo algo entonces. El judío negó con la cabeza. Mi corazón comenzó a latir con fuerza imaginando el juego macabro de aquellos SS. Lo había visto en otras ocasiones. Le ofrecían al propio padre la posibilidad de salvar a uno de los niños, si disparaba contra el otro. Le dejaban elegir: uno o los dos. Nunca eran capaces de disparar. Ni siquiera de coger el arma. Esa vez no fue la excepción. Después de unos minutos de incertidumbre, un soldado levantó su fusil y apuntó a uno de los niños. Dejé a un lado los prismáticos y cerré los ojos. Se escucharon dos detonaciones lejanas. Cuando los volví a abrir, había lágrimas en el cristal.

—Son solo judíos —dijo Alger a mi espalda, sobresaltándome. No sabía el tiempo que llevaba allí. Me agarró con delicadeza de los hombros y acercó su rostro a mi cuello, paseando su nariz por mi piel—. Aún recuerdo el aroma que emanabas aquella noche en casa de los von Stumpffeger —me susurró al oído.

—¿Cómo puedes permitirlo? —le pregunté haciendo alusión a lo que acababa de presenciar, ignorando sus palabras.

Tenía la vista fija en la ventana. Sin embargo, mis ojos, aguados por un llanto que no terminaba de expulsar, me enturbiaban la visión impidiéndome ver más allá de la tristeza que me invadía. Alger me giró y observó mi mirada con impasibilidad. Una lágrima resbaló por mi mejilla. Él me acarició el rostro, llevándosela en su piel.

—Es la segunda vez que te veo llorar…

—Pues disfruta de la escena porque no se repetirá jamás —le espeté con rabia.

Mis palabras sonaron arrogantes, sin embargo, solo era mi manera de encubrir la vulnerabilidad que sentía y no estaba dispuesta a mostrar ante él. Me observó con una mezcla de desconcierto y sorpresa. Después, llegó la admiración.

—Hoy preparé yo el desayuno. Espero que sea de tu gusto —me dijo dirigiéndose a la mesa y tomando asiento.

Yo hice lo propio y me senté, donde tantas veces lo había hecho durante aquellas semanas.

No tenía apetito. Mi estómago se había acostumbrado a comer poco y mal y mi estado anímico tampoco ayudaba. Pero me obligué a comer, creyendo que ahora que Alger ya estaba curado del todo, volvería al irrisorio menú del resto de prisioneros.

—Al contrario de lo que piensas, no disfruto con tu sufrimiento. Tampoco con el de… *ellos* —dijo refiriéndose a los condenados—. Pero hay cosas que deben ser así, que son así y no está ni en tu mano ni en la mía cambiarlas —dijo tras un largo silencio.

—No te entiendo.

—Me debo a Alemania, a mi Führer… Pero no pretendo que comprendas lo que eso significa —dijo Alger, dando un trago a su café.

—Solo eran unos niños…

Alger me miró con condescendencia, antes de levantarse de la mesa y acercarse hasta el extremo donde yo me encontraba. Permanecí inmóvil, expectante, sintiéndole tras de mí. De pronto, sus manos comenzaron a acariciar mi cuello y no pude evitar estremecerme. Eran caricias. No obstante, en aquel momento pensé que, completamente a su merced, podría acabar conmigo en pocos segundos sin que nadie me echara en falta jamás.

—Eres admirable, Helen Weaver.

Oír aquellas palabras me terminó de descolocar. Aunque bien era cierto que, durante su convalecencia ya había podido comprobar que con él nunca se sabía, no terminaba de acostumbrarme a su impredecible carácter. Podía estar serio y tan pronto reír a carcajadas; podía estar melancólico y tan pronto ponerse seductor. Una característica que compartía con Sebastian, aunque en este no era tan acusada.

—Anoche cuando te marchaste, vino a verme Rascher —dijo haciendo alusión al médico jefe de Dachau—. Estuvimos hablando sobre ti… —me encendí un cigarrillo, inquieta. El pulso me temblaba—. Está muy satisfecho contigo y yo también, por lo que hemos decidido darte un puesto, digamos… más acorde con tu potencial. Por supuesto, en la enfermería. Allí es donde debes estar.

—¿Qué tendré que hacer? —le pregunté desconfiada, poniéndome de pie.

—Rascher está llevando a cabo una serie de experimentos…

—No soy científica —le interrumpí.

Alger dibujó en su rostro una sonrisa torcida y, acercándose a mí, tomó de entre mis dedos mi cigarrillo para darle una profunda

calada.

—Bien… ¿Y qué eres entonces? Porque hasta donde sé, tampoco eres médico, ¿no es así? —dijo entregándome el cigarro.

—Continúa —le dije sin caer en su provocación.

—Te noto algo excitable, querida…

—No. Solo expectante.

—Rascher salió esta mañana para Auschwitz. Volverá en dos, tres días a lo sumo, con varios prisioneros que usará para llevar a cabo un estudio en el que anda metido.

—¿Qué quieres decir? —le pregunté sin terminar de creer lo que estaba escuchando—. ¿Piensa utilizar cobayas humanas?

—Bueno, si quieres llamarlo así…

—¿Y yo qué pinto en todo eso?

—¿Tú? —Alger rio—. Tú te encargarás de atender a los que sobrevivan al experimento. Imaginando en las condiciones que llegarán a ti, será todo un reto salvarles la vida…

—¿Puedo negarme?

—Siempre podrás dejarles morir, por supuesto. Nadie te lo recriminará.

62

Daniel se encontraba sentado en una butaca tapizada en brocado de seda oro y granate, colores predominantes en aquel salón de decoración barroca y excesiva. Frente a él, también sentado, el desconocido que apenas unos minutos atrás le había abordado en la calle de manera no muy lícita; algo tampoco extraño en aquellos tiempos convulsos que corrían. Rondaría la treintena y tenía el porte propio de la clase alta berlinesa, al igual que la chica que los había acompañado, ahora preparando una taza de té en la cocina. Tenía el cabello castaño, los ojos azules y vestía de forma elegante, aunque informal.

Daniel, suspicaz, lo escrutó en la penumbra que proyectaba la escasa luz que se colaba a través de las persianas semibajadas de un ventanal, comprobando que le faltaban tres dedos en su mano derecha; imaginó, por una herida de guerra.

—Muchos alemanes apoyamos en sus comienzos a Hitler —comenzó diciendo aquel hombre—, esperanzados de que él nos traería esa recuperación política, moral y económica que tanto prometía.

Daniel entrecerró los ojos, más desconfiado si cabe que hacía un momento, cuando el desconocido aún no había comenzado a hablar.

—Nos unimos de buen grado, o si lo prefiere, cedimos de forma cobarde a la tiranía criminal que trajo consigo.

—Observo que habla en pasado… —le dijo Daniel.

—Muchos miran hacia otro lado, obviando los crímenes que se están cometiendo, otros incluso llegan a aplaudirlos. Mi hermana y yo no pertenecemos a esa clase de gente. Ya no. Hace años que no.

La joven que llegó en ese momento interrumpiendo la conversación, posó sobre la mesita colindante tres tazas de té.

—Gracias, fräulein —susurró Daniel.

Ella le respondió con una tímida sonrisa. A Daniel le pareció una mujer muy bonita.

—Como le iba diciendo, Caine… —prosiguió el desconocido—. Hace años que nos percatamos de la verdadera naturaleza del nacionalsocialismo. Sin embargo, era demasiado tarde para volver atrás.

—La democracia y sus instituciones ya habían sido desmanteladas —apuntó la joven.

—Perdonen un momento —los interrumpió Daniel que se había

limitado a escuchar con atención—. ¿Quiénes son ustedes?

—Es cierto, disculpe. No nos hemos presentado. Ella es Barbara von Hase —dijo extendiendo su mano hacía ella— y yo soy Thomas, Thomas von Hase. No sé si le dirá algo nuestro apellido, pero nuestras familias son viejas conocidas.

—Puede que me resulté familiar… pero poco más.

—Somos hijos del comandante de la Wehrmacht Paul Ervin von Hase y la baronesa Margarethe von Funk.

—Perdonen, pero llevo años fuera de Berlín y desconozco muchas de las amistades que solía frecuentar mi familia; mucho menos, si son de antes de la guerra.

—Contábamos con ello, no se preocupe.

—Bien —Daniel hizo una pausa para encenderse un cigarrillo y prosiguió—, lo que no entiendo es a que viene toda esta conversación ni a dónde quieren ir a parar.

Ambos hermanos compartieron una mirada cómplice que a Daniel no le pasó desapercibida.

—Conocemos, independientemente de sus ideales políticos, la razón por la que regresó a Berlín, señor Caine.

—¿Y cuál es esa razón si puede saberse?

—Derrocar a Hitler.

Daniel se mantuvo impertérrito. No quería confirmar nada. Tampoco desmentirlo. Antes quería estar seguro del terreno que estaba pisando, asegurarse de que no le estuvieran tendiendo una trampa.

—Como usted, muchos lo deseamos más de lo que pueda llegar a imaginar, sobre todo, tras los últimos derroteros que está tomando la guerra. Sin embargo, la resistencia alemana está muy lejos de parecerse a las llevadas a cabo en otros países ocupados. Nosotros nos hemos visto obligados a utilizar otros métodos.

—Aquí nos es imposible organizar huelgas —apuntó Barbara—. Tampoco podemos crear un frente de combatientes que pudieran llegar a desarrollar cualquier tipo de acción militar o sabotaje a gran escala.

—Hay muchas dificultades para hacer frente a un régimen tan corrupto, cruel y peligroso como el nacionalsocialismo. A diferencia de otras resistencias europeas, nosotros, los alemanes quiero decir, no tenemos casi apoyo exterior. Solo algún grupo comunista cuenta con el verdadero respaldo de la URSS, por ejemplo. Pero nosotros no somos comunistas y, por tanto, estamos solos.

—Percibo por sus palabras que ambos pertenecen a la resistencia.

—Así es. Pero como le estoy explicando, no es esa clase de resistencia que pudiera creer, aunque también ponga en riesgo

nuestras vidas.

—Supongo que buscan que me una a su causa —dijo Daniel.

—A nuestra causa está unido desde el mismo instante en el que puso el primer pie en Berlín.

—¿Entonces?

—Sospechamos que tras la desaparición de Veronika, de quien desconocemos su nombre real, mas no sus actividades, Inglaterra le ha dado de lado.

Daniel, tenso, se irguió en el sillón.

—¿Cómo pueden estar enterados de algo así?

—Bueno, somos muchos los que estamos involucrados en diferentes grupos resistentes, cada vez más; y cada uno tiene su propia función. La mía es la de multiplicar nuestros contactos. No se crea que es tarea sencilla. Estudiamos a fondo a nuestros posibles candidatos antes de aventurarnos a exponernos como mi hermana y yo estamos haciendo ahora ante usted.

—¿Por qué yo? Quiero decir, aparte de mi oposición a Hitler, ¿qué me hace idóneo, por llamarlo de alguna manera, para haber sido elegido como posible candidato?

—Siempre es importante contar con alguien que pueda moverse entre altas esferas nazis sin levantar sospechas.

—Olvídenlo —respondió Daniel tajante—. No soy la persona adecuada y deberían saberlo.

—¿Por qué está tan seguro?

—No solo casi me cuesta la vida mi visita al Cuartel General de la Gestapo, sino que estoy casi seguro de que los nazis me tienen en su lista negra. ¿Cómo creen que podría introducirme entre ellos sin levantar sospechas?

—Muy sencillo. Vive entre ellos.

Daniel negó con la cabeza, irritado. No tenía la confianza de su tío ni de Sebastian y, mucho menos, comprendía de qué manera su papel como espía para la resistencia alemana podía interferir en la suerte de Hitler y su partido.

Le dio un sorbo al té ya templado.

—Según están las circunstancias, solo el ejército puede acabar con Hitler —le explicó Thomas ante sus evidentes reticencias—. Nosotros, la resistencia que hacemos, se basa en organizar proyectos de reformas constitucionales para cuando llegue el momento, reuniéndonos una vez a la semana y discutiendo sobre el futuro de Alemania. Pero para ello necesitamos a alguien que nos pueda informar sobre el plan nacionalsocialista desde dentro. Además, tu eres economista, ¿no es así?

—Aún no.

—Piénsalo, Daniel —le tuteó Barbara.

—No sabía que los militares también estuvieran metidos en esto...

—Hay muchas cosas que no sabes. Aún —le dijo Thomas.

Los primeros grupos de resistencia alemana nacieron en 1933. Si bien los más activos comenzaron siendo los comunistas, también existieron ramas socialdemócratas y sindicalistas que optaron por protestas legales hasta que los nazis las prohibieron. Años después, saldrían otros grupos resistentes entre los que se encontraban los religiosos y los conservadores. No sería hasta más tarde, cerca del comienzo de la guerra, cuando algunos militares comenzaron a pensar en la posibilidad de llevar a cabo un golpe de Estado. Sin embargo, a pesar de las infinitas diferencias de la Wehrmacht y el nacionalsocialismo, no fue hasta las primeras derrotas en la URSS y las evidencias de los atroces actos antisemitas, cuando el ejército comenzó a tomar verdadera conciencia de la realidad. Hitler, hábil manipulador y conocedor de las reticencias de un amplio sector del ejército, les impuso en 1934 un juramento ligado a su persona, con el único objetivo de comprometer su leal patriotismo.

Muchos militares, sino la mayoría, se vieron en un fuerte conflicto entre el peligro que suponía el régimen para su patria y la lealtad expresa a su Führer. No obstante, un grupo minoritario supo separar desde el principio aquellos sentimientos enfrentados que los invadían. No mucho después, algunos oficiales de alto rango comenzaron a idear la manera de derrocar al régimen de Hitler y reestablecer la democracia.

Daniel reflexionaba sobre la conversación mantenida con los hermanos von Hase, mientras conducía de vuelta a Wanssee. Habían quedado en encontrarse pasados cuatro días en el mismo lugar, en caso de que aceptara la proposición de unirse a la resistencia. Tenía muchas cosas en la cabeza: el trabajo, la desaparición de Helen, el misterioso alejamiento de Sebastian… Aquella propuesta le había pillado por sorpresa.

Unos meses atrás habría aceptado sin dudarlo. Pero sopesando los riesgos y las consecuencias, no terminaba de decidirse. Su tío le cronometraba cada una de sus salidas y entradas; también, las llamadas telefónicas, incluso estaba casi seguro de que había registrado su habitación en alguna ocasión. Por otro lado, la presencia de Geier en la mansión Ludendorff era cada vez más frecuente. Aquello lo incomodaba sobremanera, pues se paseaba por toda la casa con total libertad, a diferencia de meses anteriores, mucho más prudente en lo referente a la intimidad de la familia.

Según los von Hase, la actividad que llevaban a cabo se limitaba a reuniones en las que departían sobre el futuro de Alemania. A

simple vista, podría parecer algo inocente, sin excesivos riesgos. Sin embargo, en aquellos tiempos cualquier nimiedad podía costar la vida.

Cuando llegó a casa, Oskar y Erika ya estaban almorzando. Con ellos, Geier les estaba relatando algo muy interesante al juzgar por las caras absortas de su tío y su madre. Ninguno de ellos se percató de su llegada hasta que lo tuvieron a pocos pasos. Entonces, se hizo el silencio y todos volvieron sus rostros hacia él.

—Daniel, querido, sentimos no haberte esperado para comer —le dijo su madre sin mucha convicción—. No sabíamos a qué hora ibas a llegar, ¿dónde has estado?

—Trabajando —se limitó a contestar sentándose a la mesa.

—Sí, trabajando, claro —apuntilló Oskar, sarcástico.

—¿Cómo estás? —le preguntó Geier.

—Bueno, ahí vamos, muy liado.

—Nuestros mejores clientes están sacando su dinero —le explicó Erika.

Daniel se sentía solo en aquella jaula de oro. Si bien fue un sentimiento que experimentó desde su llegada, especialmente por la ausencia de su padre, el tiempo no había hecho más que agravarlo. La sensación de vacío y soledad lo invadía continuamente, mucho más desde la desaparición de Helen. Además, fingir ante su familia le resultaba cada vez más difícil.

Erika había cambiado mucho en los últimos meses. Daniel buscaba a esa madre feliz, alegre y despreocupada que recordaba. Sin embargo, su carácter había ido variando con el paso de los años hasta convertirse en casi una desconocida. Su hermano y su nueva pareja habían sido una gran influencia, pero el verdadero artífice no había sido otro que el nazismo.

—Discúlpame si hablo poco, Daniel. Hoy he tenido una mañana difícil —se excusó Geier justificando su silencio.

—Ha llegado hace un momento de Múnich —le justificó Erika—. Ha estado en la ejecución del chico ese…

—Schmoell —apuntilló Geier.

—Qué bien… —respondió Daniel sin ningún entusiasmo.

—¿No sabías que era hoy? ¿No lo has escuchado en la radio?

—No —mintió el joven.

Daniel, de hecho, no solo sabía de la ejecución, también había seguido con sumo interés, ya fuera por radio o prensa, el caso de Alexander Schmorell, militante de La Rosa Blanca, desde que fuera arrestado el pasado 24 de febrero.

La Rosa Blanca fue una organización contra el nazismo creada en junio de 1942 por cinco estudiantes de la Universidad de Múnich. Sus ideales, basados en los principios cristianos, la libertad,

la tolerancia y la justicia, los llevaron a redactar y repartir una serie de folletos en contra del nacionalsocialismo, en un intento por concienciar a la sociedad de lo que suponía Hitler para Alemania. Su actividad duró pocos meses. La Rosa Blanca se disolvería en febrero de 1943, tras la detención de sus principales miembros: Hans Scholl, Sophie Scholl, Christoph Probst, Willi Graf y Hans Conrad Leipelt. En un primer momento, Alexander Schmorell consiguió escapar de la Gestapo, pero no tardarían más de unos días en arrestarlo y encarcelarlo en la prisión Stadelheim en Múnich, donde curiosamente Hitler también estuvo preso durante un mes en 1922 por asaltar a Otto Ballerstedt, uno de sus rivales políticos en aquel entonces. Todos fueron acusados de traición y condenados a pena de muerte. Ninguno superaba los veinticinco años.

Durante el almuerzo no se habló de otra cosa que de Schmorell. Daniel que engullía los alimentos para retirarse lo antes posible, asistió a gran parte de aquella conversación, intentando disimular su repulsión.

—Esos niñatos tienen lo que se merecen —dijo Oskar—. Si se hubieran limitado a acatar las normas…

—No son más que unos traidores y como tales se les ha juzgado —apuntó Geier.

—Una vez más se ha hecho justicia.

—¿Cómo se hizo conmigo, madre? —preguntó Daniel sin poder contener ya la ira que le estaba embargando.

Nadie contestó. Intercambiaron unas miradas entre ellos antes de dirigirlas a sus respectivos platos y, durante unos minutos, se mantuvieron callados. La atmósfera se respiraba tensa, mientras Daniel hacía por controlar su ira.

—Cariño, dile a Frieda que la comida está buenísima —dijo Geier rompiendo el silencio.

—Sí, pero no sé qué haremos si aumenta el racionamiento.

«Pues lo mismo que hará el resto de la población alemana; adaptarse a las circunstancias», pensó Daniel, poniéndose en pie.

—¿No tomas café? —le preguntó Erika, tras ver que ya se retiraba.

—Lo tomaré arriba.

En el desván, Daniel saboreaba una de sus últimas tazas de auténtico café de calidad. No quedaba más en la alacena y ya resultaba imposible de adquirir, por lo que cuando se acabase el que ya estaba preparado, tendrían que optar por un sucedáneo. Había ciertas cosas que en tiempos de guerra no se podían conseguir ni con todo el dinero del mundo y una de ellas era el café. El buen café. Pronto volvería a la achicoria.

Adormecido por el zumbido de una mosca revoloteando en

algún lugar de la estancia y por el sol que atravesaba las ventanas golpeándole en el rostro, se recostó en el sillón y cerró los ojos. La imagen de Helen le sobrevino a la mente y tuvo la corazonada de que aún vivía; en algún lugar del país vivía. Se preguntó si pertenecer a la resistencia podría acercarle a ella de alguna manera. Tal vez, alguien pudiera tener alguna pista sobre su paradero; como no iba a conseguir nada era quedándose allí encerrado. Estaba seguro de que Helen en su lugar aceptaría la proposición de los von Hase. Al fin de cuentas, tanto ella como él, habían acudido a Alemania por una sola razón y era enfrentarse al nazismo. No podía detenerse ahora. Ella no perdonaría su pasividad. Él tampoco se la perdonaría a si mismo.

Aceptaría. Aún quedaban cuatro días para su cita con los hermanos von Hase, sin embargo, a pesar de lo que pudiera depararle aquella decisión, supo que nada ni nadie le haría cambiar ya de opinión.

63

Todo era una vil mentira. Una mentira sádica producto de mentes capaces de manipular los horribles actos que en aquel campo de concentración se estaban llevando a cabo de forma impune. En contra de lo que cualquiera pudiera pensar, aquellos hombres no estaban locos. Por lo menos, no en el sentido estricto de la palabra. Sabían bien lo que hacían, aunque quisieran autoconvencerse afirmando que las muertes de aquellos desdichados no eran más que un mal menor y necesario para poder avanzar en la ciencia y, por consiguiente, salvar con sus descubrimientos a millones de seres humanos en un futuro próximo. Como digo, una falacia.

La primera víctima de sus llamados experimentos fue un prisionero soviético traído de Auschwitz para tal fin. Era joven, fuerte y, según pude comprobar en el reconocimiento que yo misma le hice a su llegada, se encontraba en buenas condiciones de salud. Por supuesto, no pude intercambiar ninguna palabra con él; vigilada por un enfermero y un guardia de las SS en todo momento. Aunque en caso contrario, imagino que el idioma hubiera sido un impedimento para entendernos.

Desconocía si había venido por su propia voluntad, obligado, o engañado, como por aquel entonces, estaba yo, aún ignorante de la clase de estudio que pensaba comenzar Rascher con aquellos infelices y, por supuesto, de mi verdadero papel en toda aquella demoniaca historia. No tardé en averiguarlo y no porque nadie me lo dijera, yo misma pude comprobarlo aquel mismo día.

Aquel hombre entró vivo y sano en aquella habitación. Tan solo dos horas más tarde salió muerto.

Horrorizada y buscando respuestas, me acerqué hasta su cuerpo desnudo, abandonado en una esquina de la antesala como si fuera un fardo inservible. En cuclillas, comprobé su pulso, a pesar de que su piel azulina y helada diagnosticaba por si sola lo peor. Estaba muerto. Entonces, observé que tenía una sonda introducida en el ano para medir la temperatura del sujeto. La cabeza comenzó a darme vueltas cuando vi que marcaba veintisiete grados. Había fallecido por hipotermia. Comprendí en qué consistía, de verdad, el estudio que Himmler en persona le había encomendado a Rascher llevar a cabo en aquel barracón llamado, irónicamente, enfermería.

Aquel muchacho solo fue uno de tantos. Durante los meses siguientes, decenas de inocentes, todos ellos judíos o soviéticos,

sufrieron las consecuencias de aquello que llamaban ciencia o, en su defecto, medicina. Y lo peor, si cabe, por lo menos para mí misma, fue comprobar que los experimentos no acababan en aquella habitación de los horrores. Si conseguían salir con un soplo de vida de allí, me los mandaban a la sala de reanimación, pero no para salvarles la vida como yo entendía que debía hacerse, sino para continuar experimentando. Me obligaron a inyectarles agua hirviendo en el estómago o a darles de beber alcohol, entre otras aberraciones.

En algunas ocasiones, las pocas en las que me dejaban sola con ellos, yo misma los asesinaba inyectándoles un complejo de medicamentos que producían en segundos una muerte indolora, con el fin de evitarles una larga agonía sin sentido. Lo hacía, sobre todo, cuando sufrían dolores extremos, deliraban, entraban en coma o en muerte clínica, diferente a una muerte total o biológica. También, para evitar que Rascher les administrara su particular inyección letal de ácido fénico.

Solo a unos pocos pude auxiliar de verdad, tapándoles con mantas o introduciéndoles en sacos de dormir previamente calentados. Pero para mi consternación, no tardé en percatarme, una vez más, de que me permitían hacerlo porque, como todo, entraba dentro de sus planes. Todo lo hacían con un fin y, en este caso, no era otro que reutilizarlos como ratas de laboratorio. Exprimirlos una vez más, o tantas veces como su cuerpo aguantara. Al final, nadie salía con vida de allí. Daba igual lo que yo hiciera. Alger me mintió. Y lo peor era tener que fingir que todo me daba igual.

Siempre acaté todo cuanto me exigieron sin rechistar. No se me pasó por la cabeza negarme. De nada hubiera servido. Pero sí comencé a observar el vallado electrificado que rodeaba todo el campo con otros ojos.

Todo hubiera sido distinto si la vida de tantos prisioneros no hubiera dependido en gran parte de mí en aquellos momentos. Posiblemente, hubiera caído en la misma locura o desesperación que llevaba a muchos a entregarse a la muerte como única salida a aquella pesadilla sin fin. Pero lo cierto era que mientras gran parte de mi jornada era cómplice de múltiples y aberrantes asesinatos, durante el resto del día y también de la noche, ayudaba a otros tantos a escapar de las fauces del dolor, la agonía y la muerte.

Mi situación privilegiada, como jefa de enfermería, me permitía acceder a los medicamentos que, en otras circunstancias, me hubiera resultado imposible. Ahora era yo la que llevaba todo el control de lo que entraba y salía de aquel barracón, sin guardias custodiándome siempre. Ellos eran los que suponían la verdadera

amenaza para mis planes ya que, para los médicos nazis que por allí pasaban, yo no era más que un ser invisible e insignificante en el que ni tan siquiera reparaban lo más mínimo.

Las primeras semanas, mientras corroboraba que realmente nadie comprobaba los pedidos más que yo, sacaba cantidades nimias de analgésicos, lo más necesitado, rogado. Pero la demanda era mucha, demasiada y pronto esas cantidades se convirtieron en insuficientes para tantos dolientes.

Y comencé a falsificar los albaranes.

Durante el resto de aquel año de 1943, pese a las altas probabilidades de acabar fusilada si me descubrían, saqué de la enfermería toda clase de artilugios y medicamentos. En verdad, nunca me paré a pensar en el riesgo que corría ni en si merecía la pena todo aquello, solo me dejaba llevar por las circunstancias, los requerimientos y mis innatas ganas de socorrer al necesitado. Aunque puede que también lo hiciera por mí misma. Ayudar a esas personas no solo daba sentido a mi existencia allí dentro, también me ayudaba a aplacar el dolor insoportable que experimentaba mi alma con cada asesinato que presenciaba o yo misma me veía forzada a cometer.

Las duchas del campo, un cobertizo rectangular de madera con suelo de piedra, fueron el escenario donde diferentes prisioneros sirvieron de intermediarios para distribuir medicinas a barracones en los que tenía prohibida la entrada. Algunas compañeras, cuando yo no podía, aprovechaban la ocasión del aseo matutino para hacerles llegar cualquier cosa que yo les encomendaba antes.

Pero mi labor para con aquellas personas no solo consistió en conseguirles medicamentos. También saqué muelas, desinfecté poblaciones de piojos bien acomodados en cabezas de pelo corto e incluso provoqué algún que otro aborto con preparados hechos por mí misma. A nadie parecía importar el malestar y los vómitos que pudieran provocar durante las horas siguientes, si terminaba surtiendo efecto; para aquellas infelices, era lo único importante.

La primera chica embarazada que acudió a mí no tendría más de quince años. Vino buscándome al barracón un atardecer, cuando el sol ya había caído en el horizonte y la oscuridad comenzaba a adueñarse del campo.

—Me dijeron que aquí puedo encontrar al ángel de Dachau —le dijo a una de mis compañeras haciendo alusión al nombre con el que de pronto me conocían entre los prisioneros.

—¿Para qué? —le preguntó esta.

—Necesito hablar con ella. Por favor, es muy urgente.

Yo que andaba por allí, me acerqué a la joven.

—Soy yo —me identifiqué.

—Yo… pues… es que… —comenzó diciendo cohibida por el público que la observaba.

La agarré del brazo y la llevé a una esquina del barracón, lejos de miradas indiscretas. Lucía un triángulo rojo en su uniforme, como la gran mayoría de los que habíamos sido confinados en Dachau.

—¿Cómo te llamas? —le pregunté.

—Agneta.

—¿En qué crees que puedo ayudarte, Agneta?

La chica miró nerviosa a nuestro alrededor, asegurándose de que el resto nos ignoraba.

—Tengo miedo —dijo rompiendo a llorar.

La abracé en un espontáneo gesto de aliento, percibiendo que todo su escuálido cuerpo tiritaba. Pero no por la llantera o por el frío. Era un temblor diferente, de terror. Aquella niña estaba aterrada.

—Me violaron —terminó confesándome, después de un largo silencio.

—¿Quiénes?

—Esos SS.

—Mírame —la insté cogiéndola de los antebrazos—. Tienes que ser fuerte. No puedes permitir que esos bastardos…

—Estoy embarazada —me interrumpió avergonzada con la vista clavada en el suelo.

Aquello no lo esperaba, no obstante, tampoco me extrañó. No tuve mucho que pensar. Aquel niño no tenía que nacer. No podía nacer. No en aquel infierno. Impulsada por ese pensamiento, le dije que volviera en un par de noches, mientras buscaba la manera de hacerle abortar.

La enfermería no contaba con medicamentos abortivos, pero sí con una estantería llena de libros de medicina y genética que me sirvieron de guía para preparar un brebaje que pudiera llegar a sustituirlos en un momento de necesidad como aquel. Dado que la joven no estaba embarazada de más de un mes, todo podría solucionarse sin necesidad de cirugía, algo que, sin duda, hubiera complicado las cosas.

Dos días después, cuando Agneta vino buscándome a la hora acordada, le entregué el preparado.

—Tómate la mitad ahora y la otra mitad al despertar mañana. Te sentirás revuelta, quizá tengas náuseas e incluso puede que llegues a vomitar, pero es lo normal.

—¡Gracias! —exclamó tirándose a mi cuello agradecida antes de irse.

La violación que Agneta sufrió no fue un hecho aislado como en

un principio quise creer. Con el paso de los meses, en diferentes intervalos de tiempo, otras cuatro chicas vinieron buscándome por motivos idénticos, corroborando con cada una de ellas que las violaciones en Dachau eran más frecuentes de lo que pudiera parecer.

Debería haberme sentido aliviada de no pertenecer a esa lista de jóvenes ultrajadas. Sin embargo, era un sentimiento imposible de albergar allí dentro. Siempre había alguna razón, sino varias, como era en mi caso, para el desconsuelo.

Era consciente de que si ninguno de los guardias o soldados que nos vigilaban siempre había abusado de mí, como bien hubieran podido hacer hasta la fecha, era porque Alger Koch así lo había dictaminado. Tal vez, guardaba la esperanza de ser el único en hacerlo o quizá, de ser, simplemente, el primero. Fuera como fuese, su deseo hacia mí no me facilitaba las cosas ni me garantizaba su indulgencia, como pude comprobarlo, cuando la necesité.

A finales de noviembre de aquel año de 1943, estallaron las alarmas sobre mi actividad clandestina. Sabía que ese día llegaría tarde o temprano. Era inevitable. Pero si me hubiera parado a pensar en el riesgo que corría, el miedo me hubiera paralizado impidiéndome actuar fuera de la norma y, por consiguiente, no habría podido facilitar la vida y también la muerte, a tantos necesitados. Después de todo, para mí era casi vital ver esas sonrisas de agradecimiento; también de esperanza, donde la desesperación y la agonía echaban sus raíces cada día.

Una mañana de cielo plomizo, consecutiva a una noche de aguacero que había dejado todo el campo convertido en un barrizal, caminaba hacia el barracón de la enfermería, cuando un prisionero casi anciano, de rostro cadavérico y aspecto cansado, se me acercó simulando pasar por allí sin mayor pretensión.

—Deshazte de todo lo que te incrimine —me advirtió con disimulo—. Lo saben.

El desconocido pasó de largo dejándome con el corazón en un puño. Sus palabras hicieron que me golpeara de bruces con una realidad que durante meses quise eludir. Sin cambiar mi paso, continué caminando con normalidad, haciendo acopio de ese aplomo que me sobrevenía en los momentos más críticos, mientras mi mente cavilaba a gran velocidad.

Con todos mis sentidos alerta, alcancé el barracón de enfermería sin contratiempos. La puerta estaba abierta, sin embargo, en el interior se respiraba una extraña e inusual tranquilidad. La cerré y, tras comprobar que no había nadie, comencé con mi frenética actividad.

Cada vez que hacía movimientos en el almacén o en cualquiera

de las vitrinas, falsificaba una salida, entrada o desperfecto. También cambiaba las pegatinas de medicamentos caducados a medicamentos antes usados por los prisioneros y rellenados con otras sustancias similares e inocuas que pudieran pasar por las originales, encargándome de dejar todo bien ordenado y clasificado antes de abandonar el lugar, con la exactitud característica de los alemanes.

Estaba segura, de que nada que no fuera el chivatazo de algún prisionero o, más en concreto, de algún kapo, podía incriminarme. Aun así, verifiqué que todo estaba en orden antes de que hiciera su entrada en la enfermería el primer SS, pocos minutos después de mi llegada.

Era Strom, un distante y frío soldado de las SS que no perdía oportunidad de demostrarme su desdén lanzándome incendiarias miradas de odio a la menor ocasión.

Lo observé unos instantes buscando alguna alteración en su habitual conducta que me corroborara la existencia de alguna intriga contra mí. Como siempre, pasó al interior para asegurarse de que todo estaba en orden antes de que llegara el personal médico. Sus pisadas recorriendo el barracón resonaban al compás de mis latidos; primero, alejándose débiles; después, acercándose más fuertes, firmes y audibles. Al llegar de nuevo a la sala donde me encontraba, se encendió un cigarrillo y me ofreció otro extendiéndome la cajetilla abierta. Tomé uno, sintiendo su mirada clavada en mí. Sentí un escalofrío. Uno de esos que me sobrevienen cuando mi sexto sentido intuye que algo no marcha bien. Una vez me lo encendió, caminó hasta la ventana y se detuvo a observar el exterior. La vida en el campo parecía trascurrir con normalidad. Sin embargo, allí dentro, la tensión podía palparse en el aire.

Tan pronto como acabamos de fumar nuestros respectivos cigarrillos, Strom se posicionó frente a mí, a no más de dos pasos. Me sacaba más de una cabeza y su corpulencia era bastante superior a la mía. Pese a ello y al miedo que comenzaba a embargarme, no me cohibí. Le aguanté la mirada con firmeza esperando a que hablara. Parecía deseoso de hacerlo desde hacía unos minutos, como si hubiera estado esperando una señal de confirmación desde algún punto del campo, donde sus ojos estuvieron posados hasta aquel momento. Supe que estaba sentenciada.

—Quítate la bata —me ordenó—. Desde este momento quedas relegada de tu puesto, sucia inglesa.

Con parsimonia, casi retándole con la mirada, hice lo que me ordenó, intentando simular la turbación que sentía. Era incapaz de predecir que pasaría a continuación y eso me inquietaba

sobremanera. La incertidumbre y el desconocimiento sobre el futuro inmediato podían llegar a conformar una eficaz tortura psicológica en un momento de indefensión personal, como en el que yo me encontraba.

Me encaminé hacia la puerta sin pronunciar palabra, segura de que tan pronto pusiera un pie fuera del barracón, un disparo procedente de alguna parte me reventaría el cráneo en mil pedazos. Era más que obvio que el cese de mi puesto en la enfermería solo era el preludio de lo que vendría después; a muchos ahorcaban o fusilaban por mucho menos. Solo deseé que la muerte me sobreviniera rápido, si es que ese era mi destino. Sin embargo, no ocurrió ni una cosa ni la otra.

—¡Fuera! —me gritó Strom sobresaltándome.

Tan pronto como le sobrepasé, me propinó un fuerte empujón que me hizo trastabillar hasta caer al suelo de bruces. Me sacó del barracón a patadas. Una vez fuera, ya en el barro, no tuve tiempo de prevenirme de los golpes; aparecieron repentinos y violentos antes de poder mover tan siquiera un músculo. Los sentía en mi cara, en mi cabeza, en mis piernas, en mis brazos, en mi espalda… en todo mi cuerpo. Era incapaz de precisar cuántos eran o quiénes. No tuve tiempo de ver por dónde me venían los continuos puntapiés. Tampoco me paré a pensarlo, el dolor me atenazaba nublándome el pensamiento. En cuestión de segundos me convertí en un cuerpo inerte, negado a cualquier tipo de resistencia. Convencida de que había llegado mi hora, me entregué a la muerte sin fuerza para impedirlo, como quien encuentra en ella la única salida a su dolor.

Las voces, cada vez más lejanas, dejaron de existir y todo se volvió negro.

64

Eran cerca de las seis de la tarde cuando el coche paró frente a la residencia de von Molthe en Kreisau, Silesa. Barbara, muy elegante, vestida con un traje de chaqueta y falda gris, ajustado a la figura con un cinturón, sombrero negro y zapatos del mismo color, que a juzgar por su desgastado aspecto habían conocido tiempos mejores, bajó del asiento del conductor entregándole las llaves del vehículo al mayordomo. Daniel, que iba de copiloto, hizo lo propio observando la fachada de la espléndida mansión donde se celebraban las reuniones del Círculo de Kreisau, grupo de resistencia al que pertenecían los hermanos von Hase.

Barbara le ofreció su brazo a Daniel y este, cortés, se lo aceptó mientras subían la gran escalinata hasta la puerta principal. Un hombre, que los saludó con una breve y casi inapreciable inclinación de cabeza, los acompañó hasta el salón, a pesar de que la joven conocía bien el camino.

En torno a una mesa rectangular de cristal, unas veinte personas, según pudo contar Daniel a simple vista, departían relajadas; algunas con copas en la mano, otras degustando variados canapés que una camarera ofrecía de una bandeja. Varios se volvieron hacia ellos al verlos llegar, interrumpiendo su plática. Helmuth James Graf von Molthe, jurista, perteneciente a la aristocracia, al igual que la mayoría de los presentes, y fundador de aquel grupo opositor al nazismo junto a Peter Yorck von Watenburg, se acercó a saludarlos como buen anfitrión.

—Me complace tenerlo en mi casa, Caine —le dijo tras saludar antes a Barbara.

—El placer es mío.

—Es posible que no me recuerde, pero traté durante muchos años a su familia, en especial a sus padres. Siento que las circunstancias nos hayan separado. Fue para mí muy triste enterarme de los fuertes ideales nacionalsocialistas de Freiin Ludendorff. Nunca la imaginé como una radical.

—Sí, bueno… Para mí también fue una sorpresa. Antes de la muerte de mi padre, la política no le causaba el menor interés.

—Me consta. Tiene que ser difícil para usted convivir en estos momentos con ella y su tío Oskar.

—Lo es, pero de una manera u otra, son momentos difíciles para todos.

—Así es. Pero pase, por favor. Le presentaré a los demás.

Daniel le siguió hasta el centro de la estancia, donde muchos de los rostros allí congregados, le resultaron vagamente familiares, a pesar de desconocer sus nombres. Según varios presentes le confesaron, algunos habían estado en el entierro de su padre, a quien recordaban con buenas palabras, emocionando a Daniel.

—Bienvenido, Daniel. He sabido que habías vuelto de Londres. Has estado estudiando allí, ¿verdad? —le preguntó un famoso político socialista.

—Sí —afirmó el joven encendiéndose un cigarrillo.

Tras las presentaciones, los saludos de rigor y las diversas alusiones a su familia, Barbara que hasta entonces se había mantenido dispersa entre la gente, se acercó a él dispuesta a quedarse ya a su lado.

—Muchas de estas personas están ayudando a numerosos judíos —le susurró ella en tono confidente.

—¿A salir del país?

—Sí, pero también a ocultarlos —se calló al ver que una mujer se acercaba.

—Tu tío Oskar tiene conocimiento de que algo se prepara contra Hitler. Imagino que no lo sabrías —le confesó la recién llegada.

—¿Cómo es posible? Es un nacionalsocialista convencido. Nos denunciará.

—Como él, muchos generales de la Wehrmacht se han negado a asociarse a nosotros o a cualquier otro grupo de resistencia. Sin embargo, nunca nos denunciarían —le explicó una mujer que, según le habían comentado momentos antes, era una condesa—. Los lazos de camaradería que existen entre los miembros del ejército son demasiado fuertes; van más allá de la ideología nazi.

—Mi tío llegó muy tocado del frente. Ya no es el que era.

—Sí, lo sabemos. Muchos de nosotros tenemos contacto con la resistencia militar.

Daniel, entonces, recordó aquella conversación que escuchó parcialmente tras la puerta del despacho, entre Oskar y otro militar, del que desconocía la identidad. Así, sospechó que aquel hombre era uno de los que preparaban la conjura contra Hitler.

Un caballero joven, que rondaría la edad de Daniel, se unió al grupo.

—La resistencia militar nos necesita, al igual que nosotros a ellos —explicó la condesa.

—Cierto —corroboró Barbara—. Para que el ejército se mantenga fuerte, tiene que estar al servicio de una política exterior prudente. Y de esa política, nos tenemos que encargar nosotros.

—Imagino que sabéis que se prepara un atentado contra Hitler.

—Hay demasiada gente metida en ese asunto. Demasiadas vidas

en juego —dijo el último en sumarse a la conversación.

—Ojalá que todo salga bien —musitó Daniel con sinceridad.

—Ojalá —respondió el caballero joven—. Llevamos demasiadas decepciones y fracasos a nuestras espaldas.

Después de unos minutos, casi sin darse cuenta, la conversación terminó derivando en otro tema. Ahora, con la presencia de otra mujer y un reputado político, charlaron sobre la situación de la resistencia alemana con respecto a las relaciones exteriores.

Daniel sabía que, tras la detención de Helen y su negativa a la orden de regresar a Londres, los británicos se habían desentendido por completo de él. Sin embargo, aquella tarde comprendió que, a pesar de haber puesto su vida al servicio de Gran Bretaña, él no era más que un número más y, por tanto, no podía tomárselo como algo personal.

Muchos resistentes tenían relaciones personales en Inglaterra, España, Suiza… No obstante, ninguna de aquellas influencias pudo garantizar la paz honrosa que a esas alturas ya buscaban algunos alemanes. Los aliados parecían obviar la existencia de la resistencia alemana. Entre las posibles causas a las que achacaban esta reacción, se encontraba la posibilidad de que las democracias europeas tuvieran recelos respecto al servilismo monárquico alemán.

—Se dejan llevar por los prejuicios y están cometiendo un grave error del que se terminarán arrepintiendo —dijo un elegante caballero que rondaría la cincuentena.

—Nos ignoran porque creen que nuestras exigencias esconden una oscura intención más allá del mero deseo de derrocar a Hitler.

Otros expusieron una probabilidad distinta.

—El problema radica en que creen que no solo nos mueve nuestra preocupación por la estabilidad política de Alemania y de Europa.

—¿Entonces, en qué creen? —preguntó la condesa.

—Que buscamos una dominación nacionalista.

Por otra parte, los inmediatos colaboradores de Hitler, tras las primeras derrotas en el frente ruso y asustados por la situación que se avecinaba tras enterarse de que su Führer solo quería continuar con una guerra ya perdida por puro odio racial hacia los judíos, soviéticos y polacos, también intentaron ponerse en contacto con los aliados. Sin embargo, estos hicieron oídos sordos a sus llamamientos de ayuda.

—Para nosotros ya no hay ninguna posibilidad de acuerdo con los aliados —sentenció von Molthe—. Por lo tanto, actuaremos sin ayuda exterior. Estamos solos y solos acabaremos con el nazismo.

El sol del atardecer teñía el cielo de diferentes tonos anaranjados, cuando Barbara y Daniel reanudaron el camino de vuelta a Wannsee. Ella conducía, él iba a su lado, ambos en silencio, embelesados en sus propios pensamientos. Solo se oía, por encima del rumor del motor, la monótona voz del locutor de radio, a la que ninguno presentaba la mayor atención.

—¿Qué te ha parecido? —le preguntó Barbara.

—Muy interesante. Me alegro mucho de haber venido.

—Me gusta oír eso.

Pasaron un par de kilómetros callados hasta que ella volviera a hablar.

—Imagino que eres consciente del peligro al que nos exponemos —Daniel asintió inexpresivo, concentrado en el horizonte—. Puede costarnos la vida, sobre todo, si el atentado contra Hitler sale mal.

—Lo sé —Daniel hizo una pausa mientras se encendía un cigarrillo—. Me ha resultado curioso que un círculo formado, en su mayoría, por fervientes católicos acepte sin más el asesinato, aunque sea el del Führer.

—Nosotros nos opusimos durante años, no así los militares. Ellos llevan mucho tiempo fraguando un plan para atentar contra Hitler. Pero finalmente, hemos aceptado porque no existe otra alternativa para acabar con todo este infierno.

Barbara no hizo alusión a los atentados fallidos que ya se habían llevado a cabo. No habían sido descubiertos y, por tanto, fuera del círculo directo de los conjurados, nadie había tenido conocimiento de su existencia.

Daniel no tenía miedo a la muerte. La había visto de cerca tantas veces que ya no le impresionaba. Sin embargo, quería vivir, por lo menos mientras existiera una posibilidad de reencontrase con Helen. Temió estar metiéndose en una ratonera.

—Me gustaría preguntarte… ¿Tú qué opinas sobre la desaparición de Veronika? —preguntó a la joven, tanteándola.

—Alguien la denunció, eso está claro. Pero no tengo conocimiento de quién pudo hacerlo.

—¿Crees que estará viva?

—Es posible. Si sobrevivió a las torturas, la habrán enviado a un campo de concentración.

—¿Hay muchos?

—Tengo entendido que sí, pero no solo en Alemania, también en Polonia.

—¿A cuál podrían haberla mandado?

—¿Me estás tomando el pelo?

—Solo era curiosidad…

—Ya —dijo ella sonriéndole cómplice.

Daniel tiró la colilla por la ventanilla antes de subirla. A esas horas de la tarde ya comenzaba a refrescar a pesar de estar a comienzos de verano. Buscó en alguna emisora algo de música ya cansado de la voz cargante del locutor, pero como no la encontró, terminó apagando el aparato.

—Puedes dejarme en Steglitz. Allí me cogeré el tranvía o el autobús, ya veré.

—Olvídalo. Te acercaré a Wannsee.

La joven vivía con su familia en una villa situada en el distrito de Steglitz, al suroeste de Berlín y a unos catorce kilómetros de Wannsee. Daniel no quería que recorriera aquella distancia dos veces. No solo estaba a punto de anochecer, sino que las alarmas antiaéreas podrían pillarla en plena carretera sin posibilidad de encontrar un refugio cercano donde guarecerse.

—Barbara, por favor.

—Mmmmm —la joven se quedó pensativa—. Está bien, pero con una condición.

—¿Cuál?

—Que me invites a una copa —le dijo risueña.

—No bebo —quiso excusarse.

—¡Daniel! —le espetó ella dándole un golpecito en el brazo.

—Pero te invitaré a esa copa.

Ambos rompieron a reír.

El local, iluminado a media luz y con música ambiente de fondo, creaba una atmósfera íntima, casi romántica, ideal para hacer una declaración de amor o encubrir una cita entre dos amantes clandestinos. Sin embargo, estaba casi vacío. Solo había un hombre poco más o menos anciano en la barra y una mujer de mediana edad sentada en una mesa al fondo. Ambos, entregados a la bebida, tal vez buscando en ella el escape a la soledad, a la pena, o a ambas cosas.

—Este sitío antes no era así —observó Barbara sentándose en una mesa.

—Ya nada es como era. Ni volverá a serlo.

Daniel se llevó un cigarrillo a los labios y, a continuación, le ofreció uno a ella. El camarero se acercó y, sin poder disimular su tedio, les tomó nota de dos cervezas.

—Bien frías, por favor —le dijo Daniel cuando ya se encaminaba hacia la barra.

—A veces me pregunto qué será de nosotros —le dijo Barbara melancólica—. ¿A ti también te pasa?

—Sí, creo que es inevitable.

—No sé qué haré si sigo viva cuando todo esto acabe.

—Ser feliz.

—Al igual que todo lo demás, mi vida nunca será como antes. ¡Tantos amigos míos han desaparecido!

—Alguno especial, imagino.

—Imaginas bien.

—Terminarás superándolo. El ser humano tiene una capacidad de adaptación asombrosa.

—Cuando no nos queda otra opción.

El camarero se retiró sin hacer ruido tras servirles las bebidas. Por primera vez desde que se conocían, Daniel escrutó a Barbara con curiosidad. La joven bebió un largo trago de cerveza y se quitó el sombrero dejando al descubierto su hermosa cabellera rojiza. Su piel, muy blanca, con pequeñas pecas en la nariz, sus ojos azules cristalinos y su figura menuda, le conferían un aspecto aniñado y frágil, casi de muñeca, casi infantil, a pesar de la sobriedad de su vestimenta. Su carácter no parecía muy diferente a la imagen que daba a simple vista. Se mostraba tímida, discreta, reservada… todo lo contrario a lo que se esperaba de un miembro perteneciente a la resistencia o, tal vez, toda esa imagen de mujer inocente no fuera más que una tapadera para despistar y su verdadero interior albergaba un fuego incandescente y abrasador como la lava que parecía recorrer sus rojos cabellos.

Ella levantó la vista y se ruborizó al descubrirlo observándola. De pronto, parecía cohibida por la compañía de Daniel.

—Perdóname, no pretendía incomodarte —le dijo al percibir el azoramiento de su acompañante.

—No te preocupes. Tú no tienes la culpa.

—Será mejor que me vaya…

—No, por favor —le dijo ella posando su mano sobre la suya, reteniéndolo—. Es solo que nunca había estado a solas con un chico tan atractivo y que no fuera de la familia.

—Vaya, ahora el que se va a sonrojar soy yo… —ambos rieron—. Imagino que no estás acostumbrada a tratar con hombres de nuestra edad, en general.

—No mucho, la verdad. Tenía quince años cuando la guerra comenzó y bueno ya sabes, todos los mayores de dieciséis y menores de sesenta y cinco años se fueron de la ciudad para luchar en el frente, por no hablar de los que desaparecieron de la noche a la mañana.

—Los judíos.

—Por ejemplo.

En ese mismo instante, la sirena antiaérea comenzó a sonar, sobresaltándoles. Todos los clientes, como inducidos por un resorte, se pusieron de pie mirándose aturdidos, sin saber muy bien qué hacer ni a dónde ir. Los alemanes llevaban varios meses con

aquellas alarmas sonando casi a diario y, sin embargo, aún no se habían acostumbrado a esas súbitas irrupciones en sus vidas cotidianas.

—¿Qué hacemos? —le preguntó Barbara nerviosa—. El refugio más cercano que conozco está a una manzana, ¿nos dará tiempo a llegar?

Daniel, sin pensárselo, atravesó el local hasta alcanzar la puerta, ignorando las voces del camarero que le instaban a entrar en la trastienda. En el umbral, oteó el cielo en busca de aviones. Prefería ir un refugio más seguro ya que desconocía si aquel bar contaba con uno lo bastante preparado para resistir las bombas aliadas y asegurar su supervivencia. Algunas veces, los bombardeos eran inminentes, otras tardaban varios minutos y eso es lo que quería comprobar. Después de todo, una manzana no era demasiada distancia.

Daniel adivinó en la lejanía el característico murmullo de los aviones aproximándose. Los bombarderos ya sobrevolaban Berlín y en cuestión de segundos soltarían su carga incendiaria por toda la ciudad, si es que no habían comenzado a hacerlo ya. Paralizado, su mente regresó a Londres, a 1940, cuando una bomba alemana cambió su destino y el de Helen para siempre. El camarero lo llamaba. Barbara lo llamaba. Pero Daniel se había quedado anclado en el pasado ante aquel sonido que tantos recuerdos le traía.

—¡Por dios, Daniel! ¿Qué te pasa? —le gritó Barbara desesperada ante la pasividad del joven—. ¡Tenemos que meternos en el refugio ya!

Ella, que no se había atrevido a tocarle hasta ese momento, lo agarró de la mano y tiró de él. Daniel, aún aturdido, se dejó llevar hasta la puerta de la trastienda del bar, atravesándola en el instante en que una bomba caía a no muchos metros de allí. Las paredes del almacén vibraron y ella emitió un chillido que quedó ahogado por la explosión. El camarero los apremió a bajar por unas escaleras que descendían hasta un sótano.

Barbara y Daniel, tras habituarse a la penumbra que reinaba a su alrededor, observaron dónde se encontraban. El habitáculo, iluminado con velas que le conferían un halo esotérico, era rectangular, de unos veinte metros cuadrados con dos columnas paralelas en el centro y sin más muebles que algunas cajas de bebidas superpuestas contra una pared. Allí estaban el hombre que bebía en la barra y la mujer que lo hacía en la mesa, apoyados en diferentes columnas y algo adormecidos, tal vez, por el alcohol ingerido en las últimas horas. También había una anciana abrazando a una niña que no sabían de donde habían salido y el camarero que les había permitido guarecerse allí, algo asustado, a

juzgar por su semblante contraído.

—¿Qué te pasaba, Daniel? ¿Por qué no te movías? —quiso saber Barbara.

—Los recuerdos me paralizaron. Nunca me había pasado algo así.

—¿Ella?

—Ella, sí. Y los bombardeos —susurró.

Aquella noche Daniel la pasó despierto, escuchando las bombas y sintiendo temblar el techo como si de un momento a otro fuera a desplomarse sobre ellos, sepultándolos vivos. Acostumbrado o no ya había pasado por momentos como aquel muchas veces en los últimos años, con la única salvedad que ahora, no estaba solo o con Helen, sino con una bonita joven que parecía haber encontrado en su hombro el consuelo para sobrellevar aquella noche de terror. Daniel le acarició la cabeza. Tenía el cabello suave. Fue un gesto espontáneo, tal vez provocado por la ternura que le suscitaba su aparente fragilidad.

65

Mis ojos tardaron unos segundos en habituarse a la luz artificial que emanaba aquella bombilla colgada del techo. Una vez lo hicieron, examiné el exiguo reducto donde me encontraba: una pequeña habitación sin ventanas, húmeda, fría, de paredes desnudas y cuya puerta tenía una inquietante mirilla para observar el interior desde el otro lado. Además, su mecanismo incluía un sistema para introducir "la comida", de manera que la incomunicación fuera total. Con pesar, comprobé que no me encontraba en el cielo. Seguía viva después de todo, con el cuerpo dolorido y amoratado sobre un camastro incómodo y sucio; la boca con sabor metálico, la garganta rasposa por la sequedad, la cabeza embotada y el corazón sangrando tristeza.

Era imposible precisar el tiempo que llevaba encerrada en aquella celda del búnker, un edificio rectangular, situado tras el barracón de las oficinas que hacía de prisión dentro del campo. Tampoco lo sabría mientras continuara mi encierro, si es que pensaban sacarme viva de allí. Pese a eso, pude orientarme por el crecimiento de mi cabello, aunque se trataba de un referente de tiempo muy poco preciso.

Me levanté despacio y, arrastrando los pies, me acerqué hasta la puerta. Los huesos me dolían, pero estaba segura de no tener nada roto. Quise gritar, creo que llegué a hacerlo, pero me encontraba demasiado débil, así que, con las mismas, volví al camastro donde me tumbé, cerré los ojos y esperé a esa muerte que parecía ignorar mi llamada.

Allí dentro los días se sucedían monótonos, exasperadamente monótonos. El silencio, solo roto por las pisadas de quien con sus pasos me alertaba de la llegada de aquella repugnante sopa o de quien, con su curiosidad malsana, permanecía observándome a través de la mirilla durante largos minutos; el intenso frío sin posibilidad de paliar, más que con una manta roída; la ausencia de luz solar, en contrapunto con aquella perenne luz artificial; o la imposibilidad de saber si era de noche o de día, parecían inducir sin remedio a esa locura que a muchas mentes acudía entre aquellos muros.

—Yo pasé una semana en una de esas celdas —me dijo un cura con el que me gustaba hablar en los pocos momentos que disponíamos libres—, pero he conocido a muchos que han llegado a pasar meses allí dentro… Y te puedo decir que ninguno de ellos ha

vuelto a ser el que era.

Ahora entendía verdaderamente aquellas palabras, porque como suele ocurrir, uno solo es capaz de comprender lo que vive en sus propias carnes.

—¿Es muy común que utilicen el aislamiento como castigo? —le pregunté yo a los pocos meses de llegar a Dachau.

—Depende de quién seas… Para nosotros, los clérigos, es bastante común. También para determinados disidentes políticos…

—Deduzco que para el resto no lo es.

—No, para el resto, no. Los nazis asesinan por cualquier nimiedad a todo aquel que consideran escoria. Ya sabes: soviéticos, judíos, homosexuales, testigos de Jehová…

Ignoraba si compartía infortunio con alguien en aquel barracón especial. Los sonidos eran intermitentes. La gran parte del tiempo reinaba el silencio. En contadas ocasiones alcanzaba a oír algún sollozo o grito desesperado; me llegaban tan lejanos que parecían proceder más de otro mundo, que de alguna de aquellas celdas colindantes a la mía. También yo en algún momento golpeaba enloquecida aquella puerta y gritaba improperios hasta que mis manos ardían de dolor y mi voz se quebraba. Era la rabia. Sobre todo, la rabia.

Comencé a mantener largas conversaciones con mis propios fantasmas, tras comprobar que hablar en alto me liberaba de la sensación de soledad y desamparo que tanto me atenazaba cada minuto. Lo hacía casi siempre en mi lengua materna, aunque en alguna ocasión recuerdo haberlo hecho en alemán. Me preguntaba si Alger pensaría que había enloquecido, segura de que era él quien, de tanto en tanto, me observaba desde el otro lado. A nadie más le interesaba mi destino, aunque fuera por pura enfermiza curiosidad. ¿Cómo podía estar viéndome en aquellas circunstancias y quedarse impasible? No podía entender tanta maldad gratuita. Aun así, no me arrepentía de haberlo ayudado cuando me necesitó. Mi conciencia estaba tranquila, pues actué como consideré que debía hacerlo.

Durante los primeros días, sin poder evitarlo, experimenté un rencor que me envenenaba la sangre. Aborrecía con saña al nazismo y en especial a Sebastian, a quien culpaba de mi desdicha. Sin embargo, no tardé en abandonar ese oscuro sentimiento. El odio, al fin de cuentas, solo daña a quien lo siente, mortificándole y absorbiéndole unas energías que yo, en mi caso, tanto necesitaba salvaguardar. Pero pasaban los días de encierro y, aparcando el rencor, comencé a autoinculparme por haber acabado entre aquellos muros. Bien sabía que si hubiera acatado las normas del campo no me encontraría en aquellos momentos ahí, como también

sabía que cualquier otra persona hubiera terminado fusilada o ahorcada por la misma falta. Pero no tenía nada más que hacer que pensar y pensar; justo lo que más intentaba evitar, la mayoría de las veces, sin éxito.

Los recuerdos solo servían para mortificarme; mirar hacia el pasado era como admitir haberme convertido en una simple sombra de lo que un día fui; soñar con el futuro, una quimera lacerante. Solo me quedaba el presente. Pero ¿cuál era mi presente? Sentía que, simplemente, no existía tal.

Enjaulada como un animal, no merecedora de atención ni consideración, vivía ajena al mundo, a los seres humanos y a la guerra, de la que pude obtener alguna que otra noticia antes de entrar en el búnker, gracias a que un par de prisioneros contaban con radios de corto alcance conectadas siempre con la BBC. Algunas veces pensaba en Daniel, quien se colaba en mi mente como un reducto de paz que se volatilizaba con el temor de imaginarlo muerto o detenido en algún lugar similar a Dachau; también Dagna, quien parecía sonreírme infundiéndome ese valor que hacía tiempo me había abandonado… Otras veces, me sobrevenía el terror de suponer al nazismo dueño de una Europa destrozada por las bombas, o la dicha de poder llegar a ver el hundimiento de Hitler junto a la desaparición de toda su sádica creación. Conjeturas. No tenía conocimiento de nada y, por tanto, era como si la nada fuera eso que decían llamarse presente.

Pero el tiempo pasaba y yo sentía que mis fuerzas físicas y psicológicas me iban abandonando sin remedio, intuyéndome cada vez más cerca del colapso. Bajando peso a toda velocidad, la menstruación me abandonó y cada vez más débil con aquella comida que no podía calificarse como tal y que, si no servía para alimentar mi ya por entonces, delicado estómago, sí me orientaba sobre el transcurso de las horas. Me entregaba a una duermevela casi constante de quien ya ha abandonado toda esperanza e ilusión por una vida que sentía remota.

Durante un tiempo, temí cerrar los ojos, pues al hacerlo me sobrevenían las imágenes de aquellos desgraciados que cómplice de sus muertes, habían perecido delante de mí víctimas de espeluznantes experimentos, torturándome, acrecentando mi culpa y convirtiendo mis sueños en terribles pesadillas de las que me despertaba sudorosa y presa de la angustia. Fue un alivio cuando, de pronto, desaparecieron sin más, convencida de que aquellos delirios ya no me abandonarían jamás.

A pesar de ser inútil, me intentaba autoconvencer de que el sufrimiento era solo físico y, por tanto, controlable con la mente, así como hice durante las torturas que me infringieron en el Cuartel

General de la Gestapo. Pero de aquello ya hacía un año y mi voluntad, ya anestesiada por tanto dolor, parecía descargada de suficientes fuerzas para salvar a mi cuerpo, al que se le escapaba la vida, tal como el agua se evaporaba con el calor.

Entonces comenzaron las voces: la de mi madre, la de mi padre, la de mi tia, las de mis abuelos…Voces que hablaban atropelladamente, entremezclándose en mi cerebro sin apusa, martilleándolo, instándome a resistir cuando ya, hacía días, había dejado de conocer el significado de aquella palabra; cuando ya, dejé de comer porque masticar se había convertido en un esfuerzo imposible; cuando ya, la muerte había comenzando a llamarme con su aterciopelada voz, haciéndome suculentas promesas.

Mis sentidos se fueron deteriorando junto con todo lo demás. Sin embargo, mi oído se mantuvo siempre tan agudo como en tiempos pretéritos, incluso mientras dormía. Pude comprobarlo un buen día mientras dormitaba cansada, casi exánime, en el camastro.

Como si se tratara de un sueño o de una mala pasada de mi mente, oí la puerta de la celda abrirse. Yo permanecí con los ojos cerrados; me encontraba tan débil que solo el hecho de abrirlos me suponía un esfuerzo excesivo. A continuación, unos pasos se acercaron. Pude oírlos con perfecta nitidez, así como el sonido de una respiración a pocos centímetros de mí. Una caricia. Casi había olvidado lo que era aquello. Me pregunté quién sería, pero no podía moverme, mis músculos no reaccionaban a mis deseos, así como tampoco lo hacían mis párpados cerrados. Ese alguien me incorporó con suavidad y me acercó algo a la boca. Yo, por supuesto, no puse resistencia. Había perdido hasta ese innato instinto animal de pelear la supervivencia como respuesta natural al peligro. Reconocí un vaso entre mis labios. «¡Oh, sí, era un vaso con agua! ¡Agua fresca!», pensé. Después bebí con avidez. Quien fuera que fuese mi ángel, se esforzaba en frenar mis ansias, dándome sorbitos cortos. Me pregunté si aquello era, al fin, el cielo.

Una vez saciada mi sed, volví a recostarme. Una aguja atravesó la piel de mi brazo derecho. Una paz interior me envolvió instantes antes de que todo se desvaneciera a mi alrededor.

66

Aquella mañana de invierno de 1943 Berlín estaba sumido en la oscuridad, a pesar de ser mediodía. El cielo plomizo amenazaba con nieve y la neblina que se extendía en el horizonte helaba el pavimento haciendo peligrosa la velocidad al volante. Sebastian conducía con precaución. Temía pisar el freno con demasiada brusquedad sobre una placa de hielo. Ya en una ocasión, cuando no contaba con más de dieciocho años, el coche patinó y girando sobre sí mismo, dio varias vueltas hasta terminar deteniéndose en mitad de la calzada y en sentido contrario. Nadie vino en ese momento, sino se hubiera producido un accidente fatal. Desde entonces, no era muy dado a conducir en aquellas condiciones climatológicas, pero a veces era inevitable.

Regresaba de una reunión en la Cancillería de la que no había salido muy satisfecho. Le habían ofrecido ascenderlo a mayor y aquella noticia no podía haberla recibido con mayor alegría, orgullo y también sorpresa, sino hubiera sido porque escondía una condición: si aceptaba, sería trasladado como oficial de alto rango a un campo de concentración; algo que no entraba en sus planes en absoluto. La sola idea de tener que mezclarse, él, un aristócrata, con la inmundicia de la sociedad, le repateaba las entrañas de tal manera que llegó a considerar aquel ofrecimiento como una broma de mal gusto cercana a la ofensa. Ya bastante le irritaba tener que tratar con muchos advenedizos que, sin haber sido nadie, habían encontrado entre las filas de las SS o la Gestapo un puesto cuanto menos respetable. Por otro lado, no sabía dónde habían mandado a Veronika, ya que la Gestapo se guardaba muy bien el destino de sus detenidos. ¿Qué haría él si, por las ironías del destino, coincidían? No podría mirarla a los ojos. Con toda seguridad prefería ser capitán en la Cancillería que mayor en un campo.

Con el paso de los meses había desaparecido el dolor permanente que le atenazaba el alma ante la falta de Veronika. También el remordimiento por haberle fallado. Sin embargo, el alcohol le provocaba estados intermitentes de depresión en los que la idea del suicidio, aunque muy vaga, comenzaba a rondar por su mente. La situación cada vez más desesperada de Alemania y la ausencia de nuevas de su padre, no le ayudaban a apaciguar esa sensación de desconsuelo. Las noticias que venían del frente eran todo menos tranquilizadoras y Berlín comenzaba a acusar las consecuencias del claro dominio que los aliados comenzaban a

tener, a pesar de que tanto él como muchos otros se negaran a atisbar la posibilidad de una derrota.

La comida era cada vez más escasa, aunque en ese sentido él no tenía problemas como SS. Pero sí se había visto muy afectado por el cierre de diferentes locales de ocio y restauración a los que había sido muy asiduo, al considerarse lujos innecesarios y casi ofensivos para aquellos tiempos de guerra que corrían.

Sebastian atravesaba Lutherstraße, cuando vislumbró, durante los segundos que pasó por delante, el local que tantos años había sido su restaurante predilecto. Con una parte de la fachada destruida por las bombas aliadas, ahora lucía cerrado a cal y canto. Horcher se había trasladado a Madrid tras cuarenta años en la capital alemana. Otto Horcher, hijo del fundador Gustav Horcher y afiliado al partido nacionalsocialista desde los años treinta, había hecho los suficientes buenos contactos dentro de la jerarquía nazi como para poder viajar a España en plena contienda, donde tenían algunos amigos.

En Horcher vio a Veronika por primera vez. Recordó su belleza, su elegante porte y su natural caminar seductor, y no pudo evitar sumirse en la melancolía de los que saben que nunca volverán a aquellos tiempos en los que soñar estaba permitido. De nuevo, sintió aquellas incontrolables ganas de beber, como cada vez que la incómoda sombra de ella se le aparecía recriminatoria y desafiante, con sed de venganza. Deseó estar en casa para poder dar un trago. Era la única manera de adormecer los recuerdos que le traían cada uno de los lugares en los que habían estado juntos, sobre todo cuando aún desconocía su farsa.

Bajó la ventanilla y el aire gélido le golpeó en la cara despejándole. Encendió la radio buscando distraer su mente, pero solo hablaban de la guerra. Las tropas alemanas habían evacuado esa misma mañana la región minera de Petsamo, al norte de Finlandia.

—Maldita sea —masculló apagando el aparato.

Cuando Sebastian llegó a casa, encontró a su madre llorando en el comedor. Entre sus dedos sostenía una infusión con pulso tembloroso. Nunca la había visto en aquel estado y se temió lo peor. Arabelle, a diferencia de él, siempre había sido una mujer imperturbable. Ella se levantó al verlo llegar.

—Te llamé a la Cancillería, pero me dijeron que ya habías salido.

—¿Qué pasa, madre?

—Tu padre ha caído prisionero.

Hacía muchos años que Dagna Rollheiser no coincidía con Carl

Friedrich Goerdeler. Sin embargo, el destino hizo que, aquella fría mañana, se encontraran en el centro de Zurich.

—¿Carl? —tanteó la baronesa, no muy segura de que se tratara de él.

El hombre que avanzaba a paso rápido por la acera, se detuvo en seco y giró su rostro hacia ella, con curiosidad por saber quién lo había llamado. No tardó más de un instante en reconocerla, tiempo que había necesitado para aparcar los pensamientos que ocupaban su mente mientras caminaba.

—¡Dagna! —exclamó con una sonrisa—. ¡Dagna Rollheiser! ¡Qué agradable sorpresa!

—Desde luego. No te imaginaba en Suiza.

—Bueno, solo estoy de paso. ¿Y tú?

—Llevo casi un año viviendo aquí.

—¿Huyendo de la guerra?

—Más bien huyendo de la Gestapo. Es una historia un poco larga.

—Tomemos un café. Aún tengo un par de horas hasta que salga mi tren a Berlín.

Goerdeler, aun sin pertenecer a la nobleza, era un hombre muy reputado en Alemania y con innumerables contactos en los medios políticos, eclesiásticos y nobles. Prestigioso economista, en 1934 aceptó trabajar para el Führer con la única intención de influir de alguna manera en la situación económica y financiera del partido nazi. Sin embargo, por aquel entonces, muchos desconocían que se encontraban ante un detractor implacable de Hitler y su política, mucho más, por considerarla irresponsable y peligrosa para la estabilidad del país. Tan solo un año después dimitiría de su cargo, tras no poder impedir una manifestación antisemita organizada por los nacionalsocialistas.

Dagna y Carl entraron en una cafetería cercana y se sentaron en una mesa apartada del gentío que se arremolinaba en la barra. Ella pidió un chocolate y él un café solo.

—Estoy viviendo en casa de Bianca Piaget, imagino que la conoces.

—Por supuesto. Encantadora mujer. Pero, cuéntame Dagna, no te habría imaginado nunca como prófuga de la justicia —le dijo él con cierta ironía.

La baronesa comenzó a relatarle la historia desde que decidiera esconder a aquella familia judía en su desván, hasta acabar acogiendo como falsa sobrina a una espía británica. Mientras, él la escuchaba sin perder detalle.

—Había oído decir que tu sobrina había regresado a Berlín y que trabajaba para von Stumpefegger hijo. Tengo que reconocer que

aquello me resultó extraño, conociendo como conozco tu aversión a esa familia; pero admito que nunca pensé que estuvieras relacionada de alguna manera con los británicos.

—Yo directamente no.

—¿Quién fue tu intermediario?

—Daniel Caine.

—¿Caine? ¿El hijo de Nick Caine y Erika Ludendorff?

—El mismo.

—Vaya, interesante.

—¿Por qué? ¿Lo conoces?

—Algo así.

—¿En qué andas metido, Carl?

—La última vez que nos vimos andaba viajando por diferentes países, intentando concienciarles del peligro que suponía el nazismo para Europa y para el mundo entero, ¿recuerdas?

—Sí, justo antes de que comenzara la guerra.

—Sin embargo, de nada ha servido todo mi esfuerzo porque han hecho oídos sordos a mis llamamientos, aun utilizando mis contactos. Al final me he dado cuenta de que los alemanes estamos solos, que por diferentes motivos no nos toman en cuenta y ya sabes, en su día me negué a huir y me negaré a huir. Muchos como yo estamos luchando desde dentro contra el nazismo. Cada vez somos más. Lo mejor es que, salvo los comunistas, diferentes grupos de resistentes, con ideales diferentes y provenientes de diversos extractos sociales, nos estamos uniendo para acabar con ellos. Pero a lo que voy. Hace un par de meses, tuve la ocasión de conocer en persona a Daniel Caine en uno de estos círculos y me pareció un joven con mucha personalidad y de ideales firmes, aunque me dio la sensación de que sufría por algo que desconozco y que tampoco hice por averiguar.

—Su novia es la espía británica que tuve en mi casa, ahora en paradero desconocido.

—Vaya, lo lamento. La detuvo la Gestapo, imagino.

—No lo sabemos con seguridad, pero sospecho que sí.

—Todos estamos arriesgando nuestras vidas.

—¿Hasta qué punto? Daniel es muy importante para mí, es como el hijo que nunca tuve. No quiero que le pase nada.

Carl acercó su rostro al de Dagna, como quien va a contar un secreto.

—Se está fraguando un atentado contra Hitler —susurró a su oído—. Muchas personas estamos involucradas directa o indirectamente.

Dagna se llevó la mano a la boca, ahogando un grito.

—¿Y qué función tiene Daniel en toda esa historia? —le

preguntó sin ocultar su preocupación.

Carl movió la cabeza de un lado a otro observando su alrededor.

—Todo saldrá bien.

—Yo no estoy tan segura.

Carl hizo un inciso para pagar la cuenta.

—He de irme ya. Espero que volvamos a vernos pronto —dijo poniéndose en pie—. Le diré a Daniel que te he visto.

Ambos salieron del local en silencio.

—Al final no me has contado cómo escapaste de la Gestapo —dijo Goerdeler calándose el sombrero.

—No tiene demasiada importancia —le contestó la alemana.

—Ya tendremos tiempo para hablar con más tranquilidad. Cuando todo esto acabe, te invitaré a casa. Anneliese estará encantada de verte.

Dagna lo observó alejarse caminando, con una amarga sensación recorriéndole las entrañas. Algo en su interior le decía que Carl Friedrich Goerdeler y ella nunca volverían a verse.

67

Aquella habitación en la que desperté me resultaba familiar. Aturdida, como quien sale de un largo coma o una profunda anestesia, busqué entre mis recuerdos una conexión a aquel lugar con olor a lavanda y flores secas.

Los rayos del sol se colaban por la ventana iluminando la estancia. Las sábanas, limpias y blancas, cubrían mi desnudez. A mi lado, en una mesita de madera, descansaban varios medicamentos; también, jeringuillas. Los observé con atención comprobando que se trataban, en su mayoría de complejos vitamínicos: A, B, C, tiamina, riboflavina, glucosa, hierro… incluso, sinestrol, excelente para la caída del cabello.

De pronto, recordé los últimos instantes antes de perder el conocimiento: la puerta de la celda abriéndose, las pisadas acercándose, la caricia, mi acuciante sed saciada, la inyección en mi brazo… Alger. Sí, Alger susurrándome palabras de sosiego mientras llegaba la oscuridad, la nada. Poco a poco, hilvanando escenas, llegué a dar con los recuerdos que me situaban tiempo atrás en aquella misma habitación. Allí pase varias noches, en lo que duró la convalecencia de él, de Alger Koch.

La puerta se abrió y el comandante del campo atravesó el umbral. Lucía su impecable uniforme de las SS sin la gorra. Sonrió al verme despierta. Atravesó el cuarto y sin mediar palabra preparó una inyección. Yo observé, con el ceño fruncido, contrariada. ¿Qué sabía él de medicina? Como si me hubiera leído el pensamiento, me inyectó el medicamento mientras me explicaba para mi sorpresa que al igual que yo, había estudiado medicina; aunque, lo había dejado en segundo para dedicarse a la economía, presionado por su padre y tal como dictaba la tradición familiar.

—No sabes nada sobre mí —dijo concluyendo su breve relato.

Yo permanecí en silencio. Aún me encontraba débil, sobre todo mentalmente, pero lo bastante lúcida como para no olvidar el tormento por el que había pasado en aislamiento durante varios meses. Largos meses que bien podrían haberme costado la vida y, cuyas secuelas, serían difíciles de superar.

—Te recuperarás.

—Hay heridas para las que no existen medicinas —le dije haciendo alusión a las fracturas del alma.

—No me dejaste opción.

—Siempre hay opción.

—¡No aquí! —bramó—. Me presionaron para que ordenara tu fusilamiento, sin embargo, me opuse. Muchos deseaban tu muerte, Helen.

—¿Por qué no lo hiciste?

Alger me miró unos instantes. Sus profundos ojos verdes se clavaron en los míos, llenos de una compasión que creí, hasta ese momento, inexistente en él. No obstante, no dijo nada. En silencio, caminó hacia la puerta y, sin volver la vista atrás, abandonó la habitación.

Le sentí caminar por la casa durante unos minutos hasta que se marchó. No sabía el tiempo que estaría fuera, era probable que poco, pero eso no me disuadió de levantarme y curiosear la vivienda, una vez hube cubierto mi cuerpo con una toalla.

La vivienda constaba de una sola planta dividida en diferentes estancias: dos habitaciones, un despacho, baño, cocina y un amplio salón-comedor; todo decorado, sino con grandes lujos, sí de manera cuidada y elegante. La temperatura era agradable, concretamente en el salón donde una chimenea caldeaba el ambiente sin cargarlo.

Recorrí el pasillo con dificultad, torpe; apoyándome de tanto en tanto en las paredes. Me sentía flotar, seguramente por los efectos de algún sedante. No llegué a entrar en ninguna de las estancias, comprobando desde la puerta que cada una de ellas se encontraba en perfecto orden. Iba a dar la vuelta para regresar a mi habitación, cuando algo me llamó la atención. Sobre la mesa del comedor había varios periódicos. Me acerqué hasta allí y observé con curiosidad sus portadas. Desubicada en el tiempo, busqué las fechas de aquellos noticieros. Eran de días diferentes, el último del 11 de abril de 1944, con dos titulares que rezaban:

“Los soviéticos entran en Odessa y La RAF lanza sobre el norte de Francia más de tres mil toneladas de bombas”.

El corazón me dio un vuelco al leer aquellas palabras. Olvidando por completo mi primer impulso de averiguar en qué día me encontraba, abrí las páginas de aquel noticiero, ansiosa por saber sobre la guerra.

Los alemanes ocuparon Odessa, a orillas del Mar Negro, en 1941, donde según esa información que leí, fueron expulsados por los soviéticos en el día de ayer, 10 de abril de 1944. Aquello solo significaba una cosa: los alemanes retrocedían. El ejército rojo no solo había conseguido frenar a la Wehrmacht, la estaba enviando de vuelta a Alemania.

—Dios mío, ¿puede ser esto cierto? —me pregunté en voz alta.

Tuve que tomar asiento unos minutos, pues me sobrevino un ligero mareo repentino, lo más seguro por la combinación de mi baja tensión arterial con la emoción experimentada ante aquella

noticia. Pero aún quedaba mucho por leer. En cuanto sentí que comenzaba a recuperarme, tomé otro periódico, uno cualquiera, fechado el 10 de septiembre de 1943, es decir, de siete meses atrás.

La portada, esta vez, rezaba:

"Alemania ocupa Italia y desarma su ejército".

Sin entender cómo habían llegado a ese punto, busqué la noticia en el interior. Los italianos habían firmado un armisticio con los aliados a espaldas de Hitler, tras la ocupación de gran parte del sur del país por tropas británicas y estadounidenses. Mussolini había sido, no solo destituido, también detenido. Ahora, el mariscal Bodoglio por mandato del rey Víctor Manuel III era el presidente de Italia.

Dejé el periódico sobre la mesa y me recosté en la silla intentando acompasar mi agitada respiración. Todo me daba vueltas. Demasiada desazón para mi tocado sistema nervioso.

Alemania perdía la guerra y aquello cambiaba por completo mi situación en aquel campo de concentración. Después de tanto tiempo viviendo entre tinieblas, entregándome con indiferencia a mi infortunio mientras esperaba a que la muerte me salvara del dolor, sentí como si una luz se extendiera ante mí, como si remanso de esperanza y vida me envolvieran. La victoria sería nuestra. Ahora estaba segura. Esa fuerza interior que siempre me caracterizó, pareció renacer en mi interior, cual ave Fénix de sus cenizas. Debía sobrevivir. Tenía que hacerlo. Por mi madre, por mi padre, por Dagna, pero sobre todo por él, por Daniel. Por mí misma, también. Lo deseaba pese a todo. Alger Koch sería mi llave para conseguirlo. Seducir no parecía dárseme tan mal y era mi única opción.

Me fui a mi habitación, sin reparar en que dejaba los periódicos esparcidos sobre la mesa, delatándome. Demasiados pensamientos me hicieron cometer aquel desliz que después, en verdad, no trajo mayores consecuencias. Tal vez, Alger los dejara ahí de forma premeditada con algún oscuro fin, pero eso solo eran conjeturas mías.

Al entrar al cuarto, de camino a la cama, me sobresaltó mi propio reflejo en un espejo situado junto a la pared. Con inquietud me aproximé hasta él dejando que la toalla que me envolvía resbalara hasta mis pies. Observé mi cuerpo desnudo, famélico, casi atrofiado. Mis pechos antes medianos, turgentes y redondeados, se habían convertido en tristes pellejos caídos; mi piel estaba cuarteada, seca; mis huesos prominentes manifestaban una clavícula, unas costillas… demasiado grandes; mi cabello ralo evidenciaba algunas calvas; y mi rostro, ¿cómo definir su estado? Aparté la vista de aquel reflejo con el que no me identificaba,

confirmando el error que, sin pensarlo, había cometido creyendo que conseguiría sobrevivir en aquel lugar seduciendo a Alger. Ningún hombre podría sentir hacia mi nada que no fuera pena, compasión o, en su defecto, asco. Mis vehementes ilusiones se volatilizaron en el aire hasta desaparecer cual fugaz espejismo.

Me introduje entre aquellas sábanas y, en la comodidad de aquella cama, me sumí en una duermevela intermitente que duró algunas horas. Un portazo en la puerta principal anunció la llegada de Alger, despertándome. Pude oír sus pisadas por el piso detenerse en algún punto y proseguir hasta mi habitación. Entró sin llamar.

—¿Interesante tu excursión? —me preguntó dejando su gorra sobre un sillón.

—No sé de qué me hablas —le dije apartándole la mirada, sin entender que había delatado mi salida de la habitación.

—¡No me mientas! —gritó.

Se quitó la guerrera y la colocó con cuidado sobre el sillón, al igual que había hecho con su gorra instantes antes. Después, se sentó en la cama junto a mí. Parecía decepcionado, casi melancólico.

—Helen… No me odies, por favor. Yo… —su voz se quebró.

Nos miramos unos instantes, antes de que Alger se inclinara un poco sobre mí y me acariciara la mejilla. Su cercanía me llenó de desazón. Olía a perfume. Ese mismo aroma que me llevó estrepitosamente hasta aquellas navidades en casa de Sebastian. Cerré los ojos en un vano intento por retener aquellos pensamientos en la cámara sellada de mi memoria. Sin embargo, solo conseguí vislumbrar las escenas de aquella noche con mayor nitidez. Su mirada de deseo, pero, sobre todo, de admiración; su amena conversación, pero también inteligente; su seguridad, su educación, su porte, su madurez…

Nuestros rostros se acercaron, no puedo decir que lo hiciera de forma consciente. En aquel momento me encontraba muy lejos de allí, embriagada por la nostalgia vivida de aquella mujer que un día fui y que por unos instantes olvidé que ya no existía.

Los labios de Alger se posaron en los míos, arrastrándome a un mundo de emociones desconocidas y encontradas que poco después me invadieron de remordimientos. Su beso, cálido y tierno, me hizo estremecer haciéndome olvidar quien era yo y también él. Me entregué con la vehemencia que se entrega el náufrago a su tabla, la que sabe que es su única salvación. Sin embargo, tan pronto pareció cobrar conciencia, se separó de mí y, poniéndose en pie como inducido por un resorte, me reconoció que había sido un acto impulsivo y desafortunado por su parte.

—Mi aspecto te repugna, ¿verdad? —le dije yo entonces,

aterrizando en la triste realidad.

—No me refería a eso en absoluto. Tu atractivo no radica solo en tu belleza física —me dijo con contundencia, mientras se encendía un cigarrillo—. Pero no quiero que hagas nada que no desees de verdad. No soportaría pensar que no soy más que un mero instrumento para conseguir tus fines.

—¿Qué fines, Alger? ¿Qué fines puedo tener aquí dentro? —le dije haciéndome la inocente.

Sus ojos me observaron en silencio. En ellos pude ver el brillo perspicaz de esas personas a las que ningún detalle les pasa inadvertido. En su rostro se dibujó una sonrisa torcida.

—No te hagas la ingenua. No te pega.

A pesar de tener a Alger como un hombre inteligente, me sorprendió su habilidad para percatarse de mis intenciones. Aunque en lo referente a aquel beso, estuviera equivocado por completo.

—Lo deseaba —afirmé en referencia a nuestro acercamiento.

Estaba siendo sincera, pero entendí sus reticencias a creerme después de tantas mentiras. Entonces se acercó a mí, me levantó el rostro agarrándolo por el mentón, mientras sus ojos buscaban en los míos la falacia.

—No, no como deberías —dijo soltándome la cara—. Pero lo harás, terminarás haciéndolo. Estoy seguro.

Me levanté de la cama a la hora de comer atraída por el rico aroma que recorría toda la casa. Busqué en el armario algo que ponerme hasta dar con una amplia y limpia camisola de color blanco. Salí de la habitación y, recorriendo el pasillo, me percaté de que no tenía apetito alguno. Sin embargo, debía alimentarme; era vital para mi recuperación.

La mesa estaba puesta para dos, pero Alger mantenía una conversación al teléfono. Yo lo ignoré y me acerqué a la ventana desde donde divisé el campo. Con cierta perplejidad después de casi cuatro meses alejada de aquella imagen, observé que los prisioneros habían aumentado considerablemente. No entendía a qué podía ser debido, pero no me fue difícil imaginar el cambio drástico en las condiciones de vida de los internos. Aquello significaba menos comida, más hacinamiento, mayor propagación de enfermedades, en definitiva, más muertes.

—¿De dónde han salido tantos prisioneros? —le pregunté a Alger una vez hubo colgado la comunicación telefónica.

—Están evacuando algunos campos.

—¿Evacuando?

—Sí.

Me quedé unos segundos pensativa. Si aquellos prisioneros habían sido trasladados a Dachau tras evacuar sus campos de

procedencia, solo podía ser para evitar su liberación. Una sonrisa se dibujó en mis labios cuando comprendí que la línea del frente estaba más cerca de Alemania de lo que jamás pudiera haber imaginado.

—Entonces, ¿es cierto? —lo interrogué girando mi rostro hacía él—. ¿Alemania pierde la guerra?

—No te hagas ilusiones —me dijo impertérrito.

68

A comienzos de 1944, Daniel ya había acudido a cinco reuniones de la resistencia en la mansión von Moltke. Siempre iba acompañado por Barbara y, en algunas ocasiones, también por su hermano Thomas von Hase, a quienes recogía con su coche en Steglitz. Thomas no podía asistir a la mayor parte de las tertulias, pues sufría dolores crónicos por una herida de guerra que le dejaban postrado en cama durante días enteros. Sin embargo, eso no impidió que entablaran en poco tiempo una buena amistad.

Daniel, al igual que le había pasado con los hermanos, había ido conociendo durante aquellas reuniones a diferentes e importantes personalidades que de otra manera nunca hubiera podido llegar a tratar. Entre todos ellos se daba una fuerte camaradería, incluso con los que no pertenecían a los altos extractos sociales de la sociedad. A los obreros también se les tenía en cuenta.

Los grupos resistentes de conservadores, demócratas liberales y centristas provenientes de la aristocracia y alta burguesía se unieron tanto al movimiento obrero como también a sindicalistas de derechas e izquierdas. Sus convicciones comunes, sobre todo el fuerte sentido antinacionalsocialista, hicieron factibles esas alianzas. De este modo, la economía dejaría de ser absolutamente capitalista, —centrándose también en las necesidades de la población obrera—; se alejaría por completo de una posible revolución bolchevique y daría al golpe de Estado una base popular. De hecho, de llevarse a cabo con éxito, la acción conjunta de obreros y militares le otorgaría una legitimación democrática absoluta que desencadenaría en una Alemania libre, alejada de dictaduras.

El objetivo del círculo de Kreisau, lejos de involucrarse en atentados, era establecer una serie de proyectos para el futuro del país, entre los que destacaban una reforma territorial, el restablecimiento de las autonomías y la restauración de principios que debían partir de la moral cristiana. A fin de cuentas, no era más que regresar a las tradiciones de tiempos de Bismarck, cuando existía un Estado de derecho.

Daniel, como estudiante de economía, junto a Carl Dietrich von Trotha, primo de von Moltke y a Horst von Einiedel, también estudiante de economía, se involucró en las reformas concernientes al sector económico. Los tres apostaban por romper toda política de nacionalización e inclinarse en su lugar por una economía de mercado, más propicia de garantizar la prosperidad del pueblo y un

correcto abastecimiento de los bienes de consumo.

Una mañana de comienzos de marzo Daniel tuvo el placer de conocer a Johannes Popitz, ministro de finanzas de Prusia, y de escuchar sus acertados puntos de vista antes de que tomara la voz en el círculo.

—Apuesto por dos sistemas de administración. Uno al servicio del Reich, otro formado a instancias de la administración autónoma.

—Supongo que debería englobar a las administraciones de los municipios y a las de los distritos urbanos y rurales.

—Así es. De esa manera, tanto los distritos urbanos como los rurales tendrían un solo sistema administrativo.

—Dentro de una economía mixta.

—Sí, una la libertad empresarial con el convencionalismo de Estado.

—Tengo entendido que, al igual que tú y nosotros, Goerdeler también ha presentado un proyecto de reforma económica similar.

—Salvo algunos puntos. Goerdeler admite elecciones uninominales. Cree que de ese modo se conseguirá combatir la masificación, de manera que no acabe con la democracia. ¿Tú qué opinas?

—Bueno, según tengo entendido, eso se conseguiría también quitando los escrutinios de listas.

—Por supuesto.

Después de unos minutos debatiendo con Popitz, este se puso en el centro del grupo formado por veintitrés personalidades, dispuesto a exponer sus proyectos. Justo antes de que comenzara a hablar, Goerdeler, amigo de Popitz y también economista, se acercó a saludar a Daniel. Era la primera vez que el joven lo veía, aunque había oído hablar mucho de él.

—Buenas tardes, Caine. Mucho gusto —le dijo extendiéndole la mano.

—El gusto es mío —respondió el joven a su saludo y algo extrañado de que, entre tanta gente con la que mantenía estrechas relaciones, se dirigiera a él.

—No habíamos coincidido durante estos meses que llevas con nosotros... Me alegro de hacerlo al fin. Alguien me dio saludos para ti.

—¿Alguien?

—Dagna Rollheiser.

—¡Oh, Dagna! —a Daniel se le iluminó la cara al oír el nombre de su querida amiga—. ¿Cómo está?

—Muy bien, pero preocupada por ti.

Popitz comenzó a hablar y todos los reunidos guardaron absoluto silencio dispuestos a escucharle con atención. Sin

embargo, durante los primeros minutos de discurso, la mente de Daniel recordó a Dagna con cariño, desconectando de lo que allí estaba aconteciendo. Siempre tan amable y considerada. Sonrió para sí deseando que pudieran volver a verse pronto, ansiando que el atentado que fraguaban los militares fuera un éxito y Alemania quedara liberada, al fin, de aquel horror en el que estaba sumida. Tras un rato abstraído en el pasado, volvió al presente, a la mansión Moltke y escrutó cada uno de los rostros que allí se habían concentrado. Maravillado y orgulloso de su sangre germana, comprobó la cantidad de alemanes que trabajaban en la sombra para derrocar, de una manera u otra, al nazismo y a sus asesinos.

Aquella tarde de finales de enero los tres regresaban de Silesa en coche, cuando Barbara invitó a Daniel a subir a su casa. El joven dudó unos segundos, pero Thomas lo terminó convenciendo sin demasiada insistencia.

—Vaya, mi hermano debe de tener mayor poder de convicción que yo —bromeó la joven pelirroja.

—Por supuesto que tengo mayor poder de convicción que tú —le espetó Thomas divertido.

Hacía tiempo que había anochecido cuando Daniel aparcó frente a la majestuosa villa de los von Hase, un representativo edificio de tres plantas y enormes ventanales, rodeado por una inmensa finca a la que se accedía a través de una puerta de hierro forjado. Los árboles desnudos dejaban ver la fachada desde la lejanía. Pero Daniel imaginó que en primavera, toda aquella vegetación florecería; y la casa, entonces, celosa de su intimidad, se sumiría en la privacidad absoluta e inescrutable.

Atravesaron el camino de tierra iluminado a ambos lados por una hilera de farolas que indicaban el recorrido a seguir hasta la entrada principal, una puerta de madera, doble hoja y aldaba con forma de león. Una mujer les abrió y Barbara le entregó su abrigo sin apenas mirarla. Daniel estaba casi seguro de que la joven aristócrata no era mala persona ni tan siquiera frívola como la mayoría de las mujeres de su clase, sin embargo, poseía ese cierto egoísmo y altanería característico de quien ha vivido toda su vida entre algodones.

—Me permite, caballero —le dijo la señora del servicio a Daniel.

—Gracias —le dijo este entregándola su abrigo.

La chimenea ardía en el salón, donde Barbara y Daniel tomaron asiento mientras Thomas servía tres copas de vino.

—Te manejas muy bien, a pesar de… los dedos —le dijo Daniel a su nuevo amigo, refiriéndose a los tres muñones que le habían quedado en la mano derecha.

—Práctica, práctica y práctica. Estoy casi seguro de que a estas

alturas podría disparar hasta un arma.

Cada uno tomó sus copas y, antes de que le dieran el primer sorbo, Barbara propuso un brindis.

—Por la libertad.

—Por la libertad —respondieron los muchachos al unísono.

El teléfono sonó en aquel instante y Thomas que, recién se había sentado en uno de los sillones que rodeaban una mesa baja de madera, se levantó.

—Me preguntaba cómo —Daniel buscó las palabras adecuadas para no ofender a la joven—, te decidiste a entrar en la resistencia.

—¿Por qué dices eso? —le preguntó ella algo suspicaz.

—Bueno, eres muy joven y tienes toda la vida por delante…

—Entiendo. Crees que soy una de esas chicas frívolas a las que solo les importa su propio bienestar, ¿no es así?

—No, no es eso.

—Entonces, ¿qué es?

—Es solo que se te ve tan frágil, tan… no sé cómo explicarlo sin que te ofendas.

El joven von Hase colgó el aparato tras haber hablado unos minutos en susurros inaudibles.

—He de irme, chicos. Nos vemos —se despidió saliendo del salón apresurado, sin más explicación.

A Daniel le resultó extraña la repentina urgencia que mostró Thomas por irse. Sin embargo, a Barbara pareció no importarle, como si fuera algo común en él o como si hubiera estado deseando que su hermano desapareciera durante unas horas con cualquier pretexto. De pronto, verse a solas con aquella cautivadora joven, le hizo sentir incómodo. Sabía que se sentía atraída por él, lo demostraba en cada uno de sus gestos que, aunque sutiles, emanaban una inocente seducción.

—Mi padre, como bien sabes, es militar —le dijo Barbara. Daniel asintió—. Él pertenece a la resistencia desde sus comienzos, es decir, desde antes de que comenzara esta guerra. Mucho antes. Yo era muy pequeña entonces, pero fui creciendo con la idea de que solo la muerte de Hitler nos liberaría de esta dictadura que nos oprime y somete a malvados designios, que mata a inocentes y nos enfrenta a nuestros semejantes, y solo porque adoran a un Dios diferente al nuestro. Sé que no soy valiente. Tampoco fuerte. Ni siquiera decidida y puede que tampoco lo suficiente madura. Pero ¿sabes qué? Que quiero apoyar esta causa, aunque sea solo con mi presencia, aunque sepa que puede costarme la vida. Si no lo hiciera, sería como esos que miran hacia otro lado, como esos que dicen no saber qué hacen con los judíos o con los enfermos mentales cuando están desapareciendo frente a sus mismas narices.

Ambos se quedaron en silencio, mirándose fijamente a los ojos. Entonces, un trueno resonó en la noche como si el mismísimo cielo se fuera a abrir en dos.

Daniel sintió que la carne se le ponía de gallina. No sabía si por el abrasador discurso de Barbara o por el fuerte y repentino clamor que el cielo había expulsado de sus fauces. El joven se puso de pie. Se había quedado sin palabras. Se acercó a la ventana y descorrió las cortinas. Un relámpago iluminó la oscuridad durante un par de segundos precediendo a un aguacero. Si no aflojaba, tendría que pasar la noche allí, a solas con ella. Barbara se acercó a él y le acarició la espalda observando la lluvia y provocándole un estremecimiento.

69

Aquella fría mañana de comienzos de mayo me despertó el sonido sordo de un disparo. Pensé que había sido producto de mi imaginación, cuando, en un corto intervalo de tiempo, se produjo una segunda detonación confirmando mi error. Me levanté de la cama alarmada por la cercanía de los disparos y, cubriéndome con una bata de seda, regalo de Alger, salí de mi habitación dispuesta a averiguar con exactitud su procedencia.

Los ensordecedores estallidos procedían del salón, hacia donde fui presa del pánico. Allí observé horrorizada como Alger disparaba una y otra vez con su fusil, un K43 con mira telescópica, a todo ser humano que su arma era capaz de alcanzar desde aquella distancia.

—¡Para! —le grité tapándome los oídos por el fuerte ruido—. ¡Para, Alger! ¡Para!

Bramé desesperada hasta quedarme sin aliento. Sin embargo, solo pareció reaccionar cuando lo agarré de los brazos. Se detuvo y giró su rostro hacia mí. Estaba surcado de lágrimas, con la mirada propia de un enajenado, ida y delirante.

Dejó el arma y, poniéndose en pie, buscó en mi abrazo el escape a su dolor. Lloró como un niño, mientras yo en silencio intentaba consolar con mi presencia aquello que desconocía y, por tanto, no podía comprender. Poco a poco, su llantera fue cediendo y, con ella, sus característicos espasmos.

Nos sentamos en el sofá y nos encendimos nuestros respectivos cigarrillos. Alger buscó durante largo rato palabras que intentaran justificar aquel abominable acto que acababa de cometer y que, según supe más tarde, se había cobrado la vida de cinco prisioneros soviéticos. Esperé paciente. Sin preguntas.

—Mi mujer ha muerto —me confesó, finalmente, llevándose las manos al rostro.

Aquella revelación inesperada me dejó sin palabras. Nunca habíamos vuelto hablar de ella desde aquella noche en casa de los von Stumpfegger. No había salido a colación en nuestros escuetos temas de conversación y yo tampoco me había atrevido a preguntarle. Alger parecía abatido de corazón por la triste noticia.

—Lo siento mucho —musité.

—Jamás quise a otra mujer que no fuera Idonia… hasta que te conocí aquella noche. Te convertiste en una obsesión que se fue disipando con el tiempo y las circunstancias, pero nunca dejé de recordarte. ¿Cómo imaginar que el irónico destino te traería hasta

mí de esta manera? Fue volver a verte y poco a poco fui alejándome de ella —sus ojos verdes se aguaron como profundos océanos de nostalgia—. No solo dejé de anhelar su presencia, también dejé de llamarla con la habitual asiduidad. Tú te convertiste en el centro de mi vida y ella pasó a relegar un segundo plano que, si bien no podía evitar, me llenaba de oscuros remordimientos. Ahora… ahora creo que su muerte es mi castigo, Helen.

—Creo recordar que estaba como auxiliar voluntaria en el frente… —le dije ignorando sus alusiones hacia mi.

—Sí, recuerdas bien —dijo sonriéndome con melancolía.

—Sabes tan bien como yo el riesgo que conlleva ese puesto, imagino que ella también lo sabría. Era muy factible que ocurriera lo que ha ocurrido, Alger.

—Le dije que no fuera, que se quedara en Berlín… Pero era demasiado obstinada… y temeraria. Como tú.

Me mantuve unos segundos callada, buscando como desviar el rumbo de aquella conversación.

—¿Cómo la conociste? —quise saber entonces.

—En la universidad. Estábamos en primero de medicina.

—Sin embargo, ella no era médico.

—No, ni yo tampoco lo soy. Estalló la primera guerra y tuvimos que dejar la medicina. Yo fui llamado a filas y ella se presentó como auxiliar enfermera tras hacer un curso. Pero, a diferencia de ahora, la destinaron a un hospital de campaña bastante alejado de primera línea.

—¿No la retomasteis después?

—¿La carrera? No, nos pusimos a trabajar. Hacía falta el dinero en nuestras casas. Alemania vivía por entonces momentos muy duros y, pese a ello, siempre estuvimos muy unidos, luchando contra viento y marea frente a todas las dificultades que nos sobrevinieron por aquellos entonces. Después, estudié economía casi obligado por mi padre. ¡Ay, Helen, no sé qué haré sin ella ahora!

—No sé cómo puedo ayudarte —concluí.

—Quédate conmigo.

Yo asentí. Si bien allí contaba con unas comodidades extraordinarias para mi situación como prisionera, meses atrás me habría negado a vivir bajo el mismo techo que aquel maldito SS. Sin embargo, de pronto, su compañía ya no me resultaba desagradable, más bien todo lo contrario. Pese a nuestras abismales diferencias, algo nos unía en aquel infierno, más allá de la mera soledad que ambos compartíamos.

—Si vuelve a repetirse algo como lo de hoy, volveré a mi barracón sin mirar atrás —le dije muy seria.

—No tengo la menor duda de que lo harías.

—Prométeme entonces que no se repetirá.

—Lo prometo.

—¿Te encuentras mejor? —le pregunté dando por zanjada la conversación.

—Sí, gracias. Solo una cosa más.

—Dime.

—¿Amas a alguien?

Dudé unos segundos la respuesta. Allí dentro era difícil sentir algo más allá del mero deseo de subsistir. Sin embargo, Daniel estaba en mi pensamiento casi a diario. No con la fuerza de antaño, pues mi alma permanecía en una continua zozobra, pero sí con la clara convicción de que si conseguía salir viva de allí, lo buscaría, dispuesta a retomar nuestro tiempo robado.

—Tus dudas me hacen imaginar que sí —me dijo al ver que tardaba en responder.

—Sí, así es —le confirmé.

—Es un hombre afortunado.

—Prepararé el desayuno —dije poniéndome en pie.

Desde la cocina, mientras sacaba un plato en el que poner el embutido, oí abrir el grifo de la bañera e imaginé que Alger habría decidido ducharse entre que yo disponía la primera comida del día. El comandante, así como supuse el resto de SS, contaban con una amplia variedad de alimentos procedentes de la granja que poseía el campo. Mientras que ellos se llenaban el estómago, nosotros, los prisioneros, moríamos de hambre a pocos pasos.

Servía el café en dos tazas, cuando Alger entró en la cocina. Me giré al sentirle y comprobé que iba desnudo secándose el cabello mojado con una toalla. Un poco perturbada por aquella visión, refugié mi mirada en los azucarillos. Sin embargo, no pude evitar que mi mal pulso evidenciara un nerviosismo que no le pasó desapercibido. Se acercó a mí por detrás. Estaba segura de que disfrutaba mortificarme con aquel juego.

—Vaya, no la imaginaba ruborizándose ante un hombre desnudo, doctora Weaver —me susurró al oído.

—Vístete, por favor.

Alger ignoró mi petición y cogió un huevo cocido de los cuatro que había dispuesto en un plato. Con parsimonia, lo comió observándome hacer.

Una vez acabamos de desayunar Alger se marchó y yo me quedé sola, sumida en ese sentimiento de orfandad perenne, que me atormentaba en el silencio de aquel lugar y que, en contrapunto con el exterior, rezumaba una extraña y agobiante tranquilidad. Por primera vez, busqué en el sonido de la radio llenar el vacío que

Alger dejaba tras su ida, pues no había tenido, ni tenía, ningún interés por la emisora del gobierno y sus múltiples falacias. Podría haber intentado manipular el aparato para conectar la BBC, sin embargo, dejé que aquel pensamiento pasara de largo sin más, horrorizada ante la posibilidad de volver al búnker.

La casa del comandante contaba en el salón con una librería plagada de libros. Ojeando entre sus títulos con la monótona voz de fondo del locutor de radio, comprobé, como no podía ser de otra manera, que los que no eran de corte filosófico, eran sobre política nacionalsocialista. No pude evitar recordar la biblioteca de la casa de los von Stumpfegger. Tampoco la de Daniel y Dagna, idénticas en su contenido. Y al igual que me ocurrió entonces, me pregunté cómo tantos alemanes habían aceptado con normalidad aquella amputación a la cultura y a la libertad de pensamiento, imposible de admitir en cualquier sociedad avanzada.

Cierto era que con Hitler una vez en el poder, lo máximo que les quedaba era acatar las leyes so pena de arresto o muerte. Esto dejaba al ciudadano muy pocas posibilidades de decisión, a no ser que se lanzaran a la revolución, acto inimaginable en la disciplinada sociedad alemana. Pero lo que tanto llamaba mi atención no era el hecho de consentir tales vetos, sino la manera en la que los consentían. Lejos de acatar aquellas imposiciones con resignación, la gran mayoría las cumplía con una disciplina que escapaba a mi entendimiento y a mi innata rebeldía contra todo aquello que consideraba injusto o descabellado.

Me encendí un cigarrillo, dispuesta a echar el último vistazo con la esperanza puesta en encontrar algo para amenizar mis tediosos días, dando al final, con un libro que llamó poderosamente mi atención: *Mi lucha*, de Adolf Hitler. Algo así como la “biblia” que, según los nazis, todo buen alemán debía leer. Lo saqué de la estantería y, llevada por la curiosidad de intentar meterme en el oscuro mundo del Führer desde su mismísima pluma, abrí la primera página.

El libro original, dividido en dos tomos, fue impreso en 1925, ocho años antes de que Hitler llegara al poder. En él, combinó elementos autobiográficos con sus propias ideologías políticas. No me resultó una lectura amena en el estricto sentido de la palabra, pero sí interesante para comprender ciertos episodios de una historia que hasta entonces desconocía. Pese a eso, me sorprendió la sinceridad del Führer en aquellas páginas que fueron escritas durante su estancia en la prisión de Landsberg, en mayo de 1924, cuando fue condenado cinco años tras haber planificado y ejecutado el fallido golpe de Múnich.

Al contrario de lo que siempre pensé o muchos me hicieron

creer mientras viví en Berlín, ningún alemán podía fingir no saber a quién votaba por aquel entonces, pues si de algo no se le podía acusar al austriaco, era de hipócrita. Este libro ya existía y todos los planes que más tarde llevó a cabo, estaban reflejados en él. Ya en aquel tiempo, no escondía ni la necesidad de colonizar el territorio vecino para llevar a Alemania a su máximo esplendor ni su odio enfermizo al pueblo judío y al comunismo, a los que acusaba de ser los dos grandes males del mundo y manifestando sus claros propósitos de exterminio.

Me dediqué varios días a analizar las partes que me resultaron más interesantes de aquel libro, hasta que al final lo acabé tras una semana exhausta de lectura. Me resultaron curiosos sus planes iniciales de alianza con Inglaterra, a quien tenía pensado dejar el control marítimo y colonial que en teoría parecían no interesarle, así como su obsesión con la pureza racial. Pero si algo fue lo que me trastornó por completo fueron sus menciones hacia los discapacitados, a los que se refería como seres defectuosos y para quienes apostaba por una castración forzosa. Leí aquellas palabras con horror, apuntando una más en tantas atrocidades que aquel monstruo de verborrea fácil y carisma embaucador llevó a cabo durante aquellos años y que yo, hasta ese momento, desconocía. Fanatismo, espanto y mucha demagogia definían a mi entender aquel tomo, que devolví con mucho gusto a su lugar en aquella librería.

Aquella noche, mientras Alger y yo cenábamos, saqué el tema del nazismo. Nunca habíamos hablado sobre su pensamiento acerca de aquella doctrina que tantas vidas se estaba cobrando y que, quizá, destruiría lo que un día prometió llevar a la gloria: Alemania. Quería conocer su concepción real, lejos de oídos indiscretos que pudieran acusarlo de traición o derrotismo. Al principio pareció reacio a hablar sobre ello, pero, poco a poco, fue sincerándose. Sería la única vez que le oiría hablar de aquella manera.

—¿Por qué SS? —le pregunté.

—¿A qué viene esa pregunta?

—Me gustaría poder entenderte, Alger.

—No hay nada que entender, Helen.

—Una vez, me dijiste que no eras un monstruo. Me gustaría saber por qué actúas como tal.

—No vayas por ahí.

—¿Por qué?

—¿Qué quieres qué te diga? —me espetó ya irritado por mi insistencia—. ¿Qué lo que está sucediendo en Dachau es repugnante? ¿Eso quieres qué te diga?

—¿Eso es lo que piensas?

—Da igual lo que yo piense. Es un sacrificio que nos impone el Führer y que estamos obligados a cumplir.

—¿Así, sin más?

—Así sin más —hizo una breve pausa y prosiguió—. ¿Acaso no ves que, si me niego a ejecutar las órdenes, me fusilarán para que otro ocupe mi lugar? No puedo sabotear mi trabajo, me vigilan día y noche y tengo que dar cuentas a mis superiores de todo cuanto sucede aquí dentro.

—¿Esas son todas tus excusas?

Alger meditó unos instantes antes de proseguir.

—Siempre amé a mi patria. Cuando me alisté en las SS, lo hice por lealtad a mi Führer, convencido de que sería él quien nos sacaría de esa crisis en la que llevábamos años sumergidos, de que él acabaría con los problemas sociales que nos asolaban día tras día. Ahora ya es demasiado tarde para volver atrás, aunque lo más seguro es que volvería actuar del mismo modo. Siento decepcionarte, Helen. Si buscabas algún tipo de arrepentimiento por mi parte, no lo encontrarás ni ahora ni nunca, aunque eso no exima que no me sienta orgulloso de algunos actos que haya podido cometer.

—Deberías odiarme —le dije tras escuchar sus palabras con suma atención.

—Debería, Helen. Sin embargo, me es imposible. Menos aún, ahora que te he conocido. Tú crees que somos muy diferentes, pero te equivocas. Víctimas o no de este mundo enloquecido que nos ha tocado vivir, ambos luchamos por un ideal que, aunque opuesto, consideramos que es la mejor opción para nuestra patria.

Aquella noche ya en la cama, reflexioné sobre aquella conversación mantenida con Alger. Como sospechaba, poseía fuertes ideales nacionalsocialistas y sentimiento de lealtad para con su Führer, pero pese a sus contundentes palabras y la convicción de sus argumentos, algo me hizo intuir que su alma se lanzaba hacia una lenta deriva que le hacían presagiar malos tiempos para Alemania y para él mismo.

70

Daniel se despertó despacio. Le costó abrir los párpados y habituarse a la claridad que lo cegaba. Cuando lo hizo, comprobó que estaba en su habitación, solo y aún vestido con la ropa que había salido ayer. Fue a incorporarse, pero sintió un mareo que le hizo recostarse de nuevo. Anoche bebió varias copas de vino, no recordaba mucho más, ni siquiera como llegó a casa. Era la tercera vez que pasaba la noche en compañía de Barbara. La primera por un bombardeo, la segunda por una fuerte tormenta, ¿la tercera por qué había sido? Nada. Los recuerdos se le antojaban disipados, pero estaba seguro de que, a pesar del alcohol, no había sucedido nada entre ellos.

La pastosidad de su boca le acució a buscar algo de beber, agua a poder ser, pues ya a esas alturas el zumo de naranja natural y el auténtico café no eran más que cosas del pasado. Miró el reloj y, tras comprobar que su tío pudiera estar aún desayunando, se levantó y salió de la habitación. Adormecido y descalzo, bajó las escaleras hasta la planta baja. Caminando por el pasillo, unas voces procedentes del comedor le pusieron en alerta. Se acercó y, tras la puerta entornada, reconoció la voz de Helmuth Geier, la de su madre y su tio. También la de otra persona. Un hombre.

—Estamos al corriente de sus actividades. Pero no les hemos detenido porque no creemos que puedan suponer ningún peligro para nosotros —dijo el desconocido.

—Pero, según la información que tenéis, confabulan contra el nazismo—esta vez fue Oskar el que habló—. Es inadmisible. No se puede tolerar de ninguna manera.

—Así es. Desde hace años —respondió Geier—. Pero como Alexander os ha comentado, el Círculo Kreisau no lo componen más que unos cuantos remilgados aristócratas y religiosos que no suponen ninguna amenaza.

Daniel olvidó la sed y el malestar y todos sus sentidos se activaron como accionados por un resorte, dispuestos a no perder detalle de aquella conversación. El atentado contra Hitler estaba planeado para llevarse a cabo el mes siguiente, aunque desconocía la fecha exacta, y que la Gestapo estuviera al tanto de las reuniones del círculo le intranquilizaba sobremanera, a pesar de que parecían no conocer verdaderamente nada sobre sus actividades.

—Aun así, los seguimos de cerca —dijo Helmuth—. Una vez a la semana, si no hay nada fuera de lo normal, mis hombres me

entregan un dossier con los movimientos de sus líderes.

—¿Quiénes son? —preguntó Erika.

—Helmuth James von Moltke, Peter Yorck von Wartenburg, Adam von Trott zu Solz... Imagino que los conoces.

—Por supuesto.

—Aunque el que nos preocupa más es Julius Leber.

—Poco te puedo decir sobre ese hombre. A diferencia de los tres anteriores, no he llegado a conocerlo en persona.

—Tengo entendido que hace algunos años fue político del SPD y que ahora trabaja como comerciante de carbón aquí en Berlín—dijo Oskar—. Pero ¿qué le hace especial?

—A diferencia de Moltke, Warteburg y Solz, sabemos que, tras haber sido liberado de el campo de concentración de Sachsenhausen, ha mantenido contacto con algunos militares.

—¿Militares de la Wehrmacht? —preguntó Oskar.

—Sí.

Hubo unos instantes de silencio en los que Daniel dudó si irse de allí o no. La interesante conversación le hizo pecar de imprudente y, cuando quiso darse cuenta, Geier y su compañero de la Gestapo estaban dando por concluida la charla sin dejarle tiempo suficiente para alcanzar las escaleras.

—Bueno, Freiin Ludendorff, un placer conocerla.

—Cariño, está noche nos vemos.

Daniel se metió en la habitación contigua y esperó a que las pisadas pasaran de largo mientras su corazón palpitaba desbocado, más por lo que acababa de escuchar que por la posibilidad de que alguien pudiera descubrirlo allí oculto. No salió de su escondite hasta que escuchó a su madre regresar de nuevo al comedor. Entonces, casi de puntillas e intentando mantener la calma, se acercó a la cocina. Frieda que estaba planchando, levantó la vista hacia él; su mirada increpó su aspecto desaliñado.

—No me mires así, ahora me cambio —dijo de mal humor—. Solo he bajado a por algo de beber.

Daniel no terminaba de acostumbrarse a la rigidez alemana, tampoco en lo referente a la pulcritud que continuamente se le exigía en aquella casa respecto al aspecto físico. ¡A veces echaba tanto de menos su vida en Londres, cuando nadie le juzgaba por su apariencia!

Bebió un vaso de agua con avidez y, mirando de reojo a Frieda, comprobó que había vuelto a concentrarse en sus tareas.

Una vez en la habitación, se deshizo de la ropa y se metió bajo la ducha, dispuesto a que el agua fría le despejara las ideas. Repasó mentalmente las palabras de Geier y el desconocido, pensando en cómo sería adecuado proceder. No creía tener motivos suficientes

para advertir a von Moltke. Solo conseguiría ponerle nervioso y que terminara cambiando las rutinas que la Gestapo veía hasta ahora como inofensivas. Por mucho temple que tuviera, saberse vigilado de alguna manera por la policía de Hitler, angustiaba. Era inevitable. Después de todo, no parecían tenerlo como sospechoso de nada, al igual que a nadie del Círculo, exceptuando a Leber, a quién solo había visto en una ocasión.

Aun así, Daniel no descartaba que se tratara de una estratagema de los nazis. Bien podían estar al corriente de todos sus planes o incluso contar con un infiltrado a fin de detenerles en el momento preciso, cuando tuvieran pruebas lo bastante fehacientes como para juzgarles por alta traición ante el Tribunal Popular. Todo podía ser posible. La Gestapo había demostrado ser retorcida cuando se lo proponía.

La resistencia, a no más de un mes del golpe de Estado que muchos llevaban planeando largos años, se encontraba en un momento crítico y Daniel estaba decidido a averiguar hasta qué punto los miembros del Círculo de Kreisau estaban libres de sospecha. Volvería a casa de Geier, pero tendría que esperar el momento oportuno. Deseó que cuando llegara no fuera demasiado tarde para todos ellos.

Helmuth Geier había cambiado sus meticulosas rutinas. Ahora se mostraba suspicaz y desconfiado, por lo que Daniel necesitó varias semanas para hacerse una idea del patrón de vida que seguía. Tenía que estar seguro de que nadie lo sorprendería, una vez hubiera puesto un pie en aquel piso. Como la vez anterior, aprovecharía el momento en que se encontrara en Wannsee con su madre. Sin embargo, eso no le aseguraba disponer de demasiado tiempo, pues en ocasiones la dejaba plantada a los pocos minutos de haber llegado, con cualquier pretexto que ella entendía sin molestarse. Fuera como fuese, el 5 de julio, sin haber encontrado aún la ocasión idónea para acceder a su despacho, se llevó a cabo la detención de Julius Leber.

Esa mañana, Daniel se encontraba resolviendo unos asuntos de vital importancia en las oficinas centrales del banco, cuando su secretaria, una mujer que rondaría los cincuenta años y con dilatada experiencia en la empresa, llamó a la puerta de su despacho interrumpiéndolo.

—Disculpe, señor Caine. Una mujer quiere verlo.

—¿Qué mujer?

—No me quiso decir su nombre.

—¿Cómo es?

—Elegante, bonita... pelirroja.

Aquel último dato le confirmó que se trataba de Barbara.

—Dígale que pase, Jarvinia, por favor.

La secretaria cerró la puerta tan pronto como la joven cruzó el umbral. Lucía un vestido granate por debajo de la rodilla, con complementos en verde oliva. Un sombrero con redecilla cubría parte de su rostro. Daniel que la esperaba de pie, rodeó la mesa dispuesto a darle un afectuoso beso en la mejilla e invitarla a tomar asiento, a pesar de la imprudencia que había cometido personándose allí. Sin embargo, Barbara, mostrando su consternación, se arrojó a sus brazos hecha un mar de lágrimas.

—Siento haber venido aquí, pero estoy desolada.

—¿Qué ha ocurrido?

—La Gestapo ha detenido a Leber. Claus Stauffenberg y Fabian von Schlabrendorffestán están en casa reunidos con mi padre. Claus se encuentra muy afectado.

Sus miradas lo dijeron todo sin necesidad de palabras. Aquello, sin duda, era una mala noticia para ellos, para el Círculo al completo. El cerco se estrechaba y, por ende, la conjura se vería amenazada ante aquella improvista detención. Tendrían que actuar sin demora.

—Están nerviosos. Dudan que Leber, tras haber pasado cerca de cinco años en un campo de concentración, se encuentre en condiciones físicas y mentales para soportar un interrogatorio y la correspondiente tortura.

—¿Tienes algún sitío donde esconderte si la situación lo requiriera? —le preguntó Daniel. Barbara lo miró confusa, interrogándolo con la mirada—. Vamos, Barbara, piensa. Un lugar donde la Gestapo no pudiera dar contigo.

—Mi hermano me enseñó a utilizar una ganzúa para abrir cualquier tipo de puerta o, por lo menos, la inmensa mayoría. Así es como entramos en los pisos vacíos. Hay edificios enteros que están desocupados. Podría elegir una vivienda al azar. Un ático, por ejemplo.

—Un ático —repitió Daniel pensando en alto—. ¿Y si hay un bombardeo?

—Bajaría al sótano.

Daniel se acarició la barbilla, meditabundo. Se llevó un cigarrillo a la boca e invitó a Barbara a hacer lo propio extendiéndole la cajetilla de Sorte.

—Escúchame, por el momento no vayas a tu casa. Vete al piso donde nos conocimos y espera allí noticias mías.

—¿Qué vas a hacer?

—Algo que debería haber hecho hace ya días.

—¿Y si no vienes?

—Iré.

—Prométemelo.

—Te lo prometo —le dijo mirándola a los ojos.

Barbara salió del despacho y Daniel se dispuso a llamar a la mansión Ludendorff. Frieda cogió el teléfono al segundo tono.

—¿Cuántos seremos hoy a comer?

—Cuatro si usted viene, como siempre.

Erika, Oskar, Helmuth y él. Cuatro.

—Igual voy esta vez con una amiga, aunque aún no es seguro.

—Hay comida suficiente para cinco.

—Bien. Gracias.

Daniel había ideado un plan improvisado en ese mismo instante. Solo esperaba que su espontaneidad no la llevara al absoluto fracaso. Era vital, ahora más que nunca, saber si la Gestapo tenía previstas más detenciones entre los miembros de los conjurados, y estaba seguro de que Geier guardaba esa información en los cajones de su escritorio. Era consciente de que esta vez el riesgo sería mayor. No solo no iba cubierto con sombrero y gabardina que le harían pasar más desapercibido entre la multitud, tampoco llevaría consigo la pistola de Helen. Si lo sorprendían, no tendría con que defenderse. Esto imposibilitaría su huida. Apretó los pulgares en un gesto supersticioso de desearse suerte a sí mismo y esperó a que las horas pasaran mientras intentaba concentrarse en el trabajo.

—Frieda, al final no iré a casa ahora al mediodía. Me va a resultar imposible. Te he llamado solo porque no me gustaría que Helmuth tuviera que estar esperándome en vano para comenzar a comer.

—No se preocupe. La señora ya me dijo hace unos minutos que dispusiera el almuerzo —le contestó ella a través del auricular.

—Vaya, Helmuth llevará ya mucho tiempo esperando… —la tanteó—. Pídele disculpas de mi parte.

—No, apenas llegó ahora mismo.

Daniel sonrió para sus adentros. Había conseguido ubicarlo sin gran esfuerzo.

Tenía al menos media hora para entrar en la casa, hacerse con los papeles que buscaba, leerlos, volver a dejarlos en el mismo sitío y salir de allí como si nunca hubiera estado, sigiloso como una pluma, invisible como un fantasma. Con el tráfico de mediodía, Geier no tardaría menos en llegar desde Wannsee, suponiendo que tuviera que ausentarse a mitad del almuerzo. Tendría que actuar con rapidez, por lo que, sin pensarlo, salió de la oficina y montó en su coche, aparcado a escasos veinte metros de la puerta principal. Una vez hubo arrancado, puso rumbo a Prinz Albrecht Strasse.

La Oficina Central de Seguridad del Reich (RSHA) contaba con

información suficiente como para desmantelar al Círculo de Kreisau y detener a todos sus conjurados. Sin embargo, Himmler, el único que tenía en su poder los reveladores informes, no parecía dispuesto a actuar. Tal vez, ese golpe de Estado que, si no sabía, sí intuía que se estaba fraguando en las sombras, podría llegar a beneficiarlo. Si fracasaban, conseguiría el absoluto control del ejército y, si por el contrario lograban sus objetivos, podría llegar a beneficiarse de la protección de la resistencia.

Cuchillas de luz atravesaban el despacho de Geier. Daniel miró su reloj y comprobó que había perdido cerca de quince minutos en llegar. Se lanzó sobre el escritorio y se dispuso a abrir los cajones intentando mantener la calma. Maldijo al descubrir que todos ellos estaban vacíos y que había ido hasta allí en vano. Por suerte, salió como había venido, con vida, pero invadido por una inmensa desilusión.

Cuando Daniel montó en el coche, se quedó observando el edificio durante unos segundos, como si la visión de aquella fachada fuera a darle las respuestas que no había conseguido encontrar en el interior. Tras unos segundos, arrancó. Iría a buscar a Barbara y le diría que se fuera a su casa. Esperaba no equivocarse. Después de todo, nada la señalaba como sospechosa. Tampoco lo contrario. Y eso le intranquilizaba.

71

Claus von Stauffenberg abandonó su apartamento de la Tristanstrasse, en Zehlendorf, al noroeste de Berlín, acompañado por su hermano, Berthold. Eran las siete de la mañana del 20 de julio de 1944. El chofer los llevó hasta el aeropuerto de Rangsdorf, al sur de la capital, donde Werner von Haeften, ayudante de Claus, los esperaba. Allí, ambos hermanos se despidieron sin saber que nunca volverían a verse. Berthold acudió como cada día a su puesto en el Cuartel General de la Marina, mientras que Claus y su ayudante embarcaban en un avión con destino a Rastenburg, en la Prusia Oriental, donde llegarían a las diez y cuarto de la mañana.

Varios kilómetros los separaban de Gierłoż, la pequeña aldea donde Hitler tenía uno de sus mayores cuarteles militares, la Guarida del Lobo. Un coche los condujo hasta allí atravesando el frondoso bosque que camuflaba los diferentes edificios que lo componían. Comenzaba la cuenta atrás.

Claus había sido convocado para presentar su proyecto sobre la formación de divisiones destinadas a detener al Ejército Rojo y, aunque la Operación Valkiria exigía la muerte no solo de Hitler, también de Himmler y Göring, quienes no estarían presentes en aquella reunión, von Stauffenberg, cansado de retrasar el plan por unas u otras razones y, ante el temor de que la Gestapo lo detuviera en cualquier momento, decidió aprovechar aquella oportunidad. Se encontraba seguro ya que conocía el entorno con el que había podido ir familiarizándose en visitas anteriores y el plan había sido preparado meticulosamente por todos los miembros de la conjura. Sin embargo, en el último momento, Hitler decidió que la reunión se celebraría en una barraca de madera y no en el búnker donde hasta entonces siempre se habían congregado. Seguirían con el plan de todos modos.

Claus, en los momentos previos a la reunión, pidió permiso para ausentarse. Alejado de miradas indiscretas, acudió a la sala de descanso donde su ayudante, von Haeften, lo esperaba con un maletín. En él, estaban las dos bombas de dinamita esperando a ser activadas.

Tardaba más de la cuenta. Con los dedos mutilados de su mano izquierda, no podía manejarlas con facilidad. Solo había activado una de ellas, cuando se vio sorprendido por un cabo que había ido a buscarlo y que, si bien no se percató de nada anormal, su presencia impidió que accionara la segunda bomba.

Claus que llegaba a la reunión tarde, consiguió colocarse a la derecha de Hitler, a pesar de que la sala se encontraba abarrotada. Tras unos minutos, colocó con perfecto disimulo y sangre fría el maletín bajo la mesa, contra una de las patas. Aproximarla más al Führer habría despertado sospechas. Aun así, estaba lo bastante cerca como para que la explosión acabara con su vida. No tardó en abandonar el habitáculo, calculando que la bomba detonaría en no más de media hora. Su salida no resultó extraña ya que era común que la gente saliera y entrara durante aquellas reuniones que podían alargarse durante horas.

Un coche lo esperaba en el exterior con su ayudante, von Haeften, al volante. En ese instante se produjo la explosión. Se calcula que ocurrió entre la una menos veinte y la una menos diez del mediodía, ocasionando una gran conmoción. Los dos conjurados, aprovechando el desconcierto inicial de todos los allí presentes, consiguieron pasar los controles de seguridad antes de que bloquearan el recinto. A la una y cuarto, un avión despegaba hacia Berlín con von Stauffenberg y von Haeften a bordo, seguros de que Hitler no podía haber sobrevivido.

Mientras, en la capital alemana, los cómplices del atentado se preparaban para dar el golpe de Estado. Tal como habían planeado y era fundamental, se bloquearon las líneas de comunicaciones de la Guarida del Lobo.

No tardaron en descubrir que Hitler había sobrevivido.

El día anterior, el 19 de julio, Daniel había instado a Barbara a ocultarse en el piso de Unter den Linden, donde días antes ya había pasado varias horas escondida a espera de noticias del joven. Sin embargo, esta vez, la presionó para que se llevara consigo comida, a fin de garantizarse la supervivencia si las cosas no salían como esperaban. Le costó convencerla. La joven no parecía dispuesta a eludir el destino que la esperaba si fracasaba la conjura, aunque sus ojos no podían disimular el miedo que le sobrevenía ante aquella posibilidad.

—Me llevaré una radio también.

—No. La Gestapo podría interceptar la señal. Tampoco enciendas ninguna luz —le recordó—. ¿Le has dicho a alguien que estarás aquí?

—A mi hermano.

—Bien. Si mañana por la tarde Hitler sigue con vida, tendrás que buscarte otra vivienda —le dijo pensando en la posibilidad de que su hermano pudiera delatar su escondite ante tortura.

Barbara, tal vez agobiada por la situación, rompió a llorar. Daniel se sintió afligido debido a la vulnerabilidad que la joven

mostraba. Pensó en Helen y no pudo evitar compararlas. Eran tan diferentes como los sentimientos que le unían a cada una de ellas.

—Mírame —le pidió. Ella levantó la mirada aguada hacia él—. Yo cuidaré de ti.

Una bonita sonrisa se dibujó en el pecoso rostro de la joven.

Daniel llegó a la mansión Ludendorff a eso de la una del mediodía, justo para comer. Desde ese momento, no volvió a salir, a pesar de que sabía que todos los conjurados estaban reunidos en Berlín perfilando los últimos detalles del golpe de Estado. Se mostró natural, como siempre, sobre todo con Geier, quién no estuvo con ellos más de una escasa hora.

—Las cosas no marchan bien en el banco, mamá. Me he reunido con nuestros mejores clientes, pero los pocos que nos quedaban están sacando su dinero fuera del país. Lo he intentado todo y ya no sé qué más hacer —le confesó a su madre, una vez su novio se hubo marchado.

—Estás haciendo un trabajo encomiable, cariño. Tu padre estaría orgulloso de ti —le dijo dándole un beso en la frente como si fuera aún su niño pequeño.

—No te preocupes tanto —le dijo Oskar—. Remontamos tras una guerra y haremos lo mismo de nuevo.

Las relaciones entre Daniel y Oskar parecían haberse suavizado, por lo menos en apariencia. Daniel no olvidaba la tiranía y el desprecio que su tío le había mostrado tras su llegada del frente, pero se esforzaba todo el tiempo por ganárselo, aunque fuera, como estaba haciendo, demostrando su valía para llevar el banco casi solo, ahora que la mayoría de los consejeros, judíos experimentados y eficientes, habían desaparecido. Aquello parecía satisfacer al general, quien había tenido a su sobrino, hasta ese momento, como un hombre con poca disposición para el trabajo, ya que para Oskar Ludendorff, de antepasados militares y fuerte patriotismo, no conocía futuro más honroso para un hombre que el que proporcionaba pertenecer al ejército.

A Daniel, en verdad, poco le importaba los sentimientos u opiniones que su tío pudiera tener hacia él. Todo se basaba en una estrategia en la que el interés era el principal artífice de aquella falsa sumisión que aparentaba desde que comenzara a moverse entre los resistentes. Quería evitar sospechas innecesarias en casa; también enfrentamientos. Después de todo, ahora más que nunca necesitaba parecer inofensivo para los designios del Führer y sus esbirros. De momento, parecía estar consiguiéndolo, pues incluso Geier ya no enmudecía ante su presencia como tiempo atrás.

A Daniel le costó quedarse dormido aquella noche. Quedaban apenas unas horas para que von Stauffenberg llevara a cabo el

atentado que prometía ser el definitivo. Si lo conseguían, todo habría acabado al fin; si fracasaban, no quería imaginar las represalias para todos los conjurados. Y eran demasiados.

Escuchaba el segundero en la oscuridad. Tic, tac, tic, tac. Un sonido monótono que acabó arrastrándolo a los brazos de Morfeo. En sus sueños, al igual que otras noches, veía a Helen a lo lejos. Podía reconocerla a pesar de la bruma y la distancia que se interponía entre ellos. Entonces, corría y corría hacia ella, pero nunca llegaba a alcanzarla.

Al día siguiente, Erika, Oskar y Daniel almorzaban en el comedor. Esta vez, Geier no había acudido, ni siquiera había llamado para avisar y ya eran más de las dos. Erika estaba intranquila; sabía que aquella actitud no era propia de él. Daniel compartía esa misma desazón, pero por una razón muy diferente.

—Tal vez haya ocurrido algo —expuso Daniel.

—Nos habríamos enterado.

—¿Cómo? Si no está puesta la radio desde hace horas.

—Tienes razón, hijo. La pondré.

La devastadora noticia no tardó en hacerse eco en todos los hogares alemanes. Adolf Hitler había sufrido un intento de atentado en el que habían resultado muertos cuatro generales. Daniel se mantuvo impertérrito, mientras su interior ardía en llamas. Hitler había sobrevivido. ¿Qué era lo que había fallado? Maldijo para sí y pensó en Barbara. Tendría que advertirla cuanto antes. Pero ¿cómo? Ni siquiera había pensado en ello, seguro de que todo terminaría saliendo bien. Por suerte tenía comida para un par de días más, pero aquello no le aseguraría la supervivencia, si la Gestapo detenía a Thomas.

—Malditos malnacidos —murmuró Daniel levantándose de la mesa.

—Hijo, tranquilo. Tendrán su merecido.

—Sí... su merecido...

Daniel salió al jardín. Su mente repetía una y otra vez la frase que acababa de pronunciar su madre alimentándose del odio que le producían aquellas palabras. Se encendió un cigarrillo y caminó de un lado a otro sin guardar un patrón fijo.

Esa misma tarde detuvieron a Stauffenberg, Olbricht, Hoepner y von Quirnheim. Horas después, serían fusilados en Bendlerblock. En los días sucesivos, sus padres, hermanos, esposas e hijos fueron enviados a diferentes campos de concentración.

Barbara estaba sentada sobre el frío baldosín de la cocina. Tenía la mirada perdida de los dementes, las profundas ojeras de los insomnes, la extrema palidez de los muertos y el temblor de los

aterrados. Daniel, angustiado por el estado catatónico en el que se encontraba la joven, se sentó a su lado y comenzó a hablarle con dulzura esperando algún tipo de reacción en su rostro, en su cuerpo.

—Barbara.

—Mátame. O lo haré yo —le pidió sin cambiar un ápice su expresión.

—Pero ¿qué estás diciendo? —silencio—. Por favor, háblame. ¿Qué ha pasado?

—Han detenido a mi padre.

—¿Cómo lo sabes?

—Mi hermano vino.

—No debió hacerlo. Te puso en peligro.

—Han detenido a nuestro padre.

—Pero no a ti. No puedes rendirte.

—Sí, sí puedo.

—No, no puedes.

—Me entregaré.

—Pero ¿qué estás diciendo? —le preguntó Daniel cada vez más alterado.

De pronto, Barbara se puso de pie y, sin mirarle siquiera, comenzó a andar a paso decidido hacia la puerta. Daniel, sorprendido por su repentina reacción y, sin saber qué decir o hacer para detenerla, la agarró del brazo ya en el pasillo. Girándola hacia sí, la besó en los labios. Sabía que ella llevaba tiempo deseándolo. Puede que él también lo hubiera querido en algún momento. Sin embargo, fue un beso forzado, al que el joven se entregó solo para evitar que Barbara, en su desesperación, se entregara a los brazos de la muerte.

Ella volvió en sí. Los labios de Daniel la trajeron de vuelta a una realidad que, pese a ser inaguantable para una joven que hasta ese momento lo había tenido todo, le brindaba un motivo para vivir, un motivo para seguir luchando contra la adversidad. Daniel no se sintió bien con aquel acto, pues de alguna manera era consciente de que con aquel beso le estaba dando unas esperanzas que no existían. Con otra mujer hubiera sido diferente, sin embargo, conocía lo suficiente a Barbara como para saber que ella, en su ingenuidad y su inexperiencia, interpretaría aquel gesto como si se tratase de una promesa de amor.

La joven lo miró unos instantes. Después, volvió al interior de la vivienda. Daniel la siguió hasta el salón, donde ambos tomaron asiento en las mismas butacas en las que hablaron por primera vez. La observó en silencio. Se había cruzado de brazos y tenía el ceño fruncido. El joven se preguntó qué estaría pasando por su cabeza en aquellos momentos.

—No sé si podré soportar este encierro durante mucho tiempo —le dijo entonces.

—Podrás, Barbara. Claro que podrás soportarlo. Hazlo por tu padre, por su lucha.

—Yo elegí que fuera mía también y ahora siento que no puedo aguantar todo esto. Me supera. Con gusto cerraría los ojos para no volver a abrirlos nunca más.

—Un día todo esto habrá acabado y te sentirás orgullosa de poder decir que luchaste hasta el final.

—No tengo la suficiente fortaleza, Daniel. No la tengo.

—Barbara…

—Sssssch. Déjame continuar —lo cortó—. Aun así, lo intentaré. Estos días he estado comprobando que en el edificio de enfrente hay varias viviendas vacías. Nadie enciende la luz ni mueve las persianas. Estaré allí. En el tercero o en el cuarto.

—Tal vez pasen semanas sin que pueda ir a verte. Eres consciente, ¿no?

—Daniel, por favor, no me lo pongas más difícil y vete antes de que pueda arrepentirme.

El joven se levantó; ella hizo lo propio. Ambos se quedaron observándose en la penumbra.

—Pero antes de irte, quiero pedirte algo —le dijo ella.

—Claro.

—Bésame otra vez.

72

El verano terminaba sin que Alger abandonara sus continuos e intermitentes episodios de melancolía que de tanto en tanto, intercalaba con magistrales juegos de conquista y una benevolencia para conmigo que comenzaba a desarmar mis más férreos principios.

La muerte de su mujer, de quien le invitaba a hablar a menudo como desahogo y consuelo, sin duda, significó un fuerte golpe para él, pero sospechaba que su tristeza no radicaba solo en aquel aciago episodio. Pese a los continuos y alentadores discursos radiofónicos de diferentes dirigentes nazis impulsando a la ciudadanía alemana a mantener la fe en su Führer y su próxima victoria, nuevos hechos cruciales en el frente auguraban una inminente y devastadora derrota para el nazismo.

El 6 de junio de aquel año de 1944, también conocido como el día D, las fuerzas aliadas desembarcaron en las playas de Normandía, dando así comienzo a la Operación Overlord, la mayor invasión marítima de la historia. Los alemanes, sorprendidos por el ataque que, si bien conocían que tendría lugar, ignoraban por completo el cómo y el dónde, aunque algunos apuntaban al paso de Calais; tuvieron que retroceder tras días sin poder recibir los refuerzos necesarios ni pertrechos.

Hitler, dormido en el momento del desembarco, no autorizó el envío de tanques alemanes hasta doce horas después; tiempo decisivo que los aliados aprovecharon para afianzarse en las playas y comenzar el avance hacia el interior de Francia. Los alemanes, impotentes por la casi inexistente Luftwaffe y la carencia total de fuerzas navales, se enfrentaron a la artillería naval enemiga con un alcance muy superior al calculado y una mayor fuerza aérea aliada.

Tras algo más de dos meses con ampliaciones de las cabezas de playa y lucha encarnizada por mar, tierra y aire, los aliados consiguieron la retirada de los últimos restos de ejército alemán que aún no se habían rendido o huido, consiguiendo llegar a orillas del Sena a mediados de agosto.

Las fuerzas francesas de la 2ª División Blindada dirigida por Philippe Leclerc llegaron a París el 24 de agosto siendo apoyadas desde el sur por la 4ª División estadounidense y con la resistencia francesa alzada contra los alemanes en la capital desde algunos días atrás. Tras una serie de enfrentamientos la noche anterior, la ciudad fue liberada durante la mañana del 25 de agosto. Ahora sólo el Rin

los separaba de Alemania.

Mientras, en el este, la ofensiva del Ejército Rojo aisló al Grupo de Ejércitos Norte del Grupo de Ejércitos Sur obligando a este último a retirarse de los límites de sus territorios entre Ucrania y Rumanía. Este hecho desencadenó de forma indirecta que los Gobiernos rumano y búlgaro abandonaran su alianza con el Tercer Reich en agosto y septiembre de 1944, respectivamente, facilitando la penetración de los soviéticos en los Balcanes.

En el sur, los aliados entraban entre tanto en Roma. El cerco se cerraba y los alemanes menos radicalizados comenzaban a ver con claridad una irremediable y apoteósica derrota.

Yo vivía resignada mi presente, pero esperanzada por la posibilidad de un futuro inimaginable meses atrás. Había ganado peso, mi piel ya no estaba escamada por la extrema sequedad, mi cabello crecía homogéneo y mis ojos, según Alger, habían recuperado la luz perdida. Todo ello se lo debía a él y a sus continuas atenciones, siempre inclinadas a mi bienestar. De otra manera dudo que hubiera logrado sobrevivir a aquel verano. La muerte estaba presente día a día en el campo y yo me sentía extrañamente privilegiada, a pesar de mi absoluta falta de libertad, que no abarcaba más de los ciento cincuenta metros que tenía aquella casa.

Los primeros meses de convivencia con Alger fueron interesados por ambas partes. Yo cocinaba, arreglaba la casa, escuchaba sus penas y enfados, si no con resignación, sí con cierta empatía, a cambio de su protección y cuidados exhaustivos. Sin embargo, con el tiempo, fueron creciendo en mi interior sentimientos de sincera gratitud hacia aquel hombre al que de pronto comencé a sentir que tanto le debía.

Conociendo a fondo al verdadero Alger Koch, no al nazi que se parapetaba tras aquel uniforme de las SS, descubrí a un hombre de fuerte personalidad, valiente, decidido y con un gran sentido de la lealtad que, si le eximía de sus radicales ideales políticos y su inestable temperamento, bien hubiera podido ser un hombre cualquiera y no el frío tirano sin piedad por el que yo le había tenido hasta ese momento. Su notable cultura y sensibilidad para con la música y las artes en general terminaron descolocándome, pues contrastaban con la falta de escrúpulos que demostraba cada día con un amplio sector de prisioneros. En definitiva, el nazismo, pese a representar el mal absoluto, no se encarnaba en personas genéticamente proclives al asesinato ni en fanáticos de la masacre como cualquiera hubiera podido imaginar.

Nuestras conversaciones, que se alargaban hasta altas horas de la madrugada, finalizaban muy a menudo quedándome dormida en

su hombro. Después, él me llevaba en brazos hasta mi cama y, dándome un casto beso en la mejilla, salía sin hacer ruido de la habitación. En otras ocasiones, cuando él se quedaba trabajando hasta tarde y yo me acostaba antes, le sorprendía tapándome con las sábanas en mitad de la noche. Yo, entonces, me hacía la dormida, agradeciendo en silencio aquel gesto que tanto ansiaba mi debilitada autoestima.

Admiraba su autocontrol y ese respeto que me demostraba aún en nuestras circunstancias. Bien podría haber intentado cualquier acercamiento sexual al que yo no me hubiera visto en condiciones de oponerme, sin embargo, jamás lo intentó. Con esa actitud, solo conseguía ganarme, si cabe, más aún.

Lejos del amor romántico de las películas y novelas rosas, Alger y yo llegamos a experimentar un fuerte vínculo afectivo y una gran complicidad que, durante meses, me negué a aceptar. Renegaba de aquellos sentimientos, pues no concebía sentir hacia un nazi algo más allá de mera gratitud. Pero con el tiempo no tuve más remedio que claudicar a lo evidente. Ya fuera por las circunstancias de soledad, incertidumbre, aislamiento y pesar que nos rodeaban o por el estado de indefensión mental que me invadía, se creó una fuerte dependencia entre el uno y el otro, incomprensible para ojos extraños.

Una tarde, Alger llegó a casa antes de lo acostumbrado. Parecía distraído, meditabundo. Pasó al salón ignorando mi presencia mientras se deshacía de la guerrera y se desabrochaba los botones de la camisa. Sentado en el sofá, puso los pies sobre la mesa y se encendió un cigarrillo que fumó con parsimonia. Temí que escondiera una mala noticia, pero no fue así. No para mí.

—Mañana viene un inspector de las SS al campo —comenzó diciendo—, vendrá con su mujer y algunos compañeros, imagino que también acompañados. Cenaremos aquí.

—¿Y por qué esa cara?

—Me incomoda pedirte que no salgas de tu habitación hasta que se hayan marchado.

La música, las risas, la incesante charla y el ir y venir de los tacones por la casa del comandante del campo de Dachau, contrastaban con el exterior. A pocos pasos, la tristeza, la desolación y las caras tristes y ajadas protagonizaban el infierno que entre aquellas paredes parecía no existir. Yo, como Alger me pidió, cené sola, encerrada en mi habitación y entreteniéndome como podía, observando el horizonte por la ventana y escuchando retazos de conversaciones que se colaban intermitentemente por la puerta cerrada.

Sus voces sonaban felices, sus risas espontáneas. Imaginé a las mujeres vestidas con sus mejores galas, pletóricas y seductoras y a los hombres con sus impolutos uniformes militares, fumando y bebiendo despreocupados. Cegados por la gloria, el poder y el fanatismo, vivían en su pequeña pompa de cristal sin imaginar que las tornas cambiarían pronto para ellos y, por consiguiente, también para nosotros. Alger me había comentado en alguna ocasión, sin referirse a nadie concreto, que muchos alemanes no pensaban en la derrota como una posibilidad, sobre todo, dentro de las SS. Sus invitados debían pertenecer a ese grupo, a juzgar por el jolgorio.

—¿Experimentos Alger? —oí que le preguntaba una mujer—. ¿Qué clase de experimentos?

—¡Muéstraselos! —le animó alguien.

—No creo que sean horas —intentó excusarse Koch.

—¡Oh, vamos, querido! —insistió ella divertida.

—Allí no hay nadie. Salvo dos prisioneros moribundos en la sala de reanimación.

—¡Quiero verlos! —exigió ella—. Quiero ver sus sucias caras de ratas.

«Zorra», pensé.

Tras unos instantes de voces susurrantes y pisadas desordenadas, Alger le pidió que se pusiera la chaqueta. No tardé en oír el tintineo de las llaves y la puerta cerrarse tras ellos. Entonces, sin saber bien por qué, me invadieron los celos. No podía entender aquella absurda petición de ir al barracón de enfermería a aquellas altas horas de la madrugada. ¿Para ver a unos prisioneros moribundos? Era absurdo. Imaginé que era una vil estratagema de aquella mujer para quedarse a solas con él. Me pregunté si sería bonita.

—¿Hay alguien ahí? —preguntó un hombre golpeando mi puerta.

Yo, sobre la cama, me encogí como una niña asustada, sin pronunciar palabra. El desconocido insistió aporreando la puerta cada vez con mayor obstinación.

—Deja esa habitación y ven aquí —le dijo una mujer más como proposición que como orden.

—Tengo curiosidad por saber a quién esconde Alger aquí dentro.

Entonces, dio una patada a la puerta. La madera se desencajó del marco. Yo sabía que no aguantaría otro golpe sin venirse abajo. Intenté tranquilizarme, pero la ansiedad se había apostado dentro mí. No tenía posibilidad de escapar ni de defensa allí dentro. Solo podía albergar fe en que Alger regresara rápido.

Como temí, una nueva patata derribó la puerta de mi habitación.

—¿Qué tenemos aquí? —preguntó divertido acercándose a mí.

Su presencia aumentó mi desazón. En otras circunstancias, hubiera hecho acopio de valor y me habría enfrentado a él cual leona en defesa de su prole, sin embargo, tenía que pensar con frialdad y actuar en consecuencia. Él, según observé en los galones de su uniforme, era teniente de las SS; yo, una simple prisionera. Nada podía hacer si quería seguir viviendo.

Una vez a mi lado, escupió a mis pies con desprecio.

—Por lo menos no eres basura judía.

Lo miré a los ojos impertérrita, sin desafío. Su rostro me resultó familiar. Lo escruté con mayor atención intentando recordar dónde había visto antes a aquel hombre.

—¿Qué miras, zorra? —me espetó de malos modos.

—¿Conoces a Sebastian von Stumpfegger? —le pregunté tan pronto como le situé en mi memoria. Estaba segura de haberle visto con él en alguna ocasión.

El joven teniente entrecerró los ojos observándome con curiosidad. Su rostro se volvió suspicaz, pero tras unos instantes, obviando por completo mi pregunta, sacó su arma y la apoyó en mi pecho. Estaba bebido. Apestaba a alcohol.

—Ábrete de piernas y no me hagas perder el tiempo —me susurró desabrochándose el pantalón y quitándose la guerrera.

—A Alger no le gustará —dije intentando disuadirlo.

—¡Alger me importa un bledo! —dijo separándome con el arma mis agarrotadas piernas.

No había nada que pudiera hacer por evitar lo ineludible. Me violaría y después… podría pegarme un tiro sin temor a represalias; aunque en esa posibilidad prefería no pensar. No quería llorar, tampoco podía. Todo mi cuerpo estaba paralizado, más por asco que por miedo. ¿Miedo? No creo que sintiera ni un ápice de miedo; hacia tiempo que había dejado de albergar aquel sentimiento dentro de mí.

No grité, ni pataleé. En su lugar, me hacía tumbé sobre la cama resignada con el camisón recogido hasta mi estómago, dejando mi sexo al descubierto. Avergonzada, humillada, miré hacia otro lado mientras aquel tipo se tumbaba sobre mí, asentando todo su peso sobre mi delgado y maltrecho cuerpo. Sentí náuseas, no supe precisar si por su apestoso aliento o por todo él.

Resistirme no solo hubiera sido en vano, también más humillante, si cabe. Llamé a Alger con el pensamiento, rogé que aquello acabara pronto. Tanto daba. Pocas cosas podían hacer mella en mi ya anestesiada alma.

Un portazo en la puerta principal me devolvió las esperanzas de salir indemne de aquel humillante episodio. Alguien había entrado. Deseaba con todas mis fuerzas que fuera Alger, cuando de pronto,

su voz sonó desde el vestíbulo:

—Me equivoqué de llaves. Tantos barracones…

Quise gritar, pero el desconocido que debió advertir mis intenciones, me tapó la boca antes de poder emitir sonido alguno. Me revolví y golpeé con mi codo la pared, decidida a hacer algún tipo de ruido que llamara la atención del comandante, pero su gran corpulencia me apresaba con contundencia.

—Me gusta más así —me susurró al oído excitado.

Unos pasos se acercaban cuando el desconocido me clavó con fuerza su miembro, estremeciendo mi cuerpo de dolor. Él, por su parte, emitió un gemido de placer. Miré su pistola. Descansaba en la mesilla a pocos centímetros de mí. Con ganas, le hubiera descerrajado un tiro.

Cuando Alger llegó a la habitación, mi mirada suplicante se posó en la suya. El teniente, concentrado en sus enfebrecidas embestidas, no se percató de la presencia de su superior que ante el desconcierto inicial no tardó en reaccionar.

—¡Maldito seas, Schwarz! —bramó Alger encolerizado.

Este, aturdido por la irrupción, se levantó sonriente mientras se guardaba el miembro en los pantalones aparentando tranquilidad.

—Solo me estaba divirtiendo un poco con tu putita.

Alger le pegó un puñetazo en la cara que lo derribó al suelo. En pocos segundos, el umbral de la puerta se llenó de curiosos alemanes que no querían perderse la escena.

—No sabía que te importara tanto una maldita espía inglesa —dijo irónico.

Atónita, supe entonces que me había reconocido.

—Maldito bastardo —le dijo Alger asiéndole de la camisa.

—¡Suéltame!

—Esto no quedará así, Schwarz —le dijo soltándole con desprecio.

—Será un placer darle un saludo al capitán von Stumpefgger de tu parte… Perdón, de “vuestra parte” —dijo enfatizando “vuestra”, antes de salir de la habitación.

Alger se volvió ante sus invitados:

—Señores, señoras, se acabó la fiesta. Un placer haber contado con todos ustedes en esta magnífica velada y mis disculpas por este… pequeño incidente. Meyer los acompañará a sus respectivas habitaciones —Alger le hizo un gesto a Meyer, su secretario, para que se acercara—. Thora está esperándome en la puerta de la enfermería —le dijo a este en el oído— ve a buscarla y acompáñala, hazme el favor.

—Si me pregunta por ti, ¿qué le digo?

—No sé… Dile que he tenido un pequeño encontronazo con

Schwarz, pero que no se preocupe. Después de todo no tardará en enterarse de lo ocurrido.

Los invitados fueron saliendo en fila india por la puerta principal sin hacer excesivos comentarios sobre el reciente percance entre Alger y ese teniente de las SS. Por lo menos en teoría, parecían más preocupados por la suspensión repentina de su diversión que por cualquier otra cosa.

Cuando la casa se quedó sumida en el silencio tras la marcha del último invitado, Alger se acercó presto hasta a mí y nos fundimos en un fuerte abrazo que serenó parcialmente mi alma.

—Lo siento, lo siento. Yo he tenido la culpa —me dijo con lágrimas en los ojos.

—Alger…

—No debí dejarte sola —me interrumpió.

Aquella noche me acosté en su cama por primera vez. Era grande y confortable, pero lo que la hacía cómoda de verdad era tenerlo allí, a mi lado. Recosté mi cabeza en su pecho, mientras él acariciaba con suavidad mi cabeza infundiéndome una calma que no tardé en encontrar.

—¿Puedes llegar a tener algún problema? —musité.

—¿Por lo de Schwarz? No. Es solo un teniente. Si hubiera tenido una graduación superior a la mía, posiblemente lo habríamos tenido ambos.

—¿Qué hubiera podido ocurrirnos?

—Te hubieran trasladado a otro campo en el mejor de los casos.

—¿Y en el peor? —quise saber.

—Me hubieran obligado a fusilarte.

—¿Por defenderme de una violación?

—Alegarían que tengo trato de favor para con cierta prisionera. Ya lo insinuaron cuando nos llegó el rumor de que sacabas medicamentos de la enfermería y me opuse a tu muerte.

—¿Quién fue? ¿Quién me delató?

—Olvídalo… Aquello ya pasó.

—No, quiero saberlo —le dije incorporándome de su pecho.

Nuestros rostros, situados a escasos milímetros, se observaron en la oscuridad. Nuestras miradas oscilaban de los ojos a los labios intermitentemente, manifestando ese deseo patente entre ambos.

—Un kapo, Viktor Oberheuser —dijo al final rompiendo el silencio.

Satisfecha mi curiosidad, volví a apoyar mi cabeza sobre su pecho. Conocía a ese hombre, era esposo de una de las mujeres que ocupaban un barracón cercano al mío, a quien había hecho en un par de ocasiones una exhaustiva purga de parásitos que la tenían abrasado el cuerpo de irritantes picaduras. Gitano y gran líder entre

los de su etnia, deseé que tuviera un trágico final y llegar con vida para verlo. Nunca había tenido un pensamiento tal para con un ser humano.

Alger me abrazó. Mis dedos recorrieron la cicatriz de su espalda. Y a los pocos minutos me quedé dormida. Pero tuve un sueño intranquilo que terminó tornándose pesadilla, despertándome cerca del amanecer empapada en sudor y con el corazón en un puño. En él, Daniel besaba a otra mujer.

Desde mi llegada a Dachau había intentado mantener a Daniel alejado de mi mente, aunque en muchas ocasiones me resultara imposible. Su recuerdo me entristecía, provocándome una profunda nostalgia que durante los primeros días de encierro no me provocó más que un intenso dolor. Pero el tiempo era sabio y, poco a poco, fue apagando esa llama, hasta transformarla en simples rescoldos. Su rostro, su cuerpo, su voz y las horas pasadas juntos se me antojaban difusas, lejanas… Supongo que es un mecanismo del cerebro humano preparado para la supervivencia ya que, el olvido, a fin de cuentas, no es más que una nube piadosa. Sin embargo, aquel sueño avivó aquellos rescoldos que, aparcados en mi corazón, renacieron con la fuerza de un río de lava candente.

Alger se despertó y acarició mi rostro con ternura.

—Solo ha sido una pesadilla —me consoló.

Me levanté y me encendí un cigarrillo. Su brasa brilló en la oscuridad iluminando mi mirada. Alger se levantó.

—Te prepararé una tila. Te tranquilizará.

—No quiero molestarte.

—No lo haces.

Lo seguí hasta la cocina y, mientras él ponía el agua a hervir, yo me senté en una silla. Lo observé durante el rato que duró aquel cigarrillo, del que compartimos caladas. Se encontraba descalzo, solo iba cubierto con unos pantalones de franela. Me resultó sexy verlo así. Despeinado, desprovisto de disfraces.

Preparó dos tazas de tila y las colocó sobre una pequeña mesa colindante. Esperando a que se enfriaran, se sentó frente a mí.

—Mi novio me olvidará si no lo ha hecho ya —le confesé haciendo alusión a la reciente pesadilla.

—Lo dudo, Helen. Créeme que lo dudo. Ha sido un mal sueño, un temor de tu subconsciente, nada más.

—Pensará que he muerto y rehará su vida… No tiene manera de averiguar qué pasó conmigo. Un buen día desaparecí sin más y… dudo que Sebastian sea lo suficiente hombre para admitir que fue él quien me entregó a la Gestapo.

Alger arrugó el ceño mostrando desconcierto.

—¿Sebastian? ¿Sebastian von Stumpegger?

—Sí.

—Sebastian no fue quien te denunció, Helen.

—Sí, fue él. Sebastian me tendió una trampa. Me llevó hasta la casa de Dagna Rollheiser…

—No, no, no —dijo negando con la cabeza—. Sebastian no fue más que el chivo expiatorio.

—Pero ¿qué estás diciendo? ¿Quién fue entonces?

—Oskar Ludendorff. En mi despacho tengo una copia de la acusación formal firmada de su puño y letra. ¿No sospechabas de él?

—No… —dije lacónica y desconcertada.

—Lo que siempre me extrañó es que un general de la Wehrmacht denunciara a una espía británica, teniendo en cuenta que la gran mayoría de los altos mandos del Heer no simpatizaron nunca con las SS ni por supuesto con la Gestapo.

—En este caso te equivocas. Oskar es un acérrimo nazi.

—Permíteme que lo ponga en duda. No sé si por instinto o por experiencia, me atrevería a afirmar que tu acusación encerraba algo más, como si ese hombre quisiera quitarte del medio por alguna otra razón. ¿Qué te unía a la familia Ludendorff, Helen?

73

El verano de 1944 acabó con Varsovia en llamas. Pese a la fuerte resistencia que opuso el pueblo polaco frente al ejército alemán, muy superior en soldados y armamento, la falta de ayuda externa, como la URSS que no pudo, no quiso o no le interesó intervenir, la escasez de alimentos y las duras condiciones de vida en una ciudad convertida en ruinas, los obligó a capitular el dos de octubre, tras sesenta y tres días de duros enfrentamientos en los que perecieron miles de personas.

Los alemanes se cebaron con Polonia demostrando una vez más las atrocidades que eran capaces de perpetrar, en especial, las unidades de las SS y la Gestapo. Lejos de atacar objetivos militares, se ensañaron con el patrimonio histórico del país, sus bibliotecas, sus universidades, sus viviendas y sus habitantes. Nada ni nadie se salvó de su extrema crueldad; ni siquiera los niños, utilizados como escudos humanos; tampoco las niñas, violadas sin importar la corta edad que pudieran tener; ni los hospitales quemados con los pacientes encamados. Así ocurrió en el centro de oncología Instituto María Sklodowska-Curie, cuando varios SS entraron y comenzaron a prender todos los colchones, uno por uno, disfrutando con el espectáculo dantesco que les ofrecía la imagen de aquellos enfermos ardiendo en vida. Pero lo peor les esperaría tras firmar la rendición. Entonces, miles de civiles y militares fueron fusilados o enviados a campos de concentración, resultando la mayor matanza de la historia sufrida por Polonia.

—Quizá me manden al frente, madre.

—¿Perdón? Creo no haberte oído bien —le respondió Arabelle con ironía.

—Todos los hombres sanos de dieciséis a sesenta años serán reclutados.

—Pero los hijos únicos estáis exentos.

—Estábamos. Ya no. Hemos sufrido muchas bajas en Polonia.

—No lo permitiré, Sebastian.

—No podrás hacer nada por impedirlo, ni yo tampoco, si es que así lo decide Hitler.

—¿Y qué será de mí? Aquí sola, con los bombardeos sucediéndose día y noche. Ni siquiera sé dónde está tu padre ni si algún día volverá.

—Vete a Madrid ahora que aún estás a tiempo.

—¿A Madrid? Ni hablar. Mi sitío está aquí.

—Todos nuestros vecinos se han ido del país.

—Esta es mi patria —concluyó retirándose a su habitación.

Arabelle había comenzado a sentirse decaída porque la situación para la mayoría de los berlineses comenzaba a ser mucho más difícil de lo que nunca llegaron a imaginar. Más aún para una mujer que, como ella, había tenido todo cuanto había podido desear. Esa vida perfecta de privilegios se desmoronaba de forma estrepitosa a la par que lo hacía el país.

Las mujeres del servicio habían abandonado la residencia von Stumpfegger, ahora trabajaban para el Gobierno en una fábrica de armamento, por lo que Arabelle se vio forzada de la noche a la mañana a llevar la inmensa mansión ella sola sin la ayuda que estaba acostumbrada desde niña, a lo que había que añadir las colas pertinentes en los establecimientos expuesta a las inclemencias del tiempo, pues hiciera frío, calor o diluviara, tenía que guardar su turno durante horas como el resto de la población. Las fiestas, el teatro, las reuniones sociales, arreglarse, lucir vestidos bonitos y joyas exuberantes había quedado relegado al pasado. Ahora, su principal preocupación era buscar refugio tan pronto como sonaba la alarma de bombardeo aliado con el temor continuo de encontrarse su casa hecha escombros a su regreso. El suministro eléctrico comenzaba a fallar y, nada más oscurecer, iluminaba las estancias principales con velas, algo que le horrorizaba pues le daba la sensación de encontrarse en su propio velatorio. Dormía mal y poco, todo aquello la tenía siempre de mal humor. Aun así, nunca pensó en abandonar Alemania, como tampoco pensó en culpar a Hitler de sus desgracias, más al contrario, seguía venerándolo como si de un dios se tratara. Lo haría hasta el final.

Sebastian era lo único que sentía que le quedaba, con el único que podía hablar o expulsar su frustración cuando sabía que estaba bebido. No estaba dispuesta a que aquella guerra le arrebatara también a su hijo. Haría lo que hiciera falta.

Las sirenas antiaéreas sonaron aquella noche en Berlín como llevaban haciéndolo desde hacía meses, sin tregua, así como sonaron en Londres hacía ya tres años. Arabelle estaba en su cama tendida, algo adormecida, pero vestida. Sebastian no entendía cómo, ni por qué su madre no reaccionaba ante la ruidosa alarma, sabiendo que desde que comenzaba a sonar, solo contaban con quince minutos para alcanzar un refugio antes de que cerraran las puertas. Sin embargo, no tenía tiempo para pararse a pensar, el tiempo lo instaba a actuar. La aupó y, cargando en brazos con ella, atravesó toda la casa. Una vez hubieron llegado a la entrada principal la posó en el suelo.

—No quiero ir a ningún sitío... Déjame aquí —le pidió.

—¡Madre, no podemos quedarnos aquí! —le dijo zarandeándola como si fuera un muñeco de trapo—. Hoy iremos al refugio de Wannsee, apenas está a dos manzanas.

—Muy lejos, hijo... muy lejos...

—Desde luego es muy lejos para llevarte en brazos, sí —le dijo tirando de su brazo.

—Estoy muy cansada, no quiero andar más por hoy.

Caminaron a paso rápido mientras Sebastian, cargado con dos mantas, tiraba a su vez de Arabelle, a quien llevaba bien agarrada de la mano como si se hubiera convertido de pronto en una anciana a la que le costara andar sin ayuda. Hacía frío, el viento golpeaba sus rostros y despeinaba sus cabellos y la calle, a oscuras, se encontraba desierta. Pocos eran los que seguían residiendo en Wannsee a esas alturas.

Aún no se atisbaban aviones ingleses en el horizonte, tampoco americanos, pero el joven nazi estaba intranquilo. Era la primera vez que iba a ese refugio, pues siempre habían acudido a otro, reservado solo para los SS y sus familias, algo más alejado de su casa. Quizá se encontraría con Daniel, pero no podía estar escondiéndose de él toda la vida. Sabía que algún día tendría que volver a mirarlo a la cara después de lo de Helen, sin embargo, no estaba preparado para ese momento. En verdad, nunca llegaría a estarlo. Se dijo que igual, si hubiera tenido una copa en la mano, todo le hubiera resultado más sencillo, pero el alcohol también comenzaba a escasear, incluso para él.

Cruzaron el umbral de la puerta del subterráneo y bajaron unas escaleras guiándose por el trazo luminoso que había pintado en la pared, pues en ese momento, Berlín se encontraba sin luz eléctrica.

En la habitación no había más de once o doce personas. Algunos tumbados ya en las camas, otros sentados en los bancos de madera o en el suelo haciendo pequeños corros. Todos eran conocidos de otra época. Sebastian, con la escasa iluminación que proyectaban algunas velas, tardó unos minutos en hacerse una idea del lugar en el que se encontraba, aunque los refugios subterráneos eran en sí muy similares: filas de varias literas, bancos de madera, mascarillas antigás y un reducto aparte, donde se encontraban los lavabos y los retretes; todo ello protegido bajo tierra con techos y paredes de hormigón cuya resistencia algunos ponían en duda. Tardó algo más en reconocer, entre las sobras, a la familia Ludendorff. Cuando su mirada se encontró con la de Daniel, quien lo observaba desde un extremo, un nudo se le hizo en la boca del estómago.

—¡Arabelle, querida! —exclamó Erika acercándose a ella—. ¡Qué alegría verte después de tanto tiempo! Hola, Sebastian —le dijo mirándolo apenas un par de segundos—. ¿Cómo estáis?

—Hola, Erika —le dijo el joven nazi con una sonrisa forzada.

—Yo también me alegro de verte, Arabelle.

Las dos mujeres, entusiasmadas por volver a verse, comenzaron a relatarse los últimos acontecimientos de sus vidas, como si se hubieran reencontrado en una de esas fiestas que ambas solían frecuentar hacía no tanto tiempo. Sebastian, por otro lado, relegado a segundo plano por ambas amigas, no tuvo más remedio que acercarse a Daniel, quien seguía observándolo sin mover un solo músculo.

—¿No saludas a un viejo amigo? —le preguntó Sebastian mostrando una seguridad que por dentro estaba muy lejos de sentir.

—¿Amigo?

—Oh, vamos, Daniel. Olvidemos las diferencias que hayamos podido tener en el pasado.

—Te has portado conmigo como un miserable.

—¿Yo? ¿De verdad fui yo el que se portó como un miserable?

—¿De qué me estás hablando? ¡Me has estado rehuyendo durante meses, maldita sea!

—Te estuviste acostando con mi novia, joder —explotó Sebastian—. ¿Y ahora me dices que soy yo el que se portó como un miserable? ¿Con qué moral?

Daniel se quedó sin palabras, jamás hubiera podido imaginar que Sebastian supiera de su relación con Helen. Fue un momento de tenso silencio que Oskar Lundedorff, atento a la conversación a no mucha distancia, utilizó para intentar mediar en lo que veía que comenzaba a convertirse en una discusión.

—Chicos, chicos.

—Siempre te has creído mejor que yo —le reprochó Sebastian obviando al general—. Siempre. Con tu cara de bueno, tu calma, tu moral impecable. Y mira por dónde no eres más que un traidor y un cobarde con ínfulas de hermanita de la caridad.

Daniel, inmerso en cavilaciones, no había escuchado las últimas palabras del SS. Se preguntaba de dónde o de quién había sacado aquella información sobre Helen y él. Tal vez, todo ese tiempo había estado equivocado creyendo que Sebastian era el culpable de la detención de la joven. Quizá, se dijo, otra persona lo había forzado a traicionarla con aquella revelación. Lo conocía lo suficiente como para imaginar su reacción al descubrir la infidelidad de la mujer que, le constaba, tanto había amado.

—Necesito estar solo un momento —se excusó saliendo del habitáculo.

Una vez en el pasillo, Daniel se encendió un cigarrillo repasando mentalmente los sucesos ocurridos los días previos y sucesivos a la detención de Helen, en los que no había reparado hasta ese

momento.

Mientras, a pocos metros, pero separados por una pared, Oskar le recriminaba a Sebastian la imprudencia de haberle espetado a Daniel su relación con Veronika.

—La ira te ciega, jovencito. Eso puede traernos problemas. ¿Qué te crees, que Daniel ahora no empezará a atar cabos?

—¡Qué me importa ya lo que piense!

—¡Cuando te dije que este asunto debía quedar enterrado bajo tierra, no era una sugerencia! ¡Era una orden!

—Todo esto es por tu culpa. Yo era feliz con Veronika y tú me obligaste a denunciarla. Yo apreciaba a Daniel y tú, ¿qué hiciste tú? Romper nuestra amistad, hacer que me sintiera un miserable, que rehuyera a mi amigo porque era incapaz de mirarlo a la cara y mentirle. Hubiera hecho cualquier cosa por mi patria, por las SS, menos traicionar a quienes quería.

—No mereces llevar ese uniforme, Sebastian von Stumpfegger —le espetó con desprecio—. Me avergüenza conocer a alguien como tú. No eres más que un cobarde, un presuntuoso, un niñato sin personalidad —Oskar hizo una pausa. Sus ojos, siempre fríos e inexpresivos, ahora brillaban de pura ira—. Toda la vida no has querido más que parecerte a mi sobrino y lo que no te deja descansar por las noches no soy yo: es la envidia. Sí, la maldita envidia.

Sebastian que no podía soportar más aquellas palabras que le taladraban la mente y le acuchillaban el corazón, sacó su pistola y apuntó a Oskar a la cara. Todas las personas que había allí ajenas a lo que estaban hablando ambos hombres, callaron de pronto y giraron sus rostros hacia ellos, al principio interrogantes, después aterrorizados. Erika se llevó la mano a la boca, ahogando un grito y apoyándose en Arabelle para no desplomarse al suelo.

Oskar comenzó a reír a carcajadas. Era una risa fría, forzada, provocadora.

—¿Acaso crees que vas a asustarme, capitán? —le preguntó enfatizando con desprecio la graduación del joven.

A Sebastian le temblaba el pulso. Todo su cuerpo lo hacía por una rabia que era incapaz de controlar.

—¡Vamos valiente! ¡Dispara!

—Sebastian, hijo, por favor, baja el arma —le pidió su madre.

Oskar se fue acercando poco a poco a Sebastian seguro de que no le dispararía. Él mismo sabía que tampoco sería capaz de hacerlo, pues no era más que un cobarde, un presuntuoso, un niñato sin personalidad y un borracho. Sí, también era un borracho.

Daniel entró en el habitáculo y observó desde el umbral la escena absteniéndose de intervenir. Él también sabía que Sebastian

no dispararía. Como todos, se mantuvo quieto, expectante, pero también le corroboró lo que había deducido después de varios minutos dándole vueltas.

Oskar se acercó tanto a Sebastian que ahora el cañón se le clavaba en el pecho. Aun así, le mantuvo la mirada fija, desafiante.

—Das pena. No eres más que un pobre cornudo —le espetó.

Sebastian bajó el arma, abatido y con los ojos llenos de lágrimas.

—Voy a contarle a Daniel toda la verdad.

El general, entonces, se le acercó un poco más y al oído le dijo:

—Será tu sentencia de muerte.

—Mi sentencia de muerte está ya escrita.

—Cierto. Pero si le dices a Daniel algo, lo que sea, créeme que me encargaré yo mismo de que, antes de tu fusilamiento, presencies el de tu madre.

—Maldito bastardo.

Oskar le dedicó una sonrisa triunfante, para después darle la espalda y dirigirse a su litera.

74

A finales de 1944 Dachau era un absoluto caos. El campo albergaba por esas fechas a más de sesenta mil prisioneros, en su mayoría reportados de forma masiva, sin control y en ínfimas condiciones, desde Auschwitz, Belzec y Treblinka, otros campos de concentración y exterminio situados en Polonia. Comenzaba a escasear la comida, incluso para los SS, también el tabaco y cualquier otro objeto de primera necesidad como el jabón o las medicinas. Los barracones se atestaron de gente y las duchas dejaron de funcionar, por lo que las condiciones de salubridad descendieron drásticamente. Las enfermedades no tardarían en propagarse.

Alger trabajaba sin descanso. No daba abasto con los interrogatorios que él y otros tenían que someter a los recién llegados antes de asignarles una ocupación. Muchos morían en ese intervalo. Sus cuerpos eran amontonados en cualquier rincón pues los hornos crematorios estaban colapsados. Prueba de ello era el humo negro que salía de las chimeneas día y noche sin tregua, tiñendo los uniformes y cubriendo el campo con una nube oscura y espesa que hedía a carne quemada.

Según me contó Alger, las cosas en Berlín no eran muy diferentes. Mantenía contacto puntual con su hermana, quien vivía en el distrito Lichtenberg, con sus dos pequeños, tras haber enviudado. Ella y otros lo mantenían informado sobre la situación en la capital por vía telefónica o por telegrama ya que la radio continuaba con sus peroratas de siempre proseguidas de sinfonías de Beethoven o Wagner que duraban toda la tarde.

—Mi hermana ha mandado a mis sobrinos al campo con mi madre y mis tías —me comentó Alger a comienzos de noviembre—. El gobierno ha instado a evacuar a los niños de la capital.

Así era, por aquellas fechas, Goebbels, en el transcurso de una radiotransmisión, clamó:

—Mujeres de Berlín, ¡alejen de aquí a sus hijos!

Aquel día se produjeron tumultos en las cinco estaciones ferroviarias y muchos murieron aplastados.

Pocos días después, el 27 de ese mismo mes, la RAF bombardeaba sin piedad Berlín. Muchos barrios se vieron seriamente dañados por las bombas aliadas y multitud de civiles inocentes resultaron muertos o heridos de gravedad. Pero, así como ocurrió en la capital, otras tantas ciudades alemanas corrieron la

misma suerte. El III Reich se desmoronaba y lo peor era que la vida de millones de personas aún se vería sesgada antes de su final.

Una noche cualquiera, a pocos días de Navidad, observaba nevar desde la ventana de la casa del comandante. Los copos caían en gran cantidad velando el horizonte en la oscuridad, cuando el rumor lejano de los bombardeos aliados se hizo patente sobre nuestras cabezas. El cielo ocultaba los aviones tras sus densas nubes blanquecinas, pero en el profundo silencio que reinaba en el campo, el murmullo de sus motores delataba su presencia. Pasaban de largo. Desconocía su destino, pero no era la primera vez que desfilaban por allí; tampoco sería la última.

Pensé en Daniel, imaginándolo en Berlín de nuevo víctima de los bombardeos. No sentía miedo por él. Era un hombre de recursos que, sin duda, sabría encontrar un buen refugio donde guarecerse de las bombas. Solo deseaba que aquello acabara cuanto antes, cansada de tanto sufrimiento a mi alrededor.

Alger llegó a casa. Era tarde. Entró en el salón y se recostó en el sofá lanzándome una lacónica sonrisa. Parecía abatido. Serví la cena, lo poco con lo que contábamos ya a aquellas alturas, pero el nazi no tenía demasiado apetito. Yo tampoco, tal vez contagiada por su comprensible desánimo.

—Pronto serás libre —me dijo sin mirarme a la cara.

—Aún no lo soy —le contesté. No estaba dispuesta a hacerme ilusiones antes de tiempo. Todavía podían ocurrir muchas cosas.

—Lo serás.

—¿Y qué será de ti? —le pregunté preocupada de verdad por su destino.

—¿Acaso te importa? —me preguntó mordaz.

Sus palabras me hirieron, aunque quizá encerraran esa intención. No obstante, Alger merecía la pena capital, pero era difícil desearle la muerte a alguien a quien yo misma le debía la vida.

—Podrías escapar —le sugerí.

Alger me miró asombrado, casi ofendido. En mi desesperación por salvarle de la muerte cometí la imprudencia de ultrajar su orgullo.

—¡Jamás huiría! —bramó poniéndose de pie—. ¡Un hombre tiene que afrontar las consecuencias de sus actos! ¿Por qué clase de cobarde me has tomado?

—Lo siento Alger. Estoy preocupada por ti, yo…

—¿Tú? ¿Preocupada por mí? No me hagas reír. Mi suerte no te afecta en absoluto, es más, estoy seguro de que con gusto irías a verme ahorcar. Solo me has utilizado todo este tiempo para tu propia supervivencia. Aunque he de reconocer que eres buena

actriz, por momentos he creído que de verdad te importaba.

La ira, siempre mala consejera y responsable de actos irreflexivos y precipitados, me llevó a levantarme de la silla y a estamparle una bofetada en el rostro. Al principio pareció confundido, después un brillo de admiración iluminó su mirada esmeralda. Tras unos segundos observándonos frente a frente, Alger se acercó a la ventana y, dándome la espalda, se quedó concentrado en el manto blanco que comenzaba a cubrir Dachau.

Nos quedamos callados, buscando en el silencio la serenidad perdida. Necesité unos minutos para comprender que sus hirientes palabras solo habían sido fruto de un terror irracional a la muerte. Debía de ser duro para alguien que se había creído intocable durante tantos años, ver tan próximo su final. Muy duro.

—Me enloquece pensar que tu libertad significará mi muerte.

Por muy irónico que pudiera parecer sentí lástima por él. Tal vez porque con él nunca me consideré víctima y, por consiguiente, él nunca fue para mí verdugo. Tenía mucho que agradecerle y poco que reprocharle pues, aunque sabía que era responsable directo de muchas muertes, a mí me brindó la oportunidad de vivir en un lugar donde a nadie le importaba mi suerte. Por supuesto estaba lejos de disculpar sus monstruosos actos y de justificar una culpa que solo correspondía considerar y castigar a los jueces pertinentes.

Me acerqué a él y lo abracé por detrás, apoyando mi cabeza en el centro de su espalda. Aquella noche, como llevábamos meses haciendo, dormimos juntos, buscando en el calor de nuestros cuerpos ese consuelo que para ambos era imposible encontrar con nada.

A la mañana siguiente, Alger salió para Berlín. Según me comentó tenía una reunión en la Cancillería a la que no podía faltar.

—Estaré de vuelta en tres días, —me dijo a punto de partir— hasta entonces, no abras la puerta a nadie ni salgas de la casa. Me sobran razones para pensar que puedas sufrir represalias por estar bajo mi protección.

—¡Qué tontería! Yo no le he hecho ningún mal a nadie.

—¡Haz lo que te he dicho! —me ordenó agarrándome del brazo.

Lo obedecí. No salí ni, por supuesto, abrí a nadie. Tampoco nadie hizo intento de entrar. Pensándolo con calma, sabía que llevaba razón. Dachau no era en absoluto un bastión de democracia. Las riñas, los celos, las venganzas, las mentiras y los asesinatos estaban a la orden del día entre los propios reclusos. Una nimiedad en la vida real podía alcanzar dimensiones estratosféricas allí dentro, donde todo se magnificaba de forma peligrosa. Yo misma había sido víctima de un chivatazo que bien hubiera podido

costarme la vida. ¿Las causas que llevaron a ese hombre a traicionarme? Nunca las conocería.

Alger me llamó desde Berlín; quería saber cómo me encontraba.

—Bien, ¿y tú? ¿Cómo está todo por allí? —quise saber.

—Yo también estoy bien, ya hablaremos a mi llegada —dijo antes de cortar la comunicación.

Como me dijo antes de partir, Alger regresó a Dachau a los tres días. Era 23 de diciembre de 1944. Cuando lo vi aparecer por la puerta me invadió una extraña alegría. Dejó la maleta en el suelo, nos abrazamos y, con inusitado entusiasmo me fue relatando el breve reencuentro que había podido mantener con su hermana tras más de tres años sin verse.

—En la capital se ha establecido un férreo programa de racionamiento por la falta de combustible para el transporte. Apenas tienen para comer —me explicó excusando la escasez de alimentos que había traído para nosotros— y me temo que las cosas pronto irán a peor, por lo que me he visto obligado a entregarle a mi hermana casi todos los alimentos que había podido adquirir esa misma mañana. Nosotros no pasaremos apuros, la granja nos abastece con todo lo necesario.

—Has hecho bien, Alger. ¿Y tus sobrinos y tu madre?

—En las zonas rurales no tienen problema. Al igual que nosotros aquí cuentan con alimentos suficientes para cubrir sus necesidades alimenticias.

De su reunión en la Cancillería no me habló; yo tampoco le pregunté.

La Nochebuena llegó a Dachau y, a diferencia de todos los años anteriores, Alger decidió cenar conmigo en la casa en vez de hacerlo en el comedor junto a los demás SS.

Melancólico, puso en el gramófono una canción exasperadamente triste mientras me relataba lo cambiado que había encontrado Berlín en su última estancia. La velada prometía ser amarga.

—Gran parte de la ciudad está cubierta de escombros, Helen. Según mi hermana los bombardeos se suceden día y noche, sin tregua.

Su revelación me llevó a revivir durante unos minutos mis últimas semanas en Londres. De nuevo ante mí el sonido de las sirenas antiaéreas, los heridos, los muertos, el caos, el rojo carmesí iluminando la noche… Ahora eran ellos, pero lejos de experimentar cualquier sentimiento de revancha, sentí dolor. Aún podía sentir dolor.

Decidida a aparcar aquellos pensamientos, al menos durante aquella noche, busqué entre sus discos algo más animado, pero

nada me convencía. Por casualidad y con gran sorpresa, terminé dando con un disco de *jazz* que le mostré interrogante.

—Olvídalo. No quiero que me fusilen antes de tiempo —me dijo con una sonrisa mohína.

—Oh, Alger… Amo el *jazz*… ¿Tú no? Pongámoslo bajito, solo lo oiremos nosotros.

Sus ojos me miraron brillantes.

—Te prometo que algún día te pondré *jazz*.

—¿De verdad?

—De verdad.

—No olvidaré tu promesa así como así —le dije divertida.

—No la olvides.

Dispuesta a sacarle del ostracismo en el que se encontraba, lo agarré de las manos y lo insté a levantarse del sofá.

—Ven, vamos a preparar juntos la cena.

A regañadientes accedió y, poco a poco cocinando, aparcó su melancolía. Alger resultó ser un gran cocinero que, entre fogones, se abstraía del mundo. Me habló de sus platos favoritos y de los restaurantes que solía frecuentar en Berlín antes de la guerra. Yo a su vez, le hablé sobre las diferencias culinarias que había encontrado entre Inglaterra y Alemania, los platos que había descubierto allí y los que echaba de menos de mi patria, aunque le reconocí que no era demasiado exigente con la comida y que mi estómago se adaptaba con facilidad a sabores diferentes.

Al final, casi toda la cena la preparó él: repollo asado con cebolla y una pequeña pieza de carne de caballo, mientras yo asistía sumisa a sus clases culinarias. Alger era muy dominante. Todo tenía que ser a su manera; a mí me divertía aquello. Si algo me crispaba de un hombre era que fuera maleable e indeciso.

—Tengo una sorpresa para ti —me dijo cuando tuvimos todo listo.

Abrió la nevera y sacó una botella de champán francés que me mostró con una gran sonrisa.

—¿De dónde la has sacado? —le pregunté atónita.

—La tenía en mi casa de Berlín. Debía de llevar años allí.

Recibí con alegría aquella sorpresa. No solía beber alcohol, rápido me achispaba, pero la ocasión lo requería. Aquellas Navidades serían las últimas de una larga guerra, las últimas del III Reich.

Al contrario de lo que pensé en un principio, la velada resultó animada. Cenamos recordando tiempos felices y hablando banalidades; bebimos dejándonos llevar por la despreocupación que da el alcohol tras las primeras copas, reímos y bromeamos con la confianza de dos antiguos amigos, bailamos como dos viejos

amantes y coqueteamos como dos adolescentes. Producto de aquel exquisito champán o no, durante unas horas fui feliz y estoy segura de que Alger también lo fue.

Sudoroso y agitado por tanto baile, se tumbó en el sofá. Subió sus pies descalzos a la mesa y se desabrochó la camisa en un acto de naturalidad y despreocupación muy propios de él. Al punto de recuperar el aliento, se encendió un cigarrillo y, tras darle la primera calada, me miró seductor. Yo, turbada ante su atractivo, tomé ambas copas de la mesa y, tendiéndole la suya, me senté junto a él.

—*Carpe diem* —me susurró ofreciéndome un brindis.

Yo le sonreí y choqué mi copa con la suya.

—*Carpe diem*.

Era el último trago que nos quedaba y lo bebimos degustándolo, despacio. En ese momento la música se paró, pero absortos en la mirada del otro, si nos dimos cuenta, lo obviamos por completo.

Desinhibida por el alcohol y embriagada por el deseo me acerqué a su rostro y lo besé. Alger me atrajo con fuerza hacia él respondiendo apasionadamente a mi beso mientras deslizaba sus manos por debajo de mi blusa. Un escalofrío recorrió todo mi cuerpo al contacto de sus caricias en mi espalda. Sus labios exploraron mi cuello y un leve gemido salió de mi boca. Pasamos así unos minutos que deseé que no acabaran nunca.

Me llevó en brazos hasta la cama donde me depositó con suavidad.Se deshizo de la camisa y el resto del uniforme. Yo lo observé en la penumbra seducida por ese encanto al que tantos meses me resistí.

Desnudo, se tumbó sobre mí y me entregué a su pasión que, dominante y experimentada, me transportó al nirvana. Bebimos el uno del otro sedientos de placer mientras nuestras respiraciones agitadas inundaban el silencio y el olor que emanaban nuestros cuerpos se adueñaba de aquella atmósfera testigo de nuestro frenesí.

El amanecer llegó dibujando una estela de luz en nuestras pieles sudorosas y, tal como nos entregamos en la vigilia, nos entregamos en el sopor apremiantes por sentirnos vivos, perentorios por apartar el perpetuo dolor.

75

Aquellas Navidades de 1944 prometían ser las últimas bajo el yugo nazi, a pesar de que algunos fanáticos seguían creyendo en la victoria. Pocos ya, eso sí. Cada vez menos. Las palabras alentadoras de Hitler a través de la radio sonaban ya, si no ridículas, sí remotas, como si se refiriera a otra Alemania, incluso a otra guerra diferente a la que todos estaban viviendo o como si aquel que les hablaba ya no fuera ese mesías en el que muchos pusieron las esperanzas de alzar un imperio que, ahora irónicamente, se desmoronaba sin remedio.

Berlín era una ciudad en ruinas en la que hacía meses no había productos de primera necesidad. De tanto en tanto, las escuadrillas de socorro o las cocinas militares iban distribuyendo víveres entre la población, la mayoría mujeres vestidas de negro, enlutadas por la muerte de algún familiar. Pocas eran las familias que, de una manera u otra, no habían perdido a varios de sus miembros. Tampoco había servicio de correo, que había pasado de repartirse tres veces al día a cesar por completo. Se llegó incluso a colocar cinta adhesiva en las ranuras de los buzones, como si pudiera existir aún algún despistado que no se hubiera percatado de que esa carta de amor tendría que esperar a tiempos mejores para ser leída por su destinatario. Por otro lado, el transporte se había convertido en una odisea pues, a falta de gasolina, los autobuses y la mayoría de los automóviles habían dejado de circular. Tan solo algunos oficiales de alta graduación de las SS, la Gestapo o el ejército podían seguir usando sus coches, aunque desconocían hasta cuándo.

Sebastian levantó la vista hacia el cielo. Los aviones norteamericanos sobrevolaban todo el tiempo Berlín, aunque no fuera siempre para bombardearla. Sin embargo, aquella Nochebuena, el mundo parecía haber enmudecido. Vestido con su uniforme de las SS fumaba un cigarrillo en la oscuridad del jardín cuando su madre, cubierta con una manta para protegerse del frío, salió a buscarlo. Arabelle se quedó en silencio a su lado mirando hacia el cielo, al igual que él, como si buscara en aquellas estrellas las respuestas al ensimismamiento de su hijo.

—Tenías que haberte ido de Alemania cuando aún estabas a tiempo —le dijo Sebastian al cabo de un rato.

—¿Y dejarte solo aquí? Ni hablar.

—Podrías estar a salvo ahora mismo madre. En Madrid, por ejemplo, como está tu hermana.

Arabelle resopló mostrando fastidio. Ya habían discutido sobre aquel tema en varias ocasiones y no estaba dispuesta a seguir haciéndolo. Menos ahora que, con los aliados a las puertas de la capital, ya no había solución posible. En su día tomó la decisión de quedarse en Berlín con su hijo y a esperas de la llegada de su marido, y nada, ni tan siquiera las bombas, la harían cambiar de opinión.

—¿Crees que tu padre estará en algún lugar mirando estás mismas estrellas? —le preguntó cambiando de tema.

—Puede —dudó el joven SS.

Sebastian no había perdido la esperanza de volver a ver a su padre con vida a pesar de las altas probabilidades que existían de que a esas alturas se encontrara ya muerto. Durante aquellos meses había oído muchas historias sobre el destino de los prisioneros alemanes caídos en la URSS, en concreto de los pertenecientes a las Waffen-SS. Sabía que algunos, los más afortunados, si no eran fusilados, eran enviados a campos de concentración o *gulags*. El resto, sin embargo, eran duramente maltratados, obligados a trabajos forzados o incluso a llevar a cabo acciones suicidas como caminar por campos minados. A todo esto, si se sumaban las inclemencias del tiempo, las enfermedades y el hambre, las posibilidades de supervivencia para los prisioneros eran casi nulas. Pero Sebastian, incapaz de hacerse a la idea de que su padre pudiera estar muerto, prefería no pensar en ello. Tampoco mencionarlo. Ni siquiera con su madre, a la que no quería hacer sufrir antes de tiempo. Lo mismo había decidido hacer con Veronika, como si el hecho de no mencionar o recordar algo, pudiera borrar la triste realidad.

Para Daniel aquellas Navidades prometían ser especialmente tristes, a pesar de intuir el fin próximo de la guerra y, por ende, del nazismo. Ni siquiera ver el entusiasmo de su madre preparando la cena de Nochebuena le apartó de ese perpetuo sentimiento de melancolía. Se encontraba en aquella mesa, acompañado por Erika, Oskar y Geier y, sin embargo, no podía evitar sentirse como un extraño, como si estuviera muy lejos de allí. Lo estaba de verdad. Muy lejos. Era incapaz de albergar dentro de sí ese sentimiento de júbilo que su familia exhibía, sabiendo que, a pesar de la tregua de los bombardeos por las fiestas, cientos de personas celebraban aquella noche en soledad y sin apenas alimento que llevarse a la boca a pocos kilómetros de ellos o recluidos en campos de concentración en condiciones que ni siquiera quería llegar a imaginar.

Esa misma mañana Daniel había salido de casa temprano con la

excusa de hacer algunas compras. El tranvía que lo llevó al centro iba a rebosar, después de haberlo esperado durante más de media hora. No estaba acostumbrado al transporte público, pero era la única manera de moverse por la ciudad, salvo que se optara por ir a pie, algo impensable desde Wannsee. Tampoco estaba acostumbrado a las colas, sin embargo, en el ultramarinos la hizo durante más de tres horas hasta que por fin pudieron atenderlo. Cuando llegó su turno, le dijeron que no les quedaba más que leche. El joven se sintió consternado. Gran parte de su mañana esperando y sufriendo el intenso frío para solo conseguir un litro de leche era desesperante. No contaba con que no pudiera conseguir más comida para Barbara que, en aquellos meses había adelgazado a marchas forzadas, alimentándose unicamente con lo que Daniel le llevaba de tanto en tanto. Insistió a la mujer que despachaba tras el mostrador, pero esta negó con la cabeza. Incluso llegó a ofrecerle una buena suma de dinero a cambio de algo más.

—Lo siento —se limitó a decir con aire cansado.

Daniel se caló el sombrero, se subió las solapas de la gabardina y, mimetizándose entre el gentío, atravesó la avenida en dirección al piso donde Barbara se escondía desde hacía un par de semanas, después de que el anterior hubiera quedado en buena parte destruido por los bombardeos. No reconocía Berlín en aquella ciudad en ruinas. Menos aún, en los rostros sombríos y las ropas viejas de sus habitantes. Y quedaba lo peor. Hitler ya lo había advertido:

—No nos rendiremos. Nunca. Podremos ser destruidos, pero nos llevaremos al mundo con nosotros.

Aquellas palabras quedarían grabadas en las mentes de muchos alemanes.

Daniel llegó al portal y, con disimulo, miró hacia derecha e izquierda antes de atravesar el umbral y encaminarse escaleras arriba hasta el segundo piso. La costumbre de mirar a su alrededor no la había perdido, pese a que en aquellos momentos no era extraño ver a personas desconocidas entrar y salir de los edificios. Muchos habían perdido sus casas y se habían visto forzados a ocupar viviendas que se encontraban en esos momentos deshabitadas, ya fuera porque sus propietarios habían huido, habían sido detenidos o habían muerto.

Daniel llevaba sin ver a Barbara desde que la joven se cambiara de edificio. La última vez habían pasado la noche entera juntos. Ella se lo había pedido y él no tuvo fuerzas suficientes para negarle aquel favor. No hicieron el amor. Ninguno de los dos dio un paso más allá de los besos, las caricias y los abrazos que se prodigaron en la oscuridad de aquella cama desconocida. El joven comprendió que

ella lo único que necesitaba era sentir cariño en su desamparo y compañía en su soledad. Ella, que él jamás podría llegar a amarla.

Cuando entró en la vivienda, un pequeño piso sin apenas muebles, se encontró a Barbara leyendo junto a la ventana. Las cortinas, ligeramente corridas, dejaban pasar la suficiente claridad como para no tener que forzar los ojos en la diminuta letra de aquel tomo. Al sentirle entrar en el salón, levantó el rostro hacia él y le dedicó una tímida sonrisa.

—¿Cómo están mi padre y mi hermano?

Siempre era la primera y misma pregunta. Daniel siempre se veía forzado a mentirle, una y otra vez. Temía que la verdad pudiera terminar de hundirla, ahora que su resignación parecía haberle dado cierta estabilidad emocional.

—Siguen en prisión —le contestó. Pero lo cierto es que habían sido asesinados hacía meses. Barbara se limitó a asentir—. Pronto todo habrá acabado. Los aliados rodean Alemania.

—¿Y después? ¿Qué ocurrirá después?

—Nadie puede saberlo.

—Supongo que no puede ser peor que lo que estamos viviendo ahora. ¿Qué podría ser peor?

Daniel agachó la cabeza y clavó sus ojos en el suelo. Llevaba tanto tiempo obsesionado con la idea de dar con el paradero de Helen, si es que aún existía la posibilidad de encontrarla con vida, que no se había parado a pensar en que ocurriría cuando al fin, Alemania capitulase. En verdad, poco le importaba. En cuanto pudiera, volvería a Inglaterra y solo deseaba que pudiera ser al lado de la única mujer que había amado nunca. Sin embargo, eran pensamientos que nunca compartía con nadie, ni siquiera con Barbara, la única persona en la que sentía que podía confiar, pues temía herirla en su extrema sensibilidad.

—Solo he podido conseguir leche. Lo siento —le dijo posando la bolsa junto a ella, recordando el motivo por el que había ido hasta allí.

—Creo que ya me he acostumbrado a sentir el estómago vacío —le dijo ella con una sonrisa melancólica.

—Tenía que haber pensado que esto podía pasar. Soy un estúpido.

—No te preocupes, Daniel. Te agradezco todo lo que estás haciendo. Te lo digo de corazón.

—Nosotros tenemos comida, no de sobra, pero sí como para haberte traído algo sin levantar sospechas.

—¿Me pudiste conseguir tabaco?

—Sí —mintió entregándole la única cajetilla que llevaba consigo en ese momento—. En cuanto pueda, volveré. No sé, mañana,

pasado… En cuanto pueda.

—Gracias.

—Tengo que irme, aún me queda algo que hacer antes de regresar a casa.

Daniel llevaba varias semanas dudando entre si personarse en el Cuartel General de la Gestapo o no. Necesitaba ratificar sus sospechas y allí era el único lugar donde podría salir de dudas. No solo podrían darle algún tipo de información sobre Helen, por muy nimia que fuera, también podían confirmarle, si como sospechaba, su delator había sido su tío Oskar y no Sebastian, como había estado creyendo todo ese tiempo.

Pensó en el mayor Zweig. Recordó cuando lo interrogó en el frío sótano de las dependencias de la Gestapo, antes de que comenzara la incesante tortura que creyó acabaría con su vida. Ese hombre fue relativamente amable con él y le mencionó que había conocido a su padre, de quién tenía buen recuerdo. Era su única opción. Ahora más que nunca, tenía la necesidad imperiosa de llegar hasta la verdad o, por lo menos, de intentar conocerla.

Prinz-Albrecht-Strasse había sido objeto de los bombardeos aliados durante aquellos largos meses y lo seguiría siendo hasta el final de la guerra. Allí se concentraban la mayoría de los edificios gubernamentales del partido nazi, pero si bien algunos se habían visto dañados en mayor o menor medida, Daniel comprobó que el Cuartel General de la Gestapo se encontraba por el momento intacto.

El joven se bajó del tranvía y, a pocos pasos de la entrada, se detuvo y respiró hondo para infundirse una tranquilidad. Aquel lugar le traía recuerdos que prefería haber seguido teniendo enterrados en algún lugar recóndido de su mente. Sin embargo, en ese momento, comenzaron a desfilar ante él una sucesión de imágenes concatenadas que le hicieron revivir su paso por aquel infierno con una nitidez que lo sobrecogió. Al final, armándose de valor, cruzó el umbral de la puerta y, acercándose a un mostrador tras el que se encontraba un hombre sentado, preguntó por el mayor Zweig.

—¿Quién lo busca?

Daniel dudó unos segundos y, al fin, le respondió:

—Ludendorff. Daniel Ludendorff.

—Un momento —le dijo ausentándose tras una habitación colindante.

Daniel no tuvo que esperar más de unos minutos para ver aparecer al mayor caminando con paso firme hasta él, aunque con rostro contrariado que evidenciaba la sorpresa que le había producido aquella visita.

—No debería haber venido aquí, señor Caine. Es peligroso para ambos —le dijo en un susurro apenas audible.

—Necesito su ayuda.

—No me comprometa y marchase de aquí.

—Por favor…

El hombre, dudando unos instantes, observó a su alrededor corroborando que nadie los observaba, antes de decidirse.

—Al comienzo de esta calle, hay un edificio que ha sido deshabitado hace unos días por riesgo de derrumbe. Espéreme en el portal; estaré allí en media hora.

Daniel esperó con ansiedad el encuentro con el mayor. Sin embargo, se sentía satisfecho, pues de entrada parecía dispuesto a escucharlo. Aquella media hora se le antojó exasperadamente larga mientras caminaba entre las ruinas que asolaban aquella zona. Bajo los escombros se adivinaban objetos personales de quiénes un día había habitado aquellas viviendas.

En algún momento, fue a echar mano de su paquete de tabaco recordando de inmediato que se lo había entregado a Barbara. «Pobre, Barbara…» pensó, con melancolía.

Llevaba esperando ya cerca de diez minutos en el portal que Zweig le había indicado, cuando intranquilo, pensando que tal vez no acudiría, sintió unos pasos apresurados entrar en el edificio.

—¿Caine? —preguntó el mayor.

Daniel salió de entre las sombras que le habían estado cobijando de posibles miradas inoportunas.

—Gracias por venir.

—¿Qué es lo que quieres?

—Necesito información sobre la detención de Veronika Rollheiser.

—Veronika —repitió el mayor haciendo memoria—. Sí, he oído hablar de ella. Sobrevivió a los interrogatorios.

—¿Dónde la enviaron?

—Tendría que ver su informe.

—¿Podrías hacerlo?

Zweig sacudió la cabeza.

—Daniel, podría ver su informe. Pero sea lo que sea para ti esa mujer, olvídala. Dudo que después de tanto tiempo llegues a encontrarla con vida.

—La buscaré, aunque sea lo último que haga en este mundo.

Zweig lo miró fijamente a los ojos maravillado por la fuerte determinación del joven. No dijo nada, pero deseó que encontrara a esa mujer con vida.

—Te traeré ese informe.

—Gracias —le dijo Daniel agradecido.

76

Una epidemia de tifus exantemático se extendió entre los prisioneros a comienzos de 1945 impulsándome a volver a la enfermería del campo, pese a la férrea oposición de Alger.

—No permitiré que pongas en riesgo tu vida por unos cuantos moribundos —me respondió tajante tras manifestarle mi decisión.

—¿Por unos cuantos moribundos? ¡La gente muere a centenares, Alger! ¡Tú mejor que nadie lo sabes!

—Esto es un campo de concentración, no una feria. Por unas razones u otras, la gente muere. ¿Y qué, si les ha llegado su hora? Mala suerte. A todos nos llega tarde o temprano.

—¡Alger, por dios! ¡No puedo quedarme de brazos cruzados aquí, en mi jaula de cristal, mientras la gente muere ahí fuera sin que nadie les preste la mínima atención!

Me costó varios días de fuertes discusiones conseguir que Alger accediera a darme un puesto en la enfermería. Era consciente del riesgo que corría enfrentándome cara a cara con aquella enfermedad de tan fácil transmisión, pero no podía quedarme viviendo tranquila en aquella casa, mientras cada día veía desfilar montañas de cadáveres ante la ventana. Temeraria o no, era incapaz de mirar hacia otro lado, aun a sabiendas de que mi vida estaba en juego. De cualquier manera, lo había estado desde el comienzo de aquella guerra. Había sobrevivido a las bombas, al hambre, al encierro ¿qué miedo podía darme el tifus a esas alturas?

Una mañana glacial de comienzos de marzo volví a vestirme de prisionera con aquel uniforme a rayas. No me importaba volver a llevarlo, hacía tiempo que había dejado la coquetería aparcada a un lado. Evitaba los espejos, incluso para lavarme los dientes o peinarme. Su reflejo me incomodaba sobremanera, pese a los continuos halagos de Alger que, aunque agradecía, no terminaba de creerme.

—Ponte este abrigo —me dijo a punto de salir.

—No.

—Estamos a bajo cero, Helen —me advirtió.

—No importa.

Cuando salimos, una bocanada de aire gélido inundó mis pulmones, recordándome demasiado tarde la insensatez de no haber aceptado aquel abrigo que Alger me había ofrecido hacía apenas un instante. Había olvidado por completo lo que era aquel intenso frío de los inviernos alemanes que se clavaba en la piel como puñales

entumeciendo las extremidades y paralizando la mente. Sin embargo, había tenido una buena razón para rechazarlo. De nuevo en el campo quería mostrarme como una prisionera sin prerrogativas, por lo menos, en la medida de lo posible.

Atravesé la plaza de formaciones caminando tras Alger y custodiada por dos SS que a partir de ese momento tendrían órdenes expresas de no perderme de vista. Su comandante así lo había decidido, no porque temiera una traición por mi parte, dudo que a esas alturas le importara mucho, sino por mi seguridad. Estaba convencido de que, más allá de los meros privilegios, estar cohabitando con una nazi era motivo suficiente para la germinación del odio de muchos prisioneros.

Hasta llegar al barracón habilitado como hospital, nos cruzamos con muchos prisioneros que nada tenían que ver con los rostros y cuerpos que yo recordaba. Ahora eran muertos. Muertos vivientes, cabizbajos, encogidos y enjutos. Caras cadavéricas con ojos vacíos de vida y esperanza sobre cuerpos que les costaba no solo caminar, también mantenerse en pie. La mayoría nos ignoraba a nuestro paso como si no fuéramos más que un espejismo; el resto, clavaba los ojos en el suelo y cambiaba sutilmente de trayectoria, temerosos de llamar la atención del comandante del campo.

Ante mis ojos, a no más de tres metros de nosotros, una mujer cargada con un bebé de pocos días en los brazos, cayó exánime al suelo. El niño quedó junto a ella como un muñeco de trapo. Una guardiana la increpó para que se levantara, pero la mujer sino muerta, se encontraba desmayada. Tras unos puntapiés sin respuesta, le disparó en la cabeza con escalofriante frialdad. El pequeño, sobresaltado por la detonación, comenzó a berrear con fuerza como si supiera que, solo en el mundo, le acababan de arrebatar lo único que le quedaba. La guardiana levantó el arma y le apuntó. Imprudente y desesperada, tiré del abrigo de Alger que, ante mi requerimiento, se giró mirándome hierático. Yo me arrodillé ante él con lágrimas en los ojos pidiendo clemencia para aquel bebé. Varios SS que miraban la escena, se echaron a reír, pero no me importó doblegarme, pues mi humillación sirvió para salvar a aquel recién nacido de la muerte. Por lo menos, por aquella vez.

—No malgastes una bala. No tardará en morir por sí solo —le dijo Alger metido en su papel.

—¿Qué hago con él, comandante?

—Llévaselo a alguna prisionera que haya parido hace poco.

Sin embargo, pese a las ínfimas condiciones de vida que experimentaron buena parte de los cautivos tras aquella fortuita masificación, hubo un pequeño número, ciento treinta y ocho para ser exactos, que vivió en Dachau con relativa tranquilidad hasta el

final de la guerra. Los prisioneros de honor o *vip* ocupaban el barracón especial, fuera de los límites del campo, en el que tuvieron permitido mantener sus posesiones personales: su propia ropa, una máquina de escribir, una radio… También otras libertades como doble ración de comida y su exclusiva jofaina donde asearse. Entre ellos, se encontraba el canciller Schuschnigg, Leon Blum, el pastor Martin Niemöller, el fundador del Movimiento Apostólico de Schoenstatt Josef Kentenich, el General Sante Garibaldi, el príncipe Javier de Borbón, el primer ministro húngaro Von Kallay, la condesa Elizabeth Stauffenberg con parte de su familia…

Ya en los aledaños al hospital del campo, se podía adivinar el hedor que nacía del interior. Pero fue al entrar, cuando me sobrevino una arcada que me vi en la necesidad de contener. Debería haber estado más que acostumbrada a ese olor a vómito, sangre y muerte. Sin embargo, hay ciertas cosas a las que uno nunca llega a habituarse.

En una pequeña antesala, Alger me entregó unos guantes, una mascarilla, una bata y unos zapatos viejos que resultaron quedarme relativamente grandes.

—Me hubiera gustado evitarte el triste espectáculo con el que vas a encontrarte tras esa puerta —dijo señalándome la entrada al lazareto.

—No te preocupes por mí. Estaré bien —le dije sin mucha convicción.

Alger asintió levemente.

—Nos vemos esta noche —concluyó—, no te quites la mascarilla ni los guantes bajo ninguna circunstancia.

El alma se me cayó a los pies cuando entré en aquel barracón. Cientos de cuerpos exánimes ocupaban en su totalidad las literas allí apostadas de extremo a extremo del habitáculo, como si de un gran depósito de cadáveres se tratara. Durante unos segundos me quedé allí pasmada, observando aquel dantesco panorama sin saber bien cómo proceder. No había más que un par de facultativos; el resto, no más de una decena, clérigos; todos ellos prisioneros.

Paseé entre las camas comprobando que algunas ya podían ser desalojadas y reocupadas por otros de los muchos afectados por el tifus. Imaginé que no lo habían hecho ya porque no era tan fácil. Más allá del mero trámite administrativo, vital para los meticulosos nazis, urgía una concienzuda desinfección que eliminara las heces y los vómitos de los infectados.

Me acerqué a un hombre con bata blanca que andaba por allí poniendo paños húmedos en el rostro de una mujer y le pregunté qué procedimiento de asepsia estaban siguiendo. Levantó su cabeza hacia mí y me miró como si hubiera oído la mayor sandez de su

larga vida. Sin contestarme, volvió a su labor.

—¿Y medicamentos? ¿Con qué medicamentos contamos?

Volvió a mirarme, esta vez hastiado, como si le importunara mi presencia.

—Señorita, no hay nada.

—¿Cómo que nada? —le pregunté atónita.

—Nada es nada. No hay antibióticos, no hay morfina… por no haber no hay ni jabón. Lo mejor que puede hacer es marcharse de aquí y mantenerse lo más alejada posible de este lugar. Es usted muy joven…

Sin embargo, no me fui.

Aquella noche cuando llegué a casa, me encontré a Alger sentado en el sofá leyendo el periódico. Lo saludé y fui derecha a darme un baño. Necesitaba relajarme, olvidar por unos minutos el día vivido, pero, sobre todo, alejar ese hedor que sentía incrustado en mi piel.

Llevaba un buen rato sumergida en el agua tibia de la bañera, cuando Alger tocó con sus nudillos en la puerta entreabierta.

—¿Cómo te encuentras? —me preguntó entrando.

—Triste, cansada.

—No tienes por qué volver mañana.

—Sin embargo, volveré.

—No discutiré tu decisión. Creo que ya lo hice bastante.

Me invadían sentimientos encontrados, aunque a él solo le mostraba una cara de ellos. Consciente de que estaba actuando de manera irreflexiva y poco respetuosa para conmigo, poniendo en peligro no solo mi salud, también mi vida, me debatía entre el deber de ayudar al necesitado y el deber de ayudarme a mí misma. Alger y yo habíamos hablado largo y tendido sobre aquello; compartía sus acertados razonamientos, no obstante, me era difícil quedarme impasible ante un mundo que se desmoronaba llevándose con él a cientos de seres humanos a mi alrededor.

Salí de la bañera y Alger cubrió mi cuerpo mojado con una toalla. Pese a que no habíamos vuelto a tener sexo desde aquella vez y única, no me sentí cohibida por mostrarle mi desnudez. Sin embargo, sin la embriaguez del alcohol, había sido incapaz de buscar en sus caricias las ansias de un deseo que a menudo me reprimía. No porque me arrepintiera de aquella noche de pasión entre ambos, más bien porque la lealtad hacia mis principios y también hacia Daniel, a quien siempre tenía en mi corazón a pesar de sentirle tan lejano, se interponían inquebrantables a sus innatos encantos y a su fuerte poder de seducción.

—Eres extraordinariamente generosa, Helen —me dijo aquella noche mientras cenábamos unas sardinas enlatadas—. A veces

demasiado. Esa gente no merece el sacrificio que estás haciendo por ellos.

—Puede que entre ellos también haya alguien tan generoso como tú dices que soy yo.

Alger se quedó mirándome como si cavilara en confesarme o no lo que en ese momento estaba pasando por su cabeza. Al final, tras unos segundos callado, se decidió a hablar de nuevo.

—¿Sabes? Me he preguntado muchas veces por qué nos hemos tenido que conocer ahora, en estas circunstancias. Después de mucho tiempo pensando en la respuesta, he llegado a la conclusión de que el destino te mandó a mí para darme una lección. Una lección de verdadero amor hacia la patria, generoso y altruista, como debe ser de verdad el amor. Tú me has hecho ver lo equivocado que he estado todos estos años, lo equivocado que tantos alemanes han estado y siguen estando… Al final, el tiempo os ha dado la razón. Alemania pronto perderá esta guerra y yo tendré que saldar el groso error que he cometido y merezco pagar.

Fuera o no por la extrema sensibilidad en la que vivía inmersa, sus palabras me emocionaron. Si bien era cierto que había notado un relevante cambio en la actitud de Alger desde que nos reencontráramos, hacía ya dos años, nunca imaginé escuchar una confesión tal ni de él ni, por supuesto, de ningún nazi.

Sin saber qué responder, me limité a sonreírle.

—Por eso deseo que vivas —prosiguió—, que te conviertas en médico, te cases, tengas hermosos hijos que se parezcan a ti, seas muy feliz y, cuando seas una viejecita adorable, recuerdes que muchos años atrás en un campo de concentración nazi, uno de sus aberrantes esbirros te amó.

Aquella noche hicimos el amor de nuevo. No sé si desarmada por su declaración, turbada por los acontecimientos o por ambas cosas a la vez, me entregué a él con la melancolía y la desesperación del náufrago que a la deriva lucha por sobrevivir, aun cuando no avista tierra, aun cuando siente que el mar lo arrastra hasta sus profundidades, aun cuando se cree perdido y sin rumbo. A diferencia de la vez anterior, Alger mostró en cada una de sus lentas y minuciosas caricias la angustia que su alma atormentada buscaba calmar en mis besos, en mi cuerpo… con el sabor agridulce de quien sabe que vive el amor por última vez. Más que deseo, fue necesidad, urgencia por sentir al infierno lejos de nosotros, aunque fuera solo por unas pocas horas.

77

El periódico *Völkischer Beobachter* seguía publicándose en Berlín a comienzos 1945. Sebastian pasaba las hojas con desgana, sin detenerse a leer ninguna noticia concreta. Observó que en los espacios que habían sido reservados, hasta entonces para publicidad, ahora se dedicaban a anuncios de intercambio de productos. Hastiado, cerró el periódico y lo tiró sobre la mesa del despacho de la residencia von Stumpfegger. Al lado, la carta donde le comunicaban la muerte de su padre.

Recostado en su sillón, se encendió un cigarrillo observando con nostalgia su alrededor y recordó tiempos pasados, cuando era un joven lleno de ilusiones que sentía tener el mundo a sus pies y un futuro prometedor en las SS; cuando lucía su uniforme con orgullo y no casi avergonzado; cuando creyó que ganarían aquella guerra que ahora, casi seis años después, se había vuelto contra todos ellos. Se preguntaba si aquel abismo en el que se encontraba era un castigo por sus errores. Se levantó y se dirigió a la ventana, cuyo cristal llevaba días fragmentado, tras haber caído una bomba en el jardín a escasos metros de la fachada.

El día era gris y en el horizonte se atisbaban las columnas de humo resultantes de los bombardeos de las últimas horas. Por la ventana rota, se colaba un viento gélido que olía a tierra mojada; también a azufre. Le dio una calada a su cigarrillo y, expulsando el humo, volvió a su escritorio. Sin sentarse, acarició aquella carta con la yema de los dedos. La había recibido el día anterior y aún no se la había entregado a su madre. Tampoco le había confesado su contenido. Se sentía incapaz de hacerlo.

En ese momento sonó el timbre de la puerta. Tuvieron que llamar una segunda vez para que Sebastian recordara que ya no contaban con servicio y él mismo era quien tenía que abrir, ya que su madre, que no había podido descansar en toda la noche por los continuos temblores de las paredes del búnker, dormía ahora en su habitación.

Cuando Sebastian abrió la puerta se encontró cara a cara con Daniel, la última persona que esperaba ver, sobre todo después de aquel altercado en el refugio. Ambos se quedaron observándose unos instantes en silencio, tensos. Daniel, como siempre, con su innata elegancia; Sebastian algo desmejorado, a pesar de su juventud e inherente atractivo.

—¿Puedo pasar? —le preguntó Daniel.

El nazi lo invitó a entrar sin palabras, solo dejándole paso y lo acompañó hasta el salón, donde ninguno de los dos pareció querer tomar asiento. Daniel, pensando cómo comenzar la conversación, se acercó a la ventana y observó con pesar el que había sido el espectacular jardín de la residencia Von Stumpfegger, ahora destrozado; arrasado por el fuego de alguna bomba que, por suerte, no había llegado a hacer blanco en la casa. Sebastian lo seguía con la mirada impaciente por oírle hablar.

—Siento no poder ofrecerte nada para tomar —dijo el nazi intentando romper el hielo—. Como imagino, sabrás que han cortado definitivamente el suministro de carbón y de mercancías básicas.

—¿Cómo está tu padre? —le preguntó ignorando su comentario sin apartar la mirada del horizonte.

A Sebastian aquella pregunta se le clavó en el alma como una lanza. Por una parte, no era algo de lo que deseara hablar, menos aún con él, dadas las circunstancias.

—Ayer recibí la notificación de su muerte.

Daniel se giró hacia él y lo observó con el semblante serio.

—Me gustaría poder decirte que lo siento, pero estaría mintiéndote.

—¿Tanto me odias?

—Ya no.

—Yo no denuncié a Veronika. Aunque supongo que ya lo sabes, por eso estás aquí.

—¡Pero sabías que mi tío sí! ¿Y qué hiciste entonces?

—¡Oskar no me dejó opción!

—¿Que no te dejó? Maldito cobarde…

—¿Por qué no me dijiste que era tan importante para ti? ¿Por qué?

—¿Acaso eso hubiera cambiado las cosas? —Sebastian, incapaz de mantenerle la mirada, agachó la cabeza. Ambos sabían que hubiera actuado de la misma manera—. ¿Recuerdas aquella mañana navegando en el lago cuando te hablé de una chica inglesa? —Sebastian afirmó con un gesto de cabeza. No podría olvidar nunca la mirada de su amigo, llena de amor, un sentimiento que él en aquel momento nunca había experimentado hacia ninguna mujer. Entonces lo envidió. Daniel tenía lo que él sentía que aún le faltaba. Sí. Nunca podría olvidar aquel instante—. Esa chica era Veronika —le confesó entonces Daniel encendiéndose un cigarrillo.

Sebastian agitó la cabeza sin comprender.

—¿Perdón?

—Llevábamos saliendo dos años cuando una bomba alcanzó el edificio donde nos encontrábamos aquella noche —le comenzó

explicando—. Desde ese momento perdí su rastro. Desperté entre los escombros y ella ya no estaba allí. Nadie sabía darme razón de su posible paradero. La busqué, pero fue inútil. Era como si la tierra se la hubiera tragado. Fue desesperante —Sebastian lo escuchaba con los ojos muy abiertos, atónito—. Cuando la volví a ver, fue aquí en Berlín, aquí en tu casa, caminaba de tu brazo como tu prometida y decía llamarse Veronika Rollheiser. Creí que enloquecería de celos y rabia, pero cuando por fin conseguí hablar con ella, me confesó que había sido reclutada como espía por los británicos.

Sebastian se dejó caer en el sofá como si de pronto su cuerpo pesara toneladas. No podía creer que el caprichoso destino le hubiera hecho enamorarse de la misma mujer que su amigo amaba. Jamás hubiera seducido a Veronika de saber que era el amor de Daniel. Tal vez si hubiera sido otro… Pero Sebastian siempre apreció al joven Ludendorff, casi tanto como al hermano que perdió en los comienzos de aquella guerra. Casi tanto. Le hubiera envidiado en silencio, como siempre había hecho, porque como Oskar le espetó aquel día en el refugio, siempre había querido parecerse a él y, sin embargo, cada paso que había dado en su vida no habían sido más que errores. Se llevó las manos a la cabeza comprendiendo lo que había hecho entregándola a la Gestapo y siendo cómplice de Oskar. Así, maldijo su cobardía.

—No ha habido ni un solo día que no me haya arrepentido de lo que hice.

—Tráela de vuelta, Sebastian. Yo no puedo hacerlo.

—No sé dónde está. Intenté averiguarlo, pero la Gestapo…

—Está en Dachau —le interrumpió Daniel.

—¿Cómo lo sabes? —le preguntó sorprendido de que su amigo pudiera conocer aquella información.

—Eso no importa.

—El comandante de allí es Alger… —recordó.

—¿Alger Koch? —le preguntó Daniel.

—Sí. Podría hablar con él. Sacarla de allí sería imposible ahora, pero podría intentar convencerle para que cuidara de ella de alguna manera…

—¿Lo harás?

—Lo haré, Daniel.

Una vez solo, Sebastian bajó a la bodega. Únicamente le quedaban un par de botellas de Jägermeister. Llevaba varios días sin beber, reservándolas para algún momento de extrema necesidad. Decidió que ese momento había llegado. Por lo menos para una de ellas. Apenas cinco minutos después se estaba echando el primer trago sentado tras el escritorio de su despacho.

—Veronika —susurró lleno de melancolía.

Recordó la primera vez que la vio y rememoró por unos instantes aquellos sentimientos que le embargaron entonces. Porque no solo era la mujer más hermosa que había tenido el placer de conocer, también era fuerte, inteligente, bondadosa y, según pudo saber después, valiente y leal a su patria. En esas cualidades, vio reflejado a Daniel y no pudo más que sonreír con cierta ironía. ¿Cómo no se había dado cuenta antes? Ambos eran tal para cual.

Fue demasiado hermoso para ser verdad. No podía odiarla a pesar de todo. No había sido nada personal. Tampoco a él. Tampoco se arrepentía de haberla amado, ni siquiera de haber confiado en algún momento en ella, pues irónicamente, ella le hizo vivir los momentos más felices de su vida. Ella, una espía inglesa. No el nacionalsocialismo, por quien la entregó.

Desde su detención no había vuelto a ser el mismo y es que, durante meses, el sentimiento de culpa le había estado corroyendo las entrañas. Así mismo intentaba justificarse pensando en que era una espía inglesa en el corazón del III Reich y, como su padre en el frente, sabía los riesgos que corría. ¿Traicionar a su país por una traidora? Nunca lo hubiera hecho. Pese a ello, nunca quiso hacerle daño, nunca quiso que sufriera; la quería de verdad y él, lejos de salvarla, la entregó a los brazos de la muerte. ¿Si hubiera sabido quién se escondía tras su falsa identidad, hubiera cambiado las cosas? Comprendió que tristemente no y una lágrima resbaló por su rostro. No recordaba la última vez que había llorado, pero se dijo que debía de haber sido hacía mucho tiempo, cuando se creía alguien, porque no lo recordaba.

Sebastian sentía que todo su cuerpo pesado, agotado. Recostado en el sillón, solo tenía fuerzas para agarrar el vaso, darle un trago, volverlo a posar sobre la mesa y, de tanto en tanto, rellenarlo. Así también con el cigarrillo, fumando uno tras otro sin parar.

Sebastian estaba viéndose arrastrado hasta los confines de la tristeza más profunda, en la que las posibilidades de retorno, cada vez más lejanas, se le comenzaban a antojar una quimera. Se preguntó si había llegado la hora de expiar sus pecados, y acarició su pistola. La guerra acababa y sabía lo que aquello significaba para toda Alemania, pero, sobre todo, para él y para los SS. Se sentía incapaz de hacer frente a un consejo de guerra, de verse vilipendiado y expuesto, tal vez, a una muerte deshonrosa y pública. Él, Sebastian Von Stumpfgger, el vanidoso, el soberbio, ahora víctima de los designios del destino, víctima de su propia necedad y cobardía, leal a ese nacionalismo y a ese Führer, cuyos días de gloria pronto verían su fin.

Muchos de sus compañeros planeaban ya su huida. Los había escuchado hablar de Sudamérica, de dar la espalda al partido que,

si bien un día los alzó a lo más alto, ahora los arrastraba al infierno que ellos mismos habían ido creando con total impunidad. Lo hacían en susurros, a escondidas, pues aún podían ser acusados de traición, derrotismo o ambas cosas y, por tanto, acabar fusilados antes de que acabara la guerra. Sebastian hacía oídos sordos. En otro momento se hubiera sumado a ellos sin dudar, sin importarle dejar atrás todo en cuanto había creído y amado. Pero para huir había que querer seguir viviendo y ese era un sentimiento que hacía tiempo había dejado de albergar dentro de sí.

Buscó el teléfono del campo de concentración de Dachau en su agenda. Aún tenía algo importante que hacer. Algo por ella, por él, por intentar reparar de alguna manera el daño causado.

Marcó el número. Despacio. Pensando en lo que le diría a Alger. Podría denunciarlo. Pero no tenía miedo. Ya no, pues solo delataría a un muerto.

—Comandante Koch —respondió un hombre al otro lado.

—Capitán von Stumpfegger.

—¿Sebastian?

—Hola, Alger.

—Me alegra oírte. ¿Cómo estás?

—Quería preguntarte por una prisionera de tu campo —le dijo yendo al grano.

Hubo un breve silencio. Sebastian temió que se saliera por la tangente o incluso le colgara. Pero no fue así.

—¿Cómo has sabido qué está aquí?

—Alger, como amigo que has sido de mi familia y, espero sigas siendo, quisiera pedirte un favor. Un favor personal.

—Dime.

—Cuídala —silencio—. Cuídala por Daniel Caine.

De nuevo, aquel mutismo tenso. Sebastian se preguntó cómo era posible que hubiera sabido tan rápido a quien se estaba refiriendo.

—Llevo haciéndolo todo este tiempo —le confesó, sin embargo.

Sebastian se alegró de oír aquellas palabras. Nunca imaginó que se alegraría de que a alguien más, aparte de a sí mismo, le fuera bien.

—¿Me odia?

—Ya no.

—Nunca le menciones a ella esta llamada.

—No lo haré.

—Gracias.

—¿Cómo está tu padre?

—Murió, Alger. Recibí la notificación ayer, pero falleció en Navidad.

—Lo siento mucho.

—Son tiempos difíciles para todos.

—Cuídate.

—Tú también.

Se despidieron. Nunca volverían a hablar.

Sebastian jugueteó con su pistola. Nunca la había utilizado. Se dijo que después de todo, otros habían sido peores que él, pero aquello no le alivió ni un ápice de su sentimiento de culpa. Fue cómplice de un Gobierno que asesinaba a judíos en cámaras de gas, experimentaba científicamente con prisioneros, maltrataba a sus semejantes hasta la muerte y se había llevado por delante a millones de seres humanos inocentes. Sin embargo, él nunca había utilizado su arma. Desde el principio, supo a quién apoyaba, incluso se jactó de ello siempre que tuvo ocasión. Ahora les había llegado el turno a todos ellos. Sebastian se colocó la pistola en la sien. No pensaba en Helen, ni siquiera en su madre. Solo, apretó el gatillo.

78

Daniel había odiado a Sebastian durante mucho tiempo. No obstante, cuando aquella misma mañana corroboró que el artífice de la detención de Helen había sido Oskar, aquel sentimiento hacia él se desvaneció. Fue al verlo cuando sus emociones se transformaron en lástima, porque Daniel no había reconocido al que había sido su amigo en aquel hombre que le había recibido en la mansión von Stumpefegger. Sebastian, tan presumido y altivo desde su ya temprana adolescencia, ahora se encontraba apagado, gris, alicaído, como si llevara una pesada losa sobre los hombros, una carga imposible de soportar.

Daniel se había reunido hacía una hora con el mayor Zweig, quien llevaba consigo el informe completo que la Gestapo guardaba sobre Veronika Rollheiser. Se lo ofreció, dispuesto a satisfacer la necesidad del joven por conocer la verdad, pero este lo rechazó. No quería conocer detalles. Prefería eludir todo lo concerniente al martirio que Helen tuvo que sufrir en los sótanos del Cuartel General de la Gestapo. Le pidió que se limitara a resumirle lo que considerara relevante. El mayor así lo hizo:

—El general Oskar Lundendorff efectuó la denuncia. También fue él quien planeó el arresto. Sebastian solo fue el chivo expiatorio —le corroboró. El joven se quedó rumiando aquella confesión, mientras la ira hacia su tío iba creciendo en su interior—. Veronika aún vive.

—¿Dónde?

—Daniel, la guerra pronto llegará a su fin. No cometas ninguna imprudencia que pueda costarte la vida. No ahora.

—¿Dónde? —repitió.

El hombre lo miró con renuncia. Temía que pudiera cometer alguna insensatez si le decía el paradero de la joven, pero comprendía que, llegados a ese punto, no podía negarle aquella información.

—En el campo de concentración de Dachau —sentenció.

Daniel deambuló durante varios minutos intentando apaciguar su espíritu antes de coger el tranvía. No quería tomar decisiones precipitadas llevado por la cólera. Su propia familia le había mentido y traicionado y, aunque no le pillaba de sorpresa, nunca imaginó que corroborar sus sospechas pudiera llevarle a tomar aquella decisión que, si tal vez drástica, rondaba en ese momento por su cabeza. Caminando por Leipziger Straße, comprendió por

qué en aquellos últimos años se había sentido tan incómodo en su propia casa, como si fuera un extraño entre los suyos; y es que, entre ellos y él, se había ido construyendo un muro invisible de intrigas y engaños imposible de soslayar. Maldijo a su tío con el pensamiento, él jamás habría puesto en peligro su vida ni la de ninguno de los miembros de su familia, ni siquiera por Inglaterra. Sin embargo, Oskar, denunciando a Helen, no había hecho más que arrancarle de su lado lo que más amaba en el mundo, tal vez, para siempre. Cuando terminó por comprender que su ira no decrecería, aunque se pasase el día entero caminando por las frías calles de Berlín, subió al tranvía.

Pensó en Helen, añorándola con la desesperación del enamorado, mientras se imaginaba las argucias a las que tendría que haber recurrido para sobrevivir en un campo de concentración durante tanto tiempo. Podía hacerse una idea de las condiciones en las que tenían a los prisioneros por algunos comentarios que había escuchado de Geier; y se prometió que jamás la reprocharía nada de lo que hubiera podido hacer allí dentro. Al fin y al cabo, si conseguía encontrarla con vida, todo habría merecido la pena. La tristeza que le embargó, entonces, no hizo sino incrementar su cólera.

Decidió que primero iría a ver a Sebastian. No sabía muy bien para qué, pero necesitaba tenerle delante, confesarle que sabía la verdad y que no le guardaba rencor. Eran momentos difíciles para el nazismo y, aunque eso no le eximía de desearles la suerte que cada uno de ellos merecían, no buscaba hacer leña del árbol caído. Después de todo, Daniel también lo utilizó, pero decidió que aquello se quedaría para siempre con él. Nunca imaginó que el que fuera un día su amigo se encontraría en circunstancias tales como para llegar a compadecerle.

Cuando llegó a la que había sido su casa durante los últimos años, subió directamente las cuatro plantas hasta el desván. Allí, tomó un cigarrillillo de la cajetilla que guardaba en el primer cajón del escritorio y se sentó en el sillón que un día ya lejano, había sido de su padre.

—Lo siento, papá —comenzó diciendo a la nada, seguro de que el alma de Nick Caine aún seguía allí, cuidando de él cual ángel de la guardia—. Estoy convencido de lo que voy a hacer e imagino que comprenderás mi decisión, si como creo, me estás viendo desde algún lugar. Desde que tú tuviste que dejarnos, mamá es otra mujer que no reconozco y, aunque he intentado entenderla en sus circunstancias, no he conseguido encontrar en ella más que esa semilla de maldad que el nazismo ha ido germinando en ella, en esta casa, durante todos estos años. Para mí no es fácil, pero siento

que aquí ya no me queda nada y que lo que un día lo significó todo, ahora no es más que un montón de recuerdos que se desvanecen como si solo hubieran formado parte de un sueño del que hace tiempo ya desperté.

Aunque aquellas palabras sonaban a despedida, no eran más que el deshago de una conciencia salpicada por los anhelos perdidos. Daniel no sabía aún que su madre había sido cómplice de Oskar, que había guardado silencio a pesar de la desesperación que día a día había presenciado en el rostro de su único hijo; enterarse de aquello no haría más que ratificar su decisión de abandonar aquella casa. Pero algo dentro de él le decía que jamás se arrepentiría de romper para siempre con la única familia que le quedaba. Llevaba albergando demasiado rencor día tras otro. Alemania no solo había quedado mutilada por las bombas, la muerte y el dolor de la guerra, también por los ideales que habían ido secuestrando la mente de muchos de sus ciudadanos, llevándolos a enfrentarse a vecinos, amigos y familiares que, parecían no conocer o, incluso, odiar sin razón aparente.

Daniel descolgó el teléfono. Estuvo cerca de una hora esperando conseguir tono. Cuando al final oyó la señal al otro lado, marcó el nuevo número de Dagna.

—Un momento, por favor —respondió una voz de mujer al preguntarle por la baronesa Rollheiser.

—¡Daniel! —exclamó Dagna al cabo de un momento—. No puedes imaginarte lo preocupada que he estado por ti. Los aviones sobrevuelan Zurich día y noche y nos llegan noticias devastadoras de Berlín.

—Me voy de casa —le dijo el joven sin rodeos temiendo que la comunicación pudiera cortarse en cualquier momento.

—¿Qué ha pasado?

—No hay tiempo. Solo quería que lo supieras para que no vuelvas a llamarme a aquí. No te preocupes, estaré bien. Veronika está en un campo de concentración a pocos kilómetros de Múnich y pienso ir a buscarla en cuanto me sea posible —le dijo de carrerilla.

—¡Está viva!

—Sí, y espero que siga siendo así.

—Es fuerte.

—Lo es.

En ese momento, las palabras se volvieron entrecortadas, anunciando que la comunicación se cortaría de un momento a otro.

—Te llamaré, Dagna —fue lo último que alcanzó a decir Daniel antes de que el teléfono enmudeciera.

Daniel echó un último vistazo a ese desván, en el que tantos momentos había pasado los últimos meses. Fue una mirada cargada

de nostalgia antes de cerrar la puerta y sumirse en la oscuridad del pasillo. Bajó las escaleras hasta su habitación y, sacó la maleta, con la que hacía ya casi cinco años había llegado de Londres, del fondo de su armario. La abrió sobre la cama. Se dijo que aún estaba a tiempo de no seguir adelante con aquella idea de abandonar la mansión Ludendorff para siempre. No podía evitar sentir ciertas dudas. Dudas fundadas por miedo a lo desconocido, miedo a dejar de tener el respaldo de su poderosa y adinerada familia, miedo a estar equivocándose.

Durante unos minutos, estuvo ahí quieto observando la maleta, hasta que comprendió que el miedo solo era un obstáculo más a batir en su lucha por alcanzar la felicidad al lado de la mujer que amaba. Una felicidad que su tío Oskar había intentado arrebatarle todo ese tiempo. Pero las lágrimas le sobrevinieron emborronándole la visión. Después de todo quería a su madre con todo su corazón y cabía la posibilidad de que ella, a pesar de no demostrárselo, siguiera queriéndolo como cuando el nazismo no existía en sus vidas, como cuando su padre vivía y eran una familia feliz.

Con la maleta abierta y sin hacer, bajó al salón, donde Erika y Oskar charlaban mientras tomaban una taza de achicoria. Ambos guardaron silencio al ver a Daniel aparecer y lo siguieron con la mirada acercarse, hasta quedar plantado frente a ellos, mirándolos de hito en hito con los puños apretados de pura rabia y los ojos llorosos de desesperación.

—¿Qué le pasa a tu hijo? —le preguntó Oskar a Erika con su característico tono sarcástico.

La mujer se encogió de hombros observando al joven con expresión imperturbable.

—Fuiste tú —le espetó Daniel a Oskar.

—¿De qué demonios me estás hablando?

—Tú entregaste a Veronika y me hiciste creer todo este tiempo que había sido Sebastian. No solo la entregaste a una muerte segura, sino que dejaste que fuera creciendo dentro de mí un odio hacia alguien que no lo merecía.

Oskar se puso de pie despacio. Su mirada gélida se clavó en los ojos de su sobrino.

—Era una maldita inglesa —le espetó.

—¡Madre! —le gritó Daniel a Erika buscando su apoyo. Sin embargo, esta miró hacia otro lado sin alterar un ápice su expresión —. Tú lo sabías… —comprendió entonces el joven. Ella no respondió—. ¡Tú lo sabías! ¿Cómo pudiste permitirlo? Precisamente tú que tanto quisiste a papá… a un inglés…

—¿Para qué viniste a Berlín? —le preguntó su tío de pronto—. ¡Tendría que haberte denunciado como hice con tu puta! Tú no eres

menos inglés que ella. Gente como vosotros estáis haciéndonos perder la guerra.

—¡Basta! —le gritó a su tío. Oskar se quedó sorprendido. Daniel había perdido el dominio sobre sí mismo que siempre le había caracterizado—. Habéis perdido la guerra vosotros solos porque vuestro Führer no es más que un loco insensato que no ha hecho más que cometer un error tras otro. Y tú mejor que nadie deberías saber que él es el único responsable de la desgracia, no solo de millones de alemanes, sino de toda Europa. Pero claro, estás tan envenado por el fanatismo que entre tú y todos esos malditos nazis habéis comido el cerebro a mi madre de tal manera que ni la reconozco.

Daniel temblaba de pura impotencia. Tuvo que contenerse para no continuar escupiendo toda la ira que llevaba acumulada durante aquellos años al lado de una familia que no solo había aceptado, sino que había abogado en favor de todo aquel horror que los nacionalsocialistas habían implantado en el mundo.

Sin darles tiempo a contestación alguna, dio media vuelta y salió del salón. No deseaba estar ni un minuto más en aquella casa. Subió corriendo las escaleras hasta su habitación y, mientras preparaba la maleta con lo imprescindible, Erika apareció en el umbral de la puerta.

—¿Qué estás haciendo? —le preguntó.

—Me voy —le contestó sin mirarla, concentrado en su armario.

—¿A dónde, hijo? —le preguntó acercándose a él, ahora sí, consternada. Daniel no le contestó. Ni él mismo había pensado donde iría—. Por favor, no te vayas. No te vayas —le suplicó ya agarrándolo de la camisa en un intento desesperado por detenerlo.

—Demasiado tarde. Creo que ha llegado el momento de que cada uno expíe sus culpas —le dijo cerrando ya la maleta medio vacía.

—¿De qué me estás hablando, hijo?

Daniel agarró su maleta y, por primera vez desde que su madre entrara en aquella habitación, la miró a los ojos.

—Tú ya no tienes ningún hijo —le dijo con frialdad antes de salir de la habitación.

Erika, paralizada por las palabras de su hijo, necesitó unos segundos para reaccionar.

—¡Daniel, espera! —le gritó ella corriendo tras él escaleras abajo —. Nunca creí que aquella mujer fuera tan importante para ti.

Daniel se detuvo en seco y se giró. No podía creer el cinismo que encerraban las palabras de su madre, a la que durante años tuvo como una mujer inocente, risueña, cariñosa y algo díscola.

—¿Tan importante para mí? ¿No valía con qué me hubiera

salvado la vida? ¡Tus queridos nazis me dejaron moribundo y ella me salvó la vida! ¿No era eso suficiente?

Erika, que se había quedado sin argumentos con los que rebatirle, rompió a llorar tan pronto como comprendió que nada de lo que dijera podía ya impedir lo inevitable. Perdía a su hijo para siempre y era incapaz de buscar un solo motivo con el que retenerlo. Tal vez Daniel llevara razón. Tal vez había llegado el momento de expiar sus errores.

Devastada, no acostumbrada a tener que luchar por nadie ni nada, se derrumbó en las escaleras, desde donde presenció, a través de su mirada acuosa por las lágrimas, la figura de su hijo salir de la casa. Se dijo a sí misma y, sin mucho convencimiento, que cuando estuviera más tranquila, quizás al día siguiente, idearía alguna manera de hacerle volver.

Daniel cerró la puerta de un golpe, sabiendo que, con aquella puerta, se cerraba una etapa de su vida para siempre. Caminó con paso firme a través del porche y, solo cuando llegó a la verja, echó una última mirada atrás. Una mirada de despedida hacia la casa que le había visto crecer, sin saber que tan solo tres días después ya nadie viviría en ella. Erika, Geier, Oskar y Arabelle, tras conseguir los permisos pertinentes para salir del país, se refugiaron en Suiza hasta el final de la guerra.

Daniel recorrió durante varias horas y sin rumbo fijo aquella ciudad convertida en ruinas, cuyas calles casi le costaba reconocer. Apenas había vehículos circulando. Tampoco personas paseando. De tanto en tanto, veía algunas mujeres concentradas en apartar hacia las aceras los cascotes que ocupaban la calzada a fuerza de pala y algún que otro hombre con aspecto cansado y mohíno, quizá recién llegado del frente, caminando hacia un futuro incierto. Las cafeterías y comercios que el joven frecuentó en otros tiempos ya no existían o habían echado el cierre. Solo algunas sucursales bancarias o tiendas de ultramarinos tenían aún sus puertas abiertas.

El piso de su familia en Unter den Linden había desaparecido. Le costó ubicar su situación exacta, pues toda la manzana se encontraba arrasada. Le hubiera gustado poder entrar en él una última vez: acariciar sus paredes, sus muebles, llevarse algún recuerdo incluso; pero el destino, quizás, no quiso que así fuera. Como si estuviera ante la tumba de un ser querido, permaneció absorto en los recuerdos que aquel lugar, ahora convertido en un montón de ruinas, le traía de tiempos pasados, antes de poner rumbo al refugio donde Barbara se escondía, a no más de unos metros de allí.

Daniel, con paso cansado, subió las escaleras de unos de los pocos edificios que aún se mantenían en pie en la zona. Las luces no

funcionaban y tuvo que subir a tientas, guiándose con la luz de su mechero para no trastabillar en alguno de los escalones. Cuando llegó al rellano de la segunda planta, se percató de que la puerta del piso donde había visto a Barbara la última vez estaba abierta. Extrañado y poniéndose alerta, la entornó y se coló en el interior con sigilo. Un tenue halo de luz procedente del salón dibujaba sombras fantasmagóricas en las paredes descorchadas.

—¿Barbara? —preguntó avanzando por el pasillo.

La joven salió del interior de una de las habitaciones del fondo del pasillo. Su cara, tensa, se relajó al verlo, exhalando un suspiro de alivio.

—Daniel… —le dijo soltando el cuchillo que llevaba en la mano derecha.

—¿Por qué está la puerta abierta?

—Desde ayer no cierra. Los pasadores del picaporte no encajan en las aberturas —la joven detuvo su explicación y miró interrogante a la maleta que portaba Daniel—. ¿Y eso? —dijo señalándola con la cabeza.

—He venido para quedarme —le dijo soltando el fardo en el piso.

Una mueca de tímida alegría se dibujó en el rostro de Barbara.

79

Un murmullo generalizado se extendió como la pólvora entre los prisioneros a comienzos de abril de aquel año de 1945. Según muchos, la liberación de Dachau era inminente, las tropas americanas estaban cerca. Sin embargo, no era la primera vez que oíamos aquellos rumores y, por consiguiente, aquella noticia para nuestros malheridos corazones y nuestras desesperanzadas mentes no era el motivo de alegría que cabría esperar en quienes percibían el pronto final a su cautiverio.

En los años anteriores a mi llegada al campo, de acuerdo a lo que me contaron algunos prisioneros y, más tarde estando yo ya en Dachau, los alemanes ya nos habían asegurado la liberación en varias ocasiones: tras la toma de París, tras la derrota en Stanlingrado, tras la de Rommel en el norte de África, tras la caída de Roma. Eso fue degenerando en una desconfianza que llegaba hasta hoy, sobre todo entre los prisioneros más veteranos que ya se tomaban aquellos rumores de libertad como una sádica broma más de los nazis. Por supuesto, hubo otras reacciones. Otros muchos se quedaban impasibles ante la posibilidad real de liberación. Después de todo, existía un gran número de confinados que después de tanto tiempo en aquel campo, lo habían perdido todo: sus casas, sus trabajos, sus familias. Era difícil imaginar volver a un mundo en el que ya nadie ni nada te esperaba y que hacía mucho tiempo había dejado de pertenecerte.

Yo, mientras tanto, confiaba en que esta vez, a diferencia de las anteriores, mis días en aquel infierno estaban contados. Cada hora había un correo que llegaba del barracón uno, donde estaba dispuesto el Comité General, con las últimas noticias del avance norteamericano, situándolo cada vez más cerca. Sin embargo, las ansias ralentizaban exasperantes las horas, por lo que prefería no pensar en ello y solo podía conseguirlo manteniendo la cabeza ocupada.

A menudo pasaba por el hospital del campo, aunque la falta de medicinas y de comida imposibilitaba otorgar a los enfermos cualquier tipo de ayuda más allá del consuelo. Iba sobre todo por las mañanas cuando no recorría los barracones en búsqueda de prisioneros con incipientes signos de enfermedad, a quien me veía obligada a aislar dada la extrema propagación, aun a sabiendas de que todo esfuerzo por mi parte terminaba resultando inútil. Tras pocos días en aquella rutina, volvieron a conocerme como el ángel

de Dachau.

Aquel mes, la mortalidad creció de forma alarmante y no solo por el tifus. Alger recibía órdenes directas de Berlín de fusilar a cuantíosos prisioneros que parecían estar en la lista negra del III Reich. Durante muchos días, temió que en ella pudiera apareciera mi nombre. Sin embargo, nunca ocurrió. No sé qué hubiera pasado de no haber sido así. Prefiero no pensarlo.

El comandante del campo aceptó aquellas disposiciones sin ningún tipo de oposición. Incluso, cuando más tarde, el 26 de abril, tuvo que llevarse a cabo la ejecución del que había sido médico jefe de Dachau, Sigmund Rascher y su mujer Karoline Diehl. Alger me explicó entonces que era una orden directa de Himmler, a quien habían traicionado haciéndole creer que tenían tres maravillosos hijos para dar ejemplo de la superioridad aria, cuando en realidad eran hijos de su criada y un carpintero.

—¿Y dices que eran amigos?

—Eran, claro. Himmler no tolera mentiras.

Alger intentaba mostrar siempre una actitud hierática ante todos, incluso ante mí. Sin embargo, podría engañar a cualquiera, pero yo había aprendido a conocerlo bien. En aquellos meses, había descubierto que sus ojos no podían mentir y habitualmente contrastaban con el rictus de su rostro. Esto me hacía conocer sus verdaderos sentimientos y, por tanto, sabía que sufría al verse en determinadas tesituras que su lealtad hacia su Führer le impedían incumplir.

Esa actitud era difícil de entender, pues a simple vista podía antojarse como ambigua, sin embargo, es difícil juzgar con objetividad cuando uno no está en situación. Por supuesto, estoy lejos de justificarle, pero como él, hubo quiénes se arrepintieron de verdad de sus actos cuando ya era tarde, como si se hubiera abierto una puerta en sus propias conciencias; aunque la mayoría, la inmensa mayoría, no entraba en ese grupo de contritos a deshora. En general, especialmente a los SS, les ocurrió lo contrario, sentirse poderosos les fue convirtiendo en monstruos de sus propias vilezas, hasta el punto de que parecían depender de ellas para poder vivir como del aire que respiraban.

Según Alger me contó en alguna ocasión, había conocido a algunos de los soldados y guardianes de las SS que ahora pululaban por el campo infringiendo terror a aquellos desdichados.

—Eran gente normal, con vidas normales, familia normal y gustos normales. Pero el nacionalsocialismo se fue colando en nuestras casas poco a poco, proyectando un odio que fue creciendo entre las sombras como un pequeño engendro al que vas y vas alimentando, hasta que se va haciendo tan fuerte que dejas de

poder controlarlo.

—Esa gente que tú dices que era normal, ahora son sádicos asesinos sin ápice de piedad.

—Fuimos concienciados de que los judíos eran el enemigo a batir, de que eran ellos o nosotros. Pero ese fanatismo, como te digo, no fue cosa de un día. Hitler tardó muchos años en llegar al poder… y, cuando lo hizo, ya poseía parte de nuestras conciencias.

—Sin embargo, según tengo entendido, nunca llegó a ganar unas elecciones.

—Sí y no. Las ganó, pero no de manera democrática. Te sitúo: 6 de noviembre de 1932 —comenzó a relatarme. Yo lo escuchaba con suma atención—. Alemania se encuentra dividida, con unas profundas crisis internas, una fuerte inflación y bajo la soberanía de un más que acabado Paul von Hindenburg. Aquel día se llevaron a cabo las últimas elecciones libres de la República de Weimar. Nosotros obtuvimos el 30 y poco por cien de los 584 escaños del Reichstag y, aunque habíamos conseguido ser el partido más votado con 196 puntos, frente a los 121 del Partido Socialdemócrata y los 100 del Partido Comunista, la suma de los tres grupos más votados por debajo de nosotros habría sido suficiente para relegarlos a la oposición.

—Y ellos habrían ganado las elecciones.

—Exacto.

—Dagna Rollheiser me comentó que los nazis os encontrábais, entonces, respaldados por una campaña de terrorismo callejero contra comunistas y socialdemócratas, por un gran sector de la policía y por generosas donaciones de dinero que hacían que vuestro presupuesto fuese bastante superior al del resto de los partidos.

—Podría decirse que sí —dijo dibujando una sonrisa nostálgica.

—¿Qué pasó después en las elecciones de 1933?

—Unas semanas antes de las elecciones de 1933, los nazis quemamos el Reichstag acusando a los comunistas y forzando a Hindenburg a que aboliese algunas garantías constitucionales. Lo conseguimos, no solo derogar la mayoría de los derechos fundamentales de la Constitución, también ganar las elecciones.

—Jugabais sucio, Alger… ¿No te dabas cuenta?

—Queríamos ganar. Yo estaba convencido de que Hitler era la mejor opción para Alemania.

Lo observé unos minutos intentando comprenderlo sin éxito.

—Y Hitler se hizo con el poder.

—Hitler ya investido canciller, decidió prescindir de todo procedimiento electoral y prohibir los partidos del Reichstag, excepto el suyo, claro está; solo entonces, se instauró el

totalitarismo, con el silencio del presidente Hindenburg, de la derecha, de la Iglesia y con el dinero y el apoyo de los grandes capitalistas, entre los que se encuentran los Ludendorff, por cierto.

—Son convencidos nacionalsocialistas, doy fe de ello, aunque desconocía ese dato.

—Dudo que te hubieras podía enterar, salvo que te lo hubiera contado alguno de ellos.

Azorada por la insinuación e incapaz de mantenerle la mirada, bajé la vista al suelo.

—Ya te lo pregunté una vez y evadiste mi pregunta… ¿Qué tienes con esa familia, Helen?

—¿Cuánto los conoces tú?

Alger me miró unos segundos en silencio antes de responder. Me pregunté cuándo nos habíamos desviado del tema, incómoda por el rumbo que había tomado la conversación.

—Nunca me preguntaste a qué me dediqué tras abandonar medicina.

—Cierto —le dije frunciendo el ceño, sin comprender con exactitud a dónde quería ir a parar.

—Trabajé para los Ludendorff en una de sus sucursales.

Aquella revelación me dejó atónita, sin palabras. Jamás hubiera imaginado que los caprichos del destino situaran a Alger tan cerca de Daniel.

—Sin embargo, no conocí al pequeño Ludendorff hasta poco después de comenzar la guerra, al hijo de Erika, se llama… —se interrumpió intentando recordar el nombre.

—Daniel —le dije yo.

—Daniel, sí.

Alger me escrutó con la mirada, al tiempo que mi corazón comenzaba a palpitar a toda velocidad. Temía que mi secreto se hubiera descubierto en Berlín y que Daniel hubiese sufrido las consecuencias; porque si algo me estaba dejando entrever Alger, era que, si no sabía de mi relación con Daniel, sospechaba sobremanera. Me pregunté si solo eran conjeturas mías o de verdad me estaba tanteando. Rápido lo comprobé.

—Él es a quien piensas buscar cuando todo esto acabe, ¿verdad?

Me quedé callada, sin saber qué responder, mientras mentalmente tanteaba si podría confiarle la verdad. ¿Era tarde para tenderme una trampa? Alger se encendió un cigarrillo con exasperante lentitud, dejando que mi silencio confirmara sus sospechas.

—Conocí mucho a su padre. Era un gran hombre —dijo observando las volutas de humo que salían de su boca.

—¿Cómo lo has sabido?

—No me fue difícil. Ambos vivíais en Londres, llegasteis a Berlín misteriosamente en plena guerra, más o menos tenéis la misma edad, guapos… su tío te denuncia… Es más, estoy casi seguro de saber por qué lo hizo.

—¿Por qué?

—Quiso proteger a su sobrino.

—¿De mí?

—De la espía que descubrió que eras. Sin embargo, ese dato ya se me escapa. No imagino cómo pudo enterarse.

Desde que supe por Alger que mi denunciante había sido Oskar Ludendorff, había repasado mentalmente nuestros escasos encuentros intentando encontrar en ellos algún tipo de desliz que pudiera haberme delatado como espía ante sus ojos. Al principio, creí que era tan sencillo como que su hermana, Erika, en algún momento se lo había confesado, aunque también podría haber sido Sebastian, con quien me constaba que mantenía buena relación. De todas formas, tanto daba uno u otro. Sin embargo, dándole vueltas al tema, deseché por completo esa posibilidad; existía otra muchos más plausible.

—Me temo que creo saberlo —Alger me hizo un gesto con la cabeza para que prosiguiera—. Algunas noches me veía con Daniel en su habitación; me colaba por la ventana.

—¿Y? Eso no te hace espía.

—Daniel y yo cuando estábamos a solas hablábamos en inglés —sentencié—. Estoy casi segura de que Oskar tuvo que oírnos en algún momento.

El 14 de abril, el comandante recibió una orden firmada por Himmler en la que le exigía la inmediata evacuación del campo, dejando la rendición fuera de toda cuestión. Pocos días después, le llegaría un telegrama confirmando aquella misiva y autorizándole a utilizar los aviones militares que se hallaban en una base aérea cercana a Múnich para llevar a cabo un fulminante asesinato en masa, lanzando desde el aire bombas de gas a todos los prisioneros que permanecíamos por aquel entonces allí hacinados. Alger, por su parte, obviando este último punto, autorizó llevar a cabo la evacuación.

Caía la noche cuando una sucesión de prisioneros desfiló ante mis ojos como si de almas en pena se tratasen. Aquellos despojos humanos caminaban extenuados, casi decrépitos, arrastrando los pies descalzos o, los privilegiados, con sus calzados desgastados. Desde una de las ventanas de la casa del comandante, los vi atravesar el límite del campo, hostigados por los guardias, hasta perderse en una bruma que parecía conducirlos al inframundo.

—¿A dónde los llevan?

—Al sur —me respondió Alger que estaba a mi lado.

Fueron obligados a llevar a cabo a pie un recorrido que muchos de ellos no resistieron. Enfermos, sin alimento ni agua, un gran número de prisioneros sucumbió en aquellas marchas de la muerte. Sin embargo, la evacuación estuvo muy lejos de llevarse a cabo en su totalidad. Muchos fuimos los que por una u otra razón nos quedamos.

—Está mañana he recibido una llamada del inspector general de todos los campos de concentración, Weiss. Esta será la última marcha que se realice —me dijo aparentando total tranquilidad—. Ha mantenido contacto con los norteamericanos y les ha prometido, contra órdenes expresas de Berlín, que se les entregará Dachau intacto. La Cruz Roja hará de intermediaria.

Yo asentí en silencio. No hacía falta que Alger me dijera que estaba conforme con la decisión de Weiss, yo sabía que así era. Sin embargo, aquella noche, varios SS se fugaron sin aviso desobedeciendo la última orden del que en pocas horas dejaría de ser su comandante.

—¿Crees que los norteamericanos intuyen lo que se encontrarán aquí? —le pregunté a Alger.

—Llevan días sobrevolándonos aviones de reconocimiento.

—Sí, pero… ¿y los muertos? Se amontonan a centenares.

—Ya nada de eso importa.

Alger no durmió en toda la noche. Intranquilo, pese a la serenidad que había mostrado durante todo el día, se levantó varias veces, paseó por la habitación de un lado a otro y fumó gran parte de los cigarrillos que nos quedaban. Yo tampoco pude pegar ojo, siguiéndolo con la mirada de un lado a otro, preocupada por él en silencio, sintiendo el dolor que su alma me transmitía. En varias ocasiones, fumé a su lado, sumidos en una oscuridad que solo rompían las brasas de nuestros cigarrillos. Las palabras alentadoras carecían de sentido para él. Mientras yo, víctima de sentimientos encontrados, reprimía mi alegría por la liberación y también mi pena por el destino de aquel hombre que me había permitido llegar con vida a ese día tan soñado.

Entre el sueño y la vigilia, oí lejano el tañido inmisericorde de las campanas del castillo. Alargué la mano buscando el cuerpo de Alger a mi lado, en la cama. Pero no estaba allí. Entreabrí los ojos; solo vislumbré los tenues rayos del sol de la mañana atravesando la habitación y volví a cerrarlos, somnolienta. Poco después, todavía en una superficial duermevela, sentí los labios de Alger en mi mejilla. Pude oler su perfume y lo imaginé vestido con su impecable uniforme de las SS. Cuando salió de la habitación, miré el reloj.

Eran las nueve de la mañana del 28 de abril de 1945. Solo quedaban horas para la llegada de los norteamericanos al campo de concentración de Dachau.

80

Hitler hacía tiempo que casi no aparecía en público. En su lugar, Goebbels, con su nuevo cargo de Comisario del Reich, preparó a los berlineses para la defensa de la capital, organizando las unidades *Volksstürm*. Todos los hombres capaces de portar un arma, incluidos enfermos, ancianos y adolescentes, fueron reclutados para la defensa de Berlín. Se tuvieron en cuenta las condiciones físicas de cada uno de ellos a la hora de asignarles un puesto u otro, reservando así, a los tullidos e inválidos para trabajos dentro de los cuarteles generales.

Las unidades milicianas se repartieron en cuarenta y tres distritos y se optó por el batallón como unidad estándar de organización, debido a la falta de suministros y armas para la creación de unidades mayores. Todos ellos fueron instruidos de forma precaria en el combate cercano y en la utilización de rifles, subametralladoras y ametralladoras ligeras, armas provenientes de diversos frentes; fabricadas por la empresa de Carl Walther o de creación artesanal. Les fueron entregados también minas antitanques y granadas de huevo.

Estas apuradas unidades de reserva, a diferencia de Inglaterra, fueron convocadas demasiado tarde. No estaban ni equipadas ni preparadas, resultando una defensa inútil ante las tropas aliadas. La gran mayoría de estos soldados improvisados abandonaron el combate a la primera ocasión, tal como hizo Daniel, o se entregaron. Solo los reclutas que habían participado en la Primera Guerra Mundial o los jóvenes pertenecientes a las juventudes hitlerianas que no cayeron muertos o heridos en su fanatismo, aguantaron en sus puestos defensivos hasta el final.

Daniel llegó al refugio de Tiergarten, el último donde había dejado a Barbara, tras un mes combatiendo a las afueras de Berlín. Era 19 de abril, las fuerzas alemanas por esas fechas ya habían sido aplastadas a las puertas de la capital por los incesantes ataques de la artillería soviética. El joven que lucía un gastado y polvoriento uniforme de las SA —a falta de ropas militares— y portaba el brazalete obligatorio para los soldados alemanes de reserva que decía *Deutscher Volkssturm Wehrmacht,* intentó localizar a Barbara en aquel búnker, donde una multitud de rostros desconocidos lo observaban desde la penumbra.

Barbara, que no tardó en reconocerlo a pesar del uniforme caqui de la unidad paramilitar nazi, corrió hacia él, pletórica de saber que

estaba vivo y de vuelta. No le resultó entraño verlo vestido así. Todos sabían a esas alturas que los reclutas de la *Volksstürm* habían tenido que combatir con uniformes improvisados, los que habían tenido suerte y los que no, con su propia ropa de civil.

—¡Daniel! —exclamó echándose en sus brazos.

—¡No sabes cómo me alegro de volver a verte! —le dijo este dándole un fuerte beso en la mejilla.

—¿Cómo están las cosas? —le preguntó Barbara ansiosa por saber.

—¿Dónde están los rusos? —preguntó otra mujer que estaba cerca.

Antes de que ni siquiera le diera tiempo a responder, Daniel se vio rodeado por las siete personas que habían sido testigos cercanos del encuentro de los jóvenes. Todas ellas, mujeres ávidas por conocer la situación exacta en la que se encontraba Berlín, lo acribillaron a preguntas. Daniel, con una sonrisa condescendiente, se limitó a contestar con monosílabos. Estaba cansado y hambriento, pero entendía esa urgencia por saber de quienes llevaban días y días viviendo a la espera de noticias. No había luz ni teléfono y los medios de locomoción habían dejado de funcionar, imposibilitando la comunicación, incluso, entre diferentes distritos.

Daniel pasó aquella noche abrazado a Barbara en una de las literas del refugio, agradeciendo el calor humano que la joven le ofrecía en la oscuridad. Sabía que a la mañana siguiente debía volver al frente, no tenía elección, pues los fanáticos de la Waffen-SS se encargaban de que nadie se retirase del combate, so pena de muerte. Sin embargo, eso no le impidió tener un buen descanso, profundo y apacible, hasta poco después del amanecer. Dormir a cubierto, en una cama y en compañía de una bella joven, después de aquel mes de lucha continua, se le antojó el paraíso.

El viernes 20 de abril de 1945, Berlín amaneció soleado y sin rastro de nubes. Daniel, junto a otros milicianos, fumaba a pie de una trinchera en los suburbios de la capital, cuando les sobrevolaron un enjambre de aviones norteamericanos y británicos. El fuerte rugido de sus motores le obligó a taparse los oídos, mientras calculaba que, según su trayectoria, iban dirección al centro urbano. El joven no se equivocó. Minutos después, antes de las once de la mañana, soltaron sus bombas pulverizando los pocos edificios que aún se mantenían en pie en el corazón de la capital del Reich. Las llamaradas de fuego y humo podían verse desde donde se encontraba y no pudo evitar preguntarse, con cierta ironía, si conseguiría sobrevivir a los ataques aliados.

Aquel viernes 20 de abril, Hitler cumplía 56 años. En lo que sería una modesta celebración, el Führer se reunió en la Cancillería

con sus acólitos, entre los que se encontraban Goebbels, Himmler, Speer… y algunos generales que en última instancia le propusieron refugiarse en Baviera, algo que Hitler rechazó con la contundencia que le caracterizaba. Esa misma tarde, tras las despedidas de rigor, ya que imaginaban que nunca volverían a verse, la mayoría de los altos cargos nazis huyeron de Berlín como ratas que abandonan el barco, tan pronto como conseguieron los permisos pertinentes. Mientras, Hitler se recluiría en su impenetrable búnker a más de ocho metros bajo tierra, desde donde dirigiría a su ejército hasta el final de sus días. Aquella noche del 20 de abril, tras los últimos bombardeos aliados, los soviéticos entraron en Berlín.

El III Reich agonizaba. Miles de alemanes morían en el frente o por inanición cada día que pasaba. Algunas personas intentaban huir en su desesperación, encontrándose con carreteras infranqueables, destrozadas por los bombardeos. En las calles, repletas de escombros y ruinas, se formaban trincheras en un último intento por impedir el paso a los soviéticos; en las aceras, coches calcinados; y en las farolas, a modo de escarmiento, los cuerpos asesinados de los que vieron en desertar la única salida.

Daniel no pudo dormir en toda la noche. Él y otros, se resguardaron en un local semiderruido, donde tras una incesante búsqueda por encontrar algo de comida, terminaron dando con una vieja radio.

—No funciona —le dijo al joven Caine el compañero que la había encontrado.

—Déjame ver.

Daniel necesitó pocos minutos para comprender que, si el aparato no sintonizaba ninguna cadena, era por los cortes de electricidad y no porque no funcionara. No obstante, tras varios intentos fallidos con su acostumbrada perseverancia, consiguió captar la BBC haciendo gala de sus conocimientos ante los hombres que ya lo rodeaban.

—¿Qué dicen? —preguntó uno de los soldados alemanes.

—Ssssch… Déjale escuchar —le instó otro en un susurro apenas audible.

Daniel, concentrado en la voz del locutor, pudo interpretar tras largo rato de incesantes cortes en la emisión que los ingleses no tenían muy claro lo que estaba sucediendo en Berlín en aquellos momentos. Maldijo para sí no poder compartir con sus compañeros alguna noticia más relevante, pues aquellos días lo único que se sabía era lo que se iba transmitiendo de boca a boca y siempre con la incertidumbre de que no fueran más que rumores.

Todos deseaban escuchar la derrota alemana para que, al fin, cesara esa lucha encarnizada sin sentido. Sin embargo, esa noticia

parecía no llegar nunca; en su lugar, el locutor habló sobre la liberación del campo de concentración de Sachsenhausen, al norte de Berlín y, entonces, Daniel instó a guardar silencio a sus compañeros con un frenético movimiento de mano.

—Dios mío… —musitó el joven ante los horrores con los que el Ejército Rojo se había encontrado al entrar en aquel campo.

Daniel comenzó a sentirse mareado. El aire le faltaba y un regusto de bilis le subió hasta la garganta en forma de náusea. Se levantó y salió al exterior obviando las protestas de los demás soldados que no habían entendido ni una sola de las palabras que había dicho el locutor. El aire frío lo despejó y, tras unos instantes recuperando el aliento, se encendió un cigarrillo en la penetrante oscuridad de aquella noche de abril. Las lágrimas no tardaron en brotar de sus ojos al imaginarse a Helen víctima de aquellas atrocidades que, según habían informado desde la BBC, se habían llevado a cabo en uno de esos campos de concentración nazis. Agitó su cabeza intentando apartar aquellos pensamientos de su mente y, en su lugar, atisbó la dura venganza que los soviéticos llevarían a cabo con cada uno de ellos, con cada uno de los alemanes, creyéndolos culpables de las barbaries que muchos de ellos habían estado cometiendo impunemente durante todos aquellos años.

Como si de un vaticinio se hubiera tratado, los soviéticos fueron dejando a su paso un reguero de mujeres violadas sin piedad, tiendas saqueadas que posteriormente incendiaban y hombres asesinados.

El bombardeo de la artillería soviética era constante, aterrorizando a los temerosos ciudadanos alemanes desde cualquier punto de la ciudad en el que estuvieran. Las paredes retumbaban como si fueran a venirse debajo de un momento a otro sepultándolos a todos. Daba igual estar en un refugio o en el metro, donde Daniel intentaba descansar por algunas horas siempre que tenía ocasión; aquel estruendo se metía en el cerebro de cada uno de ellos como una horrible pesadilla sin fin. En las colas de racionamiento se dejaron de ver mujeres jóvenes que optaron por esconderse de los rusos ante la oleada de violaciones que comenzaron a saberse, aunque nadie las comentaba en alto. Daniel solo necesitó escuchar aquellos rumores una vez para dejar su puesto en la retaguardia y correr hasta el refugio de Tiergarten, donde Barbara se encontraba.

Con alivio comprobó que los rusos aún no habían llegado hasta allí, aunque estaba seguro de que no tardarían mucho en hacerlo. Bajó las escaleras hasta el sótano y buscó a la joven escrutando la estancia una vez sus ojos se acostumbraron a la penumbra. Le costó encontrarla, sentada sola en una esquina. Había más gente que la

última vez. Decenas.

—Barbara... —le susurró el joven acuclillándose frente a ella.

La pelirroja no le contestó. Observaba la nada con la mirada perdida. Cuando Daniel posó su mano sobre su brazo, advirtió que temblaba.

—Estoy aquí… —volvió a susurrarle, apartándole el cabello de la cara.

—¡Pero te irás!

—Tengo que hacerlo… Por favor, no me lo pongas más difícil.

—¡No puedo más! ¡Quiero irme a mi casa con mi madre, con mi padre y con mi hermano! ¡Qué todo vuelva a ser como antes! ¡Estoy harta del frío, del hambre, de la guerra, de las bombas y las muertes! —le gritó fuera de sí—. Quiero irme a mi casa… ¿es tanto pedir?

Daniel resopló abatido dejándose caer a su lado. No tenía palabras para animarla. Ya no. Barbara comenzó a sollozar.

—Estoy aterrada… —terminó reconociéndole tras unos minutos en silencio—. Tengo miedo de salir a la bomba de agua, pero sobre todo tengo miedo de los rusos.

—Todo pasará pronto. Ya lo verás.

—No lo sé… A veces creo que no pararán hasta matarnos a todos. ¿Por qué no nos rendimos de una vez? Algunos comentan que los norteamericanos se van a unir a nosotros.

—Habladurías, nada más.

—¿También son habladurías las violaciones? —le preguntó esta vez en un susurro.

Daniel no le contestó, en su lugar giró la cabeza hacia otro lado. Era incapaz de mirarla a los ojos y negarle algo que, en su interior y, aunque no lo había presenciado, presentía que era cierto.

—Me gustaría que tu fueras el primero —le dijo Barbara de pronto.

El joven sí volvió el rostro hacia ella, atónito por lo que acababa de escuchar. Sus ojos buscaron los suyos en la penumbra, intentando adivinar en ellos sus verdaderos sentimientos, si de verdad sentía lo que acababa de decir o no era más que un capricho vano del que pronto se retractaría.

—Barbara yo… No sé si sería buena idea.

—Hazme el amor. Esta noche.

Daniel se quedó pensativo. No consideraba que las circunstancias fueran las más idóneas. Para él, acostarse con una mujer no era solo desfogar sus instintos más primarios, sino otra manera de amar, un acto en el que dos personas se entregan por voluntad propia, sin ninguna fuerza exterior que los presione, unicamente porque ambos lo desean. Daniel quería a Barbara de

verdad, la deseaba incluso, pero no estaba enamorado ni lo estaría jamás. Creer que ella quisiera entregarle su virginidad por el simple hecho de que pudiera arrebatársela de manera traumática un soldado soviético en cualquier momento, no le convencía en absoluto, aunque poniéndose en su lugar, la entendía en cierta manera. La observó unos instantes. Sus ojos azules lo miraban expectantes. También seductores, con una chispa de picardía.

—No te gusto… Es eso, ¿verdad?

—Sabes que eso no es cierto.

—¿Entonces?

Daniel y Barbara salieron del refugio de Tiergarten. Hacía pocos minutos que había caído la noche en Berlín, pero no reinaba la oscuridad como cabría de esperar; la ciudad ardía en la lejanía cual pila funeraria, lanzando destellos rojizos en la distancia. Ambos caminaban de la mano, pero él siempre iba algo por delante como si pretendiera ir abriéndole el paso o protegiéndola de las sombras. Sortearon cuerpos desmembrados y coches incendiados, recuerdo de las bombas que habían caído en la zona. De tanto en tanto, les sobresaltaba un estruendo que no era más que una cornisa al estrellar contra el pavimento, pues la mayoría de los inmuebles que aún seguían en pie amenazaban con venirse abajo de un momento a otro.

Llegaron a un edificio, en cuyo sótano Daniel se había refugiado un par de noches junto a otros soldados de la *Volksstürm*. Salvo por las ventanas rotas, parecía encontrarse en buen estado. Atravesaron el portal en silencio y subieron hasta la última planta, un cuarto piso.

—Es peligroso que nos quedemos aquí mucho tiempo. Nos sobrevuelan aviones continuamente.

—Pero esta noche no nos están bombardeando —apuntó Barbara entrando en una de las habitaciones de aquel apartamento.

—No, eso parece.

La joven se sentó, tímida, en aquella cama desconocida y observó a Daniel pasear de un lado para otro rebuscando en los cajones.

—¿Qué buscas? —le preguntó ella.

—Cerillas. Aún me quedan un par de cigarros, pero no tengo con que encenderlos.

—Cualquiera diría que estás nervioso.

—¡Lo estoy! —exclamó dedicándole una sonrisa.

—¡No puedo creerlo! —rió divertida.

Daniel dejó de preocuparse por las cerillas y se acercó a ella. Esta vez serio, le preguntó si estaba segura, si de verdad lo deseaba. Ella afirmó con la cabeza y comenzó a desabrocharse los botones de

su camisa. Daniel la detuvo y en su lugar, se dedicó a desvestirla despacio, disfrutando de la visión del cuerpo desnudo que tantas veces había imaginado mientras lo acariciaba por encima de la ropa. Hacía frío. El aire de la noche se colaba por las grietas de la ventana, pero a ninguno de los dos parecía importarle. Daniel leyó el deseo en los ojos de Barbara, pero en ellos había algo más y, entonces, supo que ella sí estaba enamorada; que lo de los rusos, tal vez, solo habían sido una excusa, que tal vez, quisiera que aquello ocurriera antes de que desapareciera de su vida para siempre, pues de una manera u otra, ambos sabían que así sucedería en cuanto Alemania capitulase, si para entonces seguían vivos.

Daniel se sentó a su lado y la besó, despacio, dulcemente, sintiendo como ella le devolvía sus besos con un frenesí que, poco a poco, fue aumentando entre los dos. Enredó sus dedos en los hermosos cabellos rojizos de la joven, mientras sus labios acariciaban su cuello níveo para descender hasta sus pechos. Barbara, inexperta, se dejó hacer disfrutando de aquellas sensaciones, hasta entonces desconocidas, que él le iba provocando con su boca y sus manos. A su vez, ella, intentando disimular su timidez e inexperiencia, le devolvía torpemente las caricias. A Daniel no le importaba su impericia, pues él disfrutaba muchísimo dándole placer, sintiéndola entregada no solo en cuerpo, también en alma. Tumbados en aquella cama de nadie y de todos, hicieron el amor mientras el mundo a su alrededor de desmoronaba. Durante unas horas, la pasión se adueñó de la guerra, el placer venció al dolor y la felicidad sometió a la desgracia. Durante unas horas, porque después la cruda realidad volvió a ellos repentina, recordándoles que los sueños siempre se desvanecen con cada nuevo amanecer.

El sonido de la artillería despertó a Barbara con las primeras luces del día. Daniel ya no estaba a su lado. Inquieta, pensando que quizás habría vuelto al frente, se puso la ropa y, sin pensarlo, miró por la ventana. Allí estaba. En la cola de la bomba de agua y vestido de nuevo con ropa civil. Más que alivio, sintió una inmensa alegría, aunque era consciente de que su relación no tenía ningún futuro. Tal vez, ni ellos mismos lo tuvieran.

Era difícil ver a un civil por la calle, salvo que estuviera esperando en la cola para el agua, una tarea que se había vuelto muy peligrosa. Las bombas caían sin cesar y las posibilidades de ser alcanzado por una de ellas eran muy altas. Desde que el suministro comenzara a fallar, se vieron obligados a salir de sus refugios para llenar botellas y cubos en una ardua tarea que a muchos les costó la vida.

Los días posteriores se llevó a cabo una batalla encarnizada. Las

orugas de los tanques soviéticos avanzaban sin pausa aplastando las barricadas en las calles, mientras sus soldados a pie lanzaban granadas al interior de las bodegas y sótanos sin importarles quien pudiera estar guarecido dentro. Los SS, convertidos en francotiradores improvisados, apostados en las ventanas de los pisos más altos, intentaban retenerlos sin éxito.

Una de aquellas noches, un par de rusos beodos cargados con ametralladoras, entraron en el refugio donde Barbara y Daniel se guarecían junto a otros tantos. Ambos rondarían la misma edad, unos veinte años, eran morenos, de complexiones similares, pero distaban en la altura. El más bajo les instó a entregarle los relojes mientras que el otro lanzaba una mirada escrutadora a las mujeres que allí se encontraban. Fueron unos minutos de extrema tensión para todas ellas, en especial, para las más jóvenes. Daniel temió, egoístamente, que terminara eligiendo a Barbara, aunque sabía que, si así sucedía, nada podría hacer. Finalmente, se decidió por una adolescente que no tendría aún los quince años, a quien señaló y, con un gesto, le hizo ver que quería que lo acompañara. La chica comenzó a llorar; a su llanto se unió el de su madre, quien se arrodilló pidiendo clemencia. El ruso, claramente impaciente, golpeó a la mujer con la culata de su ametralladora derribándola al suelo. Nadie osó moverse. Todos temían por sus vidas. Alguien más bajaba; podían oír las pisadas. La joven alemana, intentando controlar sus sollozos, se puso en pie, justo en el momento en que entraba por la puerta otro ruso. Esta vez, un hombre rubio que rondaría la treintena. Los tres la observaron divertidos. La chica temblaba y miraba al suelo. Aquella fue la primera visita que les hicieron los soviéticos en aquel sótano, pero a partir de ahí serían continuas. Nadie comentó nada sobre aquellas violaciones. Tampoco Barbara con Daniel. Nunca.

Los rusos campaban a sus anchas por las calles y los edificios, de los que entraban y salían a merced. Se instalaban en cualquier sitío, donde hacían hogueras para calentarse, comían y bebían. Los únicos lugares que evitaban era el metro y los búnkeres civiles, por miedo a que los soldados alemanes pudieran tenderles una emboscada.

Con el paso de los días, Berlín comenzó a heder a carne quemada. Cientos de cuerpos muertos o desmembrados por las bombas se hacinaban bajo los escombros o las llamas de los edificios. Las mujeres, incluso, si no se habían acostumbrado a ese espectáculo dantesco, comenzaban a observarlo con indiferencia. Nada parecía importar, salvo sobrevivir.

Mientras, en el búnker de la Cancillería, la mayor preocupación de Hitler, amén de las traiciones de Goering y Himmler, era que los soviéticos lo capturaran con vida, sobre todo, tras conocer la noticia

de la detención de Mussolini y su posterior ejecución junto a la de su amante. Provisto por su médico de pastillas de cianuro, pero ante el terror que le provocaba que no surtieran efecto en el último momento, decidió probar su efectividad con su perro, Blondi, una hembra de pastor alemán.

El 30 de abril, con los soviéticos a menos de quinientos metros, Adolf Hitler se suicidó junto a Eva Braun, su esposa desde el día anterior. Cuando sus asistentes descubrieron los cadáveres pocos minutos después, los envolvieron en unas alfombras y los sacaron al patío de la Cancillería. Allí, como Hitler había ordenado, en un agujero de obús, Otto Günsche, un oficial de las SS, los roció con gasolina y Erich Kempka, uno de los chóferes del Führer, prendió fuego a los cadáveres. Günsche, Kempka, Krebs, Bormann y otros dignatarios nazis, junto a Goebbels, quien se suicidaría al día siguiente, presenciaron la quema de los cuerpos con el brazo en alto.

La población civil hacía tiempo que se había rendido, sin embargo y pese a desconocer aún el suicidio del Führer, no fue hasta los últimos días de abril, cuando comenzaron a verse en las ventanas de los edificios sábanas blancas y otros tejidos del mismo color a modo de señal de rendición. También muchos ciudadanos optaron por ponerse brazaletes blancos por la misma razón. Ajenos a lo que estaba pasando, incluso a una manzana de distancia, hacían sus propias cábalas sobre el destino de los principales mandatarios nazis, aunque pocos sospechaban que Hitler ya se encontraba muerto en aquellos momentos. Se decían tantas cosas… que Daniel prefería mantenerse alejado de los corrillos. La mayoría estaban muy afectados mentalmente a esas alturas y la concepción de la realidad era cuando menos difusa.

Daniel se pasaba los días solo, a pesar de estar siempre rodeado de gente. Barbara solía estar cerca de él, pero desde que los rusos comenzaron a rondar el edificio, la sentía muy lejana. Casi no le hablaba y, por supuesto, había dejado de mirarlo con aquellos ojos que revelaban cualquier tipo de sentimientos hacia su persona. La joven parecía haberse estrellado de pronto con la realidad que no era otra que su propia supervivencia, a sabiendas de que, en cualquier momento, Daniel huiría de su lado en busca de un destino que era junto a otra mujer.

Barbara se dejaba ver a menudo con un teniente del Ejército Rojo. Era la única manera de mantener alejados a los soldados que las atenazaban como si las mujeres alemanas estuvieran incluidas en su botín de guerra y, por ende, fueran de su propiedad. La joven había abandonado repentinamente aquella inocencia que la hacía tan vulnerable a ojos de Daniel y había sacado la inteligencia y la

perspicacia tan necesarias en ese mundo plagado de hostilidades y enemigos.

Daniel, por su parte, contaba los días para poder ir en busca de Helen. Pensaba en ella en todo momento. Más a menudo que tiempo atrás. Porque mientras más se acercaba el momento de la capitulación alemana, más fantaseaba con aquel reencuentro. Su recuerdo era el motor que le instaba a seguir luchando por subsistir en un mundo que parecía estar absolutamente colapsado, su alimento para sobrellevar el miedo, el hambre, —aunque las cocinas del Ejército Rojo ya habían comenzado a darles comida— y la incertidumbre de no saber qué sería de ellos una vez estuvieran a merced de los comunistas.

La noche del 2 de mayo, un grupo de soldados soviéticos entró en el sótano donde Daniel estaba junto a sus habituales compañeros de infortunio. El joven pensó en primera instancia que venían en busca de mujeres como otras veces. Así que sintió alivio de que Barbara no se encontrara entre ellos, pues la imaginó con su nuevo protector, el teniente. Sin embargo, se equivocó. Irrumpieron en su refugio en busca de militares de las SS.

Un soldado señaló a Daniel y le preguntó con desprecio:

—*Du SS?*

Daniel negó con la cabeza, preguntándose cómo demostrar que decía la verdad. El ruso volvió a insistir. Daniel no pudo evitar sentir miedo al advertir el odio que destilaban los ojos del hombre. Otro soldado ruso se acercó entonces al joven registrándolo. Cogió la documentación que guardaba en el interior de su abrigo y, una vez comprobado que no tenía nada que le ligara de forma oficial a las SS, tiró su pasaporte al suelo. Luego salieron de allí, dejando a Daniel con el corazón en un puño.

Berlín era el infierno. Las noches pasaban teñidas de un rojo carmesí procedente del fuego que asolaba cada rincón de la ciudad, provocando sombras fantasmales en las ruinas y fachadas de los edificios, mientras el número de muertos iba aumentando alarmantemente y el humo se extendía por las calles cual bruma matinal. Los militares de las Waffen-SS, cuya situación era cuando menos desesperada, comenzaron a buscar refugio encontrándose de frente con la hostilidad de los civiles que, no les querían junto a ellos, ya fuera por verdadera aversión a lo que representaban o por miedo a sufrir represalias de los soviéticos.

Los rumores de la victoria soviética llegaron al refugio donde Barbara y Daniel se guarecían la mañana del 4 de mayo. Se comentaba que los rusos estaban de celebración alrededor de la *Siegessäule* del Tiergarten, sin embargo, aún no tenían noticias oficiales de que la guerra hubiera acabado.

La capitulación alemana tuvo lugar el 8 de mayo de 1945.

Dos días después Daniel y Barbara se despedían y, solo el destino, sabía si algún día volverían a verse.

—Gracias —comenzó diciéndole Barbara visiblemente emocionada—. Nunca podré olvidar lo que has hecho por mí todo este tiempo.

—No tienes nada que agradecerme. Todo lo que hice fue un verdadero placer. Todo.

Barbara sonrió. No pudo evitar acordarse de aquella noche en la que hicieron el amor.

—Encuéntrala y sé feliz.

Ambos se fundieron en un abrazo que sellaba el cariño que había ido creciendo en el interior cada uno. Daniel se separó de ella y, mirando aquellos ojos azules cristalinos, se acercó a su rostro y la besó en los labios. Fue un beso de amor, pero no de ese amor que se profesan las parejas, sino de un amor fraternal, puro.

Ella lo observó alejarse mientras las lágrimas rodaban por sus mejillas de terciopelo, sintiendo que jamás volvería a amar a otro hombre como a aquel, sintiendo que nunca volverían a verse.

81

Una bandera blanca ondeaba en lo alto de una de las torretas de vigilancia, cuando Alger regresó a la casa. El portazo en la puerta principal me sobresaltó poniéndome en alerta, mas fueron sus gritos los que me provocaron, en inicio, una fuerte turbación que no tardó en convertirse en alegría contenida.

—¡Ponte tu uniforme y sal de aquí! ¡Vienen los norteamericanos! —me apremió.

Yo, que había estado esperado ansiosa su regreso durante varias horas, tardé en reaccionar. Pero él, que se encontraba demasiado alterado, tiró de mi mano y me llevó hasta la habitación instándome a cambiar de ropa. Las prisas, siempre malas consejeras, me hicieron olvidar por unos momentos donde había dejado el día anterior mi uniforme. Menos mal que no andaba muy lejos.

Mientras me desvestía a toda prisa, acelerada por su creciente nerviosismo y me ponía de nuevo mi vestimenta rallada, Alger iba relatándome deprisa los últimos acontecimientos.

—Desde las torres se avistan ya las tropas norteamericanas. Acabamos de tener una reunión en nuestra biblioteca y he comprobado que varios de mis soldados han huido esta noche, aunque quedamos alrededor de ciento cincuenta; no lo sé con exactitud. Todo el campo está sumido en el caos. Mis hombres no saben qué hacer y esperan que yo les diga algo, cuando yo me siento igual de perdido que ellos, sino más.

Le dejé explayarse hasta que su ansiedad se transformó en tristeza. Hacía mucho tiempo que él y todos esperábamos aquella llegada, sin embargo, imagino que su corazón albergaba la esperanza de que aquel día nunca llegaría, o puede que solo, fuera algo que había preferido obviar, limitándose a vivir el momento. *Carpe Diem*. Pero ese día había llegado para mi dicha y su desgracia, para mi liberación y su reclusión; para hacerse al fin justicia, a fin de cuentas. Tras su desazón inicial ante aquellos extraordinarios sucesos, después de años metido en una rutina de poder sangriento y autoridad maldita, había aterrizado en la auténtica realidad que le arrastraba hasta un pozo de melancolía e incertidumbre imposible ya de paliar.

Envueltos en una estela en la que el tiempo se detuvo a nuestro alrededor por unos minutos, nos quedamos el uno frente al otro mirándonos en silencio. Alger mantuvo su compostura, tal vez quería que le recordara así, altivo y seguro. Sin embargo, yo sabía

que su interior era un volcán de desgracia a punto de explosionar en lágrimas que nunca llegaron. Por supuesto, no me alegraba de su desventura, tampoco albergaba el más mínimo sentimiento de revancha hacia él. Solo sentí compasión, una inmensa compasión. También cariño y agradecimiento.

—Gracias —le susurré.

—¿Por qué?

—Por haber hecho posible mi vuelta a la vida.

Alger sacudió la cabeza de un lado a otro.

—Tú eres la que me devolvió a la vida, Helen. Tú, con tu bondad y tu sabiduría, me sacaste de las tinieblas.

Sentí un nudo en el estómago. Me era difícil dejarle cuando más me necesitaba.

—Vamos, ve —me animó señalando hacia la puerta con un movimiento de cabeza.

—¿Qué será de ti, Alger?

—Eso ya no importa. Tu turno es vivir.

Ya en la puerta, me acerqué a su rostro y lo besé. Sus labios sabían a amarga despedida.

El campo estaba sumido en un estado de confusión general. Los prisioneros querían acercarse a las alambradas deseosos de ver en el horizonte las figuras recortadas a contraluz de sus salvadores, pero los SS mantuvieron sus ametralladoras apuntándolos desde las torres de vigilancia impidiéndoselo hasta el final. Los centinelas, apostados en los tejados, nos instaban a permanecer en calma.

Dos prisioneros, que bien conocía por su trato vejatorio a otros compañeros de infortunio, se encontraban desnudos cerca de la entrada principal. Alguien me dijo que los nazis los habían puesto allí, tras haber querido unirse a los otros SS que habían huido aquella noche.

—En el fondo les están haciendo un favor —escuché decir a la misma voz—. Somos demasiados los que queremos ajustar cuentas con ellos.

A pesar del ir y venir de los nerviosos SS, la exaltación de los prisioneros y el caos generalizado que se respiraba, a mí se me antojaba todo a una exasperante cámara lenta. Como si de una película se tratase, yo me sentía lejana a todo lo que ocurría a mi alrededor. Deambulaba de un lado a otro con una pasividad extraña, como si fuera incapaz, después de tanto tiempo de sufrimiento, a manifestar verdadera alegría.

Unos *jeeps* se acercaron desde la lejanía. Como si no existiera nada más en el mundo, todos los miramos avanzar hacia nosotros con suma atención. Unos curiosos, otros agitados, otros anhelantes… pero lejos de las alambradas, a las que no nos

atrevíamos a acercarnos por miedo a los SS.

Una ráfaga de metralleta me sacó de la ensoñación en la que me había encontrado hasta ese momento. De golpe, todo comenzó a transcurrir a velocidad normal. Buscando la procedencia de los disparos, tardé unos segundos en percatarme de que provenían de los SS apostados en las torres de vigilancia. Los *jeeps* dieron media vuelta y, en su lugar, como salido de la nada, apareció un tanque silenciando el fuego de los soldados alemanes.

Heinrich Skodzensky, un teniente de las SS, salió solícito hacia la puerta principal, dispuesto a presentarse ante el oficial norteamericano que allí ya estaba apostado, un mayor. Este, con el uniforme destartalado y polvoriento, sudoroso, sucio y sin afeitar, contrastaba frente a la imagen impecable del alemán: alto, guapo, con su cabello rubio repeinado, su impoluto uniforme de corte perfecto y sus botas lustrosas. Por un momento dudé entre quien era el vencedor y quien el vencido.

Heinrich Skodzensky lo saludó cuadrándose al modo militar. Desde donde yo me encontraba, a unos cuantos metros, no vislumbré que el otro respondiera al saludo. Intercambiaron unas palabras, mientras la mayoría de los prisioneros aguardaban cerca de los barracones y varios soldados norteamericanos rodeaban a su mayor y se apostaban frente a las torres de vigilancia.

Recuerdo que antes de entrar en el campo, nuestros libertadores dieron una vuelta en los alrededores descubriendo con espanto los vagones llenos de cadáveres hacinados. Eran los cuerpos de los cientos de seres humanos que no habían conseguido llegar con vida a su destino, tras haber sido trasladados desde sus campos de origen. Pero aquellos no serían los “únicos” cadáveres que encontrarían. No tuvieron que andar más que unos pasos para comprobar que estaban por todas partes.

En algún momento, mientras los norteamericanos se sobreponían de las dantescas imágenes que estaban presenciando y el odio se iba superponiendo al espanto, algunos prisioneros se aventuraron a acercarse a la puerta principal, a los que no tardaron en sumarse otros y otros. Entonces, comenzó una autentica carnicería. Los SS, aún situados en sus torres, comenzaron a disparar sin discreción contra todos lo que habían osado aproximarse. Los norteamericanos respondieron abriendo ráfagas de fuego sin tregua. En pocos minutos no quedaba ningún nazi vivo en el exterior, pero siguieron buscando y asesinando uno a uno a todos los que se cruzaban por delante.

Con el corazón en un puño, cerré los ojos intentando mantener la serenidad ante la imagen de Alger ametrallado que me sobrevino, cuando una música comenzó a salir de la que, hasta entonces, había

sido la casa del comandante. Era *jazz*.

Atraída por aquella melodía, como en un estado de semiinconsciencia, caminé hacia allí recordando la promesa que una noche me hizo. «Te prometo que algún día te pondré *jazz*». Los ojos se me inundaron de lágrimas.

Me encontraba a pocos metros cuando lo vi salir de la casa con las manos en alto apuntado por un soldado norteamericano. Me paré en seco. Durante un breve instante nuestras miradas se cruzaron y me dedicó un guiño antes de proseguir su camino con la cabeza alta.

La música no consiguió amortiguar el sonido de las dos detonaciones que acabaron con su vida.

Aquella noche Dachau vivió su liberación con una gran fiesta. Reunidos alrededor de improvisadas hogueras, buscando el calor, como si de un campamento se tratase, muchos bailaron, rieron y comieron las latas de conserva que los norteamericanos nos habían facilitado. Éramos libres. Sí, libre, al fin. Sin embargo, en nuestro fuero interno, todos sabíamos que parte de nuestra alma se quedaría allí encadenada por siempre, aunque en aquel momento, no pensáramos en ello.

Los días pasaron y nos reubicaron en las instalaciones del campo, incluidas las dependencias que habían sido de los SS. Tenían que repatriarnos a nuestros países de origen y aquella tarea requería su tiempo. Mientras ese día llegaba, a los que estábamos en condiciones físicas de trabajar nos asignaron diferentes tareas. Yo, como era británica y, por tanto, mi lengua materna era el inglés, además de hablar un perfecto alemán, me reclutaron como traductora oficial del nuevo jefe, ante la imposibilidad de entenderse con la mayoría de los internos. Sin embargo, a los pocos días llegaron un par de traductores norteamericanos y me relegaron de aquel puesto.

Cuando la Cruz Roja llegó, no tardaron en verse desbordados ante el gran número de enfermos que había, muchos ya moribundos. Alguien debió hablarles entonces de mí, pues una mañana me encontraba cavando zanjas en los aledaños del campo junto a varios habitantes del pueblo de Dachau, cuando me mandaron llamar. En el despacho que, hasta hacía unos días había sido de Alger, me preguntaron qué sabía hacer y, tras relatarles toda la experiencia que había conseguido en aquellos años de guerra, me asignaron sin dudar un puesto en el hospital del campo bajo las órdenes del jefe de médicos. Antes de irme les pregunté si podría viajar a Berlín.

—Necesito encontrar a alguien —les expliqué.

Me negaron aquella posibilidad y me informaron de que muy pronto todo estaría listo para mi repatriación. No quise discutir. Sabía que no serviría de nada. Así que, con las mismas, algo descorazonada creyendo que tendría que pasar mucho tiempo hasta que volviera a ver o saber de Daniel, me dirigí a la enfermería. Allí me ordenaron desnudarme para hacerme un examen médico antes de entregarme un uniforme del ejército norteamericano. Mi salud, dentro de las circunstancias, era buena, apta para trabajar como auxiliar médico, pues estaba libre de enfermedades infecciosas.

Una mañana temprano, salí de la casa que había sido de un cabo de las SS y que ahora compartía con otras mujeres, cuando algo llamó mi atención en el penetrante silencio y en la absoluta quietud que se respiraba a mi alrededor. Levanté la vista y observé una silueta aproximándose en la lejanía, más allá del perímetro del campo. A contraluz del sol anaranjado que asomaba por el horizonte y, envuelto en la neblina matinal como si de una aparición de otro mundo se tratase, vislumbré a un hombre caminando a paso ligero hacia la puerta principal. Mis ojos se quedaron fijos en aquella figura desdibujada. Había algo en ella que me resultaba familiar, tal vez, el caminar. Sin embargo, a esa distancia no podía asegurarlo. Entonces, llegó a la verja y lo observé, ahora más cerca, intercambiar algunas palabras con el soldado norteamericano de guardia en la entrada del campo. Durante unos segundos, creí que se trataba de una mala jugada de mi atormentada mente, de un macabro un espejismo. Pero no. Me equivoqué. Tras la conmoción inicial, no tuve dudas. Era él. Podría haberle distinguido así hubieran pasado mil años.

Daniel volvió su vista hacia mí. Cohibida y avergonzada por mi aspecto, imaginé que no me reconocería. Sin embargo, se mantuvo ahí quieto, expectante, observándome desde la distancia. Di un paso adelante, con el corazón desbocado por la emoción. Una ráfaga de viento alborotó mi cabello. Entonces, tras unos minutos de incertidumbre que parecieron eternos, corrió hacia mí. Yo también fui hacia él, torpe, cansada; y ante la vista de unos cuantos soldados norteamericanos que andaban por allí, nos fundimos en un abrazo desesperado que desató nuestras lágrimas. Lágrimas de alegría y esperanza.

Nos apartamos un poco, deseosos de comprobar en la mirada del otro si nuestro amor se había mantenido intacto a pesar del tiempo y de las adversidades. Al principio, me observó con tristeza, luego con esa devoción que solo puede exteriorizar alguien enamorado de verdad. Daniel se deleitó dándome pequeños besos por todo el rostro, a la par que susurraba mi nombre una y otra vez, como si así consiguiera hacer más fehaciente mi presencia. De pronto,

rompimos a reír, embargados de felicidad. Aquello no era un sueño. Estábamos vivos, después de todo. Él. Yo. Nosotros.

Daniel estaba delgado, muy delgado; su rostro aún tenía restos de hollín; su cabello lucía sucio, aplastado, con aspecto grasiento; y sus ropas parecían viejas y gastadas dentro de aquel cuerpo que al menos había perdido un par de tallas. Conociendo la importancia que tenía para Daniel el aseo personal, deduje que la vida en Berlín debía haber sido muy dura para él, extrema para todos los berlineses, sobre todo los últimos meses. Escruté su mirada y en ella atisbé, por debajo del brillo de la emoción, una frialdad que no recordaba haber visto antes en él. Estaba cambiado y no solo en su aspecto físico. Yo también lo estaba. Mis sentimientos se habían endurecido, mucho más desde que llegara al campo de Dachau y tuviera que hacer frente a todos los horrores que allí tuve que presenciar. Nunca volveríamos a ser aquellos jóvenes que un día se conocieron en Londres asistiendo a clases de alemán. Sin embargo, ni siquiera la guerra había conseguido acabar con el amor que sentíamos el uno por el otro. Eso era lo único que importaba ya. Entonces, mirándonos en silencio, embargados por una excitación que no daba espacio a las palabras, supe que nos quedara lo que nos quedara por vivir, jamás volveríamos a separarnos.

Un par de horas después, Daniel y yo salimos del campo de concentración de Dachau agarrados de la mano. Un rayo de luz iluminaba nuestro camino. Al fin, abandonaba aquella vida en la sombra que había llevado durante aquellos largos cuatro años. Respiré la libertad. Absorbí su aroma. Saboreé su sabor. Y apenas pude reconocerlo.

Detuve mis pasos y me volví para ver el campo en la distancia, como si necesitara cerciorarme de que aquello que dejaba atrás, quedaba atrás realmente; como si necesitara cerciorarme de que el infierno seguía allí, estático, y no me seguía ni lo haría jamás. El agua asfixiándome. Los electrodos lacerándome las entrañas. La imposiblidad de dormir nublándome la razón. Los moribundos y su agonía. Las inyecciones asesinas. El confinamiento agónico. Alger. El *jazz*. Dos disparos. Y la muerte. ¿Cómo reconocer la libertad cuando tu memoria solo recuerda el hedor de la muerte, el aroma de la sangre, y el sabor de la desesperación? Pero ya todo eso quedaba atrás, o al menos eso creí entonces. Porque, aunque jamás hablé con nadie de todo aquello a lo largo de mi vida, ni tan siquiera con Daniel, una parte de mi alma quedó encadenada a las tinieblas de mi propia sombra. Pero también fui feliz. Muy feliz. Cuando Daniel y yo vimos la carita de nuestro primer y único hijo en el Hospital St. Mary's, donde di a luz tras muchos intentos fallidos, supe que todo había merecido la pena.

Daniel tiró levemente de mi mano y volví la vista hacia delante. El sol seguía allí en lo alto, poderoso, acariciando mi piel, devolviéndome a la luz, afiánzandome de que después de la oscuridad, siempre, aunque creamos lo contrario, ese sol que se oculta tras las nubes termina saliendo para inundarnos de la esperanza que un día creímos que nos había abandonado.

Nota de la autora

Mi vida en la sombra es una novela de ficción en el marco de La Segunda Guerra Mundial. Los hechos históricos están debidamente constatados y se ciñen, escrupulosamente, a la realidad.

Aun así, me he permitido alguna licencia —para no alterar la trama de la historia— que me gustaría exponer:

La Dirección de Operaciones Especiales (Special Operations Executive, SOE) fue una organización creada durante la Segunda Guerra Mundial por Winston Churchill y Hugh Dalton para llevar a cabo espionaje, sabotaje y reconocimiento militar y especial contra las Potencias del Eje en la Europa ocupada por la Alemania nazi. Sus actividades se llevaron a cabo pues, en países ocupados, como pudieran ser Holanda, Francia, Grecia… No se tiene conocimiento de que enviaran a ninguno de sus agentes a Alemania.

Durante el periodo que Daniel viaja de Londres a Madrid, en aquel 1941, no había vuelos directos entre ambas ciudades. El itinerario posible era: Londres-Lisboa-Madrid. Incluso, según algunas informaciones sin constatar, aquel verano los aeropuertos londinenses permanecieron cerrados.

La prensa, en un intento por subir la moral de los sufridos berlineses, emitía información adulterada sobre el transcurso de la guerra, manipulando así los verdaderos acontecimientos que iban sucediéndose. —En tiempos de guerra, los gobiernos generalmente restringen y censuran el acceso público a la información para evitar que los datos importantes se filtren al enemigo o para aislar a la población de la información que podría debilitar la moral pública—. Millones de alemanes recurrían a la British Broadcasting Corporation (BBC) y a otras estaciones de transmisión prohibidas para recibir información veraz. Los titulares de los periódicos que Helen lee en casa de Alger Koch, son, pues, completamente improbables.

Todos los altos cargos del campo de concentración de Dachau, incluido, el comandante del campo, huyeron antes de la llegada de los norteamericanos.

~ Índice ~

Prólogo
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
26
27
28
29
30
31
32
33
34
35
36
37
38
39
40
41
42
43
44
45

46
47
48
49
50
51
52
53
54
55
56
57
58
59
60
61
62
63
64
65
66
67
68
69
70
71
72
73
74
75
76
77
78
79
80
81
Nota de la autora